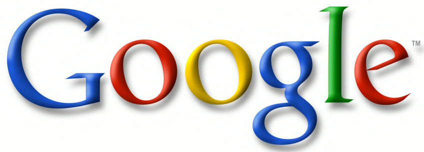





DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA
Taylor Institution.
1860

COLECCION

DE

TROZOS ESCOGIDOS.



BESANZON. — IMPRENTA DE ROBLOT.



ANTOLOGÍA ESPAÑOLA.

COLECCION

DE

TROZOS ESCOGIDOS

DE LOS MEJORES HABLISTAS, EN PROSA Y VERSO,

DESDE EL SIGLO XV HASTA NUESTROS DIAS,

POR

DON CARLOS DE OCHOA.

PARIS,

CARLOS HINGRAY, EDITOR,

CALLE DES MARAIS-SAINT-GERMAIN, 20.

1860


UNIVERSITY
2 MAR. 1940
OF OXFORD

PRÓLOGO.

La presente coleccion de trozos escogidos, extractados de los mejores prosistas desde el siglo XV hasta nuestros dias, á que hemos dado el título de *Antología española*, tiene un objeto muy diverso del que se han propuesto los autores de las demás. Don Antonio de Capmany quiso mostrar, en su *Teatro histórico crítico de la elocuencia española*, los progresos sucesivos del habla castellana desde el estado de su primitiva rudeza hasta el de su perfeccion. La coleccion del *Parnaso español*, la de Fernandez y la de Don Manuel José Quintana se hicieron para formar un cuerpo de nuestra poesía clásica; objeto de que se separó enteramente la primera, que cumplió muy imperfectamente la segunda, y al cual se ha aproximado mucho la tercera. La coleccion de Marchena se dirige á manifestar los conocimientos de nuestros buenos autores en moral, política y literatura; y la de los señores Mendibil y Silvela está destinada á reunir en una sola obra la utilidad de la de Capmany y Quintana. La *coleccion de trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos, en verso y prosa*, hecha por el sabio y profundo maestro Don Alberto Lista, debe considerarse exclusivamente, segun dice su mismo autor en el prólogo, como un libro destinado para las escuelas de primeras letras. En una palabra, cuantas colecciones de este género han llegado á nuestras manos tienen un objeto muy diverso del que nos hemos propuesto con la presente *Antología*, aun incluyendo en dichas colecciones trabajos

apreciabilísimos que sobre nuestra literatura se han llevado á cabo en Italia, Francia, Alemania y otras muchas naciones.

Nuestro principal objeto, al formar la presente *Antología*, ha sido facilitar al público para quien escribimos, compuesto principalmente de extranjeros, el conocimiento, completo en cuanto cabe, de la literatura prosáica española, no menos rica que la poética en obras de ingenio dignas de ser conocidas y estudiadas. Nos proponemos al mismo tiempo que el lector se forme con esta obra una idea clara y cabal en lo posible, de los progresos sucesivos de la hermosa lengua española, desde principios del siglo XV hasta el estado en que actualmente se halla: á este fin hemos dividido nuestra *Antología* por órden de siglos, ciñéndonos, en la colocacion de los trozos que presentamos como muestra del estilo de cada escritor, al órden cronológico. Las ventajas que ofrece este método son demasiado evidentes, para que creamos necesario insistir en su abono: bástenos decir que solo por este método puede el lector abrazar de una sola ojeada la índole peculiar del lenguaje castellano en sus diferentes edades y seguir con muy poco trabajo al ingenio español en su carrera de cinco siglos.

Digamos ahora algunas palabras acerca del orígen de la lengua española, para concluir estos ligeros renglones. Oigamos sobre esto al reverendo P. Sarmiento: « Del idioma, pues, castellano puro y vulgar, han dudado algunos de su orígen, siendo palmario que es una lengua resultante de la corrupcion de la lengua latina ó romana; y que por eso se llama *romance*. Algunos han querido que no el romance del latin, sino el latin del romance nuestro, habia tomado su orígen..... » A esta extraña opinion se inclina el erudito Pellicer, y no es menos singular la que apunta Aldrete de que ya en tiempo de los apóstoles existia en libros el idioma vulgar castellano, no porque se hablase, sino en profecía de que se habia de hablar andando los tiempos. Contra estas vanas hipótesis, y en apoyo del orígen latino de nuestra lengua, pueden citarse entre otras dos autoridades muy respetables, las de Marineo Sículo

y el P. Mariana. Dice el primero : *Sermo vero quo nunc utuntur Hispani latinus est, quem a Romanis acceperunt, ideoque romancium vocatur;* — y el segundo : *Ex latine degenerantis corruptione conflatam.* — Prosigue el P. Sarmiento : « Es pues Aldrete el que mejor ha escrito así en su Orígen como en sus Antigüedades el modo como se fué formando el vulgar idioma castellano. A él se podrán añadir otros tratadillos sobre el mismo asunto que recogió é imprimió en sus Orígenes de la lengua española Don Gregorio Mayans; y para las voces, Antonio Nebrija, y para etimologías el Tesoro de Covarrubias, y para todo, el Diccionario de la lengua castellana. » A estas autoridades pueden añadirse la *Primitiva poblacion y lengua de España*, de Pellicer, y los trabajos posteriores de Sanchez en su *Coleccion de poesías anteriores al siglo XV*, de Capmany en su citado *Teatro histórico crítico*, y de Don Agustin Durán en el prólogo de su *Romancero*. El siglo x es la época que señalan estos autores á la formacion del romance.

El monumento mas antiguo que conocemos del uso del romance castellano, en prosa, es la version del Fuero-Juzgo (*Forum Judicum*) hecha en tiempo del santo rey Don Fernando III, que preparó la grande obra de las *Partidas*, la cual inspiró á Capmany estas notables palabras : « Es tanta la riqueza de nuestra lengua, que cuanto mas se estudia, mas da que estudiar, y cuanto mas se profundiza, mas tesoros descubre. » ¡ Qué riqueza, en efecto, la de nuestra hermosa lengua ! ¡ Qué flexibilidad y qué nervio al mismo tiempo ! ¡ Qué valentía en los giros, qué grata combinacion de fuerza y de dulzura en los sonidos ! — Júzguenlo nuestros lectores despues de leer los trozos que presentamos mas adelante sacados de las obras de Quevedo, Mariana, santa Teresa, Cervantes y Granada.

ANTOLOGIA ESPAÑOLA.

SIGLO XV.

GUTIERRE DIAZ DE GAMEZ.

Consejos que daba al conde Don Pero Niño el ayo encargado de su crianza.

Quando Pero Niño ovo diez años fué dado á criar é á enseñar á un ome sabio é entendido, para que le enseñase é doctrinase en todas las buenas costumbres é maneras que pertenescen á fidalgo bueno é noble : é enseñábale en esta guisa :

« Fijo, parad mientes como sois de muy honrado é grand linage, é como aquella rueda del mundo que nunca está queda, nin dexa ser siempre las cosas en buen estado, le abaxó, é de los grandes fizo pequeños, é de los altos fizo bajos é pobres : é que á vos conviene pugnar é trabajar por tornar en aquel estado, é aun por pasar de grandeza é de nobleza aquellos donde vos venides ; cá non es maravilla parescer el ome á su padre en mantener aquel estado que le dexó, porque aquello ganado lo falló ; mas es mucho de loar pasar á todos aquellos donde él viene, é cobrar mayor lugar.

» Fijo, parad bien mientes en mis palabras, apercibid vuestro corazon en mis dichos, é retenedlos en él, que adelante los entenderedes. El que ha de aprender á usar arte de caballeria non conviene despender luengo tiempo en escuela de letras : cúmplevos lo que ya dello sabedes : lo que agora dello vos queda el tiempo lo dará, usando algo dello.

» Ante todas cosas conosced á Dios, é despues conosced á vos, é despues á los otros. Conosced á Dios por fe. ¿Qué es fe? Fe es certidumbre muy firme de la cosa non vista. Conosced la sustancia por los accidentes. Conosced que él vos crió, é vos dió ser. Conosced á Dios en sus criaturas, é en las maravillas que él fizo. Entended é conosced el su grand poder, que fizo los cielos, é la

tierra, é la mar, é todas las cosas que en ellos son. Él crió los ángeles en la luz, é ornó é afermosó el cielo de tantas é de tan fermosas estrellas. Él crió el sol é la luna, é mandó al sol que alumbrase por el dia, é á la luna que alumbrase por la noche: é ornó é cumplió la tierra de tantas é tan diversas plantas de árboles é hierbas, é la pobló de animalias de tantas y tan diversas figuras: é crió en la mar las grandes ballenas, é muchos é diversos pescados: é crió las aves, é las puso en el aire. É catad como puso término á la mar, que non pase de un lugar, porque non empesciese á la tierra. Mi fijo, catad como el sol nasce en oriente, é se pone en occidente, é torna por donde ante vino: é como así los cielos, como la mar, é como la tierra, la qual está afirmada sobre la mar, é todas las cosas que él fizo todas le obedescen, é non pasan de su mandado é curso que las él puso primero. Parad mientes como crió el ome á la su imágen, é como le puso en el paraiso de la folganza, é como le mandó que le sierviese é amase, é temiese é fuese obediente al su mandado, é viviria siempre en alegria é cumplido placer, é nunca moriria, nin habria dolor ni trabajo. Como puso al su mandado é poderio del ome todas las cosas que crió en la mar é en la tierra. É catad como el mezquino del ome fué engañado, é pecó por su flaqueza; cá pasó el mandamiento de Dios, por lo qual la divinal justicia ovo lugar, é le condenó á muerte del cuerpo é del alma, é fué echado del paraiso en el desierto deste mundo á morir é lacerar. Donde era libre fízose subjeto é cautivo de la muerte, é dejó á nos sus fijos en ese mesmo cautiverio obligados al pecado. Fijo, amad é temed á aquel que al ángel tan excelente é fermoso é lleno de gloria, que por su soberbia dixo, *sobre el cielo porné la mi silla en la parte de Aquilon, é seré igual al muy alto Criador*, le lanzó de la altura de los cielos en la profundidad de los abismos, é le puso de gloria en pena, de claridad en oscuridad é en tinieblas perpetuas, donde se tornó diablo é príncipe de muerte. Amad á aquel que tanto nos amó, que non tan solamente ordenó de tomar nuestra carne, mas fízose humilde en forma de servidor, é padesció por nos, é tomó la nuestra carga sobre sus hombros, é librónos é sacónos del poder del diablo, é del señorio cruel cuyos éramos por subjecion del pecado.

» Fijo muy amado, creed é tened muy firmemente lo que cree é tiene la sancta Iglesia: non sea cosa que vos della arredre nin vos mueva. ¿Qué vos diré? En la sancta fe sois nascido, é otra vez regenerado en agua de Spíritu sancto. Si te conviniere de pelear por tu solo cuerpo contra qualquier que dixese la sancta fe católica non ser asi, obligado eres á ello: esta es buena caballeria, la mejor que ningun caballero puede facer, pelear por su ley é fe, quanto mas teniendo la verdad. É si por ventura cayeses entre

enemigos de la sancta fe católica, é te la quisiesen facer denegar, tú débeste aparejar á sofrir todos los tormentos quantos te venir pudiesen: é teniendo é confesando la sancta fe de Jesu Christo fasta la muerte, en esta batalla tan sancta, como suso dixe, al muerto llaman vencedor, é al matador llaman vencido. Toma exemplo de Santiago el caballero, que fué tajado todo por miembros desde los dedos de las manos é de los pies, todos uno á uno, fasta los otros miembros é coyunturas quantas en él ovo; é nunca le pudieron facer negar á Jesu Christo; antes estovo firme como buen caballero. Esta es buena caballeria triunfante; alli se gana la corona auréola que Dios promete á los vencedores. Non diga nenguno en tal estante, ¡oh qué dura cosa es la muerte! Denegaré agora, é faré las cosas que me mandan; que pues no lo fago de voluntad, despues yo me tornaré quando lugar oviere. Digo vos que el que se rinde non finca vencedor: nin el que mete el pie en la red, non le saca quando quiere. En el tiempo de la fortuna se conoscen los amigos. Teniendo fe, é esperando en el galardon, las penas son dulces. Catad que mas dura es la pena infernal que la corporal. Esta pena aina pasa; mas la del infierno para siempre dura.»

«Fijo, enclinad vuestra oreja á la peticion del pobre, oidle, respondedle pacíficamente é con mansedumbre, facedle limosna: Delibrad al que padece injuria de mano del soberbio: faced á Dios dignas oraciones: leed libros: habed en miente los sus fechos: catad que quando oramos fablamos con Dios, é quando leemos fabla él con nos.

» Fijo, non creades aquellos que vos dirán que vos farán ver é saber vuestra ventura: decirvos han que habedes de ser muy grande, é alcanzar esto é aquello; é de quanto vos dixeren non será ninguna cosa. Si los creyeredes, usando de fiucias vanas, rebaxaredes el tiempo en las cosas que vos farian menester á vuestra honra é facienda. É creed que Dios sin vos vos fizo é sin vos vos delibrará. Guardadvos non creades falsas profecias, nin ayades fiucia en ellas, asi como son las de Merlin, é otras: que verdad vos digo, que estas cosas fueron engeniadas é sacadas por sotiles omes é cabilosos para privar é alcanzar con los reyes, é grandes señores, é ganar dellos, é tenerlos á su voluntad con aquellas vanas fiucias, en tanto que ellos facen de sus provechos. É si bien paras mientes, como viene rey nuevo, luego facen Merlin nuevo: dicen que aquel rey ha de pasar la mar, é destroir toda la morisma, é ganar la casa sancta, é ser emperador; é despues vemos que se face como á Dios place. Asi dixeron de los pasados, é diran de los por venir. Lo que Dios no quiso mostrar á los sus escogidos, enfingen de saber los pecadores: cá todos los verdaderos profetas non fablaron sinon á fin de los dos avenimientos

de Jesu Christo, del primero con omildad é pobredad, del postrimero con poderio é magestad. De alli adelante callaron todos; cá despues de la venida de Jesu Christo non son ya menester. Merlin fué un buen ome, é muy sabio. Non fué fijo del diablo, como algunos dicen; cá el diablo que es esprito non puede engendrar; provocar puede cosas que sean de pecado, cá este es su oficio...

« ¿Quién es aquel que sabe la voluntad de Dios en las cosas que son por venir? ¿O sabe el ome mas que Dios? Esto es falso. Nota que muchas cosas fizo Dios : mas no fizo ninguna que fuese contra el su poder. Ved que respondió Jesu Christo á sus discipulos quando le preguntaron de algunas cosas por venir : « Non es vuestro de saber la hora, nin el momento que Dios puso en el su poderio. » De tanto podedes ser cierto, é saber de lo que es por venir, que en pos del verano viene el invierno : é que vos apercibades de casas abrigadas é calientes, é leña, é vituallas para el tiempo fuerte é menguado en que las non podiades aver; é que durante el invierno vos apercibades de las cosas convenientes al verano. Parad mientes al marinero, que durante el buen tiempo se apareja para el malo; é durante el tiempo malo se apareja é está en esperanza del bueno. Este es buen adevinar, é saber con provecho.

» Otrosi, fijo, guardadvos de los engaños de los omes que de una dobla vos farán dos, é que de la piedra vos farán plata, é que del cobre vos farán oro, é que asi fará pujar el vuestro haber á gran quantia, é que asi podedes ser el mayor ome que nunca ovó en vuestro linage; é que podedes dar, é franquear, é sobrar, é pujar sobre vuestros contrarios; é facervos han muestra engañosa, porque lo creades : é si dello usaredes, á fin fallarvos-iades pobre, é gastado todo lo vuestro. Dígovos que para esto buscan ellos omes cobdiciosos é livianos de seso, que pierden lo suyo, é viven denostados é profazados entre las gentes.

» Llegadvos á la compañia de los buenos, é seredes uno dellos. Guardadvos de la compañia de los malos : que la vuestra natura furtará de la suya en poridad. Sed atemperado en el vuestro comer, é en beber, é en dormir. Non sigades vuestra voluntad en las cosas que vos pueden traer daño. Asaz es torpe el que non sabe que la voluntad es enemiga del seso. É non andemos siempre con nuestra voluntad; mas contra nuestra voluntad : cá estonce el cuerpo es tenido é regido é endereszado por el alma, é fermoséalo con ayunos é oraciones é castidad, é con buenas costumbres. Si el cuerpo es dejado é dado á su voluntad, dase á conversaciones, é á luxurias, é á avaricias, é á sobervias, é á otros pecados que son de natura de la tierra, que gobierna el cuerpo, con los otros elementos : donde dice Platon, que asi es el alma con el cuerpo como el juglar con su estrumento, que quando es

desacordado, non puede en él facer son acordante; é si mucho desacordante fuere, habrá á dexarlo: é que si bien temprado lo toviere, que estonce en su órgano lo finge de fermosura, é face son apacible é acabado.

» Fijo, non enclinedes la vuestra noble persona al ayuntamiento de las malas mugeres; cá ellas non aman é quieren ser amadas: porque el uso dellas es abreviamento de la vida, corrupcion de las vertudes, traspasamiento de la ley de Dios.

» Fijo, quando oviéredes á fablar ante los omes, primero lo pasad por la lima del seso, ante que venga á la lengua. Parad mientes que la lengua es un árbol é tiene las raices en el corazon; é la lengua lo muestra de fuera. Catad que mientras vos fablaredes, los otros esmeran vuestra palabra, como esmerades vós la suya quando ellos fablan. Pues decid cosas con razon; si non mejor será que vos calledes. En la lengua se conoce la ciencia: en el seso la sapiencia: en la palabra la verdad é la doctrina; é la firmeza en las obras. Si callase el que non debia fablar, é si fablase el que non debia callar, nunca la verdad seria contradicha.

» Fijo, guárdate de la avaricia, si quieres haber poder en ti; si non, siervo serás: cá como cresce el amontonamiento de los algos, cresce la muchedumbre de los cuidados. Nota, si quieres haber lo que deseas, desea lo que puedes. Non tengas á ningun ome por lo que obró en la su fortuna; mas tenlo por lo que es en su seso, é en sus vertudes. Non tengas vasallos tan solamente por lo que has de haber dellos; mas tenlos todos por amigos, é sírvante con lo que has de haber de derecho. Con la palabra blanda dura el amor en los corazones: la dulce palabra multiplica los amigos, é mitiga los enemigos: la lengua graciosa en el buen ome abonda. Nota que el tiempo de la tu prosperidad, muchos se te omillarán. El tu consejero sea uno entre mil. Si tienes amigo del tiempo, tenle; mas non le creas de ligero, nin tan aina, porque su amistad es segun el tiempo. Si el amigo permaneciere contigo firme, serte ha asi como otro tú. Apártate de tus enemigos, non te asegures dellos. Faz tal vida con los omes, que si te murieres lloren por ti: é si te alongares, hayan deseo de ti. Quando vieres el enfermo menguado de seso, non escarnezcas dél, mas pregunta á ti si eres de aquella misma natura. Si te vieres sano, da gracias á Dios. Si ovieres tiempo malo, súfrele, que todos los tiempos buenos é malos has de pasar. El que dice á los omes con que les pese, dicen ellos á él con que non le place. Sé avenido con los omes en el mundo. Non hay mas noble cosa que el corazon del ome: nunca rescibe señorio de grado; é mas omes ganarás por amor, que por fuerza, nin por temor. Non es cortesia decir de ome detras, lo que avrias vergüenza de le decir delante. Fijo, notad quatro yerros, é guardadvos dellos, que son precio, porfia, presuramiento, pereza.

Precio su fruto es aborrescimiento : porfia su fruto es baraja: presuramiento su fruto es arrepentimiento : pereza su fruto es perdimiento. Porque todos los extremos son viciosos, guardadvos dellos : porque temor teme todas cosas; é atrevimiento atrévese á todas las cosas.

» Fijo, servid al rey é guardadvos dél; que es como el leon que jugando mata, é burlando destruye. Guardadvos de entrar en la casa del rey, quando sus fechos anduvieren turbados; cá el que entra en la mar quando está alterada, será maravilla si escapará : ¿quánto mas fará si entrare quando está airada? Fijo, non temades la muerte en su ser; cá es cosa tan cierta que se non puede escusar : porque con esta condicion venimos al mundo, de nacer é morir. Non debe temer la muerte sinon aquel que fizo mucho tuerto, é poco derecho. La muerte es buena al bueno, por ir rescebir galardon de su bondad; é al malo porque fuelga la tierra de su maldad. Non vos quiero mas detener, porque ya se vos acerca el tiempo en que avedes de mostrar quién sois, é dónde venis, é dónde esperades ir. »

Asi fué criado este doncel, é le crió é dotrinó este buen ome fasta el tiempo que ovo catorce años.

(*Crónica del conde Don Pero Niño,* cap. IV, 1ª. parte.)

HERNAN GOMEZ DE CIBDAD REAL.

I.

Epístola al doctor Franco, del consejo del rey, escrita en Valladolid en 1434.

Todos los que andamos sobre la tierra, andamos en peligros : vuestra merced en los peligros de prision anda, é otros en los de la cuenta postrimera, como se halla el noble é manífico adelantado Diego de Ribera : cá el rey ha sabido hoy que combatiendo la villa de Mora, fue muerto de un pasador. É tambien se supo ser muerto Juan Faxardo, fijo del adelantado Alonso Yañez. É de todo el rey mucho sentimiento fizo, cá era el adelantado de Andalocía el mas temido cabdillo de los moros : é todo lo quél habia del rey, su señoria se lo pasó en sus libros á Perafan su fijo, é le dió el adelantamiento, aunque mozo es, é algunos lo mofarán, que lo querrian para sí. É dixo su señoria una sentencia como de Agesilao á Pirro : que el tiempo faria al fijo del adelantado ser viejo, é que el cielo le habia fecho fijo de su padre..,

II.

Epístola al poeta Juan de Mena, escrita en Madrid en 1434.

No le bastó á don Enrique de Villena su saber para no morirse; ni tampoco le bastó ser tio del rey para no ser llamado por encantador. Ha venido al rey el tanto de su muerte: é la conclusion que vos puedo dar será, que asaz don Enrique era sabio de lo que á los otros cumplia, é nada supo en lo que le cumplia á él. Dos carretas son cargadas de los libros que dexó, que al rey le han traido: é porque diz que son mágicos é de artes no cumplideras de leer, el rey mandó que á la posada de Fr. Lope Barrientos fuesen llevados: é Fr. Lope, que mas se cura de andar del príncipe, que de ser revisor de nigromancias, fizo quemar mas de cien libros, que no los vió él mas que el rey de Marruecos, ni mas los entiende que el dean de Cidá Rodrigo; cá son muchos los que en este tiempo se fan dotos, faciendo á otros insipientes é magos: é peor es, que se fazan beatos faciendo á otros nigromantes. Tan solo este denuesto no habia gustado del hado este bueno é manífico señor...

III.

Epístola al arzobispo de Sevilla, escrita en Roa á fines de febrero de 1438.

De acá no se puede narrar lo que de presente pasa, cá será meter el mar en un pozo... Un faraute del almirante, con un seguro que ovo, que pensára el rey que otro mensage traera, traxo á su señoria una carta del almirante Pedro Manrique, que aunque sea de palabras polidas é humildes compuesta, el tuétano era sobervioso é no cosas para el rey dichas; en que postrimeramente le ruegan que arriedre de sí al condestable, é le señalan, como á un pupilo ó á home sin mando, aquellos que á su lado han de estar: é le dicen que asi lo deben facer los grandes de su reyno, é lo ficieron los de sus pasados quando vieron que el rey se mete dentro de los daños á ciegas. Su señoria arrojó flamas por la boca, é bien creo que si su real fuera lleno de gente, andaria de corrida á los topar para combatir...

IV.

Epístola á don Pedro de Stuñiga, conde de Ledesma, escrita sin lugar de fecha en 1438.

El can de buena raza siempre ha mientes del pan é la casa; Este proverbio me atañe á mí, que la casa de vuestra merced é el pan que mi señor é yo é mi hermano comimos de vuestra merced, siempre está faciendo sangre que bulle é punza á la fidelidad é amor que le tenemos é á los suyos, que bien es sabido en la casa del rey. Deste exordio vuestra merced podrá conocer lo que le querré ajuntar, que esto bastaba; mas diré mas, porque no me quede nada en el trascuero de lo que yo me imagino que de pro al honor é facienda de vuestra merced puede ser. Vos, señor, que del rey aveis recebido honra mas que vuestro padre la ovo de otro rey, é aunque vuestra merced es tan grande por su abolengo en sangre noble, os ha fecho el rey mas grande con estados é alcaydias é juros; no deviades andar en compaña de los que á su señoria son tan agrios é disgustosos. É mirad, señor, que facer mal á uno, é decir que se face por le facer bien, solo á mí é á los de mi arte atañe, que punzamos el cuerpo á un febrático é le levamos la sangre é el pan é el agua, con dolor que padece é se lamenta; é todo es por meterle la salud en el cuerpo, aunque sea con dolor suyo. Mas vuestra merced no será abastanza poderoso para facer creer que andar contra del rey es por facer servicio á su señoria. Fágale vuestra merced servicio como el rey lo querrá, é su honra no avrá menester andar á facer argumentaciones é silogismos. É demas de la honra, veda vuestra merced otros tantos altos como vos, que muertos son en castillos aprisionados, é sus bienes derramados á otros, é sus fijos son mendigos; é que si el rey face una buena vegada, vos é los que de consuno andais, podredes caer en una carcaba como la que se face á los osos, que tarde os recobrariades... Vos, señor, que en años el mayor de los grandes sois, menos el conde de Benavente, é que podiades ganar una loa sin acabamiento metiendo á esos grandes é caballeros en lo justo é en la obediencia del rey, é facer por humildad é por christiandad lo que con guerras civiles buscais en daño de los viejos é pobres é criaturas é dueñas é doncellas de los pueblos; que el afan sobre ellos cae. É librando á vuesos naturales, parientes é amigos, é criados, é de vuestro vando é de los otros que ofendido nos han, de derramamientos de sangre, é de muertes, é de dolores; gran loa se os seguiria desto, é en el pecho del rey, que piadoso é amoroso es, meteriades un buen porque de amor é de obligacion para mas ensalzamiento vuestro é de vuestros fijos

é de vuestros nietos. Catad no os fagades aborrir de todos. Parad mientes que han de haber paradero estas guerras ceviles, é que por bien que en paz queden todos, é asegurados de la vida é de la facienda, la loa de los que andarán con el rey será asaz aventajosa en lo venidero de aquellos que del rey serán divisos é apartados. Si sobrado ando en lo contenido en esta epístola, no lo llamades con otro vocablo que con sobramiento de amor é voluntad é buena fidelidad con vos é con los vuestros...

V.

Epístola á don Pedro Alvarez Osorio, señor de Cabrera, escrita en Medina del Campo en 1439.

A vuestra merced me lamento de que siendo tanto honrado é tanto debidor á los de quien viene para ser una peña de fidelidad al rey nuestro señor, é de todo este reyno, é habiendo su señoria acogida á vuestra merced por la puerta del huerto, é yo sido el faraute é vuestra merced tanto asegurado del rey, é su señoria tanto asegurado de lo que le prometistes, ayades ahora sido uno de los ciento que en Tordesillas entrastes con los que á guisa de vasallos de otro rey ficieron pleitesias con el rey suyo legítimo, con una mancha que de aceyte no cundiera mas en un capote de velarte, que cundirá en vuestros linages *in sæcula sæculorum*. Yo que fijo soy de un hombre bueno, pero christiano sin mácula, antes matarme dexára, que componer capítulos que ordenan quel rey natural entre en su villa con compaña tasada, é levarles las armas á los suyos, é que otro tal se ficiese con los vasallos de aquellos que con el rey contienden, en manera que del rey al vasallo no hay disparidad. ¿Qué avemos dicho de los padres é hermanos de los que en estas andaban con el rey don Enrique? ¿Qué han dicho de aquellos nobles de Francia que andaban en pactos é capítulos con su rey?... Mas, pues vuestra nobleza no ha errado (cá esta siempre leal es, que vuestros juicios son los que errado han solamente), é á toda hora quel pecador se muestra arrepiso, Dios le asuelve; asi el rey nuestro señor, que de Dios la semblanza representa, é de misericordia abunda, os perdonará á todos. É vuestra merced fará una empresa de religioso é de noble, como lo es, si á esos grandes los meterá en freno, é les dará carrera para desfacer honorablemente lo que han fecho con mengua.

VI.

Epístola á don Juan de Zerezuela, arzobispo de Toledo, escrita sin lugar de fecha en 1441.

Contra el condestable se ha dado la sentencia : cá no lo pueden sufrir los grandes á par del rey. É el conde de Castro, que es la malilla despues que el adelantado Pedro Manrique finó, ahora con hervor trata de casar al rey de Navarra con fija del almirante, é al infante don Enrique con hermana del conde de Benavente : cá será bien atar bien estos grandes, é no ser vencible la parte de los que al condestable buscan daño. Vuestra merced es sabio, é lo pensará. Yo le digo que el condestable debe facer lo que el villano, que no pudo arrancar la cola del rocin enteramente, é pelo á pelo se la quitó sin afan. No se tome con todos á fuerza; mas con maña uno á uno los apañe... (*Centon epistolario.*)

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Al illustre señor don Pedro, muy magnífico condestable de Portugal, el marqués de Santillana, conde del Real, salud, paz é debida recomendacion.

En estos dias pasados Alvar Gonzalez de Alcántara, familiar é servidor de la casa del señor infante don Pedro, muy ínclito duque de Coimbra vuestro padre, de parte vuestra, señor, me rogó que los decires é canciones mias enviase á la vuestra magnificencia. En verdad, señor, en otros fechos de mayor importancia, aunque á mí mas trabajosos, quisiera yo complacer á la vuestra nobleza; porque estas obras, ó alomenos las mas dellas, non son de tales materias, nin asi bien formadas é artizadas que de memorable registro dignas parezcan. Porque, señor, asi como el Apóstol dice : *Cum essem parvulus, cogitabam ut parvulus, loquebar ut parvulus*. Cá estas tales cosas alegres é jocosas andan é concurren con el tiempo de la nueva edad de juventud, es á saber, con el vestir, con el justar, é con otros tales cortesanos exercicios : é asi, señor, muchas cosas placen agora á vos, que ya non placen ó non deben placer á mí. Pero, muy virtuoso señor, protestando que la voluntad mia sea ó fuese no otra de la que digo, porque la vuestra sin impedimento haya lugar, é vuestro mandado se faga, de unas é de otras partes é por los libros é

canciones agenas fice buscar é escrebir por órden, segunt que las yo fice, las que en este pequeño volúmen vos envio.

Mas como quiera que de tanta insuficiencia estas obretas mias, que vos, señor, demandades, sean, ó por ventura mas de cuanto las yo estimo é reputo, vos quiero certificar me place mucho que todas cosas que entren ó anden so esta regla de poetal canto, vos plegan : de lo qual me facen cierto asi vuestras graciosas demandas, como algunas gentiles cosas de tales que yo he visto compuestas de la vuestra prudencia; como es cierto este sea un celo celeste, una afeccion divina, un insaciable cibo del ánimo : el qual asi como la materia busca la forma é lo imperfecto la perfeccion; nunca esta sciencia de poesia é gaya sciencia se fallaron si non en los ánimos gentiles é elevados espíritus.

¿É qué cosa es la poesía que en nuestro vulgar *gaya sciencia* llamamos, si non un fingimiento de cosas útiles cubiertas, ó veladas con muy fermosa cobertura, compuestas, distinguidas, é scandidas por cierto cuento, peso, é medida? É ciertamente, muy virtuoso señor, yerran aquellos que pensar quieren ó decir que solamente las tales cosas consistan ó tiendan á cosas vanas é lascivas. Que bien como los fructíferos huertos abundan é dan convenientes frutos para todos los tiempos del año; asi los hombres bien nascidos é doctos, á quien estas sciencias de arriba son infusas, usan de aquellas é del tal exercicio segunt las edades. É si por ventura las sciencias son deseables, asi como Tullio quiere, ¿quál de todas es mas prestante, mas noble, ó mas digna del hombre; ó quál mas estensa á todas especies de humanidat? Cá las obscuridades é cerramientos dellas ¿quién las demuestra é face patentes sinon la eloqüencia dulce é fermosa fabla, sea metro, sea prosa?

Quanta mas sea la excellencia é prerrogativa de los rimos é metro que de la soluta prosa, si non solamente á aquellos que de las porfias injustas se cuidan adquirir soberbios honores, manifiesta cosa es. É asi faciendo la via de los stoycos, los quales con grant diligencia inquirieron el origine é causas de las cosas, me esfuerzo á decir el metro ser antes en tiempo é de mayor perfeccion é de mas autoridat que la soluta prosa. Isidoro Cartagines, santo arzobispo hispalense, asi lo aprueba é testifica; é quiere que el primero que fizo rimos, ó cantó en metro haya seido Moysen; cá en metro cantó é profetizó la venida del Mesias : é despues dél Josué en loor del vencimiento de Gabaon. David cantó en metro la victoria de los Filisteos, é la restitucion del arca del Testamento, é todos los cinco libros del Psalterio. É aun por tanto los Hebraycos osan afirmar que nosotros no asi bien como ellos podemos sentir el gusto de la su dulceza. É Salomon metrificados fizo los sus Proverbios, é ciertas cosas de Job son escritas en

rimo, en especial las palabras de conorte que sus amigos le respondian á sus vexaciones.

De los Griegos quieren sean los primeros Achatesio, Millesio, é apres dél Ferocides Tiro, é Homero, non obstante que Dante soberano poeta lo llama. De los Latinos Enio fue el primero, ya sea que Virgilio quieran que de la lengua latina haya tenido y tenga la monarquia; é aun asi place á Dante alli donde dice en nombre de Sordello Mantuano:

O gloria del latin suolo, per cui
Mostrò ciò che potea la lingua nostra!
O precio eterno del loco ove io fui!

É asi concluyo, cá esta sciencia por tal es acepta principalmente á Dios, é despues á todo linage é especie de gentes. Afírmalo Casiodoro en el libro de varias causas, diciendo: Todo resplandor de eloqüencia, é todo modo ó manera de poesia ó poetal locucion é fabla, toda variedat ovo é ovieron comenzamiento de las divinas Escrituras. Esta en los deíficos templos se canta, é en las cortes é palacios imperiales é reales graciosamente es rescebida. Las plazas, las lonjas, las fiestas, los convites opulentos sin ella asi como sordos é en silencio se fallan.

¿É qué son ó quáles aquellas cosas á donde, oso decir, esta arte asi como necesaria no intervenga, é non sirva? En metro las epitalamias, que son cantares, que en loor de los novios en las bodas se cantaban, son compuestos. É de unos en otros grados aun á los pastores en cierta manera sirven; é son aquellos dictados á que los poetas *bucóllicos* llamaron. En otros tiempos á las cenizas é defunciones de los muertos metros elegíacos se cantaban, é aun agora en algunas partes dura, los cuales son llamados *endechas*. En esta forma Jeremias cantó la destruicion de Jerusalen, Gayo César, Octaviano Augusto, Tiberio, é Tito, emperadores, marabillosamente metrificaron, é les plugo toda manera de metro.

Mas dexemos ya las historias antiguas por allegarnos mas cerca de los nuestros tiempos. El rey Roberto de Napol, claro é virtuoso príncipe, tanto esta sciencia le plugo, que como en esta misma sazon Micer Francisco Petrarca poeta laureado floresciese, es cierto grant tiempo le tuvo consigo en el Castil-novo de Napol, con quien él muy amenudo conferia é practicaba destas artes, en tal manera que mucho fué avido por acepto á él é grant privado suyo; é alli se dice haber él fecho muchas de sus obras asi latinas como vulgares: é entre las otras el libro *de Rerum memorandarum*, é las sus églogas, é muchos sonetos, en especial aquel que

fizo á la muerte deste nuestro rey, que comienza: *Rota el alta columna, é el verde lauro*, etc. (1).

Johan Bocacio, poeta excelente, é orador insigne, afirma el rey Juan de Chipre averse dado mas á los estudios desta graciosa sciencia que á ningunas otras; é asi paresce que lo amuestra en la entrada proemial del su libro de la *Genealogia ó linage de los Dioses gentiles*, fablando con el señor de Parma mensagero ó embajador suyo.

Como pues ó por qual manera, señor muy virtuoso, estas sciencias ayan primeramente venido en manos de los romancistas ó vulgares, creo seria dificil inquisicion, é una trabajosa pesquisa. Pero dexadas agora las regiones, tierras é comarcas mas longincas é mas separadas de nos, no es de dubdar que universalmente en todas de siempre estas sciencias se hayan acostumbrado é acostumbran, é aun en muchas dellas en estos tres grados, es á saber, *Sublime*, *Mediocre*, *Infimo*. Sublime se podria decir por aquellos que las sus obras escribieron en lengua griega ó latina, digo metrificando. Mediocre usaron aquellos que en vulgar escribieron, asi como Guido Januncello, Boloñes, é Arnaldo Daniel, Proenzal. É como quier que destos yo no he visto obra alguna; pero quieren algunos haber ellos sido los primeros que escribieron tercio rimo é sonetos en *romance*. É asi como dice el filósofo, de los primeros, primera es la especulacion. Infimos son aquellos que sin ningunt órden, regla, ni cuento, facen estos romances é cantares, de que la gente baja é de servil condicion se alegra. Despues de Guido é Arnaldo Daniel, Dante escribió en tercio rimo elegantemente las sus tres comedias *Infierno*, *Purgatorio*, *Paraiso*. Micer Francisco Petrarca sus *Triunfos*. Checo Dáscoli el libro *de Proprietatibus rerum*. Johan Bocacio el libro que *Ninfal* se intitula, aunque ayuntó á él prosas de grand eloqüencia, á la manera del Boecio Consolatorio. Estos é muchos otros escribieron en otra forma de metros en lengua itálica, que *Sonetos* é *Canciones morales* se llaman.

Estendiéronse, creo, de aquellas tierras é comarcas de los Lemosines estas artes á los Gállicos, é á esta postrimera é occidental parte, que es la nuestra España, donde asaz prudente é fermosamente se han usado. Los Gállicos é Franceses escribieron en diversas maneras rimos é versos que en el cuento de los pies é bordones discrepan; pero el peso é cuento de las sílabas de tercio rimo, é de los sonetos é de las canciones morales, iguales son de las baladas; aunque en algunos asi de las unas como de las otras hay algunos pies truncados que nosotros llamamos medios pies é los Lemosis, Franceses, é aun Catalanes, *biogs*.

(1) Cancion y soneto en la muerte de M. Laura. *Rota è l' alta colonna e 'l verde lauro*.

De entre estos ovo hombres muy doctos é señalados en estas artes : cá Maestro Johan Lorris fizo el *Roman de la Rosa*, donde, como ellos dicen, *el arte de amor es toda enclosa* : é acabólo Maestre Johan Copinete, natural de la villa de Mun. Michaute escribió asimismo un grant libro de *baladas*, *canciones*, *rondeles*, *lays*, *virolais*, é asonó muchos dellos. Micer Otho de Grantson, caballero estrenuo é muy virtuoso, se ovo alta é dulcemente en esta arte. Alen Charrotier, muy claro poeta moderno, secretario deste rey don Luis de Francia, en grant elegancia compuso é cantó en metro, é escribió : *El debate de las quatro damas* : *la bella dama Samersi* : *el revelle matin* : *la grant pastora* : *el breviario de nobles*, é *el hospital de amores*, por cierto cosas asaz fermosas é plascientes de oir.

Los Itálicos prefiero yo so enmienda de quien mas sabrá, á los Franceses, solamente cá las sus obras se muestran de mas altos ingenios, é adórnanlas é compónenlas de fermosas é peregrinas historias : é á los Franceses de los Itálicos en el guardar del arte : de lo cual los Itálicos sino solamente en el peso é consonar, non se facen mencion alguna. Ponen sones (1) asimismo á las sus obras, é cántanlas por dulces é diversas maneras : é tanto han familiar é por manos la música, que parece que entre ellos hayan nascido aquellos grandes filósofos, Orfeo, Pitágoras, é Empédocles : los cuales asi como algunos describen, non solamente las iras de los hombres, mas aun á las furias infernales con las sonorosas melodias é dulces modulaciones de los sus cantos aplacaban. ¿É quién dubda que asi como las verdes fojas en el tiempo de la primavera guarnescen é acompañan los desnudos árboles, las dulces voces é fermosos sones no apuesten é acompañen todo rimo, todo metro, todo verso, sea de qualquier arte, peso é medida?

Los Catalanes, Valencianos y aun algunos del reino de Aragon fueron é son grandes oficiales desta arte. Escribieron primeramente en trovas rimadas, que son pies ó bordones largos de sílabas, é algunos consonaban é otros non. Despues destos usaron el decir en coplas de diez sílabas á la manera de los Lemosis. Ovo entre ellos de señalados hombres asi en las invenciones como en el metrificar. Guillen de Berguedá, generoso é noble caballero, é Pao de Benlibre adquirieron entre estos grant fama. Mosen Pero March el viejo, valiente é noble caballero, fizo asaz gentiles cosas : é entre las otras escribió proverbios de grant moralidat. En estos nuestros tiempos floresció Mosen Jorde de Sant Jorde, caballero prudente : el cual ciertamente compuso asaz formosas cosas, las quales él mismo asonaba : cá fué músico excellente : é

(1) *Poner sones* y *asonar* era poner en música.

fizo entre otras una cancion de opositos, que comienza: *tosions aprench é desaprench ensems.* Fizo la *Pasion de amor,* en la cual copiló muchas buenas canciones antiguas, asi deste que ya dixe, como de otros. Mosen Febler fizo obras nobles: é algunos afirman haya traido el Dante de lengua florentina en catalan, non menguando punto en la órden de metrificar, é consonar. Mosen Ausias March, el qual aun vive, es grant trovador, é hombre de asaz elevado espíritu.

Entre nosotros usóse primeramente el metro en asaz formas: asi como *el libro de Alexandre,* los *vótos del Pavon,* é aun el libro del Arcipreste de Hita. Aun de esta guisa escribió Pero Lopez de Ayala el viejo un libro que fizo *de las maneras de palacio,* é llamáronlo *Rimos.* É despues fallaron esta arte que mayor se llama, é el arte comun, creo, en los reynos de Galicia é Portugal; donde non es de dubdar que el exercicio destas sciencias mas que en ningunas otras regiones ni provincias de la España se acostumbró; en tanto grado que non ha mucho tiempo qualesquier decidores é trovadores destas partes, agora fuesen Castellanos, Andaluces, ó de la Estremadura, todas sus obras componian en lengua gallega ó portuguesa. É aun destos es cierto rescebimos los nombres del arte, asi como *Maestria mayor é menor: encadenados, lexapren é mansobre.*

Acuérdome, señor muy magnífico, siendo yo en edat non provecta, mas asaz mozo pequeño, en poder de mi abuela doña Mencia de Cisneros, entre otros libros aver visto un grant volúmen de cántigas, serranas, é decires portugueses é gallegos; de los quales la mayor parte eran del rey don Dionis de Portugal; creo, señor, fué vuestro bisabuelo: cuyas obras aquellos que las leian, loaban de invenciones sutiles, é de graciosas é dulces palabras. Avia otras de Johan Soarez de Pavia, el qual se dice aver muerto en Galicia por amores de una infanta de Portugal. É de otro Fernant Gonzalez de Sanabria. Despues destos vinieron Basco Perez de Camoes é Fernant Casquicio é aquel grant enamorado Macias del qual non se fallan sino quatro canciones, pero ciertamente amorosas é de muy fermosas sentencias, conviene á saber:

1. Cativo de miña tristura:
2. Amor cruel é brioso:
3. Señor en quien fiancé:
4. Probé de buscar mesura.

En este reyno de Castilla dixo bien el rey don Alonso el Sabio é yo vi quien vió decires suyos; é aun se dice metrificaba altamente en lengua latina. Vinieron despues destos don Juan de la Cerda é Pero Gonzalez de Mendoza mi abuelo: fizo buenas canciones, é entre otras *Pero te sirvo sin arte*; é otra á las Monjas de la Zay-

dia quando el rey don Pedro tenia el sitio contra Valencia: comienza: *A las riberas de un rio*. Usó una manera de decir cantares asi como cénicos, plautinos, y terencianos, tambien en estrambotes como en serranas. Concurrió en estos tiempos un Judio que se llamó Rabi Santo é escribió muy buenas cosas, é entre las otras *Proverbios morales* de asaz, en verdad, recomendables sentencias. Púsele en cuento de tan nobles gentes por grant trovador; que asi como él dice:

Non vale el azor menos
Por nascer en vil nio,
Nin los enxiemplos buenos
Por los decir Judio.

Alfonso Gonzalez de Castro, natural desta villa de Guadalajara, dixo asaz bien, é fizo estas canciones:

Con tan alto poderío.
Vedes que descortesía.

Despues destos en tiempo del rey don Juan fué el Arcediano de Toro. Este fizo, *crueldad é trocamento: de quien cuido, é cuidé*: é Garci Fernandez de Gerena. Desde el tiempo del rey don Enrique de gloriosa memoria, padre del rey nuestro señor; é fasta estos nuestros tiempos se comenzó á elevar mas esta sciencia é con mayor elegancia: é ha habido hombres muy doctos en esta arte, principalmente Alfonso Alvarez de Illiescas, gran decidor; del qual se podria decir aquello que en loor de Ovidio un grant historiador describe, conviene á saber, que todos sus motes é palabras eran metro. Fizo tantas canciones é decires que seria bien largo é difuso nuestro proceso, si por estenso, aun solamente los principios dellas á recontar se oviesen. É asi por esto como por ser tanto conocidas é esparcidas á todas partes sus obras pasaremos á Micer Francisco Imperial, al qual yo no llamaria decidor, ó trovador, mas poeta; como sea cierto que si alguno en estas partes del Ocaso mereció premio de aquesta triunfal é laurea guirlanda loando á todos los otros, este fué. Fizo al nascimiento del rey nuestro señor aquel decir famoso: *En dos setecientos*, é muy muchas otras cosas graciosas é loables.

Fernant Sanchez Talavera, comendador de la órden de Calatrava, compuso asaz buenos decires. Don Pedro Velez de Guevara mi tio, gracioso é noble caballero, asimismo escribió gentiles decires é canciones. Fernant Perez de Guzman mi tio, caballero docto en toda buena doctrina, ha compuesto muchas cosas metrificadas: é entre las otras aquel epitafio de la sepultura de mi señor el almirante don Diego Furtado que comienza:

Hombre que vienes aqui de presente,

Fizo otros muchos decires é cántigas de amores, é aun agora bien poco tiempo ha escribió *Proverbios* de grandes sentencias: é otra obra asaz útil é bien compuesta, *de las quatro virtudes cardinales.*

Al muy magnífico duque don Fadrique mi señor é mi hermano plogo mucho esta sciencia, é fizo asaz gentiles canciones é decires: é tenia en su casa grandes trovadores, especialmente á Fernant Rodriguez Puerto Carrero é Juan de Gayoso, é Alonso Gayoso de Morana. Fernant Manuel de Lando, honorable caballero, escribió muchas buenas cosas de poesia: imitó mas que á ningun otro á Micer Francisco Imperial: fizo de buenas canciones en loor de Nuestra Señora; fizo asimismo algunas invectivas contra Alonso Alvarez, de diversas materias é bien ordenadas.

Los que despues dellos en estos nuestros tiempos han escrito, ó escriben, ceso de los nombrar: porque de todos me tengo por dicho que dellos, muy noble señor, tengades noticia é conoscimiento. É non vos marabilledes, señor, si en este proemio haya tan estensa y largamente narrado estos tan antiguos, é despues nuestros autores, é algunos decires é canciones dellos, como parezca haber procedido de una manera de ociosidat, lo qual de todo punto niegan non menos la edat mia, que la turbacion de los tiempos. Pero es asi que como á la nueva edat me pluguiesen, fallélos agora quando me paresció ser necesarios. Cá asi como Oracio poeta dice:

Quem nova concepit olla servabit odorem.

Pero de todos estos, muy magnífico señor, asi Itálicos como Provenzales, Lemosis, Catalanes, Castellanos, Portugueses é Gallegos, é aun de qualesquier otras naciones se adelantaron é antepusieron los Gallaicos Cesalpinos é de la provincia de Equitania en solemnizar é dar honor á estas artes. La forma é manera como, dexo agora de contar: por quanto ya en el prólogo de los mis proverbios se ha mencionado. Por las quales cosas, é aun por otras muchas, que por mí, é mas por quien mas sopiese, se podrian ampliar é decir, podrá sentir vuestra magnificencia en quanta reputacion, estima é comendacion estas sciencias averse deben; é quanto vos, señor virtuoso, debedes estimar que aquellas dueñas que en torno de la fuente Elicon incesantemente danzan, en tan nueva edat no inmeritamente á la su campañía vos hayan rescebido. Por tanto, señor, quanto yo puedo exorto é amonesto á la vuestra magnificencia que asi en la inquisicion de los fermosos poemas como en la polida órden y regla de aquellos, en tanto que Cloto filare la estambre, vuestro muy elevado sentido é pluma no cesen, por tal que quando Atropos cortare la tela, no menos délficos que marciales honores é glorias obtengades.

(*Proemio al condestable de Portugal sobre sus obras.*)

MOSEN DIEGO DE VALERA.

A don Juan Pacheco, marqués de Villena.

Acuérdome, magnífico señor, haber leido un dicho de Séneca, que dice: estonce los consejos saludables busca quanto la fortuna mas riente se te muestra: que la fortuna es de vidrio, y quanto mas resplandece, entonce se quebranta. Con esta doctrina concuerda Caton, diciendo: Quando fueres bienaventurado, guárdate de las cosas contrarias: que non por ese curso las cosas postrimeras responden á las primeras. É el Psalmista: El hombre, como fuese en honor, non entendió; é comparado es á las bestias non sabias, é fecho es semejable á ellas.

É sin dubda, señor, esta es discreta doctrina: que mas necesario es el consejo en el tiempo próspero que en el adverso: que la próspera fortuna ciega é turba los corazones humanos; é la adversa con su adversidad da consejo. Porque, señor, á los hombres discretos conviene facer lo que el sabio marinero face, el qual en el tiempo de la bonanza se apercibe é arma contra la fortuna: cá sabe ser cosa natural despues de bonanza tormenta, é despues de tormenta bonanza; cá la fortuna non dexa ninguna cosa luengamente permanecer en un ser. Asi lo dice Boëcio en persona de la fortuna fablando en tales palabras: Las cosas altas en baxas, é las baxas en altas nos gozamos mudar: este juego continuo jugamos: todas las cosas en rueda volante tenemos.

Para esto provar non son necesarias autoridades, ni menos historias estrañas buscar; pues que abondamos en exemplos domésticos, acaecidos en nuestros tiempos. Pues con esvelado estudio catad las cosas pasadas para ordenanza de las presentes é providencia de las venideras: que quien á las cosas pasadas no mira, la vida pierde; é el que en las venideras no provee, entra en todas como non sabio: cá el que proveido es, non dice: non pensé que esto se ficiera; que non dubda, mas espera; non sospecha, mas aguarda: é los daños ante vistos menos suelen empecer. É bienaventurado es aquel á quien los agenos peligros facen salvo: é quanto los estados son mas altos, tanto á peligro son mas subjetos; que el que en llano se asienta, non tiene donde caya. É la mayor mengua que los grandes han es de consejo: porque á los tales muy pocos dicen verdad, porque la verdad engendra mal: é cerca de los señores mas suelen usar lisonja que verdadero amor nin consejo...

Onde, señor, pues conoceis quan peligroso és este mar en que navegamos, tanto que el viento próspero dura avelad el navio

con tales amarras, que si la fortuna volviera la cara, el leme prudente gobierne la nao, aquella levando á puerto seguro. É como sin Dios ningun trabaxo en el mundo aproveche; á este dad gloria, honor é servicio, aviendo en él perfecta esperanza, é él vos será ayuda é consejo. Asi lo amonesta el Psalmista, diciendo: Pon tu corazon en Dios, é él te gobernará. É el santo Evangelio: Primero buscad el reino de Dios é la justicia, é todas las cosas se vos ofrecerán. É el apóstol: A los que temen á Dios todas las cosas se les convierten en bien. Porque, señor, segund dice san Bernardo: Como quiera que el estado de las cosas mundanas debaxo de la fortuna trabaxe, nin por eso la regla del vivir es de dexar: que muy atarde el infortunio con diligencia se acompañan, é muy mas atarde el infortunio de la pereza se aparta. Asi un homme que á cierto dia oviese á otro de combatir, procura de armarse con diligencia, muchas veces proveyendo su arnes. ¿Quánto mas procurarlo debe quien no sabe quando será combatido de un tan grande é fiero enemigo como es la fortuna? pues con todo estudio conviene buscar asi duras armas, que sean bastantes á resistir tan grande adversario.

Onde, muy virtuoso señor, las armas contra la fortuna á los grandes señores, despues de servir á nuestro Señor, son cinco principales, conviene saber: primera amar, querer, vivir, temer, é honrar de todo corazon su rey. Cá los reyes tienen el lugar de Dios en la tierra, segund es escripto por Salomon en persona de nuestro Señor, diciendo: Los reyes por mí reynan, é por mí los príncipes mandan: é el apóstol: Honrad al rey como á muy excelente. Segunda, amor de los súbditos, cá dice Séneca: Este solo es inestimable muro el amor de los cibdadanos. Por cierto los cuerdos mas deben procurar ser amados que temidos: que dice Terencio: Mucho yerra, segund mi sentencia, el que piensa el imperio ser mas estable el que por fuerza se gana, que aquel que por amistad es ayuntado. Tercera: riquezas, sin las quales no se puede luengamente conservar grand estado, ni dar fin á cosa magnífica. Cá el alto corazon, si carece de bienes de fortuna, su virtud mostrar no se puede: cá bien podria ser un homme pobre asi de grand corazon quanto Alexandre; mas ¿cómo podria ser en aucto su virtud reducida, careciendo de bienes exteriores? Quarto: fortalezas: las quales muchas veces leimos é vimos aver aplacado la ira de la adversa fortuna.

De la primera, conviene saber, amar é servir al rey, quantos bienes se sigan, no conviene larga escriptura: cá en lo tal nuestro Señor es servido, los bienes temporales se acrecientan, é los estados son sublimados. É por el contrario, es Dios deservido, é las riquezas se consumen é gastan, é los estados é dignidades se pierden...

De la segunda, es á saber, amor de los súbditos: este se gaña con rostro alegre é mano liberal, pues destas dos cosas la primera poco cuesta; de la segunda dad gracias á Dios, que pocos pueden asi bien usar como vos. Pues cerca desta tened tal manera, que dedes antes que vos demanden, con cara alegre é mano ligera: que propia cosa es, segund dice Tulio, del que face algo de grado, facerlo aína: é no esperes á ser muy rogado, que no es cosa tan caramente comprada como la que por ruegos se alcanza.

De la tercera, es á saber, riquezas: trabaxad con grand diligencia de las alcanzar tanto que sean bien ganadas é sin gemidos de pobres personas: cá proverbio antiguo es, que se pierde lo bien ganado; é lo malo, ello é su dueño. Y el Psalmista dice: Ví al justo ensalzado asi como los cedros del Líbano: pasé, é luego no era: busquéle, é no fué fallado su lugar. É Séneca: Quien por torpes maneras sube á lo alto, mas aína cae que subió. É Aristóteles: El nombre del soberbio é cobdicioso será tirado de sobre la tierra. Por ende mucho son de emendar los tales pecados: cá por la sobervia el ángel del cielo cayó, el homme del paraiso fué echado, la torre de Babilonia derribada, las lenguas divisas, Golías muerto. É por eso decia Salomon: El comienzo de toda maldad es la sobervia. É el apóstol: Raiz es de todos males la cobdicia: esta los homicidios comete, los robos é rapiñas exerce, las batallas levanta é exercita, las cosas sagradas por simonía compra é vende. Para lo qual conseguir, es de acatar lo que san Bernardo dice: que donde la data é receta son iguales, el tal estado es en peligro: é por consiguiente en mayor peligro será donde el gasto sobrepuja á la renta. Porque á todo hombre discreto conviene considerar su renta, en tal manera que sea mayor que su gasto; porque si caso sobreviniere, haya de que sostenerse pueda. É si esto á toda persona conviene, mayormente á los grandes señores, los quales á mayores cosas son obligados, é mayores necesidades han.

De la quarta, es á saber, de las fortalezas, conviene notar que el mayor é mas principal bastimento é que mas tarde se halla, es virtuoso corazon para las guardas, pues debédes confiar vuestras fortalezas de hombres fijos-dalgos, que hayan avido esperiencia de fechos de guerra, á quien ayádes fecho mercedes: que á los virtuosos é buenos, mucho es grand carga la memoria de los beneficios recebidos...

De la quinta é postrimera, que es el consejo, devédes mucho trabaxar de aver tres ó quatro personas fieles con quien todo el fecho comuniqueis. Cá Salomon: Todas las cosas faz con consejo, é non te arrepentirás despues de fechas. É Séneca: Ninguna cosa es tan dulce como aver con quien todas las cosas oses fablar asi

contigo. É san Bernardo : No quieras mucho confiar de tí mismo, porque sin dubda en los propios fechos todo hombre se engaña por discreto que sea, é naturalmente toda persona conseja mejor en los fechos agenos que en los propios suyos : lo qual se face porque en las cosas nuestras, ó somos empachados por gozo, ó por tristeza. Cerca del consejo en las cosas arduas é graves, muy devotamente rogad á nuestro Señor : é aun faced rogar á devotas personas que vos demuestre la via de verdad, cá dice san Agustin : que el buen consejo es gracia por Dios dada. É destos asi escogidos recebid estrecho juramento que guardarán vuestros secretos ; é tened con ellos tal órden, que en las cosas grandes, é apartadamente de cada uno, sepais su voto : é contra todos argüid asi vivamente quanto vuestro juicio abastare. É despues, todos juntos ante vos, mandad que digan sus opiniones, é la determinacion quede á vos en absencia suya ; cá dice el Señor : La mi gloria no la daré á otro. Los quales son de escoger con grand diligencia que sean discretos é de buenas intenciones, é que hayan seido leales á los señores que ante servieron : que non espereis que á vos sea leal el que á otro fuera traydor...

É de los amigos, aquellos aved por verdaderos que en vuestra primera fortuna vos amaron : cá el que amigo es, en todo tiempo ama ; é segund dice Boëcio : Aquel que la próspera fortuna fizo amigo, la adversa lo fará enemigo. É por cierto, señor : una de las cosas de mayor yerro es la poca diferencia que entre los hombres se face, como no sea cosa en que tan grande facerse deva : lo qual conociendo Aristótiles, decia : Asi como el mas noble de los animales es el hombre subjeto á la razon ; asi el peor es el hombre apartado de aquella. É Séneca : Ninguno animal es tan peligroso, ninguno con mayor arte de tractar, como el hombre á razon non subjeto. É si entre los caballos tan grand diferencia se face, que uno vale cien doblas é otro non diez : ¿ quánta vergüenza sea todos los hombres valer por un precio? Cada uno lo puede juzgar, como uno de balde sea caro, é otro non puede por precio comprarse. É la perfeccion de la criatura razonable, segund dice san Agustin, es cada cosa tener su precio. É Séneca : Ninguna cosa es tan necesaria como poner precio á las cosas ; pues con mucha solicitud examinad á los amigos é servidores : é de los virtuosos fidalgos é buenos faced tesoro : que un corazon de un leal amigo é fiel servidor, non se puede por precio comprar. *(Tratado de Providencia contra Fortuna.)*

FERNAN PEREZ DE GUZMAN.

I.

Don Enrique III.

Quando llegó á los diez é siete años, uvo muchas y grandes enfermedades que le enflaquecieron el cuerpo, é le dañaron la complexion, é por consiguiente se le dañó é afeó el semblante, no quedando en el primero parecer: é aun le fueron causa de grandes alteraciones en la condicion: cá con el trabaxo é la afliccion de la luenga enfermedad, hízose mucho triste y enojoso. Era muy grave de ver é de muy áspera conversacion, ansí que la mayor parte del tiempo estaba solo é malenconioso: é al juicio de muchos, si lo causaba la enfermedad ó su natural condicion, mas declinaba á liviandad que á graveza ni madureza. Pero aunque la discrecion tanta no fuese, avia algunas condiciones con que trahia su hacienda bien ordenada é su reyno razonablemente regido: cá él presumia de sí que era suficiente para regir é gobernar. É como á los reyes menos seso y esfuerzo les basta para regir que á otros hombres, porque de muchos sabios pueden aver consejo, é su poder es tan grande, especialmente de los reyes de Castilla, que con poca hombredad que tengan, serán muy temidos, tanto que ellos hayan presuncion é no se dexen gobernar de otros; ansí el fué muy temido. É junto con esto él era muy apartado; cá ansí como la mucha familiaridad é llaneza causa menosprecio, ansí el apartamiento é la poca conversacion hace al príncipe ser temido. Él avia gran voluntad de ordenar su hacienda y crecer sus rentas, é tener el reyno en justicia: é qualquier hombre que se da mucho á una cosa, necesario es que alcance algo della; quanto mas el rey, que nunca le fallecen buenos ministros é oficiales para aquel oficio en que él se deleyta... Lo que negar no se puede, alcanzó discrecion para conocer y elegir buenas personas para el su consejo: lo qual no es pequeña virtud para el príncipe.

II.

El infante don Fernando de Castilla (1).

Fué príncipe muy hermoso de gesto, sosegado, é benigno, casto y honesto, muy católico y devoto christiano: la habla

(1) Llamado de *Antequera*, que luego fué elegido rey de Aragon, despues de haber sido tutor de don Juan II.

vagarosa é floxa; é aun en todos sus autos era tardío é vagaroso: tanto paciente é sofrido, que parecia que no avia en él turbacion de saña ni de ira. Pero fué príncipe de gran discrecion, y que siempre hizo sus hechos con bueno é maduro consejo. A los que le sirvieron fué asaz franco. Pero entre todas sus virtudes, las que mas fueron en él de loar, fueron la grande humildad é obediencia que siempre guardó al rey su hermano, é la lealtad é amor que ovo al rey don Juan su hijo... É como quiera que por algunos grandes del reyno fuese tentado é requerido, que pues el rey su hermano por ser apasionado (enfermizo) no podia bien regir é gobernar, que él tomase la carga de la gobernacion; nunca lo quiso hacer, dexando á la voluntad é disposicion de Nuestro Señor assí el regimiento del reyno como lo que á su persona tocaba: queriendo mas esperar el remedio que Dios daria en lo uno y en lo otro, que no la provision que él pudiera hacer, la qual fuera con escándalo é rigor. É ansí Nuestro Señor, que muchas veces, aun en este mundo, responde á las buenas voluntades, catando la humildad é inocencia de este príncipe, guardóle de la sospecha de su hermano. É aquella gobernacion del reyno, que él no aceptó quando inoportunamente é á sin razon le era ofrecida, diógela con voluntad del rey é placer de todo el reyno: que, como dicho es, el rey su hermano á su fin le dexó por tutor del rey su hijo, é regidor de sus reynos: claro exemplo y noble doctrina, en que todos los príncipes que son en subjeccion é señorío de los reyes, como en un espejo se deben mirar, porque con avaricia é cobdicia desordenada de regir é mandar ni de otra utilidad propia no se entremetan de turbar ni ocupar el señorío real, ni moverse contra él; mas con toda obediencia é lealtad estar so aquel yugo en que Dios los puso.

III.

Don Lorenzo Suarez de Figueroa, maestre de la Orden de Santiago (1).

Fué muy callado, de pocas palabras, pero de buen seso é buen entendimiento, é de gran regimiento é regla en su casa é hacienda, é por eso de algunos era avido por escaso é cobdicioso; pero aquello que él daba era en tal manera, que la forma suplia el defecto de la materia, porque era luego dado en dineros contados é muy secretamente, que son autos que honran é afeytan mucho los dones, é los hacen mas graciosos: cá con tales

(1) Padre de doña Catalina de Figueroa, que casó con don Iñigo Lopez de Mendoza.

maneras el que lo recibe no toma trabaxo, y el que lo da muestra no querer vanagloria. De su esfuerzo nunca oí, salvo que en las guerras era diligente é de buena ordenanza, lo qual no podia ser esfuerzo.

IV.

Don Pedro Manrique, adelantado de Leon, que murió en el año de 1440 (1).

Fué hombre de gran corazon, asaz esforzado. Algunos lo razonaban por bollicioso, é ambicioso de mandar é regir. Yo no lo sé cierto; pero si lo fué, no lo avria á maravilla: porque todos los que se sienten dispuestos é suficientes á alguna obra é auto, su propia virtud los punge é estimula al exercitar ó usar dello: cá apenas verá el hombre á alguno bien dispuesto á un oficio que no se deleyte en lo usar. É ansí este gran caballero, porque su gran discrecion era bastante á regir é gobernar, veyendo un tiempo tan confuso é tan suelto, que quien mas tomaba de las cosas mas avia dellas, no es mucho de maravillar si se entremetia en ello. La verdad es esta, que en tiempo del rey don Juan el Segundo, en el qual ovo grandes é diversos mudamientos, no fué alguno en que él no fuese: no por deservir al rey ni procurar daño del reyno, mas por valer é aver poder: de lo qual muchas veces se siguen escándalos y males. É ansí en tales autos pasó por diversas fortunas prósperas é adversas: cá algunas veces ovo gran lugar en el regimiento del reyno, é acrescentó su casa y estado; y otras veces pasó por grandes trabaxos, cá fué una vez desterrado, é otra vez preso.

V.

El condestable de Castilla don Alvaro de Luna.

Tanta y tan singular fué la fianza que el rey hizo del condestable, é tan grande é tan excesiva su potencia, que apenas se podia saber de ningun rey ó príncipe que muy temido é obedecido fuese en su reyno, que mas lo fuese que él en Castilla, ni que mas libremente oviese la gobernacion y el regimiento... A tanto se extendió su poder, é tanto se encogió la virtud del rey, que del mayor oficio del reyno hasta la mas pequeña merced, muy pocos llegaban á la demandar al rey, ni le hacian gracias della; mas al condestable se demandaba, é á él se regraciaba... En conclusion son aquí de notar dos puntos muy maravillosos: el pri-

(1) Abuelo paterno de Jorge Manrique.

mero, un rey comunalmente entendido en muchas cosas, é ser de todo punto negligente é remiso en la gobernacion de su reyno, no le moviendo ni estimulando á ello la discrecion, ni las experiencias de muchos trabaxos que pasó en las contiendas é revueltas que ovo en su reyno, ni las amonestaciones é avisamientos de grandes, caballeros é religiosos que dello le hablaban, ni lo que es mas, la inclinacion natural pudo en él aver tanto vigor é fuerza, que de todo punto, sin ningun medio, no se sometiese á la ordenanza y consejo del condestable con mas obediencia que nunca un hijo humilde lo fué á padre, ni un obediente religioso á su abad ó prior... El segundo punto, que un caballero sin parientes, y con tan pobre comienzo, en reyno tan grande, é donde tantos é tan poderosos caballeros avia, y en tiempo de un rey tan poco obedecido é temido, oviese tan singular poder. Cá, puesto que queramos decir, que esto era en virtud del rey, ¿cómo podia dar poder á otro el que para sí no lo tenia? ¿ó cómo es obedecido el lugarteniente, quando el que lo pone en su lugar no halla obediencia? Verdaderamente yo cuido que desto no se podiese dar clara razon, salvo si la diere aquel que hizo la condicion del rey tan extraña. Ni se puede dar razon del poder del condestable: que yo no sé qual de estas dos cosas es de mayor admiracion, ó la condicion del rey, ó el poder del condestable. Y en el tiempo de este rey don Juan el Segundo acaecieron en Castilla muchos autos, mas grandes y estraños que buenos ni dignos de memoria, ni útiles ni provechosos al reyno. Cá asi fué, que ausente de esta vida el rey don Fernando de Aragon, por consiguiente se ausentaron del reyno de Castilla la paz é la concordia...

El miércoles de las ochavas de Pasqua florida, queriendo Nuestro Señor hacer obra nueva, el dia que debia ser resurreccion, fué pasion del dicho condestable. Con gran admiracion é quasi increible á todo el reyno, el rey lo mandó prender á don Alvaro de Stúñiga, que fué despues conde de Plasencia, é tomó lo que allí halló; é partiendo de Burgos, llevólo consigo á Valladolid, é hízolo poner en Portillo en fierro, en una jaula de madera. ¿Qué podemos aquí decir, sino obedecer y temer los escuros juicios de Dios sin alguna interpretacion, que un rey, que hasta los quarenta y siete años fué en poder de este condestable con tan grandisima paciencia é obediencia que solamente el semblante no movia contra él, que ahora súbitamente con tan grande rigor le hiciese prender é poner en fierro? É aun es de notar aquí que aquellos príncipes reales, el rey de Navarra y el infante don Enrique, con acuerdo é favor de todos los grandes del reyno, muchas veces se trabaxaron de lo apartar del rey y destruirlo; é no solamente no lo acabaron, mas todos los mas

dellos se perdieron en aquella demanda: por ventura porque se movian, no con intencion buena, mas con interese. É si queremos decir que el rey hizo esta obra, parece al contrario; porque muerto el condestable, el rey se quedó en aquella misma remision y negligencia que primero: ni hizo auto alguno de virtud ni fortaleza en que se mostrase mas ser hombre que primero. É ansí resta que debamos creer que esta fué obra de solo Dios, que segun la Escritura, él solo hace grandes maravillas... Fué llevado de Portillo á Valladolid, é allí públicamente y en forma de justicia, le fué cortada la cabeza en la plaza pública. A la qual muerte, segun se dice, él se dispuso á la sofrir mas esforzada que devotamente; cá, segun los autos que aquel dia hizo é las palabras que dixo, mas pertenecian á fama que á devocion.

(*Generaciones y Semblanzas.*)

EL BACHILLER ALFONSO DE LA TORRE.

I.

La Prudencia.

Era la Prudencia vestida del paño é del trage é vestiduras de las otras hermanas; porque por ventura si sobre excediera, cayera en odio de las otras, y no traia aparato menor por no venir en menosprecio: tal era el vestido qual convenia á la edad, y al estado, y al tiempo. Tenia acutísimo el entendimiento, y grand aplicacion á lo particular; y eso mismo tenia grand memoria de lo pasado, é grand providencia en lo pór venir: cá avia visto muchas esperiencias en el mundo, é avia fecho conclusiones á las contingentes cosas. El Entendimiento le rogó que por merced, pues ella era la principal que las pasiones moderaba, que le quisiese dar algunas informaciones de la vida.

La Prudencia respondió: Qualquier que quisiere ser mi amigo, ha de seguir las reglas siguientes: — Ha de examinar por consejo lo que ha de facer: é si él bien entendiere, no perderá nada por demandar consejo á otros: cá muchas veces ocurre á un simple lo que non ocurre á un sabio: é ¿quánto mas ha menester consejo el que no sabe? — No se mover por informacion dubdosa ni por credulidad ligera: cá muchos facen por las semejantes cosas de que se arrepienten. — Las cosas de la fortuna, si quiere gozar dellas, que non las tenga ansí como suyas, y que

esté presto á las perder; mas quando las toviere, non las guarde ansí como agenas. — El que quiera ser prudente ha menester que non sea solitario, mas que sea conforme al tiempo é á la gente: cá en otra manera verná á murmuracion, é á perseguirlo, é aborrecerlo. Y si non se pudiere con toda gente conformar el corazon, conforme la cara si la plática es necesaria. — No difinir ni determinar en mala parte las cosas dubdosas. — No afirmar recio la cosa no esperimentada; cá toda cosa verisemblante no es verdadera: ansí como toda piedra que parece preciosa, no es preciosa. — Tener memoria de las cosas y esperiencias; cá en las cosas contingentes y electivas, como diferencien las cosas pasadas é por venir, é las unas se parecen á las otras, bueno es tomar castigo en cabeza del lobo. — Tener prudencia en las cosas por venir: é todas las cosas que son posibles, imaginar que serán. El que tiene estado, riquezas, ó fijos, piense que los puede perder: cá loco es el que entra en la mar, é non considera que ha de pasar alguna fortuna: é ansí non verná al tal hombre cosa súbita que le faga mal aventurado; cá los dardos que veemos venir, poco peligro hay en ellos. Quando fallaren los comienzos, imaginen los fines. — Non comiencen las cosas si non se pueden acabar sinon á grand danno ó deficultad, si el su valor no exceda en infinito de los tales trabaxos: mas en algunas ha de perseverar porque las comenzó, é porque non parezca mudable; é otras no comenzar, en las quales el perseverar es dañoso. — Sus opiniones sean juicios en que convengan los hombres razonables: cá imprudencia es afirmar opinion, é que pocos convengan de los que han razon. — Los pensamientos vanos é dificultosos é quasi imposibles, arriédrelos de sí, cá locura seria imaginar el buey que volaria: é tan grande seria que pensase la gallina que podria arar ó levar el carro. El pensamiento ha de convenir con la posibilidad é con la conveniencia de la persona; y el otro es pared en el ayre sin fundamento, é yervas que no han rayces. Deve hombre pensar segund el tiempo, el caso y el modo; é non segund su sueño: cá el dedo no es tan gordo como parece en el espejo de acero. É por tanto hay un espejo, que es el de la razon, y otro, que es el de la imaginacion fantástica ó dilusiva. — La palabra del prudente, ó amoneste, ó enseñe, ó alegre en tal manera, que non sea vano. — Alabarás tempradamente, é no tornes á vituperar al que fuertemente has alabado, cá significaria en tí mal conocimiento; ó si el prudente engañar no quiere, engañado no puede ser. Ha principio alabar tempradamente, mas vituperar muy mas atemprado: cá con la una se suele mezclar la lisonja, é con la otra la invidia. — El testimonio sea dado á la verdad, é nunca á la amistad: prometer con consideracion, é dar mas de lo prometido. — Busca lo que puedes

fallar : deprende lo que puedes saber : comienza lo que puedes acabar : sube donde non sea peligroso el estar ó el descender : entra donde puedes salir. Aquello desea que non sea vergüenza publicarlo. — Es de tener medio en las acciones; cá lo que á uno facer es cordura, á otro es grand ignorancia : é lo que á uno es largueza é virtud, á otro es exceso é prodigalidad : é lo que es en un tiempo virtud, en otro es vicio.

El que quiere ser prudente, debe elegir con quien toma amistanza; é debe tener muchos afables á los quales sea benívolo. Mas han de ser pocos los íntimos y secretos : é tarde se fallan amigos fieles que duren fuera de la prosperidad. É el que quisiere ser prudente deve sepelir en su corazon las palabras, de las quales él solo es testigo. Vana es la condicion de los hombres, que quieren que lo que ellos callar non pueden con imprudencia, que lo callen los otros prudentemente. — Y en el buscar de las honores ha de aver grand prudencia : que muchos buscando las pierden é deseándolas inmoderadamente...

II.

Razonamiento de la Justicia al Entendimiento.

¿Cómo va en el mundo despues que salí dél? ¿é en especial las leyes cómo se guardan? A aquesto respondió el Entendimiento: Guardan las leyes aquellos que temen; é los que no temen quebrántanlas. Dixo la Justicia : ¿Cómo va en el executar de la justicia? El Entendimiento respondió : No hay medio ninguno, ó todo lo perdonan con misericordia, ó todo lo punen con crueldad. É los que allegan á la justicia, é la administran, ¿qué hombres son? Respondió el Entendimiento : Tantas son las leyes y los entendimientos, que non está el derecho sinon en sus falacias é allegaciones engañosas... Mas hay tan mala para el mundo, dixo la Justicia, que quando avia trece leyes, moraba yo entre los sabidores dellas; y mas me desterró del mundo la multitud de las leyes que non la tiranía de los tiranos, ni la disolucion de la gente. É dixo mas : Veamos á lo menos en la honra cómo se han : ¿honran á los virtuosos é á los buenos? Responde el Entendimiento : Toda la virtud é todo el bien de la gente es convertido en tener dineros, y aquellos honran, é aquellos siguen, é aquellos aman. Respondiendo, dixo la Justicia : ¡Ay tristes dellos! que dan beneficio por maleficio!...

É dixo mas la Justicia : Ansí como la prudencia es directiva del entendimiento, ansí yo soy benificativa de la voluntad : cá non aprovecharia nada entender aquello que conviene, si la voluntad no amase aquello mesmo. Y aquel amor de la cosa buena é

verdadera es llamado justicia; y muchos facen las obras de hombre justo, é non son justos: porque les fallece aquel amorío é conformidad de voluntad. Y ¿qué cosa es justicia, sinon una tácita é secreta convencion é ligamiento de natura fallada en adjuctorio de muchos, y un vínculo de la humana amistad é compañía?... Mas el principio de ser justiciero un hombre muy familiar, es el amor de Dios glorioso; y si le amáres, parecerle has en aquesto, que aprovecharás á los que puedes, y no dañarás á ninguno. Non está la justicia en las palabras de la ley: cá los actos de los hombres infinitos son, é non se pudieron comprehender de yuso una regla cierta; pero yo moro en la voluntad constante, y conformada con la recta é derechurera razon.

Algunas cosas castigarás porque en sí son malas; las otras porque dan enxemplo é causa de maldad: y despues pensar que donde quiera que traten de la verdad, que has fecho juramento por defender aquella: cá aquesta es la ley de la virtud... Si conteciere que la fidelidad se redima con mentira, ya entonces no es mentira: y los injustos son vencidos de los males, é los males son vencidos del justo. Y el que quiere ser justo, non ha de ser inclinado por la reverencia de la persona, ni por la multitud de los dones, ni por la violencia de los amigos, ni por el temor de los potentes. Mas el justo ha de ser tan duro que parezca cruel é á todos aterrezca, é parezca tan feroce, que despoje la buena condicion. Ni ha de ser tan blando, que non le tema ninguno: cá entre estos dos extremos viciosos está el medio de la virtud. El que justo es, él mesmo es regla é balanza é medida á donde conviene é á lo que conviene: y de las honores tome lo que es convenible á su estado ó manos por miedo del error... Universalmente en todas las las cosas el justo guarda el medio. É ¿qué piensas tú que son los reynos, si no hay justicia en ellos, sino tiranías é ladronicios é homicidios?

É dixo mas la Justicia: Acuérdate siempre que el mi principio es amor é temor de Dios: cá non solamente Dios dió é ayudó á aquellos que lo amaban é creian en él verdaderamente; mas aun ayudó á aquellos que tenian la religion de los ídolos: é por el contrario destruia á aquellos que contra los tales se facian tiranos. ¿Y piensas tú por ventura, que si yo oviera estado en el mundo, que Júpiter oviera espelido á su padre Saturno del reyno? ó se oviera seguido la gran batalla de Creta? O ¿piensas que la cobdicia de los dos hermanos ovieran destruido la cibdad de Thebas? ¿Y crees que oviera seydo desraygada la nobleza de Troya? ¿Y crees que Alexandre oviera dannado las ultramarinas tierras? ó que Annibal tan cruelmente oviera destruido á Morviedro? ó que Hércoles, que fué mucho primero que aquesto, oviera robado los ganados de Girion? ó que Enéas oviera prendido la esposa de

Turno? ó que los romanos ovieran sojudgado tan injustamente las naciones? ni comenzado las primeras africanas batallas?... Non oviera mal particular ni universal en el mundo: cá si los hombres fueran justos, ficieran aquello que quisieren que les ficiesen...

III.

Discurso de la Fortaleza al Entendimiento.

¿Cómo va en el mundo de fortaleza en pugnar por la virtud é morir por aquella? y pugnar por la vida de las cosas honestas, é destroir las cosas inhonestas y malas? Dixo el Entendimiento: En el mundo se hallan hombres fuertes en una de seis maneras. Unos son fuertes civiles, que pugnan por la honra é por la vergüenza entre aquellos que son cognocidos, porque veen que los fuertes son honrados, é los temerosos son increpados. Otros son fuertes por temor, ansí como los que facen pelear en el mar por fuerza. Otros tienen fortaleza militar, esto es, que ya tienen el arte de batallar: ansí como los que entran en el agua confiándose en el arte de nadar. La quarta fortaleza es furiosa: que muchos con saña facen cosas que son judgadas fuertes. Otros son fuertes por costumbre, que por ventura han seydo en muchas batallas, é se han avido muy bien en ellas: é con aquella confianza cometen las cosas arduas. Otros tienen fortaleza bestial, non sabiendo la fuerza de su adversario...

Respondió la Fortaleza: Los primeros que pelean por la honra ó por la vergüenza, semejantes son á los virtuosos; mas ellos non lo son del todo: cá muchos dellos son fuertes donde los conocen, que serian temerosos donde fuesen ignotos. Los segundos que por temor son fuertes, peores son que aquestos: cá la virtud ha de ser libre é con amor, y no ha de ser constreñida ni temerosa. La tercera, que es del arte militar, non es propia fortaleza: comunmente tales son los caballeros stipendiarios é alongados: é aquestos quando veen los grandes peligros, fuyen. É ya vimos los civiles aturar mas que aquestos en los tales peligros. Los quartos, de la furia, non son verdaderos fuertes, antes son audaces: é comunmente los tales facen como las estopas, que luego se encienden, é luego son muertas... Los quintos, de la esperiencia, non son verdaderos fuertes: porque la virtud de la fortaleza es firme en el corazon, y no es al caso encomendada ni á la fortuna. Los sextos non son fuertes; antes son como bestias, porque non preveen con quien han contienda: pues la fortaleza verdadera es un medio entre la audacia y el temor. Y la mayor fortaleza que pueda ser en el hombre, é la mayor tranquilidad para vevir

bien aventurado, es vencer á si mesmo é sujudgar las pasiones: cá ¿qué monta á un hombre aver sujudgado los indios é los méditerráneos septentrionales, y ser vencido de la ira é de las otras pasiones? Pues la primera fortaleza es supeditar é enseñorear las pasiones propias : é grand virtud es non ser hombre vencido de las cosas tristes, ni ser mudado por los infortunios ó adversidades; pero mayor fortaleza es é mayor virtud tener la rienda y el freno de no se alterar en las prosperidades; cá mas fácilmente vence al hombre la buena fortuna que la mala...

El magnánimo escoge de morir por la virtud : é mas quiere la honesta muerte que la deshonesta é vituperable vida : al qual, si vive, se siguen las honras é la fama, que son premios de la virtud : y si muriere, ha reposo en la otra vida é fama en aqueste mundo... Cá no emprende de facer sino aquellas cosas que la prudencia manda; y aconseja las que la justicia endereza, y lo que la grandeza del corazon é virtud de fortaleza quiere, aquesta es grand parte de la bienaventuranza del hombre...

IV.

Dice la Templanza al Entendimiento.

No trabaxes como allegues riquezas superfluas, que son causa de tristezas é trabaxos; mas trabaxa como no seas mendigo ni puesto en necesidad grande; que la pobreza extrema aborrecida es de la condicion humana. É ansi, seyendo contento de lo tuyo, no avrás invidia ni procurarás lo ageno. No fuyas todas las delectaciones como insensible é rústico, ni las persigas ansi como intemperado. De las palabras torpes abstenerte has : cá el su uso intemperancia engendra. Ama las palabras honestas é verdaderas mas que apartadas é afeytadas; mira lo que dices é la manera del decir. Lo que sabes enséñalo sin jactancia; é lo que no sabes, confiésalo sin vergüenza... Guárdate de lisonjeros, ni quieras por lisonjas merecer la amistad de ninguno. Guárdate de la compañía de los viles : alégrate quando desplaces á los malos; y piensa que es tan malo alabarte los torpes como si te alabasen de torpeza. Amostrarás de grado : reprehenderás con paciencia. Non seas audaz nin presumtuoso. Si alguno te reprehende debidamente, piensa que aprovechó; si indebidamente, sabe que pensó aprovechar. Fuye los tus vicios, é non seas curioso inquiridor de los agenos, ni áspero reprehendedor. Al que yerra perdona de grado. No ensalces sobre mesura á ninguno, ni lo abaxes... Al que te llama, óyele, é respóndele de grado : al que contiende déxalo luego. No seas modesto en las plazas, é intemperado en tu casa. Sey movible é non ligero : sey constante, é no pertinaz ó por-

fioso. A todo hombre serás igual. No menospreciarás á los menores con sobervia, ni temerás á los mayores con la rectitud de la vida... A todos sey benigno; á pocos familiar, no á ninguno doblado. Sey mas profundo en el juicio que aparente en la palabra: y mejor en la vida que en la cara. Sey amador de la clemencia, é perseguidor de la crueldad. No seas sembrador de tu fama, ni detrahedor de la agena: no creas las suspiciones ni los crímines, ni las nuevas vanas. Sey tardo á la ira, é á la misericordia fácil: en las adversidades firme, y en las prosperidades cauto é humilde. Sey honrador de las virtudes; séanlo otros de los vicios... (*La Vision deleitable.*)

FERNANDO DEL PULGAR.

I.

Don Enrique IV de Castilla.

Este rey, seyendo príncipe, estovo en la ciudad de Segovia apartado del rey su padre los mas dias de su menor edad, en los quales se dió á algunos deleytes que la mocedad suele demandar, y la honestidad debe negar. Fizo hábito dellos; porque ni la edad flaca los sabia refrenar, ni la libertad que tenia los sofria castigar... Era hombre piadoso, é no tenia ánimo de facer mal, ni ver padecer á ninguno: é tan humano era, que con dificultad mandaba executar la justicia criminal; y en la execucion de la cevil, y en las otras cosas necesarias á la gobernacion de sus reynos, algunas veces era negligente, é con dificultad entendia en cosa agena de su delectacion, porque el apetito le señoreaba la razon. No se vido en él jamas punto de sobervia ni en dicho ni en fecho, ni por cobdicia de aver grandes señoríos le vieron facer cosa fea ni deshonesta: é si algunas veces avia ira, durábale poco, y no le señoreaba tanto que dañase á él ni á otro... Era gran músico, é tenia buena gracia en cantar é tañer é en hablar cosas generales; pero en la execucion de las particulares é necesárias, algunas veces era flaco, porque ocupaba su pensamiento en aquellos deleytes de que estaba acostumbrado, los quales impiden el oficio de la prudencia á qualquier que dellos esté ocupado. É ciertamente vemos algunos hombres hablar muy bien, loando generalmente las virtudes é vituperando los vicios; pero quando se les ofrece caso particular que les toque, entonces, vencidos del interese ó del deleyte, no han lugar de permanecer en la virtud que loaron, ni resistir al vicio que vituperaron...

Los reyes comarcanos temian tanto su grand poder, que ninguno osaba facer el contrario de su voluntad, é todas las cosas le acarreaba la fortuna como él las queria, é algunas mucho mejor de lo que pensaba, como suele facer á los bien afortunados: é los de sus reynos, todo aquel tiempo que estovieron en su obediencia, gozaban de paz é de los otros bienes que della se siguen. Fenecidos los diez años primeros de su señorío, la fortuna, envidiosa de los grandes estados, mudó como suele la cara próspera, é comenzó á mostrar la adversa. De la qual mudanza muchos veo quexarse, y á mi ver sin causa: porque segund pienso, allí hay mudanza de prosperidad donde hay corrupcion de costumbres...

En esta division (de los dos bandos quando fué proclamado por un partido el infante don Alonso) se despertó la cobdicia, é creció la avaricia, cayó la justicia, é señoreó la fuerza, reynó la rapiña, é disolvióse la luxuria, é ovo mayor lugar la cruel tentacion de la sobervia que la humilde persuasion de la obediencia, é las costumbres por la mayor parte fueron corrompidas é disolutas; de tal manera, que muchos, olvidada la lealtad é amor que debian á su rey é su tierra, é siguiendo sus intereses particulares, dexaron caer el bien general de tal forma, que el general y el particular perecia. É Nuestro Señor, que algunas veces permite males en las tierras generalmente, para que cada uno sea punido particularmente segund la medida de su yerro, permitió que oviese tantas guerras en todo el reyno, que ninguno puede decir ser eximido de los males que dellas se siguieron: y especialmente aquellos que fueron causa de las principiar se vieron en tales peligros, que quisieran dexar gran parte de lo que primero tenian, con seguridad de lo que les quedase; é ser ya salidos de las alteraciones que á fin de acrecentar sus estados inventaron: é así quisieron saber con la verdadera experiencia lo que no les dexó conocer la ciega cobdicia. É por cierto así acaece, que los hombres antes que sientan el mal futuro, non conocen el bien presente; pero quando se ven envueltos en las necesidades peligrosas, en que su desordenada cobdicia los mete, entonces querrian é no pueden facer aquello que con menor daño pudieran haber fecho.

II.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana.

Era hombre agudo é discreto, é de tan gran corazon, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placia entender. En la continencia de su persona é en el razonar de fabla mostraba

ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien, é nunca le oian decir palabra, que no fuese de notar, quien para doctrina, quien para placer. Era cortés, é honrador de todos los que á él venian, especialmente de los hombres de ciencia. Como fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad, que despierta el buen entendimiento, é el corazon grande, que no dexa caer sus cosas, le ficieron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por las armas, recobró todos sus bienes... Era caballero esforzado, é ante de la facienda cuerdo é templado, é puesto en ella era ardido é osado; é ni su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mezcló jamas punto de cobardía... Gobernaba asimismo con gran prudencia las gentes de armas de su capitanía, é sabia ser con ellos señor é compañero. É ni era altivo con el señorío, ni raez en la compañía; porque dentro de sí tenia una humildad que le facia amigo de Dios, é fuera guardaba tal autoridad, que le facia estimado entre los hombres... É guardando su continencia con graciosa liberalidad, las gentes de su capitanía le amaban; é temiendo de le enojar, no salian de su órden en las batallas...

Loan muchas de las historias romanas el caso de Manlio Torquato,.. que viniendo su fijo como vencedor á se presentar con los despojos del vencido ante el cónsul su padre, le fizo atar, é contra voluntad de toda la hueste romana le mandó degollar, porque fuese exemplo á otros, que no osasen ir contra los mandamientos de su capitan... Dura debiera ser por cierto é muy pertinaz la rebelion de los romanos, pues tan cruel exemplo les era necesario para que fuesen obedientes á su capitan, é por cierto yo no sé qué mayor venganza pudo aver el padre del latino vencido, de la que le dió el padre del latino vencedor... Bien podemos decir que fizo este capitan crueldad digna de memoria, pero no doctrina digna de exemplo, ni mucho menos digna de loor: pues los mismos loadores dicen que fué triste por la muerte del fijo, é aborrecido de la juventud romana todo el tiempo de su vida: é no puedo entender como el triste aborrecido puede ser loado.

Este claro varon en las huestes que gobernó, con mayor loor por cierto é mejor exemplo de doctrina se puede facer memoria dél; pues sin matar fijo ni facer crueldad inhumana, mas con la autoridad de su persona é no con el miedo de su cuchillo, gobernó sus gentes, amado de todos, é no odioso á ninguno... Tenia gran fama é claro renombre en muchos reynos fuera de España; pero reputaba muy mucho mas la estimacion entre los sabios que la fama entre los muchos. É porque muchas veces vemos responder la condicion de los hombres á su complexion, é tener siniestras inclinaciones aquellos que no tienen buenas complexiones, podemos sin duda creer que este caballero fué en grand cargo á

Dios por le aver compuesto la natura de tan igual complexion, que fué hábil para recebir todo uso de virtud, é refrenar sin grand pena qualquier tentacion de pecado.

III.

Don Rodrigo Manrique, conde de Paredes, y maestre de la Orden de Santiago (1).

Este varon gozó de dos singulares virtudes: de la prudencia, conociendo los tiempos, los lugares, las personas, é las otras cosas que en la guerra conviene que sepa el buen capitan. Fué asimismo dotado de la virtud de la fortaleza; no por aquellas vias en que se muestran fuertes los que fingida y no verdaderamente lo son; mas así por su buena composicion natural, como por los muchos actos que fizo en el exercicio de las armas, asentó tan perfectamente en su ánimo el hábito de la fortaleza, que se deleytaba quando le ocurria lugar en que la debiese exercitar. Esperaba con buen esfuerzo los peligros, é acometia las fazañas con grande osadía, é ningun trabaxo de guerra á él ni á los suyos era nuevo... En las batallas é muchos encuentros que ovo con moros é con christianos, este caballero fué el que mostrando grand esfuerzo á los suyos, feria primero en los contrarios: é las gentes de su compañía, visto el esfuerzo de este su capitan, todos le seguian é cobraban osadía de pelear... Era varon de altos pensamientos, é inclinado á acometer grandes é peligrosas fazañas, é no podia sufrir cosa que le pareciese no sufridera, é desta condicion se le siguieron grandes peligros é molestias. É ciertamente por esperiencia vemos pasar por grandes infortunios á muchos que presumen forzar la fuerza del tiempo: los quales por no sufrir una sola cosa, les acaece sufrir muchas, é á muchos, á quien de fuerza han de tener contentos, para conseguir su poco sofrimiento.

(*Claros Varones de Castilla.*)

(1) Hijo de don Pedro Manrique, y padre de Jorge.

SIGLO XVI.

FRAY DON ANTONIO DE GUEVARA.

I.

Un rústico de Germania al senado romano.

Los tristes hados lo permitiendo, y nuestros sañudos dioses nos desamparando, fué tal nuestra desdicha, y mostróse á vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerza de armas á nuestra tierra de Germania : y no sin razon digo que á la sazon estaban de nosotros nuestros dioses sañudos; porque si nosotros tuviéramos á nuestros dioses aplacados, escusado era pensar vosotros vencernos. Grande es vuestra gloria, ¡ó romanos! por las victorias que habeis habido, por los triunfos que de muchos reinos habeis triunfado; pero mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades que habeis hecho : porque os hago saber, si no lo sabeis, que al tiempo que los truhanes van delante los carros triunfales diciendo *viva, viva la invencible Roma;* por otra parte los pobres captivos van en sus corazones diciendo á los dioses *justicia, justicia...*

Ha sido, romanos, tan grande vuestra codicia de tomar bienes agenos, y fué tan desordenada vuestra soberbia de mandar en tierras estrañas, que ni la mar vos pudo valer en sus abismos, ni la tierra vos pudo asegurar en sus campos. ¡Oh qué gran consolacion es para los hombres atribulados pensar y tener por cierto que hay dioses justos, los cuales les harán justicia de los hombres injustos! Porque de otra manera, si los atribulados no tuviesen por cierto, que de sus enemigos los dioses no tomasen venganza, ellos mismos á sí mismos quitarian la vida... Yo espero en los justos dioses, que como vosotros á sin razon fuisteis á echarnos de nuestras casas y tierra, otros vernán que con razon os echen á vosotros de Italia y Roma. Allá en mi tierra de Germania tenemos por infalible regla, que el hombre que toma por fuerza lo ageno, pierde el derecho que tiene á lo suyo propio : y espero en los dioses que esto que tenemos por proverbio en aquella patria, terneis por esperiencia acá en Roma.

Oid, romanos, oid esto que vos quiero decir, y plega á los

dioses que lo sepais entender; porque de otra manera yo perderia mi trabajo, y vosotros no sacaríades de mi plática algun fruto. Yo veo que todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre : todos condenan el adulterio, y ninguno veo continente : todos maldicen la intemperancia, y á ninguno veo templado : todos loan la paciencia, y á ninguno veo sufrido : todos reniegan de la pereza, y á todos veo que huelgan : todos blasfeman de la avaricia, y á todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas lo digo públicamente en este senado, y es que con la lengua todos los mas blasonan de virtudes; y despues con todos sus miembros sirven á los vicios...

Pregúntoos, romanos, ¿qué accion teníades, vosotros siendo criados cabe el rio Tiberin, á nosotros que nos estábamos en paz á las riberas del Danubio? ¿Por ventura vístesnos de vuestros enemigos ser amigos, ó á nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por ventura oistes acá en Roma decir, que dejadas nuestras tierras propias, nos fuimos á conquistar tierras agenas? ¿Por ventura fuistes avisados, que levantándonos contra nuestros señores, dimos la obediencia á los indómitos bárbaros? ¿Por ventura enviástesnos algun embajador que nos convidase á ser vuestros amigos, ó vino alguno de nuestra patria á Roma á desafiaros como á nuestros enemigos? ¿Por ventura murió algun rey en nuestros reinos, que en su testamento vos dejase por herederos, para que con aquel título nos constriñiésedes á ser vuestros vasallos? ¿Por ventura hallastes alguna ley antigua ó alguna costumbre moderna en la cual se aclare que la generosa Germania de necesidad ha de ser sujeta á Roma la superba? ¿Por ventura destruimos vuestros ejércitos, talamos vuestros campos, saqueamos vuestros pueblos, dimos favor á vuestros enemigos, para que por ocasion de vengar estas injurias destruyésedes nuestras tierras? Si vosotros de nosotros, ó nosotros de vosotros hubiésemos sido vecinos, no fuera maravilla que unos á otros nos destruyéramos : porque muchas veces acontece que por ocasion de partir una pobre tierra, se levanta entre dos pueblos una prolija contienda.

No por cierto, hubo cosa destas entre vosotros los romanos y nosotros los germanos : porque allá en Alemania tan aína sentimos vuestra tiranía como oimos vuestra fama. Si os enojais desto que he dicho, yo os ruego que os desenojeis con esto que os diré, y es : que el nombre de romanos y las crueldades de tiranos en un dia llegaron á nuestros pueblos. Yo no sé que me diga, romanos, del descuido de los dioses, y del atrevimiento de los hombres : porque veo que el que tiene mucho tiraniza al que tiene poco; y el que tiene poco sirve, aunque no quiera, al que tiene mucho, y la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta : y la

malicia secreta da lugar al robo público: y al robo público no hay quien le vaya á la mano: y de aquí viene á resultar despues, que la codicia de un hombre maligno se ha de cumplir en perjuicio de todo un pueblo... No penseis vosotros los romanos, que si tomastes y os enseñoreastes de nuestra Germania, que fué por alguna industria de guerra: cá ni sois mas belicosos, ni mas animosos, ni mas osados, ni aun mas esforzados que nosotros; sino que como nosotros teníamos ofendidos á nuestros dioses, ordenaron ellos en sus secretos juicios, que para castigar á nuestros desordenados vicios, fuésedes vosotros nuestros desordenados verdugos... Si me decis, romanos, que no por mas fué Germania conquistada de Roma sino porque Roma tuviese esta gloria de verse señora de Germania, tambien es esto vanidad y locura, porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados, y tener los corazones de los vecinos perdidos. Si decis que por esto conquistastes á Germania por ampliar y ensanchar los términos de Roma, tambien me parece esa una muy frívola causa, porque no es de hombres cuerdos aumentar en tierra y disminuir en honra. Si decis que nos enviastes á conquistar á fin que no fuésemos bárbaros ni viviésemos como tiranos, sino que nos queríades hacer vivir debajo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa así sucediera: porque ¿cómo es posible que vosotros deis órden de vivir á los estranjeros, pues quebrantais las leyes de vuestros antepasados?...

Pues fué vuestra dicha y cupo en nuestra desdicha que la superba Roma fuese señora de nuestra Germania, ¿es verdad que nos guardais justicia, y teneis en paz y tranquilidad la tierra? No por cierto: sino que los que van allá nos toman la hacienda, y los que estais acá nos robais la fama, diciendo: que, pues somos una gente sin ley, sin razon, y sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivis en este caso, romanos; cá no me parece que con razon nos pueden llamar gente sin razon, pues tales cuales nos criaron nuestros dioses, nos estamos en nuestras casas propias, sin desear ni buscar ni tomar tierras agenas. Con mucha mas razon podemos decir ser vosotros gente sin razon, pues no contentos con la dulce y fértil Italia, os andais derramando sangre por la tierra. Que digais nosotros merecer ser esclavos á causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; á esto os respondo que, pues no teniamos enemigos, no curábamos de ejércitos; y que, pues era cada uno contento con su suerte, no teniamos necesidad de superbo senado que gobernase; que siendo, como éramos, todos iguales, no consentiamos haber entre nosotros príncipes; porque el oficio de los príncipes es suprimir á los tiranos, y conservar en paz á los pueblos...

Bien pensareis que he dicho todo lo que había de decir, y por cierto no es así; antes me quedan que decir algunas cosas, de las cuales tomareis mucho espanto en oirlas : y sed ciertos que yo no terné miedo de decirlas, pues vosotros no teneis vergüenza en hacerlas... No lo habíades de hacer así, romanos, sino que la tierra tomada por fuerza, aquella habia de ser muy mejor regida, porque los míseros captivos, viendo que les administran recta justicia, olvidarian la tiranía pasada y domeñarian sus corazones á la servidumbre perpetua... ¡O crudos romanos! no sé si sentis algo de lo que nosotros sentimos, en especial yo que lo digo vereis como lo siento, pues solo de traerlo á la memoria, mis ojos se enternecen, mi lengua se entorpece, mis miembros se descoyuntan, mi corazon se desmaya, mis èntrañas se abren, mis carnes se consumen, ¿qué será allá, decidme, en mi tierra verlo con los ojos, oirlo con los oidos y tocarlo con las manos? ¡O secretos juicios de los dioses! y si como soy obligado á loar vuestras obras, tuviese licencia de condenarlas, osaria decir que nos haceis mucho agravio en querernos perseguir por manos de tales jueces, los cuales si justicia hubiese en el mundo, cuando nos castigan con sus manos, no merecian tener las cabezas sobre sus hombros.

II.

Reprende el emperador Marco Aurelio el estrago que los vicios habian hecho en su tiempo en las costumbres de los romanos.

¿Qué cosa fué ver antiguamente la policía de Roma antes que Sila y Mario la amotinasen, antes que Catilina y Catulo la perturbasen, antes que Julio y Pompeyo la escandalizasen, antes que Augusto y M. Antonio la destruyesen, antes que Tiberio y Calígula la infamasen, antes que Nero y Domiciano la corrompiesen? Porque los mas de los príncipes, aunque fueron muy valerósos y nos ganaron muchos reinos, todavía fueron mas los vicios que nos trajeron que no los reinos que ganaron : y lo que es peor de todo, que hemos perdido los reinos y habemos quedado con los vicios.

Si Livio y los otros escritores no nos engañan, antiguamente vieron en el sacro senado unos romanos tan antiguos, unas canas tan honradas, unos hombres tan espertos, unos viejos tan maduros, que era gloria de ver lo que representaban, y era descanso oir lo que decian... Pero harto mal aventurada es la tierra, y de muchas angustias debe de estar cercada, do es tan malo el regimiento de los mozos, que todos suspiran porque resuciten los viejos. Si damos fe á lo que los antiguos dicen, no podèmos negar sino que Roma fué madre de todas las buenas obras, como

la antigua Grecia fué orígen de todas las ciencias: de manera que el hecho de los griegos era parlar, y la gloria de los romanos era obrar...

Ya por nuestros tristes hados todo lo vemos contrario en nuestros tristes tiempos: de manera que no sé cuál llore primero, las virtudes y grandezas de los pasados, ó los vicios y poquedades de los presentes: porque la bondad de los buenos nunca se habia de acabar de loar, y la maldad de los malos nunca habiamos de acabar de la reprender. ¡Oh qué cosa fuera ver aquellos siglos gloriosos tan gloriosos ancianos y sabios gozar! Y por contrario, ¡qué lástima y afrenta es ahora ver tantos sabios disolutos, y tantos mozos desmandados, los cuales tienen á toda Roma perdida, y á toda Italia escandalizada!

III.

El Siglo de Oro.

En aquella prima edad y en aquel siglo dorado todos vivian en paz, cada uno cultivaba sus tierras, plantaba sus olivos, cogia sus frutos, vendimiaba sus viñas, segaba sus panes y criaba sus hijos: finalmente, como no comian sino de su sudor propio, vivian sin perjuicio ageno. ¡O malicia humana! ¡O mundo traidor y maldito, que jamas dejas las cosas permanecer en un estado! Y si te llamo traidor, no te maravilles: porque al tiempo que nos es mas favorable la fortuna, entonces nos haces cruda ejecucion de la vida... ¡Oh cuánta desventura tiene la criatura, no por mas de haber desobedecido á su Criador! en que, si el hombre guardara su mandamiento, Dios conservara en el mundo su señorío; pero las criaturas que él crió para su servicio, aquellas le son ocasion de mayor enojo... ¡O príncipes! cargaos de brocados, acumulad muchos tesoros, juntad muchos ejércitos, inventad muchas justas, buscad grandes pasatiempos, vengaos de vuestros enemigos, servios de vuestros vasallos, casad en altos reinos á vuestros hijos, haceos temer de todos los tiranos, emplead los cuerpos en muchos regalos, dejad muchos reinos á vuestros herederos, levantad para dejar memoria superbos edificios: que yo juro por aquel que me ha de juzgar, tengo mas compasion á vuestras ánimas pecadoras, que no invidia á vuestras vidas regaladas, porque en muy breve tiempo se os acabarán los pasatiempos, y muy en breve os entregarán á los hambrientos gusanos. ¡Oh si pensasen los príncipes, aunque nazcan príncipes, y se hayan criado en grandes estados, como el dia que nacen del vientre de su madre, luego empos dellos sale la muerte en busca de su vida, y aquí toma y allí toma, cuando sanos,

cuando enfermos, ora cayendo, ora levantando: jamas los deja una hora hasta encerrarlos en la sepultura! Pues es verdad que lo que poseen los príncipes en esta vida es poco, y lo que esperan en la otra es mucho; por cierto yo estoy maravillado, y aun escandalizado, porque los príncipes, que han de estar tan estrechos en la sepultura, osan vivir con tantas larguezas en esta vida.

IV.

Carta de Cornelia á sus dos hijos los Gracos sobre la corrupcion de Roma.

No hay persona que en los tiempos pasados vió ú oyó decir de Roma, que no tome lástima de ver agora á Roma: porque los corazones como son piadosos, y los ojos como son tiernos, no pueden mirar sin mucha lástima lo que en otro tiempo vieron con mucha gloria. ¡Oh si viésedes, hijos mios, y cuán trocada está Roma! porque leer lo que leemos della, ver lo que vemos agora, ó es burla lo que escribieron los antiguos, ó la miramos entre sueños. No hay otra cosa que ver agora en Roma, sino ver la justicia opresa, ver la república tiranizada, ver la mentira suelta, ver la verdad escondida, ver los satíricos que callan, ver los lisonjeros que hablan, ver á los escandalosos ser señores, ver á los pacíficos ser siervos: sobre todo, y peor que todo, viven los malos contentos y los buenos descontentos.

Renegad, hijos mios, de la tierra do los buenos tienen ocasion de llorar, y los malos tienen libertad de reir. No sé en este caso cómo lo haya de decir, segun lo mucho que tengo que decir. A la verdad está hoy tal esta triste república, que toda persona sabia sin comparacion terná mas invidia á la guerra de Africa que no á la paz de Roma: porque en la buena guerra ve el hombre de quien se ha de guardar; pero en la mala paz no sabe de quien se fiar... Hágoos saber que las vírgenes vestales ya son disolutas, la honra de los dioses ya es olvidada, el bien de la república no hay quien entienda, del ejercicio de las armas ya no hay memoria, por los huérfanos y viudas no hay quien responda, la disolucion de los mancebos no tiene medida. Finalmente Roma, que fué en otro tiempo receptáculo de todos los buenos, es agora hecha una cueva de ladrones... ¡Oh triste de nuestra madre Roma! Cuanto mas va, menos tiene de los muros antiguos, y mas se puebla de los vicios nuevos.

Por ventura, como estais, hijos mios, en esa frontera de Africa, terneis gana de ver á los parientes que teneis acá en Roma; y desto no me maravillo, porque el amor que nos dió naturaleza, no nos lo puede quitar la tierra estraña... El hombre deseoso de

fama perpetua, aunque no le destierren, él se debe desterrar de su tierra propia. Mucho os ruego, hijos mios, siempre os allegueis á compañía de buenos, y de los buenos á los mas ancianos, y de los mas ancianos á los de mejores consejos y mas espertos, y de los mas espertos á los mas sufridos, y de los mas sufridos á los que han visto mas mundo; y no entendais mas mundo por los que han visto mas reinos: porque no procede el maduro consejo del hombre que ha pasado por muchas tierras, sino del que se ha visto en grave fortuna.

EL MAESTRO FERNAN PEREZ DE OLIVA.

I.

Encarece Aurelio las miserias del hombre.

Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad: pero quien bien considerare los daños de la vida, y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos dias que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviesemos, como ellas son malas, con mayor voluntad deseariamos la muerte, que amamos la vida. Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viérades la miseria de nuestra humanidad, ni sintiérades la fortuna su atormentadora.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que dél nos cabe, veremos los cielos hechos morada de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes: donde ni hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento; mas antes todo lo que en el cielo hay, persevera en un ser constante y libre de mudanza. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos que reciben pura lumbre del cielo. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad, entre las bestias, cubierta de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan con breves mudanzas... Nace el hombre tan desamparado, que el primer don natural que en él halla el frio y el calor, es la carne... Todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre: do parece que el mundo como por fuerza lo recibe, y naturaleza, casi como importunada de los que al hombre crian, le da lugar en la vida...

A los otros animales, si naturaleza no los apartó á mejores lugares, armóles á lo menos contra los peligros de este suelo... Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños: perezosos en huir, y desarmados para esperar. Y aun sobre todo esto, naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho. Y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud... ¿Qué diré de la mísera composicion y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué diré? sino que fuimos con tanto artificio hechos, porque tuviesemos mas partes do poder ser ofendidos. Y aun en esta miserable condicion que podimos alcanzar, vivimos por fuerza: pues comemos por fuerza que á la tierra hacemos con sudor y fuerza, porque nos lo dé: vestimos por fuerza que á los otros animales hacemos con despojo de sus lanas y pieles, robándoles su vestido; cubrímonos de los frios y las tempestades con fuerza que hacemos á las plantas y á las piedras, sacándolas de sus lugares naturales do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana: ni podemos nosotros vivir sino con la muerte de las otras cosas que hizo naturaleza: aves, peces, y bestias de la tierra; árboles, piedras, y todas las otras cosas perecen para mantener nuestra miserable vida: tanto es violenta cosa y de gran dificultad podella sostener...

Consideremos cuánto vale el entendimiento, que es el sol del alma, que da lumbre á todas sus obras. Este, si bien mirais, aunque es alabado, y suele por él ser ensalzado el hombre, mas nos fué dado para ver nuestras miserias, que para ayudarnos contra ellas. Este nos pone delante los trabajos por do habemos pasado: este nos muestra los males presentes, y nos amenaza con los venideros antes de ser llegados. Mejor fuera, me parece; carecer de aquesta lumbre que tenella para hallar nuestro dolor en ella: principalmente pues tan poco vale para enseñarnos los remedios de nuestras faltas... Aunque yo no sé porque me quejo, en tan pequeños daños, de nuestro entendimiento: pues siendo aquel á quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado tantas maneras de traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas de la tierra? quién hizo dél cuchillo para romper nuestras carnes? quién hizo saetas? quién fué el que hizo lanzas? quién lombardas? quién halló tantas artes de quitarnos la vida, sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud? Este es el que mostró deshacer las defensas que las gentes ponen contra sus peligros; este halló los engaños; este halló los venenos y todos los otros males, por los cuales dicen que es el hombre el mayor daño del hombre...

¿Qué diré de la razon y apetito, contrarios de la voluntad?

Está la voluntad entre dos contrarios enemigos, que siempre pelean por ganarla: estos son la razon y el apetito natural. La razon de una parte llama la voluntad á que siga la virtud, y le muestra á tomar fuerza y vigor para acometer cosas difíciles; y de otra parte el apetito natural con deleite la ablanda y la adiestra. Agora, pues, ved cuál es mas fácil cosa, ¿apartarse ella de su natural á mantener perpetua guerra en obediencia de cosa tan áspera como es la razon y sus mandamientos, ó seguir lo que naturaleza nos aconseja, yendo tras nuestras inclinaciones? Las cuales detener es obra de mayor fuerza que nosotros podemos alcanzar, principalmente que nuestros apetitos naturales nunca dejan de combatirnos, y la razon muchas veces deja de defendernos. A todas horas nos requiere la sensualidad con sus viles deleites; mas no siempre está la razon con nosotros para amonestarnos y defendernos de ella: porque no solo este cuidado tiene el entendimiento sino tambien los otros de la vida, por donde repartiéndose segun las varias necesidades que se ofrecen, es por fuerza menester que muchas veces desampare la voluntad, y la deje en medio de los que la combaten, sin que nadie la enseñe como se ha de defender: donde es necesario que alguna vez, ó por flaqueza ó por error, sea presa de los vicios.

II.

Loa Antonio la escelencia de la gente de guerra.

Si mirais la gente de guerra, que guarda la república, verlos heis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar y temores de ser muertos, andando en continua mudanza, do los llama la fortuna, con iguales trabajos en la noche y en el dia. Así que todos estos y los demas estados de los hombres no son sino diversos modos de pensar, do ningun descanso tienen ni seguridad en alguno de ellos: porque la fortuna todos los confunde y revuelve con vanas esperanzas y vanos semblantes de honras y riquezas, en las cuales cosas mostrando cuan fácil es y cuan incierta, á todos mete en deseos de valer, tan desordenados, que no hay lugar tan alto do los queramos dejar. Con estos escarnios de fortuna cada uno aborrece su estado con cobdicia de los otros, do si llega, no halla aquel reposo que pensaba: porque todos los bienes de fortuna al desear parecen hermosos, y al gozar llenos de pena.

Agora considera, Aurelio, como no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que puede haber en la república, estos lo guardan: ellos son la causa de la seguridad del pueblo, por los cuales no osan los que mal nos quieren, venir á pertur-

barnos: ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio, por no sufrir el yugo de los enemigos. Han por mejor padecer aquestas cosas, que padecer vergüenza; y sudar en los campos sirviendo á la virtud, que sudar aprisionados en servició de los enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí y descanso para los suyos, y si mueren siendo vencidos, no han menester la vida, pues en ella no tenian libertad. Cuantó mas que estos espantos de hombres flacos son los deleites de hombres fuertes: sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros, ó combatir con ellos, y las otras durezas de la guerra, no son pena de los animosos sino ejército de virtud, en los cuales se deleitan y gozan del escelente don que en su pecho tienen. Las heridas no las sienten con el amor de buenos hechos, y su sangre dan por bien empleada cuando verterla ven por la salud de sus tierras. Entonces se juzgan bienaventurados cuando han hecho lo que la virtud amonesta: no tienen en nada ver sus cuerpos llagados ó dispuestos á morir si el ánima tiene vida sin lesion alguna.

(*Diálogo de la dignidad del hombre.*)

EL DOCTOR FRANCISCO DE VILLALOBOS.

I.

De los avaros.

Claro está que ellos no gozan de la riqueza en vida ni en muerte. En vida nunca tocan en ella, antes adoran y creen en ella como en Dios verdadero, y se mancipan á ella como esclavos ofreciéndose á todo trabajo y peligro por su servicio: y como sirven con grandísimo amor, hácenlo con gran vigilancia y diligencia... No gozan della despues de muertos: esto todos lo ven, porque comunmente la llevan y distribuyen sus enemigos. Y ya que fuesen sus amigos, ¿qué se le da al hombre despues de muerto?...

Pasan tormentos en adquirir: porque nunca duermen, nunca descansan, nunca tienen conversacion de placer con los otros hombres ni con ellos. ¿Cuántas madrugadas y trasnochadas en tiempos de grandes rigores y frios? ¿cuántas sierras nevadas y resbaladeros peligrosos? ¿cuántos rios dubdosos y mares bravos y tempestuosos esperimentan? ¿Quién deja la una India y la otra? el un polo ni el otro? el un estrecho ni el otro?

. . . .

Allá mueren malas muertes, y los que escapan vienen tales, que ó mueren en descansando, ó están plagados y tullidos de bubas : y cuanto mas oro traen, en mayor estima le tienen y mayor hambre tienen dél. Dejo ya los peligros que han pasado en la mar, y las hambres mortales, y la sed rabiosa, y mil veces invocada y deseada la muerte. Pues tomando acá el avaro en tierra llana, no deja feria ni mercado, ni perdona noches ni dias, ni heladas ni siestas : y los que parece que están holgando en sus casas, aquellos pasan mayores aflicciones del espíritu, estando siempre suspensos en lo que viene por la mar y por la tierra, y en el otro que quebró, y en los hurtos que se les hacen por allá, y de sus puertas adentro... Y pasan tormentos en la hora de la muerte, en pensar que se van y lo dejan todo, y que nunca mas lo han de ver; y que han de gozar otros lo que ellos han trabajado con tantos dolores y sudores...

(*Glosa de la copla XXII de la Cancion sobre la muerte.*)

II.

De la gran porfía.

Las causas morales que tiene esta pasion comunmente son dos : la una es necedad, la otra es la confianza que tienen de sí mismos los necios. Abránzanse mucho con lo que ellos alcanzan; porque si lo sueltan, no les queda nada. Tienen los estómagos de la razon tan angustos, que no cabe dentro de ellos sino aquello que dicen : aquello digieren y muelen, y con ello muelen á toda la compañía. Son tan cortos de vista, que no ven sino lo que tienen á par de sí. Lo que estuviere detras de aquello, ó un paso mas lejos, no lo podrán devisar; y por eso traban de aquello que una vez asieron, que no se lo harán soltar cient hombres de armas.

Mucho mayor torpedad es la del entendimiento que la de los ojos corporales : porque un hombre corto de vista conoce que lo es, y no traba porfía sobre las colores con otro que tenga clara la vista, antes se rendirá luego á la primera contienda; y un necio nunca se rinde, porque el entendimiento que ha de conocer que es necio, es él mismo necio. Y los que no conocen la gran confianza que tienen de sí mismos, es una labor de jactancia bordada sobre campo de necedad, porque piensan que no se puede mas saber de lo que ellos saben : que por necios que ellos fuesen verian lo que dejan de saber; y así estimarian en poco lo que saben... (*Tratado de las tres grandes.*)

III.

De la risa fingida.

La risa falsa es una simulacion de risa y de gozo, que fingen unos hombres para engañar á otros, y para darles á entender lo que no es... Esta risa es pasion y propiedad de una alimaña que se llama la corte. Este es un animal que siempre se anda riendo, sin haber gana de reir. Tiene dos ó tres mil bocas todas muertas de risa : unas desdentadas como bocas de máscaras : otras colmilludas como de perros : otras grandes como calaveras que descubren de oreja á oido : otras fruncidas como ojales de botones : otras barbudas, y otras rasas; otras masculinas, otras femininas : otras vocingleras, y otras roncas : otras gruñidoras, y otras gomitonas : otras á boca cerrada, y otras regañosas : otras enrubiadas, y otras teñidas de negro. Cosa es cierto de ver, no considerando que son muchos hombres, sino muchos miembros de un animal.

No tiene causas naturales; ni procede de humor ninguno; antes es puramente pasion moral. Porque los hombres de corte, como son mas conversables y mas ociosos que la otra gente, tienen en gran precio ser donosos, y es lisonja entre ellos reirse los unos de lo que dicen los otros, con condicion que se lo pague en el mismo. Y algunos hay que cuando no hallan quien acuda con risa á lo que ellos dijeron, ríenselo ellos. Otros hay que antes que comiencen á contar el donaire, se rien antemano; y otros que en tanto que lo dicen, se caen de risa. Esto es convidar á risa á los oyentes, como si dijesen yo bebo á vos, y para que sepan que es cosa de reir, y que no sean necios.

Estos por la mayor parte quedan despues del donaire tristes y frios; salvo si son príncipes ó grandes privados : porque estos en comenzando á reir, hacen á todos los otros caerse de risa, unos sobre las arcas, y otros sobre los bancos, otros sobre los hombros de sus compañeros, otros llorando de risa, que sus ojos se tornan fuentes perennales; otros juran que les duelen las arcas, otros se les desencajan las quijadas : y créolo, porque las baten por fuerza y contra su voluntad... (*Problemas.*)

PEDRO MEJIA.

I.

Julio César.

Entre los grandes hechos que de Julio César se pueden contar, á mi parecer, el mayor de tódos y el que mas admiracion me pone, es que tuviese este hombre ánimo y atrevimiento para pensar, y despues acometer, y al cabo salir con hacerse señor del pueblo y república romana, señora y domadora de lo mas y mejor del mundo, y de cuanto ella en setecientos años atras habia podido domar y sojuzgar... Harto breve espacio, por cierto, para constituir y conquistar tan grande imperio...

Pasadas las cosas de Sila y quedando dellas muy estimado Gneyo Pompeyo y M. Craso porque habian seguido aquella parcialidad, queriendo despues cada uno de los dos ser mas parte que el otro en mandar y gobernar, creció entre ellos siempre la emulacion y competencia que desde vida de Sila se habia comenzado. El M. Craso hízose muy poderoso, allende de su prudencia y linage y elocuencia, y victorias alcanzadas, principalmente por las grandes riquezas que habia adquirido, que eran mayores que las de otro alguno de su tiempo. Pompeyo vino á hacerse muy claro y estimado, y alcanzar grande poder, sin el que heredó de Sila, por sus grandes victorias de armas en tiempo de Sila, y despues por mar y por tierra en África y en Asia, que fueron tales y tantas, que no las oso contar. Estando los hechos destos dos grandes hombres tan encumbrados, y creciendo las diferencias entre ellos como cabezas de bandos, puesto que en el mismo tiempo Caton y Ciceron y Léntulo y otros eran muy principales, hubo de venir Julio César de España, donde habia sido pretor, á Roma : cuya estimacion era ya tambien muy grande, y él tenia mayores los pensamientos por muchas causas, así por su grande linage, que por parte del padre era de familia patricia y muy antigua, y de la madre venia de los reyes romanos, que procedieron de Eneas el troyano, como por los grandes deudos y amigos que tenia, y tambien por su singular ingenio y elocuencia.

Venido pues á Roma César con estas calidades, y con presuncion y pensamiento, aunque secreto, de mandar mas que todos, cada uno de los dos, Craso y Pompeyo, procuró su amistad para contra el otro. Pero César, de sabio y valeroso no quiso seguir el bando de ninguno, por no se hacer sujeto ni valedor; antes

mostrándose neutral, procuró hacerlos amigos, entendiendo que porque no se declarase por el otro, ambos harian lo que él quisiese : y esta maña solo Marco Craso la entendió. Hízose, pues, y concertóse la paz entre ellos por su mano, quedándole ambos por ello obligados : y como entre sí andaban sospechosos, por no lo perder ambos procuraban agradarle : y desta manera se hizo igual á cualquiera de los dos, y vino á partirse entre tres el poder que dos tenian, y al cabo él solo quedó con él.

Acabada esta liga, César pidió el consulado, que era la suprema dignidad ordinaria, y fué hecho cónsul : el cual magistrado administró con tanta autoridad, que ninguna parte fué su compañero con él... Acabado el consulado, escogió por provincia las Galias, y fué con un ejército á ellas. En las cuales, las cosas que hizo, las batallas y victorias que hubo, las tierras y gentes que domó, los ardides, los avisos, los actos de ánimo y fortaleza que usó en poco menos de diez años que duró esta guerra, no es posible ser contadas por mí que sigo brevedad y compendio : él dejó comentarios elegantísimos y verdaderos dellas, aprobados despues por sus mismos enemigos... Ganó en esta guerra tal estimacion y nombre de capitan, que vino á ser tenido por el mejor de su tiempo y aun de los pasados.

Habíase hecho asimismo muy quisto y amado de la gente de guerra dando á sus soldados sueldos y pagas dobles, y haciéndoles otras honras y favores : con las cuales cosas, sin advertirlo Pompeyo, creció tanto la potencia y autoridad de Julio César, que vino á comenzar á temerla cuando ya no pudo resistirla. Y el amistad y amor de los dos comenzó á aflojar y hacerse sospechosa, porque comenzaron á faltar las prendas y ligas que la sostenian : lo primero fué morir Julia, hija de César, muger de Pompeyo, que era grande eslabon y cadena desta amistad : lo segundo fué la muerte de Marco Craso, tercero de esta compañía, á quien mataron los partos en Asia, donde era ido á hacer la guerra, segun escriben, mas con codicia de riquezas que de gloria ni fama, cuya autoridad sostenia tambien la concordia.

Cesando pues, y quitadas del medio las principales causas en que estribaba la amistad, siguióse la discordia y guerra entre ellos, que fué la mas general y grande que ha habido en el mundo. Porque entendieron y metieron las manos en ella todo el senado y milicia romana, y todos los amigos y súbditos suyos, reyes y ciudadanos, por la una parte y la otra. Tratáronla once legiones de la una parte y diez y ocho de la otra, de mílites romanos y italianos, toda la fuerza de Roma, sin las ayudas y compañeros de todas las provincias. Ejecutóse en Italia, en Francia, en España, en Epiro, en Tesalia, en Egipto, en Asia, en Africa, por ellos y por sus capitanes; y al fin vino á rematarse en España

despues de haber durado cinco años. Las causas desta mas que civil guerra ponen algunos autores; y aunque varian algo, la verdad es que la causa fué invidia y ambicion, y deseo de mandar, y vanagloria de que ambos eran tocados. A Pompeyo comenzó á ser sospechoso el poder de César; á César pesada la autoridad y dignidad de Pompeyo. El Pompeyo no quiso sufrir igual, ni César superior: como si en el imperio romano no hubiera harto para dos. Así se mataron por haberlo cada unos dellos.

II.

Augusto.

Como ya no quedase quien competir con Octaviano César, y él fuese tan amado de todos, luego el pueblo y senado romano le dió por nuevo y nunca oido nombre, *Augusto*, y así se llamó despues César Augusto: nombre que tenian por santo y venerable y de alta magestad, y competia á solos sus dioses y templos dellos... En todo se hizo su tiempo felicísimo, pacífico y quieto: y así lo fué todo el tiempo que vivió. Y tanto encarece esto Veleyo Patérculo, que hablando como gentil, dice: que ninguna cosa pudieron los hombres desear ni pedir á los dioses, ni imaginarla, ni pensarla, ni los dioses darla á los hombres, que Octaviano César Augusto, despues de sus victorias y venido á Roma, no diese y trujese al pueblo romano y á todo el imperio. Pero, puesto caso que esto se sentia entonces, como los grandes ánimos naturalmente presumen de ser libres, atreviéronse en este tiempo tan próspero algunas gentes y naciones animosas á echar de sí el yugo romano, y aun á molestar é inquietar el imperio...

Pasadas muchas victorias muy señaladas, y domadas las unas gentes y las otras, y compelidas á pedir paz, tornó Octaviano á mandar cerrar el templo de Jano: y de ahí adelante todas las cosas le sucedieron felicísimamente. Estábanle los súbditos del imperio muy obedientes, y todos los demas le enviaban sus embajadores, procurando su gracia y amistad, y ofreciéndose á su servicio. Los indios, remotísima gente de oriente, y tambien los scitas que habitan al setentrion, y los partos, gente feroz é indomable, enviaron embajadores, dando seguridad de guardar paz, y le entregaron los estandartes y águilas ganadas en la batalla donde Marco Craso fué muerto. Venian asimismo muchos reyes, amigos y subyectos al imperio, á Roma á le hacer reverencia como sus familiares, quitadas las insignias y ropas reales.

Alcanzadas tantas prosperidades y venturas por Octaviano, no fueron causa que su condicion y natural se estragase, como en otros príncipes ha acaecido; antes se hizo mas manso, justo y

afable, mas humano y liberal, y mas templado... Mostrábase muy llano y conversable con sus privados y amigos, y honrábalos y amábalos mucho. Las conjuraciones, que algunas se descubrieron contra él, castigó con muy poco rigor, mas perdonando que ejecutando. De las murmuraciones y libelos infamatorios nunca quiso ni procuró saber los autores; sino respondia con gran cuidado, satisfaciendo y purgándose de lo que le oponian. Fué Octaviano muy dado y aficionado á las letras y doctrina, é muy docto y elocuente: é compuso libros y obras nobles. Fué asimismo muy honrador y remunerador de los sabios y hombres de letras de su tiempo... Pero en todas estas virtudes y habilidades, y otras que por abreviar no escribo, no dejó de ser notado de algunos vicios que la flaqueza humana é la grande licencia causaron: principalmente de ser mucho dado á mugeres; como quiera que fuese muy templado en comer y beber, y en sus vestidos y aderezos muy honesto y moderado... Y aunque en muchas cosas fué dichoso é bienaventurado, todavía, allende de los trabajos y peligros contados, fué infelice y desdichado en hijos y succesion... Murió Octaviano en la ciudad de Nola muy reposada y quieta muerte. Fué su fallecimiento generalmente llorado, y hubo universal tristeza en todo el imperio por él: porque cierto acertó á gobernar prudente y justamente lo que por fuerza y mañas habia alcanzado. Fué Octaviano de mediana estatura, y de muy buen talle y proporcion de miembros, estremadamente hermoso de gesto con honestidad y gravedad. Tenia los ojos en estremo claros y resplandecientes: fué muy avisado y amigo de decir aguda y brevemente...

III.

Tiberio.

Al escelente y buen emperador Octaviano succedió el triste y perverso Tiberio Neron, su entenado é hijo adoptivo: indigno por cierto de su succesion y del imperio, porque fué uno de los mas crueles y malos hombres que ha habido en el mundo, aunque en vida de Octaviano hizo en Alemaña y en otras partes, grandes y señaladas cosas en armas. En el principio de su imperio dió muestras de buen príncipe, é hizo obras dello: despues, como esto era fingido, descubrió sus maldades, y gobernó cruel y avara y deshonestamente... Cuanto á los nombres y títulos honoríficos que le fueron ofrecidos por el senado, y asimismo las honras y cerimonias, desechó muchas. No consintió que le hiciesen ni edificasen templos: vedó que no le pusiesen estatuas sin su espreso mandado; y si alguna vez lo permitió, fué con tanto

que no se pusiesen entre las imágenes de los dioses. Mostraba asimismo que le pesaba de ser alabado, atravesando palabras y estorbando á quien lo hacia... Fingió asimismo paciencia y mansedumbre, porque, aunque se pasaba en el senado alguna cosa contra su voto y parecer, y aunque le contradecian en los otros negocios, no mostraba enojo ni sentimiento. Sabido asimismo que algunos decian dél mal, y lo murmuraban y aun con palabras injuriosas, no mostró indignacion ni alteracion por ello; antes decia que en la ciudad libres habian de ser las lenguas... Con estas cosas no solamente encubrió su crueldad y soberbia y ambicion, pero fué tan doblado y falso, que hasta su avaricia, que suele ser la mas aparente pasion de todas, y su lujuria y deshonestidad supo tener algun tiempo encubiertas y disfrazadas. Mostró no ser codicioso, cuando dándole aviso los gobernadores de las provincias de algunas maneras como acrecentaria las rentas y derechos, él respondia que el buen pastor no debia pelar las ovejas sino trasquilarlas: y asimismo en que quitó algunos derechos ó hizo mercedes á algunas personas particulares. Quiso disimular su deshonestidad con hacer que hubiese acusador público contra las impúdicas adúlteras matronas romanas: parece que lo hizo porque no hubiese otro adúltero sino él. Otras cosas hizo en este propósito y en los ya dichos, que parecen nacer de buena raiz; pero no pareció al fin sino que halagaba para morder, y que se retraia para mas saltar...

En este mismo año se alzaron muchas ciudades en la Galia no pudiendo sufrir los tributos grandes de Tiberio que de nuevo les imponia... Pero á Tiberio no puso pena ninguna esto: tanto estaba olvidado de todo bien y virtud, entendiendo en vicios y deshonestidades en su vejez... Sus mayores ocupaciones eran en lujurias y deshonestidades nefandas: las cuales fueron tales y tantas, que con gran pena las orejas cristianas las podrian oir, y no sin ella escribir la cristiana mano... Baste entender desto, que fueron abominables y nefandas, no contentándose el mal aventurado con las cometer él, sino con inducir y atraer á los otros á ellas, dando premios y joyas á los inventores y perpetradores destas fealdades. Andando pues el triste viejo emperador en pecados deshonestos, no olvidó la crueldad y avaricia, á que era no menos aficionado...

De crueldad no se podrán traer todos los ejemplos que hubo, segun fueron en grande esceso. A los mejores y mas principales hombres de Roma condenó á muerte, confiscóles los bienes por muy livianas causas, y muchas fingidas... Y estas muertes que así mandaba hacer, porque la crueldad fuese mas subida en punto, no eran por via ordinaria, sino precediendo á la muerte hambres, tormentos y afrentas que las calificasen. Finalmente

fueron tantas y tan temidas, que muchos de los acusados se mataban ellos propios con ponzoñas y hierro de miedo: porque Tiberio ejecutaba con tanta crueldad estas fierezas, que tenia por piedad darles la muerte... El resto de su vida hasta su muerte ocupó Tiberio en diabólicos ejercicios: la cual le sobrevino muy deseada de todo el mundo en una casa de placer cerca de Nápoles... Se creyó y presumió que Tiberio escogió á Cayo Calígula por succesor suyo, porque conocia sus perniciosas costumbres y condiciones, esperando que con sus vicios y maldades se olvidarian las suyas; y porque creia que habia de apocar y matar la nobleza romana: tan malo y cruel era, que quisiera que todo se acabara con su vida. Y así solia él decir algunas veces: que despues de su muerte se hundiese el cielo y la tierra. Pero él no mereció ver el cielo; y toda la tierra se alegró cuando él murió.

IV.

Calígula.

A Tiberio César succedió en el imperio Calígula, hijo de Germánico: el cual fué tan estremado hombre el tiempo que imperó en todo género de maldades, y sus dichos y hechos tan perniciosos y detestables, que en verdad parece cosa vergonzosa é indigna, habiendo escrito las vidas de tan valerosos hombres, como fueron Julio César y Octaviano, y sus hechos tan heróicos, descender agora al abismo y hondura de pecados, crueldades y desatinos de Calígula. Porque, aunque no faltó que doler y abominar en Tiberio, alguna parte de su imperio fué bueno, y antes dél habia sido escelente capitan y aumentado el imperio: por lo cual con alguna paciencia se pudieron tratar sus malos hechos. Pero, faltando esto en Cayo Calígula, aunque tambien en el principio engañó con algunas buenas apariencias, hace su memoria mas detestable, y la mano del que escribe mas perezosa...

Entrado en Roma con grande solemnidad, le fué dada la obediencia con mucha alegría y voluntad, concediéndole y dándole nuevos nombres y epitetos, significadores de grande acatamiento y amor. Era Calígula hombre muy alto de cuerpo, muy corpudo y osudo, pero tenia las piernas y garganta muy delgadas y muy desconformes de lo demas. Era de gesto horrible y feo, y preciábase despues que imperó de poner temor y horror con su vista: y para este efecto, escriben, que mirándose en un espejo, estudiaba qué postura de rostro seria mas fiera. Tenia los ojos y cejas muy sumidas, la frente muy ancha, la color amarilla, y muy calvo... Fué hombre mal sano, y que en su mocedad padeció

gota coral y otras indisposiciones: y despues del cuerpo y del alma fué muy enfermo y muy triste, mudando con el imperio las costumbres, porque antes siempre fué tenido en buena posesion, por lo cual se dijo dél: que habia sido el mejor siervo, y el mas mal señor del mundo...

En materia de deshonestidades cierto hay tanto que decir, que no se puede ni debe hacer entera relacion dello: porque la fealdad suya en este propósito no afee nuestra historia. Es cierto que él fué tan sucio y abominable como Tiberio su predecesor; y si mas no, menos en otros vicios, era en estraña manera apasionado: siendo estremado en un estremo contrario á otro, porque él era avariento y codicioso en todo estremo; y por otra parte pródigo y disipador sobre manera. Para hartar su codicia, inventó caminos de cohechar y robar la tierra y los hombres: y ningun género hubo ni se pudo pensar de pechos y empréstitos que no los hiciese, hasta de las públicas y deshonestas mugeres, y de los pleitos que se trataban... Y habiendo ayuntado infinita suma de oro por vias buenas y malas, se echaba á revolcar encima recreándose en su avaricia... Por una parte menospreciaba á Dios, y presumia él serlo si pudiera; y por otra habia tanto miedo de un trueno, que huyendo se metia debajo de una cama. Unas veces estaba conversable, y buscaba y llamaba gentes que estuviesen con él, y mostraba grande delectacion con la conversacion y compañía; y otras huia de los hombres, y se retraia en sus hechos y obras. Hacia á veces las cosas con tanta priesa y diligencia, que parecia el mas agudo y colérico del mundo; y otras con tanta flojedad y espacio, que no parecia el de antes. A muchos que habian hecho graves delitos no castigaba; y á otros muchos mandaba matar sin culpa ninguna... Finalmente estas sus mudanzas eran tan grandes y tantas, que no sabian los hombres qué se hacer ni decir: tan dudosa y variable era la condicion suya...

Con ser Cayo Calígula tan vario é inconstante, como tenemos dicho, en sola la crueldad y aspereza tuvo constancia, usando della con todos, no teniendo respeto á deudo ni amistad... Calificaba sus crueldades con las formas de las muertes que mandaba dar, teniendo fin á que fuese mayor el tormento. De manera que era tanto el temor que desto tenian, que muchos, si lo podian hacer, se mataban antes de esperar la sentencia... Estaba el malaventurado de Calígula tan ciego y encarnizado, que deseaba mucho que todo el pueblo romano no tuviera mas de una cabeza, por podérsela cortar de una vez. Tenia, y así lo decia, por desdichados sus tiempos, y quejábase de la infelicidad dellos, porque en sus dias no habia pestilencias, hambres, terremotos, diluvios, incendios, ni otros infortunios... Usando pues de estas crueldades y de otras iguales ó mayores, se hizo en pocos dias

tan malquisto, que luego le fué deseada la muerte por todos, y procurada por algunos. Pero descubiertas dos conjuraciones que contra él se hicieron, dilató su muerte, aunque poco tiempo, la cual fué como él merecia... Y teniendo en propósito de hacer cosas mayores, no pudiéndolo ya sufrir el mundo ni los hombres, conjuraron contra él muchos, siendo el que mas hizo en ello y el primero que lo comenzó, un tribuno de las cohortes pretorias, llamado Querea : y fué muerto á hierro por ellos de treinta heridas que le fueron dadas...

V.

Neron.

Tal succesor tuvo Claudio cual él lo mereció y supo escoger. Este fué Neron, el mas famoso cruel de todo el mundo : porque, aunque tuvo otras grandes iniquidades, fué en crueldad tan estremado, que nunca oireis decir *Neron,* que no oigais tambien *el cruel,* como quiera que tuvo el mas sabio y mas virtuoso preceptor que huvo en su tiempo, que fué nuestro Séneca, del cual aprendió en su niñez las artes liberales, no faltándole ingenio para ello. Pudieron los consejos y preceptos de Séneca reprimir sus perversas inclinaciones algun tiempo, y fueron causa que en los principios de su imperio hizo muchas cosas de buen príncipe, tanto que decia Trajano : que á los cinco años de Neron ninguno igualaba. Pero pasado este tiempo, perdiendo la vergüenza y creciendo las ocasiones con el poder y licencia, hizo cosas que afearon tanto y deshicieron lo bueno pasado, que no quedó señal ni rastro de cosa buena en él...

Grande fué la alegría con que se comenzó el imperio de Neron, así por el descontento que se tenia del pasado, como porque las mudanzas agradan siempre, y el deseo comunmente suele dar buenas esperanzas : las cuales se confirmaron con sus buenas muestras y principios... Comenzó en los hechos y palabras á mostrarse, ó por mejor decir, fingirse liberal, clemente, justo, fácil y tractable, haciendo mercedes, y moderando los tributos de las provincias... y, mostrando grande clemencia y piedad en la justicia y castigos : tanto que trayéndole á firmar una sentencia de muerte, significando gran pesar dello, dijo : que pluguiera á Dios que no supiera escrebir : la cual palabra, como si saliera de manso corazon, encomienda y alaba mucho Séneca su maestro. Trataba asimismo amorosa y amigablemente á todos, y á sus ejercicios y pasatiempos permitia estar presentes todos los del pueblo : de manera que á todos parecia que Dios les habia dado lo que deseaban. Sobre todo él honró al principio y acató á su madre

en gran manera, y le dió mas poder y mano en la gobernacion que debiera, porque es cierto que ella era muger cruel, soberbia, y arrogante...

En estos dias el emperador Neron, creciendo en edad, comenzó á crecer en vicios y liviandades, y á descubrir sus malas inclinaciones... Habiendo acabado tan buena jornada, como fué matar á su madre (son los príncipes tan ofendidos y engañados siempre de lisonjas y adulaciones), aunque todos habian entendido este hecho como habia pasado, los mas en su presencia lo aprobaban y alababan, y se hicieron algunos votos y sacrificios por haberle Dios escapado de la traicion, y por se haber descubierto, dando á entender que la tenia por verdadera. Y con esta falsa color de su maldad se vino á Roma, y le fué hecho solemnísimo recebimiento : donde viéndose librado de la autoridad y gravedad de su madre, que nunca dejó de ser grande acerca dél, acabó de perder la vergüenza al mundo, y soltó la rienda á sus bestiales apetitos, y sin resistencia ninguna se dió á todo género de torpezas y nefandísimas lujurias... Finalmente Neron, olvidado de la autoridad y dignidad de su estado, se dió á tan bajos y viles vicios y ejercicios, que por ser tales no se cuentan todos : los cuales lo trujeron despues al abismo de pecados y crueldades que diremos. Y como las costumbres de los príncipes y señores por la mayor parte las imitan los súbditos, luego en Roma y fuera della se comenzaron á usar los vicios y ejercicios en que Neron se ocupaba, y las leyes y buenas costumbres, y las ciencias y artes, á corromperse y olvidarse. Por lo cual él acabó de hacerse enemigo y aborrecido de todos los buenos, y aun de los que tales no eran, como suele acontecer...

Este maldito hombre ningun vicio hubo en que no quiso ser estremado : y así lo quiso ser en gastar y disipar, como en robar y despechar las gentes : la cual prodigalidad, como el pueblo es aficionado y amigo della, presumo yo que fué la principal causa de poderse sufrir el tiempo que se sufrió la crueldad y tiranía y nefarias costumbres de Neron. Pero como estas fuesen insuportables, pasado el onceno año de su imperio, conjuraron contra él muchos de los mas principales varones de Roma, la cabeza y principal caudillo de los cuales fué Cayo Pison, el mas señalado en virtud que en aquel tiempo habia en Roma, y por él fué llamada esta conjuracion pisoniana. Pero fué descubierta, y en lugar del remedio que se esperaba, fué abrir camino á la creldad del emperador Neron : porque mató con esta ocasion tanta gente principal, así de los culpados como por sospechosos, que fué una cosa sin cuento : entre los cuales fueron muertos el escelente poeta Lucano y Séneca su maestro. Y pudo tanto la adulacion y miedo, que son cosas que muchas veces se conciertan, que deter-

minó el senado que se hiciesen muchos sacrificios y gracias muy solemnes á sus dioses por la salud de Neron...

(*Historia imperial y cesárea.*)

LUIS MEJIA.

I.

La Hipocresía.

La Hipocresía, muger anciana, muy reverenda, de gran autoridad, honesta, callada, astuta, y bien sabida; visto que todos vacilaban, se levantó, y hecha señal de que todos callasen, se subió en lugar donde de todos pudiese ser vista, y en voz que de todos pudiese ser oida, dijo: Si no fuera por lo mucho que á la señora *Ocia* debo, y por el grande amor que á todos vosotros, señores y hermanos mios, tengo; ni me atreviera á romper el silencio que á mi religion tengo votado, ni menos me oviera puesto en fatiga de dar consejo á quien por ventura no lo habia menester... Lo cual si ansí hiciérades y guardárades, prometo en fe de mi profesion, que siempre sereis de mí ayudados, socorridos, y favorecidos... Mi nombre, señores, en lengua griega quiere decir *sobredorado,* es á saber, que mi consejo y industria vale mas que oro: porque, aunque me vedes ansí, considerad que uno es lo que muestro por el gesto, y otro lo que traigo en el pecho. En la guerra troyana mas provecho sintió la república griega del consejo de Ulises que de las fuerzas de Aquiles... Pues para fundamento de todo lo que tengo de decir, habeis de considerar que los que en la milicia de la señora *Ocia* habeis hecho profesion, no menos teneis necesidad de ánimo, discrecion y astucia, que los que navegan por el mar... La primera regla ó principio que habeis de tener, es que todas las obras y acciones vuestras esteriores sean enderezadas en vuestro corazon á ganancia y provecho de cada uno. Pero conviene que las sepais dorar por fuera con una humildad simulada, con fingida devocion, con honestidad vulpina.

Está doctrina entendieron bien todos los que desearon tener oficios y magistrados en la república, porque dando á entender que trabajaban por ella, como es verdad, se aprovechaban de los erarios, tesoros y depósitos habidos de sangre de pobres. Esta doctrina entendió muy bien aquel tan nombrado Hércules, y Jason con toda aquella flota de mancebos griegos que tomaron la

empresa de ir á ganar el vellocino dorado : á los cuales yo fuí aquella Medea tanto alabada, tanto entonada, tanto por los poetas puesta en la cumbre. Yo les mostré, yo les dí, yo fabriqué medicamentos para adormir los ojos que nunca supieron dormir. Yo les di con mis artes industria para que, so color de ganar fama, tornasen ricos á sus casas. Esto ¿para qué pensais? sino para mejor poder curar este carísimo y delicado cuerpo que ha tiempo tenemos en poder, por el cual en este mundo sentimos, valemos y sabemos : de donde toda gracia, toda cortesía y crianza procede y mana; por el cual tanto la vida es tenida, deseada, y procurada. El segundo principio es que habeis de desterrar de vuestra compañía hombres duros, severos, graves, difíciles, y los que el vulgo llama sabios, los cuales son enemigos de todo placer y descanso... El tercero y último punto, si bien es considerado, basta para deshacer todos los pertrechos de la rabiosa *Necesidad* : y es que con todo silencio y destreza se procure de poner espías, enviando escuchas de noche y de dia por todas las partidas del mundo, para saber como quiera lo público y lo secreto... Y para que mas autoridad tengais, cada uno tome su máscara, trueque su gesto, tenga gravedad, severidad y aspereza en sus razones, teniendo siempre uno en el pecho y otro en la frente...

¡Oh quién tuviera agora bastante anhélito para proseguir lo que al presente á la memoria me ocurre!... Mas agora el pulmon se me cansa, la voz se me va enflaqueciendo, el órgano tengo ya débil y ronco. Acrecientan mi fatiga el enojo que tengo de algunos de los que aquí están mormurando, mas que de los fieros que la desventurada *Necesidad* envió á decir con su trompeta al *Temor*. El remedio de todo es en breves palabras, que cada uno tome de mí lo que mas á su propósito le fuere sabroso para salir de este trance...

Desta suerte la señora *Ocia* por consejo de la *Hipocresía*, andando por todo el mundo, dió de coces á la *Necesidad*, y desterró de su corte hambre y verdadera pobreza.

II.

De la felicidad.

Las cosas fueron criadas para el servicio del hombre, y el hombre para servir á Dios, porque este es último fin y sumo bien : y ansí no hay ninguno, por ignorante que sea, que no conoce y tiene por su último fin la bienaventuranza : y por esta razon todos naturalmente desean allegarse el bien y huir del mal. Mas ninguna cosa es cobdiciada por el hombre, escepto aquella que tiene alguna especie de bondad ó aparente ó existente. Y por

cobdicia de alcanzar esta bondad, diversos trabajos reciben los hombres, unos por mar, y otros por tierra; unos pescando, y otros robando; unos en peligrosos oficios, y otros en viles ejercicios.:. Pero esta felicidad muchos entendieron que habia de ser acá, y tal que el entendimiento humano la pudiese entender: y andándola á buscar desta manera, no todos entendieron que consistiese en sola una cosa. De donde nació el error: que unos le ponian en el deleite de comer, como fueron los epicúreos y los que su secta siguieron... Otros buscaban esta felicidad en carnalidades: y por estas se cometen adulterios, homicidios y latrocinios: por estas los hombres se someten á malas ganancias y se tornan histriones. Y en fin si bien queremos considerar, toda su vida pasan en dar materia para que dellos se escriba una linda tragédia, en la cual se cuenten sus pocos placeres, sus continuas pasiones, sus infinitos trabajos, sus tristes y desesperadas muertes. Otros toman su felicidad en allegar dineros. Estos, usando ansí de lo que tienen como de lo que no tienen, précianse de sufrir necesidades, précianse sufrir injurias, précianse ser deshonrados y vituperados. Estos no tienen fe ni ley sino con el dinero: rompen juramentos, cometen crueldades y escesos infinitos. Otros se beben el seso por adquirir un poco de fama, ó de sabios, ó de valientes: y por cobdicia desta gloria, muchos han sufrido crudelísimas muertes ofreciéndose de grado á ellas... Otros piensan que no hay otra bienaventuranza sino ser de gran linage; y no miran cuanta carga tienen á cuestas si no hacen lo que son obligados á quien son y á la generosa estirpe de donde descienden... Todas estas diversidades, porque los hombres las conocen, las aman, y porque les parece que en ellas ó en alguna dellas hay apariencia de bien.

Pero los que mas han especulado en esto, hallaron que la felicidad humana que estotros andaban á buscar, no es otra cosa sino un estrecho camino de bien obrar en esta vida, para poder merecer alcanzar en fin de la jornada la verdadera felicidad, que es la eterna fruicion de los dioses inmortales, la cual muchos varones heróicos y virtuosos merecieron alcanzar: cuyas vidas y hechos notables hoy dia son muy estimados: cuyas imágenes merecieron ser puestas en los templos, no para que fuesen adoradas como dioses, como el vulgo de los ignorantes hacia; mas para que fuesen dechado de costumbres: cúyas escelentes hazañas merecieron renombre de inmortalidad...

(Apólogo de la ociosidad y el trabajo.)

DON LUIS DE AVILA Y ZÚÑIGA.

La batalla de Elba.

Á este tiempo el duque de Alba, conociendo tan buena ocasion, envió á decir al emperador que él cargaba, y ansí lo hizo por una parte con la gente de armas de Nápoles, y el duque Mauricio con sus arcabuceros por la otra: y luego su gente de armas y nuestra batalla, que ya habia tornado á ganar la mano derecha, movieron contra los enemigos con tanto ímpetu, que súbito comenzaron á dar la vuelta; y apretaron los nuestros de manera, que á ninguna otra cosa les dieron lugar sino de huir, y comenzaron á dejar la infantería, la cual al principio hizo un poco de resistencia para recogerse al bosque. Mas ya toda nuestra caballería andaba tan dentro de la suya y de sus infantes, que en un momento fueron todos rotos. Los húngaros y los caballos ligeros, tomando un lado, acometieron por un costado; y con una presteza maravillosa comenzaron á ejecutar la victoria, para lo cual estos húngaros tienen grandísima industria, los cuales arremetieron diciendo *España:* porque á la verdad, el nombre del imperio, por la antigua enemistad, no les es muy agradable.

Desta manera se llegó al bosque, por el cual eran tantas las armas derramadas por el suelo, que daban grandísimo estorbo á los que ejecutaban la victoria. Los muertos y heridos eran muchos, unos muertos de encuentro, otros de cuchilladas grandísimas, otros de arcabuzazos: de manera que era una la muerte, y los géneros della muy diversos. Eran tantos los prisioneros, que habia muchos de los nuestros que traian quince y veinte soldados rodeados de sí. Habia muchos hombres, que parecian ser de mas arte que los otros muertos en el campo: otros que aun no acababan de morir, gimiendo y revolviéndose en su misma sangre: otros, se veia que se les ofrecia su fortuna como era la voluntad del vencedor; porque á unos mataban, y á otros prendian, sin haber para ello mas eleccion de la voluntad del que los seguia. Estaban los muertos en muchas partes amontonados, y en otras esparcidos: y esto era como les tomaba la muerte, huyendo ó resistiendo. El emperador siguió el alcance una legua: toda la caballería ligera y mucha parte de la tudesca y de los hombres de armas del reino le siguieron tres leguas. Ya estábamos en medio del bosque, cuando el emperador, que allí estaba, paró y mandó recoger alguna gente de armas allí, porque toda andaba ya tan esparcida, que tan sin órden andaban los vencedores como los vencidos... Esta victoria tan grande el emperador

la atribuyó á Dios, como cosa dada por su mano: y así dijo aquellas tres palabras de César, trocando la tercera, como un príncipe cristiano debe hacer reconociendo el bien que Dios le hace: así dijo *vine, vi, y Dios venció*. Pareció bien á todos la moderacion de ánimo que el emperador usó con el duque de Sajonia; porque otro vencedor, pudiera ser, que contra quien le oviera ofendido como este le ofendió, no templara su ira como el emperador lo hizo: la cual es mas dificultosa de vencer algunas veces que al enemigo.

(Comentario de la guerra de Alemania.)

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR.

I.

De la fama y de los provechos que suele traer á los hombres para grandes y arduas empresas.

La fama es de tanto precio entre los mortales, que con razon no se puede aborrecer; pues es medio seguro para emprender grandes hechos de virtud... Y así por esto conoceremos ser la fama cierto género de virtud; pues nadie la procura, que no sea bueno, y de cosa buena. Por esta son conocidos y estimados los virtuosos: por esta se incitan á la virtud los presentes: por esta holgamos de leer hechos de los antepasados, y con su memoria procuramos hacernos á ellos semejantes: por esta finalmente con alegre ánimo se pasan los trabajos y deprenden las ciencias...

En bestia se transforma el que menosprecia la fama, pues ningun varon ha habido, ansí santo como profano, que della no se le haya dado mucho; y tanto, que la tenga por la principal pieza de su arnes: que cierto de su naturaleza convida á todos los hombres á ser esclarecidos por la virtud. De aquí viene, que á los tales, por la gran fama que dejaron, llamamos *afamados*, y por el contrario *disfamados* á los que, no habiendo hecho cosa digna de memoria, se ocupan en los vicios, donde como puercos encenagados viven sin cuidado della... Lo cual no es de agora, pues vemos que la reina Sabá anduvo tantas leguas por la fama del saber y riquezas de Salomon; y que era tanta la fama de Tito Livio, que á los que la grandeza de Roma no habia podido traer á sí, la fama de un solo hombre llevó á ella...

Finalmente por la fama vienen á ser los hombres inmortales: esta sigue á los que no la quieren, y huye de los que la procu-

ran: esta á los vivos honra, y á los muertos hace claros y aun divinos. Ninguno jamas fué de virtud guarnecido, que luego no fuese afamado. Esta á los que muy solos están acompaña, á los no conocidos publica; y tiene tantas fuerzas, que á la muerte, que aun todas las otras cosas mata, ella sola vence. Pues aunque al magno Alejandre y al invencible César quitó las vidas, no les pudo matar la fama, que agora tienen mas viva que entonces. Esta echa de sí rayos, que son las hazañas que de sí produce: las cuales se publican por los oradores, se cuentan por los poetas, se ilustran por los historiadores...

II.

Del hombre echado del paraiso terrenal por el pecado, y de las miserias qué á los hombres vinieron despues de esta desgracia.

De ahí adelante los hombres por justicia descendieron á vida mortal sujeta á mil miserias, y trocaron los deleites del paraiso por la morada de la tierra condenada por divina maldicion. De ahí adelante los descendientes de Adam fueron derramados por la tierra, mas á manera de fieras que de criaturas racionales. Ni curaron de poblar ciudades para su morada, ni de buenas costumbres para su honestidad, ni de leyes para conservacion de justicia. Pues de artes, de ciencias, ni aun el nombre se oia entre ellos; mas como salvages solitarios discurrian por los desiertos. Y si por la clemencia divina brotaba en sus corazones alguna raiz de la natural inclinacion á virtud, dejábanla sin labor y cubierta de espinas de los vicios, en que eran ejercitados: y creciendo sus maldades abominables, unos á otros se destruian y mataban, y comian sus carnes vivas...

Despues de haber sido el primer hombre privado del sumo bien que poseia, luego como se trocó el estado de gracia por el de malicia, la vida por la muerte, la gloria por la pena, el sosiego por el trabajo, el bien por el mal, sobraron las obras de malicia, como por el general diluvio pareció... ¡O mísero linaje humano! y quién sin lágrimas podrá contar tus miserias y decir tus grandes trabajos: que solo un hombre con sus hijos, para el orígen de los que despues vinieron, se salvase del general castigo que tanto número de malos merecieron!... Tras esto vino la guerra, en la cual ya veis cuantos males hay. Los capitanes desta al principio fueron *mio* y *tuyo*: y trabajando el uno hacerse señor del otro, han puesto al hombre en tanto trabajo, que le han hecho desear lo que sobrándole le fatiga, como á chica nao la gran carga. Estos dos capitanes de discordia, queriendo ser señores, quebrantaron la ley de naturaleza, haciendo de lo que era comun

particular, y de lo ageno propio. Estos engendraron la guerra, la mas señalada miseria.

El principio desta es la desenfrenada cobdicia de lo ageno; por la cual ni entre padre y hijo, ni entre hermano y hermano, ni entre amigo y amigo se guarda amistad. Por esta se inventaron las armas y instrumentos para quitar la vida... No bastó para nuestra miseria que los hombres, por hacerse señores de lo que no era suyo, matasen á los otros; sino que los que en batallas son vencedores captivan á los vencidos, cuando queriendo usar de misericordia, no les quitan la vida. El que una hora antes era libre y señor de sí, ya es esclavo de otro: y tanto que como se vende un caballo, ansí se vende un hombre... ¡Qué mayor mal se puede pensar, sino que haya venido la miseria del hombre á ser tanta, que quebrantada la ley de naturaleza, la cual ninguna de las bestias quebranta, haya de servir el hombre á otro, no con menos sujecion que el buey con el yugo á su señor!... Solo el hombre con el hombre tiene guerra; el hombre al hombre desea mal; el hombre al hombre fatiga y sujeta...

III.

De la creacion del hombre, y del modo maravilloso como el Divino Hacedor le hizo partícipe de todas las otras cosas, dotándole á él solo con el libre albedrío.

Despues que el Sumo Padre, autor de todas las cosas, hizo este mundo que veis, escelente templo de su divinidad, adornándole de animales, aves, y peces y frutos de la tierra; y despues que con espíritus celestes adornó el cielo dándole perpetuos movimientos y influencias para criar en la tierra lo sensible y lo insensible; acabada ya tan grande obra, deseaba el Sumo Artífice que hubiese alguno, que con tan maravillosa obra tuviese cuenta, amando su hermosura y admirándose de su grandeza. Por esto, acabadas todas las cosas, determinó de criar al hombre. Mas no habia ya donde se criase esta nueva generacion, ni habia en los tesoros que dejar por herencia al nuevo hijo, ni en los asientos del mundo donde este contemplador del universo anduviese, por estar ya todo lleno y distribuido entre las grandes, medianas, y pequeñas criaturas. Junto con esto no era de paternal poder faltar en el criar, ni era de su sabiduría faltar en cosa tan necesaria, ni era de su amor, que habiendo sido en las otras cosas liberal, dejase de serlo en esta: y así ordenó, que al que ninguna cosa propia se podia dar, todo lo que en cada uno de los otros era particular, le fuese á él comun. Criando, pues, al hombre á su imágen y semejanza, y haciéndole señor de todas las cosas, como

aquel que mas que todas representaba el sumo póder de su criador, no le dió cierto asiento ni propia casa, ni particular don porque pudiese á su parecer vivir donde quisiese, y tener el don que desease.

A todas las criaturas puso leyes, de las cuales salir no pueden: á solo el hombre dejó en su libre poder para que de sí hiciese lo que le pareciese... No le crió celestial ni terreno, mortal ni inmortal, para que tomase la forma que le pluguiese, pudiéndose hacer divino siendo bueno, y peor que bestia siendo malo. ¡O suma liberalidad de Dios Padre! ¡O inmensa y admirable felicidad del hombre, al cual es concedido que tenga lo que desea, y que vea lo que quisiere!... ¿Quién no se admirará de tan gran don, que habiendo Dios hecho al hombre semejante á sí, le diese libre albedrío, con el cual se salvase ó condenase, y con que por sí y por todas las cosas criadas diese gracias á Dios? El sol, muy resplandeciente lámpara del mundo, por su gran luz no sabe dar gracias á su criador, porque siendo para el servicio del hombre, el hombre, que solo tiene entendimiento, las ha de dar por él. La tierra, madre y apacentadora de los animales, dedicada con todos ellos al hombre, se descarga de reconocer el bien recibido de su producir, dejando el cargo dello al hombre, para cuyo servicio ella fué criada. Los animales por su fortaleza, ligereza, sanidad, no saben ser agradecidos, porque criados para el hombre, le dejan el cuidado dello.

IV.

De los provechos que traen la guerra y la milicia, comparados con los males que acarrearia el desórden sin una fuerza que lo reprimiese.

Por la guerra se conserva seguramente lo que se posee: por ella se vive mas en sosiego: por ella se han hecho infinitos hombres claros y ilustres, como podeis entender de las historias. Esta pone miedo al contrario para no venir á quitarme lo que es mio: esta hace la paz segura... Con la guerra los hombres deprenden á menospreciar la vida y sus deleites, cuyo deseo acobarda mucho á los hombres, y los hace emprender cosas con que viven deshonrados. Tambien se deprende en ella á tener en poco la fortuna próspera ó adversa; porque el que hoy captiva al otro, mañana es captivo del mismo, y enseña los hombres á ser agradecidos, y estimar las cosas en lo que son. Por esta los hombres, mas que por ninguna otra cosa, se hicieron afamados: y si los que los hechos destos escribieron fueron dignos de loa, ¡cuánta mayor la merecen los que dieron que escrebir?... El que la guerra quitara de entre los hombres, quitara la causa de muchas

virtudes: porque ella hace á los hombres amigos del trabajo para el cual nacieron, y emplearse de tal manera en hazañas ilustres, que sean ejemplo de imitacion á otros, y gloria de sí mismos...
(*Diálogo de la dignidad del hombre.*)

FLORIAN DE OCAMPO.

Muerte de Cornelio Escipion.

Por aquellos dias mesmos que Gneyo Scipion se retraia del capitan Asdrubal tan fatigado, el otro Cornelio Scipion hermano suyo, despues que llegó cerca de los otros adversarios, no padecia menores congojas y confusion. Masinisa, capitan de ginetes berberuzes, acudió luego para revolverse con él: y como fuese mancebo diligente, gran trabajador en la guerra, deseoso de llevar adelante su reputacion por no disminuir acá la buena fama que cobró contra Syface, dábale rebatos cada momento... Llegaba súbitamente sobre las puertas del real: procuraba de cegar fosas, romper vallados, y meterse por ellos. Las voces, las peleas, las heridas y golpes eran tan bravas con él, que ni dejaba lugar, ni tiempo vacío de cuidados ó de temor á los romános: tanto, que retraidos en sus defensas, sin osarse desmandar ni salir á buscar mantenimientos, pareció claro tenerlos cerrados en todas partes; y tan de veras, que si mucho durase, padecerian cada dia mayores aprietos y peligros... Cornelio Scipion, fatigado de tanta necesidad, como quiera que fuese capitan sagaz y discreto, quiso tentar un acometimiento que por ventura no fuera justo de lo probar á tal tiempo: donde podemos colegir en los juicios prudentes de los hombres, dado que las mas veces aprovechen para venir desastres y trabajos cuando suceden, ó para salir dellos teniendo salidas, ó para los pasar con mejor ánimo. Pero ya pueden acudir tales y tan continuos ó de tan grave dependencia, que no baste saber contra su terribilidad...

Puestos en vista, como se reconocieron unos á otros, sin ordenar escuadrones ni deshacer el paraje que traian, arremetieron así como llegaban en el sitio donde se halló cada cual: y comenzaron su pelea por lugares discrepantes, algo confusos y derramados á la verdad. Parecian mas combatir las banderas en desafío sobre sí, que no ser cuestion junta ni determinada. Con todo esto morian asaz hombres valientes en ambas partes, y crecia la crueldad allende lo que suele crecer en reencuentros apresurados y súbitos, no siendo batalla campal ó trabada sobre

deliberacion... Cornelio Scipion andaba, como quien él era, metiendo su persona donde sentia mayores trabajos : esforzaba las banderas, animábalas, sosteníalas, hablábales palabras honrosas. Decíales cuán buena sazon habia para mostrar su valor y bondad, y que las otras victorias pasadas mas eran debidas á la fortuna favorable que no á su denuedo ni valentia : la cual fortuna siempre les trajo los enemigos tan atemorizados y confusos, que no bien llegaban á ellos cuando los despedazaban y rompian. Agora parecia salírseles afuera, despojándolos de las ayudas estranjeras por los dejar á solas con estos adversarios, para que gradeciesen á su propia virtud y no mas, lo que ganasen y venciesen, y para reconoscer en sí mesmos cuánto valian y podian. No les turbase la multitud de los enemigos, pues mayor ventaja les llevaban ellos en bondad y reziúra que los otros tenian en el número de gente para que diesen en ellos como solian : aquellos eran tantas veces destrozados y hollados y deshechos. Y quien allí por desastre moriese, procurase caer así vengado, que los españoles presentes y las naciones estrañas hablasen y tuviesen memoria perpétua de muerte tan venturosa».

(*Crónica general de España.*)

EL MAESTRO ALEJO VENEGAS.

El qué dirán.

Demás de todos estos ídolos particulares que andan solapados debajo de buena color, hay un ídolo mayor que hace la guerra contra el ejercicio de las virtudes á escala vista : porque confia tanto de su poder, que no tiene necesidad de venir encubierto como los otros; abiertamente entra de rondon por los suyos nombrando su nombre, y á grandes voces diciendo : Viva, viva el gran QUÉ DIRAN, ídolo mayor de todos los ídolos. Este ídolo entonces tendrá nombre de ídolo cuando tuviere competencia contra alguna de las virtudes, contra las cuales á veces está tan aposesionado, y tiene tan buen crédito con los suyos, que no hay pleito homenage tan firme hecho á príncipe de la tierra, como es la fe que se guarda al ídolo mayor QUÉ DIRAN.

Si asoma por acullá la humildad, alegando de su derecho : humillaos, hermanos, debajo de la poderosa mano de Dios, porque os ensalce cuando os viniere á tomar cuenta. Apenas acaba su razonamiento, cuando salta de través el arriscado del QUÉ DIRAN, diciendo : ¿ qué dirán si llevo la cruz en la procesion de-

lante del Sacramento? Dirán que soy sacristan, y junto con esto harán lo que hizo Micol cuando dijo David: Bailaré y apocarme he delante del Señor... ¿Qué dirán si primero hago la cortesía que me la hagan? Dirán que de abatimiento lo hago, que me someto á todos los ruines. Por otra parte asoma la liberalidad, diciendo: Emprestaos unos á otros sin logro, dad de lo que teneis, y daros han mas. Mas luego sale al camino el avariento del QUÉ DIRAN, y plañendo por lo flautado dice: ¿y qué noramala dirán mis hijos y mi muger, sino que sin tener oficio ni beneficio les gasto la hacienda, y los quiero dejar á puertas? ¿Qué dirán mis parientes, sino que con los estraños me muestro yo liberal, y con ellos soy ventero? con los mios quiero yo paz y dejarme de mal ruido. En esto viene la castidad, diciendo: Huid la fornicacion. Y sálele de traves el encenagado del QUÉ DIRAN, diciendo: ¿Qué dirán si no me convido á llevar de la mano, y hablar en el corro donde hablan los otros? Dirán que soy marimaricas, que nunca soy para nada. Entra la mansedumbre diciendo: Bienaventurados los mansos, porque ellos verán á Dios. Y atájale la palabra el rufinazo del QUÉ DIRAN, diciendo: ¿Qué dirán si perdono, si no vengo la injuria? Dirán que no soy hombre, ni tengo sangre en el ojo, que lo hago de cobardía: finalmente dirán que tengo mas de doncel que de capitan. Entra por otra parte la abstinencia, diciendo: No gasteis la vida en banquetes y embriagueces. Y sobárcala de través el engullon epicureo QUÉ DIRAN, diciendo: ¿Qué dirán si no pongo mesa ordinaria con estraordinarios manjares? Dirán que lo hago de escaso por no gastar y por despedir á los convidados. Viene luego la caridad diciendo: El amor no anda sobre puntillos. Y no tarda un punto el botijon reventado del QUÉ DIRAN, diciendo: ¿Qué dirán si quedo atras de los otros? Dirán que soy como el herrero, que dicen de Arganda, que usando del oficio se le olvidó el martillar, y por dar en la yunque, dábase en la rodilla. Dirán que ruin sea quien por ruin se tiene. Dirán que el otro es su gallo, y que yo soy la retaguarda. Echa la firma la diligencia, diciendo: En tus trabajos comerás el fruto de la tierra todos los dias que vivieres. Y aparece luego á la hora el hobachon bracitendido del QUÉ DIRAN bostezando por una parte, y emperezándose por el resto, y con un tono muy soñoliento dice: ¿Qué dirán si soy oficial? Dirán que mal haya quien á los suyos deshonra, en especial tal linage, que todos á una mano han sido hombres de cuenta, y ninguno ha sido oficial. Dirán que mal imito á mi bisabuelo que se halló en la de Aljubarrota, y á mi abuelo que fué teniente sargento en el nombrado cerco de Salsas. Dirán que igual y gurulloso lo hizo mi padre, que mató el atambor en la refriega de Ravena, y aun yo me hallé en la de Argel, y un medio hermano que Dios me dió, hizo diabluras en

la Goleta de Tunez. Pues si con tanta genealogia me pusiese á aprender oficio, ¿qué dirán los que me conocen, sino que por tales como yo se deshonran los linages y las alcuñas?

Finalmente venga quien viniere, con razon ó sin ella, que no mudará mas al vasallo del QUÉ DIRAN de la obediencia de su señor que la llave de los dineros del seno del avariento. Por lo cual será grande triunfo el que hará razon, si con la fuerza de la verdad probare el contrario, y como dice el refran, calla callando, prendiere al tirano cosario salteador y banderizo del QUÉ DIRAN; y diere el cetro del mando al noble y virtuoso QUÉ DIRAN del que no anda conforme á la honestidad de su estado. Y ¿qué dirán sobre todo, si discuerda la vida de cada uno del cargo que con el oficio profesa? Este tal QUÉ DIRAN es virtuoso y loable, porque no nace de la filaucia, que es el desordenado amor que los que no se conocen se tienen; mas nace de la virtud y obligacion que cada uno tiene á hacer buenamente lo que debe, y cumplir con la reputacion que se debe y se suele tener de los buenos.

(*Diferencia de libros que hay en el universo.*)

EL V. MAESTRO JUAN DE AVILA.

I.

Carta dirigida á una señora monja atribulada con grandes trabajos.

Recibida vuestra carta, di gracias á nuestro Señor porque os ha dado señal que vuestro llamamiento es de su mano, y la señal es que habeis padecido trabajos. No debeis alegraros poco, pues que el Señor os ama, ni debeis descuidaros, pues estais en peligro. Mirando al que os llamó con tan grande amor, debeis cobrar mucho esfuerzo, porque no os llamó para desampararos en medio del camino, mas para guiaros debajo de sus alas hasta enseñaros en el cielo su faz. No se duerma en vos la fe de Cristo ni el amor, que él no dormirá para vuestro remedio. Pruebas son estas que él suele hacer con quien ama, para probar si le aman entre los trabajos, y confian en él entre los peligros....

Bástaos, hermana, haber conocido por esperiencia cuán amoroso ha sido Dios para vos, trayéndoos á su conocimiento. No le pidais mas señales de amor; mas, certificada de ello, aunque os azote y parezca que de vos se olvida y estraña, no os turbeis, mas decid: probarme quiere, no atribularme. Amad al Señor aunque él os azote, confiad en él aunque no le gusteis; buscadle

aunque se os asconda; no le dejeis reposar hasta que recuerde y responda: que si sois fiel en su ausencia, verle heis venir á vos con tanta ganancia, que gozando de su presencia deis por bien empleado el trabajo pasado. Esforzaos á padecer, que á la medida de los trabajos os darán los consuelos. No seais amadora de vos, y sereis amadora de Dios: perdéos, y hallaros heis... De la poca fiúcia nace la helada turbacion, y por eso decia nuestro Señor: No se turbe vuestro corazon ni tema: creeis en Dios, pues creed en mí. De manera que la fe con amor es causa del sosiego del corazon...

Muchas y grandes pruebas os hará Dios, grandes tribulaciones se os levatarán de donde no pensais, mas si de esta fe con amor estais armada, todo lo venceréis... Sepamos que se aplaca Dios en los que le temen y esperan en su misericordia, y se enoja con los que no. Él os sacó del captiverio de Egipto cuando inspiró en vuestro corazon deseo de ser suya, y os lleva por este desierto tan desabrido, donde unas veces falta el pan de la doctrina por no haber quien lo reparta, otras, compañía que hable de Dios para que no se sienta el camino, otras, árboles de alegría, y en su lugar mil desconsuelos. Ya se levantan tentaciones de dentro, ya de fuera, ya de estraños, ya de conjuntos: mas á esto soló atended, que quien hizo lo mas, hará lo menos. Quien de enemiga os hizo amiga, mejor os guardará siendo amiga. Quien no os desamparó desamparándole vos, no os dejará queriéndolo vos. ¿Quién habrá que con verdad diga: que buscando á Dios, no le ayudó Dios?

No os espanten grandes gigantes y fuertes ciudades, las que habeis de combatir, porque no sois la que habeis de pelear; mas vos callaréis, y el Señor pelèará por vos. No huyais vos de la guerra, ni os deis por vencida. Estad constante, y veréis el favor de Dios sobre vos: que en esta guerra aquel solo pierde la corona, que da á huir de la guerra. Flaca sois; mas en vuestra flaqueza enseñará Dios su virtud. Poco sabeis; mas Dios será vuestra guia: en vuestras miserias enseñará Dios sus misericordias. ¿Quién sois vos para pasar tales trances? Mas decid con David: en mi Dios pasaré yo el muro. ¿Quién vos para pelear? Mas decid: si se levantaren contra mí millares de enemigos, no temerá mi corazon. Creed, hermana, que cuanto es este negocio para vos difícil, tanto es para Dios ligero: así desconfiad de vuestra flaqueza, que no desconfieis de su fortaleza...

¿Paréceos que se han de estimar por trabajos los que se pasan por confesar á Cristo? Pues tal galardon se les dará, que Cristo con mucha honra el dia del Juicio nos ha de confesar delante del Padre. ¡Bienaventurado padecer, y deshonra y pobreza, á la cual tanta honra ha de succeder! ¿Qué será, hermana, oir de la

boca de Cristo delante el mundo universo: Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino que os está aparejado? ¿Qué será cuando los ángeles canten á la que aqui hubiera sido fiel al rey celestial: Ven, esposa de Cristo, recibe la corona que el Señor te tiene aparejada, no para un dia, mas para siempre? ¿Qué sentirán las esposas de Cristo, cuando pasado el mar de este mundo, quedando los enemigos que nos perturban en él ahogados, con gran alegría por haber pasado este peligroso mundo sin habernos ahogado en sus vicios, cantemos con gozo: El lazo no se ha quebrado, y nosotros hemos sido librados: nuestro favor en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra?...

¡Bienaventurada vos, si fuéredes fiel al esposo que os escogió! ¡Bienaventurada vos, si os atreviérades á perder lo presente debajo de la promesa certísima de Cristo! Fiad, hermana, de tan cierta palabra: que no sois vos la primera á quien la ha dado y cumplido, ni sereis vos á quien su palabra falte. Dióla á Caterina, Inés, Bárbara, y Lucía, con otras innumerables doncellas: mas decidme cuan por entero se la cumplió. Atreviéronse á despreciar lo presente: veislas que agora reinan con Dios. Vivieron acá con trabajos, y agora para siempre reinan y descansan. ¡Cuántos combates pasaron: y agora reinan en las coronas del vencimiento! Huyeron los esposos de la tierra, y agradaron al rey de los cielos. Si este mundo hubieran seguido, ya fueran sus placeres pasados, y sus memorias en olvido puestas; mas amaron el Eterno, y por eso ni su bien acabará, ni su memoria se envejecerá. Fueron escritas en el libro de Dios, y por eso ni agua, ni viento, ni fuego, ni tiempo las podrá envejecer, porque aquel libro es incorruptible, y así lo es quien en él está escrito.

Hermana, pues, esforzaos en Dios vuestra salud, y no penseis que os vende caro su cielo: que aun no habeis derramado la sangre por él, como aquellos la derramaron. Trátaos nuestro Señor como á flaca, y habiades os de afrentar de ello. Si mas fe y confianza tuviésedes para confiar, y mayor amor para padecer, mas peleas os procuraria el Señor para que mayores coronas ganásedes. No os contenteis con padecer poco, pues tan grande será vuestro galardon... Amad, y desearéis padecer: dóblense vuestros amores, y sufriréis doblados dolores. El amor de Cristo hace á sus poseedores mas codiciosos de padecer, que el amor de sí mismos de descansar...

No son, hermana, grandes nuestros trabajos; mas es pequeño nuestro amor... Amad, y no trabajaréis, mas iréis sobre los trabajos como señora, bendiciendo á aquel que os libertó. Si os amenazaren con muerte, diréis que venga en hora buena, para gozar de la vida: si con destierro, que adonde quiera estais desterrada hasta que veais á Dios, y poco se os da ir al cielo desde la una

parte de la tierra ó desde la otra. Si á Dios teneis, donde quiera os irá bien; y si no, en vuestra tierra os irá mal... ¿Qué cosa podrá haber que os espante, si os ha herido el amor de Cristo? Hollaréis los demonios, reiros heis de las amenazas, pasaréis con osadía entre los enemigos. Confiad de aquel que ama á los que le aman... Si á todos conviene tener amor, ¿cuánto mas á la que Cristo tomó por esposa? Al siervo conviene temer, al hijo honrar á su padre; mas á la esposa amar á su esposo.

Amad, hermana, á nuestro Señor, y no tengais reposo hasta que él este don os conceda. Amadle, y con reverencia, que este es el amor que le agrada. No le tengais en menos porque se os comunique, mas admiraos, ¿cómo una alteza tan grande se abaja á una tan profunda vileza?... Amad, pues, adorad, servid al Señor en gozo, mas gozáos con temblor; no que os haga temblar como esclava por miedo de los tormentos, mas como verdadera hija que tiembla de dar un enojo á su padre...

II.

Carta dirigida á un caballero.

Los peces grandes son malos de tomar, y han menester muchas vueltas, rio abajo y rio arriba, hasta que de cansados tengan poca fuerza y los prenda de todo el anzuelo. Por lo cual, no se maraville vuestra merced si tantos golpes nuestro Señor le dá contradiciendo á lo que lleva pensado y deseado, que sin duda deben de ser la voluntad y parecer de vuestra merced recios de tomar, y rebeldes á morir, y han menester que á poder de golpes los canse el Señor y los mate, para que no vivan en vuestra merced sino la fe en el Señor y la voluntad del mismo Señor.

Entienda vuestra merced la sofrenada y las señas que le hace su Señor, porque así como es alabado y aceptó á Dios el ministro inteligente, así es vituperado quien no entiende, no solo las palabras, mas ni aun los azotes del Señor. Entienda que no hay cosa que tanto le cumpla como ser desatinado de su propio tino. ¡Qué idolatría mas dañosa, que fiarse un hombre de su parecer? y qué casamiento mas monstruoso, que estar el hombre casado con su propia voluntad?...

Tenga por muy acertado lo que le viene contrario á su voluntad, porque tal es la de los hijos de los hombres, que por solo desear una cosa, tiene resabio y sospecha que no es buena: porque lo que agrada al malo, ¿cómo nos fiaremos de ello? Tenga vuestra merced cuidado en el tino como Dios le guia, y de esto se le ha de pedir cuenta. Y cuando esta ciencia supiere, será sabio delante de Dios; de suerte, que no le enamore cosa que

debajo del cielo haya por preciosa que le parezca, sino en todo buscar el contentamiento de Dios. Y cuando este es que no alcanzemos cosa alguna, aquello es toda la riqueza del mundo y del cielo : pues el contento de Dios es el mismo Dios, y quien este ama, ama á Dios; y quien este tiene, á Dios tiene.

En cuantas quejas dé vuestra merced de sí, creo que tiene razon por ser hombre y no estar en el cielo : y hace vuestra merced bien en quejarse, que por así se suelen quitar las que nuestro Señor tiene contra nosotros, que serán, cierto, mas de las que nosotros entendemos. Porque ¿quién entenderá las riquezas de bondad de Dios, y las faltas de nuestras miserias? Plegue al Señor nos dé luz para ver estos dos abismos tan diferentes, para que la vista del nuestro no nos desmaye confortada con la del Señor...

No sé qué hacemos con este miserable de nos : ni para qué lo queremos tener por nuestro, ni á nuestro cargo. Démoselo á quien tiene bondad para lo sufrir, y sabiduría para lo curar y regir, que, cierto, él irá cargado de una cosa harto pesada é insufrible, si no fuere su amor incomprensible. Gran ayuda es para negarnos, vernos tan enemigos de nosotros mismos : y ser tan miserables, sirve para no haber codicia de nosotros, sino darnos y echarnos de casa, aunque mucho nos costase. Y con todo esto suena el pregon de la divinal bondad : Que David sale al campo perseguido sin culpa, y que se llegan á él los adeudados, y que tienen angustia y amargura de corazon. ¡Bendito sea Dios, que tan rico es en paciencia y bondad, que el Padre fió de sus manos tan donosas ovejas como somos : y lo que peor es, que estemos tan ciegos, que rogándonos que á trueco de ser nuestro él, seamos nosotros suyos, ¡ay de nos! todavía buscamos á nos!...

III.

Carta dirigida á una abadesa, consolándola en la muerte de su hermano.

Desde acá veo cual está el corazon de vuestra merced con la saeta que el Señor le ha tirado, tan aguda para la herir, y tan dificultosa de salir. Juzgo por mi corazon algo de la pena de vuestra merced, y lo demas saco por lo que el deudo tan cercano y el amor tan entrañable, juntos á una, atormentan ese corazon. Menester es medicina del cielo : y plega al Señor se la quiera enviar, pues él ha enviado la llaga. Señora, no sé en trabajo tan grande otro mejor consuelo que mirar que esto fué á provecho del cardenal mi señor, que es en gloria, pues, aunque dejó

su cuerpo acá en la tierra, debemos confiar en la misericórdia de Jesucristo, que llevó su ánima al cielo...

¡O válgame Dios! y si cuando estaba en esta vida, tanto era su regocijo en las cosas de Dios, que lo apegaba á quien lo miraba, ¡qué tal estará agora en el cielo en fiestas perpetuas, sirviendo y viendo servir á nuestro Señor con mayor aparato que él deseaba! Muy alegre está, Señor, aquel á quien amamos; en ninguna manera quiere estar acá. Y si nos viese llorar, nos lo reprenderia; aunque si ve y sí reprende, y por eso es razon que se ponga templanza en ello...

¡O Señora! y si nunca saliéramos de esta habla que tan dulce era, trayendo á la memoria como nuestro buen padre y pastor está reynando con Cristo en la gloria! ¡O si no fuera menester hablar para mas que para alegrarnos de su bien, pues que le amamos! Mas volviendo á la plática de nuestra pérdida, témplenos el dolor de ella el gozo que de la ganancia de él tenemos. Bendito sea Dios, que así lo ordenó, que si á nuestro amado padre le habia de ir bien gozando de su Dios en el cielo, nos costase á nosotros tan gran soledad en la tierra, y tan verdadero dolor en el corazon. Señora, recio trance no es esté, carecer de quien así nos amaba, y así nos aprovechaba en uno y en otro. Cayósenos el árbol á cuya sombra descansábamos; no puede ser menos sino quemarnos el calor del sol, y la rezura del frio que nos dará en descubierto. Qué harémos, ó qué dirémos?...

Huérfanos quedamos, señora, en este mundo: alzemos los ojos al que es padre de ellos, y pidámosle mayor gracia y favor, pues la hemos mas menester, y nos llevó consigo á quien nos solia ayudar. Ya no escribirá á vuestra merced su muy amado hermano cartas de consuelo y esfuerzo. Pídale á nuestro Señor que le envie en el corazon lo que su siervo le enviaba por cartas. Amigo es Dios de los huérfanos, desamparados y desconsolados: y quiso parar á vuestra merced tal para mas particularmente tener cuenta con ella, segun dice David: A tí es dejado el pobre, y al huérfano tú serás ayudador.

Licencia tiene vuestra merced para sentir este golpe, mas no se desmayar: pues, así como lo primero es cosa cristiana y es fruto de amor, así lo segundo es cosa contra la obediencia que á nuestro Señor se le debe en todo lo que con nosotros hace, y contra la confianza que él manda tener en medio de los trabajos. Dios llevó á nuestro pastor, no para dejarnos descarriados, sino para que con mayor gemido llamemos al pastor de todos... Solamente sepa vuestra merced entender las obras de Dios, que no vienen de corazon airado sino amador: y si es ira, es ira de padre que castiga para provecho del castigado, y no por apetito de venganza. Sépale responder con amor á este castigo de

amor. Sepa humillarse á la vara del Omnipotente, y abra su boca y beba esta purga con paciencia que el celestial médico le ha enviado, no para que muera sino para que sane... No se nos pase el tiempo en llorar como muerto al vivo; sino entendamos en vivir como él para ir á reynar con él... No tenemos, señora, porque quejarnos; porque si el atribulado es pecador, es purgado, y si es justo, es probado para ser coronado. Entendamos en llorar nuestros pecados, para que presto sin carga de ellos volemos al Señor, donde estan descansando los que tuvieron cruz. En compañía de estos han metido á vuestra merced, y señaládola han con señal de cruz. Trabaje por dar cuenta de esta merced, y mire al Señor de todos como fué puesto en ella, y la madre de él cuán cerca estuvo de ella segun el cuerpo, y cuán en ella segun el corazon.

IV.

Carta á un sacerdote.

Si las flores de los buenos principios, que Dios en el ánima de vuesa merced ha producido por su misericordia, le consuelan y dan contentamiento, ¿qué seria si Vm. se atreviese á andar un poco mas ligero por el camino de Dios, para que su misericordia tuviese ocasion de, como ha producido flores, producir frutos? Creo encontraria Vm. con tales cosas, que dejaria el cántaro como la Samaritana, por gozar del agua viva que Cristo da, de la cual quien bebe nunca mas ha sed: porque se hace en el vientre una fuente de agua viva que da saltos hasta la vida eterna. Entonces, Señor, se quitarian de gana los deseos de las prosperidades de esta vida: y antes mas serian aborrecidas que amadas, como cosa que estorva el gusto de las cosas divinales, y cuyos cuidados ahogan la palabra de Dios... Entonces vienen al hombre juntamente gozo y dolor: porque aquel nuevo vino que Dios le da á beber, le embriaga con su dulcedumbre, y le hace despreciar todo lo visible: y considerando cuanto tiempo ha carecido de él, y bebido de los rios de Babilonia y vanidad de este mundo, no puede dejar de decir y llorar como san Agustin ¡ ay del tiempo cuando no te amaba !...

Este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal que Dios entra en el ánima, porque con la luz se ven las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana... Si Vm. quiere saber qué cosa es andar la mano de Dios por el ánima, si quiere beber en la tierra una gotilla del vino del rio de deleite de Dios, si quiere llegarse á ver la vision de como Dios está en la zarza, y

no se quema la zarza aunque arda, no aguze tanto el ingenio para inquirir, cuanto el afecto para lo purificar. Mas valen para esto amargos gemidos salidos del corazon, que sutiles razones ni libros. Arrójese á los pies del Señor crucificado, como hombre culpado, ignorante, y que no ha sabido darle contentamiento, aunque ha gozado de muchos bienes que la divina liberalidad le ha dado. Ensalze cuanto pudiere la divina bondad, y cuente uno por uno los beneficios que le ha hecho en cuerpo y ánima desde que lo crió...

V.

Carta á un religioso, su discípulo.

Dias ha que recebí una carta de Vm. en que decia haber menester regalos. Yo no los he enviado, ni enviaré en esta, porque no lo puedo creer, ni es razon que lo crea; porque el alma que conoce y ama al crucificado, no solo no busca ser regalada, mas huye de ello, y busca con ansias de amor estar siempre colgada en dolores y espinas, por no verse de otro trage vestida de aquel á quien ama. Confúndase mucho, y no ose mirar á su Señor, cuando mirándose á sí, se halla en consuelo; y á su Señor tan sin él, que no tiene adonde reclinar la cabeza. Y pídale con gran instancia que le ponga donde él está, pues desea ser uno con él: y en esta soledad y angustia no se le apoque la fe; mas crézcale esfuerzo de verse solo, porque sabe que su Señor es compañía de solos, y pone sus ojos sobre desamparados, de los cuales es muy amigo...

VI.

Carta á un predicador.

El espíritu consolador y virtud de lo alto more en V. R. y obre en él el premio de la gloria de Cristo, pues el oficio suyo es aqueste, segun el Señor le dijo. Para lo cual conviene vivir con cuidado, porque el limpísimo espíritu limpia morada requiere, y la Deidad muy alta pide reverencia profunda; y la Bondad infinita es muy zelosa si ve que en otra parte se pone un poco de amor. Lo cual considerado, tenemos mucha razon de temer y angustiarnos: porque no es pequeño negocio querer un hombre, criado del limo de la tierra, tratar con Dios, y ofrecerle digna morada, y así vivir que agrade á los ojos de tan grande Magestad... Espero yo en él que uno de ellos es V. R. para perpétua obra de este Señor. Este es el que hace de los lobos corderos, y de los perseguidores devotos, y de los que volvian las espaldas

hace continuos contempladores de su hermosura: este defenderá esa su ánima, como la ha defendido. Mas peleando Dios, segun su promesa, él hará desaparecer nuestros enemigos así como humo.

San Bernardo, siendo molestado algunas veces de esta sabrosa ponzoña, hacia cuenta que estaba ausente de la muchedumbre del pueblo que le daba honra: y así escapaba del canto engañoso de esta sirena... Y con mucha razon, porque ¿qué cosa mas para huir que el robo de la honra de Dios? y diciendo con la boca que miren á Dios, querer con el corazon que quiten sus ojos dél, y los pongan en una vileza? Voces con las cosas criadas, que cantan la honra y gloria de Dios: imágenes ó pisadas para traer en conocimiento del Criador. ¿Qué cosa mas al revés se puede pensar, que lo que es ordenado para otro, se ordene contra él? y se quiera hacer de camino término, y de medio fin?...

(*Epistolario espiritual.*)

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

I.

Muerte de Aben Humeya.

El principio fué descontentamiento de los turcos, mostrados á mandar á su rey en Berbería, temor que dél tenian sus amigos; poca seguridad de las personas y haciendas, sospechas que se entendia con nosotros. Y el tratado fué tal luego que le eligieron, que ninguno en su compañía tuviese morisca por amiga, sino por legítima muger: y guardábase esto generalmente. Mas habia entre las mugeres una viuda, muger que fuera de Vicente de Rojas, pariente de Rojas suegro de Aben Humeya: muger igualmente hermosa y de linage, buena grácia, buena razon en cualquiera propósito, ataviada con mas elegancia que honestidad, diestra en tocar un laud, cantar, baylar á su manera y á la nuestra; amiga de recoger voluntades, y conservallas.

Llegó Diego Alguacil, hallando confuso y maravillado á Abenabó. Díjole como traia la gente consigo, mas que no pensaba hallarse en tal crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer su casta fiados dél, y ellos puesto la vida por sus haciendas, por su libertad, por sus vidas: cansados ya de servir á un hombre voluntario, ingrato, cruel, ¿qué podian esperar sino lo mismo? Bueno de palabras, mas de ánimo malo y perverso:

que no habia mugeres, no haciendas, no vidas con que hartar el apetito, la sed de dinero y de sangre.

Entendiendo el hecho (los turcos), resolvieron entre sí de descomponer y matar á Aben Humeya, parte por asegurarse, parte por roballe, persuadiéndose que tenia gran tesoro, y hacer á Abenabó cabeza. Juntaron consigo la gente de Diego Alguacil, y con silencio caminaron hasta Andarax donde Aben Humeya estaba: aseguraron la centinela como personas conocidas, y que habia habellos enviado á llamar. Pasaron el cuerpo de guardia, entraron en la casa, quebraron las puertas del aposento: halláronle desnudo, medio dormido, y vilmente, entre el miedo y el sueño y dos mugeres. Embarazado dellas, especialmente de la viuda, amiga de Diego Alguacil, que se abrazó con él, fué preso en presencia de los que él trataba familiarmente: hombres bajos, que á tales tenia mayor inclinacion y daba crédito, criados suyos... Teniendo veinte y cuatro hombres dentro en casa, cuatrocientos de guardia, y mil seiscientos alojados en el lugar, no hizo resistencia: ninguno hubo que tomase las armas, ni volviese de palabra por él. Mas, como solo el que es rey puede mostrar á ser rey un hombre, así solo el que es hombre, puede enseñar á ser hombre un rey. Faltó maestro á Aben Humeya para lo uno y lo otro: porque ni supo proveer ni mandar como rey, ni resistir como hombre. Atáronle las manos con un almaizar. Juntáronse Abenabó, los capitanes, y Diego Alguacil, delante de la muger, á tratar del delito y pena en su presencia. Leyéronle y mostráronle la carta, que él como inocente y maravillado negó. Conoció la letra del pariente de Diego Alguacil: dijo que era su enemigo, que los turcos no tenian autoridad para juzgalle. Protestóles de parte de Mahoma, del emperador de los turcos y del rey de Argel, que le tuviesen preso dando noticia de ello y admitiendo sus defensas. Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres culpados y prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes. Saqueáronle la casa; repartiéronse las mugeres, dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los capitanes y soldados; y otro dia de mañana determinaron su muerte.

Eligieron á Abenabó por cabeza en público, segun lo habian acordado en secreto; aunque mostró sentimiento y rehusallo, todo en presencia de Aben Humeya, el cual dijo: que nunca su intencion habia sido ser moro; mas que habia aceptado el reino por vengarse de las injurias que á él y á su padre habian hecho los jueces del rey D. Felipe, especialmente quitándole un puñal, y tratándole como á un villano siendo caballero de tan gran casta: pero que él estaba vengado y satisfecho, lo mismo de sus enemigos, de los amigos y parientes dellos, de los que le habian acusado y atestiguado contra él y su padre, ahorcándolos, cor-

tándoles las cabezas, quitándoles las mugeres y haciendas: que, pues habia cumplido su voluntad, cumpliesen ellos la suya. Cuanto á la eleccion de Abenabó, que iba contento, porque sabia que haria presto el mismo fin: que moria en la ley de los cristianos, en que habia tenido intencion de vivir si la muerte no le previniera. Ahogáronle dos hombres, uno tirando de una parte y otro de otra de la cuerda que le cruzaron en la garganta. El mismo se dió la vuelta para que le hiciesen menos mal: concertó la ropa; cubrióse el rostro.

Tal fin hizo Aben Humeya, en quien despues de tantos años revivió la memoria de aquel linage, que fué uno de los en cuya mano estuvo la mayor parte de lo que entonces se sabia en el mundo. La ocasion convida á considerar, que como todo lo que en él vemos se mantenga por partes, que juntas le dan el ser, y una dellas sea las castas ó linages de los hombres; estas, como en unos parece estan acabadas hasta venir á pobres labradores, así en otros salen y suben hasta venir á grandes reyes. Pero muchas veces el Hacedor de todo, no hallando sugeto aparejado, produce de cosas diminuidas semejantes á las grandes, como fruto en tierra cansada ó olvidada; ó como queriendo hacer hombre, hace enano por falta de sugeto, de tiempo, de lugar. No habia en el pueblo de Granada moriscos, fuerzas, ocasion, ni aparejo para crear y mantener rey: salió de un comun consentimiento de muchas voluntades juntas (hombres que se tenian por agraviados y ofendidos) hecho un tirano con sombra y nombre de rey; y este, descendiente de casta olvidada, mas que tanto tiempo habia señoreado...

(*Historia de la guerra contra los Moriscos de Granada.*)

II.

Vanidad y Pobreza.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este Escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser estranjero por el poco conocimiento y trato que con los naturales de ella tenia. Al cabo se cumplió mi deseo, y supe lo que deseaba; porque un dia que habiamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que habia dejado su tierra, no mas que por no quitar el bonete á un caballero, su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decis y tenia mas que vos, no errabais en quitárselo primero, pues decis que él tambien os lo quitaba. Sí es, y sí tiene: y tambien me lo quitaba

él á mi; mas de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas. Eres muchado, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber, que yo soy, como ves, un Escudero : mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle, si la hay antes que llegue á mí, por no quitárselo : que un Hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un dia deshonré en mi tierra á un oficial (1), y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decia : Mantenga Dios á vuestra merced. Vos, don villano ruin, le dije yo, ¿porqué no sois bien criado? manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quien quiera? De allí adelante, de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. ¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios? Mira mucho de en hora mala, dijo él, á los hombres de poca arte dicen eso : mas á los mas altos como yo, no les han de hablar menos de, *beso las manos de vuestra merced* : ó por lo menos, *bésoos, señor, las manos*, si el que me habla es caballero; y así de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca mas quise sufrir ni sufriria á hombre del mundo del rey abajo, que *manténgaos Dios* me diga. Pecador de mí, dije yo, por eso tiene, tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre que no tenga en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedís, segun se podrian hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar, que á no estar derribado, como está, daria cada año mas doscientos palominos; y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba á mi honra : y vine á esta ciudad, pensando que hallaria un buen asiento; mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la Iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada, que no les sacara de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan; mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y sino, anda con Dios os dicen : y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y los mas

(1) Artesano.

ciertos, comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su lazeria; pues por ventura ¿no hay en mí habilidad para servir y contentar á estos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese; porque yo sabria mentirle tan bien como otro, y agradarle á las mil maravillas; reirle hia mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo: nunca decirle cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese: ser muy diligente en su persona en dicho y hecho: no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir, donde él lo oyese con la gente de su servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba: si riñese con algun su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado: decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador: malsinar á los de casa y á los de afuera: pesquisar y procurar de saber vidas agenas, para contárselas; y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en palacio, y á los señores de él parecen bien. Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; ántes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien el señor se puede descuidar. Y con esto los astutos usan, como digo, el dia de hoy, de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que le halle.

III.

La publicacion de la bula.

Por mi ventura dí en el quinto amo, que fué un buldero, el mas desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador de ellas que jamas yo vi, ni ver espero, ni pienso nadie vió, porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sutiles invenciones... Y porque todos los artificios que le veia hacer serian largos de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver, tenian intencion de se la tomar: y él estaba dado al diablo con aquello. Y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo á otro dia de mañana, para despedir la bula. Y esa noche, despues de cenar, pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber

malas palabras. El llamó al alguacil ladron, y el otro á él falsario. Sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzon, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dimos acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio, y ellos muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban para se matar. Ellos, como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena de ella, viendo que no podian afrentarse con las armas, decianse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas. Finalmente, los del pueblo, viendo que no bastaban para ponerlos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte, y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la Iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula : y el pueblo se juntó; el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñiendo lo habia descubierto; de manera que, tras que tenian mala gana de tomarla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermon... Estando en lo mejor, entra por la puerta de la Iglesia el alguacil, y con voz alta y pausada comenzó á decir : « Buenos hombres, oidme una palabra. Yo vine aquí con este echacuervos que os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiriamos la ganacia. Y ahora, visto el daño que hacia á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro que las bulas que predica son falsas, y que no le creais, ni las tomeis... y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos como no soy con él, ni le doy á ello ayuda, antes os desengaño, y declaro su maldad; » y acabó su razonamiento. Como calló, mi amo le preguntó, ¿si queria decir mas? que lo dijese. El alguacil dijo : Harto mas hay qué decir de vos y de vuestra falsedad; mas por ahora basta. El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al cielo, dijo así : « Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, tú sabes la verdad, y cuan injustamente soy afrentado. En lo que á mi toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones; mas la injuria á ti hecha, te suplico, y por justicia te pido no disimules, porque alguno que está aquí, que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y pues es tanto perjuizio del prójimo, te suplico, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera. Que si es verdad lo que aquel dice,

este púlpito se hunda conmigo, do él ni yo jamas parezcamos; y si es verdad lo que yo digo, y aquel, persuadido del demonio, dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia. »

Apenas habia acabado su oracion, cuando el negro alguacil cae, y da tan gran golpe en el suelo, que la Iglesia toda hizo resonar, y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y hacer visajes con el gestó, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquellos suelos á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros. Unos decian: El Señor le socorra y valga. Otros: Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia. Algunos buenos hombres llegaron á él, y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo... El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente, y muy pausadamente les dijo: « Pues Dios nos manda que no volvamos mal por mal, y perdonemos las injurias, vamos todos á suplicarle. » Y así bajó del púlpito... y todos se hincaron de rodillas... y viniendo con la cruz y agua bendita el señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga que devota... Y esto hecho, mandó traher la bula, y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y desque fué vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del señor comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio; lo uno, por hacer á él daño, y vengarse del enojo: lo otro y mas principal, porque el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hacia en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella: marido y muger, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando á ellos llegábamos, á la posada la venian á buscar, como si fueran peras de balde: de manera, que en diez ó doce lugares donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Cuando hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fuí de ello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burlas que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí cómo habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: ¡Cuán-

tas de estas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente! (*Lazarillo de Tormes.*)

FRAY LUIS DE GRANADA.

I.

La Pasion del Salvador.

Acabados los discursos y el oficio de la predicacion del Evangelio, y llegándose ya el tiempo de aquel grande sacrificio de la Pasion, quiso el Cordero sin mancilla llegarse al lugar donde habia de dar cabo á la redencion del género humano. Y porque se viese con cuanta caridad y alegría de ánimo iba á beber por nosotros este caliz, quiso ser recibido este dia con gran fiesta, saliéndole á recebir todo el pueblo con grandes voces y alabanzas, con ramos de olivas y palmas en las manos, y con tender muchos sus vestiduras por tierra, clamando todos á una voz, y diciendo: Bendito sea el que viene en nombre del Señor: sálvanos en las alturas. Junta, pues, hermano mio, tus voces con estas voces, y tus alabanzas con estas alabanzas; y da gracias al Señor por este tan grande beneficio como aquí te hace, y por el amor con que lo ha hecho. Porque, aunque le debes mucho por lo que por ti padeció, mucho mas le debes por el amor con que lo padeció. Y aunque fueron tan grandes los tormentos de su Pasion, mucho mayor fué el amor de su corazon: y así amó mas que padeció...

Aquí tambien tienes un grande argumento y motivo para despreciar la gloria del mundo, tras que los hombres andan tan perdidos, y por cuya causa hacen tantos escesos. ¿Quieres, pues, ver en que se puede estimar esta gloria? Pon los ojos en esta honra que aquí hace el mundo á este Señor, y verás, que el mismo mundo que hoy le recibió con tanta honra, de ahí á cinco dias lo tuvo por peor que Barrabás, y le pidió la muerte, y dió contra él voces, diciendo: *Crucifícalo, crucifícalo.* De manera, que al que hoy predicaba por hijo de David, que es por el mas santo de santos, mañana lo tiene por el peor de los hombres, y por mas indigno de la vida que Barrabás. Pues ¿qué ejemplo mas claro para ver lo que es la gloria del mundo y en lo que se deben estimar los testimonios y juicios de los hombres? ¿Qué cosa mas liviana, mas antojadiza, mas ciega, mas desleal, y mas inconstante en sus pareceres que el juicio de este mundo?... ¡O mundo

perverso, prometedor falso, engañador cierto, amigo fingido, enemigo verdadero, lisonjeador público, traidor secreto; en los principios dulce, en los dejos amargo; en la cara blando, en las manos cruel; en las dádivas escaso, en los dolores pródigo; al parecer algo, dentro vacío; por de fuera floridor, y por debajo de la flor, espinoso!

O buen Jesus! ¿qué es eso que haces? ¡O dulce Jesus! ¿porqué tanto se humilla tu magestad? ¿Qué no sintieras, ánima mia, si vieras allí á Dios arrodillado ante los pies de los hombres, y ante los pies de Judas? ¡O cruel! ¿cómo no te ablanda el corazon esta tan grande humildad? cómo no te rompe las entrañas esa tan grande mansedumbre? ¡Es posible que tú hayas ordenado de vender este mansísimo cordero! es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo! ¡O hermosas manos! ¿cómo podeis tocar pies tan sucios y abominables? ¡O purísimas manos! ¿cómo no teneis asco de lavar los pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡O apóstoles bienaventurados! ¿cómo no temblais, viendo esta tan grande humildad? Pedro ¿qué haces? por ventura consentirás que el Señor de la magestad te lave los pies? Maravillado y atónito san Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó á decir: *¿Tú, Señor, lavas á mí los pies?* ¿No eres tú hijo de Dios vivo? no eres tú el Criador del mundo? la hermosura del cielo? el paraiso de los ángeles? el remedio de los hombres? el resplandor de la gloria del Padre? la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? Pues ¿tú me quieres lavar á mí los pies? Tú Señor de tanta magestad y gloria ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza?...

Caminó, pues, el inocente Isaac al lugar del sacrificio con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mugeres que con sus lágrimas le acompañaban... Entre tanto, ánima mia, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos camina para el palacio de la Vírgen; y cuando allá llegares, derribado ante sus pies, comienza á decirle con dolorosa voz: ¡O Señora de los ángeles, reina del cielo, puerta del paraiso, abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los santos, maestra de las virtudes, espejo de limpieza, título de castidad, dechado de paciencia, y suma de toda perfeccion! ¡Ay de mí, Señora mia! ¿para qué se ha guardado mi vida para esta hora? cómo puedo vivir, habiendo visto con mis ojos lo que ví? para qué son mas palabras? Dejo á tu unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos, con una cruz á cuestas para ser en ella ajusticiado.

¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta donde llegó este dolor

á la Vírgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubrióselo la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabarle la vida, si la dispensacion divina no la guardara para mayor trabajo y mayor corona. Camina, pues, la Vírgen en busca del Hijo, dándole el deseo de verle las fuerzas que el dolor le quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas y el tropel de la gente, y el clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto. Acércase mas y mas á su amado Hijo, y tiene sus ojos escurecidos con el dolor para ver, si pudiese, al que tánto amaba su alma. ¡O amor y temor del corazon de María! Por una parte deseaba verlo, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente, llegada ya donde lo pudiese ver, míranse aquellas dos lumbreras del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con su vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas estaban enmudecidas; mas al corazon de la Madre habla el del Hijo dulcísimo, y le decia: ¿Para qué veniste aquí, paloma mia, y madre mia? Tu dolor acrecienta el mio, y tus tormentos atormentan á mí. Vuélvete, madre mia, vuélvete á tu posada: que no pertenece á tu vergüenza y pureza virginal compañía de homicidas y de ladrones...

Considera, pues, aquí, ánima mia, la alteza de la divina bondad y misericordia, que en este misterio tan claramente resplandece. Mira como aquel que viste los cielos de nubes, y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado de todas sus vestiduras... ¡O Salvador y Redentor mio! ¿qué corazon habrá tan de piedra, que no se parta de dolor, pues en este dia se partieron las piedras, considerando lo que padeces en esa cruz? Cercado te han dolores de muerte, embestido han sobre tí todos los vientos y olas del mar. Atollado has en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado: ¿qué esperas, Señor, de los hombres? Los enemigos te dan grita; los amigos te quiebran el corazon; tu ánima está afligida, y no admite consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, rey mio, cosido con un madero: no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro: de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio... ¡O cuán bien empleados fueran allí vuestros brazos, santísima Vírgen, para este oficio! Mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la cruz...

Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre: con los cuales no menos estaba su corazon crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para tí, ó buen Jesus, en este dia: una para el cuerpo, y otra para el ánima; la una es de pasion, la otra de compasion; la una tras-

pasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, ¡ó buen Jesus! declarar lo que sentias cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabias estar contigo crucificada? cuando veias aquel piadoso corazon traspasado y atravesado con cuchillo de dolor? cuando tendias los ojos sangrientos, y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima, sin muerte ya mas que muerta, y aquellos rios de lágrimas que de sus purísimos ojos salian; y oias los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, esprimidos con el peso de tan gran dolor?... Pues, ¡ó piadosísima Vírgen! ¿porqué, Señora, quisisteis acrescentar este dolor con la vista de vuestros ojos? ¿porqué quisisteis hallaros hoy presente en este lugar? No es de vuestro recogimiento parecer en lugares públicos; no es de corazon de madre ver á los hijos morir, aunque sea con su honra y en su cama: ¿y vos venis á ver al hijo morir por justicia, y entre ladrones en una cruz? Ya que determinais vencer el corazon de madre, y quereis honrar el misterio de la cruz, ¿para qué os poneis tan cerca de ella, que hayais de llevar en vuestro manto perpetua memoria de este dolor? Remedio no se lo podeis dar, sino con vuestra presencia acrescentar su tormento: porque solo esto le faltaba para acrescentamiento de sus dolores, que en el tiempo de su agonía, en el último trance y contienda de la muerte, cuando ya los postreros gemidos levantaban su pecho atormentado, bajase sus ojos desmayados, y os viese al pie de la cruz. Y porque, estando al fin de la vida, enflaquecidos los sentidos y escurecidos los ojos con la sombra de la muerte, no podia divisar de lejos, os pusiste tan cerca, para que claramente os conociese, y viese esos brazos, en que fué recebido y llevado á Egypto, tan quebrantados, y esos pechos virginales, con cuya leche fué criado, hechos un piélago de dolor.

Mirad, ángeles, estas dos figuras ¿si por ventura las conoceis? Mirad, cielos, esta crueldad, y cubríos de luto por la muerte de vuestro Señor. Escureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. ¡O cielos, que tan serenos fuisteis criados; ó tierra de tanta variedad y hermosura vestida! si vosotros escurecisteis vuestra gloria en esta pena: si vosotros, que érades insensibles, la sentisteis á vuestro modo, ¿qué harian las entrañas y pechos virginales de la Madre?...

Cuando la Vírgen lo tuvo en sus brazos ¿qué lengua podrá esplicar lo que sintió? O ángeles de la paz, llorad con esta sagrada Vírgen. Llorad, cielos, y llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María. Abrázase la

Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos, para esto solo le quedaban fuerzas : mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tíñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡O dulce Madre! ¿es este por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿es ese el que concebisteis con tanta gloria, y paristeis con tanta alegria? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirábades?

Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mugeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra; y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Vírgen. Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decia : ¡O buen Maestro y Señor mio! ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿á quién iré con mis dudas? ¿en cuyos pechos descansaré? ¿quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿Qué mudanza ha sido esta tan estraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida; y ¡ahora te pago aquel tan grande beneficio teniéndote en los mios muerto! ¿Este es el rostro que yo ví transfigurado en el monte Tabor? esta aquella figura mas clara que el sol de medio dia? Lloraba tambien aquella santa pecadora; y abrazada con los pies del Salvador, decia : ¡O lumbre de mis ojos, y remedio de mi ánima! si me viere fatigada ¿quién me recebirá? quién curará mis llagas? quién responderá por mí? quién me defenderá de los Fariseos? ¡O cuán de otra manera tuve yo estos piés y los lavé cuando en ellos me recebiste! ¡O amado de mis entrañas : quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡O vida de mi ánima! ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto? De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. *(Meditaciones.)*

II.

Exhortacion á la virtud.

En este santo ejercicio (la oracion) señaladamente alegra el Señor á sus escogidos... Allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, y lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo, y gozan con la caridad. Entonces conocen por esperiencia ser verdad lo que dijis-

teis : mi gozo será cumplido en ellos... Entonces (el ánima) maravillándose de sí misma como tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres, y decir : ¡O locos! ó desvariados! ¿en qué andais? qué buscais? cómo no os dais priesa por gozar de tan grande bien? Gustad, y ved cuán suave es el Señor : bienaventurado el varon que espera en él. A quien gusta ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel, y la soledad tiene por paraiso, y sus deleites son estar con el Señor que ama...

El dia le es enojoso, cuando amanece con sus cuidados; y desea la noche quieta para gastarla con Dios. Ninguna noche tiene por larga; antes la mas larga le parece la mejor. Y si la noche fuera serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y las estrellas : y mira estas cosas con otros diferentes ojos, y con otros muy diferentes gozos. Míralas como unas muestras de la hermosura de su Criador; como á unos espejos de su gloria; como á unos intérpretes y mensageros que le traen nuevas de él; como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones que el esposo envia á la esposa para enamorarla y entretenerla, hasta el dia que se hayan de tomar las manos, y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le parece habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envia, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estas son, hermano, las noches de los amados de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y armonía de las criaturas, arróllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador, de quien se dice : Yo duermo y vela mi corazon... ¿Pues qué tales te parecen estas noches, hermano? Cuáles son mayores : estas, ó las de los hijos de este siglo, que andan á estas horas asechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, de temores y sospechas, trayendo las ánimas en peligro, y atesorando ira para el dia de su perdicion?

Vemos que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras provechosas, otras agradables, y otras con otras perfecciones: entre las cuales, tanto suele una ser mas perfecta y mas digna de ser amada, cuanto mas de estas perfecciones participa. Pues, segun esto; ¿cuánto merece ser amada la virtud, en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque, si por honestidad va, ¿qué cosa mas honesta que la virtud, que es la raiz y fuente de toda honestidad? Si por honra va, ¿á quién se debe la honra y el acatamiento sino á la virtud? Si por hermo-

sura va, ¿qué cosa mas hermosa que la imágen de la virtud?... Si por utilidad va, ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien? La longura de los dias con los bienes de la eternidad estan en su diestra; y en su siniestra riquezas y gloria. Pues si por deleites va, ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de las consolaciones del Espíritu Santo: lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si desea fama y memoria; en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparecerá...

Este es aquel bien, que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene de mal. Por donde, con grandísima razon envió Dios al justo aquella tan magnífica embajada, la mas breve en palabras y la mas larga en mercedes que se pudiera enviar: *Decid al justo que bien.* Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que despues de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien; en los placeres, y en los pesares; en los trabajos, y en los descansos; en las honras, y en las deshonras: porque á los que aman á Dios todas las cosas sirven para su bien. Decidle que, aunque todo el mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos, y se cayan los cielos á pedazos, él no tiene por qué temer, sino porque levantar la cabeza: porque entonces se llega el dia de su redencion. Decidle que bien: pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes, que es Dios; y está libre del mayor mal de los males, que es la compañía de Satanás. Decidle que bien: pues su nombre está escrito en el libro de la vida, y Dios Padre lo ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Santo por su templo vivo. Decidle que bien: pues el camino que ha tomado, y el partido que ha seguido, por todas partes le viene bien; bien para el ánima, y bien para el cuerpo; bien para con Dios, y bien para con los hombres; bien para esta vida, y bien para la otra: pues á los que buscan el reino de Dios, todo lo demás será concedido. Y si para alguna cosa temporal no viniere bien, esta llevada con paciencia, es mayor bien: porque á los que tienen paciencia las pérdidas se les convierten en ganancias, y los trabajos en merecimientos, y las batallas en coronas...

III.

En la fiesta de la Natividad de nuestro Señor.

Salid, pues, ahora, hijas de Sion (dice la esposa en los cantares) *y mirad al rey Salomon con la corona con que le coronó su madre*

en el dia de su desposorio, y en el dia de la alegría de su croazon. ¡O ánimas religiosas, amadoras de Cristo, salid ahora de todos los cuidados y negocios del mundo; y recogidos todos vuestros pensamientos y sentidos, ponéos á contemplar á vuestro Salomon, pacificador de los cielos y tierra; no con la corona que le coronó su padre cuando le engendró eternalmente y se le comunicó todo; sino con la que le coronó su madre cuando le parió temporalmente, y le vistió de nuestra humanidad! Venid á ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado á la diestra de la magestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frio en un establo. Venid á celebrar este dia de su desposorio, donde sale ya del tálamo virginal, desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vínculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el dia de la alegría secreta de su corazon, cuando llorando esteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redemtor.

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendia la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado: por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los santos. Era la media noche, mas clara que el medio dia, cuando todas las cosas estan en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta. Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias, y apareció vestida de nuestra carne... ¡O venerable misterio, mas para sentir que para decir; no para esplicarse con palabras, sino para adorarle con admiracion en silencio! ¿Qué cosa mas admirable, que ver aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana; aquel que está sentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus pies es la tierra; que haya querido bajar á tan grande estremo de pobreza, que cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo) le pariese su madre en un establo, y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar mas cómodo?...

Grande humildad es nacer en un establo; mas grande gloria es resplandecer en el cielo. Grande humildad estar entre estas bestias; mas grande gloria es ser cantado y alabado por los ángeles. Grande humildad es ser circuncidado como pecador; pero es

grande gloria el nombre de Salvador. Grande humildad es venir al baptismo entre publicanos y pecadores; mas grandísima es la gloria de abrírsele los cielos, sonar la voz del Padre, y verse sobre él el Espíritu Santo en figura de paloma, y los pregones y temores de san Juan Baptista. Finalmente, grandísima humildad fué padecer y morir en una cruz; pero grandísima gloria fué escurescérse el cielo, tembar la tierra, despedazarse las piedras, abrirse las sepulturas, aparecer los difuntos, hacer sentimiento todos los elementos. Todo esto era razon que así fuese: porque lo uno convenia para curar la grandeza de nuestra soberbia, y lo otro convenia á la dignidad de la persona que la curaba...

Y puesto caso que lo uno pertenece á su gloria, y lo otro para nuestro ejemplo; si bien lo miras, verás que así lo uno como lo otro era todo para nuestro bien, porque en lo uno se edifican nuestras costumbres, y con lo otro se confirma nuestra fe. Y por esto, si te escandaliza la humildad de Cristo para no creer que es Dios el que ves tan humillado; mira la gloria que acompaña á esa humildad, y verás que no es indigna cosa de la magestad de Dios humillarse con tanta gloria. Indigna cosa parece el nacer Dios de muger; mas no lo es, si miras la gloria con que nace. Indigna cosa parece morir; mas no el morir con tan gloriosas señales. El morir descubrió la grandeza de su bondad; y el morir con tales señales descubre la gloria de su poder. Y por eso no es menos hermoso este Señor, á los ojos de quien lo sabe mirar, en su bajeza que en su gloria. Hermosísimo es en el cielo, y hermosísimo en el establo; hermosísimo en el trono de su gloria, y hermosísimo en el pesebre de Belén; hermosísimo entre los coros de los ángeles, y hermosísimo entre los brutos animales.

Considera mas, que si los ángeles en tal dia cantaron y solemnizaron este ministerio con glorias y alabanzas, dando gracias por la redemcion que nos vino del cielo, no siendo ellos los redemidos; ¿qué deben hacer los redemidos? Si ellos así dan gracias por la gracia y misericordia agena; ¿qué deben hacer los que fueron redemidos y reparados por ella? (*Sermones.*)

SANTA TERESA DE JESUS.

I.

Carta escrita á sor Leonor de la Misericordia, carmelita descalza en el convento de Sória.

¡O cómo quisiera no tener mas cartas que escribir sino esta!.... Créame, mi hija, que cada vez que veo carta de Vm. me es particular consuelo: por eso no la ponga el demonio tentaciones para dejarme de escribir. En la que Vm. trae de parecerle anda desaprovechada, ha de sacar grandísimo aprovechamiento. El tiempo le doy por testigo, porque la lleva Dios como á quien tiene ya en su palacio, que sabe no se ha ya de ir; y quiérela ir dando mas y mas que merecer. Hasta ahora puede ser que tuviese mas ternuritas, como la queria Dios ya desasir de todo; y era menester.

Héme acordado de una santa que conocí en Avila: que cierto se entiende que lo fué su vida de tal. Habíalo dado todo por Dios cuanto tenia; y habíale quedado una manta con que se cubria, y dióla tambien. Y luego dale Dios un tiempo de grandísimos trabajos interiores y sequedades; y despues quejábasele mucho, y decíale: Donoso sois, Señor, ¿despues que me habeis dejado sin nada, os me vais? Así que, hija, de esto es su magestad, que paga los grandes servicios con trabajos, y no puede ser mejor paga: porque la de ellos es el amor de Dios.

Yo le alabo: que en las virtudes va Vm. aprovechada en lo interior. Deje á Dios en su alma y esposa; que él dará cuenta de ella, y la llevará por donde mas la conviene. Y tambien la novedad de la vida y ejercicios parece hacer huir esa paz; mas despues viene por junto. Ninguna pena tenga. Préciese de ayudar á llevar á Dios la cruz, y no haga peso en los regalos: que es de soldados civiles querer luego el jornal. Sirva de balde como hacen los grandes al rey. El del cielo sea con ella...

II.

Carta escrita á un caballero, afligido con la muerte de su muger.

La gracia del Espíritu Santo sea con Vm., y le dé fuerzas espirituales y corporales para llevar tan gran golpe como ha sido este trabajo: que á no ser dado de tan piadosa y justa mano, no supiera con que consolar á Vm. segun á mí me ha lastimado. Mas,

como entiendo cuan verdaderamente nos ama este gran Dios, y *sé* que Vm. tiene bien entendida la miseria y poca estabilidad de esta miserable vida, espero en su magestad dará á Vm. mas y mas luz para que entienda la merced que hace nuestro Señor á quien saca de ella, conociéndole: en especial pudiendo estar cierto, segun nuestra fe, que esta alma está adonde recibirá el premio conforme á los muchos trabajos que en esta vida ha tenido, llevados con tanta paciencia.

Esto he yo suplicado á nuestro Señor muy de veras, y he hecho que lo hagan estas hermanas, y que dé á Vm. consuelo y salud, para que comience á pelear de nuevo en este miserable mundo. Bienaventurados los que estan ya en seguridad. No me parece ahora tiempo para alargarme mas, sino es con nuestro Señor en suplicarle consuele á Vm.: que las criaturas valen poco para semejante pena cuanto mas tan ruines como yo. Su magestad haga como poderoso, y sea en compañía de Vm. de aquí adelante, de manera que no eche menos la muy buena que ha perdido.

III.

Carta al padre fray Juan de Jesus Roca, carmelita descalzo, escrita desde la cárcel en que se hallaba la santa.

Recebí la carta de V. R. en esta cárcel, á donde estoy con sumo gusto, pues paso todos mis trabajos por mi Dios y por mi religion. Lo que me da pena, mi padre, es la que VV. RR. tienen de mí: esto es lo que me atormenta. Por tanto, hijo mio, no tenga pena, ni los demas la tengan; que como otro Pablo (aunque no en santidad) puedo decir: que las cárceles, los trabajos, las persecuciones, los tormentos, las ignominias y afrentas por mi Cristo y por mi religion, son regalos y mercedes para mí.

Nunca me he visto mas aliviada de los trabajos que ahora. Es propio de Dios favorecer á los afligidos y encarcelados con su ayuda y favor. Doy á mi Dios mil gracias, y es justo se las demos todos por la merced que me hace en esta cárcel. ¡Ay, mi hijo y padre! ¿hay mayor gusto, ni mas regalo ni suavidad, que padecer por nuestro buen Dios? ¿Cuándo estuvieron los santos en su centro y gozo, sino cuando padecian por su Cristo y Dios? Este es el camino seguro para Dios, y el mas cierto: pues la cruz ha de ser nuestro gozo y alegría. Y así, padre mio, cruz busquemos, cruz deseemos, trabajos abrazemos: y el dia que nos faltaren ¡ay de la religion descalza! ¡ay de nosotros!

IV.

Carta que escribió la santa á su hermano Lorenzo de Cepeda.

Ya he escrito á Vm. cuan á buen tiempo hizo la merced á mi hermana: que yo me he espantado de los trabajos de necesidad que la ha dado el Señor; y hálo llevado tan bien, que así la quiera dar ya alivio. Yo no le tengo de nada, sino que me sobra todo: y así lo que Vm. me envia en limosna, de ello se gastará con mi hermana, y lo demas en buenas obras, y será por Vm... Y así me fué harto alivio (los dineros) por no los tomar de nadie, que no faltaria: mas gusto tener libertad con estos señores, para decirles mi parecer. Y está el mundo tal de intereses, que en forma tengo aborrecido este tener. Y así no tendré yo nada sino con dar á la misma órden algo, quedaré con libertad: que yo daré con este intento...

Es tanta la ceguedad que tienen en tener crédito de mí, que yo no sé como, y tanto el que yo tengo, para fiarme mil y dos mil ducados. Así que, á tiempo que tenia aborrecidos dineros y negocios, quiere el Señor que no trate en otra cosa, que no es pequeña cruz.

En forma me parece he de tener alivio con tener á Vm. acá; que es tan poco el que me dan las cosas de toda la tierra, que por ventura quiere nuestro Señor tenga ese, y que nos juntemos entrambos para procurar mas su honra y gloria, y algun provecho de las almas: que esto es lo que mucho me lastima, ver tantas pérdidas, y esos indios no me cuestan poco. Dios les dé luz: que acá y allá hay harta desventura. Como ando en tantas partes, y me hablan muchas personas, no sé muchas veces que decir, sino que somos peores que bestias, pues no entendemos la gran dignidad de nuestra alma, y como la apocamos en cosas tan apocadas como son las de la tierra...

Mucho me alegra decirme que tenia dada órden para, si pudiese, venir de aquí á algunos años, y querria, si pudiese, no dejase allá sus hijos; sino que juntemos acá y nos ayudemos, para juntarnos para siempre...

V.

Carta al padre Gonzalo de Avila, de la compañía de Jesus y confesor de la santa.

Dias ha que no me he mortificado tanto como hoy con la letra de Vm.: porque no soy tan humilde, que quiera ser tenida por

tan soberbia, ni ha de querer Vm. mostrar su humildad tan á mi costa. Nunca letras de Vm. pensé romper de tan buena gana. Yo le digo que sabe bien mortificar, y darme á entender lo que soy, pues le parece á Vm. que puedo de mi enseñar. Dios me libre: no querria se me acordase. Ya veó que tengo la culpa, aunque no sé si la tiene mas el deseo que tengo de ver á Vm. bueno: que de esta flaqueza puede ser proceda tanta bobería como á Vm. digó; y del amór que le tengo, que me hace hablar con libertad, sin mirar lo que digo. Que aun despues quedé con escrúpulo de algunas cosas que traté con Vm.; y á no me quedar el de inobediente, no respondiera á lo que Vm. manda, porque me hace harta contradiccion: Dios lo reciba.

Una de las grandes faltas que tengo, es juzgar por mi en estas cosas de oracion; y así no tiene Vm. que hacer caso de lo que dijere, porque le dará Dios otro talento que á una mugercilla como yo.

VI.

Carta que la santa escribe á su hermano Lorenzo de Cepeda.

En lo de dormir Vm. digo, y aun mando, que no sean menos de seis horas. Mire que es menester, los que hemos ya edad, llevar estos cuerpos, para que no derruequen el espíritu, que es terrible trabajo. No puede creer el disgusto que me da estos dias, que ni oso rezar ni leer, aunque estoy ya mejor: mas quedaré escarmentada. Yo se lo digo: y así haga lo que le mandan, que con eso cumple con Dios. ¡Qué bobo es! ¿Qué piensa que es esa oracion como la que á mi no me dejaba dormir? No tiene que ver; que harto mas hacia yo para dormir, que por estar despierta. Por cierto que me hace alabar harto á nuestro Señor las mercedes que le hace, y con los efectos que queda. Aquí verá cuan grande es, pues le deja con virtudes que no acabará de alcanzarlas con mucho ejercicio.

Mucha caridad me parece querer tomar los trabajos, y dar los regalos: y harta merced de Dios, que pueda aun pensar en hacerlo. Mas por otra parte es mucha bobería, y poca humildad, que piense él que podrá pasar con tener las virtudes que tiene Francisco de Salcedo, ó las que dió á Vm., sin oracion. Créame, y dejen hacer al Señor de la viña, que sabe lo que cada uno ha menester. Jamas le pedí trabajos interiores, aunque él me ha dado hartos y bien recios en esta vida. Mucho hace la condicion natural y los humores para estas aflicciones...

VII.

Carta escrita en 1562 por la santa á uno de sus confesores.

En lo de la pobreza me parece me ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no querria tener si no fuera de limosna: y así deseo en estremo estar donde no se coma de otra cosa. Paréceme á mí que estar adonde estoy, cierta que no me ha de faltar de comer y de vestir, que no se cumple con tanta perfeccion el voto ni el consejo de Cristo, como adonde no hay renta, que alguna vez faltará: y los bienes que con la verdadera pobreza se ganan, parécenme muchos, y no los quisiera perder...

Paréceme que tengo mucha mas piedad de los pobres que solia. Entiendo yo una lástima grande y deseo de remediarlos: que si mirase á mi voluntad, les daria lo que traigo vestido. Ningun asco tengo de ellos aunque los trate y llegue á las manos: y esto veo es agora don de Dios, que aunque por amor dél hacia la limosna, piedad natural no la tenia. Bien conocida mejoría siento en esto.

En cosas que dicen de mi murmuracion (que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos) tambien me siento mejorada. No parece me hace casi impresion mas que á un bobo: y paréceme algunas veces tienen razon, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que no me parece tengo que ofrecer á Dios, como tengo esperiencia que gana mi alma mucho; antes me parece me hacen bien. Y ninguna enemistad me queda con ellos en llegándome la primera vez á la oracion...

Algunas cosas que en oracion he sido aconsejada, me han salido muy verdaderas. Así que, de parte de hacerme Dios merced, hállome muy mas mejorada de servirle, yo de mi parte harto mas ruin; porque el regalo he tenido mas que se ha ofrecido, aunque hartas veces me da harta pena. La penitencia, poca; la honra que me hacen, mucha; bien contra mi voluntad hartas veces...

Hasta agora, pareciame habia menester á otros, y tenia mas confianzas en ayudas del mundo. Agora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose á ellos no hay seguridad: que en habiendo algun peso de contradicciones ó murmuraciones, se quiebran. Y así tengo esperiencia, que el verdadero remedio para no caer, es asirnos á la cruz, y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero: y hállome con esto con un señorío, que me parece podria resistir á todo el mundo...

En muy grandes trabajos y persecuciones, y contradicciones que he tenido estos meses, hame dado Dios gran ánimo; y

cuando mayores mayor, sin cansarme en padecer. Y con las personas que decian mal de mí, no solo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo. No sé como era esto: bien dado de la mano del Señor. De mi natural suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en desearla. Agora van mis deseos con tanta quietud, que cuando los veo cumplidos, aun no entiendo si me huelgo: que pesar y placer, si no es en cosas de oracion, todo va templado, que parezco boba, y como tal ando algunos dias...

Peréceme que, aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podria; ni veo como pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mia, porque ha poco que me vi sin ninguna muchos años; y agora de mi parte no hago mas de recibir mercedes, sin servir sino como la cosa mas sin provecho del mundo. Y así es, que considero algunas veces, como tódos aprovechan sino yo, que para mi ninguna cosa valgo. Esto no es, cierto, humildad sino verdad; y conocerme tan sin provecho, me trae con temores algunas veces de pensar no sea engañada...

Vienen dias en que me acuerdo infinitas veces lo que dice San Pablo (aunque á buen seguro que no sea así en mí) que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer; sino que está en mí quien me gobierna, y da fuerza, y ando como casi fuera de mí: y así me es grandísima pena la vida. Y la mayor cosa que yo ofrezco á Dios por gran servicio, es, como siéndome tan penoso estar apartada dél, por su amor quiero vivir. Esto querria yo fuese en grandes persecuciones: ya que no soy para aprovechar, querria ser para sufrir... (*Cartas.*)

VIII.

Padre nuestro que estás en los cielos.

Padre nuestro que estás en los cielos. ¡O Señor mio, cómo pareceis padre de tal hijo, y cómo parece vuestro hijo, hijo de tal padre! Bendito seais vos para siempre. No fuera al fin de la oracion esta merced, Señor, tan grande: en comenzando nos henchis las manos, y haceis tan gran merced, que seria harto bien henchirse el entendimiento para ocupar la voluntad, de manera que no os pudiese hablar palabra. ¡Oh qué bien venia aquí, hijas, contemplacion perfecta! ¡Oh con cuánta razon entraria el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí misma á que le diese este Santo Hijo á entender qué cosa es el lugar donde dice que está su Padre, que es en los cielos!

Salgamos de la tierra, hijas mias; que tal merced como esta

no es razon se tenga en poco, que despues que entendamos cuan grande es, no quedemos en la tierra.

Oh Hijo de Dios, y Señor mio, ¿cómo dais tanto junto á la primera palabra? ¿y á qué os humillais á vos con estremo tan grande, en juntaros con nosotros al pedir, y haceros hermano de cosa tan baja y miserable? Como nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues que quereis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar; obligaisle á que la cumpla, que no es pequeña carga, pues en siendo padre nos ha de sufrir por graves que sean las ofensas, si nos tornamos á él como el hijo pródigo. Hános de perdonar, hános de consolar en nuestros trabajos, hános de sustentar, como lo ha de hacer un tal padre, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en él no puede haber sino todo bien cumplido... Mirad que vuestro Padre está en el cielo; vos lo decis: es razon que mireis por su honra. Ya qué estais vos ofrecido á ser deshonrado por nosotros, dejad á vuestro Padre libre, no le obligueis á tanto por gente tan ruin como yo, que le ha de dar mala gracia. ¡O buen Jesus! qué claro habeis mostrado ser una cosa con él! Y vuestra voluntad es la suya, y la suya vuestra. ¡Qué confesion tan clara, Señor mio, qué cosa es el amor que nos teneis! Habeis andado rodeando, y encubriendo al demonio que sois hijo de Dios, y con el gran deseo que teneis de nuestro bien, no se os pone cosa delante por hacernos tan grandísima merced. ¿Quién la podia hacer, sino vos, Señor? Al menos bien veo, mi Jesus, que habeis hablado, como hijo regalado, por vos y por nosotros; y qué sois poderoso para que se haga en el cielo lo que vos decis en la tierra...

Pues ¿paréceos, hijas, que es buen maestro este? para aficionarnos á que deprendamos lo que nos enseña, comienza haciéndonos tan gran merced. Pues, ¿paréceos agora que será razon que, aunque digamos vocalmente esta palabra, dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazon con ver tal amor? Pues ¡qué hijo hay en el mundo, que no procura saber quién es su padre, cuando le tiene bueno, y de tanta magestad y señorío! Aun si no lo fuera, no me espantára; no nos quisiéramos conocer por sus hijos: porque anda el mundo tal, que si el padre es mas bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca plegue á Dios haya acuerdo de cosas destas (seria infierno); sino la que fuere mas, tome menos á su padre en la boca; todas han de ser iguales. ¡O colegio de Cristo! que tenia mas mando San Pedro, con ser un pescador (y lo quiso ansi el Señor) que San Bartolomé, que era hijo de rey. Sabia su magestad lo que habia de pasar en el mundo, sobre cual era de

mejor tierra : que no es otra cosa sinó debatir, si era buena para adobes, ó para tapias... (*Camino de perfeccion.*)

FRAY DIEGO DE ESTELLA.

I.

Exhortacion á la pobreza y á la virtud.

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dice el sabio. Ví todo lo que se háce debajo del sol, y todo era vanidad. Con razon este mundo en la Escritura es llamado hipócrita; pues, teniendo buena apariencia, es de dentro lleno de corrupcion y vanidad. En estos bienes sensibles parece bueno; siendo, segun verdad, lleno de falsedad y mentira.

No pongas en su amor fija el áncora de tu corazon. Las verdes cañas alegran la vista, y los ojos se deleitan en su frescura y muestra de fuera; pero si las quiebras, hallarás dentro ser huecas y vanas. No te engañe el mundo, ni se ceben tus ojos de esa verdura y hermosura que parece; porque, cierto, si quieres considerar lo que debajo está escondido, hallarás que es todo vanidad. Si el mundo con el cuchillo de la verdad fuere abierto, seria visto ser falso y vano. Porque, cuanto hay en él, es pasado, presente, ó futuro. Lo pasado ya no es, lo que está por venir es incierto, y lo presente es instable y momentáneo. Vanidad es esperar en él; y vanidad muy grande hacer caso de sus favores. Vanidad desear sus honras, y mayor vanidad amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer sus bienes transitorios; y vanidad es por cierto tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad andar tras el viento de las alabanzas humanas... Todo finalmente es vanidad, sino á solo Dios amar y servir. Breve y engañosa es toda la gloria deste mundo; y vanos son los que se gozan en las riquezas, honras, y deleites desta vida, despues de las cuales cosas se siguen perpetuos lloros. Dichosos aquellos que dejaron todas las cosas por Cristo, y caminaron por el camino estrecho del cielo. Vano es el vivir, vanos son los bienes mundanos, vana la hermosura, y todo contentamiento desta vida... El santo rey David se llamó pobre y necesitado, no porque le faltasen honra y riquezas, sino porque entendia que era todo vanidad, y que le faltaba su Dios.

Bienaventurado aquel que del mundo es olvidado : este tal vivirá consolado, no habrá quien le quite de sus espirituales ejerci-

6.

cios, gozará de la suavidad y quietud del espíritu. Mas vale ser pobre que rico; mejor es ser pequeño que grande; y mejor es ser idiota y humilde, que letrado vano y soberbio. La ciencia y habilidades que Dios te dió para mas te obligar á le servir con mayor fervor y humildad, tomas por ocasion para ser mas relajado que los otros, y mas vano y arrogante.

Cuanto mejor sea ser pequeño que grande, el dia último lo demostrará. En aquel estrecho y riguroso juicio final, donde los libros de nuestras conciencias serán abiertos y leidos delante de todo el mundo, mas querremos haber amado á Dios que haber disputado muy altas y muy sutiles cuestiones. Mas valdrá la limpia conciencia, que haber predicado grandes y profundos sermones. No nos será preguntado por lo que dijimos, sino por lo que hicimos. Mas valdrá haber despreciado la vanidad del mundo, que seguir sus engañosos halagos y falsos prometimientos...

Pasan los dias de la vida sin los echar de ver, andando la muerte en el alcance. ¿Qué tienes de cuanto has hecho? En los amigos no hallaste amistad: en aquellos á quien hiciste bien, hallaste ingratitud: y en los hombres muchos engaños y cumplimientos. Pues mira como has perdido cuanto has hecho. Ese poco conocimiento de los hombres, y todas las cosas de que te quejas, te están diciendo: que á solo Dios debes amar y servir. Permite el Señor para tu provecho, que halles desagradecimiento en el mundo, porque te vuelvas á solo él... Si muy bien consideras la ingratitud de los hombres, y que gastaste lo mejor de tu vida en los contentar, llorarás por el tiempo pasado, y procurarás de servir á tu Criador en el tiempo por venir. Pluguiese á Dios que la cuenta que lanzas al cabo de tu vida sin poder recuperar los años pasados, que la echases en tu mocedad para que con tiempo comenzases á servir á Dios, y le dieses los buenos años de tu vida... Lo invisible, que es eterno, con pocas ocasiones lo olvidamos; y por eso es menester abrir los ojos para que no nos perdamos en el camino, haciendo del desierto propia tierra...

II.

Exhortacion al desprecio del mundo.

Viles son las cosas del mundo, y dignas de ser estimadas en nada, pues las compara el Apóstol al muladar y estiércol. ¡O suma perversidad y ceguedad terrible de los hijos de Adan!... Menosprecia las riquezas, y serás rico; menosprecia la honra, y serás honrado; menosprecia las injurias, y alcanzarás victoria de tus enemigos; menosprecia el descanso, y poseerás perpetua holganza... El Señor dice: ninguno puede servir á dos señores.

Pues hemos de servir, mejor es servir al que por nosotros se hizo siervo.

Para servir á Cristo, menester es tener por estiércol todo lo que él quiso que fuese reputado por tal. Aquellos que comieron el pan de Jesucristo en el desierto, sentáronse en el suelo : no debian tener vestiduras preciosas, pues asi las maltrataban. Era gente pobre y plebeya : y si en ellos hubo algunos ricos; despreciando la pompa y fausto mundano, humilmente se sentaron en el suelo.

Has de ser pobre, ó si eres rico, debes tener en poco estas riquezas que posees, si quieres gozar del delicado manjar de Jesucristo. Humíllense los grandes, menosprecien los deleites y vanidades en que viven, y asiéntense en el lugar postrero, si quieren ser de Dios apacentados. Para gozar de la dulce conversacion del Señor, requiérese esta modestia del ánimo, que es, creer de tí que no eres digno de mas alto lugar que la tierra humilde. Aquella obediencia has de tener á la voluntad de Dios, que si te mandare descender del trono real al polvo de la tierra, liberalmente obedezcas...

Gastamos esta breve vida en ganar un poco de estiércol, y un engaño manifiesto, que nos dejará mañana. Sueño es fantástico y engañoso, y de celebros turbados, el que duermen los varones de las riquezas ; y que cuando despertaren en la muerte, se hallarán vacíos, y su arrepentimiento sin provecho. Júntaseles la verdadera y sempiterna muerte tras el sueño desta vida : como á Sísara, que lo despertó Jael del sueño que le causó el dulce beber de la leche, atravesando sus sienes con clavo pungitivo. Bebiendo los mundanos deleites deste siglo, son arrebatadamente punidos con muerte temporal y eterna, durmiendo en sus vanidades...

Deja esas vanidades en que vives; menosprecia este mundo ciego y malaventurado, y pasa por la angostura de las piedras, como hace la culebra, dejando la piel vieja de las malas costumbres, juntamente con las honras y riquezas deste mundo cautivo...

III.

Al mismo asunto.

El fin de los que aman el mundo, dice San Pablo, es muerte y perdimiento. No eches mano de lo que el mundo te representa, porque luego se seguirá la verdad de sus engaños : los contentamientos que te envia, correos son de la muerte... Sé diligente en correr con el pensamiento al remate del pecado; y teniendo lo

futuro como presente, aborrecerás los deleites y vanidades que el mundo te ofrece.

Nuestras vidas son como rios, que corren al mar de la muerte : las aguas de los rios son dulces, pero su fin es entrar en las amargas aguas del már. Dulce es esta vida á sus amadores, mas será amarga cuando llegare á la muerte. El paradero de los sabrosas aguas de los rios es amargo, y el fin de la vida del hombre es acedía. Las vanidades que aman los mundanos, sin falta ninguna vienen á rematarse en tristezas y pesares : comienzan en bien, y acaban en mal : la entrada es alegre, y muy triste la salida. Si quieres pensar cuanto mas gaande es el tormento que el deleite, de grado renunciarás semejantes vanidades : no te verás caido en la culpa, ni en la tristeza que muerde tu conciencia. Breve es lo que deleita, y eterno lo que atormenta. No te cebes de las vanidades que el falso mundo te da; antes pon tus ojos en lo que han de parar. Dios dice : Convertiré vuestra fiesta en llanto, y vuestro gozo en lloro. La risa será mezclada de dolor; y los estremos del gozo ocupan las lágrimas...

Piensa en el fin sin fin, y vivirás para siempre sin fin : no mires á lo que ahora eres, sino á lo que has de ser : no mires á la hermosura presente, sino á la fealdad en que ha de venir á parar toda esa hermosura... Créeme, que todo tu mal depende en no te acordar del fin del pecado, cuando estás en los principios. Aun no has comenzado á probar sus bienes, cuando te está zahiriendo y dando en rostro con sus abominaciones.

Lloraba, y con mucha razon, el profeta Jeremías sobre Jerusalen, diciendo : Sus inmundicias están en sus piés, y no se acordó de su fin. En los piés, que era el último de los vicios, tenia sus inmundicias. El alma desatinada olvidóse del fin, y acordóse del principio. Teniendo ojos para ver la afeitada y compuesta cabeza, no ocupó la vista en la consideracion de los fines del mundo. La causa porque nuestro Redentor lloró sobre Jerusalen, era porque conocia los males que habian de venir sobre ella...

No pueda en tí mas el apetito que la razon : falso es todo parecer, que se recibe primero de la voluntad que del entendimiento. Pues conoces cuán amargos son los fines del mundo, no hagas caso de sus bienes; no pueda mas la codicia que lo que entiendes. Comunmente los hombres tienen mas cuenta con lo pasado, que con lo por venir. Tras el bien viene el mal; y á los mundanos contentamientos succeden amargos disgustos...

(De la vanidad del mundo.)

FRAY LUIS DE LEON.

I.

Máximas y pensamientos sacados de la Exposicion del libro de Job.

1.

Las cosas con que los malos mas se engrandecen, que son las injusticias y despojos agenos, y los robos, y las tiranías, y el estilo profano y vicioso, les gastan las raices en que se sustentan, y se las enflaquecen sin que ellos lo sientan. Porque para con Dios, los hacen mas dignos de ser derrocados; y para con los hombres, crian envidia en unos, y enemistades en otros: con que se multiplican los que los han de derrocar.

2.

Malos son los hipócritas puestos en gobierno y poder: porque con título de justicia, ejecutan su violencia; y llamándose gobernadores, destruyen; y profesándose guardas de la comunidad y su ley, negocian solo sus intereses.

3.

Como el tronido viene sin pensar, y estremece los corazones sonando, y cria en ellos pavor y maravilla de Dios, ansí la voz del evangelio, no pensada, luego que sonó, se pasmaron las gentes... Y ver tanta virtud en una palabra tan simple, que llegada al oido penetrase á lo secreto del alma, y entrada en ella, la desnudase de sí, y de sus mas asidos deseos, y la sacase del ser de la tierra, y le diese espíritu, ingenio y semblantes divinos, y hollando sobre cuanto se precia, viviese moradora del cielo, maravilló estrañamente sin duda á los que la oyeron, puso á los que lo vieron en espanto grandísimo, crió admiracion de Dios, y de contino la cria en los que la esperimentan en sí.

4.

La virtud no teme la luz; antes desea siempre venir á ella: porque es hija de ella, y criada para resplandecer y ser vista.

5.

Dos tiempos hay en que los hombres se arrogan mas autoridad de la que merecen, y procuran parecer mas y mejores de lo que son, dorando sus culpas: uno, cuando se ven muy estimados de todos, que por no caer de su opinion la ayudan con apariencias fingidas; otro, cuando los acusan otros y los menosprecian, que por volver por su honra no solo niegan y encubren lo mal hecho, mas se atribuyen lo bueno que nunca hicieron.

6.

Hay maldad, que por ley pertenece á juicio, esto es, de quien los jueces, segun lo establecido por derecho, conocen para condenarla á castigo. Porque, aunque todos los pecados son malos, la justicia de la ciudad no conoce de todos; sino de aquellos señaladamente que deshacen su unidad, y destruyen la paz comun, y se hacen con injuria de otros.

7.

Como por la corrupcion de nuestras costumbres se han hecho compraderas todas las cosas, parécele á quien tiene oro, que allí lo tiene todo, y que es fuerte, sabio, y discreto, y bien afortunado, y finalmente señor poderoso cualquiera que es señor del dinero: de que la altivez, y la presuncion, y desvanecimiento, y vana confianza, y engaño, comen de ordinario con los ricos y duermen. El cual es vicio necio, no solo por su ser instable del oro, sino por ser desleal y traidor: porque sin duda la posesion del tesoro no allega amigos sino envidiosos, y no nos hace en la apariencia tan amados de algunos, cuanto en la verdad aborrecidos y malquistos de todos. Pues poner la esperanza de mi defensa en lo que de secreto me hace guerra, y llama gente contra mí, necedad es muy conocida.

8.

Como al que en el campo y de noche el turbion le arrebata, que ni ve persona que le ayude, ni camino que le guie, ni árbol do se esconda, ni suelo cierto adonde afirme su paso, y el trueno le espanta, y la lluvia le traspasa, y la avenida le trabuca y anega envuelto en horror y desesperacion; ansí, cuando muere el malo, no ve sobre sí sino horror y tiniebla, todo lo que ve es espanto, y lo que imagina temor.

9.

Nuestro bien no solamente nace de Dios, sino que para hacerle nos asiste de diversas maneras, como á Job haciéndole presencia de sí, para remedio desta soledad y destierro: por donde decia bien, que *estaba el Abastado y Poderoso consigo.* Porque, ciertamente, entonces está abastada el alma, y libre de toda mengua, entonces es reina, entonces es esposa, entonces es amiga dulcísima, y entonces señora de todo, y emperatriz sobre sí mas alta mucho que el cielo, de donde con desprecio mira el suelo sujeto á sus piés.

10.

Como cuando uno es goloso de algun manjar, ó halla particular gusto en algo que come, se detiene en ello, y lo endura, y lo encubre á los otros porque le quepa mas parte, y se saborea en él trayéndolo por el gusto para alargar el sabor, y finalmente lo traga; ansí el logrero, y el violento, y el que con artificios esquisitos y injustos trae á su casa lo ageno, y se hace rico á sí haciendo pobres á muchos; luego que descubren, ó con su ingenio intentan la presa, luego que ven algun secreto interes, lo callan porque nadie lo entienda, y como manjar dulce lo dan á la boca, que lo encubre sobre la lengua, y lo encomienda á los dientes, y lo pasa con codicia al estómago.

11.

Perseguir á un miserable, y dar pena al que nada en ella, y al caido y al dolorido acrecentarle mas el dolor, es caso vilísimo y de corazones bajos, y villanos, y desnudos de toda humanidad y virtud... Dios nos libre de un necio tocado de religioso y con celo imprudente, que no hay enemigo peor.

12.

El golpe con que Dios derriba y despeña á los malos hace pasmo con su mucho ruido. *Dia* llama dellos la sagrada Escritura el de su calamidad y miseria; como en los buenos su dia es cuando se descubriere su gloria, porque entonces sale á luz cada uno, y es sin error conocido. Como al reves, están en noche, el bueno mientras padece, y el malo mientras reina y florece, porque no se ve, ni puede entonces, lo que es cada uno.

13.

De los malos es y de los hipócritas que se les muera la luz. Y llámase luz la felicidad y lo próspero de los sucesos, porque hacen claro al hombre, así en los ojos agenos que le reconocen y estiman, como en su sentido mismo, porque le esclarecen el corazon y le alegran. Y como la claridad despierta los hombres al hacer, y los encamina en sus obras, y los dispone para ellas, y los favorece, y aviva, y la noche, por el contrario, los entorpece y encoge; ansí los miserables y mal afortunados están como impedidos y aprisionados en todo, sin ejecutar sus designios, ni hallar salida en ellos. Y como la noche ata las manos, y deja al discurso del pensamiento mas libre, ansí la calamidad y miséria aviva el deseo y la imaginacion de las cosas, y pone prisiones á las manos para no conseguirlas.

14.

Pecado gravísimo es el del hipócrita, que siendo malo hace significaciones de bueno con apariencias de religion y oracion: preséntase á Dios religioso, y tiene al ánimo muy alejado de Dios; muéstrase por defuera siervo suyo, y aborrécele en el pecho; gotean las manos sangre inocente, y álzalas á él como limpias.

15.

Quien mucho se enoja, lo primero recoge la ira en sí, y advirtiendo y allegando las causas del enojo, pone leña á la cólera, que bien encendida bulle luégo con amenazas, y regaña los dientes, y aguza los ojos, y los enclava en el que padece, y casi le traspasa con ellos, y le turba y le espanta. Como la ira embravece al corazon del enojado, ansí tambien le pone fiera la cara.

16.

Dos son los caminos principales para mitigar el dolor, ó la razon que les disminuye á los afligidos la causa, ó el sentir que tienen quien se conduela: que lo primero disminuye la pena, en cuanto deshace la causa della; y lo segundo repártela con otros, y ansí queda menos.

17.

Como acontece á aquellos que esgrimen, si acaso en ellos crece el enojo y les desfallece el brazo y el arte, que sin guardar

tiempo ni órden tiran y redoblan golpes á ciegas, ansí hacen los que, encendidos con la disputa, y cegándose con la tema y enojo, ni ven lo propio de su propósito por estar ciegos, ni pueden contenerse de hablar sin propósito por estar enojados y corajosos.

18.

Como suele acontecer muchas veces á la viña y á la oliva que comienza á florecer, que estando ellas como alegres desplegando al sol puro sus hojas, de improviso se levanta un violento aire, y turba el cielo, y envia una muchedumbre de piedra y granizo, que les derrueca al suelo toda aquella hermosura, quedando en un punto perdidas y pobres las que poco antes estaban frescas y hermosas; ansí acontece á los malos (impíos), que no creyendo otra vida, tienen por cierto que este deleite y mando y riqueza de que agora gozan, no se les trocará despues en miseria; mas presto ven la falsedad de su pensamiento, cuando *en dia no suyo serán acabados,* es decir, cuando estando mas para vivir, y confiando mas en su fuerza y poder, revolviendo Dios en un momento los tiempos, por un desastre no pensado perecen. Porque aquel dia no era *suyo,* esto es, no era de la muerte al parecer, ni dia que prometiese calamidad y desastre, sino muy al reves.

19.

En un pecho que no pone límite á sus deseos y antojos, un Perú ó un occéano de oro que entre se desagua luego, y se consume y desaparece. Y debajo desta pena pública se entiende otra secreta, y tambien de pobreza de alma y de razon : porque, como crece el vigor del apetito desordenado, y segun que se va haciendo señor del hombre, ansí descrece y se amengua el uso de la razon, y su clara y limpia luz.

20.

Las razones malas y blasfemas de la boca salidas pregonan y condenan al malo : porque nunca nace la blasfemia sino de grandes acogidas de mala y viciosa vida... Y cuando calla la boca, sus ojos y el ardor de su rostro dan voces, y nos dicen su desesperada razon; porque lo que el corazon siente, y la lengua lo calla, lo vocea y pregona el semblante corajoso y de soberbia lleno.

II.

Elogio del matrimonio.

De las sagradas letras sabemos que este estado es el primero y mas antiguo de todos los estados; y sabemos que es vivienda no inventada despues que nuestra naturaleza se corrompió por el pecado, y fué condenada á la muerte, sino ordenada luego en el principio, cuando estaban los hombres enteros y bienaventuradamente perfectos en el paraiso. Ellas mismas nos enseñan, que Dios por su persona concertó el primer casamiento que hubo, y que les juntó las manos á los dos primeros casados y los bendijo, y fué juntamente, como si dijésemos, el casamentero y el sacerdote. Allí vemos que la primera verdad que en ellas se escribe haber dicho Dios para nuestro enseñamiento, y la doctrina primera que salió de su boca, fué la aprobacion de este ayuntamiento, diciendo: *no es bueno que el hombre esté solo.* Y no solo en los libros del viejo Testamento, adonde el ser estéril era maldicion, sino tambien en los del nuevo, en los cuales se aconseja y como apregona generalmente, y como á son de trompeta, la continencia y virginidad, al matrimonio le son hechos nuevos favores.

Cristo nuestro bien, con ser la flor de la virginidad, y sumo amador de la virginidad y limpieza, es convidado á unas bodas, y se halla presente á ellas y come en ellas, y las santifica no solamente con la majestad de su presencia, sino con uno de sus primeros y señalados milagros. El mismo, habiéndose enflaquecido la ley conyugal, y como aflojádose en cierta manera el estrecho ñudo del matrimonio, y habiendo dado entrada los hombres á muchas cosas agenas de la limpieza, y firmeza, y unidad que se debe, así que, habiéndose hecho el tomar un hombre muger poco mas que recibir una moza de servicio á soldada por el tiempo que bien le estuviese, el mismo Cristo, entre las principales partes de su doctrina, y entre las cosas para cuyo remedio habia sido enviado de su Padre, puso tambien el reparo deste vínculo santo, y así le restituyó en el antiguo y primero grado. Y lo que sobre todo es, hizo del casamiento que tratan los hombres entre sí, significacion y sacramento santísimo del lazo de amor con que él se ayunta á las almas: y quiso que la ley matrimonial del hombre con la muger fuese como retrato y imágen viva de la dulcísima y estrechísima que hay entre él y su Iglesia...

III.

Elogio de la costumbre de madrugar.

El madrugar es tan saludable, que la razon sola de la salud, aunque no despertara el cuidado y obligacion de la casa, habia de levantar de la cama en amaneciendo á las casadas. Y guarda en esto Dios, como en todo lo demas, la dulzura y suavidad de su sabio gobierno, en que aquello á que nos obliga es lo mismo que mas conviene á nuestra naturaleza, y en que recibe por su servicio lo que es nuestro provecho. Así que, no solo la casa, sino tambien la salud, pide á la buena muger que madrugue: porque cierto es, que es nuestro cuerpo del metal de los otros cuerpos, y que la órden que guarda la naturaleza para el bien y conservacion de los demas, esa misma es la que conserva y da salud á los hombres. Pues ¿quién no ve que á aquella hora despierta el mundo todo junto, y que si fuese entonces dañoso dejar el sueño, la naturaleza, que en todas las cosas generalmente, y en cada una por sí, esquiva y huye el daño, y sigue y apetece el provecho, no rompiera tan presto el velo de las tinieblas que nos adormecen, ni sacara por el oriente los claros rayos del sol? ó si los sacara, no les diera tantas fuerzas para nos despertar? Porque, si nos despierta naturalmente la luz, no le cerrarian las ventanas tan diligentemente los que abrazan el sueño. Por manera que la naturaleza, pues nos envia la luz, quiere sin duda que nos despierte: y pues ella nos despierta, á nuestra salud conviene que despertemos.

Y no contradice á esto el uso de las personas que agora el mundo llama señores, cuyo principal cuidado es vivir para el descanso y regalo del cuerpo, las cuales guardan la cama hasta las doce del dia. Antes esta verdad, que se toca con las manos, condena aquel vicio, del cual ya por nuestros pecados, ó por sus pecados dellos mismos, hacen honra y estado, y ponen parte de su grandeza en cosa digna de admiracion, que siendo estos señores en todo lo demas grandes seguidores, ó por mejor decir, grandes esclavos de su deleite, en esto solo se olvidan dél, y pierden por un vicioso dormir lo mas deleitoso de la vida, que es la mañana. Porque entonces la luz, como viene despues de las tinieblas, y se halla como despues de haber sido perdida, parece ser otra cosa, y hiere el corazon del hombre con una nueva alegría: y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes, y el descubrirse el aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas), y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima. Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay, sino que suena

entonces mas dulcemente? y las flores y las yerbas y el campo todo despide de sí un tesoro de olor. Y como, cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad, se adereza y hermosea toda ella, y los ciudadanos hacen entonces plaza, y como alarde de sus mejores riquezas, así los animales, y la tierra, y el aire, y todos los elementos á la venida del sol se alegran, y cómo para recibirle se hermosean y mejoran, y ponen en público cada uno sus bienes. Y como los curiosos suelen poner cuidado y trabajo por ver semejantes recibimientos, así los hombres concertados y cuerdos, aun por solo el gusto, no han de perder esta fiesta que hace toda la naturaleza al sol por las mañanas. Porque, no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos: porque la vista se deleita con el nacer de la luz, y con la figura del aire, y con el variar de las nubes; á los oidos las aves hacen agradable armonía; para el oler, el olor que en aquella sazon el campo y las yerbas despiden de sí, es olor suavísimo. Pues el frescor del aire de entonces templá con grande deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud y lava las tristezas del corazon; y no sé en qué manera le despierta á pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del dia.

Pero, si puede tanto con estos hijos de tinieblas el amor dellas, que aun del dia hacen noche, y pierden el fruto de la luz con el sueño, y ni el deleite, ni la salud, ni la necesidad y provecho son poderosos para les hacer levantar; Vm., que es hija de la luz, levántese con ella, y abra la claridad de sus ojos cuando descubriere sus rayos el sol; y con pecho puro levante sus manos limpias al dador de la luz, ofreciéndole con santas y agradecidas palabras su corazon... (*La perfecta Casada.*)

FRAY DIEGO DE YEPES.

Vida de la santa madre Teresa de Jesus.

Glorioso es Dios en su magestad, y maravilloso en sus santos, y aunque en ellos se muestra su bondad y grandeza, no es para todos igual su amor y misericordia. Que, como en las casas de los reyes suele haber unos criados mas favorecidos, y en las de los padres unos hijos mas regalados que otros, así en la de Dios, en esta edad y siglo postrero, fué con grandísima particularidad en gracias y dones aventajada á muchas la bienaventurada madre Teresa de Jesus, cuya vida, virtudes y milagros yo determino escribir...

Materia ciertamente admirable, por las cosas tan altas y divinas que nos ofrece; y no menos provechosa, por estar llena de vivos ejemplos y notable doctrina para los que desean seguir el camino de la santidad y virtud. En la cual me pareció tomar de atras la corriente, y tejer esta historia desde sus primeros principios, descubriendo primero los fines, que á nuestro corto entender, se puede conjeturar que Dios tuvo en formar en nuestros tiempos una santa tan grande; que con ser de carne y sangre, de tal manera vivió en ella el espíritu divino, que no se pueden mirar ni contar sus cosas, sino como verdaderamente celestiales, angélicas, y divinas.

Y como no puede dejar de causar admiracion ver en tiempos tan miserables, y en los siglos mas infelices de la Iglesia, nacer un nuevo y resplandeciente sol, así no puede quietarse la condicion humana, hasta averiguar (en cuanto á su flaqueza é ignorancia se le permite) qué fines tuvo Dios en dar á su Iglesia en nuestra era esta tan preciosa joya y tesoro. Que, como un hombre prudente y sabio no hace obras grandes sin grande consejo, y sin que tenga respeto á otros intentos grandes; así Dios, que es la misma discrecion y prudencia, en tanta grandeza como en esta santa mostró, no pudo carecer de grandes y levantados fines. Y aunque algunos lo serán tanto, que no se dejen tocar de nuestra pequeñez y bajeza, pero otros se descubren mas de cerca, para nuestro provecho, y su gloria...

No es de menor consideracion el haber Dios descubierto en esta edad un tan grande espectáculo de santidad, en el cual se muestran cosas tan prodigiosas y raras; y no solo de admirables virtudes y obras maravillosas, sino de estraordinarias revelaciones, visiones, arrobamientos, hablas, y trato con Dios: para que cuando el mundo, por su poca fe, ó por los muchos engaños que cada dia esperimentaba de alguna gente engañosa y fingida, miraba desde lejos las revelaciones, visiones, arrobamientos, y otros dones y virtudes de los santos, pareciéndole que todo aquello habia cesado, vea delante de sus ojos, que no es menos poderosa ahora que entonces la mano del Señor; y que, si la hipocresía se ha cubierto con la capa de la virtud, procurando fingirse cual ella, no por eso se ha de dar menos crédito á lo que es virtud y obra de Dios, aunque venga debajo de la flaqueza de una muger.

Gran desventura ha sido la de estos tiempos, grandes los embustes y tramas que el demonio y la hipocresía han inventado, dañando, no solo á los autores de estos engaños, sino tambien desacreditando á la virtud. Porque es tal la condicion del vulgo y gente ignorante, que sin discrecion alguna hace reglas de casos particulares para sentir mal de la virtud; y para ver la verdad, no

se aprovecha de los muchos ejemplos que hay en la Iglesia, antes toma ocasion de una caida para escurecerla si pudiese. Y verdaderamente mas fruto saca el demonio de este comun sentimiento y concepto que las caidas causan en los ignorantes, que de los mismos que en ellas fueron engañadores ó engañados; porque, por aquí la virtud queda sin valedores, y apenas hay quien en público la mire ó vuelva por ella; y así se arrincona, y da franca la entrada á mil angañosas opiniones y vicios. . . . .

. . . .

Teresa es lo mismo que *Tharasia*, nombre antiguo de mugeres, y griego, que quiere decir milagrosa. Y ciertamente tal nombre cuadraba bien á la que habia de ser un prodigio de naturaleza, una estrella milagrosa de la gracia, y un espectáculo de santidad y perfeccion al mundo. Que no lo es pequeño, que una muger flaca haya emprendido hazañas mas que de varones; y á la que tocaba por ser muger, ser ignorante y ruda, haya sido maestra y doctora de la filosofía mas alta, y mas escondidos secretos de la contemplacion.

Como nacia la bienaventurada madre Teresa de Jesus para traer muchos á la virtud, y ser ejemplo y dechado de muchos, tomó Dios de atras la corriente: para levantar edificio tan alto, fabricóle desde las primeras piedras. Así le dió un natural hábil y conveniente para este propósito: generoso, y no soberbio; amoroso, y no pegajoso; apacible, agradecido, y agradable á todos; lleno de una discrecion tan admirable, que cuando se descubrió con la edad, atraia y cautivaba cuantos corazones trataba...

El buen parecer de su persona, y discrecion de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condicion, la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de mas y de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debia á sí misma, quedaban como presos y cautivos de su trato. Pues en estos naturales, como en tierra fértil y sazonada, prendió luego con firmes y hondas raices la gracia que recibió en el bautismo: de manera, que en los primeros años de su niñez, dió claras muestras de lo que despues pareció en ella; y dió en su tiempo el fruto de lo que al principio Dios habia plantado en su alma.

Inclinábase desde los primeros años de su niñez á cosas mayores, no siendo sus ejercicios miñerías, como ni menos lo eran sus pensamientos... Apetecia soledad y silencio; y en la manera que aquellos años sufrian, despreciando lo temporal aspiraba á lo eterno; y lo que es de maravillar, antes aun de comenzar á gozar de la vida, deseaba ya padecer muerte por Cristo. Encendíase su corazon leyendo los martirios de los santos; y pareciéndole que eran mucho menores sus trabajos que el premio que gozaban,

deseaba ella morir así por ganar lo que ellos habian alcanzado. Y con esta órden y deseo, con mas esfuerzo y generosidad que su edad pedia, comenzó á tratarlo luego con su hermano, que era casi de sus mismos años, cómo podrian poner por obra tan dichosos deseos... Estos fueron sus deseos, y debieron de ser bien de veras, pues todos los vió cumplidos: porque, aunque no fué mártir de sangre y cuchillo, fuélo de espíritu, y los trabajos labraron en ella la corona que en otros labra la espada...

Por este medio el espíritu de Dios, que en su corazon se escondia, aprovechándose de la oracion, comenzó á desnudarla, y abrirle los ojos, y á resucitar en ella aquellos buenos y primeros deseos. Iba de dia en dia, con las palabras santas de esta religiosa, el buen espíritu echando raices en su alma; y el que antes estaba como caido y rendido, ya se levantaba y reinaba en su corazon, y hacia rostro y guerra á lo que el sentido y la vida seglar pedia; y la hacia concebir en sí deseos de abrazar el estado de vida religiosa.

Con esta determinacion sentia dentro de sí una reñida y sangrienta pelea; porque el espíritu le pedia ser monja, y la llamaba y estimulaba á renunciar todas las cosas del mundo, poniendo delante los muchos lazos y peligros de ellas; y el sentido le contradecia y apartaba de esto. Decíale que en la vida de los casados serviria muy bien á Dios, y representábale muchas comodidades en ella: y así peleaban en su pecho, como en estacada, estos guerreros. Pero con los buenos ejemplos que delante tenia, y con la gran fuerza del espíritu, prevalecian mas los buenos deseos; y así trató muy de veras consigo misma de mudar la vida, y enderezar la proa de sus pensamientos á otro puerto mas cierto y mas seguro que hasta allí, y destejer la tela que habia tejido la vanidad y engaños del mundo... . . . .

. . . .

Aunque todos los caminos de Dios son seguros, pero no son unos mesmos para los que lleva y encamina sus santos. De ordinario suelen ser los principios de grandes llantos, grandes rigores y penitencias; y por aquí sabemos ha caminado el mayor número de los que ahora reinan en el cielo. Porque el castigar el cuerpo, es necesario para sujetarlo al espíritu, para satisfacer por los pecados, para conservar y acrecentar la gracia, y para alcanzar de Dios lo que pedimos: y es cierto que el que por esta puerta no entra, no va por el camino real por donde los santos han caminado, que es el mal tratamiento y odio de su propia carne.

Pero otras veces el Señor toma la mano, y como mas esperimentado y entendido maestro, labra con mejores labores las piedras que ha de asentar en el edificio de su Iglesia, y en la

ciudad celestial de Jerusalen: estas suelen ser dolores y enfermedades corporales, que cuando son gaves y los dolores agudos, y se reciben de parte del enfermo con resignacion y paciencia, es la mayor penalidad que hay, y un gran medio para grangear un alma, y aventajarla en la perfeccion y merecimiento: que al fin, como en la penitencia hay algo de nuestra voluntad y accion, parece que se entremete no sé qué deleite y gusto. Acá todo es padecer, no lo que queremos, sino lo que nos envian; y como Dios sabe bien nuestros gustos, hiere en las coyunturas donde mas duele... . . . .

. . . .

Entre otras virtudes, singularmente se vió en ella siempre un ánimo real, generoso, invencible, y cuerdamente atrevido para emprender cosas grandes, arduas, y al parecer de muchos, imposibles...

De su grandeza de ánimo le venia el no tener vanagloria de las obras heróicas y grandes que hacia: porque como las miraba todas con aquella generosidad y grandeza de ánimo, y con aquellos deseos tan encendidos y tan grandes de hacer algo por Dios, solo veia de sus obras las faltas, que á su parecer ponia ella de su parte.

Todo lo que era menos que Dios no cabia en su ánimo: despreciaba las honras, hollaba el oro y los deleites, y no hacia caso de los dichos vanos de los hombres; y con una igualdad de ánimo, mayor que la que los estóicos imaginaron, hacia cara á todos los sucesos y fortuna de esta vida. Y como en otra region y hemisferio de esta mortalidad, no le llegaban ni tocaban las adversidades ni prosperidades de ella, porque ni el miedo la atemorizaba, ni la aficion, por buena que fuese, la inquietaba, ni la alegría ni tristeza jamas, despues que llegó á este estado, la sacaban de sus quicios y paso ordinario.

Jamas la vieron llorar por caso alguno, ni decir palabras de afliccion, ó hacer otras demostraciones de dolor propias de las mugeres, y no agenas de hombres afligidos. Y como ella escribe, la habia llegado el Señor á tal punto de tranquilidad y igualdad de ánimo, que ni el placer, ni el pesar, ni el gozo, ni la pena, no parecen hallaba cabida en su ánimo.

La virtud de la fortaleza tiene dos partes. La una es el acometer con cuerda osadía y con generosidad de ánimo las dificultades y peligros que se ofrecen. La otra es, esperar con paciencia los golpes de los contrarios, que necesariamente se han de ofrecer en el camino de la virtud, principalmente en la ejecucion de cosas arduas y grandes.

Estas dos partes son como dos brazos en los cuales esta virtud trae sus armas ofensivas y defensivas. Al uno arma con la espada

para acometer; al otro con el escudo para esperar y recibir los encuentros de sus enemigos. Esta tiene por nombre paciencia. Este escudo embrazó la bienaventurada madre Teresa de Jesus desde sus primeros años; y en él puso una divisa, la mas gloriosa que jamas capitan y emperador, por esforzado y animoso que fuese, pensó ni se atrevió á imaginar, que fué : *ó morir, ó padecer.*

Esta era su continuo pensamiento, este su deseo, y este el único consuelo que tenia en esta vida, y con que acallaba y detenia los grandes ímpetus y deseos que tenia de morirse por ver á Dios. El padecer le hacia agradable vida tan enojosa, y peregrinacion tan larga y prolija, y segura navegacion tan peligrosa. Por él (como otro san Pablo) sufria, y deseaba el ser privada por el tiempo que la vida durase, de la clara vista y abrazos dulces de su esposo Jesucristo... No solo no la cansaban las tribulaciones y trabajos, sino antes le eran particular alivio y regalo; y lo que otros tienen por pena ó castigo, lo tenia ella por deleite y premio de sus trabajos.

FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE.

Tratado de la conversion de la gloriosa María Magdalena.

Cuando el gran monarca y padre del cielo quiso comunicar su belleza y gloria en tiempo, siendo infinitamente sabio, y siendo fuente de amor de donde nace todo el bien á las criaturas, para hacerlas bienaventuradas á cada una en su tanto; viendo que fuera dél no podia haber felicidad alguna, determinó de hacerse fin de todas ellas, y que así como nacian de Dios, así tambien fuesen á parar en Dios; y hasta llegar á este punto, ninguna de todas ellas tuviese perfeccion, y por el mismo caso, ni reposo ni bienaventuranza...

La figura esférica ó circular es tenida en geometría por la mas perfecta, porque acaba en el punto donde comenzó : y por eso el Señor se llama principio y fin en el primer capítulo del Apocalipsi. Para alcanzar este fin dió Dios el cargo al amor, el cual como gran artífice, poniendo las manos en la obra, y mirando las criaturas que Dios habia criado, vió entre ellas dos que eran las mas nobles y escelentes ; la una era espiritual del todo, y la otra metalada, que es el hombre. Las primeras son los espíritus angélicos de todas las bienaventuradas hierarquías ; los cuales habia Dios criado para pages de su casa. Las segundas son los hombres, para que despues de una larga guerra de dias y años vividos en Dios, recibiesen el triunfo y corona entre los ángeles en la

gloria. Vió tambien que así los ángeles como los hombres tenian dos piezas de gran valor, por donde él podia salir con lo que se le habia encomendado, que son, entendimiento y voluntad. Por el entendimiento conocemos: por la voluntad amamos. El amor está en duda por cual destos caminos guiará este negocio; y halla por su cuenta, que si por el entendimiento lo lleva, no sale con lo que pretende. Porque esta es la diferencia que hay, entre otras, entre estas dos potencias: que la voluntad es potencia unitiva, esto es, que hace unos al amante con el amado, lo cual no tiene el entendimiento. Esto hace la voluntad saliendo fuera de sí, y pasando á lo que ama; y dejando su propio ser, toma el del amado. El entendimiento ejercita sus actos, recibiendo dentro de sí las especies ó semejanzas de lo que ha de entender, y ajustándolo á su talle. De aquí es, que las cosas que valen mas que nosotros, mejor es entendellas que amallas; porque con amallas nos hacemos de mas bajo ser, pues cobramos el que tienen, y perdemos el nuestro; y entendiéndolas, las mejoramos. Por esto dijo el glorioso padre san Agustin: Si tierra amas, tierra eres: si cielo amas, cielo eres; y si á Dios amas, Dios eres. Conforme á lo que dijo el Apóstol: El que se une con el Señor, hácese una cosa con él, y vive una vida misma y del mismo espíritu: así como vuestro brazo vive la misma vida de vuestro cuerpo, porque le vivifica el mismo espíritu que á vuestro cuerpo...

Volviendo, pues, á nuestro propósito, quédese el entendimiento, dice el amor; pues por él no puedo yo unir las criaturas con su fin, que es Dios; y aférrase y apodérase de la voluntad. Y porque ninguna cosa puede amarse sin que preceda primero el conocella, porque la voluntad, aunque es señora, empero es ciega, y el entendimiento es su gomezillos y page que la adiestra, y así el conocimiento ha de preceder al amor; por esto el amor representa el fin, que es Dios, á los espíritus celestiales, que vueltos á mirar aquella fuente de amor dulcísimo, arden con un sabroso fuego. Adonde ¿quién podrá decir lo menos de lo que gozan? Están rendidos á aquella divina, pura, antiquísima hermosura de Dios. Llévalos el amor enlazados y presos de un dulce y libre lazo de amor, para que tornen á la fuente y principio donde salieron. Y como ven aquel sol de infinita belleza, amante eterno de sí mismo, vanse aquellas mentes angélicas, atónitas, enagenadas de sí, libres sin libertad, presas sin prision, como las mariposas á la llama. Allí se encienden, y no se queman; arden, y no se consumen; apúranse, y no se gastan.

¡O sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! ¿Quién podrá decir lo que sienten los que te gozan? ¡O ricas moradas de la celestial Hierusalen, adonde no se sabe qué cosa es noche, porque el cordero es tu sol, que jamas se traspone!

¡Qué hermosas son, Señor, vuestras moradas! ¡Qué dignas de ser amadas y deseadas de todos! Desmaya, Señor, mi alma con el deseo de verme en ellas. Mi corazon y mi cuerpo salen de sí de contento, y se alegran en Dios vivo. Es tanta la alegría que mi alma siente con acordarse de mi Dios, que como el corazon sea su principal asiento, y el cuerpo se gobierne por el corazon, al alegrarse el alma, el corazon no cabe en el pecho de contento, y así es fuerza que se dilate el alegría por el cuerpo. No queda potencia en mi alma, ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria... ¡O pueblo! ó alma! que deseais la casa de Dios, ensanchad ese deseo, abrid ese corazon : que casa rica tiene Dios para henchiros de bienes; y tan grande es, que no se cierra su témino con montañas ásperas, ni con el espacioso mar occéano, ni confina con reinos estraños! ¡O casa, ó ciudad, donde todos aman! adonde el amor jamas tiene fin, porque el amado Dios carece de fin!

Y como el amor es infinito, la hermosura es de otro linage; la belleza ante toda belleza, es flor y fuerza de toda hermosura, principio y fin de toda belleza, que hermosea todo aquello de quien es principio. De aquí desciende el amor á mezclarse entre los espíritus bienaventurados, y anda de pecho en pecho tomando la posesion de todos ellos, y hace que se amen unos á otros : y no pueden dejar de amarse, porque así como muchas piedras preciosas puestas al rayo del sol, cada una representa otro sol, que deslumbra poco menos que el del cielo, así en cada serafin y en los demas espíritus bienaventurados, heridos y rayados con aquella inmensa fuerza del amado eterno Dios, se parece otra fragua de amor divino, y cada uno parece un Dios, digno de ser amado. Por esto mirándose unos á otros, y viendo en cada uno aquel Dios que tan dulcemente aman, no pueden dejar de amarse entre sí. ¡O ciudad enamorada, quién se viese en ti! . . .

. . . .

Es el amor un círculo bueno, que perpetuamente se revuelve del bien al bien. Necesariamente ha de ser bueno el amor, pues naciendo del bien, vuelve otra vez á parar en el mismo bien donde nació : porque el mismo Dios es aquel cuya hermosura desean todas las criaturas, y en cuya posesion hallan su descanso. La razon desto es, porque lo que nace de la hermosura de Dios se dice amor : que imposible es que aquella infinita belleza no cause amor. Cuando viene á nosotros, enciende el apetito, y llámase deseo. Cuando, sacando el alma de sí, la arrebata, y la lleva y une con Dios, se llama deleite : de suerte, que todo el círculo consta de amor en la hermosura de Dios, de deseo en nuestro apetito, y de deleite en la union divina ; y cuando decimos *amor*, todas estas tres cosas encerramos en su nombre.

Por esto se llama perfectísimo, porque por sí solo encierra los efectos de todas las virtudes y los frutos dellas; y sin él ninguna merece el nombre de virtud. Sino, pregúntaselo á aquel gran amador san Pablo, que dice: Quiero enseñaros un camino mas cierto, y un atajo mas alto, por donde podais llegar mas presto á la cumbre de la perfeccion cristiana. ¿Cuál es? Es el atajo del amor. Porque si yo tuviese mas suelta lengua que los ángeles del cielo, y entendiese cuantos lenguajes se hablaban en la torre de Babilonia, y fuese mas mi facundia y destreza en hablallos que la de Tulio en latin, y Platon y Demóstenes en griego; si con esto me falta amor, seré un bacin de barbero, ó campana que retiñe en el aire. Mas os digo: que si me diera Dios cuanto de profeta dió á Moisen y á David, y á todos los santos profetas juntos, y conociera todos los misterios y secretos de la Trinidad, y toda la ciencia que saben los querubines, y tuviera tanta fé, que mandara arrancar los montes de su asiento, y lo hiciesen así; si con todas estas grandezas me falta el amor, no soy nada. Poco digo: si fuese mas rico que Creso, y mas liberal que Alejandro, y en hacer hospitales, y edificar iglesias, y en casar huérfanas, y mantener pobres, gastase toda mi riqueza, y cuanta tienen los emperadores de Roma y los reyes del Perú y toda la India; y mas, que es poco esto, si me hiciesen mas martirios que á todos los mártires juntos, que me apedreasen como á san Estéban, me asasen como á san Lorenzo, me aspasen como á san Andres y me desollasen como á san Bartolomé; si me falta el amor, nada me aprovecha.

Pues, volved agora á mirar lo que hace el amor, y como él solo es toda virtud, y escluye por sí todo mal. Añade el Apóstol: « El » amor no es envidioso, no es hinchado, ni entonado y altivo; no » es ambicioso, no es enojadizo; jamas piensa mal, no le dan » contento los dobleces y malicias de los malos. » Veis aquí como escluye: pues mirad agora como encierra todo bien. « La » caridad y amor, sigue el Apóstol, es sufrido, es benigno, » huélgase con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo es» pera, todo lo lleva bien. » He aquí como encierra en sí todas las virtudes: si uno ama, cree á quien ama, fíale las cosas de precio, perdónale los yerros de buena gana, no le envidia los buenos sucesos, no le roba la hacienda, no le quita la honra. Dadme que ame, que yo os daré que cumpla todo cuanto dice san Pablo. Y así no halló el sabio con quien igualarlo, sino con la muerte. El amor es fuerte como la muerte, y aun mucho mas, pues venció á la muerte: que por amar tanto el Señor á María resucitó á Lázaro.

¡O amor, que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences! Eres lo mas fuerte: pues no vences ejércitos armados, no sujetas

reinos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes; mas rindes los corazones humanos, no con hierro y mano armada, mas con dulzura, con regalo, con suavidad, con blandura. Eres, ó amor, lo mejor del cielo y de la tierra, y lo mejor que Dios puede dar. Pida sabiduría el necio, pídate honra el ambicioso soberbio, pida hacienda el avariento cruel, pídate deleites el hombre sensual; que yo, Señor, tu amor te pido. No quiero, Señor, á tus cosas, sino á tí, dice san Agustin: si tu amor me niegas, á tí me niegas; y si tu amor me das, á tí me das. Todas las otras cosas que tienes, comunes son á buenos y á malos: pero tu amor solo es para los buenos, solo para tus amigos: con el amor lo tengo todo; sin el amor no tengo nada... . . . .

. . . .

Es tan corta la carrera de los años deste animalejo del hombre, que apenas la comienza, cuando ya se halla al cabo della: pues parece que nacer y morir, entrambos llegan juntos. Y aun esto seria tolerable, si ya que los dias son cortos y pocos, á lo menos fuesen descansados: mas son mas los desastres que en ellos nos suceden que las horas que vivimos. ¿Qué de persecuciones de enemigos? qué de fingimientos de amigos? qué de muertes de deudos? qué de afrentas? qué de contingencias de la honra? qué de enfermedades del cuerpo? qué de congojas del alma? qué de recelos de malos sucesos? qué de peligros de caminos? Y finalmente, qué de miedos, temores, asombros, espantos, tristezas, lágrimas, caidas, y reveses de fortuna que esperimentamos en la tragedia de la vida, que aunque para vivir es muy corta, para padecer es muy larga? Al fin es la vida del hombre tan llena de trabajos y miserias, que lo menos que hay en ella es el serlo, y mejor se llama larga muerte que breve vida: cuyas esperiencias nos desengañan y muestran que estos que llamamos largos años son para ver largos trabajos, y que los cuerpos ancianos son una materia de anatomías de fortuna, donde hace las pruebas de lo mucho que un cuerpo y corazon humano puede sufrir.

Y así, es merced que le hace á quien ataja la corriente de las desventuras, que en la vejez suele descargar sin duelo y á manos llenas... ¿Hay vidrio mas frágil, mas deleznable anguilla, ni mas quebradizo hielo, que este gusanillo? Hoy está fresco y sano, y mañana en la sepultura... Y no corre ni va en posta, sino que huye y vuela la vida de los hombres: vase, y se desvanece como sombra. Vemos á la puesta del sol las sombras de los montes tendidas por los llanos, y las de los árboles larguísimas, y así aun las de cada matilla, que parece que son de algunos altísimos cedros: y si volvemos á mirar quién hace tan larga sombra, veremos que es un tomillo ó un romero; y luego dentro de un momento desaparece y se acaba, y no sabeis qué se hizo. Así, ni

mas ni menos, veréis un hombre levantado sobre las estrellas, y empinado en la privanza de los reyes, lleno de oficios, de cargos, y mando y señorío, y que á su sombra viven muchos pretendientes, que esperan que les dé la mano para subir adonde él está; y si volveis á ver cuya es tan larga sombra, hallaréis que es de un hombrecillo, que ayer de bajo no se via entre el polvo; y cuando mas encumbrado, entonces se desvanece mas presto; y en un punto se os va de los ojos.... Pues desta manera huyen nuestros breves y cansados dias....

SAN JUAN DE LA CRUZ.

I.

Invocacion á Dios.

¡O Dios mio, dulzura y alegría de mi corazon! mirad como mi alma pretende por vuestro amor ocuparse en estas máximas de amor y de luz. Porque, aunque tengo palabras, virtud no ni obras, que son las que os agradan mas que los términos y la noticia de ellos. Sin embargo, puede ser, Señor, que los demas, movidos por este medio á servir y amaros, sacarán frutos donde yo hago mas faltas; y tendré algun consuelo de que pueda ser causa ú ocasion que halleis en los otros lo que en mí no hay.

Amas tú, Señor mio, la discrecion, amas la luz, amas el amor sobre todas las demas operaciones del ánima: y así estas sentencias y máximas darán discrecion al caminante, le alumbrarán en su camino, y le proveerán de motivos de amor para su viaje. Apártese, pues, de aquí la retórica del mundo, quédense lejos las parlerías, y elocuencia seca de la humana sabiduría, flaca y engañosa, que nunca habeis aprobado. Hablemos palabras al corazon, bañadas en dulzor y amor, de que tú bien gustas. En esto, Dios mio, tomaréis sin duda gusto, y puede ser que por este medio quiteis los obstáculos y las piedras del tropiezo de muchas almas que caen por ignorancia y que por falta de luz se apartan de la senda verdadera, aunque creen andar por ella; y de seguir en todo las pisadas de tu dulcísimo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, y hacerse semejante á él en vida, condicion y virtudes, segun la regla de la desnudez y pobreza de espíritu. Mas vos, oh Padre de misericordia, concédenos esta gracia; porque sin vos no harémos nada, Señor. (*Avisos y sentencias espirituales.*)

II.

Carta escrita desde Granada en 22 de noviembre de 1587 á las religiosas del nuevo convento de Veás.

Jesus y Maria sean en sus almas, hijas mias en Cristo. Mucho me consolé con su carta: páguesélo nuestro Señor. El no haber escrito no ha sido falta de voluntad, porque de veras deseo su gran bien; sino parecerme que harto está ya dicho para obrar lo que importa, y que lo que falta, si algo falta, no es el escribir ó el hablar, que esto antes ordinariamente sobra; sino el callar y obrar. Porque, demas de esto, el hablar distrae, y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu: y así, luego que la persona sabe lo que le han dicho para su aprovechamiento, ya no ha menester oir ni hablar mas; sino obrarlo de veras con silencio y cuidado, en humildad y caridad y desprecio de sí; y no andar luego á buscar nuevas cosas, que no sirve sino de satisfacer el apetito en lo de fuera, y aun sin poderlo satisfacer, y dejar el apetito flaco y vacío, sin virtud interior. Y de aquí es que ni lo primero ni lo postrero aprovecha, como el que come sobre lo indigesto, que porque el calor natural se reparte en lo uno y en lo otro, no tiene fuerza para todo convertirlo en sustancia, y engéndrase enfermedad. Mucho es menester, hijas mias, saber hurtar el cuerpo del espíritu al demonio y á nuestra sensualidad; porque si nó, sin entender, nos hallarémos muy desaprovechados, y muy agenos de las virtudes de Cristo, y despues amanecerémos con nuestro trabajo y obra hecha al reves; y pensando que llevamos la lámpara encendida, parecerá muerta, porque los soplos que, á nuestro parecer, dábamos para encenderla, quizá era mas para apagarla. Digo, pues, que para que esto no sea, y para guardar el espíritu, no hay mejor remedio que padecer, y hacer, y cerrar los sentidos con uso é inclinacion de soledad, y olvido de toda criatura, y de todos los acatamientos, aunque se hunda el mundo. Nunca por bueno ni malo, dejar de quietar su corazon con entrañas de amor, para padecer en todas las cosas que se ofrecieren. Porque la perfeccion es de tan alto momento, y el deleite del espíritu de tan rico precio, que aun todo esto quiera Dios que baste; porque es imposible ir aprovechando, sino es haciendo y padeciendo virtuosamente, todo envuelto en silencio. Esto he entendido, hijas, « que el alma que presto advierte en hablar y tratar, muy poco advertida está en Dios; porque, cuando lo está, luego con fuerza la tiran de dentro á callar y huir de cualquiera conversacion; porque mas quiere Dios que el alma se goce con él que con otra alguna criatura, por mas aven-

tajada que sea y por mas al caso que le haga.» En las oraciones de vuestras caridades me encomiendo; y tengan por cierto que, con ser mi caridad tan poca, está tan recogida hácia allá, que no me olvido de á quien tanto debo en el Señor; el cual sea con todos nosotros. Amen.

III.

Cárta escrita desde Segovia en 28 de julio de 1589 á la priora del convento de carmelitas descalzas de Córdoba, recien fundado.

Jesus sea en su alma. Obligadas están á responder al Señor, conforme al aplauso con que ahí las han recibido, que cierto que me he consolado de ver la relacion; y que hayan entrado en casas tan pobres y con tantos calores ha sido ordenacion de Dios, porque hagan alguna edificacion y dén á entender lo que profesan, que es á Cristo desnudamente, para que las que se movieren sepan con qué espíritu han de venir. Ahí le envío todas las licencias; miren mucho lo que reciben al principio, porque conforme á eso será lo demás; y miren que conserven el espíritu de pobreza y desprecio de todo; si no, sepan que caerán en mil necesidades espirituales y temporales, queriéndose contentar con solo Dios; y sepan que no tendrán ni sentirán mas necesidades que á las que quisieren sujetar el corazon; porque el pobre de espíritu en las menguas está mas contento y alegre, porque ha puesto su todo en no nada y nada; y así, halla en todo anchura. Dichosa nada y dichoso escondrijo de corazon, que tiene tanto valor, que lo sujeta todo, no queriendo sujetar nada para sí, y perdiendo cuidados por poder arder mas en amor. A todas las hermanas de mi parte salud en el Señor; dígales que, pues nuestro Señor las ha tomado por primeras piedras, que miren cuales deben ser, pues como en mas fuertes han de fundar las otras; que se aprovechen de este primer espíritu que da Dios en estos principios para tomar muy de nuevo el camino de perfeccion en toda humildad y desasimiento de dentro y de fuera, no con ánimo aniñado, mas con voluntad robusta, segun la mortificacion y penitencia; queriendo que les cueste algo este Cristo, y no siendo como las que buscan su acomodamiento y consuelo ó en Dios ó fuera de él, sino el padecer en Dios ó fuera de él por el silencio y esperanza y amorosa memoria. Diga á Gabriela esto y á las hijas de Málaga, que á las demás escribo. Déle Dios su gracia. Amen. *(Cartas espirituales.)*

FRAY FERNANDO DE ZÁRATE.

De las excelencias y prerogativas de la paciencia.

Una de las mayores escelencias desta soberana y celestial virtud, es que solo ella es el toque de hombre virtuoso y siervo de Dios, y del que se puede llamar devoto y buen cristiano; de suerte, que aunque un hombre, de sí ó de otro, tenga las prendas que quisiere, no se puede prometer ni asegurar que es sufrido... Una de las mayores y mas ciertas señales, es la paciencia en las adversidades y trabajos: porque, aunque un hombre sea ayunador, rezador, limosnero, recogido, compuesto y mortificado, todas estas cosas juntas no hacen tanta fé de la virtud del alma como la paciencia en un trabajo.

Decia Moisen al pueblo : Hate Dios traido por el desierto cuarenta años, para afligirte, tentarte, y probarte, para descubrir todo lo que hay en el secreto de tu corazon, y si guardabas su ley ó no. Así se prueba la espada cuando la doblan, juntando la punta con la guarnicion, si luego torna á la primera derechura; si no, no vale nada. Así se prueba el oro en el fuego, y el mesmo fuego con el viento: que el pequeño con un soplo se apaga, y el grande con mucho viento se sustenta y esfuerza mas. Así se prueban en el horno los vasos de barro; que el malo se quiebra, y el bueno se esfuerza. Y á esto compara el sabio la tribulacion, diciendo: Los vasos del ollero el fuego los prueba; pero á los hombres justos, cuáles son, sola la tentacion de la tribulacion. Y de aquí es lo que san Pablo dice: Yo me glorio y me recreo con las tribulaciones, porque la tribulacion es causa de paciencia, y esta es prueba del buen cristiano; y la prueba ó provocacion es causa de la esperanza, y tal esperanza, que no deja burlados ni avergonzados.

El ayuno, la pobreza de vestidos, la mortificacion, la oracion, la limosna, la disciplina, buenas obras son, y señales de hombre virtuoso y buen cristiano; pero no son tan ciertas, como cuando alega el sufrimiento en las injurias y trabajos, que no puede falsarse tan fácilmente como esotras obras, y muchas veces se halla quien fácilmente y con liberalidad las obra; y estos, llegados al padecer, descubren el pelo que estaba escondido en el corazon... Acaece hablar algun hombre santas palabras y espirituales razones, mostrar profunda humildad y mortificacion, pobreza de espíritu, y ardentísima caridad; y en tocándole, por poco que sea, en la honra, ó hacienda, ó contento, ó persona, dejar aquellas muestras de espíritu, y convertirse súbitamente á palabras colé-

ricas, furiosas, y impacientes: argumento que lo demas era postizo, fingido, y estudiado; y esto lo natural, y ordinario, y asentado en su corazon: de manera que aquel pequeño trabajo fué la prueba y el toque de quien era, y de los quilates de su virtud y espíritu...

Esto entendia bien Satanas cuando, oyendo alabar á Job por boca del mesmo Dios, de sencillo, recto, y temeroso de su Dios, y apartado de todo mal, respondió el demonio: Ni grado ni gracias que tenga todo eso, pues vive sin adversidad ni trabajo. Sino, tocadle un poco, y vereis como con una blasfemia descubre lo que hay en el corazon; y se os atreverá á las barbas: así que este tuvo el demonio por principal toque del corazon. Lo mesmo se colige de Tobías, á quien dice el ángel: Y porque eras acepto y amigo de Dios, fué necesario que el trabajo de tu ceguera te probase, esto es para que fueses conocido, y te conocieses. Podíasele decir á Rafael: Veamos, ángel de Dios, ¿no basta, para prueba de la santidad deste siervo de Dios, ser tan limosnero con vivos y muertos? tan recatado y temeroso, que el cabrito que oia en su casa balar, temia no fuese hurtado? tan medido en sus palabras, tan recto en sus obras, tan piadoso con los difuntos, á quien con tanto peligro de su persona y casa enterraba en la cautividad? tan buen padre para con su hijo, á quien tan ordinariamente predicaba y aconsejaba la virtud y religion con su Dios, y caridad con los pobres? Pero con todo le ciega, dirá el ángel, para dar á entender que todo no era bastante, hasta que tuvo paciencia en tan gran tentacion y adversidad...

Si me dijeran que hay hombres, y no pocos, que con igualdad de ánimo padecen cualquiera injuria y trabajo, en eso quedan diferenciados de los hipócritas, porque es el toque con que se examinan y prueban ser siervos de Dios, y virtuosos con sus quilates. Nadie puede conocer cuanto ha aprovechado, sino entre las adversidades y trabajos, dice san Gregorio: porque, aunque las gracias y dones se reciban en la quietud y paz del alma, pero, cuanto aprovecha con ella, en sola la tribulacion se conoce.

(*Discursos de la paciencia cristiana.—Libro I, Discurso IV.*)

FRAY JOSÉ DE SIGÜENZA.

Vida de san Gerónimo.

La vida de un tan gran varon (san Gerónimo) es mi intento escribir en lengua castellana, mas copiosamente que en ella ni en la latina hasta ahora se ha visto. Obra llena de mucha dificultad, por ser historia, por la lengua, y por el sugeto vario y grave: honrosa empresa, dificultosa salida. La historia, pocos hasta hoy son los que la han acertado; historias de santos muchos las han emprendido: si han salido con el intento, dificultoso es juzgarlo, si no es admitiendo leyes nuevas, de los antiguos nunca conocidas. La lengua castellana, si es llena, se desprecia; si con cuidado, parece afectacion: poco usada, cultivada de pocos, y los que piensan que la saben, piensan tambien que el hablarla consiste en vocablos nuevos, no conocidos de nuestros padres. El sugeto grave y alto, lleno de estrañas diferencias, que apenas hallaremos á quien imitar en ellas.

Veráse aquí una fé viva y constantísima en unos tiempos muertos y variables; una obediencia estremada al papa y á la Iglesia (cosa para todos tiempos, y mas para estos, importantísima); peregrinaciones varias, tentaciones de demonios, castigos milagrosos, y pruebas de Dios en su santo; y una renunciacion de patria, de padres, de hermanos, amigos, y parientes; con un olvido de toda la comodidad de la vida grandísimo, y en todo esto un nuevo dechado de Abraham. Tras esto, mucha variedad de lenguas, erudicion de lenguajes peregrinos, no solo griego y hebreo mas aun caldeo, arábigo, y siro: cosas en aquellos tiempos, y aun en estos, conocidas de pocos, de unos menospreciadas, de otros tenidas por sospechosas. Tanto pudo siempre la ignorancia, y mas cuando está en sugetos calificados por el mundo, que se atreve á blasfemar lo que ignora. Interpretaciones de la santa Escritura, traslaciones varias. cuestion muchas veces reñida, y mal averiguada por su dificultad, y por las muchas opiniones, negocio en que muchos, ó hablan á tiento, ó por boca de otros que saben poco mas que ellos. Descripciones de tierras, y principalmente de la santa, difíciles de atinarse por la distancia, y por la mudanza que han hecho con los tiempos, con las gentes, con los sitios, y con los nombres.

Y porque no sea todo bueno (aunque lo es todo para los buenos), veránse malos y ruines tratos y grandes desagradecimientos contra el santo; falsos testimonios, malicias, mentiras, y motines de amigos y enemigos; en que será casi para todo necesario re-

tratar toda una vida de Moisen, que fuera como imposible, si no tuviera ya quitado el velo el asiento y el órden de los oficios de la iglesia y culto divino, el cantar de los salmos, con otros adornos y pulicías de santas ceremonias. La asistencia á los negocios del papa, y responder en las causas de la fé y determinaciones de concilios: cosas todas de mucha dificultad y oscuridad, que para deslindarse no se hallan á mano los caminos. Tras esto, mostrar la sinceridad y verdad con que trata un hombre solo tantas cosas, el mal agradecimiento de los que se aprovechaban de ellas, el poco interese que de los hombres esperaba el santo; el mostrar de piés á cabeza un Samuel, que pasó por todo esto con el pueblo, no mas ingrato para él, que para Gerónimo Roma desagradecida.

Tambien se ha de descubrir un pecho libre, lleno de fortaleza evangélica, fundado en la seguridad de la propia conciencia: un no perdonar linage de gente, de estado, de oficio, ni de vicio: dar reglas, reprensiones, consejos á tantas diferencias de personas, clérigos, monges, obispos, caballeros, doncellas, viudas, religiosas, casadas, á padres, á hijos, á señores, á siervos: estimar en mucho los pequeños, si son santos; hollar la soberbia de los grandes, si son malos: deseo, y aun ejercicio, de oficios humildes: ánimo largo para desechar lo que el mundo llama tan sin razon grandezas. Todo es mostrar la vida de Elías y san Juan, de nuevo tornada al mundo...

Todo esto dice una imposibilidad grande, y que es menester como milagro para salir de tantos particulares. Ayuda y ánima mucho (dejada á parte la razon de la obediencia que puede cuanto se atreve) que el santo en ocasiones casi forzosas escribió muchas de sus cosas, y fué tan estremado en decirlas como en hacerlas. Podemos decir dél lo que se dijo de César: que escribiendo el comentario de sus hazañas, no mas dé para dejar materia á los escritores, les quitó la materia de las manos, porque ninguno las dirá mejor que él. Viene esto aquí mucho mejor, porque aunque cuanto á la pureza de la lengua, pocos igualarán con César, cuanto á la fidelidad, no se podrá comparar con Gerónimo.

Lo principal, pues, que en esta historia se dijere, será suyo, trasladado con fidelidad segun las mas recibidas reglas de traducir; ayudándome tambien de autores graves; haciendo poco caso de otros, que á costa de venderse por agudos, no los compran, porque dieron en maliciosos, y aun en impíos, queriendo quitar en muchas ocasiones gran parte de la gloria de tan gran padre, á quien la Iglesia con voz pública ha querido entre todos sus doctores llamar *grande*. Porque si Roma tuvo sus Fabios y Valerios, Grecia su Alejandro, y Francia su Cárlos, á quien dieron el renom-

bre de grandes por la escelencia de la pluma ó de la espada; con mas razon se lo da la Iglesia á su Gerónimo por mil victorias contra herejes, y otras tantas por la grandeza de su pluma. El órden de proceder será el mismo con que corrió toda la vida del santo, pues se la dió Dios tan larga, que pasó todas las edades en que se divide la vida de los hombres: donde se nos da tambien á conocer, cuán importante debia de ser al mundo.

(*Vida de san Gerónimo, doctor máximo de la Iglesia.*)

EL PADRE JUAN DE MARIANA.

I.

Razonamiento de don Pelayo á los Asturianos, ántes de levantarse contra los moros.

Conviene usar de presteza y de valor para que los que tenemos la justicia de nuestra parte sobrepujemos á los contrarios en el esfuerzo... Con corazones atrevidos avivemos la esperanza de recobrar la libertad, y la engendremos en los ánimos de nuestros hermanos. El ejército de los enemigos derramado por muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazada en Francia. Acudamos, pues, con esfuerzo y corazon: que esta es buena ocasion para pelear por la antigua gloria de la guerra, por los altares y religion, por los hijos, mugeres, parientes, y aliados, que están puestos en una indigna y gravísima servidumbre. Pesada cosa es relatar sus ultrajes, nuestras miserias y peligros, y cosa muy vana encarecellas con palabras, derramar lágrimas, despedir sospiros. Lo que hace al caso es aplicar algun remedio á la enfermedad, dar muéstra de vuestra nobleza, y acordaros que sois nacidos de la nobilísima sangre de los godos. La prosperidad y regalos nos enflaquecieron, y hiciéron caer en tantos males; las adversidades y trabajos nos aviven y nos despierten... ¡O grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados de vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos... ¿Poneis la confianza en la fortaleza y aspereza desta comarca? A los cobardes y ociosos ninguna cosa puede asegurar; y cuando los enemigos no nos acometiesen, ¿cómo podrá esta tierra, estéril y menguada de todo, sustentar tanta gente como se ha recogido á estas montañas? El pequeño número de nuestros soldados os hace dudar; pero debeis os acordar de los tiempos pasados y de los trances variables

de las guerras, por donde podeis entender que no vencen los muchos, sino es los esforzados... Estoy determinado con vuestra ayuda de acometer esta empresa y peligro, bien que muy grande, por el bien comun muy de buena gana; y en tanto que yo viviere mostrarme enemigo, no mas á estos bárbaros, que á cualquiera de los nuestros que rehusare tomar las armas y ayudarnos en esta guerra sagrada, y no se determinare de vencer ó morir como bueno antes que sufrir vida tan miserable, tan estrema afrenta y desventura. La grandeza de los castigos hará entender á los cobardes que no son los enemigos los que mas deben temer.

II.

Destruccion de Numancia.

El año luego adelante que se contó de la fundacion de Roma seiscientos y veinte y uno, siendo cónsules Publio Mucio Scevola y Lucio Calpurnio Pison, á Scipion alargaron el tiempo del gobierno y del mando que en España tenia: traza con que Numancia fué de todo punto asolada, ca pasado el invierno, y con varias escaramuzas quitado ya el miedo que los soldados tenian cobrado, con intencion de apretar el cerco de Numancia de unos reales hizo dos, dividida la gente en dos partes. El regimiento de los unos encomendó á Q. Fabio Máximo su hermano, los otros tomó él á su cargo, dado que algunos dicen que dividió los reales en cuatro partes, y aun no concuerdan todos en el número de la gente que tenia. Quien dice que eran sesenta mil hombres, quien que cuarenta, como no es maravilla que en semejante cuenta se halle entre los autores variedad. Los numantinos, orgullosos por tantas victorias como antes ganaran, aunque eran mucho menos en número porque los que mas ponen, dicen que eran ocho mil combatientes, y otros deste número quitan la mitad, sacadas sus gentes fuera de la ciudad y ordenadas sus haces, no dudaron de presentar la batalla al enemigo, resueltos de vencer ó perecer antes que sufrir las incomodidades de un cerco tan largo. Scipion tenia propósito de escusar por cuanto pudiese el trance de la batalla, como prudente capitan, y que consideraba que el oficio del buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento, que con atrevimiento y fuerzas. Ni le parecia conveniente contraponer sus ciudadanos y soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Con este intento determinó cercar la ciudad con reparos y palizadas para reprimir el atrevimiento y acometimiento de los cercados. Demas desto mandó á las ciudades confederadas enviasen nuevos socorros de gente, municiones y vituallas para la guerra. Hízose un foso al rededor de la ciudad, y

levantóse un valladar de nueva manera, que tenia diez piés en alto y cinco en ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y saetías á ciertos trechos, de suerte que representaba semejanza de una muralla continuada. Solamente por el rio Duero se podia entrar en la ciudad y salir; pero tambien esta comodidad quitaban á los cercados las compañías de soldados y los ranchos que en la una ribera y en la otra tenian puertos de guarda. Para remedio de esto los búzanos zabulléndose en el agua, debajo della sin ser sentidos pasaban cuanto era necesario de la una parte á la otra. Otros con barcas por la ligereza de los remeros, ó por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban de ser heridos con lo que los soldados los tiraban; y por esta manera se podia meter alguna vitualla en la ciudad. Duróles poco este remedio y consolacion tal cual era, porque con una nueva diligencia levantaron dos castillos de la una y de la otra parte del rio con vigas que le atravesaban, y en ellas unos largos y agudos clavos para que nadie pasase. Los numantinos sin perder por esto ánimo no dejaban de acometer las centinelas y cuerpos de guarda de los romanos; mas sobreviniendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados en la ciudad: que á sabiendas no los querian matar para que gastasen mas presto cuanto mas fuesen las vituallas, y forzados de la hambre y estrema necesidad se entregasen. En esta coyuntura un hombre de grande ánimo y osadía llamado Retogenes Caravino, con otros cuatro, por aquella parte que los reparos de los romanos eran mas flacos y tenian menos guarda, escalado el valladar y degolladas las centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados arévacos: donde en una junta de los principales que para esto se convocó, les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparasen á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo, que encendido en corage, y en deseo de vengarse no tenia olvidadas las injurias que ellos le habian hecho. Considerasen que aquella ciudad solia ser el refugio y reparo comun de todos, y al presente por la adversidad de la fortuna y por la astucia de los que la cercaban, mas que por valor y esfuerzo, se hallaba puesta en estremo riesgo y cuita: «¿Porqué, dice, en tanto que las fuerzas están enteras, y los romanos por tantas pérdidas rehusan la pelea, y por malas mañas y astucias pretenden apoderarse de aquella nobilísima ciudad, vos juntadas las fuerzas no quitáreis el yugo desta servidumbre, y echáreis de vuestra tierra esta peste comun? ¿Aguardais por ventura hasta tanto que cunda este mal, y de unos á otros pase y llegue á vuestra ciudad? Pensad que esta llama, consumido todo lo que se le pone delante, será forzóso que todo lo asuele. ¿Por ventura no conoceis la ambicion de los romanos, sus robos y sus crueldades? los cuales

muchas veces habeis visto y oido que sin causa alguna, solo con deseo de estender su señorío ponen asechanzas á la libertad y riqueza de toda España. Direis que teneis hecho concierto con ellos y con esto os asegurais. En que si no hobiera muchos ejemplos frescos y puestos delante de los ojos de la deslealtad, codicia y fiereza de los romanos, la destruicion poco ha de Caucia, y ahora la confederacion de los numantinos con Mancino quebrantada injustamente, son bastante muestra como ninguna cosa tienen por santa por el deseo de enseñorearse de todo. Mirad que si anteponeis ahora vuestro reposo particular á la salud comun, la cual en gran parte depende del valor y esfuerzo de Numancia, no seais en algun tiempo forzados á quejaros por demas, ojalá yo me engañe, de haber perdido y desamparado lo uno y lo otro. Afuera pues toda tardanza y cobardía; en tanto que hay tiempo, y que las cosas están en término que se pueden remediar, volved vuestros ánimos y pensamientos á procurar la salud de la patria. Juntad armas y fuerzas, cargad sobre el enemigo que está descuidado, cercándole los vuestros por una parte y los nuestros por la otra, por frente y por las espaldas. Considerad que en nuestro peligro corre riesgo la salud, la libertad y las riquezas de toda España. » Con este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los piés de cada uno tenía ablandados los corazones de muchos; pero como quier que á los desdichados y caidos todos les falten, prevaleció el voto de los que sentian que no convenia enojar á los romanos, antes decian que sin tardanza echasen de toda su tierra á los numantinos, porque no les achacasen y hiciesen cargo de haber oido en su junta aquella embajada. Lo que despues desto hizo Retogenes, no se sabe; solo consta que la gente moza de Lucia, pueblo que estaba á una legua de Numancia, acudió á socorrer los cercados, pero fué rebatida su osadía por la diligencia de Scipion, y con cortar las manos derechas por mandato del mismo á cuatrocientos dellos, los demas quedaron escarmentados para no imitar semejante desatino. Con esto los numantinos, perdida toda esperanza de ser socorridos, y por el largo cerco quebrantados del hambre, movieron tratos de paz. Enviaron para esto á Scipion una embajada : el principal por nombre Aluro, dada que le fué audiencia, se dice habló en esta manera : « Quiénes sean los ciudadanos de Numancia, de qué lealtad, de qué constancia, no hay para que traello á la memoria, pues tú con la larga esperiencia que tienes lo puedes tener entendido. Y no está bien á los miserables hacer alarde de sus alabanzas. Solo diré que te será muy honroso haber quebrantado los ánimos de los numantinos, y á nos no será del todo afrentoso, ya que así habia de ser, ser vencidos de tan gran capitan. Lo que la presente fortuna pide, y á lo que nos fuerzan

los males deste cerco, confesámonos por vencidos; pero con tal que te contentes con nuestra penitencia y emienda, y no pretendas destruirnos. No pedimos del todo perdon, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle: contentámonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas y no das lugar á la pelea, determinados estamos de probar cualquier cosa hasta morir por nuestras manos, si fuere necesario, antes que por las agenas: que será el postrer oficio de varones esforzados. Tú debes considerar una y otra vez lo que la fama y el mundo dirá de ti así de presente como en el tiempo adelante.» Maravillóse Scipion por este razonamiento que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuviesen quebrantados, y que perdida toda esperanza, todavía se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto respondió á los embajadores, que no habia que tratar de concierto, si no fuese entregándose á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta los numantinos como fuera de sí matan á los embajadores, los cuales ¿qué culpa les tenian? pero cuando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad.

Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse ni de venir á batalla: acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborráchanse con cierto brebage que hacian de trigo, y le llamaban celia: con esto acometen los reparos de los romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se le ponen delante, hasta que sobreviniendo mayor número de soldados, y sosegada algun tanto la borrachez, les fué forzoso retirarse á la ciudad. Despues de esta pelea dicen que por algunos dias se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demas desto probaron á huir y salvarse; como tampoco esto les sucediese, por conclusion, perdida del todo la esperanza de remedio, se determinaron á acometer una memorable hazaña; esto es, que se mataron á sí y á todos los suyos, unos con ponzoña, otros metiéndose las espadas por el cuerpo: algunos pelearon en desafío unos con otros con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una misma hoguera que para esto tenian encendida, echaban al que era muerto y luego tras él le seguia el que le quitaba la vida. Por esta manera fué destruida Numancia pasados un año y tres meses despues que Scipion vino á España. Grande fué su ostinacion, pues los mismos ciudadanos se quitaron las vidas. Appiano dice que entrada la ciudad hallaron algunos vivos: contradicen á esto los demas autores; y es cosa averiguada que Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos, que tenian entre sí y con sus comarcanos, y pereció por la discordia de los mismos; demas desto que, vencida, quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonaron los ciudadanos, que no les pusieron fuego, fueron

por mandado de Scipion echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcanos. Hechas todas estas cosas, y fundada la paz de España, se volvió Scipion á Roma á gozar el triunfo que le era muy debido por hazañas tan señaladas; por las cuales demas de los otros títulos y blasones le fué dado y tuvo adelante el renombre de Numantino. Triunfó otrosí Decio Bruto poco antes en Roma por dejar vencidos y sujetos los gallegos, con que ganó asimismo sobrenombre de Calaico.

(*Historia general de España.*)

ANTONIO PEREZ.

I.

A doña Juana Coello, su muger.

Si de allá no se puede escribir, ni gozar desta respiracion de ausentes, acá no hay pena por estos actos naturales. Yo respondo á lo que oigo en espíritu, de quejas de virtud, y de esos hijos innocentes desde ese asilo de tinieblas, desde esa sombra de la muerte. Y aun efecto es natural para haberlas podido oir sensiblemente: pues las voces y los gritos, desde las cuevas hondas y escondrijos de la tierra, retumban y resuenan mas fuertes.

¿Débele de haber parecido á Vm. que yo he peregrinado por jardines ó reposado en camas de flores? Digo que no he hecho otra cosa que andar de puerta en puerta pidiendo el pan de mi alma, favor y ayuda al rescate de esas almas captivas; no con otra fuerza, sino con la ofensa de la honra de Dios, de que se le haga nadie compañero en la tierra, y de que se usurpe su jurisdiccion; y con el privilegio de la naturaleza en la mano, como pobres que piden limosna con licencia; y con sus quejas de que la hagan tirana, y rebelde á su Criador, captivando, contra todas sus leyes, las almas que no están debajo de su distrito. En esto he andado, en esto me he ocupado, y si sin provecho visible hasta agora, quizá está el provecho en no haber aprovechado, para que Dios arrebate el juicio desta causa, y que remueva á los hombres con las demostraciones que él sabe y suele, la memoria de ley natural, del límite del poder humano, de que él solo es el Señor absoluto, y que no hay otro Dios sino él en la tierra, como ni en el cielo.

II.

A doña Gregoria, su hija.

Hija mia: quisiera yo poderos enviar, por la prenda que me ha dicho uno de vuestra parte, un pedazo del corazon material, en señal de que vivo, como le envio todo en espíritu: que, segun le traigo hecho pedazos, pudiera muy bien, sin miedo de dolor nuevo, partirle para otro.

Esta es la prenda que os envio, hija, si se acostumbra vivir sin alma, como yo sin vosotros. Vivid vos, amiga, y esforzaos á esto: que os importa mucho, porque no rompais á Dios, con rendiros, el hilo y camino que lleva trazado, que él se entiende: que, pues da vida á los sepultados vivos contra la ley natural antes que nacidos, para que vean el reparo y el desagravio de tantos daños y miserias, se ha de creer que les da la vida.

Mas os ruego, que alenteis y sustenteis á esa señora vuestra madre: obligacion que le debeis, demas de por los nueve meses que os sustentó en su vientre, por los nueve años que os ha sustentado en el vientre de la tierra entre prisiones.

III.

A don Gonzalo, su hijo mayor.

Cuanto me cuentan de vuestra parte, hijo, otra y mil veces hijo, de lo que habeis padecido y estais padeciendo, lo oigo con consuelo. Mirad ¡qué gentil manera de agradecimiento! Con consuelo, pues, digo: porque la prenda que podemos tener del cielo, despues de la palabra de Dios, acá abajo mas cierta del desagravio, y la tabla de no haberme hundido á mí tales tormentos, son vuestros agravios. Y porque no penseis que es mio solo el beneficio de vuestras prisiones, á la parte entrais vosotros; pues todo ello ha sido y es para todo el mundo ejecutoria de padecer violencia vuestro padre: y este beneficio es vuestro, si daño vuestro mis agravios.

Animo, pues, hijo, á lo que queda por pasar; y no perdais el premio al fin de la carrera, ni os anegueis á la orilla: que yo acá no he dormido en camas de flores con la memoria de vuestros tormentos, ni olvidádome de vosotros, y de vos particularmente. Con testimonio de promesas de un rey muy grande os afirmo esto. Así lo probará el tiempo, como yo desta mano, que soy vuestro padre, que como á sí os ama.

IV.

A don Antonio Rafael, su hijo.

Dícenme que no os firmais sino *Antonio*. No quiero que olvideis el nombre de *Rafaél*: que lo estimo yo en mucho, y os dí por devocion al señor san Rafael. Y hay mas en ello: que si os oyen llamar solo *Antonio Perez*, quizá os perseguirán por el nombre, porque el nombre de lo que se aborrece remueve el cuajo á la compasion.

¡Ay hijo mio! quiero imitaros en el modo de hablar, que así me dicen que decís vos; y no es de los menores cargos que ante Dios claman por vosotros: que, habiendo entrado en prision niños, salgais della de diez y ocho años tan niños en el lenguaje, por haber estado en aquel silo privados de enseñanza, que hableis en todo vuestro entendimiento: *ay padre mio, padre de mi alma*, y que me envieis á pedir un caballo en todo vuestro juicio, con tenerle tan bueno por vuestra edad. ¿Pensais que es pequeña señal del favor de Dios? Quiero yo pensar que es permision suya, que aun el lenguaje de niño dure en tal edad, para mas testimonio de vuestro agravio, y para mas movimiento de su justicia.

¡Ah hijo mio! cuánto quisiera yo lo que vos, y ver asidas esas ramas de su tronco! Tronco solo, cual me ha dejado, desgajado y desnudo de ramas y hojas, esa ventisca de furor y ira. Dios lo hará: que no sufre tal golpe de gemidos, sin moverse. Pues á fé, que si se mueve á gritos, que suele dejar señal de su poder; pero no le pidamos el poder en castigo de nuestros agravios, sino su piedad en nuestro consuelo y desagravio; que así suele él acudir con lo uno y lo otro. (*Cartas.*)

SIGLO XVII.

MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

I.

Aventura de los molinos de viento.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y asi como don Quijote los vió, dijo á su escudero : la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer : que esta es buena guerra, y es gran servicio Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de a tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras : ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran ; antes iba diciendo en voces altas : no fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por don Quijote, dijo : pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance lo socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre arremetió á

todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí el caballo y al caballero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear : tal fue el golpe que dió con él Rocinante. ¡ Válame Dios! dijo Sancho; ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió don Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras estan sujetas á continua mudanza : cuanto mas que yo pienso, y es asi verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento : tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza; y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba; y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice, porque allí decia don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero, sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo : yo me acuerdo haber leido que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca (1). Héte dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel que me imagino; y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser molimiento de la caida. Así es la verdad, respondió don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar,

(1). *Vargas y Machuca.* Alude á la batalla de Jerez, donde don Diego Perez de Vargas, habiéndosele roto la lanza, rompió una rama de olivo y se metió en lo mas grueso del combate, haciendo en los sarracenos horrible matanza. De este hecho se hizo un *Romance*, que es de los mas antiguos que contienen nuestros *Romanceros*.

respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara, cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir don Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse cómo y cuándo quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento; y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy despacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó don Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió don Quijote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda; y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligiósele el corazon por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí, dijo en viéndole don Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras: mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado

caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mí me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias: bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió don Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese precepto tan bien como el dia del domingo.

II.

Acogen los cabreros á don Quijote en su cabaña. — Razonamiento del ingenioso hidalgo sobre la edad de oro.

Fue recogido de los cabreros con buen ánimo; y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fue tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban. Y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á don Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse don Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique estan los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas como sentado á par de un emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni rispetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, lim-

piarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho : que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza ; y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajos como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque, de dos que estaban de manifiesto. Despues que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones : ¡Dichosa edad (1) y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian ignoraban estas dos palabras de TUYO y MIO! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes : á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia : aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas

(1) *Dichosa edad.* Cervántes recordó sin duda en este pasaje las descripciones que hacen Virgilio y Ovidio de la edad de oro, aquel en el libro I de las *Geórgicas*, y este en el I de sus *Metamorfoses*.

las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interes, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta: porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogisteis y regalásteis, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron, le trujeron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin responderle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba, y comia bellotas y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque.

III.

Descripcion de los imaginados ejércitos de Alifanfaron de Trapobana y Pentapolin de Garamanta.

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos que en los libros de caballerías se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo don Quijote: favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla de Trapobana (1); este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas (2) Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió don Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana; y su

(1) *Trapobana*. Isla de Ceilan, llamada por los antiguos *Taprébana*.
(2) *Garamantas*. Pueblos de lo interior del Africa.

padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya. Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo don Quijote; porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; pero ¿dónde pondremos á este asno que estemos ciertos de hallarle, despues de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora. Así es verdad, dijo don Quijote: lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no; porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á quel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se veian bien las dos manadas que á don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban, no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, segun es fama, es una de las del templo que derribó Sanson, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás adelante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancos y amarillos, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina, hija del duque de Alfeñiquen del Algarbe: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera

cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilando del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así : *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo : á este escuadron frontero forman y hacen gente de diversas naciones. Aquí estan los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos, que pisan los masílicos campos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo; los númidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos y los medos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los escitas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes : los que se alegran en los elíseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba; y como no descubria á ninguno, le dijo : señor, encomiendo al diablo hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto, á lo menos yo no los veo : quizá todo debe de ser encantamento como los fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió don Quijote. ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros : y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños.

El miedo que tienes, dijo don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que ¡voto á Dios! que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase: ¡desdichado del padre que me engendró! ¡Qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió don Quijote, antes en altas voces iba diciendo: ea, caballeros, los que seguís y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, vereis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos.

IV.

Razonamiento de don Quijote sobre la excelencia de la profesion de las armas.

Llegada, pues, la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Lucinda y Zorayda, y frontero de ellas don Fernando y Cardenio, y luego el Cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: Verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara, y de la suerte que estamos no viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de

la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora nó hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por ojeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida; y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro dia, cuando cantaron en los aires: *gloria sea en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad:* y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fue decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijesen: *paz sea en esta casa;* y otras muchas veces les dijo: *mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros:* bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra.

Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco; antes como todos los mas eran caballeros á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero ó chimenea, que si no calienta, á lo menos entibie su frio, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantando acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean; el cual, alzando á muchos, hemos visto que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene, ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío tengo por averiguado que debe de salir frio contra

toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegué la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese, pues, á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio; lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas: y es razon averiguada que aquello que mas cuestà se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigi-

lias, hambre, desnudez, vaguido de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos estan minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza; y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario: y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aun-

que á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

V.

Refiere don Quijote cuanto ha visto en la cueva de Montesinos.

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol, entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á don Quijote para que sin calor y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente:

Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad de esta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio ví yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella escura region abajo, sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces, pidiéndoos que no descolgáseis mas soga hasta que yo os lo dijese; pero no debísteis de oirme. Fuí recogiendo la soga que enviábais, y haciendo de ella una rosca ó rimero, me senté sobre él pensativo ademas, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo, ni cómo no, desperté de él, y me hallé en la mitad del mas bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mí hacia me certificaron que yo era allí entonces el que soy aquí ahora.

Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de trasparente y claro cristal fabricados; del cual, abriéndose dos grandes puertas, vi que

por ellas salia y hácia mí se venia un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada que por el suelo le arrastraba: ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial de raso verde: cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba canísima le pasaba de la cintura: no traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fue abrazarme estrechamente, y luego decirme: luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte, para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetuo, porque soy el mismo Montesinos (1), de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fue verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él habia sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazon de su grande amigo Durandarte (2) y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad, sino en la daga, porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buido, mas agudo que una lezna. Debia de ser, dijo á este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hoces el Sevillano. No sé, prosiguió don Quijote; pero no sería de ese puñalero, porque Ramon de Hoces fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguacion no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. Asi es, respondió el primo; prosiga vuesa merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondió don Quijote; y asi digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un se-

(1) *Montesinos*. Este parece ser el Montesinos de aquel romance en que la condesa de Grimaltos entrega al conde su hijo, nacido en mitad de un monte, diciéndole:

Tomes este niño, conde,
y lléveslo á cristianar;
llamédesle Montesinos,
Montesinos le llamad.

(2) *Durandarte*. Primo de Montesinos y hermano del conde Dirlos.

pulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual vi á un caballero tendido de largo á largo, no de bronce, ni de mármol, *ni de jaspe* hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazon, y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso mirando al del sepulcro, me dijo: este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo: tiénele aquí encantado, como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlin, aquel francés encantador que dicen que fue hijo el diablo, y lo que yo creo es que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto mas que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no estan muy lejos, segun imagino. Lo que á mí me admira es que sé tan cierto, como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto, le saqué el corazon con mis propias manos, y en verdad que debia de pesar dos libras; porque, segun los naturales, el que tiene mayor corazon es dotado de mayor valentía que el que le tiene pequeño. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo? Esto dicho, el mísero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

Oh mi primo Montesinos,
lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
que lleveis mi corazon
adonde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: ya, señor Durandarte, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandástes en el aciago dia de nuestra pérdida: yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pañizuelo de puntas; yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por mas señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé, saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazon porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Be-

lerma, la cual con vos, conmigo, con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando por compasion que debió de tener Merlin de ellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una órden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero, plañiendo asimismo vuestra desgracia, fue convertido en un rio, llamado de su mismo nombre; el cual, cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fue tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado; y esto que ahora os digo, oh primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondeis, imagino que no me dais crédito ó no me oís, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel don Quijote de la Mancha, digo que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería; por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres estan guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Duarandarte con voz desmayada y baya, cuando así no sea, oh primo, digo, paciencia y barajar, y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y vi por las paredes de cristal que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo pa-

recia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras: era cejijunta, la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesinos cómo toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados; y que la última, que traia el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas cuatro dias en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por meyor decir, lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo; y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradizo. . . . .
. . . . del dolor que siente su corazon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae á la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dije yo entonces, señor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y asi no hay para qué comparar á nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quédese aquí. Á lo que él me respondió: señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfaccion que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma. Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió don Quijote; no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y estan encantados: yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y res-

puestas que entre los dos pasamos. A esta sazon dijo el primo: yo no sé, señor don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como há que está allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuánto há que bajé? preguntó don Quijote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora, debe de parecer allá tres dias con sus noches.

(*El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.*)

MATEO ALEMAN.

El Amor.

Si lo quisiésemos definir (el amor), habiendo tantos dicho tanto, seria volver á repetirlo millares de veces repetido. Es el amor tan todo en todo, tan contrario en sus efectos, que aunque mas dél se diga, quedará menos entendido; empero dirémos dél algo con los muchos. Es el amor una prision de locura, nacida de ocio, criada con voluntad y dineros, y curada con torpeza. Es un esceso de codicia bestial, sutilísima y penetrante, que corre por los ojos hasta el corazon, como la yerba del ballestero, que hasta llegar á él como á su centro, no para. Huésped que con gusto convidamos, y una vez recibido en casa, con mucho trabajo aun es dificultoso echarlo della. Es niño antojadizo, y desvaria: es viejo, y caduca: es hijo que á sus padres no perdona, y padre que á sus hijos maltrata: es Dios que no tiene misericordia, enemigo encubierto, amigo fingido, ciego certero, débil para el trabajo, y como la muerte fuerte. No tiene ley, ni guarda razon: es impaciente, sospechoso, vengativo, y dulce tirano. Píntanle ciego, porque no tiene medio, ni modo, ni distincion, ó eleccion, órden, consejo, firmeza, ni vergüenza, y siempre yerra. Tiene alas por su ligereza en aprender lo que se ama, y con que nos lleva en desdichado fin, de manera, que solo aquello que á ciegas aprueba, con ligereza lo solicita y alcanza. Y siendo sus efectos tales, para la ejecucion dellos quiere que falte paciencia en esperar, miedo en acometer, policía en hablar, vergüenza en pedir, juicio en seguir, freno en considerar, y considera-

cion en los peligros. Amé con mirar, y tanta fué su fuerza contra mí, que me rindió en un punto. No fué necesario transcurso de tiempo, como algunos afirman, y yerran.

(*Aventuras y vida de Guzman de Alfarache.*)

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

I.

Del fabuloso orígen de los reyes de Ternate.

De los catorce príncipes mas poderosos, que con nombre de Reyes ocupan la tiranía del archipiélago Maluco, los de Ternate y Tidore se precian de orígen divino: tanta licencia usurpan los hombres, ó la atribuyen á la escura antigüedad...

Es tradicion de aquellas gentes, venerada por religion, que las gobernó un tiempo cierto antiquísimo príncipe llamado Bicocigara: el cual navegando un dia en la costa de Bacam, vió que entre lo fragoso de los peñascos habian crecido muchas cañas: agradóle la lozanía dellas... Mandólas cortar; y comenzando la obra, comenzó tambien á correr sangre de las cañas cortadas. Admirado del prodigio, descubrió junto á las raices cuatro huevos que parecian de culebra, y oyó al mismo tiempo una voz salida por lo hueco de las cañas heridas, que decia: *guarda estos huevos, porque dellos han de nacer cuatro gobernadores escelentes.* Levantó con religion aquellos huevos fatales, y llevólos á su casa, y guardólos en lo mejor della. Nacieron en breve tiempo de las cuatro yemas los cuatro pollos racionales, tres varones y una muger: los cuales reinaron, el primero en Bacam, el segundo en Butam, el último en las islas Papúas; y la muger casó con el príncipe Laloda, que dió nombre á la tierra de Batochina.

Ha cobrado esta fábula tanta autoridad, que honran como á héroe á Bicocigara, veneran los peñascos, y adoran los cuatro huevos. La verdad es que aquel hombre prudente consagró su linage con esta prodigiosa supersticion, y adquirió reinos y veneracion á sus cuatro hijos. Así fingió, ó creyó Grecia haber parido Leda del cisne adúltero los huevos de que nacieron Cástor y Polux, y Helena. En todos los principios de soberbia, Fortuna persuade á los que quiere coronar, que para introducir en los ánimos opinion divina, funden la magestad en fábulas que imiten á los misterios.

II.

Del carácter, origen, y leyes de los naturales de las islas Molucas.

La gente se diferencia entre sí al parecer por milagrosa benignidad de la naturaleza: las mugeres formó blancas y hermosas, y los hombres de color algo mas ofuscado que membrillo. El cabello llano, y muchos lo ungen con aceite oloroso. Tienen ojos grandes, largas pestañas, las cuales y las cejas traen alcoholadas: cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y para cualquier otro ejercicio perezosos. Viven mucho tiempo, encanecen temprano, y siempre ligeros por mar, no menos que en la tierra. Oficiosos y benignos con los huéspedes; y entrando en familiaridad, importunos y pesados en sus ruegos. Su trato interesal, hierven de recelos, fraudes, mentiras. Son pobres, y por esto soberbios; y por juntar muchos vicios en solo uno, ingratos.

Ocuparon estas islas los chinos cuando sojuzgaron todo aquel oriente; despues los javos y malayos, últimamente los persas y árabes, los cuales por medio del comercio introdujeron la supersticion de Mahoma entre la adoracion de sus dioses, de los cuales se preciaron algunas familias como de progenitores.

Sus leyes son bárbaras. No ponen número á los matrimonios: la esposa superior del rey, llamada Putriz en su lengua, da nobleza y derecho á la succesion. En ella son preferidos sus hijos, aunque de menor edad que los de otras madres. El hurto no por mínimo se perdona; el adulterio fácilmente. Cuando apunta el alba, ministros deste oficio tocan en los poblados, por ley, panderos grandes por las calles para despertar los lechos conyugales, que por la propagacion humana los miran dignos de cuidado político. La mayor parte de los delitos se castigan con muerte: en lo demas obedecen á la tiranía ó arbitrio del vencedor.

(*Conquista de las Molucas.*)

DON CÁRLOS COLOMA.

Muerte del conde de Varas.

Otras de las cosas que movieron á S. A. Mauricio de Nassau á ordenar que invernase allí este golpe de gente, fué el impedir á las del enemigo el cobrar las contribuciones del pais de campiña. Afligia esto grandemente al conde Mauricio, por hallarse imposi-

bilitado de entretener sus presidios de Brabante sin este socorro: de lo que tenia ordinarias quejas, no menos por parte de ellos, que por la de los estados generales de las islas, hallándose faltos de dineros á causa de los escesivos gastos que traen consigo la rebelion y la pertinacia. Esto, y el deseo de quitarse de delante de los ojos la vergüenza de la pérdida de Hulst, movieron á Mauricio á procurar recompensarlo, maquinando contra aquella gente... Juntando el conde de Varas las cabezas, les declaró los avisos que tenia, y como el enemigo venia marchando con resolucion de pelear. Tres partidos se propusieron, si no honrados todos, á lo menos seguros: el primero fué salir en busca del enemigo, y dalle batalla sin mostrar flaqueza; el segundo fortificarse al rededor del castillo, y enviar por socorros; y el tercero retirarse con tiempo y con órden hasta debajo de las murallas de Herentales. Las dificultades que traia consigo cada una de estas tres opiniones hicieron que no se pusiese alguna de ellas en ejecucion, escogiendo la mas dañosa, que era no hacer nada, antes aquella noche la pasaron con mas reposo de lo que pedia la estrechez del tiempo. Resolvióse al fin el conde á retirarse, y hacerlo á la barba del enemigo... No hizo aquí su acostumbrada prueba nuestra infantería walona; antes, siendo la primera en descubrir los escuadrones contrarios, lo fué tambien en desordenarse; y atropellada al fin con la carga del enemigo, al momento, arrojadas las armas, se rindieron al enemigo. Lo mismo, tras bien poca resistencia, hicieron los alemanes; los italianos se defendieron mejor; y el conde de Varas, aunque dudoso en todo lo demas, resuelto en morir valerosamente en defensa de su honra y obligaciones, se puso en la primera hilera de los capitanes, donde cayó de un mosquetazo, cediendo ellos con lo demas á la adversidad. *(Guerras de los Estados-Bajos.)*

DON FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS.

I.

Marco Bruto.

Era M. Bruto varon severo, y tal que reprendia los vicios agenos con la virtud propia, y no con palabras. Tenia el silencio elocuente, y las razones vivas. No rehusaba la conversacion, por no ser desapacible; ni la buscaba, por no ser entrometido: en su semblante resplandecia mas la honestidad que la hermosura. Su

risa era muda y sin voz: juzgábanla los ojos, no los oidos: era alegre solo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué robusta y sufrida lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinacion era el estudio perpetuo; su entendimiento judicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito, y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras, y inducidas de Casio y de sus amigos, que poniendo nombre de celo á su venganza, se la presentaron decente, y se la persuadieron por leal.

II.

De la muerte voluntaria.

Matarse por no morir, es ser igualmente necio y cobarde: es la accion mas infame del entendimiento, por ser hija de tan ruines padres como son ignorancia y miedo: dos vicios en cuyo matrimonio no se ha visto divorcio, pues quien tiene miedo ignora, y quien ignora tiene miedo. Solo deseo saber ¿dónde halla el valor para matarse quien no le tiene para aguardar que le maten? Sospecho que esta es hazaña del temor, que tambien sabe dar heridas, y ensangrentarse. Mas son los que han muerto en las batallas á miedo que á hierro; y no son pocas victorias las que ha alcanzado el temor por desesperado, no por valiente: esto con la esperiencia avisó á la sagacidad del victorioso á contentarse con la fuga del contrario. De aquí se puede colegir que el miedo se hace temer... Mejor se puede disculpar el que se muere de miedo, que el que de miedo se mata, porque allí obra sin culpa la naturaleza, y en este con delito y culpa del discurso vil y apocado. Contra toda razon celebran por gloriosos á los que se dieron muerte por no venir á poder de sus enemigos, sin ver que su pusilanimidad hace en ellos cuanto pudiera hacer la insolencia del contrario: necio ahorro es del miedo. Dase Caton la muerte porque César no se la dé: si fué por esto, él fué en sí propio vencido, justiciado, verdugo, venganza y vengador de César...

Julio César, viéndose combatido de sueños, advertencias, pronósticos y agüeros, se dejó al peligro, queriendo mas padecerle una vez, que temerle muchas; sin advertir que muchos recelos, antes estorban la muerte, que la ocasionan. Dictábale estas palabras á César la persuasion de su conciencia por usurpador del imperio: mas se condenaba por lo que sabia de sí, que por lo que sabia de otros. Tratábase como á tirano; y el no querer que le acompañase la guarda de los españoles no fué temeridad, sino conocimiento de que al delincuente no le defiende la guardia sino la enmienda...

III.

Marco Bruto al senado romano.

Ciudadanos de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano de vasallos os vuelve compañeros. La libertad que os dió Junio Bruto contra Tarquino, os da M. Bruto contra Julio César: de este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobacion. Yo nunca fuí enemigo de César, sino de sus designios; antes tan favorecido, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabidores de mi intencion la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía, por su sangre, y su eminencia en la arte militar y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos; mas tambien afirmo que mereció la muerte porque quiso; antes tomarlos con el poder de darlos, que merecerlos: por esto no le he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él mató en sí, que fué la lealtad á vosotros, y la obediencia á los padres. Pompeyo dió la muerte á mi padre, y aborreciéndole como á homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos, y en Farsalia me perdí con él. Llamóme con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios á todos. He querido traeros estos dos sucesos á la memoria para que veais que, ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me grangearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha; vivió César por vuestra ruina; matéle yo por vuestra libertad. Si esto juzgais por delito, con vanidad lo confieso; si por beneficio, con humildad os lo propongo. No temo el morir por mi patria: que primero decreté mi muerte que la de César. Juntos estais, y yo en vuestro poder: quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal, que á mí me será doblada gloria morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan á compasion las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y vereis como por él habeis degollado vuestros linages; y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres habeis manchado las campañas y calentado los puñales. Esto que no pude estorbar, y procuré defender, he castigado. Si me haceis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdoneis; si premio, yo os le perdono. (*Vida de Marco Bruto.*)

IV.

La vida.

Es pues la vida un dolor en que se empieza el de la muerte, que dura mientras dura ella. Considérala como plazo que poner al jornalero; que no tiene descanso, desde que empieza, si no es cuando acaba. A la par empiezas á nacer y á morir, y no es en tu mano detener las horas, y si fueras cuerdo, no lo habias de desear; si fueras bueno, no lo habias de temer. Antes empiezas á morir, que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar de ella, porque se anticipan las lágrimas á la razon. Si quieres acabar de conocer qué es tu vida y la de todos, y su miseria, mira qué de cosas desdichadas ha menester para continuarse. ¿Qué yerbecilla, qué animalejo, qué piedra, qué tierra, qué elemento no es parte, ó de tu sustento, abrigo, reposo ú hospedaje? ¿Cómo puede dejar de ser débil, y sujeta á muerte y miseria, la que con muertes de otras cosas vive? Si te abrigas, murió el animal cuya lana vistes; si comes, el que te dió sustento. Pues advierte, hombre, que tienen tanto de recuerdos y memorias, como de alimentó. Por otra parte, mira cómo en todas esas cosas ignoras la muerte que recibes, pues los manjares con que á tu parecer, sustentas el cuerpo, en su decoccion por otra parte gastan el calor natural que es tu vida, con el trabajo de disponerlos. Vela eres, luz de la vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta; y cuanto mas aprisa arde, mas aprisa te acabarás.

Considera que, sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte. Un airecillo, si te coge el cuerpo destemplado : un jarro de agua, si sudas : el baño : la comida, si es demasiada : el vino : el movimiento, si te cansas : el sueño prolijo. En ninguna cosa tienes segura salud, y es necedad buscarla; pues no puede dejar de estar enfermo, quien siempre, en su misma vida, tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives, y de él mueres. Dejo de contar los venenos y cosas, que la naturaleza creó contra tu vida. Y estas cosas que no estan en tu mano, no las debias sentir, ni quejarte de ellas. Tu mayor miseria no es, sino que entre todos los animales, tú solo naciste contra tí mismo. ¿Qué enemigo tienes mayor de tu vida y quietud, que tú, pues de las cosas ajenas te congojas? Si el otro anda de espacio, te enfadas : si habla mucho, te enojas : si le suceden desdichas, te deshaces en lástima : si tiene prosperidad, te carcomes con envidia : si te dicen una mala palabra, ó te dan un golpe, te afrentas y deshaces; y no teniendo tú culpa de que el otro sea desvergonzado, si no te puedes vengar, te mueres de coraje; y toda la vida te mueres de

miedo de morirte, ó vives tan solícito de las cosas de acá, y con trabajo, como si no fueras mortal, y esta vida perecedera.

(*La cuna y la sepultura.*)

DON DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

I.

Principio y vínculo de la sociedad civil.

En la primera edad, ni fué menester la pena, porque la ley no conocia culpa, ni el premio, porque se amaba por sí mismo lo honesto y glorioso. Pero creció con la edad del mundo la malicia, y hizo recatada la virtud, que antes sencilla é inadvertida vivia por los campos. Desestimóse la igualdad, perdióse la modestia y la vergüenza, é introducida la ambicion y la fuerza, se introdujeron tambien las dominaciones: porque, obligada de la necesidad la prudencia, y despierta con la luz natural, redujo los hombres á la compañía civil, donde ejercitasen las virtudes á que les inclina la razon, y donde se valiesen de la voz articulada que les dió la naturaleza, para que unos á otros esplicando sus conceptos, y manifestando sus sentimientos y necesidades, se enseñasen, aconsejasen, y defendiesen.

II.

La niñez.

Ninguna edad mas á propósito para observar y advertir sus naturales que la infancia, en que, desconocida á la naturaleza la malicia y la disimulacion, obra sencillamente, y descubre en la frente, en los ojos, en la risa, en las manos y en los demas movimientos sus afectos é inclinaciones...

Si el niño es generoso y altivo, serena la frente y los ojuelos, y risueño oye las alabanzas; y los retira entristeciéndose si se le afea algo. Si es animoso, afirma el rostro, y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos; si liberal, desprecia los juguetes, y los reparte; si vengativo, dura en los enojos, y no depone las lágrimas sin la satisfaccion; si colérico, por ligeras causas se conmueve, deja caer el sobrecejo, mira de soslayo, y levanta las manecillas; si benigno, con la risa y los ojos grangea las voluntades; si melancólico, aborrece la compañía, ama la soledad, es

obstinado en el llanto, y difícil en la risa, siempre cubierta con nubecillas de tristeza la frente; si alegre ya levanta las cejas, y adelantando los ojuelos, vierte por ellos luces de regocijo, ya los retira, y plegados los párpados en graciosos dobleces, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo: así las demas virtudes ó vicios traslada el corazon al rostro y ademanes del cuerpo, hasta que mas advertida la edad los retira y cela... Pero no siempre estos juicios salen ciertos, porque la naturaleza tal vez burla la curiosidad humana que investiga sus obras, y se retira de su curso ordinario... Otras veces la naturaleza se esfuerza por escederse á sí misma, y junta monstruosamente grandes virtudes y grandes vicios, como se vió en Alcibíades... Así obra la naturaleza desconocida á sí misma; pero la razon y el arte corrigen y pulen sus obras... (*Empresas políticas.*)

III.

Retratos de varios historiadores.

Este que camina con pasos graves y circunspectos es TUCÍDIDES, á quien la emulacion á la gloria de Herodoto puso la pluma en la mano para escribir sentenciosamente las guerras del Peloponeso.

Aquel de profundo semblante es POLIBIO, que en cuarenta libros escribió las historias romanas, de que solamente han quedado cinco, á los cuales perdonó la injuria de los tiempos, pero no la malicia de Sebastian Maccio que ignorantemente le maltrata; sin considerar que es tan docto, que enseña mas que refiere.

El que con la toga lisa y llana, y con libre desenvoltura le sigue, en cuya frente está delineado un ánimo cándido y prudente, libre de la servidumbre de la lisonja, es PLUTARCO, tan versado en las artes políticas y militares, que, como dijo Bodino, puede ser árbitro en ellas.

El otro de suave y apacible rostro, que con ojos amorosos y dulces atrae á sí los ánimos, es JENOFONTE, á quien Diógenes Laercio llamó *Musa ática* y otros con mas propiedad *Abeja ática.*

Este, vestido sucintamente, pero con gran policía y elegancia, es C. SALUSTIO, gran enemigo de Ciceron, en quien la brevedad comprende cuanto pudiera dilatar la elocuencia; aunque á Séneca y á Asinio Polion parece oscuro, atrevido en las translaciones, y que deja cortadas las sentencias.

Aquel de las cejas caidas, y nariz aguileña, con anteojos de larga vista, desenfadado y cortesano, cuyos pasos cortos ganan mas tierra que los demas, es CORNELIO TÁCITO. Por el veneno que se ha sacado de esta fuente, dijo Budeo que era el mas facineroso de los escritores. A este peligro se esponen los que escriben en

tiempo de príncipes tiranos : que, si los alaban, son lisonjeros; y si los reprenden penetrando sus vicios, parecen maliciosos.

Repara en la serena frente y en los eminentes labios de este, que parecen que destilan miel, y nota bien el ornato de sus vestidos, sembrado de varias flores, porque es TITO LIVIO Patavino de no menos gloria á los romanos que la grandeza de su imperio. Huyó de la impiedad de Polibio, y dió en la supersticion : así, por librarnos de un vicio, damos alguna vez en el opuesto.

No menos debes considerar la garnacha de CAYO SUETONIO que viene despues de él, tan perfectamente acabada, que quien la quisiere mejorar la estragaria. En su semblante conocerás la impaciencia de su condicion, que no puede acomodarse á la lisonja, ni tolerar los vicios de los príncipes aunque sean ligeros.

El que con la espada en la una mano y la pluma en la otra se te ofrece delante, que no menos atemoriza con lo feroz á los enemigos, que con la elegancia á los que quisieren imitarle, es JULIO CÉSAR, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio y juicio, tan industrioso que supo descubrir sus aciertos, y disimular sus errores.

El vestido á lo cortesano, aunque llana y sencillamente, sin arréo ni joyas, es FELIPE DE COMINES, cuya frente, en quien obra la naturaleza sin ayuda del arte, tendida descubre su buen juicio : y el otro de prolija barba, mal ceñido y flojo, es GUICHARDINO, gran enemigo de la casa de Urbino. El que va á su lado con un ropon de martas que apenas puede darle bastante calor, es PAULO JOVIO, adulador del marques del Vasto y de los Médicis, enemigo declarado de los españoles.

El otro de largas y tendidas vestiduras, es ZURITA, á quien acompaña D. DIEGO DE MENDOZA, advertido y vivo en sus movimientos, y MARIANA, cabezudo, que por acreditarse de verdadero y desapasionado con las demas naciones, no perdona á la suya, y la condena en lo dudoso : afecta la antigüedad, y como otros se tienen las barbas por parecer mozos, él por hacerse viejo.

(*República literaria.*)

DON FRANCISCO DE MONCADA.

Asesinato de Roger de Flor en un convite. — Su retrato.

Llamado Roger de su fatal destino, ni advirtió su peligro, ni advertido le temió. Muchas veces por mas avisos que un hombre tenga, no puede escapar de la muerte y fines desastrados,

y aunque Dios nos advierta con señales manifiestas y claras, puede tanto una loca confianza, que nos quita el discurso porque no veamos los peligros donde está determinado nuestro fin y castigo. En este caso de Roger, ni su buen discurso, ni el conocimiento grande de la naturaleza de los griegos, ni los avisos de su mujer, ni los ruegos de los suyos, pudieron detenerle para que voluntariamente no se entregase á la muerte.

Estando comiendo con el emperador Miguel y la emperatriz María, gozando de la honra que sus príncipes le hacian, entraron en la pieza George Alano y Gregorio. El primero cerró con Roger, y despues de muchas heridas, con ayuda de los suyos le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del príncipe, que se presumia habia de ser prenda segurísima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida á un capitan amigo y de tantos y tan señalados servicios, huesped suyo, pariente suyo, y como tal honrado en su casa, en su mesa, y en su presencia.

No se pudieron juntar á mi parecer mayores circunstancias para acrecentar la infamia de este caso: hecho por cierto indigno de lo que tiene nombre y obligaciones del príncipe, que las mas principales son las que mas se apartan de parecer ingrato y cruel. Aunque es verdad que los príncipes raras veces se reconocen por obligados, y aun cuando se reconocen por tales, aborrecen la persona de quien les tiene obligados; por esto no llega á tanto, que perdiendo de todo punto el miedo á la fama, descubiertamente la acaben y destruyan. Lo cierto es que comunmente puede mas en un príncipe un pequeño disgusto parar castigar, que grandes y señalados servicios para perdonar ó disimular algunas ofensas de poca ó ninguna consideracion. Pero ¿qué maldad hay que no cometa un príncipe injusto, si se le antoja que importa para su conservacion? Porque el juicio y castigo de Dios, á quien solo se sujetan y temen, le miran tan lejos que apenas le descubren: no acordándose por cuán flacos medios vienen tambien á ser castigados, pues la mano de un hombre resuelto suele quitar reinos y vidas.

Este desastrado fin tuvo Roger de Flor á los treinta y siete años; hombre de gran valor y de mayor fortuna, dichoso con sus enemigos, y desdichado con sus amigos, porque los unos le hicieron señalado y famoso capitan, y los otros le quitaron la vida. Fue de semblante áspero, de corazon ardiente, y diligentisimo en ejecutar lo que determinaba, magnífico y liberal, y esto le hizo general y cabeza de nuestra gente.

(*Expedicion de los catalanes y aragoneses.*)

DON LUIS VELEZ DE GUEVARA.

La casa de locos.

Con esto salieron del soñado, al parecer, edificio, y enfrente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos: pandorga prodigiosa de la vida. Y preguntó don Cleofas á su amigo, qué casa era aquella, que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento? Esta es la casa de los locos, respondió el Cojuelo, que ha poco se instituyó en la corte entre unas obras pias que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habian parecido. Entremos dentro, dijo don Cleofas, por aquel postiguillo que está abierto, y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguan, donde estaban los convalecientes, pidiendo limosna para los que estaban furiosos. Llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos A la puerta de una de ellas, estaba un hombre muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla, y sentado en una banqueta sin levantar los ojos del papel, y se habia sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo: Aquel es un loco arbitrista, que ha dado en decir, que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso mas hojas de papel, que tuvo el pleito de don Alvaro de Luna. Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo don Cleofas, que son los locos mas perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Conjuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que le ha escrito como si pudiera ver lo uno, ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oidos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramático que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel que está á la puerta de esotro aposentillo, con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traido porque siendo cochero, que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo de á pié. Esotro que está en esotro de mas arriba con un halcon en la mano, es un caballero, que habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería, y no le ha quedado mas que aquel halcon en las manos, que se las come de hambre. Allí está un criado de un

señor, que teniendo qué comer, se puso á servir. Allí está un bailarin, que se ha quedado sin son bailando en seco. Mas adelante está un historiador, que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres decadas de Tito Livio. Mas adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor; porque dió en decir que habia de ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado, que se desvaneció en pretender plaza de ropa; y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinéro, y no comiendo mas que un pastel de á cuatro, ni cenando mas que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula, es un músico sinzonte, que remeda los demas pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio, porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesion. En el brocál de aquel pozo, se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás, si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres; que, queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas; y está atada allí en una cadena, porque, como Narciso, anamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo enfrente, pintado por defuera de ellas, está un demonio casado que se volvió loco con la condicion de su muger. Entonces don Cleofas le dijo al compañero, que le enseñaba todo este retablo de duelos: Vámonos de aquí, no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros.

(*El Diablo cojuelo.*)

EL PADRE JUAN EUSEBIO DE NIEREMBERG.

Máximas.

1.

Quien quisiére aprender prudencia sin que se la enseñen, acúsese á sí primero en lo que hubiere de reprender á otros. Maestro

de sí mismo será quien las faltas agenas tomare por espejo, para evitar ó reformar las propias.

El secreto es llave de la cordura : no se puede quejar se haya publicado á todos quien no le calló á uno. Lo que no quieres sepan muchos, no lo digas á nadie. ¿Cómo puedes confiar de vecino lo que con tu misma confianza quebrantas?

2.

Mas vale una injuria que una lisonja. ¿Quién mas te puede injuriar, que quien te engaña, ó te priva de juicio? Cierra igualmente los oidos á los aduladores tuyos que á los mormuradores de otros.

3.

Del que engañó una vez con ruin término, quien se confiare otras, no tendrá escusa de su daño; pero disimúlese la confianza, no haga mas astuta á la malicia agena, y multiplique trazas para vengarse del desconfiado quien engañó al confidente.

Á buenas palabras poco crédito se debe, si no es cuando le han ganado las obras : de muchos es no tener palabra mala, ni obra buena. Débense adivinar las lisonjas que traen el escarmiento consigo, pagando al pié de la obra el crédito que se les dió.

4.

Costosa es la injuria del que mas puede; ni se recompensará un agravio con muchos servicios. La honra cada uno tiene por debida, el agravio por repugnante; y mas se siente una injuria, que agradan muchas cortesías.

Gran arte de vivir es el sufrimiento, hondo cimiento de la virtud es la paciencia. No será grande quien no tuviere grande tolerancia : mas valor es sufrir que acometer. El vencedor mas valiente es quien se vence á sí. Agenos brazos rinden las fortalezas á los príncipes : vencerse á sí, hecho es del propio corazon.

Hacer injuria, el mas ruin puede; sufrirla, es de ánimo generoso. No hay cosa mas fácil que hacer mal; ni cosa mas dificultosa que sufrirle.

Suele doblar las armas al enemigo quien es mal sufrido; porque quien se da por ofendido, enseña por donde le han de ofender, y en cierta manera la ocasion. Así como el que hizo bien, suele amar al beneficiado; así se suele aborrecer al ofendido.

5.

Pocos hay mas para temer que á los hombres temerosos, pues

se arman de traicion por lo que les falta de valor. Y mas peligrosa es una asechanza escondida que dos enemistades sabidas.

Suelen ser los que mucho temen viles de ánimo, sospechosos, crédulos, crueles. El temor les escita á la prevencion del peligro, la prevencion despierta las sospechas, estas engendran odios contra los inocentes, el odio les impele á la venganza ó á la atrocidad para la seguridad del riesgo.

6.

Si te acuerdas que eres hombre, no te parecérán nuevas tus calamidades; y si atiendes las agenas, no te parecerán grandes las tuyas.

Pocos son los desdichados si no es comparándose con los mas dichosos. La desdicha comun, ó es consuelo, ó no es miseria; y la miseria que ve otra mayor, pierde el nombre de desdicha...

No darse por entendido del agravio es una inocente venganza. Dar pena pretende el émulo; y el agraviado que la encubre, se la da, privándole de la esperanza de su ánimo dañado, y juntamente penándole en su mismo gusto.

Por la parte mas flaca se acomete un castillo. No es cordura descubrir las flaquezas del ánimo; que por allí te herirá. Procura que no reconozcan las cosas que mas sientes.

7.

Necio es quien, por volver por la reputacion, la pierde, lo cual suele suceder cuando se defiende con palabras: que si las asiste pasion, aunque con amparo de la razon, se escede fácilmente, y pierde uno mas autoridad por querer defenderla, que otro le quitó ofendiéndole.

Polilla de la fortuna es la envidia; pero de las dos suertes mejor es ser envidiado que envidioso: esto es torpe vicio; aquello riesgo honrado. (*Centurias de dictámenes prudentes y reales.*)

DON ANTONIO DE SOLIS.

Batalla de Otumba.

Al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso de menos confusa ordenanza que los pasados, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista; último esfuerzo del poder mejicano, que se componia de

varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separacion de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitan general del imperio en unas andas vistosamente adornadas, que sobre los hombros de los suyos le mantenian superior á todos, para que se temiese al obedecer sus órdenes la presencia de los ojos. Traia levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podia sacar en las ocasiones de mayor empeño : su forma una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendria su misterio de superioridad sobre los otros geroglíficos de las insignias menores : vistosa confusion de armas y penachos en que tenian su hermosura los horrores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad á que debian preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernan Cortés á examinar los semblantes de los suyos con aquel brio natural que hablaba sin voz á los corazones; y hallándolos mas cerca de la ira que de la turbacion : « llegó el caso, dijo, de morir ó vencer : la causa » de nuestro Dios milita por nosotros. » Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron clamando por la órden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedia la ocasion; y apellidando como solia unas veces á Santiago y otras á San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadron para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería que iba señalada para defender los costados y asegurar las espaldas. Dióse tan á tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban á pasar de la otra banda para sitiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer alcance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de la sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con eleccion, buscando primero á los que parecian capitanes; pero los indios peleaban con obstinacion, acudiendo menos unidos que apretados á llenar el puesto de los que morian, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército cuando cerraban los caballos, ó salian á la vanguardia las bocas de fuego y volvia con nuevo impulso á cobrar el terreno perdido, moviéndose á una parte y otra la muchedumbre, con tanta velocidad, que parecia un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentian los flujos y reflujos.

Peleaba Hernan Cortés á caballo socorriendo con su tropa los mayores aprietos, llevando en su lanza el terror y el estrago del enemigo: pero le traia sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operacion; y discurriendo en los partidos que podria tomar para mejorarse ó salir al camino, le socorrió en esta congoja una observacion de las que solia depositar en su cuidado para servirse de ellas en la ocasion. Acordóse de haber oido referir á los mejicanos que toda la suma de sus batallas consistia en el estandarte real, cuya pérdida ó ganancia decidia sus victorias ó las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descomponia el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolucion de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocia. Llamó á los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demas que asistian á su persona: y haciéndoles una breve advertencia de lo que debian obrar para conseguir el intento, embistieron á poco mas de media rienda por la parte que parecia mas flaca ó menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo como solian el choque de los caballos; y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron á la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar sin detenerse al parage donde asistia el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entretanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los piés á su caballo Hernan Cortés y cerró con el capitan general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Habíanle ya desamparado los suyos; y hallándose cerca un soldado particular que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte que puso luego en manos de Cortés. Era este soldado persona de calidad; y por haber perfeccionado entonces la hazaña de su capitan le hizo algunas mercedes el emperador, y quedó por timbre de sus armas el penacho de que se coronaba el estandarte.

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demas insignias, y arrojando las armas se declaró por todas partes la fuga del ejército. Corrieron despavoridos á guarecerse de los bosques y maizales: cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos para que no se volviesen á juntar, y mandaba

la irritacion lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos ó tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las armas le rompió la primera túnica del cerebro, y fue mayor el daño de la contusion. Dejóse á los soldados el despojo, y fue considerable, porque los mejicanos venian prevenidos de galas y joyas para el triunfo.

(*Conquista de Méjico.*)

DON FRANCISCO MANUEL DE MELO.

Introduccion á la Historia dé los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, en tiempo de Felipe IV.

Si buscas la verdad, yo te convido á que leas; si no mas del deleite y policía, cierra el libro, satisfecho de que tan á tiempo te desengañé.

Ni el arte, ni la lisonja han sido parciales á mi escritura : aquí no hallarás citadas sentencias ó aforismos de filósofos y políticos, todo es del que lo escribe. Muchos casos sí se refieren de que las puedes formar, si con juicio discurres por la naturaleza de estos sucesos : entonces será tuyo el útil, como el trabajo mio, sacando de mis letras doctrina por tí mismo; y ambos así nos llamaremos autores, yo con lo que te refiero, tú con lo que te persuades.

Ofrezco á los venideros un ejemplo, á los presentes un desengaño, un consuelo á los pasados. Cuento los accidentes de un siglo que les puede servir á estos, aquellos y esotros con lecciones tan diferentes.

Algunos condenarán mi Historia de triste. No hay modo de referir tragedias sino con términos graves. Las sales de Marcial, las fábulas de Plauto jamas se sirvieron ó representaron en la mesa de Livio.

Si alguna vez la pluma corriere tras la armonía de las razones, certifícote que en nada entró el artificio, sino que la materia entonces mas deleitable la lleva apaciblemente.

Hablo de las acciones de grandes príncipes y otros hombres de superior estado : lo primero se escusa siempre que se puede, y cuando se llega á hablar de los reyes, es con suma reverencia á la púrpura; pero es condicion de las llagas, no dejarse manejar sin dolor y sangre.

Muchos te parecerán secretos, no lo han sido á mi inteligencia : ninguno juzga temerariamente, sino aquel que afirma lo que no sabe : no es secreto lo que está entre pocos; de estos escribo.

Llamo á los soldados del ejército del rey don Felipe algunas veces católicos como á su rey: no se quejen los mas de esta separacion, sigo la voz de historiadores. Otras veces los nombro españoles, castellanos ó reales; siempre entiendo la misma gente: para todos quisiera el mejor nombre.

Procuro no faltar á la imitacion de los sugetos cuando hablo por ellos, ni á la semejanza cuando hablo de ellos. En inquirir y retratar afectos, pocos han sido mas cuidadosos; si lo he conseguido, dicha ha sido de la esperiencia que tuve de casi todos los hombres de que trato. He deseado mostrar sus ánimos, no los vestidos de seda, lana, ó pieles, sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años, estimado en el mundo.

Si en algo te he servido, pídote que no te entrometas á saber de mí mas de lo que quiero decirte. Yo te inculco mi juicio, como le he recibido en suerte: no te ofrezco mi persona, que no es del caso para que perdones ó condenes mis escritos. Si no te agrado, no vuelvas á leerme; y se te obligo, perdónote el agradecimiento: no es temor, como no es vanidad. Largo es el teatro, dilatada la tragedia: otra vez nos toparemos, ya me conocerás por la voz, yo á tí por la censura.

(*Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña, en tiempo de Felipe IV.*)

SIGLO XVIII.

EL PADRE FRAY BENITO GERÓNIMO FEIJOO.

El firmamento.

Para ver en este espejo la grandeza, la sabiduría, y aun la hermosura del Criador, no es menester mirarle como le mira el contemplativo en los raptos de la oracion, y mucho menos como lo registra el filósofo, examinando sus maravillas en su estudioso retiro; basta verle como le ve el mas sencillo y rústico aldeano, ó la mas ignorante pastorcilla en cualquiera tiempo; pero con mucha especialidad en una noche serena, clara y limpia de la primavera ó del estío. Este es un objeto que me llena el corazon de un suavísimo deleite.

¡Qué espectáculo tan ilustre, tan magnífico, tan hermoso! ¡Cuánta copia de luces, y qué brillantes en ese espacioso campo del firmamento! Y el mismo campo, ¡qué agradable por aquel hechicero color azul, verdaderamente celeste, de que todo él está vestido! ¿Qué comparacion tienen con aquella tela, y con aquellos brillantes sobrepuestos, las galas con que se adornan las mayores princesas de la tierra, no siendo la vestidura que las cubre, mas que un áspero tejido, y sus ponderados diamantes, chinas robadas á una peña? Allí miro la luna, y parece está en el goce de toda su plenitud. ¡Qué rueda tan vistosa! ¡Qué candor tan amable! ¡Qué resplandor tan benigno! ¡Con qué majestad tan agradable se pasea por aquel círculo asignado á su movimiento! Hácia aquella parte se me presenta una prolongada faja como de color de leche, esta debe de ser la que llaman *via láctea* los astrónomos. Tambien imita, aunque débilmente, la luz de los astros, y acaso no es otra cosa que una coleccion de astros menores, ó estrellas, que se representan mas pequeñas, por ser mayor la distancia. Asi lo conjeturo, porque tambien en la multitud de esotras, que sin disimular que son estrellas, estan derramadas por tan dilatados espacios, observo bastante desigualdad, asi en la magnitud como en la brillantez. Pero esa misma diminucion de luz en algunas partes aumenta con su hermosa variedad el lucimiento del todo. ¡Válgame Dios! ¡Qué grande será el que fabricó un cielo tan grande! ¡Qué hermoso será el que hizo tantos luminares tan hermosos!

Dime ahora tú, enamorado habitador de la corte, que á todo forastero fastuosamente ponderas como el mas ostentoso objeto de los ojos, y el mas hechicero atractivo de las almas, cuando logra la pompa de iluminarse su frecuentada plaza : dime, repito, ¿qué comparacion tiene esa iluminacion con estotra, que yo te recuerdo? ¿Qué proporcion hay de esas míseras perecederas luces, que en el breve espacio de dos horas se encienden y se apagan, á estotras inextinguibles antorchas, que seis mil años há estan alumbrando, y alumbrarán cuanto dure el mundo? Si quieres creerme, pues, sal al campo, y levanta los ojos al cielo, para cotejar lo que dejas con lo que logras. Esa que ves, es la casa del Señor, el palacio de la deidad, templo del Santo de los santos, y habitacion eterna de los justos: Mira la augusta espaciosa bóveda de ese templo, con las innumerables lucidísimas lámparas que la adornan, sostenidas como milagrosamente por la misma invisible mano, que las colocó en ese sitio. (*Cartas eruditas.*)

DON GREGÔRIO MAYANS Y SISCAR.

Exhortacion al ejercicio de la elocuencia española.

Si hubo tiempo en que se haya escrito en España con algun acierto, como ciertamente lo ha habido, ninguno mas á propósito que el que hoy logramos, para poder escribir con la mayor perfeccion. España, siempre fecundísima de los mayores talentos, los produce hoy iguales á los que en otro tiempo, esto es, iguales á los mayores del mundo. La que dió maestros á Roma, cuando fué mas sabia y elocuente, los pudiera hoy dar á todo el orbe, si sus ingenios se instruyesen y cultivasen debidamente. Con razon me duelo de que en el arte del decir no procuremos, no solo igualar, sino tambien esceder á las demas naciones; y mas, siendo tan notoria la ventaja que nuestro lenguaje hace á los estraños. Tenemos una lengua espresiva, en estremo grave, majestuosa, suavísima y sumamente copiosa. Fuera de todo esto, llegaron ya las ciencias en Europa al mayor auge que nunca. Todas tuvieron sus veces : todas nos dejaron sus ideas en varios siglos, para que fuese el nuestro mas sabio. El que medió entre Orfeo y Pitágoras, fué poético; entre Pitágoras y Alejandro, filosófico; entre Alejandro y Augusto, oratorio; entre Augusto y Constantino, jurídico; entre Constantino y san Bernardo y Leon X, escolástico; entre Leon X y nosotros, físico y crítico : de suerte, que en nuestra edad se manifiesta la naturaleza y la antigüedad. Siendo, pues,

certísimo que la fuente del escribir es el saber, para escribir ¿qué tiempo hay mas á propósito que este, en que mejor se puede saber? ¿Pues qué embarazo hay que nos impida adelantar el paso hácia la verdadera elocuencia? Ea, procuremos lograrla, así por la propia estimacion, como por no pasar por la ignominia de ser inferiores en tan escelente calidad á las naciones estrañas. Cierta es la competencia con las mas cultas de Europa : superiores son nuestras armas, quiero decir, nuestra lengua, si la manejamos tan bien como nuestros mayores la espada. No es muy incierta la esperanza de conseguir la victoria, como á la diligencia de los estraños corresponda la nuestra. Fué elocuentísima Atenas : quiso competirle Roma; pero no la pudo igualar, así porque no fué tan sabia, como porque la lengua no era tan espresiva y copiosa. La nuestra lleva una gran ventaja á las europeas todas. ¿Qué falta, pues, sino superar á los estraños, ó á lo menos, igualarlos en el saber y uso? Esto se podrá conseguir, si parte del tiempo que se gasta en espinosas cuestiones que antes lastiman que mejoran el entendimiento humano, honestamente se emplea en mas fructuosos asuntos : si solamente se imitan los que supieron hablar : si se procura imitar con intencion de vencer, como con grande acierto imitó Platon á Cratilo y Arquitas; Ciceron á Craso y Antonio : si se procura, digo, imitar, fijando mas la mente en la perfeccion universal que quiere el arte, que en la particular observacion del artificio de alguno : de suerte, que el orador no haga lo que el ignorante zapatero, que por diestro que sea, no sabe trabajar sin horma; sino lo que el ingeniosísimo Zeuxis, que habiendo de pintar la imágen de la bellísima Helena, no quiso escoger por ejemplar una sola niña, aunque muy hermosa; sino que, fecundando su idea con la hermosura de cinco las mas bellas vírgenes que á la sazon habia en la ciudad de Croton, logró ser émulo de la naturaleza misma, con tanta gloria suya, que me persuado que casi hubiera habido tanto número de Paris, cuantos fueron á ver aquella segunda Helena, á no robar sus potencias un tan estraño prodigio. Así, pues, el que desee formar una perfectísima idea de la verdadera elocuencia, con juicio atienda á la invencion de Gracian, agudeza de Vieira, erudicion de Vanegas, juicio de Saavedra, discrecion de Solis, decoro de Cervantes, pureza de Quevedo, facilidad de Granada, número de Hortensio, hermosura de Manero; y así en otros muchos, considere bien las perfecciones que en sus obras brillan mas, y tenga bien entendido que la composicion simétrica de todas ellas es la idea única de la verdadera elocuencia. Aspiremos pues á esta.

(*Oracion en que se exhorta á seguir la verdadera idea de la elocuencia española.*)

EL PADRE JOSÉ FRANCISCO DE ISLA.

Retrato de Fray Gerundio de Campazas.

Hallábase el padre predicador mayor en lo mas florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta : miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados : muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo, y estudiosamente arremolinado : hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa : obra toda de ciertas beatas, que se desvivian por su padre predicador. En conclusion, él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo, y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamas de sembrar los sermones de chistes, gracias, refranes, y frases de chimenea encajadas con grande donosura, no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.

Era de aquellos cultísimos predicadores, que jamas citaban á los santos padres, ni aun á los sagrados evangelistas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A san Mateo le llamaba *el Angel Historiador* : á san Marcos *el evangélico Toro* : á san Lucas *el mas divino Pincel* : á san Juan *el Aguila de Patmos* : á san Jerónimo *la Púrpura de Belen* : á san Ambrosio *el Panal de los doctores* : á san Gregorio *la alegórica Tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermon, para citar el Evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente : *Joannes capite decimo tertio : Matthæi capite decimo quarto,* eso era cuento, y le parecia que bastaria eso para que le tuviesen por un predicador sabatino; ya se sabia que siempre habia de decir : *Ex evangelicâ lectione Matthæi vel Joannis capite quarto decimo;* y otras veces, para que saliese mas rumbosa la colocacion : *Quarto decimo ex capite*. ¡Pues qué! dejar de meter los dos deditos de la mano derecha con garbosa pulidez entre el cuello y el tapa-cuello de la capilla, en ademan de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza, mientras estaba proponiendo el tema : y al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados : y como para limpiar el pecho, hinchar los carrillos, y mirando con desden á

una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural entre estornudo y relincho. Esto, afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete, y luego que hecha ó no hecha una breve oracion, se ponia de pié en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas mas que aire, volverle á meter en la manga á compas y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de *sea ante todas cosas bendito, alabado, y glorificado;* concluyendo con lo otro de *en el primitivo instantáneo ser de su natural animacion;* no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo san Pablo le predicara, que todos ellos eran, por lo menos, otras tantas evidencias de que allí no habia, ni migaja de juicio, ni asomo de sindéresis, ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

(*Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas.*)

DON ANTONIO DE CAPMANI.

El padre Juan de Mariana.

Nació Juan de Mariana en Talavera, villa insigne del reino de Toledo, en el año de 1536, hijo de ilegítimo matrimonio: llamóse su padre Juan Martinez de Mariana, que despues fué dean y canónigo de la iglesia colegial de aquella villa; y su madre Bernardina Rodriguez.

Desde muy temprana edad amaneció en Mariana una maravillosa memoria junto con una perspicacia y discernimiento superior á sus años. Fué enviado á la entonces célebre universidad de Alcalá á cursar las artes y teología. Allí bebió el buen gusto, elocuencia y precision que forman el principal carácter de sus escritos, frecuentando entre las de otros sabios la escuela de Fr. Cipriano de Huerga, catedrático de escritura, monge cisterciense, y varon de vastísima erudicion en todo género de letras, y de gran pericia en las lenguas orientales.

Tocado su corazon de la vida devota laboriosa y mortificada del P. Nadal, y de otros compañeros que san Ignacio habia enviado á las provincias de Castilla para establecer sus nuevas constituciones, abrazó el instituto de la compañía de Jesus cuando no contaba mas de diez y siete años de edad. Fenecidos los dos años

de probacion en el noviciado de Simancas, le enviaron sus superiores á la universidad de Alcalá, donde acabó de madurar su robusto juicio y fecundo ingenio con la sublime investigacion de las ciencias sagradas, y cultivo de las demas facultades y conocimientos humanos.

Los adelantamientos y buen nombre que allí adquirió movieron á su general Diego Leynez, cuando trataba de establecer la enseñanza del gran colegio romano, buscando á este fin los mas sobresalientes maestros y estudiantes entre todas las naciones donde estaba fundada su congregacion, á escoger á Mariana, mozo aun de veinticuatro años, para la cátedra de teología, que leyó por espacio de cuatro años en aquella capital, contando entre sus discípulos al célebre cardenal Belarmino. De allí fué trasladado á Sicilia á dar principio tambien á los estudios de la teología que se planteaban en aquella isla, donde permaneció dos años, hasta que fué enviado á Paris con igual encargo de enseñar las ciencias sagradas. Aquella famosa universidad le admitió luego en su gremio, confiriéndole el grado de doctor teólogo, y el empleo de profesor, que ejercitó por mas de cinco años esplicando á santo Tomas.

El temple de Paris poco favorable á su complexion, y mas que todo las continuas tareas de la cátedra y su infatigable aplicacion, le acarrearon graves dolencias, de cuyas resultas, cortando la carrera á sus estudios teológicos, tuvo que retirarse á España en 1574, fijando su residencia en la casa profesa de Toledo, despues de haber gastado trece años en los paises estranjeros ocupado en la enseñanza pública.

En la quietud de su nuevo domicilio dedicóse al conocimiento de otras facultades amenas, y á la predicacion, para cuyo ejercicio estaba dotado de grandes talentos; sin embargo de las graves comisiones de examinador sinodal, consultor del santo oficio, y del arzobispo de Toledo D. Gaspar de Quiroga, que se sirvió de sus luces para las censuras de varios libros (sin contar la del ruidoso proceso contra el célebre Arias Montano), para el *Manual de los Sacramentos*, para la estension de las *Actas del Concilio provincial de Toledo de 1582*, y para disponer el *catálogo de los libros prohibidos*, y el *índice espurgatorio* publicado en 1584. Tambien concurrió con otros sabios españoles á la edicion de las obras de san Isidoro.

Mariana con su maravillosa lectura se habia internado en el conocimiento de todo género de letras; sin que por esto dejase la teología de ser el principal asunto de sus tareas y atencion. Mucho tiempo habia que meditaba escribir la *Historia general de España*; y entre tanto que le ocupaban los continuos encargos de sus superiores, iba delineando el plan de este grande edificio.

Empeñóle á esta empresa la falta que padecia la nacion de una obra de esta naturaleza : y Mariana prometióse un feliz suceso, fiado en el caudal de su ingenio y erudicion. Valióse para este trabajo de todo cuanto los cronistas, historiadores, analistas y anticuarios habian publicado antes de él, así en latin como en romance : de la suerte que se aprovecha un arquitecto de los materiales y ruinas de otros edificios. Compuso su historia en latin, para que la fama de los hechos de los españoles se estendiese á las demas naciones : y la imprimió la primera vez en Toledo en 1592 constando de solos veinte libros. Estos se aumentaron hasta treinta en dos posteriores ediciones, siendo la tercera la de Maguncia de 1605, que salió completa de todas las adiciones.

El aprecio con que fué generalmente recibida la historia latina, las repetidas instancias que de varias partes hicieron al autor, y el recelo de que alguno la tradujese con poco acierto, le obligaron á verterla en castellano, é imprimirla en Toledo en 1601 : cuyas ediciones hechas en vida del autor, cada una con nuevas enmiendas, aumentos y correcciones, se repitieron hasta cuarta vez, siendo la última la del año 1623. Por manera que en vista de las adiciones y mejorías que recibia sucesivamente su historia, se ha dado sobrada materia á algunos críticos para decir : que Mariana, ó por reconocimiento propio, ó por advertencia en los avisos de sus amigos, y censuras de sus émulos, iba perfeccionando su obra; y que aprendia y estudiaba la historia al paso que la escribia, á costa de la verdad y de la instruccion de sus lectores.

Las demas obras que escribió Mariana son : — 1°. El famoso tratado *De Rege et Regis institutione*, impreso en 1598 : obra condenada á las llamas por sediciosa de órden del Parlamento de Paris, á los once años despues de su publicacion, cuya doctrina le acarreó no pocos disgustos en España. 2°. *De ponderibus et mensuris*, que publicó en Toledo. — 3°. *Los siete tratados*, coleccion impresa en Colonia en 1609 en un tomo en fol. y comprende los siguientes : 1°. *De la venida de Santiago á España;* 2°. *De la edicion de la Vulgata de los libros sagrados;* 3°. *De los espectáculos,* que tradujo despues en castellano bajo del título de Mariana contra las representaciones al Rey N. S. memorial; 4°. *De los años de los árabes cotejados con los nuestros;* 5°. *Del dia y año de la muerte de Cristo;* 6°. *De la muerte, y de la inmortalidad*; 7°. *De la alteracion de la moneda.*

Este último tratado, en que hallaron los políticos intenciones sediciosas y subversivas del buen órden y obediencia de los pueblos, le suscitó un famoso proceso y fuertes sinsabores con privacion de su libertad, la que no recobró hasta al cabo de un año de reclusion en San Francisco de Madrid. En las diligencias de esta causa se le encontró entre sus papeles uno con este título :

De las enfermedades de la Compañía, y de sus remedios, del cual se sacó luego una copia que despues fué impresa en Burdeos en 1625 en 8°. Esta obra le hizo odioso y sospechoso á su misma órden, en la cual jamas obtuvo cargo ni oficio alguno.

Restituido á su casa de Toledo, volvió á dedicarse á los libros y ejercicios de piedad. Allí escribió el *Epítome de la biblioteca de Phocio;* la traduccion de algunas homilías de S. Cirilo, y de la homilía de Eustaquio, obispo de Antioquía, sobre el *Hexamero*. La principal ocupacion de Mariana en los últimos años de su vida fué la obra de los *Escolios sobre el Viejo y Nuevo Testamento*, que no le permitieron concluir sus achaques y avanzada edad; pero los imprimió sin embargo en Madrid en 1619 : y se hicieron de ellos al siguiente año dos reimpresiones, una en Paris, y otra en Amberes.

Poco tiempo sobrevivió Mariana á las últimas ediciones de sus obras, pues falleció en 16 de febrero de 1623 en la casa profesa de Toledo, á los 87 años cumplidos de su edad. Dejó, ademas de las publicadas, muchas obras mss. que aseguran escedian al doble á todo lo impreso.

El número y naturaleza de las obras de que acabamos de dar puntual noticia, acreditan plenamente el estraordinario talento, fecundo ingénio, sólido juicio, universalidad de conocimientos, é infatigable aplicacion del P. Mariana, que fué su dominante deleite hasta su postrer aliento...

(*Teatro histórico-crítico de la elocuencia española.*)

DON MELCHOR GASPAR DE JOVELLANOS.

Elogio de Cárlos III.

El elogio de Cárlos III pronunciado en esta morada del patriotismo, no debe ser una ofrenda de la adulacion sino un tributo del reconocimiento. Si la tímida antigüedad inventó los panegíricos de los soberanos, no para celebrar á los que profesaban la virtud, sino para acallar á los que la perseguian, nosotros hemos mejorado esta institucion, convirtiéndola á la alabanza de aquellos buenos príncipes, cuyas virtudes han tenido por objeto el bien de los hombres que gobernaron. Así es, que mientras la elocuencia, instigada por el temor, se desentona en otras partes para divinizar á los opresores de los pueblos, aquí libre y desinteresada se consagrará perpetuamente á la recomendacion de las benéficas virtudes en que su alivio y su felicidad estan cifrados.

Tal es, señores, la obligacion que nos impone nuestro instituto: y mi lengua, consagrada tanto tiempo há á un ministerio de verdad y justicia, no tendrá que profanarle por la primera vez para decir las alabanzas de Cárlos III. Considerándole como padre de sus vasallos, solo ensalzaré aquellas providencias suyas que le han dado un derecho cierto á tan glorioso título; y entonces este elogio, modesto como su virtud, y sencillo como su carácter, sonará en vuestro oido á la manera de aquellos himnos con que la inocencia de los antiguos pueblos ofrecia sus loores á la divinidad, tanto mas agradables cuanto eran mas sinceros, y cantados sin otro entusiasmo que el de la gratitud.

¡Ah! cuando los soberanos no han sentido en su pecho el placer de la beneficencia: cuando no han oido de la boca de sus pueblos las bendiciones del reconocimiento, ¿de qué les servirá esta gloria vana y estéril que buscan con tanto afan para saciar su ambicion, y contentar el orgullo de las naciones? Tambien España pudiera sacar de sus anales los títulos pomposos en que se cifra este funesto esplendor. Pudiera presentar sus banderas llevadas á las últimas regiones del ocaso para medir con la del mundo la extension de su imperio: sus naves cruzando desde el Mediterráneo al mar Pacífico, y rodeando las primeras la tierra para circunscribir los límites de la ambicion humana: sus doctores defendiendo la iglesia, sus leyes ilustrando la Europa, y sus artistas compitiendo con los mas célebres de la antigüedad. Pudiera en fin amontonar ejemplos de heroicidad y patriotismo, de valor y constancia, de prudencia y sabiduría. Pero con tantos y tan gloriosos timbres, ¿qué bienes puede presentar añadidos á la suma de su felicidad?

Si los hombres se han asociado, si han reconocido una soberanía, si le han sacrificado sus derechos mas preciosos lo han hecho sin duda para asegurar aquellos bienes, á cuya posesion los arrastraba el voto general de la naturaleza. ¡O príncipes! vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente en medio de las naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aquí vuestra primera obligacion. Guardaos de atender á los que os distraen de su cumplimiento: cerrad cuidadosamente el oido á las sugestiones de la lisonja y á los encantos de vuestra propia vanidad, y no os dejeis deslumbrar del esplendor que continuamente os rodea, ni del aparato del poder depositado en vuestras manos. Mientras los pueblos afligidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad os mira de lejos, observa vuestra conducta, escribe en sus memoriales vuestras acciones, y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido, ó la execracion de los siglos venideros.

Parece que este precepto de la filosofía resonaba en el corazon

de Cárlos III cuando venia de Nápoles á Madrid traido por la Providencia á ocupar el trono de sus padres. Un largo ensayo en el arte de reinar le enseñara que la mayor gloria de un soberano es la que se apoya sobre el amor de sus súbditos; y que nunca este amor es mas sincero, mas durable, mas glorioso que cuando es inspirado por el reconocimiento. Esta leccion tantas veces repetida en la administracion de un reino, que habia conquistado por sí mismo, no podia serlo menos en el que venia á poseer como una dádiva del cielo.

Vosotros, señores, vosotros que cooperais con tanto celo al logro de sus paternales designios, no desconocereis cuál era el espíritu que faltaba á la nacion. Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustracion: ved aquí lo que España deberá al reinado de Cárlos III.

Si dudais que en estos medios se cifra la felicidad de un estado, volved los ojos á aquellas tristes épocas en que España vivió entregada á la supersticion y la ignorancia. ¡Qué espectáculo de horror y de lástima! La religion enviada desde el cielo á ilustrar y consolar al hombre, pero forzada por el interés á entristecerlo y eludirle: la anarquía establecida en lugar del órden: el jefe del estado tirano ó víctima de la nobleza: los pueblos, como otros rebaños, entregados á la codicia de sus señores: la indigencia agobiada con las cargas públicas: la opulencia libre enteramente de ellas, y autorizada á agravar su peso: abiertamente resistidas ó atropelladas las leyes: menospreciada la justicia: roto el freno de las costumbres, y abismados en la confusion y el desórden todos los objetos del bien y el órden público; ¿dónde, dónde residia entonces aquel espíritu, á quien debieron despues las naciones su prosperidad?

España tardó algunos siglos en salir de este abismo; pero cuando rayó el diez y seis, la soberanía habia recobrado ya su autoridad, la nobleza sufrido la reduccion de sus prerogativas, el pueblo asegurado su representacion, los tribunales hacian respetar la voz de las leyes y la accion de la justicia; y la agricultura, la industria, el comercio prosperaban á impulsos de la proteccion y el órden. ¿Qué humano poder hubiera sido capaz de derrocar á España del ápice de grandeza á que entonces subió, si el espíritu de verdadera ilustracion le hubiese enseñado á conservar lo que tan rápidamente habia adquirido?

No desdeñó España las letras, no: antes aspiró tambien por este rumbo á la celebridad. Pero, ¡ah! ¿cuáles son las útiles verdades que recogió por fruto de las vigilias de sus sabios? ¿De qué le sirvieron los estudios eclesiásticos, despues que la sutileza escolástica le robó toda la atencion que debia á la moral y al dogma? ¿De qué la jurisprudencia, obstinada por una parte en

multiplicar leyes, y por otra en someter su sentido al arbitrio de la interpretacion? ¿De qué las ciencias naturales, solo conocidas por el ridículo abuso que hicieron de ellas la astrología y la química? ¿De qué por fin las matemáticas cultivadas solo especulativamente, y nunca convertidas ni aplicadas al beneficio de los hombres? Y si la utilidad es la mejor medida del aprecio, ¿cuál se deberá á tantos nombres como se nos citan á cada paso, para lisonjar nuestra pereza y nuestro orgullo?

Entre tantos estudios no tuvo entonces lugar la economía civil, ciencia que enseña á gobernar, cuyos principios no ha corrompido todavía el interés, como los de la política; y cuyos progresos se deben enteramente á la filosofía de la presente edad. Las miserias públicas debian despertar alguna vez al patriotismo, y conducirle á la indagacion de la causa y al remedio de tantos males; pero esta época se hallaba todavía muy distante. Entre tanto que el abandono de los campos, la ruina de las fábricas y el desaliento del comercio sobresaltaba los corazones, las guerras extranjeras, el fausto de la corte, la codicia del ministerio, y la hidropesía del erario abortaban enjambres de miserables arbitristas, que reduciendo á sistema el arte de estrujar los pueblos, hicieron consumir en dos reinados la sustancia de muchas generaciones.

Entonces fue cuando el espectro de la miseria, volando sobre los campos incultos, sobre los talleres desiertos, y sobre los pueblos desamparados difundió por todas partes el horror y la lástima. Entonces fue cuando el patriotismo inflamó el celo de algunos generosos españoles, que tanto meditaron sobre los males públicos, y tan vigorosamente clamaron por su reforma: entonces cuando se pensó por primera vez que habia una ciencia que enseñaba á gobernar los hombres y hacerlos felices: entonces finalmente cuando del seno mismo de la ignorancia y el desórden nació el estudio de la economía civil.

¿Pero cuál era la suma de verdades y conocimientos que contenia entonces nuestra ciencia económica? ¿Por ventura podremos honrarla con tan apreciable nombre? Vacilante en sus principios, absurda en sus consecuencias, equívocada en sus cálculos y tan deslumbrada en el conocimiento de los males como en la eleccion de los remedios, apenas nos ofrece una máxima de buen gobierno. Cada economista formaba un sistema peculiar, cada uno le derivaba de diferente orígen; y sin convenir jamás en los elementos, cada uno caminaba á su objeto por distinta senda.

Estaba reservado á Cárlos III aprovechar los rayos de luz que estos dignos ciudadanos habian depositado en sus obras. Estábale reservado el placer de difundirlos por su reino, y la gloria de convertir sus vasallos al estudio de la economía. Sí, buen rey,

ve aquí la gloria que mas distinguirá tu nombre en la posteridad. El santuario de las ciencias se abre solamente á una pequeña porcion de ciudadanos, dedicados á investigar en silencio los misterios de la naturaleza para declararlos á la nacion. Tuyo es el cargo de recoger sus oráculos: tuyo el de comunicar la luz de sus investigaciones: tuyo el de aplicarla á beneficio de tus súbditos. La ciencia económica te pertenece exclusivamente á ti y á los depositarios de tu autoridad. Los ministros que rodean tu trono constituidos órganos de tu suprema voluntad: los altos magistradas que la deben intimar al pueblo, y elevar á tu oido sus derechos y necesidades: los que presiden al gobierno interior de tu reino: los que velan sobre tus provincias: los que dirigen inmediatamente tus vasallos deben estudiarla, deben saberla, ó caer derrocados á las clases destinadas á trabajar y obedecer. Tus decretos deben emanar de sus principios y sus ejecutores deben respetarlos. Ve aquí la fuente de la prosperidad ó la desgracia de los vastos imperios que la Providencia puso en tus manos. No hay en ellos mal, no hay vicio, no hay abuso, que no se derive de alguna contravencion á estos principios. Un error, un descuido, un falso cálculo en economía llena de confusion las provincias, de lágrimas los pueblos, y aleja de ellos para siempre la felicidad. Tú, señor, has promovido tan importante estudio: haz que se estremezcan los que debiendo ilustrarse con él le desprecien ó insulten.

Apenas sube Cárlos al trono, cuando el espíritu de exámen y reforma repasa todos los objetos de la economía pública. La accion del gobierno despierta la curiosidad de los ciudadanos, renace entonces el estudio de esta ciencia, que ya por aquel tiempo se llevaba en Europa la principal atencion de la filosofía. España lee sus mas célebres escritores, examina sus principios, analiza sus obras: se habla, se disputa, se escribe; y la nacion empieza á tener economistas.

Pero á ti, ó buen Cárlos, á ti se debe siempre la mayor parte de esta gloria y de nuestra gratitud. Sin tu proteccion, sin tu generosidad, sin el ardiente amor que profesas á tus pueblos, estas preciosas semillas hubieran perecido. Caidas en una tierra estéril la cizaña de la contradiccion las hubiera sofocado en su seno. Tú has hecho respetar las tiernas plantas que germinaron; tú vas ya á recoger su fruto; y este fruto de ilustracion y verdad será la prenda mas cierta de la felicidad de tu pueblo.

Si, españoles, ved aquí el mayor de todos los beneficios que derramó sobre vosotros Cárlos III. Sembró en la nacion las semimillas de luz que han de ilustraros y desembarazó los senderos de la sabiduría. Las inspiraciones del vigilante ministro, que encargado de la pública instruccion sabe promover con tan noble y

constante afan las artes y las ciencias y á quien nada distinguirá tanto en la posteridad, como esta gloria, lograron al fin restablecer el imperio de la verdad. En ninguna época ha sido tan libre su circulacion, en ninguna tan firmes sus defensores, en ninguna tan bien sostenidos sus derechos. Apenas hay ya estorbos que detengan sus pasos; y entre tanto que los baluartes levantados contra el error se fortifican y respetan, el santo idioma de la verdad se oye en nuestras asambleas, se lee en nuestros escritos y se imprime tranquilamente en nuestros corazones. Su luz se recoge de todos los ángulos de la tierra, se reune, se extiende, y muy presto bañará nuestro horizonte. Sí, mi espíritu arrebatado por los inmensos espacios del futuro ve allí cumplido este agradable vaticinio. Allí descubre el simulacro de la verdad sentado sobre el trono de Cárlos; la sabiduría y el patriotismo la acompañan; innumerables generaciones la reverencian y se le postran en derredor; los pueblos beatificados por su influencia le dan un culto puro y sencillo; y en recompensa del olvido, con que la injuriaron los siglos que han pasado, le ofrecen los himnos del contento, y los dones de la abundancia que recibiéron de su mano.

O vosotros, amigos de la patria, á quienes está encargada la mayor parte de esta feliz revolucion, mientras la mano bienhechora de Cárlos levanta el magnífico monumento que quiere consagrar á la sabiduría; mientras los hijos de Minerva, congregados en él, rompen los senos de la naturaleza, descubren sus íntimos arcanos y abren á los pueblos industriosos un minero inagotable de útiles verdades, cultivad vosotros noche y dia el arte de aplicar esta luz á su bien y prosperidad. Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difunda por los palacios y altos consistorios, y que penetre hasta los mas distantes y humildes hogares. Este sea vuestro afan, este vuestro deseo y única ambicion. Y si quereis hacer á Cárlos un obsequio digno de su piedad y de su nombre, cooperad con él en el glorioso empeño de ilustrar la nacion para hacerla dichosa.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Heroicidad de Guzman el Bueno en Tarifa.

Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produjo muy malos, debe distinguirse el infante Don Juan, uno de los hermanos del rey (1); inquieto, turbulento, sin lealtad y sin

(1) Sucedió el heróico lance que aquí se refiere en el reinado de D Sancho

constancia, habia abandonado á su padre por su hermano, y despues á su hermano por su padre. En el einado de Sancho fue siempre uno de los atizadores de la discordia, sin que el rigor pudiese escarmentarle, ni contenerle el favor. A cualquiera soplo de esperanza, por vana y vaga que fuese, mudaba de senda y de partido, no reparando jamás en los medios de conseguir sus fines, por injustos y atroces que fuesen: ambicioso sin capacidad, faccioso sin valor, y digno siempre del odio y del desprecio de todos los partidos. Acababa el rey su hermano de darle libertad de la prision, á que le condenó en Alfaro, cuando la muerte del Señor de Vizcaya, cuyo cómplice habia sido. Ni el juramento que entonces hizo de mantenerse fiel, ni la autoridad y consideracion que le dieron en el gobierno, pudieron sosegarle. Alborotóse de nuevo, y no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó á Portugal, de donde aquel rey le mandó salir por respeto á D. Sancho. De allí se embarcó, y llegó á Tánger, y ofreció sus servicios al rey de Marruecos Aben Jabob, que pensaba entonces hacer la guerra al rey de Castilla. Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un tesoro si les daba la villa; y la vil propuesta fue desechada con indignacion. Atácanla despues con todos los artificios bélicos, que el arte y la animosidad les sugirieron; mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos dias, y manifestande á Guzman el desamparo en que le dejan los suyos, y los socorros y abundancia que pueden venir á ellos, le proponen que pues habia hecho desprecio de las riquezas que le daban, si él partia con ellos su tesoro, descercarian la villa. «*Los buenos caballeros*, respondió Guzman, *ni compran ni venden la victoria.*» Furiosos los moros se aprestaban nuevamente al asalto, cuando el inicuo infante acude á otro medio mas poderoso para vencer la constancia del caudillo.

Tenia en su poder al hijo mayor de Guzman, que sus padres le habian confiado anteriormente para que le llevase á la corte de Portugal, con cuyo rey tenian deudo. En vez de dejarlo allí, le llevó al África, y le trajo á España consigo; y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de sus fines. Sacóle maniatado de la tienda donde le tenia, y se le presentó al padre, intimándole que si no rendia la plaza, le matarian á su vista. No era esta la primera vez que el infame usaba de este abominable recurso. Ya

el IV, llamado el *Bravo*, en los últimos años del siglo décimotercio, poco despues de la guerra civil que suscitó contra su padre D. Alonso el *Sabio*.

en los tiempos de su padre, para arrancar de su obediencia á Zamora, habia cogido un hijo de la alcaidesa del alcázar y presentándole con la misma intimacion, habia logrado que se le rindiese. Pero en esta ocasion su barbarie era sin comparacion mas horrible, pues con la humanidad y la justicia violaba á un tiempo la amistad, el honor y la confianza. Al ver el hijo, al oir sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesino, las lágrimas vinieron á los ojos del padre; pero la fé jurada al rey, la salud de la patria, la indignacion producida por aquella conducta tan execrable, luchan con la naturaleza, y vencen, mostrándose el héroe entero contra la iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. « No engendré yo hijo, prorumpió, para que fuese contra mi » tierra; antes engendré hijo á mi patria para que fuese contra » todos los enemigos de ella. Si D. Juan le diese muerte, á mí » dará gloria, á mi hijo verdadera vida, y á él eterna infamia en » el mundo, y condenacion eterna despues de muerto. Y para que » vean cuán lejos estoy de rendir la plaza, y faltar á mi deber, » allá va mi cuchillo, si acaso les falta arma para completar su » atrocidad. » Dicho esto, sacó el cuchillo que llevaba á la cintura, le arrojó al campo, y se retiró al castillo.

Sentóse á comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho, para que no saliese al rostro. Entretanto el infante, desesperado y rabioso hizo degollar la víctima, á cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el muro, prorumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzman, y cierto de dónde nacia, volvió á la mesa diciendo: « cuidé que los enemigos entraban en Tarifa. » De allí á poco los moros, desconfiados de allanar su constancia, y temiendo el socorro que ya venia de Sevilla á los sitiados, levantaron el cerco que habia durado séis meses, y se volvieron á Africa sin mas fruto que la ignominia y el horror que su execrable conducta merecia.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó á los oidos del rey, enfermo á la sazon en Alcalá de Henares; desde allí escribió á Guzman una carta en demostracion de agradecimiento por la insigne defensa que habia hecho de Tarifa. Compárale en ella á Abraham, le confirma el renombre de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete mercedes correspondientes á su lealtad, y le manda que venga á verle, excusándose de no ir á buscarle en persona por su dolencia. D. Alonso, luego que se desembarazó del tropel de amigos y parientes, que de todas partes del reino acudieron á darle el parabien y pésame de su hazaña, vino á Castilla con grande acompañamiento. Salian á verle las gentes á los caminos: señalábanle con el dedo por las calles: hasta las doncellas recatadas pedian licencia á sus padres para ir y saciar sus ojos, viendo á aquel

varon insigne que tan grande ejemplo de entereza habia dado. Al llegar á Alcalá salió la corte toda á su encuentro por mandado del rey, y Sancho al recibirle, dijo á los donceles y caballeros qué estaban presentes : « Aprended, caballeros, á sacar labores de bondad; cerca teneis el dechado. » A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y privilegios magníficos; y entonces fué cuando le hizo donacion para sí y sus descendientes, de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocaduras del Guadalquivir y Guadalete. (*Vidas de Españoles célebres.*)

DON FELIX JOSÉ REINOSO.

Cómo de la fuerza pueda resultar un deber.

Rousseau exâmina quál es el derecho del mas fuerte, y hace ver que la fuerza no puede constituir derecho alguno (1). Nada tendríamos que oponer á sus reflexiones, si no infriese de ellas, que no hay obligacion de ceder á la fuerza. « La fuerza, dice, es » una potencia física : yo no entiendo, pues, qué moralidad pueda » resultar de sus efectos. Ceder á la fuerza es un acto de nece- » sidad, no de voluntad : es quando mas un acto de prudencia. » ¿En qué sentido podrá ser un deber? pregunto yo : y si fuese un deber ceder á la fuerza, ¿resultaria moralidad de los efectos de la fuerza? Parece que sí, segun el contexto en el qual la prudencia de esta cesion se contrapone al deber, para probar que de la fuerza no resulta moralidad. Mas yo creo que del mismo modo resulta moralidad, siendo el ceder un acto de prudencia, que si fuese de obligacion. Unos y otros actos, los de prudencia y los de deber, estan igualmente en la clase de actos morales : unos y otros son voluntarios. Son por lo tanto contradictorias estas dos proposiciones : de los efectos de la fuerza no puede resultar moralidad; de los efectos de la fuerza resulta un acto de prudencia. Lo son estotras igualmente : ceder á la fuerza no es un acto de voluntad; ceder á la fuerza es un acto de prudencia.

Entiendo bien, que una potencia física no puede imprimir á los actos el carácter de moralidad; esto es, la razon de bondad ó de maldad que da solamente la ley. Por manera que nunca será el principio que produce la moralidad de la accion; mas podrá ser la causa que produce la situacion ó circunstancias en que tal accion

(1) *Du Contrat social*, liv. I, chap. III.

debe practicarse. La potencia física en este caso no es el orígen, sino la ocasion del acto moral; así como los tormentos corporales son la ocasion de la paciencia, y las necesidades físicas el motivo de la misericordia.

Contraygámonos al asunto de la qüestion. ¿Podrá ser un deber el ceder á la fuerza? Yo digo que sí. La fuerza no impone este deber; pero lo impone la ley natural de la propia conservacion. Quando la fuerza es tal; que, resistiéndola, voy á perecer, estoy obligado por esta suprema ley á ceder á ella. « Si un bandido me » sorprehende en un bosque, es preciso darle la bolsa por » fuerza, » dice el mismo autor: y yo añado que aquella *precision* incluye un deber moral, no porque el salteador tenga algun derecho sobre mi bolsa, sino porque yo tengo una obligacion natural de conservar mi vida con pérdida de la bolsa; y si, por no entregar ésta, consintiese en perder la vida, cometeria un crimen de suicidio y otro de avaricia. Así pues, obedecer á la fuerza del conquistador, en cuyas manos está mi persona y mis bienes, por conservar la existencia de ambos, es un deber de la naturaleza. La fuerza no es la que me impone este deber, ni la que produce la bondad de la sumision; pero es la ocasion de que yo exerza este acto, á que me obliga la ley de mi conservacion, de la que él recibe su bondad moral. Esto basta para que yo esté obligado á ceder á la fuerza, y para que el conquistador diga con verdad: Tú debes obedecerme.

Decir que este solo es un acto de prudencia en el sentido de que no es obligatorio, es falso, como acabamos de ver: y solamente podrá llamarse asi, entendiendo por la prudencia una virtud universal, que regula y modera la práctica de todos los deberes, determinando las circunstancias y los límites de su cumplimiento. En este concepto puede decirse que la prudencia inspira el acto de ceder; como quiera que ella, vista la impotencia de repeler la fuerza, y teniendo presente la ley suprema de la conservacion, declara que se está en el caso en que prevalece la obligacion de esta ley, para cuya observancia es necesario sucumbir.

Explicado así el influxo de la fuerza sobre el deber, no son absurdas, como lo parecen á Rousseau, las conseqüencias de que cesará el deber, quando la fuerza cese; de que la obligacion de obedecer variará de objeto, quando otra fuerza mayor supere á la primera. Todos los deberes tienen sus casos de aplicacion, los quales cesando, cesa el deber. Quando cesa la indigencia del próximo, que es el caso en que debo exercer con él la beneficencia, cesa mi deber de socorrerle: si se presenta otro en mas extrema necesidad, mi primera obligacion varía de objeto, y debo socorrer á esotro con preferencia. Vese pues, que cesa el deber

de obedecer, luego que cesa el motivo; que varía este deber, quando varía la ocasion de practicarle : pues, aunque no cesa ni varía la ley de mi conservacion, falta ó se muda el caso de su observancia.

Mas « ceder á la fuerza es un acto de necesidad, no de volun- » tad..... El precepto de obedecer á las potestades, entendido » así, es bueno, pero superfluo; porque yo aseguro que jamas » será quebrantado. » Es muy inexâcta esta reflexîon de Rousseau : confunde la fuerza física, que se hace al cuerpo, con el miedo que de ella resulta, ó la fuerza moral que obra en el espíritu. Aquella quita del todo la voluntad, y no se puede resistir : respecto de ella, seria inútil el precepto de ceder; mas el miedo, por grave que sea, no quita la voluntad, aunque la disminuye. Al que arrastran de un lugar á otro violentamente, no puede permanecer en su puesto : en vano será mandarle que ande; pero al que amenazan de quitar la vida si no anda, puede estarse quieto y sacrificar su vida. Este es el caso y la utilidad del precepto : la ley natural le manda que se mueva, para no perecer. Y ¿este precepto jamas será violado? ¡Quántos han muerto víctimas de un capricho, de una imprudencia, de la obstinacion, de la temeridad! « Convengamos, concluye el filósofo de Ginebra, » en que la fuerza no causa derecho, y que no hay obligacion de » obedecer, sino á las legítimas potestades. » Desde luego hemos convenido en lo primero : la fuerza no da un derecho al que la posee; mas nunca convendrémos en la conseqüencia, de que el que padece la fuerza no tiene por otro principio una obligacion de ceder. Si este resultado es cierto, la qüestion metafísica de si la fuerza produce el derecho, es absolutamente inútil en la práctica. La conclusion final es que se debe obedecer.

(*Exámen de los delitos de infidelidad á la patria, imputados á los españoles sometidos bajo la dominacion francesa.*)

SIGLO XIX.

DON ALBERTO LISTA.

Introduccion á la Historia moderna.

Hemos concluido la historia de los pueblos de la antigüedad. En la caida del imperio romano acabó enteramente *la vida del foro, la religion de los sentidos* y el sistema de la libertad política ilimitada, no porque algunos siglos antes no se hubiesen casi estinguido de *hecho* estos tres caractéres de la organizacion social de los pueblos antiguos, sino porque solo bajo el dominio de los bárbaros dejaron de ser *instituciones*, y dieron lugar á nuevas costumbres é ideas.

En el grande intervalo que hemos recorrido desde la ley escrita hasta la conquista de Italia por Odoacre, se notan las siguientes revoluciones principales : 1ª. la conquista del Asia y el Egipto por los persas; último esfuerzo del principio despótico de la antigüedad : 2ª. el esplendor de Atemas y Esparta; último esfuerzo del principio democrático: 3ª. la conquista del Asiapor los macedonios; triunfo definitivo del valor y la disciplina contra el número : 4ª la subyugacion del mundo por los romanos; victoria del gobierno misto sobre las simples democracias y monarquías: 5ª. la ruina de la república romana y fundacion del imperio; efecto ordinario de la opulencia producida por las conquistas : 6ª. la ruina del imperio por la invasion de los bárbaros del Norte; grande catástrofe que dió orígen á las sociedades ó monarquías modernas. Hemos procurado, siguiendo el texto de nuestro original, manifiestar las causas y efectos de estas revoluciones políticas.

No nos hemos olvidado de la gran revolucion moral que produjo en el mundo la predicacion del cristianismo. El Evangelio, proclamando una doctrina pura é interior, y buscando en lo mas profundo de los corazones los vicios para debelarlos, estableció un nuevo elemento de sociedad; es decir, la comunicacion del hombre con Dios, en la cual, y por la cual adquirieron nuevo vigor las virtudes fuertes, nueva delicadeza las suaves; y el mortal cumplió los deberes de padre de familia, de ciudadano y de magistrado por un motivo mas sublime y activo que los de la

ambicion individual ó nacional que hasta entonces fueron la única regla de su conducta. La igualdad de todos los hombres ante Dios; la sumision á las potestades legales, salvo el imperio de la conciencia; la ruina de la esclavitud doméstica; la emancipacion del bello sexo, en fin, una política mas humana fueron los resultados sociales del principio cristiano.

A la verdad estos resultados no se conocieron de una vez, ni pudieron lograrse sino paulatinamente bajo los emperadores de Roma, desde Constantino que dió la paz á la Iglesia, ni en el imperio griego. Como la autoridad imperial se componia de las diversas magistraturas de la república, siendo una de ellas nada de sumo pontífice, los emperadores cristianos, sucesores de Constantino, se creyeron en virtud de esta dignidad con la facultad de inspeccion sobre los asuntos religiosos: inspeccion que algunos pretendieron estender hasta el dogma, á pesar de las reclamaciones de la Iglesia, que siempre insistió en que la proteccion del príncipe no destruyese la santa libertad del Evangelio. No bien deslindados los límites entre la autoridad temporal del emperador, y la espiritual de los ministros de la Iglesia, debió suceder y efectivamente sucedió que la intervencion de los emperadores impidiese al principio cristiano desenvolverse y producir sus efectos con la rapidez deseable, y aun, que degenerase adulterado en las herejías y cismas que han afligido la Iglesia de Oriente desde Arrio hasta nuestros dias. Pero la observacion mas importante y que caracteriza esencialmente el cristianismo del imperio de Constantinopla, es que jamás llegó á ser en él *un principio político*. El sacerdocio estuvo sometido á los emperadores, como ahora lo está á los sultanes, aunque de diferente religion; y aunque en tiempo de príncipes cristianos era respetado, nunca tuvo una influencia *legal* y pública en los negocios del imperio. Al contrario los emperadores intervinieron mas de lo justo en los negocios de la Iglesia. La causa de este fenómeno fué la parte de autoridad que los emperadores se atribuian desde la paz dada á la Iglesia por Constantino en los asuntos religiosos; y sus efectos, el gran número de herejías favorecidas y castigadas alternativamente por el príncipe secular, y sobre todo *las penas eclesiásticas*, usadas esclusivamente contra los dogmatizantes. Las crueldades ó castigos temporales impuestos por los emperadores eran mas bien actos de arbitrariedad, que consecuencias de un sistema de legislacion; y la prueba es que en tiempo de príncipes adictos á la herejía solian recaer estas persecuciones sobre los ortodoxos.

Muy de otro modo pasaron las cosas en el occidente europeo. Destruido el imperio romano, y establecidas las naciones bárbaras del Norte en sus diferentes provincias, no hubo, rigorosamente hablando, ninguna organizacion social. Los vencedores

fueron dueños de la mayor parte de las tierras, y quedaron obligados por ello al servicio militar : los antiguos habitantes, reducidos á cierta especie de esclavitud : las leyes eran favorables á los conquistadores : no se reconocian ni mas juicios ni mas derecho que el de la espada. Los reyes eran generales de los ejércitos y nada mas. Una aristocracia, opresora de los vencidos, y turbulenta contra su monarca, no permitia que se oyese en ninguna parte la voz de la justicia ni de la razon. La luz de las artes y ciencias romanas se habia sumergido en las mas densas tinieblas : los crímenes mas horrendos se cometian con la mayor serenidad si el poder favorecia al delincuente. La monarquía electiva, la aristocracia tiránica á un tiempo y republicana, el pueblo esclavo, las costumbres feroces y corrompidas, la falta completa de administracion y órden en todos los ramos; y en fin, las continuas guerras civiles manifestaban bien á las claras la ausencia absoluta de todo *principio político*, de *toda máxima comun* que ligase entre sí las diferentes clases de las naciones.

Pero como no hay individuo ni sociedad alguna que no posea el instinto segurísimo de su conservacion, fué necesario que los pueblos, por no volver al caos de la monarquía, en defecto de los *lazos materiales* que unen hoy dia á los individuos y los unieron antiguamente en Grecia é Italia, adoptasen el único principio *comun* á reyes y vasallos, á conquistadores y á conquistados : esta era en aquella época la religion cristiana que profesaban los pueblos sometidos y que adoptaron sus feroces conquistadores. *Erigióse, pues, el cristianismo en poder político y visible*. De aquí la autoridad temporal de los obispos y abades : de aquí la sumision de los reyes al sacerdocio : de aquí el derecho de asilo abierto en los monasterios á las artes útiles y á las letras : de aquí las *treguas de Dios* : de aquí la terminacion de muchas guerras sangrientas y devastadoras por la interposicion de un varon respetado por su santidad. Toda la influencia del principio *religioso* durante la edad media se esplica por la fuerza política que los reyes, grandes y naciones le dieron, no teniendo otras máximas ni otro motivo de union que las doctrinas del Evangelio.

El principio religioso fué el que sostuvo en España la larga lid de ocho siglos contra los mahometanos : él fué quien armó toda la Francia bajo Carlos Martel para la batalla de Tours : él, quien libertó la Sicilia y la Italia del poder de los Sarracenos : él, quien civilizó las provincias del Norte de Europa y del Nuevo Mundo : él, quien dió la primera idea de los parlamentos modelados al principio por los sínodos, en que los obispos representaban sus iglesias y que en varios paises tomaron, como en España, el mismo nombre de concilios : él, quien difundió el estudio y aplicacion del derecho romano : él, quien creó la supremacía de los sumos

pontífices sobre los reyes : él, en fin, quien impelió toda la Europa contra el Asia en las memorables expediciones de las Cruzadas y quien descubrió á los pueblos de Occidente los elementos de la antigua civilizacion en los mismos paises donde la piedad los llevaba á morir en defensa de su religion.

Es posible, pues, desconocer esta verdad; á saber, que en el Occidente europeo, invadido por los bárbaros, la religion fué una potencia política cuando faltaban todos los demas principios protectores de la sociedad. Pues ahora bien, es imposible concebir *una fuerza política sin poder coercitivo.* Fué preciso promulgar leyes contra los transgresores de la religion, y estas leyes fueron severas; porque el delito de heregía, fué un delito de la alta traicion contra la primera autoridad del Estado. Fué un deber hacer guerra á los hereges y á los idólatras por la misma razon que una potencia hace la guerra á sus enemigos. Estas hostilidades no las hacia por sí mismo el cristianismo, que no reconoce mas armas que la persuasion; sino las naciones y los poderes civiles que tenian que defender en él el primero y el único vínculo de la sociedad.

Meditando sobre estas reflexiones, se podrá valuar el aprecio que merecen las diatribas y sarcasmos de los filósofos del siglo XVIII contra la supuesta intolerancia y fanatismo á que atribuyen las guerras religiosas y los suplicios, destrozos y matanzas por delito de heregía. Si hubieran ascendido á la verdadera causa de esos tristes efectos, hubieran visto que fueron una consecuencia natural de haber elegido por principio político el único que existia en la época en que se fundaron las sociedades modernas de Europa. El despotismo en Oriente, la libertad en la antigua Grecia, la ambicion de los magnates en Roma, la autoridad militar de los sucesores de Augusto; y en fin las querellas de los reyes han hecho derramar mucha mas sangre.

Cuando al renacer las luces, la misma religion cristiana indicó las verdaderas bases del órden social en la justicia de los gobernantes, en el bienestar de los súbditos, en la fuerza protectora de los príncipes y en los progresos de las ciencias y de la industria, fué poco á poco abdicando la autoridad temporal que habia ejercido como una dictadura necesaria, y reduciéndose á la mision divina que recibió de su legislador, es decir, á ser el grande agente moral de las sociedades civiles.

Nos hemos estendido tanto en estas observaciones porque ellas esplican el uso que las naciones modernas de Europa han hecho en sus principios del cristianismo, y porque ellas solas bastan para destruir las calumnias con que una filosofía ó superficial ó mal intencionnada, ha denigrado la religion y el sacerdocio. Mandaron el mundo cuando nadie sino ellos podia mandarlo, y se sostuvie-

ron en el mundo con el mismo medio que se sostiene toda autoridad política, esto es, con las leyes y con la fuerza. Esta observacion es dominante en toda la historia de los siglos medios.

En la antigua hemos podido seguir los sucesos sin gran dificultad por la correlacion que llevan unos con otros. Las antiguas monarquías de Egipto y Asia, luego Grecia, y últimamente Roma, fueron los grandes centros de poder y cada uno atrajo así todo el mundo civilizado de su tiempo. Así que no hemos tenido que hacer adiciones en esta gran division de la historia. No podremos seguir un órden análogo en la moderna: 1°. porque en esta no ha habido ningun pueblo dominador; 2°. porque la historia de cada nacion merece una atencion particular; 3°. porque si bien el imperio griego y la Francia han sido dos centros de accion muy considerables, sin embargo casi todas las naciones en algunas épocas y con independencia de otros centros, han tenido una influencia, ya mas, ya menos directa en los negocios del mundo; y es indispensable que en una historia universal se fije la atencion sobre ellas en sus períodos gloriosos (1).

(*Historia universal del Conde de Segur.*)

EL DOCTOR DON SEBASTIAN DE MIÑANO.

Carta de un Pobrecito Holgazan á don Servando Mazculla.

Amigo D. Servando: ¡Cuánta va á ser la sorpresa de usted al encontrarse con esta mi carta despues de haberme rezado tantos responsos y padrenuestros, creido de las falsas nuevas que corrieron de mi muerte! No faltaron motivos en verdad para que muchos la tuviesen por cierta, y hasta yo mismo hube de contribuir con mi silencio á que pareciese mas verosímil y probable. ¿Ni qué muerte mas terrible para mí, que haber llegado á ver por mis propios ojos la temida reunion del Congreso nacional del año veinte, sin que hubiesen bastado á impedirlo cuantas maniobras y embarazos procuramos oponer los verdaderos amigos y protectores del altar y del trono? ¿Ni quién habia de resistir la ceguedad de ese pueblo insensato, que sin dar oidos á aquellas justas prevenciones, que otros llaman intrigas, votó sin mas ni mas, y como por instinto, en favor de los mayores enemigos de nuestras ideas?

Cosa increible parece, si no lo hubiéramos visto; pero ni si-

(1) Esta introduccion es original del Sr. Lista.

quiera por descuido hubo aquel año entré los diputados ningun ex-inquisidor que hubiese podido sacar la cara en favor de tan extinguido cuerpo; y ya ve usted que una exclusion tan injusta cerraba enteramente la puerta á las mas remotas esperanzas. Fuéme pues indispensable hacerme la mortecina y taparme como dicen por el golpe, sin que me hiciesen salir de mi agujero, ni los desmerecidos elogios, ni las injustas recriminaciones, ni los estúpidos imitadores, ni los malhadados críticos, ni la suplantacion de mi testamento, ni los fingidos sollozos y campanadas por mi muerte. Quise tambien hacerme sordo á los gritos de la amistad y del parentesco, pues ni siquiera me determiné á contestar á ninguna de las veinte cartas que me escribió *mi compadre*, aunque las recibí todas; tal fué el estado de abatimiento en que me dejó la inesperada reunion de Cortes.

Verdad es que, como ya le dije á usted en una de mis cartas, yo nunca habia podido hincar el diente á esa decantada Constitucion, ni habia podido recabar de mí mas que tararearla mal y de mala manera, lo cual me daba mucha desventaja para poder impugnarla segun eran mis deseos. Con este santo objeto me aproveché de la voluntaria oscuridad de mi vida, no solo para leerla, sino para estudirla y perifrasearla de mil maneras, amplificando y sustituyendo muchas de sus palabras, para poder argüir con ellas á los que en adelante se propusiesen defenderla. Mas ya que con usted puedo hablar con toda confianza, no encontré en este estudio todos los auxilios que yo me habia figurado, porque en efecto la Constitucion en sí misma contiene ciertas cosas que podrian contentar no solo á usted y á mí, que la aborreciamos solo por el sonido, sino tambien á los que con mas ahinco se habian propuesto contrariarla.

Este triste convencimiento apagó todas las esperanzas que yo habia concebido por esta parte, y ya me vi tentado á creer que nos habiamos quedado absolutamente solos en la palestra. Figúrese usted cuál sería mi pesadumbre y desconsuelo al ver á la España toda convertida en constitucional, aun sin saber lo que era constitucion; así como un enfermo, cansado de un largo padecer, se entrega con alegría y confianza al médico que le prescribe un método contrario, sin pararse á investigar las razones que motivan esta mudanza. Sin embargo, mi corazon me decia que no habia motivo para desesperar, y que convenia dejar al auxilio del tiempo, el remedio de lo que parecia del todo irremediable. Resuelto pues á sufrir el chubasco y á guardar la persona de cualquiera malandanza, de estas que son tan frecuentes en las revoluciones políticas, lo primero que resolví fué hacer una novena á santa Rita, abogada de los imposibles, sepultar en lo mas hondo del cofre la casaca y chupa de paño negro con que me

adornaba en tiempos mas dichosos, y mudarme de barrio; lo cual equivale en Madrid á una trasmigracion pitagórica.

Dije á usted que notaba una especie de presentimiento en mi alma, de que esta fogarata constitucional habia de ser de cortísima duracion; pero hablando de par en par, no me haga usted tan crédulo ó tan supersticioso que suponga que hay esos movimientos espontáneos, bien sean de esperanza ó de temor, que no estén fundados en algunas razones que sirven como de señales ó anuncios del suceso. Eran tantas las que yo veia allá en mis adentros, sin contar las que los demas veian y palpaban por de fuera, que se hubiera necesitado gran torpeza para no calcular casi con exactitud el fin, término y remate que debian tener estas cosas. Verdad es que todavía no se ha verificado ni uno ni otro, y que por lo tanto es indispensable que ahora mas que nunca tenga usted sumo cuidado de que nadie huela nuestra correspondencia, porque podria suceder, que así como en otro tiempo nuestros lamentos sirvieron, aunque contra nuestra intencion, de aviso para indicar las reformas que mas podian incomodarnos, sirviesen ahora nuestras prematuras alegrías, para que volviesen sobre sí algunos de los que tanto han contribuido á hacerlas odiosas y perjudiciales á los demas.

Sé muy bien que usted me replicará que no hay el menor recelo de que se corrijan los hombres que no han tenido otro norte en su carrera política, que la satisfaccion de sus pasiones; pero con todo y con eso, yo sé tambien que hay muchos entre ellos que de buena fe han hecho tales y tales disparates, que como ellos se llegaran á persuadir de que lo eran en efecto, no dejarian de procurar enmendarlos, y entónces habríamos contribuido involuntariamente á nuestro propio daño. De todos modos bueno será que usted lo calle, hasta que ya no tenga remedio, siguiendo la moda acostumbrada entre los escritores de partido.

Decia, pues, que me he acordado muchas veces de lo que usted me decia en su última carta, cuando me pedia albricias, al ver lo mucho que contribuian á nuestras miras los mismos que mas afectaban contrariarlas; y aunque desde entónces no me quedó la menor duda de que esto se lo llevaba la trampa, nunca me persuadí á que fuese tan de prisa, ni por unos medios tan vulgares y repetidos. Porque si bien se considera, ¿quién habia de imaginarse, que siendo la holgazanería y el deseo de vivir á costa ajena los que habian hecho necesario el restablecimiento de una constitucion, fuesen estos mismos afectos los que lograsen destruirla en un período tan corto como el de dos años? ¿Quién se hubiera atrevido á esperar que aquel mismo D. Antonio, que con tanto fervor escribia y peroraba en todas partes contra las escandalosas riquezas de lo que llaman alto clero, y contra la ociosidad y lujo

sibarítico de las dignidades eclesiásticas, se hubiese abalanzado, como un perro hambriento, á la primera vacante, sin otra previa diligencia ni exámen, mas que averiguar cuál era la valuacion que antigüamente tenia en la Cámara? ¿Quién podia prometerse tampoco que aquel abogado de guardilla que tanto se burlaba entre los suyos de los que salian provistos para alguna audiencia ó chancillería, y que tanto se mofaba de los tratamientos anejos á aquellos destinos, habia de haberse encaramado de un salto constitucional al último escalon de su carrera? Pues el militarcillo aquel de la charretera raida, mire usted si le ha impedido la severidad de un gobierno representativo para igualarse y aun sobreponerse á sus jefes.

¡Dichoso una y mil veces el impertérrito D. Serapio, y cuánta razon tuvo en seguir pretendiendo lo mismo y en la misma forma que lo habia hecho de tiempo inmemorial! « No seais simples, nos decia, ni soñeis con perfecciones imaginarias, que ó no caben en la naturaleza humana, ó á lo ménos no pueden lograrse sino despues de muchos años de buena educacion, de buenas leyes y de un trastorno general en las costumbres. Aun cuando la Constitucion española hubiese sido dictada inmediatamente por el mismo Dios y no tuviese la mas lijera sombra de imperfeccion, bastarian y aun sobrarian las pasiones de los hombres para crearla, no solo descontentos, sino tambien enemigos declarados. ¿No veis aquel de torvo ceño que trae contados los dias y aun las horas que ha pasado en su destierro, y que mira hácia todos lados para ver si divisa á algunos de los que él cree que contribuyeron á su desgracia? ¿No observais aquel otro, cómo recuerda y aun repite entre sus camaradas el juramento que tantas veces pronunció á sus solas de no perder medio para vengarse de los que labraron su ruina? ¿No estais notando el ansia con que aquel de los ojos desencajados va sumando hasta por maravedises lo que dejó de percibir durante los seis años de ausencia, y los intereses, antigüedad y ascensos que él cre que le correspondian de derecho? ¿Pues cómo dudais de que esos solos bastan para arruinar todas las constituciones del mundo? Si los viéseis presentarse con aquella moderacion y desinteres que tanto realce da á la situacion de un desgraciado, si los observaseis que afectaban siquiera el olvido de sus agravios, y que abrian los brazos á sus mas encarnizados enemigos, entónces os aconsejaria que temblaseis, ó que renunciaseis á lo ménos á vuestras quiméricas esperanzas. Pero miéntras los veais hinchados de orgullo y de furor imitar los mismos errores á que ellos han debido su regreso, bien podeis tranquilizaros y aun contar de seguro con que ellos sabrán cambiar en desprecio y aun en odio la compasion con que actualmente se los mira. »

No dejaban de hacerme fuerza estas razones, porque aunque yó no sabia expresarlas con la enerjía que Don Serapio, bien habia conocido esto mismo en las pocas conversaciones á que habia podido arrimarme, y en otras expresiones sueltas que solia recoger al vuelo; pero como por otra parte sabia de buena tinta que no todos estaban animados de estas mismas ideas, sino que habia algunos mas modestos ó mas avisados que clamaban por olvido y por moderacion, llegué á temer que prevaleciese este dictámen, y me di por muerto con sobrada precipitacion. Confieso, querido amigo, que me engañé en esto como en todo, y veo cada vez mas, que la divina Providencia sabe aprovecharse para sus fines hasta de aquellos medios que á primera vista parecian deber alejarlos mas. Para uno que se penetrase de la necesidad de contemporizar con algunas cosas y con ciertas personas, habia ciento que querian llevarlo todo, como dicen, á fuego y sangre, y pretendian que hasta el aire que se respiraba se reconociese como un singular beneficio de su generosidad.

¡Qué buen rato hubiera usted tenido al oir á D. Petardos ponerse en medio de la calle á referir sus padecimientos y sus tragedias, por haber estado privado durante algun tiempo de asistir á los besamanos, y puéstosele en la dura precision de pagar algunas de las infinitas deudas que le agobiaban, y que fuéron la única y verdadera causa de que fuese conocido su nombre! Allí le veria usted contarse siempre en docena y hablar de su liberalismo, como si fuese de alguna nueva corbata recien llegada de Paris. Viérale usted luego irse á su casa, y repasar las targetas de bienvenida que le habian enviado, y colocar en los espejos aquellas mas historiadas y altisonantes, poniendo las otras sobre una mesa, como otros tantos trofeos de su triunfo popular. Era ciertamente un encanto oirle expresar sus temores de que las próximas elecciones le impidiesen repasar el archivo de su casa, de donde recelaba que le hubiesen extraido algunos privilegios apreciables. Bien es verdad, añadia, que ya hemos dado una prueba de que lo que no se quiere por buenas se lo sabemos hacer tragar por malas; y ahora verémos si se me da lo que de derecho me compete. Llena la cabeza de estas ideas, volvia luego á salir muy de prisa á ayudar á coser unas enaguas á la marquesita de tal.

Yo me regocijaba, y otros muchos conmigo, de oir á estos ecos de los corifeos principales, porque venia á ser lo mismo que recoger otras tantas prendas de que no se serian largas nuestras privaciones; pero aun hubo otra señal mas segura y mas caracterizada de que el choque se avivaria extraordinariamente, pues se pusieron en movimiento los deseos de adquirir, en unos, juntamente con los temores de otros, de no desprenderse de lo mala-

mente adquirido. Fué el caso que no sé si se acordará usted de aquel periódico de que yo le daba noticia en mi carta octava pidiéndole suscriciones, y cuyo título habia de ser *el Destructor;* no me pareció conveniente por entónces comunicar á usted todo el secreto del fin con que se publicaba, porque hubiera sido expuesto á inutilizarle si se llegaba á divulgar; pero ya que surtió una parte de su efecto, no hay reparo alguno en que usted sepa el verdadero móvil de aquella ingeniosa maniobra. Bien pudo usted sospechar que acomodándome yo á servir de escribiente en un periódico que sonaba á liberal, no podia menos de ocultarse algun misterio, y misterio de importancia; sin que por eso se entienda que me fuesen indiferentes los diez realitos diarios que me ganaba con poquísimo trabajo. Es de advertir que habia corrido la voz, muy fundada por cierto, de que la mayor parte de los diputados á Cortes venian resueltos á conceder una amnistía franca y generosa á todos los perseguidos por errores de opinion; y como á ella era consiguiente que se les restituyesen sus bienes, ya se deja discurrir cuán importuna y perjudicial pareceria á muchos honradísimos patriotas que los estaban poseyendo de buena fe. Entre estos últimos habia uno que como mas celoso de las libertades patrias se habia apoderado de unos cuantos millones pertenecientes á los herederos de un señor, que aunque no fuese afrancesado, debia inferirse que pudiera haberlo sido por ciertas razones y circunloquios que no son de este lugar. Inmediatamente conoció este benemérito ciudadano el gravísimo error y la mortal herida que se le iba á abrir á su patriótico bolsillo, de que se abrigasen estas víboras que lo primero que harian sería hacerle vomitar sangre metálica con que él se hallaba tan bien alimentado. Determinó pues buscar cuatro ó cinco escritorzuelos, de estos que llevan la infamia colgada como venera, y que aspirando ellos mismos á que se encubrieran otros rasgos patrióticos de menor consideracion, trabajarian con doble ahinco para que nadie pudiese venir á reclamar lo suyo.

En efecto, desde nuestros primeros números empezamos á desatarnos como furias contra aquella pobre gente; y como yo sabia muy bien que en efecto ellos eran mucho mas enemigos de lo que usted y yo queremos, que los mismos que los calumniaban, léjos de suavizar algo los artículos que se me mandaban copiar, les añadia yo de mi cosecha algunos adjetivos y adverbios que les daban un realce maravilloso. Se hubiera usted reido ciertamente al ver las graciosas escenas que pasaban algunos dias en la redaccion del tal periódico. Habia entre los colaboradores un estudianton muy flaco y un si es no es hambriento, que despues de rodar por cuantas porterías de conventos hay en los diferentes barrios de Madrid, se habia introducido de comensal perpetuo de

un pobre señor de título, á quien durante muchos años están sosteniendo la mesa entre sus criados y sus acreedores. Este titulado pobreton habia tenido la caridad de vender por su cuenta una considerable porcion de cuadros y de libros que le habia dejado en depósito uno de los ausentes, solo por no denunciarlos á la comision de secuestros; y como ya se vé, esto de la vergüencilla labra tanto en las almas bien nacidas, no dejaba todos los dias de recomendar al *pauper* que apretase de firme sobre la necesidad de que se exceptuase de la amnistia á todos los que tenian casa puesta. — Nada ménos que eso, decia un aspirante á empleo; lo que nos conviene es que no venga ninguno de los que necesiten pretender, porque entónces nos vamos á ver perdidos una porcion de patriotas que no hemos tenido á bien dedicarnos al estudio en estos últimos doce años. — Ni unos ni otros, replicaba el abogado que hacia de director de aquella empresa; pero lo que sobre todo debe impedirse á toda costa, es que vuelvan esos letradillos que tenian á su cargo casi todos los negocios de Madrid, porque con solo que se asomen por las puertas, de necesidad tendré que tabicar mi bufete, y no siempre han de durar los treinta y dos reales al dia que nos está dando el propietario. El caso es que todas estas conversaciones pasaban en presencia de un famoso apóstata de todos los partidos, y á quien por consiguiente le cogian de rabo á cabo todos los anatemas que sucesivamente iba oyendo pronunciar. Era este uno de los muchos que en los últimos dias del mes de febrero del año 20 sentaron plaza de liberales, aunque estuviesen sirviendo en las banderas contrarias, y que colándose de arrimon con un guerrillero muy nombrado, venia con el piadosísimo objeto de cobrar de sopeton unos ciertos créditos que él se figuraba tener. Por desgracia suya y fortuna nuestra no fué necesaria la guerrillería en la provincia que él traia entre cejas, y cambiando de norte se vino por acá á ver si en lugar de sus soñados créditos podia acreditar el magnífico sistema del *terrorismo*, de que él habia sido partícipe allá en la revolucion de Francia.

Este pues es el que se oponia á todas las excepciones parciales, diciendo: que no solo no se debia permitir la entrada á nadie, sino que era indispensable arrojar de la nacion á todos los que habian tenido empleo desde la época del Príncipe de la Paz *inclusive*, y degollar luego á las nueve décimas partes de los que quedasen; porque de otro modo no era posible hacer amable la libertad. ¡Qué de autoridades citaba él de la historia moderna, y cómo le escuchaban con la boca abierta los demas de la cuadrilla, que ya se figuraban estar haciendo un papel brillante, y que circulaban por el mundo los retratos de sus democráticas personas! Yo por mi parte confieso á usted que me arrimaba cuanto podia

á sostener sus opiniones, no solo por si llegaba á cobrar los créditos, cosa que á veces no es imposible, sino porque desde luego vi que si pegaba lo del terrorismo, era el auxiliar mas poderoso que yo podia proporcionar á nuestra santa Inquisicion. En efecto, me dediqué á hacerle la corte, y le ayudé á poner tales artículos, que yo mismo me admiraba de que hubiese quien, al leerlos, pudiera lisonjearse de que se plantearia la Constitucion.

En estas y las otras se juntó el Congreso, y á pesar de la noble entereza de unos cuantos aficionados á la lectura del *Destructor*, que nunca pasaron de tres docenas, se decretó una cosa así, á manera de amnistía, que ni satisfizo á los interesados en ella, ni quitó el susto de los que temian con mucha razon el momento fatal de las restituciones. Mas lo peor de todo fué para mí, porque sin irme ni venirme, se me acabó la plaza de escribiente, habiendo cesado la publicacion de aquel papel.

Entónces fué cuando me desanimé del todo y maldije mi estrella, al ver que todavía preponderaba la maldita ceguera en favor de la Constitucion, sobre tantos elementos como conspiraban á destruirla. Pero me retiré con la esperanza de que serian tantas y tales las pretensiones de unos y otros, que acabarian por volverse enemigos los que se daban el título de compañeros. En otra carta me extenderé sobre las causas mas inmediatas de esta fiera enemistad, de que tanto partido hemos sacado los secuaces de las santas ideas, contentándome por ahora con pedir á Dios que les dé fuerzas para continuar despedazándose unos á otros, medio segurísimo de que nos entronicemos sobre sus ruinas, y de que les hagamos pagar con las setenas sus prematuras burlas y sus chistes á deshora. Cuide usted de la persona, y procure no morirse ni aun en chanza, como su afectísimo

El Holgazan.

DON JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

MACHIAVELLI.

Sus obras y su carácter.

Quizás no hay en la historia literaria de los siglos modernos un nombre mas detestado y odioso que el del secretario florentino Nicolás Machiavelli. Este nombre ha llegado á ser el emblema de la

mas refinada perfidia, y del mas descarado cinismo político. Los términos con que lo caracterizan los escritores de todas las naciones europeas, parece que solo debian ser aplicables al ángel decaido, al inventor del perjurio, al instigador y padre de todos los crímenes. Sostienen autores muy graves que todas las maldades que ha cometido la política moderna tuvieron su orígen en la lectura de sus obras, y que los turcos eran los hombres mas honrados de la tierra, hasta que aquellos escritos fueron traducidos en su idioma. ¡Y en verdad, es imposible leer su famoso tratado *El Príncipe*, sin un sentimiento de horror y de escándalo. Tal alarde de consumada protervia, presentada en toda su desnudez, sin disfraz ni paliativo; tan fria, tan razonada, tan científica atrocidad, parecen mas bien obra del genio del mal que del mas depravado de los hombres. No es estraño, pues, que la mayoría de los lectores califique con aquel dictado al que profesa descaradamente unos principios que el mas endurecido malhechor osaria apenas confiar á los cómplices de sus atentados. Sin embargo, los sabios suelen mirar con sospecha los monstruos y los ángeles del vulgo, y en el caso presente no ha faltado quien haya protestado contra la opinion comun. Machiavelli fué toda su vida un celoso republicano. El mismo año en que compuso aquel manual de reyes, estuvo preso y sufrió el tormento, en castigo de su adhesion á la causa de la libertad. Parece inesplicable que el que fué víctima de estas doctrinas, se erigiese al mismo tiempo en apóstol del poder absoluto. Algunos eminentes escritores han procurado conciliar estos estremos, investigando en aquella estraordinaria produccion algun sentido oculto, compatible con el notorio temple y con la biografía del autor. Unos suponen que su intento fué pervertir las ideas morales del jóven gran duque de Toscana, Lorenzo de Médicis, para hacerlo aborrecible al pueblo, y acelerar de este modo la emancipacion de su patria. El canciller Bacon opina que toda la obra es una larga ironía encaminada á que los pueblos se precaviesen de los hombres ambiciosos, promotores y sostenedores del despotismo. Fácil seria demostrar que ninguna de estas soluciones está de acuerdo con muchos pasages de *El Príncipe*. Pero su mas elocuente refutacion es la que se encuentra en todas las obras de la misma mano. En sus comedias, escritas para diversion de la muchedumbre; en sus Comentarios de Tito Livio; en su Historia, dedicada á un pontífice romano tan amable como digno de veneracion; en su correspondencia de oficio, y hasta en sus memorias y apuntes privados, se descubre la misma laxitud de principios morales. Quizás no se encuentre en todos sus escritos una sola línea de censura contra la traicion, el disimulo y la perfidia.

Despues de esto, parecerá ridículo decir que en pocas obras de

la literatura moderna se encuentran sentimientos tan elevados, un celo tan puro y ardiente en favor del bien público, un conocimiento tan profundo de los derechos y obligaciones del buen ciudadano, como en los escritos de Machiavelli. Y sin embargo, es así; aun en *El Príncipe* mismo podríamos indicar pasages en apoyo de esta observacion. En nuestro siglo nos confunde tan monstruosa inconsecuencia. El autor es para nosotros un inesplicable enigma; un conjunto absurdo de las cualidades mas opuestas; egoismo y generosidad, crueldad y benevolencia, astucia y sencillez, abyecta villanía y heroismo exaltado. Todo esto parece inconcebible: pero todavía hay datos que lo son mas en todo lo relativo á este hombre estraordinario. No hay el menor motivo para creer que los hombres de su tiempo notasen ese contraste de doctrinas en la misma persona. Sobran pruebas auténticas de la alta estimacion que profesaban á sus escritos y á su persona los hombres mas respetables de su siglo. Clemente VII favoreció y promovió la publicacion de las mismas obras de Machiavelli, que fueron miradas con recelo por los padres del Concilio de Trento; algunos miembros del partido democrático lo censuraron por haber dedicado su obra á un príncipe que llevaba el nombre impopular de Médicis: pero nadie alzó la voz contra la inmoralidad de sus opiniones. La primera que se alzó en este sentido estalló mas acá de los Alpes. El autor del *Anti-Machiavelli*, fué un protestante francés. ¿Dónde hallaremos la llave de tan hondos misterios? Un eminente publicista inglés, el elocuente historiador y orador Macauley cree haberla descubierto en el temple de los sentimientos morales que formaban el carácter nacional de los italianos de aquellos tiempos. Nosotros vamos á resumir en breves páginas las ingeniosas razones y los datos tan curiosos como instructivos en que funda su interpretacion.

Durante los tenebrosos siglos que siguieron á la caida del imperio romano, la península italiana conservó en mayor grado que ningun otro de los paises occidentales de Europa, los restos de la antigua civilizacion. Notorias son la ignorancia y la ferocidad que dominaban en Inglaterra y Francia durante los reinados de la Heptarquia y de la dinastía Merovingiana. Y entretanto las provincias napolitanas sometidas al imperio bizantino, participaban de la cultura y del pulimento de las ideas y de las costumbres del Oriente. Roma, protegida por el carácter sagrado de sus pontífices, gozaba de reposo y seguridad, y aun en las regiones en que los sanguinarios lombardos habian fijado su monarquía, habia mas riqueza, mas saber y el pueblo gozaba de mas comodidades que en todas las naciones de orígen germánico. Pero lo que mas distinguia á la Italia de los paises vecinos era la importancia que habia adquirido la poblacion de las ciudades: algunas

de ellas fundadas en comarcas ásperas y remotas, por los que huian del furor de los bárbaros, conservaron su independencia á favor de su oscuridad, hasta que adquirieron bastante poder para defenderla con la fuerza de las armas. Asi fué como se iba formando poco á poco un enérgico espíritu democrático. Los monarcas Carlovingianos eran demasiado imbéciles para estinguirlo. Adquirió todo su vigor á mediados del siglo XII, y despues de un largo conflicto, triunfó del talento y del valor de los príncipes de Suabia.

Entretanto, se observaba en Italia una estraña anomalía. Todas las naciones cristianas miraban á los papas con la mas profunda veneracion, como cabezas de la Iglesia y vicarios y representantes de Jesucristo. Solo en Italia tenian censores, perseguidores y enemigos. Muchas veces tomó las armas la poblacion de Roma contra sus pastores: hubo papas depuestos, asesinados y perseguidos. Los poetas escribian contra ellos las sátiras mas punzantes, como lo hicieron el Dante y el Petrarca. Hubo un papa que tuvo bastante poder para mandar azotar á un rey de Inglaterra en el sepulcro de un mártir, y él mismo estaba desterrado de Roma.

En todos los otros reinos de Europa habia una clase poderosa que humillaba al pueblo y arrostraba la autoridad de los reyes; pero en los Estados mas florecientes de Italia, los señores feudales estaban muy lejos de tener tanta importancia. En algunos distritos se acogian á la sombra de las poderosas repúblicas enriquecidas por el comercio, y se iban amalgamando gradualmente con la masa de los ciudadanos. En otros poseian grande influjo; pero no como el de que gozaban los señores en los reinos transalpinos. No eran príncipes en pequeña escala, sino ciudadanos eminentes. En lugar de fortificar sus castillos en las montañas, hermoseaban sus palacios en las plazas públicas. Este era uno de los muchos síntomas que anunciaban la existencia de la libertad en Italia, y la libertad trajo consigo el comercio, la aficion al saber y la proteccion de las artes. Desde entonces, la admiracion de la sabiduría y del genio llegaron á convertirse en una especie de idolatría. Los reyes, las repúblicas, los cardenales y los dogos rivalizaban en honrar y adular al Petrarca. Los Estados rivales le enviaban embajadores; su coronacion como poeta agitó á las poblaciones de Roma y Nápoles, á la manera que podria haberlo hecho un gran suceso político. Los hombres ricos empleaban inmensas sumas en libros impresos, manuscritos, medallas, bustos y estátuas. Se prodigaban magníficas recompensas á pintores, escultores y arquitectos. La ciencia y la prosperidad pública caminaban de frente, y llegaron á su zenit bajo el mando de Lorenzo el Magnífico.

Pero en los Estados italianos, como en muchos cuerpos naturales, la decrepitud precoz fué el castigo del desarrollo prematuro. La grandeza temprana de Italia y su temprana decadencia, tuvieron el mismo orígen, á saber, la preponderancia que adquirieron las ciudades en el sistema político. En una nacion de pastores ó cazadores, cada hombre se convierte en soldado. El labrador, aunque apegado al suelo de que saca su subsistencia, sabe defenderlo en caso necesario, y, como la labranza tiene tantas interrupciones en las diversas estaciones del año, ha sucedido muchas veces que el labrador haya aprovechado aquellos intervalos para adiestrarse en el ejercicio de las armas. Asi fué como se formaron los primeros soldados de Roma. Pero todo esto cambia cuando empiezan á florecer el comercio y las manufacturas. Las ocupaciones sedentarias del escritorio y del telar son incompatibles, y hacen odiosos la vida, los peligros y los hábitos de la milicia. En semejantes poblaciones no hay tiempo que perder; pero hay dinero que gastar, y lo que se hace en ocasiones de peligro, es asalariar hombres fuertes y diestros en el uso de las armas, para que defiendan á los que trabajan y se enriquecen. En este caso se vieron y de este arbitrio echaron mano las repúblicas italianas. Pero cometieron un error gravísimo. En lugar de formar con aquellas tropas mercenarias ejércitos permanentes, las despedian cuando no las necesitaban, y asi se formaron numerosas bandas de aventureros, que se consideraban como propiedad comun, y que estaban siempre dispuestas á servir al que mejor las pagaba. Estos principios produjeron sus consecuencias naturales. El servicio militar se convirtió en tráfico. Los guerreros no estaban apegados por ninguna consideracion de respeto, de amor, de patriotismo ni de conviccion á la causa que defendian. El interés y la igualdad de miras y de profesion concurrian á mitigar las hostilidades de los que habian sido compañeros de armas y que podrian volver á serlo. Asi es que la historia militar de Italia en aquellos tiempos se compone de marchas y contramarchas, espediciones de saqueo, bloqueos prolongados, combates inocentes y otras inútiles operaciones. Grandes ejércitos peleaban desde la aurora hasta el anochecer; se ganaban grandes victorias; se hacian millares de prisioneros, y apenas quedaban algunos muertos en el campo de batalla. Para esta clase de guerras no se necesitaba valor. Los hombres envejecian en las filas; adquirian fama y riquezas sin haberse espuesto jamás al menor peligro. De estas costumbres nacieron dos clases de moralidad de un carácter opuesto. En la mayor parte de Europa se miraban con desprecio los vicios propios de las disposiciones tímidas y pusilánimes: la flaqueza, el fráude y la hipocresía; y con indulgencia y aun con respeto los escesos del

orgullo y de la altivez. Pero en Italia habia una disposicion, que llegó á ser nacional, á perdonar y aun á aplaudir los crímenes que suponian sangre fria, astucia, fertilidad de inventiva y profundo conocimiento del corazon humano. Propagóse este espíritu en todas las clases de la sociedad, y sobre todo en los hombres públicos. El estadista italiano de aquellos tiempos era un conjunto de contradicciones, un verdadero enigma. Sus palabras no estaban de acuerdo con sus pensamientos. No vacilaba en afianzar sus promesas con juramento, cuando queria seducir; ni carecia de pretestos cuando queria hacer traicion. Era cruel, no por temperamento, sino por cálculo. Sus pasiones estaban disciplinadas, y hasta en sus mas impetuosos estallidos habia órden, método y segundas intenciones. Todas las fuerzas de su alma se empleaban en vastos y complicados planes de ambicion, y sin embargo, en su aspecto y en su lenguaje se notaba constantemente la mas inalterable apacibilidad. Devoraban su corazon el ódio y la venganza, y cada mirada era una sonrisa cordial, y cada gesto un signo de benevolencia. Jamás descubria á su adversario el lado flaco por donde pudiese herirlo : su propósito no se dejaba ver sino cuando estaba consumado. Huia del peligro, porque en la sociedad en que vivia, la timidez habia dejado de ser deshonrosa. Para él los medios mas plausibles eran los mas cortos, los mas fáciles y los mas tenebrosos. No comprendia cómo podia escrupulizarse en engañar al hombre que se deseaba ó que convenia destruir. Tenia por locura declararse en hostilidad abierta contra el hombre á quien queria herir en un abrazo fraternal, ó envenenar en la alegría de un banquete. Y sin embargo, este mismo hombre no carecia de las virtudes que suponen una cierta elevacion de alma. En valor civil, en presencia de espíritu y en perseverancia, le eran inferiores los mas acreditados caudillos de las naciones germánicas. En la enemistad era peligroso; pero benéfico y justo en el mando. Fuera de la escena política, era humano y condescendiente. Tal es el fiel retrato de los principales y mas famosos hombres de estado italianos de aquellos tiempos.

Cada siglo y cada nacion tiene ciertos vicios característicos que prevalecen casi universalmente, que se ostentan sin empacho, y que aun los hombres mas rígidos ó toleran ó censuran con tibieza. Las generaciones sucesivas cambian de modas en la moral, como en muebles y vestidos. Se patronizan otras flaquezas, y se habla con acritud de la depravacion de los antepesados. No es esto todo. La posteridad obra como obraba el dictador romano para castigar un motin militar : escoge un reo para que pague por todos, y todos quedan absueltos, y solo aquel castigado. En la ocasion de que vamos hablando, Machiavelli fué la víctima designada, sobre la cual debia recaer la execracion que toda su generacion merecia.

No fueron mejores que él los Sforzas, los Viscontis, los Borgheses, los Catruccios, los Dorias y los Falieros; pero los principios que estos hombres profesaban solo se manifestaron en sus acciones, cuya memoria ha borrado, ó ha hecho menos odiosa el trascurso de los tiempos; mas los principios de Machiavelli quedaron consignados en un libro, y este libro ha servido de acta de acusacion contra un hombre solo, como si no hubiera tenido por cómplices á todos sus contemporáneos. Y lo mas estraño de todo es que no hubo realmente semejante complicidad; porque Machiavelli fué recto y justo en su conducta; su moralidad era muy distinta de la de los que lo rodeaban. Su gran error fué presentar al mundo como teórica general las prácticas generalmente admitidas en su tiempo, de modo que el público ha podido tomar por una profesion de fe de sus creencias morales, lo que no es mas que una especie de código observado en un siglo por todos los que manejaban negocios públicos.

Habiendo bosquejado tan cumplidamente el carácter del hombre cuanto nos ha sido posible, pasamos ahora al exámen de sus escritos. Como poeta no es acreedor á un lugar muy distinguido. Sus *Decennali* no son mas que fragmentos históricos de los sucesos de su época. Fué un imitador servil del Dante, tanto en la estructura del verso, como en el plan de la composicion.

Mas particular atencion merecen sus comedias. La intitulada *Mandrágora*, es superior á la mejor de las de Goldoni, y solo inferior á la mejor de las de Moliere. Es obra de un hombre que, si se hubiera dedicado esclusivamente á la composicion dramática, probablemente habria llegado á la mas alta eminencia, y producido un saludable efecto en el gusto nacional. La pieza abunda en caractéres perfectamente delineados; los del confesor hipócrita y del bufon Nicias, son modelos acabados de *vis comica*. La pieza interesa sin el socorro de una intriga complicada ni de grandes incidentes. El lenguaje es culto sin afectacion, y familiar sin bajeza; el diálogo animado, vigoroso, y sembrado de chistes de buen gusto. Por último, la *Mandrágora* fué la comedia que abrió el camino al verdadero arte moderno, y puede considerarse como un paso inmenso en la carrera de la perfeccion literaria. Representóse en Florencia con asombroso éxito, y el papa Leon X fué uno de sus mas ardientes admiradores. La *Clicia* es una imitacion de la *Casina*, de Plauto, la mejor de las comedias de este autor, y la que mas fácilmente puede adaptarse á otros tiempos y á otras costumbres. El imitador desempeñó su tarea con singular acierto. Poco diremos de la novela *Belfegor*, inspirada por las desazones que esperimentó el autor en su matrimonio, y que lo condujeron á exagerar los inconvenientes de aquel estado. Es obra

del despecho y del deseo de venganza, aunque de un estilo muy correcto y lleno de escelentes narraciones.

La correspondencia política de Machiavelli, publicada por primera vez en 1767, es obra de gran precio. Las deplorables circunstancias en que se halló colocada la Toscana durante la mayor parte de la vida pública del diestro secretario, dieron estraordinario estímulo á los talentos diplomáticos. Desde el momento en que Carlos VIII descendió de los Alpes, debió cambiar enteramente de aspecto la política italiana. Los gobiernos de la península dejaron de formar un sistema independiente, y se convirtieron en satélites de Francia y de España. Bajo el influjo de estas circunstancias, la prosperidad y el reposo de aquellos paises dependia mas de la habilidad de sus agentes diplomáticos, que de la accion directa de sus gobiernos respectivos. El embajador era el abogado de los intereses, no solo del gabinete que representaba, sino de la nacion á que pertenecia; era ademas un espía de carácter inviolable. Su mas importante deber era penetrar en las intrigas de la córte en que residia; descubrir y sacar partido de las flaquezas y preocupaciones de sus hombres públicos, del favorito que dominaba al príncipe, y del ayuda de cámara que gobernaba al favorito. Tenia que estar bien con la querida del uno, y sobornar al confesor del otro; acomodarse á las costumbres y aun á los caprichos de aquellos con quienes negociaba; vivir en continuo recelo, y no perder de vista la menor circunstancia que pudiese dar lugar á una observacion útil. Machiavelli fué muchas veces empleado en estas árduas misiones: una, cerca del rey de los romanos y del duque de Valentinois; dos, como embajador en Roma, y tres en Francia. En estos y otros encargos de la misma clase, aunque de inferior órden, ostentó incomparable destreza y fertilidad de recursos. Sus despachos forman una de las colecciones mas curiosas de la diplomacia moderna. No están redactados con esa fraseologia pedantesca y al mismo tiempo insignificante, recurso trivial de nuestros modernos diplomáticos, sino con la sencillez y la verdad propias de un hombre que observa bien y sabe espresar lo que observa. Sus narraciones son claras y elegantes; sus juicios sobre hombres y negocios, sensatos y pensados con calma y madurez. Refiere las conversaciones de un modo animado y característico, dándoles todo el interés de un drama. El lector de estos curiosos documentos se halla de pronto iniciado en una sociedad de personages que allí aparecen de un modo muy diverso que en la historia: penetra la insignificante turbulencia de Maximiliano, la altanera energía y pomposa dignidad del papa Julio, y los suaves y graciosos modales bajo los cuales se ocultaba la insaciable ambicion sanguinaria de Borja.

No podemos pasar adelante, sin detenernos en el hombre que,

por si solo, personificaba la moralidad política de Italia, parcialmente ligada en él con los severos lineamentos del temple castellano. En dos importantes ocasiones fué admitido Machiavelli á su sociedad: una en el momento en que Borja acababa de triunfar de sus mas formidables enemigos por medio de las mas diabólicas asechanzas, y de los amaños mas astutos y pérfidos, y otra, cuando agobiado de males físicos y asediado de infortunios que la mas consumada prudencia no habria podido evitar, se hallaba prisionero del mas encarnizado adversario de su familia. Estas dos entrevistas de los dos hombres mas diestros en la política italiana, el uno como teórico y el otro como práctico, están plenamente consignadas en la correspondencia, y forman una de sus partes mas curiosas. De algunos pasages de *El Príncipe*, y de algunas tradiciones vagamente conservadas, se ha querido inferir que existian entre Borja y Machiavelli relaciones mas íntimas que las que se manifestaban al público; que el enviado inspiraba y dirigia los crímenes que el tirano perpetraba. Pero los documentos de oficio demuestran de un modo irresistible que, lejos de ser amistosas aquellas relaciones, eran realmente hostiles. No puede, sin embargo, dudarse que la imaginacion de Machiavelli y sus opiniones en materia de gobierno se habian dejado impresionar por las observaciones que tuvo ocasion de hacer sobre el carácter singular, y las no menos singulares aventuras de un hombre que, luchando con tan formidables obstáculos, habia podido consumar tan inauditas hazañas; que, saciado de los mas refinados goces de la sensualidad, halló estímulos mas poderosos y durables en la sed de dominio y de venganza; que, de cardenal inactivo y voluptuoso, se trasformó de pronto en el primer general de su siglo; que, despues de haber adquirido la soberanía para destruir á sus enemigos, adquirió popularidad para destruir á sus cómplices: hombre, en fin, que sucumbió en medio de las maldiciones de su pueblo, sin embargo de que este mismo pueblo confesaba que no habia ni podia haber quien lo reemplazase en el mando. Machiavelli se muestra en sus obras harto indulgente con aquel compuesto de vicios y de crímenes: y hay dos poderosas razones que lo esplican: en primer lugar, la opinion general estaba ya estraviada por los mismos escesos, que se repetian sin cesar en todas las córtes grandes y chicas de la península, y por mas severos que sean los principios de un hombre, por muy arreglada que sea su conducta, es imposible que se preserve enteramente de un contagio que le comunican todos sus sentidos, y de que están impregnadas todas sus impresiones. ¿Quién ignora el detestable vicio que inficionó la sociedad griega, en los bellos dias de su ilustracion, cuando Platon enseñaba la mas pura de las filosofías, cuando la oratoria, la ciencia y el gobierno, y las

bellas artes habian llegado al mas alto grado de perfeccion? ¿No asistian en Roma, á los sangrientos juegos del Circo, los mas graves senadores, las matronas mas respetables y los emperadores mas justos y sabios? Y si Juliano declara su repugnancia á estos espectáculos, en sus cartas familiares ¿funda acaso aquel sentimiento en motivos de compasion y de humanidad? No por cierto: los detestaba, no porque eran crueles, sino porque eran asquerosos. Ademas de esto, aunque Borja era uno de los hombres mas perversos de que hace mencion la historia, se consideraba como el único que podia libertar á Italia del yugo estrangero, y restituirle la independencia que perdió para siempre, desde que se formó la liga de Cambray, y Carlos VIII pasó los Alpes. Esta era la pasion dominante de todos los italianos, y especialmente de los hombres públicos. El amor propio nacional estaba cruelmente ofendido por la sensualidad grosera de los suizos, por la ambicion y predominio de los españoles, y por la frivolidad y tono despreciativo de los franceses. Los italianos veian desaparecer rápidamente los tesoros acumulados durante largos siglos de prosperidad mercantil y de juiciosa economía. La superioridad intelectual del pueblo oprimido, le hacia mas odioso el yugo que le imponia el opresor. Machiavelli deploraba los infortunios de su pais, y, una vez muerto el hombre que habria podido vengar los males de la patria, concibió el proyecto de esterminarlos en su raiz, por medio de una institucion que chocaba de frente con el órden de cosas establecido, y que debia oponer una incontrastable barrera al poder de los invasores. El sistema militar de los pueblos italianos era, como ya hemos indicado, el que habia estinguido en ellos el valor y la disciplina, dejándolos sin defensa contra la ambicion y la codicia de los estrangeros. El secretario florentino proyectó la abolicion del servicio militar mercenario, y la formacion de un grande ejército nacional. Los esfuerzos que hizo para realizar tan vasto y noble designio, deberian haber bastado para preservar su nombre de las amargas censuras con que lo ha rebajado la posteridad. Aunque su profesion y sus hábitos eran pacíficos, se puso á estudiar asíduamente la teoría de la guerra, y sobre todo, los pormenores y el mecanismo del servicio. El gobierno adoptó sus miras; se formó un consejo de guerra; se decretó una leva general, y el infatigable ministro andaba de pueblo en pueblo, inspeccionando y vigilando la ejecucion de aquel designio. A los principios, el ensayo salió mejor de lo que podia esperarse. Las nuevas tropas sostuvieron el honor nacional en el campo de batalla, y Machiavelli contempló estas primicias de su creacion, como un padre contempla los primeros lucimientos de su hijo. Ya concebia esperanzas de que las armas italianas perseguirían á sus

enemigos hasta las orillas del Sena, del Rhin y del Tajo. Pero el torrente de la mala fortuna se desencadenó antes que estuviesen consolidadas las barreras que debian reprimirlo. Es verdad que Florencia se preservó algun tiempo de las calamidades que afligian á los estados comarcanos. El hambre, la invasion y la peste asolaban las fértiles llanuras de Lombardía. Todas las maldiciones denunciadas por los profetas contra Tiro parecian conjuradas contra la infeliz Venecia, cuyos opulentos habitantes lamentaban en tierra estraña la pérdida, que parecia inevitable, de la reina del Adriático. Nápoles habia sido cuatro veces conquistada, saqueada y oprimida. Al fin le tocó la vez á Toscana. Los Médicis volvieron de su largo destierro, apoyados por armas estrangeras. Las instituciones políticas y militares desaparecieron al influjo de aquellos mal disfrazados opresores. Se deshizo la obra de Machiavelli, y sus ilustres servicios fueron recompensados con la pobreza, la cárcel y la tortura.

No por esto se entibió su celo ni abandonó su idea favorita. Con el objeto de vindicarla de algunas objeciones vulgares, y de refutar algunos errores predominantes sobre el servicio militar, dió á luz sus siete libros del *Arte de la guerra*, obra escelente, escrita en forma de diálogo, á la manera de los antiguos. El autor pone sus opiniones en boca de Fabricio Colona, personaje de la alta nobleza de los Estados Pontificios, y oficial de gran mérito al servicio del rey de España. Al pasar por Florencia, en su jornada á Lombardía, asiste á un convite que le ofrece Cosme Rucellui, jóven de bellísimas prendas, cuya temprana muerte deplora Machiavelli en bien sentidas frases. Despues del banquete, los convidados se retiran á un bosque sombrío, para guarecerse del calor del verano. Fabricio fija su atencion en algunas plantas que le son desconocidas, y su huésped le informa que, aunque raras en los tiempos modernos, eran muy comunes en la antigüedad, y que su abuelo, como otros muchos nobles italianos, se recreaba en el cultivo de los campos, á ejemplo de los Cincinatos y de los Fabricios de la antigua Roma. De aqui toma pie Colona para censurar las costumbres modernas de los italianos, los cuales solo imitaban á sus predecesores en lujo y frivolidades, y pasa á disertar sobre la antigua disciplina de los tiempos de la república y sobre los medios de restablecerla. En esta conversacion se introduce una elocuente defensa de la milicia florentina y se proponen varios medios de perfeccionarla.

A la sazon, los suizos y los españoles eran los mejores soldados de Europa. El batallon suizo se componia de alabarderos, y su organizacion tenia algo de la falange griega. Los españoles, como los soldados de Roma, preferian la espada y el broquel. Las victorias de Flaminio y de Emilio, en Macedonia, demostraron la

superioridad del armamento de las legiones, y mas tarde confirmó estas ventajas la memorable batalla de Ravena, una de las mas destructoras de cuantas ensangrentaron el suelo de Italia. En aquel terrible conflicto, la infantería de Aragon, compuesta de los valientes compañeros de Gonzalo de Córdoba, abandonada por todos sus aliados, y circundada de fuerzas enemigas muy superiores en número, se abrió calle por una selva espesa de alabardas y lanzas, retirándose con la mayor union y valentía, á vista de los gendarmes de Foix y de la artillería de Este. Fabricio propone la combinacion de ambos sistemas, armando la primera fila con alabardas para resistir á la caballería, y las otras con espada y broquel para empeñar mas seriamente el combate. El autor se muestra en toda la obra admirador entusiasta de la ciencia militar de los antiguos romanos, y censor severo de las máximas militares adoptadas por los guerreros italianos de la última generacion. Prefiere la infantería á la caballería, y los campos fortificados á las fortalezas y castillos. Recomienda los movimientos rápidos y los empeños decisivos, mas bien que las operaciones lánguidas y dilatadas que se usaban en su tiempo. No da mucha importancia á la invencion de la pólvora, y esta opinion se justifica por la suma imperfeccion de las armas de fuego en aquella poca. La obra es apreciable por los datos que contiene sobre el arte militar moderno, como se hallaba en sus principios; y la gracia, la claridad y la elegancia del estilo, hacen muy agradable su lectura, aun para los profanos al asunto de que trata.

El Príncipe y los *Discursos* sobre Tito Livio se escribieron despues de la caida del gobierno republicano en Florencia. La primera de estas obras está dedicada al jóven Lorenzo de Médicis, y se consideró generalmente como un acto de apostasía política. Lo cierto es que Machiavelli, viendo destruida para siempre la libertad de su patria, trabajaba por conservar su independencia, y nadie podia sostener esta causa con tantas probabilidades de buen éxito, como un miembro de aquella ilustre familia. La noble y patética peroracion con que termina aquella obra, demuestra cuán fuertemente palpitaban estos sentimientos en el corazon de su autor.

El hombre ambicioso está retratado al natural en *El Príncipe*; el pueblo ambicioso en los *Discursos*. Los mismos principios que, en la primera de aquellas obras esplican la elevacion de un individuo, se aplican en la segunda á la mas larga duracion y á los complicados intereses de una sociedad. Los lectores modernos pueden calificar de pueril la forma de los *Discursos*. Ciertamente Tito Livio no es un historiador que pueda inspirar mucha confianza, aun en aquellos asuntos en que debemos creerlo bien in-

formado, y la primera de sus *Decadas*, que es la única que sirvió de texto á Machiavelli, no es mas digna de crédito que un cronicon de la edad media. Pero el comentador no ha sacado del texto sino algunos pasages breves y aislados, que podria haber encontrado en otros muchos autores de la misma época. Todo el cuerpo de la obra es original, y Tito Livio no hizo mas que suministrarle pretestos para esplayar las opiniones que sus meditaciones y su esperiencia le habian suministrado.

Sobre la inmoralidad refinada que ha dado al *Príncipe* una impopularidad tan merecida, y que no deja de percibirse tambien en los *Discursos*, hemos espresado ya nuestra opinion, procurando demostrar que pertenecia mas bien á la época que al hombre. Esta consideracion no lo absuelve, sin embargo, del escándalo que han producido sus doctrinas, y disminuye en gran parte, la satisfaccion que la lectura de aquellas obras proporciona á todo hombre inteligente. Porque es imposible concebir una reunion de dotes mentales superiores en alcance y elevacion á las que aquellos escritos revelan. Parece haber reunido Machiavelli con rara y esquisita armonía, las cualidades que pocas veces concurren en el mismo hombre de estado : la aptitud á concebir planes grandiosos, y la facilidad de su ejecucion, en todos sus pormenores. Es un hombre eminentemente práctico, y al mismo tiempo, profundo en sus síntesis, y diestro en la mas razonada y lógica argumentacion. Hay errores en sus obras; pero errores que apenas podia evitar un hombre situado como él lo estaba. La mayor parte de ellos provienen de un defecto, que se descubre no menos en todo el sistema de su doctrina que en su conducta pública y diplomática, á saber, su propension á fijar toda su atencion, y concretar todos sus estudios mas bien en los medios que en los fines. Escribió sobre negocios públicos, sobre combinaciones políticas, sobre manejo de intereses de los Estados, perdiendo enteramente de vista el gran principio que las sociedades y las leyes solo existen para aumentar la felicidad de los individuos. Consideró el cuerpo social como una idea abstracta; como un todo homogéneo y dotado de una existencia independiente y propia, sin echar de ver que ese todo no es mas que lo que es cada una de las partes que lo componen. El objeto que se propone es lo que suele llamarse, en el idioma de la política tortuosa de los partidos, el *bien público*, el cual muchas veces es incompatible con el bien de los ciudadanos y de las familias. Es fácil entender como se arraiga esta preocupacion en la cabeza del hombre mas inteligente y mejor intencionado. Las contínuas relaciones con los personages que se disputan el poder, la asistencia diaria á los gabinetes de los príncipes, á las conferencias de los ministros, á las consultas de los repúblicos, á las juntas de

los partidarios; la lectura asídua de protocolos, memorias, manifiestos y correspondencias de oficio, forman en torno del hombre político una atmósfera que oscurece la perspectiva mucho mas interesante y preciosa de los campos, de los talleres y de los escritorios. En este grave error cayó el ilustre florentino, y se mantuvo en él, con la mejor fé posible, y sinceramente convencido de la rectitud de sus miras. Nunca defiende una opinion errada por parecerle nueva ó seductora, ó porque le presente ocasion favorable de esplayar un ingenioso sofisma, sino porque la cree verdadera y sólida, y se propone comunicar á otros la conviccion de que está penetrado. No buscó el error: lo encontró en el camino y no pudo evitarlo.

La última obra importante de Machiavelli fué la Historia de la ciudad de su nacimiento. Es obra inexacta como narrativa; mas como composicion literaria, ninguna de las de su tiempo se le aventaja en belleza de estilo, elegancia de formas, lucidez de ideas y pureza de diccion. Fué escrita por órden del papa, que, como cabeza de la familia de los Médicis, era á la sazon soberano de Florencia. Esta obra no parece escrita muy esmeradamente con respecto á la verdad histórica, ni se notan en ella las consecuencias de una investigacion laboriosa. Sin embargo, los grandes hechos históricos están trazados con fidelidad, y, en general, la historia de Florencia puede compararse á las pinturas que hacen gran efecto vistas á cierta distancia, pero cuyos pormenores no están en armonía con la grandeza de la composicion.

El autor vivió lo bastante para presenciar los últimos esfuerzos de los florentinos para recobrar su libertad. Poco despues de su muerte se estableció finalmente la monarquía: no como la que Cosme de Médicis habia fundado en una constitucion bien concebida, y en los sentimientos de sus conciudadanos; no como la que despues hermoseó Lorenzo de Médicis con las luces de la ciencia y los primores del arte: sino una tiranía degradada y al mismo tiempo altanera; débil y sanguinaria; supersticiosa y lasciva. Bajo este odioso régimen, la memoria del patriota, del sabio y del literato, debia ser odiada y escarnecida, y lo fué en efecto. Sus obras fueron desfiguradas por los escritores satélites del poder, mal interpretadas por los lectores vulgares; condenadas por la Iglesia, y atacadas con todo el furor del fanatismo y de la sensualidad por los partidarios de la nueva tiranía. Cubrióse de infamia el nombre del ciudadano ilustre que habia introducido la luz en los mas tenebrosos misterios de una política bastarda, y á cuya sabiduría y patriotismo debió un pueblo oprimido sus últimas esperanzas de emancipacion y de venganza. Por espacio de 200 años estuvieron sus huesos confundidos con otros en un abandonado cementerio. Un noble inglés los sacó de

la oscuridad, y ahora los custodia, en la mas hermosa iglesia de Florencia, un magnífico sepulcro, al cual se acercan con respeto todos los que saben dar su verdadero precio á las grandes cualidades del ánimo, y, con penosas reflexiones, cuantos echen una mirada en torno, y contemplen el espectáculo què les ofrece en el dia aquella region privilegiada, tan digna de mejor suerte que la que por espacio de tantas generaciones la ha perseguido y despojado de sus antiguas glorias.

EL CONDE DE TORENO.

I.

Floridablanca.

A los ochenta años cumplidos de su edad, don José Moñino, conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin en Murcia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los mas eminentes puestos del Estado. Fiscal del Consejo Real, y en union con su ilustre compañero el conde de Campomanes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsion de los jesuitas, se le honró con el cargo de embajador cerca de la Santa Sede, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de Estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fué desde entonces hasta la muerte de Cárlos III, ocurrida en 1788, árbitro, por decirlo así, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo mas ensalzado ni mas deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior casi todos los ramos, construyó caminos y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España, si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados Unidos, emprendida segun parece mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensadas y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demás la dignidad de la nacion. Censurósele, y con justa causa, el haber introducido

una política suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada aficion á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías, hijas las mas veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables irritaban su ánimo poco sufrido : ninguna de ellas fué mas tachada que la junta llamada de Estado, y por la que los ministros debian, de comun acuerdo, resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo, la medida en sí y los motivos en que la fundó, no solo le justificaban, sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Cárlos III, continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entonces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satíricos contra su persona, propendió aun mas á la arbitrariedad á que ya era tan inclinado. Pero ni esto, ni el conocimiento que tenia de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por don Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza régia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veia Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Allí estaba en el mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar mas y mas los límites de la potestad real, rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso como individuo de la Central que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo, y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

II.

Jovellanos.

Atento á ellas y formado en muy diversa escuela, seguia en su conducta la vereda opuesta don Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las mas modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado magistrado de la Audiencia de Sevilla; ascendiendo despues á alcalde de casa y corte y á consejero de Órdenes, desempeñó estos cargos y otros, no menos importantes con integridad, celo y atinada ilustracion. Elevado en 1797 al ministerio de Gracia y Justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de María

Luisa, recibió bien pronto su exoneracion. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á Don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la reina se creia desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de esta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no solo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del ministro y sus amigos. Desterrado primero á Jijon, pueblo de su naturaleza; confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin, atropelladamente y con crueldad encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez; y ya hemos visto cuán dignamente al salir de ella desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito, le eligió Asturias para que fuese en la Central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz como literato y como publicista obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores, si no las primeras de su tiempo. Protector ilustrado de las ciencias y de las letras, fomentó con esmero la educacion de la juventud, y echó en su Instituto Asturiano, de que fué fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecia la imágen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Achacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero sobre no ser extraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y aun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el monarca y el pueblo. Así estuvo siempre por la opinion de una representacion nacional dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasiadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que, de ánimo candoroso y recto, solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon excelente, que (como decia Ciceron su autor predilecto) «dificilísimamente cae en sospecha de la perversidad de los otros.» Tal fué Jovellanos, cuya nombradía resplandecerá y aun descollará entre las de los hombres mas célebres que han honrado á España.

(*Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España.*)

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Reinado de Cárlos I.

A fines del siglo 15 habia fallecido el príncipe D. Juan, primogénito de los Reyes Católicos y heredero de sus estados, sin dejar descendencia; pero el dolor que debió causar tamaña pérdida se templó en parte al ver pasar los derechos de sucesion á la reina de Portugal, que debia transmitirlos, despues de su muerte, á su hijo don Miguel, heredero de una y otra corona. Hubiérase verificado de esta suerte, y de un modo llano, legal, sin oposicion ni violencia, la reunion de ambos reinos de la Península bajo un mismo cetro; formando la monarquía mas poderosa de Europa, y con inmensas posesiones en todas partes del mundo.

No lo quiso así la mala estrella de España: despues de muerto el príncipe D. Juan, fallaron las esperanzas concebidas de que dejaba sucesion; murió tras él la reina de Portugal, murió tambien su hijo, los siguió al sepulcro Isabel la Católica; y recayeron, por lo tanto, los derechos al cetro de Castilla en la princesa doña Juana, de escasa capacidad y juicio, desposada de antemano con un príncipe estranjero, sin que se hubiesen calculado, cual era justo, las consecuencias que podrian resultar de semejante enlace.

En los paises como Francia, en que la ley fundamental prohibe que reinen las hembras, esta exclusion aleja hasta lo sumo el peligro de que pase el cetro á manos extranjeras; pero en los estados como España, en que las mujeres no están excluidas del trono, es necesario tomar las mayores precauciones políticas para evitar aquel caso; así cómo lo hicieron de muy antiguo los portugueses en sus famosas Cortes de Lamego, y despues al elevar al trono á la casa de Braganza.

A falta de iguales precauciones, que tantos males hubieran evitado á España, sus leyes fundamentales, no menos que la antigua práctica y los usos del reino, exigian la intervencion de las Cortes en todos los asuntos graves de la monarquía, como lo era indudablemente el casamiento de una infanta, pues que podia llegar el caso, como llegó en efecto, de que recayese en ella la corona, pero no se tuvo prevision bastante para pesar las resultas que podian sobrevenir de tamaña falta; y á la vuelta de poco tiempo se encontró la nacion española regida por monarcas que trajeron como primicias la guerra civil y estranjera, y nos dejaron la guerra civil y estranjera como postrer legado.

Desde la muerte de la reina doña Isabel empezaron ya los disturbios y parcialidades en Castilla, con motivo de la incapacidad de su sucesora doña Juana, de las pretensiones del archiduque su esposo, y de la repugnancia que mostraba á desasirse del mando don Fernando el Católico: ocurrieron con este motivo graves disensiones; pero como el archiduque residió corto tiempo en Castilla, y apenas si la gobernó pocos meses, no se sintió el influjo de la dominacion estraña, hasta que, por muerte del rey Fernando, aportó á las playas españolas el príncipe don Carlos impaciente por regir el estado en vida de su madre.

Era el príncipe de aventajadas partes, de entendimiento claro y ánimo generoso; pero escaso de años, falto de esperiencia, ignorante de las leyes, de los usos y hasta del habla de la nacion que iba á gobernar; dando con esto lugar á que los dañados consejos de la gente de afuera, que le habia seguido sedienta de mando y de riqueza, le precipitasen en tan desacertados pasos, con violacion de sus recientes juramentos que una gran parte de la nacion se alzó en defensa de sus fueros, apeló á las armas y quedó vencida; acabando las libertades de Castilla á los pocos años de haber ascendido al trono un monarca estrangero.

Acaeció, pues, que desde los principios de su reinado faltaron, por una parte las barreras que hubieran podido contener los estravíos de su ambicion, y que, por el estremo opuesto, la política de España se complicó estraordinariamente; primero, con la adquisicion de los Paises-Bajos, patrimonio de aquel príncipe; segundo, con los asuntos de Alemania así que hubo sucedido en la corona imperial á su abuelo Maximiliano; y por último, con los derechos y pretensiones que, como tal emperador, reclama sobre varios estados de Italia.

La posesion de los Paises-Bajos, provincias lejanas, inútiles á la prosperidad de España, y tal vez nocivas al desarrollo de su industria, la obligaban necesariamente á continuos gastos y desembolsos; la condenaban á mantener en pié crecidos ejércitos, la presentaban como vulnerable á los tiros de otras provincias, y la reducian á una posicion casi hostil respecto de la Francia; la cual tenia siempre, y á sus mismas puertas, ocasion de distraer poderosamente la atencion y las fuerzas de España, en tanto que esta se arruinaba con sus reveses y hasta con sus victorias.

Tambien tenia que pagar sobrado cara la estéril gloria de ver á su monarca ceñido con la corona imperial. A poco tiempo estallaron en Alemania encarnizadas guerras; el amor á la independencia y el deseo de libertad se aunaron despues con el anhelo de reforma religiosa, que despuntaba ya por todas partes; y como consecuencia necesaria de su situacion misma, tuvo Carlos que

oponerse al espíritu que manifestaban los príncipes y los pueblos, aspirando á fundar su propia dominacion en una sumision absoluta así política como religiosa.

Yo tengo para mí (sin que sea ahora ocasion oportuna de desentrañar este pensamiento) que la situacion en que se halló el emperador don Cárlos, así como despues su hijo, respecto de los estados estrangeros que regian, contribuyó de rechazo, tal vez mas de lo que se imagina, á que estableciesen con tanta dureza en España el despotismo y la intolerancia; siendo poco probable que unos monarcas de estirpe española, que no hubiesen poseido estados fuera del reino, y sin tener ocasion ni motivo de entrometerse en las disensiones políticas y religiosas, que tráian desasosegada á la Europa, hubiesen mostrado tal empeño en remachar los grillos de su propia nacion.

Con solo hallarse el monarca de Castilla en posesion del reino de Nápoles, y el rey de Francia apoderado del ducado de Milan, al ascender uno y otro al trono era difícil que ambos príncipes, mancebos, osados, ambiciosos, no viniesen muy pronto á las manos; pero cuando hubo recaido en Cárlos la corona imperial se agregó una nueva causa de enemistad, cuyas resultas tenian que ser no menos gratas que terribles. El emperador alegaba, en virtud de este título, su derecho de supremacía sobre varios estados de Italia, y principalmente sobre el ducado de Milan, considerado desde muy antiguo como feudo del imperio, y ahora en poder del rey de Francia, siendo imposible que este, por su parte, reconociese la supremacía de su rival, y abandonase en sus manos el cetro de Italia. De donde nacieron principalmente las guerras encarnizadas entre uno y otro soberano, interrumpidas apenas con brevísimas paces, si es que tal nombre merecen las que encerraban en su seno el gérmen de otras guerras.

Así habia cambiado totalmente la situacion política de la monarquía española; tenia esta por bases naturales la posicion aislada del territorio, las escasas fronteras, y esas fáciles de defender; ningun motivo perenne de desavenencia con otras naciones; y ahora se veia España empeñada por necesidad en las mas de las contiendas europeas, tocando por mil puntos á distintos estados; dueña de unos, amagando á otros, afanándose por asegurar con las armas su dilatada dominacion.

Compláz case en buen hora la altivez nacional, al contemplar la magnitud de la empresa, los esfuerzos gigantescos para conseguirla, los triunfos que la coronaron; pero la razon y la sana política piden estrecha cuenta de las ventajas conseguidas, y las comparan con los males y pérdidas, antes de pronunciar el fallo.

De los tres fines principales que parece haberse propuesto

Cárlos V, durante su largo y afanoso reinado, quizá no hubo mas que uno solo que importase realmente á España; tal fué el contener á los turcos en la cumbre entonces de su poder, y que antes de cumplirse un siglo de haber penetrado en Europa, la amenazaban ya con su pesado yugo. Dueños de Constantinopla, apoderados de la Moldavia y de gran parte de la Hungría, y tocando ya con sus huestes á las puertas mismas de Viena se hallaban en el corazon del continente, en tanto que sus posesiones en Morea, la reciente conquista del Egipto y el establecimiento de las Regencias Berberiscas en las costas del Africa, los hacian casi dueños del Mediterráneo. España, pues, tenia el interés, comun á todas las naciones civilizadas, de atajar esta nueva avenida de pueblos bárbaros, intolerantes, feroces, y ademas el interés propio y peculiar de no dejar establecerse en el Mediterráneo naciones enemigas, difíciles de avenir con los pueblos cristianos, despreciadoras de las leyes que arreglan el trato recíproco entre naciones cultas, y que amenazaban la navegacion y el comercio de todas ellas, con las plagas que traen consigo la piratería y la esclavitud.

Mas lo que importa observar es que, aun cuando se propusiese el emperador un fin no menos justo que glorioso, contrarestando el poderío de los turcos y guerreando contra las Regencias Berberiscas, lo distrajo lastimosamente de tal empresa el cuidado en que le traian los asuntos de Alemania y de Italia; los cuales debilitaron sus fuerzas, obligándole á repartirlas en varios y apartados puntos, impidieron que se formase una liga general de las potencias cristianas contra la Puerta, y hasta dieron ocasion á que hallase esta un apoyo en la alianza de Francia, que buscaba por todas partes barreras y obstáculos que oponer al engrandecimiento de la casa de Austria.

El desasosiego de los ánimos, y las alteraciones y disturbios á que dió lugar en Alemania el nacimiento de la reforma, llamaron tambien muy poderosamente la atencion del emperador; ora le estimulase el celo religioso en favor de la unidad de creencia, ora juzgase de buena fe, ora columbrase, con exquisita sagacidad, que el espíritu de independencia y de exámen, á que daban márgen las controversias religiosas, se avenian mal con las exorbitantes pretensiones del jefe del Imperio. Impulsado por una y otra causa, y tal vez por todas ellas juntas á contrarestrar la propagacion de las nuevas doctrinas, protegidas por varios príncipes y difundidas en los pueblos, tuvo Cárlos que extraviarse en un laberinto sin salida de dietas, de concilios, de negociaciones; siendo muy digno de notar que si su cualidad de emperador habia complicado en sumo grado los asuntos de Italia, hasta el punto de desvanecer toda esperanza de una paz duradera, su

anhelo de dominar en aquella provincia, y de tener para ello á su devocion á la corte de Roma enredó mas y mas los asuntos de Alemania, hasta que, cerradas todas las vias de reconciliacion, estalló al fin el rompimiento entre el partido protestante y el católico.

Triunfó Cárlos al pronto y á medida de su deseo, pero aconteció lo que suele cuando pasiones políticas ó religiosas ya muy propagadas son las que encienden la hoguera y hacen que se crucen las armas; el partido vencedor quiere á su antojo dictar la ley; el partido subyugado, mas no vencido, vuelve á tentar fortuna sin que se establezca entre ellos ni sosiego ni paz hasta tanto que se hagan concesiones mutuas y se den para adelante prendas y fianzas.

A pesar del inmenso poder de un Cárlos V, y de la cooperacion eficaz de gran parte de la Alemania, tuvo que consentir en una especie de tregua con los estados protestantes; y antes de la abdicacion de aquel príncipe, acostumbrado á no hallar obstáculo ni cortapisa á su voluntad, y apenas transcurridos pocos años de haber ambos partidos descuidado el acero, se celebró en Augsburgo la paz de religion, que zanjaba ya los cimientos á un sistema futuro de independencia y tolerancia.

Resulta pues, examinando imparcialmente los hechos, y no dejándose deslumbrar por el reflejo de la gloria, que el emperador D. Cárlos habia llegado al término de su carrera sin preservar el continente ni los mares de la dominacion amenazadora de los pueblos bárbaros, y sin asegurar en Alemania el sistema político y religioso que con tanto afan habia sostenido; dejando pendiente una y otra cuestion, para que se decidiesen en lo venidero tras larga y reñida contienda.

Mas propicia le fué la fortuna en las cosas de Italia: continuaba en (continuaba) tranquila posesion del reino de Nápoles, veia á los Franceses expulsos del ducado de Milan, daba la investidura de él, para quitarles toda esperanza, á su propio hijo, heredero de sus estados; tomaba bajo su proteccion á las repúblicas de Florencia y de Génova, en cuyo nuevo régimen habia influido tanto; inspiraba respeto y temor á la corte de Roma; tenia á raya la política inquieta de Venecia; ejercia, en suma, un influjo casi exclusivo en aquella península, demasiado desunida y débil para oponerse á su preponente voluntad.

Mas no por eso permitió el destino que estuviese tranquilo el ánimo del emperador respecto de la suerte futura de Italia, á tiempo que deponia con sus propias manos el peso de tantas coronas; pues si habia logrado poner término á su postrera lucha contra la Francia (en que ya se le mostró menos constante la fortuna), solo habia sido por medio de una tregua y á condicion de

dejar á Enrique II, con un pié ya en Italia, sin soltar las posesiones que habia conquistado en el Piamonte.

Por espacio de cuarenta años habia regido Cárlos I la monarquía española, sin dejar descansar un punto la política ni las armas, combatiendo casi siempre, triunfando las mas veces, extendiendo sin límites su dominacion, su influjo, el terror de sus armas : pero ¿no será lícito preguntar al fin qué provecho real y efectivo habia resultado á la nacion de tan próspero y glorioso reinado? Poseia los tesoros del Nuevo Mundo, y ya empezaba á empobrecerse; envia á todas las regiones sus aguerridos ejércitos, y apenas si podia sustentarlos; la adquisicion del ducado de Milan era casi el único fruto que habia sacado de tantos combates, y dejaba á la Francia lo que habia conquistado en el Piamonte; veia sublevadas contra sí cuantas potencias se sentian oprimidas ó amenazadas; habia ahogado primero la libertad doméstica, y forcejeaba por ahogar despues la de otras naciones; y lejos de haber afianzado con sus triunfos una paz sólida y permanente, veia brotar por todas partes las semillas de interminables guerras.

La prepotencia de la casa de Austria, sus inmensas posesiones, y sus pretensiones, mas grandes todavía, debieron naturalmente excitar los recelos y la enemistad de Europa; abriendo la valla á una porfiada contienda, que no podia tener término (como efectivamente no le tuvo) hasta que se pusiese coto á un poder tan exorbitante.

España, por su posicion geográfica y política, debiera haber permanecido espectadora imparcial de tan larga lucha, ó mediar como árbitra para una transaccion útil y honrosa, ó inclinarse al lado mas débil para restablecer el equilibrio. Empero, unida con la casa de Austria por el entroque de sus príncipes, y queriendo extender demasiado su dominacion propia, se vió condenada á ser el blanco de la enemiga de un sinnúmero de naciones, y á prodigar sin tasa sus tesoros, y á derramar á rios la sangre de sus hijos, ó por defender intereses ajenos, ó por empeñarse en conservar estados gravosos, que se escaparon despues, unos tras otros, de sus manos desfallecidas.

(*Bosquejo histórico de la política de España, desde los tiempos de los Reyes Católicos hasta nuestros dias.*)

DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO.

De las doctrinas críticas en España en lo relativo á la composicion poética.

Cuando va á tratarse someramente y de paso en el artículo que sigue del estado de la crítica literaria en España y en el dia presente, el intento del autor es hablar de las doctrinas dominantes, y no de las aplicaciones que de ellas suelen hacer los críticos juzgando los trabajos de sus contemporáneos. En estas últimas, por razones que no es del caso examinar ahora, está dado al olvido todo principio de justicia, reduciéndose los fallos á elogios triviales y exagerados de que por fuerza han de reirse en su interior los mismos que los pronuncian. Con suministrar tan abundantemente el manjar de la alabanza á tal punto está escitado el apetido voraz de los autores, que al recibir dosis razonables las miran como uno cantidad mezquina comparada con la que se les debe. Ni se hable de mezclar la desaprobacion con el elogio, ni de dar al segundo cierta índole y formas por donde, si bien aparece un meditado juicio, pierde gran parte de sus estremos de lisonja; porque aun esto último disuena al elogiado, y en cuanto á lo primero, lo juzga nacido de negra envidia ó de enemigo personal, no concibiendo posible que puedan acompañar tachas fundadas á alabanzas justas, dándoles realce y mas valor verdadero. Así en la rara ocasion en que un crítico se arroja á dar su fallo un tanto severo, no sobre el todo sino sobre parte de una composicion, aun señalando en ella perfecciones á la par con lunares, pasa por envidioso, maligno y mordaz, ó cuando menos por descontentadizo y desabrido. Algunos, con todo, arrostran los inconvenientes de esta empresa, pero pagan la faena de su atrevimiento; y sin contar al autor de estos renglones, que mas de una vez ha oido calificar de amarga censura juicios suyos donde no escaseaba el elogio, si bien no sin mezcla de desaprobacion, podria citar algun otro contemporáneo á quien acarrea odios acerbos su loable empeño en no alabar á bulto.

Dejando aparte estas miserias de nuestra situacion, las cuales son las de la humana naturaleza, en vez de contenida, avivada y estimulada en sus malos apetitos, bien será pasar á la materia, que lo es del presente breve y superficial trabajo.

En cierto modo puede decirse, que en el siglo XVIII nació en España la crítica literaria, y poco antes habia nacido ó llegado á verdadera vida en otras naciones. Bien es verdad que en los

siglos XVI y XVII, cuando habia quienes escribiesen bien, no faltaban quienes tratasen de juzgar sus escritos; pero se hacia con harto menos feliz fortuna lo segundo que lo primero. Los modernos sevillanos, guiados por un amor apasionado á las glorias de su provincia ó de su ciudad, han pretendido dar á los comentarios de Hernando de Herrera sobre Garcilaso el valor de una buena obra crítica, la primera de su clase en nuestra lengua. Cierto es que en los comentarios hay algunas observaciones atinadas y tal cual tacha puesta á las palabras usadas por el autor comentado, como tambien indicaciones de imitaciones hechas por Garcilaso de poetas de la antigüedad; pero todo ello mas tiene de erudito que de crítico, segun costumbre de aquellos dias. Menos encarecimiento ha merecido el comentario de García Coronel del Polifemo de Góngora, y menos merece en realidad, aun no tomando en cuenta el precio inferiorísimo de la composicion á que está destinado: pero si se queda bastantes puntos mas abajo del de Herrera, bien mirado, es trabajo de la misma clase. De ella hay algunos mas en nuestra literatura antigua, á la par con otros juicios á los cuales mal puede honrarse con el título de críticos, aunque en cierto modo aspiren á juzgar las obras al encomiarlas. Las aprobaciones de que van precedidos nuestros libros antiguos, casi todas ellas ridículas, aun las de la mejor edad de la literatura castellana, y las que no ridículas secas y vagas, juicios son en algun modo; si bien su nombre declara que aprobar y no otra cosa es su objeto.

No así cuando Don Ignacio de Luzan escribió su arte poética, donde ya es otro el criterio y la crítica, pretende reconocer leyes á las cuales ajusta sus fallos. Poco despues, era crítico á menudo muy atinado Feijóo; pero como de literatura dijo muy poco y esto con escaso acierto, solo sirvió á los principios literarios en cuanto promovió el espíritu de exámen cuya jurisdiccion á todo alcanza. Luzan es francés puro segun la escuela del siglo de Luis XIV llamada clásica y solo en algo digna de su nombre; pero así y en todo, señaladamente en sus juicios sobre las comedias antiguas castellanas, mostró un tanto de sutileza y bastante de buen juicio, todo ello con arreglo á los dogmas de su fe literaria, no la mejor pero mas distante aun de ser mala del todo.

Crítico de la misma escuela fué D. Agustin Montiano y Luyando en los prólogos antepuestos á sus malas tragedias. En el diario de los literatos y en una ú otra obrilla de mediados del siglo XVIII se leen juicios dados, ajustándose á las leyes entonces dominantes.

El reinado de Carlos III vió los famosos periódicos titulados

El Censor y *El Apologista Universal*, donde si mas se trataba de otros asuntos que de los puramente literarios, á estos se prestaba atencion asimismo. Aunque la fe de estos periódicos en materias filosóficas no era la francesa del siglo de Luis XIV, sino la de la Francia filosófica de los dias en que iban saliendo á luz, poco ó nada innovaron en punto á literatura, porque Voltaire y sus discípulos acertaron á viciar el gusto clásico y no á sentar la crítica en la teórica ó en la práctica sobre fundamentos nuevos.

Reinando Carlos IV, si hubo alguna decadencia en los escritores, no así en los críticos. Entonces varios periódicos contenian artículos donde se juzgaban las obras antiguas y modernas con mas que mediano acierto. Pero seguia la costumbre de juzgar en la composicion las formas mucho mas que el alma, y de dar por sentado que no habia de las primeras sino unas qúe otras buenas y adaptables á todo tiempo y país, á toda religion, á todo gobierno, á todo clima; en una palabra, á los hombres todos, los cuales sin embargo difieren entre sí tanto cuanto se diferencian la tierra en que viven, los usos á que se forman, lo que oyen en la niñez, lo que en la edad adulta conciben, el efecto que en ellos hacen los objetos externos cuya contemplacion, sintiéndolo ellos, ó no, los ocupa; en suma, sus pensamientos y afectos, no solo bebidos en el estudio de la literatura sino sacados de todo cuanto los rodea y va penetrando por donde quiera en su mente.

Notábase entonces una diferencia entre la crítica científica y el juicio del vulgo en cosas en que este último tiene alguno y no liviano peso. Sirva de prueba de lo que acaba de decirse el teatro. Cuando segun los dogmas dominantes, eran nuestras comedias antiguas composiciones monstruosas donde tal cual acierto mal redimia ó apenas compensaba el capital defecto de la forma dada á la composicion entera, acudia numerosa concurrencia á ver y celebrar las mismas piezas representadas, cosa que hoy no sucede á pesar de haber recobrado Calderon y aun los dramáticos sus secuaces, un altísimo grado de estima en el concepto de los críticos de mas valimiento. Así discordaban el voto del público y el de los doctos en el ramo mas popular de la poesía.

Entonces cabalmente Quintana en sus juicios críticos, publicados así en las *Variedades de ciencias, literatura y artes* como en su introduccion á las poesías selectas castellanas por él recopiladas y dadas á luz, y otros ligeros trabajos, se distinguia como crítico eminente para su tiempo y su patria. Éralo en efecto, si bien respetando aun la fe antigua y no lanzándose á la region apellidada trascendental; pero sin embargo, á veces á algo mas que á las formas miraba al examinar y juzgar las producciones literarias, y

tambien se hacia cargo de la existencia de una poesía popular distinta de la académica ó científica; de todo lo cual dan testimonio su juicio de las poesías publicadas con el nombre del bachiller Francisco de la Torre puestas en cotejo con las de Quevedo y el que hace de los romances antiguos, entre otros no tan notables.

Anduvo el tiempo y mudó de faz el horizonte literario de Europa. Apareció la crítica alemana con su novedad y con sus rarezas, pero introducian en la region de las ideas muchas, así como nuevas y sutiles, ciertas cuanto serlo cabe. En Francia, Barante, con cierto encogimiento y mesura, y Madame de Staël y Benjamin Constant con algun mas atrevimiento, se declaraban cismáticos si ya no heresiarcas en la Francia literaria cuya fe era clásica tan pura. La Revista de Edimburgo, muy leida tambien, abogaba por doctrinas poéticas de las cuales resultaba no ser las mismas críticas llamadas clásicas reglas infalibles é inflexibles.

Corria el año de 1818 cuando en España un aleman eruditísimo en nuestras letras castellanas y además ingenioso y nutrido en la filosofía y el gusto de su tierra propia, promulgó en nuestra patria las máximas críticas de los alemanes, tan estremadas cuanto en sí lo son, y con arreglo á ellas dió á Calderon excesivos elogios. Salieron contra él á sustentar la causa de la fe clásica francesa y española moderna, D. José Joaquin de Mora, de grande ingenio y vasta instruccion, y el autor de estos renglones. Riñóse bien la disputa, cantando cada uno victoria por su parte, si bien ha sucedido despues á quien este artículo escribe convertirse de la causa que entonces defendia á otra diferente, aunque no del todo contraria; linaje inocente de apostasía en que no pudiendo suponerse la conversion hija del interés, se admite lo que en la política y en la religion suele negarse; á saber, que el hombre convencido por ciertas razones puede llegar á creer ídolos vanos los mismos que algun dia miraba como imágenes de la deidad verdadera.

Al cabo Francia misma llegó á admitir con gusto bueno aquello que poco antes repugnaba calificándolo de corrupcion abominable. Lamartine componiendo, Victor Hugo haciendo lo mismo y á la par dogmatizando, y otros siguiendo sus huellas, cambió á tal punto, la faz del mundo poético y crítico, que entre el mayor número de autores y jueces, sino entre todos, llegó con el nombre de romanticismo á pasar por verdad sagrada la antes reputada mentira abominable, por hermosura lo antes apellidado fealdad y por regularidad insulsa lo antes declarado único puro tipo de belleza.

Esto pasaba allende los Pirineos, y sin embargo de comunicarse de allí á España los usos y las creencias con pasmosa rapidez,

pasaron dias antes que autor alguno español siquiera hiciese mencion de las novedades que fuera de su patria corrian con aceptacion nueva. Martinez de la Rosa publicó sus obras sin que en las notas á su Arte poética se diese cuenta, ni aun para refutarlas de las doctrinas que en lo demás del mundo iban privando. Hermosilla en su Arte de hablar se mostró aferrado á la escuela antigua, sin dignarse de honrar á la nueva con una desaprobacion donde se viese tenerla en algo. Igual conducta seguian Reinoso y Lista en sus opúsculos críticos.

Vino de súbito á cambiarse esta situacion. El prólogo del *Mozo expósito* del Duque de Rivas sentando una teórica nueva; el poeta mismo poniéndola en práctica; el *Don Alvaro* ó la *fuerza del sino* del autor acabado de citar, produccion de la novel ó renovada forma oida al principio con estrañeza, y recibida al fin con justo aplauso; El Trovador de García Gutierrez, desde luego aplaudido, y otras varias composiciones que siguieron, así dramáticas como cortas, y entre estas últimas varias á las cuales no cuadra término alguno de los de la antigua nomenclatura, completaron la mudanza empezada en cierto modo por Martinez de la Rosa en su *Conjuracion de Venecia*, recibida por el público con aceptacion suma, obra de innovacion tímida al modo de las del francés Casimiro Delavigne, parto de la mente de un natural conciliador empeñado en hallar entre opuestos estremos un punto de justa avenencia.

La crítica entonces pasó en España á aplaudir con frenesí el gusto nuevo. Pero este ¿en qué consistia? ¿Eran las formas ó el alma de los escritos lo variado, y lo que generalmente se aprobaba que se variase? ¿Hasta qué punto fueron nuevas las formas que usaban los autores y que los críticos aplaudian? ¿Se adaptaban bien á un espíritu nuevo, ó servian de que en ellas se encarnase y tomase vida y se espresase el antiguo? Por último ¿dura la mudanza entonces hecha en los preceptos para la composicion, ó se ha alterado hasta llegar la variacion novísima á ser completa vuelta al punto donde antes estaba?

La mudanza á que se hace ahora referencia consistia en declararse otra la poesía de nuestra época que la de la clásica antigüedad, y engañosa imitacion la hecha de esta última, cuando se le copiaban las formas, si con pretensiones y hasta realidades de hacerlo fielmente, no sin alterarlas.

Por esto vuelta la vista á las edades medias hubo de considerarse que, viniendo en gran parte de ellas la cultura europea, la composicion debia tomar algo de la índole de aquellos tiempos, y de sus costumbres y religion, en vez de copiarlo todo de Grecia

y Roma paganas, cuyo sistema social nada tenia semejante al moderno.

Por esto volvieron los españoles á adorar á sus autores de romances y comedias en vez de tributar esclusivos cultos á los escritores de odas, canciones y églogas, al gusto griego, ó diciéndolo con mas propiedad al latino ó al italiano, ó á los poetas dramáticos, que seguian las reglas dadas por Aristóteles, Horacio, Boileau y sus varios comentadores, y al aplicarlas tomaban por norma las no del todo exactas aplicaciones que de ellas habian hecho los críticos y dramáticos franceses.

Pero este movimiento se efectuó en España recibiéndose el impulso de Francia, clavada en ella la vista para admirar é imitar, y no solo tomando de allí la fe y el culto sino adorando á las deidades estrañas que en aquel pais se remontaban á serlo, no sin contestárseles la legitimidad del carácter altísimo que se arrogaban ellas ó que les reconocian sus secuaces y devotos; y adorándolas con sinceridad y fervor, nada comunes en la tierra misma donde habian aparecido ni aun entre sus discípulos y elogiadores mas celosos.

Víctor Hugo fué el dios de los españoles. Tambien compartia el inglés Byron el culto que al francés se tributaba; pero se le veia por lo comun vestido á la francesa.

Lamartine tenia adoradores, y no menos Walter Scott; pero este último solo como novelista; habiendo en este punto españoles que intentaron imitarle, si bien salian de su empeño con infelicísima fortuna.

Beranguer asimismo gozó del alto valimiento á que es acreedor, y fué copiado; pero en general, mas por razones políticas que por empaparse en los principios que sirven de base y norma á su composicion, obra de grande arte aunque sencilla.

Dos clases de innovaciones prevalecieron entre los críticos, la una en el espíritu de las obras y la otra en las formas: y al decir esto entendemos por doctrina crítica lo que se deduce del carácter de las composiciones publicadas y á la sazon acogidas con mas valimiento.

El espíritu de las composiciones aspiró en general á ser religioso, anti-materialista, patriótico apasionado, mas intenso á la paz que vehemente en los afectos, arrimado á la verdad efectiva mas que á la ideal, desviado de la concepcion poética antigua con su mitología, con sus perífrases, y con sus ideas melindrosas, á las cuales repugnaba cuanto se salia un punto de cierta region á que los preceptistas tenian reducidos á los poetas. Algunas excepciones de estas cualidades se mostraban en los escritos y se apro-

habian por los lectores y jueces; pero eran excepciones de una de las calidades acabadas aquí de enumerar, y no ciertamente de todas. Así hubo quien imitando á Byron hiciese alarde de duda burlona, de misantropía amarga; pero los que así procedian aun burlándose de toda fe, no por eso pensaban ó se expresaban como creyentes en la fe literaria ó crítica de sus padres. La duda de Byron es altamente poética, la de Voltaire todo lo contrario, y si con algo de poesía, con aquella donde reluce el ingenio y no se ven la fantasía ni la pasion, prendas las primeras del ilustre poeta de la Gran Bretaña.

El espíritu de las composiciones aspiró asimismo á ser melancólico y tierno, teniendo presente que la melancolía habia sido con harta razon señalada como una de las mejores fuentes de la inspiracion por una insigne autora y crítica moderna.

Las mudanzas en las formas correspondieron á las hechas ó recomendadas ó aprobadas en el espíritu de las composiciones.

En la lírica volvieron á privar y á tener auge los romances, nunca del todo abandonados por nuestros poetas, ni despreciados por nuestros críticos, pues hasta los habia celebrado Quintana, y hacian papel en las obras de Melendez y Lista, habiéndolos aun en las de Cienfuegos.

Como nuestros poetas líricos de los siglos XVI y XVII eran de la escuela clásica imitadora de Italia, desechároose las formas por ellos dadas á sus canciones ú odas, y tomóse de Francia, y principalmente de Víctor Hugo, el uso de variar de metros en una composicion, empleando los de la novel poesía francesa, no muy adaptables ni con gran acierto adaptados á la castellana.

En el teatro mudada la forma entera del drama, quedaron desechadas las unidades de lugar y tiempo, sin seguir muy respetada la de accion, y además empezó á emplearse en un drama gran variedad de metros, segun hacian nuestros autores antiguos de comedias; costumbre esta última no abandonada ni aun en la época del clasicismo por Rodriguez de Arellano y Enciso Castrillon, poetas los dos escasos en mérito y fama, y renovada despues por Gorostiza, no sin aplauso en gran parte merecido.

Sin duda alguna, esta renovacion de la poesía y de la crítica era sobremanera saludable; pero pecó entre nosotros cabalmente por lo que habian pecado en su aplicacion y hasta en su teórica, si bien mucho mas en lo primero que en lo segundo, las doctrinas erróneamente llamadas clásicas, esto es, por ser planta de tierra estraña traida á nuestro suelo con poca inteligencia y plantada en él para dar frutos forzados, pobres, mustios en color, escasos en fuerza y para el gusto de muy corto regalo, si ya no amargos ó

desabridos. Esto va dicho en otros lugares y aun por quien escribe los presentes renglones; pero esto se debe repetir, aun á cósta de hacerse fastidioso, siendo conveniente y necesario ser cansado en la predicacion cuando no se nota, y por otro lado se cree indispensable y posible de conseguir, la enmienda.

La melancolía fingida es de las cósas mas ridículas que cabe imaginar, así como todo lo estremado, que siendo real y verdadero, es sublime; así como tóda hipérbole sacada de quicio; así como la espresion de fortaleza heróica, convertida en hueca jactancia.

La melancolía misantrópica de Byron éra én él una rareza á que dan realce las de su carácter y situacion, y su fantasía vivísima, y su modo de sentir con vehemencia é intensidad estraordinarias.

La melancolía de los meditadores y sensibles hijos y habitantes de las regiones septentrionales cuadra mal, y sóló por ficcion puede cuadrar á los naturales y moradores de tierras alumbradas por un sol casi de continuo resplandeciente, dónde tódo brinda al regocijo; ó á una muelle inércia, en la cuál hasta él pensamiento poco ó nada trabaja, haciéndose la existencia en gran manera vegetativa y sensible sobre todo á los deleites materiales.

En las formas de la composicion lo que mas agrada y debe agradar es lo creado por los escritores, cuyas obras han formado nuestro gusto. Así la crítica y poesía modernas en España acertaban recomendando ó empleando gran parte de los metros y de la diccion de que hicieron uso nuestros mejores hablistas y versificadores, y erraban acomodando la novísima versificacion francesa á nuestro idioma.

Las doctrinas innovadoras tomaron el nombre de romanticismo; nombre puesto á cierta clase de máximas críticas y á las obras donde eran aplicadas por insignes autores alemanes, nombre adoptado por los franceses para bautizar las novedades introducidas en su literatura; llevado asimismo á Italia y allí acogido: y por algun plazo dominante traido tambien á nuestra España, donde privó con el carácter de cosa de moda, la cual estiende á la region literaria su jurisdiccion omnipotente.

El romanticismo pasó ya, y ha venido á ser hasta ridículo; gracias á las estravagancias á que ha servido de capa y abogado; gracias á haberse hecho voz del vulgo, entendiéndose por ella mil cosas diversas é incoherentes; y gracias, mas que á lo antes dicho, á su carácter equívoco, en virtud del cual siendo género tan falso cuanto el que se vendia por clásico, mal ha podido con-

servar su aceptacion despues de haber dejado de patrocinarle la moda.

Además en Francia, nuestra maestra, van queriendo autores y críticos volver á la escuela clásica de su nacion, despues de haberla abandonado y vilipendiado. Quieren y no lo consiguen, y es fortuna que se les malogre su intento, si bien debe considerarse que lograrlo de todo punto era imposible. Cierta cadena de tradiciones sigue mientras no se quiebra con engañosa apariencia de solidez, y respetada, aunque mal observada; pero si se llega á quebrar, no hay fuerzas humanas bastantes á restituirle su ser antiguó ni en la práctica ni en una teórica cuerda.

La crítica novísima en España va estando por el renacimiento de la escuela clásica, pero es de notar que logrará, si esto pretende, menos todavía que la francesa contemporánea, y sobre todo por una razon, y es, porque lo clásico en España no es lo que por tal pasaba á mediados y fines del siglo próximo pasado y á principios del presente, sino una cosa muy diversa.

El romanticismo español, bien entendido, deberia ser así en la esencia como en el nombre, clasicismo. Tal ha sido en verdad dictado por juiciosos críticos ó reducido á práctica por entendidos escritores. Ha sido su desdicha, mas que en otras partes servir de título á composiciones informes ; parto de hombres en quienes solia ser escaso el ingenio y era con frecuencia el saber casi ninguno. Habiendo los españoles venido á una época en que invertido el órden se pasa á escribir antes qué á leer, y se acostumbra seguir escribiendo sin dedicarse á la menos cómoda y provechosa tarea de la lectura, ha llegado á suceder que en las composiciones, en las reglas que á estas sirven de norma y en los juicios críticos, una ignorancia supina, empleando un lenguaje incorrecto con afectacion de brillante, donde se equivocan con ideas frases peregrinas que ninguna encierran, ha prevalecido, pasando por imaginacion, por ingenio, por ternura, por filosofía, por muestra, en suma, del adelantamiento de la edad presente. ¡Oh! á cuántos trozos bien sonantes, ó por decirlo con propiedad, altisonantes, á cuántas frases con pretensiones de novedad ingeniosa á censuras con humos de consideraciones filosóficas podrian con cabal justicia aplicarse, si fuese á averiguárseles el sentido, los tan famosos versos con que concluye el repetidísimo soneto de nuestro Burguillos ó Lope!

¿Entiendes Favio lo que voy diciendo?
y ¡cómo si lo entiendo! Mientes Fabio
que soy yo quien lo digo y no lo entiendo.

Pero la indignacion contra los desvaríos, ó llámense culpas, no debe sacar al juez de los límites de la razon y justicia para llevarle á anatematizar máximas ciertas y sanas cuyo abuso ha producido graves daños, si bien es cierto que debe meditar bien si son ciertas ó sanas las máximas que llevadas á ejecucion dan con frecuencia lo que parece abuso, y rara vez lo que pueda ser calificado de uso saludable.

En sentir de quien escribe estos renglones, dos cosas son ciertas, á saber: que la escuela clásica es la única que debe ser seguida por críticos y autores, y que la escuela clásica no es la que pasaba por tal en España al comenzar el siglo presente, y no lo es, sobre todo para los españoles, porque la verdadera tiene doctrinas propias para todos los pueblos y tiempos, y otras al revés, que deben variar segun sean las naciones ó las épocas en que las doctrinas han de ser predicadas y obedecidas.

Clásicos llaman los ingleses á varios de sus autores en colecciones que de sus obras hacen, donde van comprendidas las producciones de Shakespeare, las de Milton y aun las de Addisson.

Clásicos son para los franceses Corneille, Racine y Moliére con alguno de los escritores antes olvidados y ya un tanto vueltos á estimar del siglo XVI y varios posteriores.

Clásicos son en Italia así Dante como Tasso y Ariosto, aunque los nomencladores modernos hayan pretendido dar la calificacion de romántico al poema del Orlando furioso, y la de clásico al de la Jerusalen libertada, no pudiendo determinar cuál de las dos conviene mas al portento de la « Divina Comedia. »

Por último, como clásicos habrán de ser mirados en Alemania sus Schiller y sus Goethe, ya huyan del drama griego como el primero en su Wallenstein y demás obras, ya le copien como el segundo en su Ifigenia.

Y clásicos serán entre nosotros nuestros grandes escritores de los siglos pasados, entre los cuales ocupará Calderon un lugar preferente, no cabiendo poco distinguido puesto á Rojas, á Alarcon, á Tirso y á Moreto.

Porque bien mirado, el clasicismo francés distaba bastante de ser fiel reproduccion del griego, y la verdadera escuela clásica es la que toma ciertos principios de belleza, y luego hace en ellos variaciones, y los adapta á las costumbres, á la historia así política como literaria, y al gusto de cada nacion, acompañando á estas mudanzas las que dicta el buen juicio hacer aun en el mismo pueblo en cada época respectiva.

Vuelvan en hora buena los franceses á mirar como dioses de su Olimpo literario á los grandes autores de la edad de Luis XIV el

Grande. Dignos son en verdad de admiracion, hayan dicho cuanto quieran sus detractores. Pero si merecen alabanza no es solo por haber imitado á los griegos, de los cuales se desvian no poco, si en gran parte por otro lado los siguen. Fundieron en su manera la imitacion con la obediencia á las ideas de su siglo, y, conservando mucho del tiempo de la belleza antigua, lo ataviaron con las galas de su tiempo, desfigurándolo en algo, conservándolo en otros puntos, y aun variándole, sino con mejora, sin menoscabo la hermosura, y por último, en otros rebajándole no poco de sus perfecciones.

Vuelvan á su culto y á imitar lo que de nuevo admiran, si bien de tal manera imitándole que bien se nota en las renovadas imitaciones haber mudado bastante en la copia, no ya, como las antes hechas, servil, encogida y mustia, sino libre, valiente, y con colores vivos por lo mismo que están variados. La aplaudida tragedia de Lucrecia por Mr. Ponsard, ensalzada en calidad de obra correspondiente á la escuela clásica antigua francesa, dista no poco del tono y aun algo de las formas de la tragedia de Corneille, Racine, Crevillon y Voltaire, y dista infinito de ser lo que eran la las producciones inferiores con las mismas formas así las del siglo XVIII como las del XIX de Chenier, Briffaut, Joni y Arnault, recibidas no há muchos años con aceptacion suma en Francia; Brúto, haciendo de loco y contando fabulillas, habla conforme á la historia, pero se aparta de la tiesa dignidad de que no era lícito á los trágicos franceses desviarse una sola línea.

Prosigán los ingleses, aunque en lo general con nada feliz suerte copiando las formas de Shakespeare y de otros dramáticos célebres y de no corto mérito del reinado de Isabel y de Jacobo I y aun de los de Carlos I y II como Massinger y Otway que, al hacer así, clásicos ingleses son como clásicos franceses los que siguen con las alteraciones convenientes las huellas de los autores del siglo de Luis XIV.

Tome la poesía suelta en ambas naciones el tono en parte antiguo y en parte nuevo que cuadra con la situacion presente de los pensamientos y afectos de autores y lectores y con la veneracion debida á los grandes maestros y al giro por ellos dado á su lengua y aun estilo.

Hagan lo mismo los alemanes para quienes es clásica la literatura de principios del siglo XIX y fines del XVIII por mas que romántica se apellide.

Fluctúen los italianos entre las formas llamadas clásicas y las románticas, y usen de ellas mezcladas; porque en su tierra, donde la edad media algo conservó de la antigüedad, y donde Ariosto

tiene mucho de clásico y Tasso no poco de romántico, y donde son hoy venerados Alfieri y Manzoni, hay lugar para todos los géneros sin salirse de una region tan espaciosa cuanto varia.

Pero entre tanto, ¿qué doctrinas prevalecen en nuestra España, y cuáles, en sentir del autor de estas páginas, conviene que prevalezcan?

Bien puede decirse que nuestra crítica actual apenas sabe lo que aprueba ó condena, ó á qué aspira. Y no porque falten claros, agudos y sanos ingenios que á ella se dediquen, ni conocimiento en quienes tal obra emprenden, sino porque domina aun en los entendidos é instruidos cierta confusion de ideas nacida de varias causas.

Mucho ha adelantado en novísimos tiempos la crítica, que, tomando el título de trascendental, ha remontado el vuelo y penetrado en regiones á donde los antiguos críticos no osaban alzarse ni lo pretendian siquiera, contentos con ceñirse al exámen de las formas así en sus hechos como en sus preceptos.

Pero á grandes atrevimientos van anejos no menores peligros, y es muy fácil perderse en las nubes quien se aleja de regiones inferiores, no llevando consigo suficiente lastre. En la crítica filosófica que intenta juzgar algo superior á las formas, suelen ir hermanados los desbarros con los aciertos, unos y otros en calidad y cantidad mayores que los que se cometen ó logran en empeño mas humilde; lo vago y lo confuso con lo sutil y penetrante, y las consideraciones filosóficas tan ciertas cuanto nuevas con el alambicar del pensamiento hasta evaporarle. Comun es que digan ó cosas muy falsas ú otras que nada significan aun en los mejores ingenios, cuando, yendo á caza de novedades á mucha altura, pierden el rumbo y el tino.

Esto acontece á infinitos críticos así estranjeros como españoles, de varias de cuyas páginas escritas con brillo de estilo y gala de diccion si bien se puede sacar alguna idea nueva y otras exactas, es frecuente no ser posible estraer mas que voces cuyo sentido es ó ninguno, ó trivial ó falso.

Sin querer quien esto escribe rebajar el mérito á la crítica nueva á la cual reputa y declara preferible á la antigua, se ve forzado á preguntar cuál es la doctrina que puede reconocerse ó colegirse dominante hoy en nuestra España.

Siguiendo á los franceses de los siglos XVII y XVIII, apostatamos hasta cierto punto de la literatura castellana antigua. Siguiéndolos doce ó trece años há, renegamos de nuestra fe literaria moderna: siguiéndolos ó no siguiéndolos, escandalizados y justamente de errores novísimos, propendemos á trocarlos por otros como inten-

tando reponer las cosas en el estado en que estaban á principios del siglo presente, ó á perdernos en un laberinto, donde con censuras cuales fundadas, cuales injustas de lo recien pasado y de nuestros dias, van justos preceptos no siempre hijos de la prudencia y del tino, y casi nunca claros.

¿Qué significa, por ejemplo, declamar contra el teatro francés irregular de Dumas y Hugo, y pretender que se le sustituya el nuestro? ¿Acaso no se conforma nuestro gusto mas con el de estos autores franceses, aun siendo sus obras de no gran valor, que con el de Corneille y Racine, á pesar de su mérito altísimo é indudable?

Y ¿puede tal vez renovarse puntualmente nuestra literatura de otros siglos? ¿Y seria renovacion puntual la que así pareciese? ¿Puede haber comedias de capa y espada, cuando la una y la otra están ya casi fuera de uso? ¿Imitaria bien quien hiciese, en vez de como hicieron, lo que hicieron nuestros mayores? ¿Quién seria un segundo Velazquez, si haberle pudiese, el que pintase personajes contemporáneos con el peinado y traje de los del dia de Felipe IV, ó el que diese al ropaje y corte de pelo de nuestros dias la verdad y el brillo con que el gran pintor trasladaba al lienzo los accidentes de las figuras que reproducia, á fuer de exacto y animado copiante de la naturaleza?

Sean críticos y escritores, aconsejando los unos y ejecutando los otros, abservantes de ciertas máximas cuya verdad parece evidente al autor de estos renglones.

Supuesto que España es España y no Francia, ó Italia ó Alemania, ó Inglaterra, pero que la España del siglo XIX no es la de las edades pasadas, atempérese, para no remedar ó hacer una servil imitacion de los extraños, al gusto literario castellano, y para no intentar hacer ajustadas y no por eso fieles copias de los antiguos, al gusto del tiempo presente.

Venérese la clásica antigüedad é imítesela, pero entendiéndola, pero imitándola en lo imitable, porque nace la equivocacion del gusto clásico de la mala inteligencia del que reinaba en los pueblos de la antigüedad y de copiarlos con poco acierto, sobre todo en gran parte de sus formas.

Grecia fué el pais donde la literatura tuvó el carácter de sencillez, espontaneidad y verdadera belleza que debe servir á todos de modelo para admirado y seguido. Pero al seguirle debe cada pueblo hacer como hicieron los griegos, esto es, que la composicion y concepcion sean productos de su fe, de su historia y de sus costumbres.

Dése culto á lo bello, pero no se tome por tal lo afectado. Bús-

quese la belleza en el natural mejorado, como hacen los pintores, y no en lo que entre ellos se llama la *manera*.

A quien con demasiado rigor afee ó la mezcla de lo humilde con lo elevado, ó la pintura de lo feo y aun lo grotesco, recuérdese que entre los mismos griegos, maestros de la belleza ideal, los poetas trágicos no desdeñaban usar imágenes ó pintar personajes vulgares hasta con grosería, y que Homero puso como cosa de reir en el Olimpo á Vulcano y en la tierra á Tereites.

Convéngase en que la índole de cada pueblo y de cada lengua dicta ciertas modificaciones en el gusto, modificaciones tales que sin variarle del todo en no poco le alteran.

Proclámese no ser insignificantes las formas, pero sí que se dan por bellezas ó por necesarias muchas, cuya belleza depende de ciertas circunstancias, y desapareciendo estas, deja de serlo, ó cuya necesidad dista infinito de ser cierta.

Por último, promúlguese por la crítica la necesidad del estudio. Si en él hay privilegiados ingenios que se elevan á la mas sublime altura, pero las escepciones prueban la verdad de las reglas en vez de desacreditarlas, y además bien será tener presente que los ingenios privilegiados á que se alude suelen carecer de toda literatura en sus principios y no tener siquiera ni una instruccion superficial y escasa.

Y, contrayéndonos á nuestra España, entiéndase que del estudio reflexivo de la literatura castellana, poniéndola en cotejo con la antigua clásica de Grecia y Roma, y mas con la de la primera que con la de la segunda, y atendiendo además á las consideraciones filosóficas de la edad presente, que buscan en todo cuanto constituye la vida de un pueblo en todas épocas la regla de lo que es y debe ser literariamente considerado, deben nacer las doctrinas críticas que sirvan á los ingenios de freno y guia, pero no de primer impulso motor en la composicion, y á los censores de leyes con ilustrado espíritu entendidas, y con imparcialidad aplicadas en sus sentencias y predicaciones.

DON AGUSTIN DURÁN.

Observaciones generales sobre los romances históricos.

En extremo interesante es esta serie de romances, considerándolos como origen de la poesía popular, si no es que se la posponga en prelacion á las composiciones caballerescas. Los romances históricos importan mucho para el estudio de la historia particular, literaria, política y filosófica de nuestros mas remotos tiempos, pues apenas en otra parte se hallan vestigios del sentimiento íntimo de la incipiente sociedad que los produjo. Hubo uno en que los romances viejos obra del pueblo, ó de los juglares por su espíritu inspirados, sirvieron de comprobantes y de texto á las crónicas, tanto que en la *general de España* atribuida á Alfonso X, el Sabio, en la del Cid, en la del rey don Rodrigo y en otras se hallan débilmente convertidos en prosa; y hubo otro en que las crónicas dieron el asunto y fueron el modelo á los poetas. En ambos casos, pero mas que en aquel, estas composiciones, ya originales ó imitadas, nos han conservado los hechos, tradiciones y creencias que germinaban, crecian y se animaban al calor de las masas populares, y que retrataban sus poetas rústicos, sí, pero saturados del espíritu que les infundia. Faltos de color, de brillo de imaginacion, de facilidad en el lenguaje, de órden lógico en la expresion de las ideas y de enlace en la frase y en los pensamientos, nuestros romances de la época tradicional, que aun no siendo primitivos se acercan mucho á los originales de esta clase que les servian de pauta, ó en que solo algunas variantes se introdujeron, tienen un carácter particular, una tendencia firme y vigorosa, propia de los tiempos rudos en que nacieron, y el sello de una fe ciega, de una idea fija, que se prosigue y continúa hasta con terquedad; que no se discute, porque se cree; que se defiende hasta el martirio, porque se ama; y en fin, que mas que un tesoro se conserva, porque suele ser la esperanza animadora y vivificante de todo un pueblo. Ajenos estos romances de toda pretension literaria, rimados solo para que mejor se imprimiesen en la memoria, ni han llegado á nosotros cuales fueron en su primitiva redaccion, ni existen en ningun códice, que sepamos, anterior al siglo XVI. Los romances viejos, reformas de los primitivos, tales como los poseemos, pocos parecen anteriores á la segunda mitad del siglo XV, aunque es de presumir, que muchos de ellos tienen su orígen en otros de tradicion oral, mucho mas antiguos. Sin embargo, la presuncion no pasa de serlo, pues no puede documentarse, aunque el sentimiento íntimo que deja el

análisis de los pensamientos, formas y estilo de estas composiciones lo puedan moralmente persuadir, y mas si se atiende á las muchas locuciones y palabras y aun fragmentos que allí se conservan de un lenguaje y de un tipo mas antiguo que el que corresponde á la época en que se presume hecha la supuesta reforma. Trasmitidos á nosotros de memoria, y sin escribirse, deben por lo mismo haber experimentado alteraciones própias de cuanto se confia á ella. El juglar ú hombre del pueblo, inventor ó improvisador de un romance, hoy lo cantaba de un modo, mañana lo alteraba, ó lo añadia, ó lo cortaba; y el pueblo y los otros juglares que lo oian, al repetirlo lo cambiaban á su antojo, llenando los huecos de lo que le faltaba á la memoria, como Dios ó su ingenio les daban á entender. Tal sucedió sin duda con esta clase de composiciones, que, pasando de boca en boca, hubieron de modificarse mas ó menos prontamente, segun las costumbres y el idioma se alteraban. ¿Y cómo no habia de ser así, si aun despues de escritas é impresas, al copiarse ó reimprimirse, cada copiante ó editor, á pretesto de corregirlas ó completarlas, se creia autorizado á glosarlas, ó á lo menos á modernizarlas? No igual fué la suerte de los romances sobre asuntos de las crónicas, los cuales se escribian ó imprimian desde luego. Esta moda de remedar los viejos cuando ya el pueblo, falto del espíritu vivificador que le animaba, y separado de los intereses públicos, ni los hacia para sí, ni tenia sus poetas peculiares que lo hiciesen : esta moda, decimos, nació á mediados del siglo XVI, y los autores de tales composiciones afectaban, sí, el estilo, lenguage y ruda expresion de los romances primitivos y de los viejos de tradicion oral, exageraban sus barbarismos y solecismos, pero los despojaban de la sencilla espontaneidad própia de los originales. A pesar de todo, los romances de que vamos tratando, por mas que hayan sido alterados presentan medios muy á propósito para penetrar y discernir, mejor que en las historias oficiales, el carácter moral y social del pueblo que los creó y trasmitió y que luego los aceptó, reformados y alterados segun lo exigia el espíritu progresivo de la civilizacion que alcanzaba. Los romances viejos populares, y sus imitaciones popularizadas, debieran ser los elementos de nuestra epopeya nacional, si nos fuese posible alcanzarla, porque allí se contenia, como dijimos en otra parte, toda la ciencia, la fe, los hábitos y costumbres del pais, formadas en el trascurso de muchos siglos y arraigadas en los corazones; porque allí se veia el pueblo pintado á sí mismo, y retratados en los hechos sus sentimientos y sus glorias; porque allí se le presentaba su civilizacion, y porque era el medio único que tuvo de conservar en la memoria, con lenguage y formas al alcance de su inteligencia, aquellos hechos y virtudes que amaba recordar y aquellos vicios

que deseaba contener ó castigar. Estos elementos de un gran poema, cuyos semejantes formaron los de otros paises y naciones, comenzaron á germinar desde los primeros tiempos de la semimonarquía asturiana, y se completaron en el último tercio del siglo XVI, en cuya época, en vez de una epopeya, produjeron el teatro nacional, que Lope de Vega adivinó y realizó por el pueblo y para el pueblo. El instinto y el ingenio de este gran poeta abrieron el camino que tenian obstruido los eruditos y los trovadores que imitaban una literatura de orígen extraño, y la inspiracion popular se apoderó del arte, de la riqueza de la lengua, del colorido poético, y de todos los adelantamientos y modificaciones que habiamos adquirido y experimentado en nuestra sociedad. Desde entónces los romances reconquistaron su tipo característico, y se convirtieron en drama, como las rapsodias de los griegos se hicieron epopeyas; desde entonces los juglares y cantores se cambiaron en comediantes, y corrieron las ciudades, villas, lugares y aldeas, representando farsas y dramas, cual habian recitado y cantado los romances.

Pasemos á exponer el método y órden adoptado en el *Romancero de los históricos.*

Se han dividido, segun los asuntos de que tratan, en secciones, y estas en épocas históricas, cuando lo admiten.

Comprende la primera seccion los romances referentes á la historia sagrada. Es muy escaso el número de los viejos tradicionales que aquí se hallan.

La segunda es la de los tiempos mitológicos. Está dividida en la época griega y la romana : las composiciones pertenecen casi todas al último tercio del siglo XVI, es decir á la época artística.

La tercera seccion contiene los romances concernientes á la historia de Asia y las dos Grecias, con los que versan sobre dichos y hechos de algunos filósofos : igualmente corresponden sus composiciones á la misma época que las de la anterior.

La cuarta concierne á la historia de Roma, y está subdividida en estas épocas : la de los primeros reyes romanos ; la de la república hasta las guerras Púnicas, la de dichas guerras hasta la destruccion de Numancia, la de las guerras civiles hasta su fin y la del imperio romano. Poquísimos romances viejos existen en ella. Los imitados ó formados por poetas de la última mitad del siglo XVI, son casi todos malos ó hinchados, sin que por eso dejen de ser útiles á nuestro plan, pues conservan tradiciones populares. Los romances de esta y de la segunda y tercera seccion són en general tan viciosos, tan faltos de buen gusto y tan pedantescos, que á no ser porque entraba en nuestro plan el documentar todas las fases por donde pasó nuestra literatura popular ó popularizada, se deberian haber omitido del todo. Nos pesa grave-

mente la culpa de haberlos prodigado en demasía, sin mas motivo que el de ser raros y escasos los libros donde se hallan.

La quinta seccion, relativa á la historia de España, desde los godos hasta despues de mediar el siglo XVII, está dividida en tantas épocas como soberanos ha habido. En la que corresponde á cada uno se ponen los romances que tratan de los hechos, generales y particulares, acaecidos durante su dominacion. Despues de las épocas de los godos se siguen las de los reyes de la raza asturiana directa, y allí se colocan los romances de Bernardo del Carpio, de los condes de Castilla, de los Infantes de Lara, del Cid, de Garci-Perez de Vargas, de D. Alvaro de Luna, etc., y mas adelante los de las guerras de Granada con los de los hechos de Pulgar, de Garcilaso de la Vega, de Abindarraez y Narvaez, de los maestres de Santiago y de Calatrava, y de muchos valientes moros que, aun despues de vencidos en la guerra, todavía combatian, en batallas singulares con los caballeros cristianos. En esta seccion se comprenden ademas los romances que versan sobre los hechos contenporáneos á ellos: tales son los de las guerras contra los moriscos de las Alpujarras, y las de Carlos V y Felipe II, contra los turcos. Entre estos se hallan los de la conquista de Tunez, los de la Santa Liga y de la batalla de Lepanto, etc. Los mas interesantes que hay en esta seccion son sin duda los viejos, que narran las incursiones que mutuamente hacian los alcaides y soldados en los territorios fronterizos que guardaban. Su mayor parte puede considerarse compuesta por los que intervenian en las acciones de guerra, y en los tratos mutuos que se hacian, y que comunicados directamente por ellos á los juglares, despues de metrificarlos los propagaban en toda la nacion.

La sexta se compone de romances que se refieren á diversas épocas de las crónicas de los reyes de Castilla y de Leon, y que por no haber llegado á nuestra noticia las tradiciones que refieren, no hemos podido colocarlos convenientemente en ninguna de las conocidas. Todos ellos corresponden á los que calificamos como primitivos, ó á la clase de los viejos en que aparecen reformados.

La sétima, octava y novena corresponden á las dinastías de Navarra, de Aragon y de Cataluña, que abundan en romances viejos. Se han colocado estas últimas aisladas de la sexta, y entre sí, porque no interrumpan unas á otras la marcha de los hechos particulares á cada una, causando mas confusion de la que resulta ahora por el órden seguido.

La décima contiene los romances que tratan de asuntos de paises extraños: v. gr. de la historia de Portugal, de Italia, etc.; entre los cuales hay algunos viejos y muy interesantes.

A diferencia de los caballerescos españolizados, considero los viejos romances sobre la historia española de la edad media

como los solos originales y libres de toda imitacion extraña, inclusa la que pudiera venirnos de los moros. A esta solo pertenece un corto número, ya de los novelescos, á ya de los semi-históricos, que tratan de las guerras contra los moros de Granada. Aun los que desde principios á fines del segundo tercio del siglo XVI remedaron á los antiguos, participan de la ventaja de ser puramente nacionales, pues su imitacion recayó sobre lo que nos era propio, y excluia todo lo que era extraño. Los romances posteriores á este tiempo, producidos por poetas de profesion, cuyos asuntos pertenecen á épocas mas remotas, no son el espejo que las refleja, no son los que las caracterizan. Desviados en sus formas, en sus ideas y en su expresion; cargados de adornos poéticos y declamaciones oratorias, ni aun puede decirse que se propagaron en general entre el vulgo, sino en corto número. Sin embargo son interesantes como expresion moral de su tiempo, como tristísima prueba de la decadencia y marasmo á que caminaba rápidamente la nacion mas grande, mas extensa y mas poderosa del globo. No se crea por eso que todos los romances de la citada época participan de los mismos síntomas que los dedicados á enmascarar con nuevo colorido los asuntos y hechos de nuestra antigua historia. Aun en los tiempos de Carlos V y de Felipe II, obteniamos glorias que impresionaban á los pueblos, y cantos que sin mengua aceptaban. Los que celebraban las victorias obtenidas en Nápoles, las de Pavía, las de Tunez, las de Alemania, las de San Quintin, las de las Alpujarras, las de Lepanto, encontraban aun simpatías entre el vulgo, aunque obscurecido y despreciado. Todavía guardaba íntimos recuerdos de su antiguo poder: todavía se gozaba en oir ensalzado y proclamado el valor español. Del seno de su patria salieron los grandes hombres y los valientes soldados que conquistaron un nuevo mundo, los vencedores de la Europa y de los enemigos de la religion. Aunque apartados de sus familias los que peleaban en remotos paises, hijos eran de españoles, y españoles tambien. Hé aquí porqué los romances populares sobre las épocas de Carlos V y Felipe II son para ellas lo que fueron para la suya los viejos y primitivos; hé aquí porqué no los he desechado en un plan mas extenso y trascendente que el que se ciñe á los orígenes de la historia y de la poesía. Dia vendrá en que los siglos XVI y XVII lleguen á ser tan antiguos para los venideros, como ahora lo son para nosotros los anteriores, y en que las sucesivas generaciones procuren indagar el estado social que los constituia. Entonces los trabajos que les trasmitamos facilitarán los que se propongan hacer. Las antiguas colecciones, aunque publicadas sin órden, sin método, sin crítica y sin pretensiones filosóficas, nos han servido á nosotros, y las que hagamos serán tambien útiles á los que nos sucedan.

Bien sea el espíritu de reaccion, ó bien la esterilidad actual del ingenio, los que hayan producido la mirada retrospectiva hácia los siglos medios, al cabo de algunos mas, volverá á reproducirse la misma necesidad que ahora existe. Prevenir para entónces los medios de satisfacerla, es una de las causas, que mas influyeron para que se emprendiese un trabajo tan árido, tan sin gloria, y cuya utilidad no será conocida en nuestros dias. Si he sido largo y prolijo en la exposicion de mis ideas, si pródigo en los materiales que he reunido, cúlpese al pensamiento de que nada sobra cuando se trata de conservar lo pasado para ilustrar lo venidero.

(*Prólogo al Romancero general, ó coleccion de romances castellanos anteriores al siglo XVIII.*)

DON JOSÉ MORALES SANTISTEBAN.

HERNAN CORTES.

Dirigiendo nuestra voz á los españoles de ambos hemisferios, y mirando á nuestros hermanos de América como individuos de una misma familia, descendientes de nuestros mismos progenitores y partícipes de sus glorias, nos proponemos recordar uno de los acontecimientos, mas grandes que presenta la historia; la conquista de Méjico. Este asunto ha ejercitado las plumas de escritores distinguidos, tanto nacionales como estranjeros, y en verdad que pocos son tan dignos de ocupar la atencion de los hombres.

Una accion grande, casi fabulosa, capaz de encender la fantasía de un escritor, ofrece campo para que el talento ostente todo su poder. Un caudillo cuyo ánimo superior á todos los peligros parecia complacerse en provocar la suerte y en superarla á fuerza de perseverancia y de arrojo, en quien la prudencia igualaba al valor, cuyo carácter dominaba á sus soldados y avasallaba á los pueblos que su espada habia antes sometido : hombre de Estado, administrador, clemente, inexorable, blando, severo, en una palabra, uno de aquellos personages nacidos para acometer y llevar á cabo sublimes empresas, puede dar á la historia el brillo y el interés de un poema. Pocos, pero invencibles soldados, imitaban el denuedo de su capitan, y participaban de sus riesgos, de sus afanes, y con indomable constancia ponian cima á los novelescos

proyectos de aquella romántica imaginacion. Atravesando regiones desconocidas, ocupando pueblos de costumbres é idiomas ignorados, peleando con innumerables enemigos, y viéndose á menudo en el último trance pudieron enriquecer con aquellos vastos dominios el patrimonio de nuestra España.

Uno de los compañeros de Hernan Cortés despues de haber contribuido poderosamente con su espada y con su consejo á la conquista, quiso dejar á la posteridad la memoria de tantas hazañas. Hombre iliterato, escritor desigual, difuso é incorrecto, supo, sin embargo, cautivar el ánimo de los lectores, interesar en su narracion, y dar animacion y vida á las escenas que describia. Su estraordinaria memoria le permitió referir mil menudencias de los conquistadores, que comunican interés á los hechos y nos dan á conocer mejor que ningun otro escrito la índole, las costumbres y la fisonomía moral de aquellos hombres estraordinarios. Su narracion animada y ardiente nos coloca en medio de las escenas que describe, nos hace contemporáneos de Hernan Cortés, de Alvarado, de Sandoval, de doña Marina, á quienes vemos moverse, agitarse y repetir á nuestra presencia las gloriosas proezas que han inmortalizado sus nombres. La pluma de Bernal Diaz, sin aspirar á los honores académicos, ha alcanzado á interesar á los lectores y á dejar el mas precioso documento de cuantos ilustran la conquista del Nuevo Mundo.

Con gran talento de escritor, con todos los estudios de su tiempo, y con las ventajas de un hombre acostumbrado á meditar, á corregir y á pulir incesantemente sus escritos, supera Solis á Bernal Diaz en el órden y distribucion del asunto, en la profundidad de las miras, y sobre todo en la cultura y perfeccion del estilo. Poco dejaria que desear su historia sin el empeño de convertir á Hernan Cortés en un héroe de un libro de caballería, sin el tono de exageracion que da un aire de inverosimilitud á los hechos, y sin el propósito empalagoso de sembrar su narracion de conceptillos en que casi siempre personifica las cualidades morales. La mayor parte de los defectos de Solis son de su tiempo; el mal gusto de sus contemporáneos contribuyó á que hiciera prosáicos sus versos, y poética fuera de sazon su prosa. El que quiera por lo tanto, estudiar aquella época singular, y conocer aquellos hombres osados, supersticiosos, caballerescos, ambiciosos, debe preferir las desaliñadas páginas de Bernal Diaz á los compasados periodos de Solís.

No han sido los españoles los que se han dedicado solos á trasmitir á la posteridad las heróicas hazañas de los conquistadores de Méjico. Un distinguido escritor anglo-americano, W. Prescott, probado ya en el período mas notable de nuestros anales, ha querido tambien aplicar la crítica y la filosofía modernas á las glorias

de los españoles en el Nuevo Mundo, y me atrevo á asegurar que su pluma se muestra mas lozana, mas pintoresca, mas brillante que en la narracion del reinado de los Reyes Católicos. Despues de haber estudiado y discutido su asunto con el detenimiento y profundo juicio que le caracterizan, se puso á referir los acontecimientos con la mas severa imparcialidad, encomiando las proezas, haciendo justicia á las elevadas miras de Hernan Cortés, y reprendiendo las demasías de los conquistadores sin el adusto ceño de una exagerada é hipócrita filantropía.

Mucha gratitud debemos los españoles al ilustrado celo de Mr. Prescott por las simpatías que manifiesta hácia nuestra nacion, y por el esmero con que ha procurado enterarse de nuestra historia y de nuestra civilizacion. Si los escritores estrangeros mas de una vez cometen groseros errores por la precipitacion con que juzgan de las escasas nociones que tienen de nuestras cosas, el autor de la historia del reinado de los Reyes Católicos se encuentra libre de esa tacha y no cede á ningun español en el conocimiento de los hechos que describe.

Pero volvamos á Hernan Cortés y á su conquista, y demos antes de todo una idea del estado social de los habitantes de aquellas apartadas regiones.

No vayamos á creer que la raza indígena se componia en Méjico y en los estados comarcanos de hordas mas ó menos feroces, cuyo alimento fuera la caza, y cuya vida errante no les permitiera subir del primer escalon de los adelantamientos sociales. Nada de esto existia en la region que sirvió de teatro á las hazañas de Hernan Cortés. Habia pueblos agricultores, ciudades opulentas, una religion bárbara, pero que habia alcanzado un grado bastante alto de refinamiento teológico, gobiernos establecidos y variados en sus formas, desde la república federativa de Tlascala, hasta la monarquía casi absoluta de Méjico, y todo el aparato y la pompa necesarios para que el poder subyugase la imaginacion de los hombres. Tenian sus leyes, sus ejércitos, y vivian la vida agitada de los estados europeos. Las artes habian tambien conseguido cierta perfeccion, y en algunos trabajos menudos que empleaban en el oro, la plata y las plumas, los mismos artífices españoles confesaban su propia inferioridad. En una palabra, habian alcanzado toda la civilizacion á que puede llegarse sin el uso del hierro ni del alfabeto.

En medio de varias naciones distinguidas por sus hábitos marciales y por su estado mas ó menos floreciente, descollaba el rico y populoso imperio de Motezuma. Asentada su capital en medio de una gran laguna, y comunicándose solo con el continente por medio de calzadas cortadas con varios puentes, su situacion la hacia inespugnable, y le permitia dar una base sólida

y segura á las operaciones militares, y á cuantas medidas pudieran contribuir para perpetuar su supremacía. Así era Méjico el alma de la confederacion de que formaba parte, y el terror de sus enemigos. Una política sagaz y previsora ayudaba los medios naturales y convertia aquella ciudad en la metrópoli de la América del Norte.

En guerra perpetua con los vecinos, unas veces dictaba las hostilidades la ambicion, otras la propia defensa, y á menudo, y esto es digno de tomarse en cuenta, la necesidad de haber prisioneros á quienes sacrificar ante las aras de sus ídolos. Sus feroces deidades no se aplacaban sino con el vapor de la sangre humana recien vertida, y los corazones de las víctimas eran el incienso que quemaban en sus adoratorios. Segun todas las relaciones, el número de hombres sacrificados en el imperio cada año ascendia á veinte mil; y en varias fiestas solemnes ofrecian muchos centenares. Cuando se consagró el templo del Dios de la guerra, inmolaron setenta mil víctimas en diversos dias consecutivos. Consideraban tan necesario aplacar la cólera celeste con semejantes horrendas espiaciones, que llegó el caso de darse batalla entre dos ejércitos de naciones amigas sin que el éxito del combate tuviera el menor influjo sobre la suerte de las dos potencias beligerantes, limitándose solo á recoger prisioneros que ofrecer ante las aras. Habiéndole tambien preguntado á Motezuma cómo consentia que existiera la república de Tlascala molestándo sin cesar sus fronteras, contestó que por la necesidad de haber prisioneros para los sacrificios. ¡Hasta tal punto ciega la supersticion favorecida por el hábito, los ojos del entendimiento, y solo así pueden perpetuarse prácticas tan repugnantes y tan contrárias á los sentimientos del corazon humano! La civilizacion de Méjico seria digna de citarse con elogio y de ponerse en parangon con la de los imperios mas florecientes del Asia, si una mancha indeleble de sangre no empañara su esplendor.

No sospechaban estos habitantes que mientras ellos obedecian á sus reyes, adoraban á sus ídolos, y con armas iguales, y contra enemigos iguales decidian sus guerras; no sospechaban, repetimos, que otros hombres mas fuertes, mas audaces, mas inteligentes, y sobre todo, mejor armados, habian de cruzar los mares y devastar aquellas remotas regiones. Existia, sin embargo, alguna oscura tradicion de unos hombres venidos del Oriente, quienes habian de conquistarlos. Esta tradicion, sin duda alguna de la clase de aquellas predicciones hechas despues de los acontecimientos, y que consisten en alterar el sentido de palabras pronunciadas anteriormente, acomodándolas á los sucesos posteriores, conmovió el ánimo de Motezuma, debilitó su valor, y lo hizo dócil instrumento de los españoles. Pero el pueblo la igno-

raba, y vendió bien cara su independencia al odiado estrangero.

Mientras Motezuma se entregaba en su palacio á todo género de deleites, y mientras hacia ostentacion ante sus súbditos y ante las naciones estrañas, de un lujo y de una pompa dignos de un grande y opulento soberano, un jóven oscuro, pero dotado de un alma enérgica y fogosa, atravesaba el Atlántico y se dirigia á la isla de Santo Domingo en busca de riquezas y de aventuras. Para comprender las pasiones que agitaban su pecho, y los móviles de su conducta, se hace indispensable anticipar algunas reflexiones sobre el estado de los ánimos á la sazon en España, y sobre la opinion dominante en aquella época.

Invadida la Península por los árabes, se trabó una lucha entre las dos razas que no podia terminar sino por el total esterminio de una de ellas. Ambas fanáticas, ambas dominadas por odios y por pasiones irreconciliables, era imposible que el templo del Crucificado estuviese junto á la mezquita, que el estandarte de la cruz ondease al lado del de Mahoma. De aqui esa guerra á muerte que el cristianismo juró á los sectarios del Profeta; guerra suspendida á veces, para renovarse luego con mas furor. Estas lides de ochocientos años, crearon en los castellanos un espíritu aventurero que distingue á los caballeros españoles de la ndad media. El valor debia ser en circunstancias semejantes la primera virtud de un hombre, porque á él debian su existencia y su futuro engrandecimiento las nuevas sociedades. El valor, pues, proporcionaba bienes, distinciones y consideracion social.

Acostumbrados desde su niñez á devastar el territorio de los infieles, á saquear sus ciudades, y á enriquecerse con sus despojos, la juventud fogosa no conocia otro medio de satisfacer su ambicion que empeñarse en espediciones peligrosas, y darles cima á fuerza de arrojo y de perseverancia. Los riesgos habian perdido todo su horror, las fatigas no molestaban aquellos miembros endurecidos, y el esponer la vida, el buscar las profundas emociones de la victoria, y el propagar y hacer triunfar la fé, se habian ya convertido en una necesidad para los pechos nobles y generosos. Todos los mas fuertes estímulos que pueden agitar el corazon humano, la emulacion, la ambicion, el amor, la gloria, todos se reunian para sostener aquel ardor febril que bullia en las venas de los españoles.

Mientras los mahometanos ocupaban nuestro territorio, este deseo de gloria, este anhelo por adquirir prez y riquezas, hallaba satisfaccion dentro de la Península. Pero una vez lanzado el musulman, la ambicion de los castellanos no hubiera encontrado alimento, á no haber coincidido el descubrimiento de un nuevo mundo. Las pasiones de la juventud cambiaron entonces de teatro, y á las correrias en que antes se ejercitaban sucedieron

los viages á América, á donde con el mismo teson y con el mismo arrojo iban en busca de tierras ignoradas, de minas inagotables, y hasta de manantiales de perenne juventud. Éste plantel de pechos indómitos y esforzados dotó á España con las ricas é inmensas posesiones que hasta nuestros dias ha conservado.

Entre los jóvenes á quienes atrajo la fama de aquellas novelescas regiones, se contó Hernan Cortés, mozo de diez y nueve años, el cual habia empezado en Salamanca sus estudios, y no consta, aunque algunos lo asegnran, que llegara á graduarse de licenciado. Llegó á Santo Domingo, y despues de algunas correrías, que no son de nuestro propósito, se puso al frente de una espedicion, que debia hacer descubrimientos en el continente, dándose por último á la vela con su pequeño ejército. No presenta la historia ningun otro ejemplo de una conquista emprendida con tan escasas fuerzas. En el alarde que hizo en el cabo de San Antonio encontró que tenia á sus órdenes ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados europeos, doscientos indios, con catorce piezas de artillería y diez y seis caballos. Con menos recursos aun, hubo españoles que se aventuraron á examinar costas desconocidas y á penetrar por medio de naciones medio salvajes y de dudosa fé. Para acometer empresas semejantes bastaba la audacia, y la audacia era una cualidad casi general en nuestros compatriotas de entonces; pero intentar con tan escasa fuerza la conquista de pueblos belicosos, bien organizados, vencer en batallas campales numerosos y aguerridos ejércitos, espugnar sus ciudades, y añadir vastos imperios á una metrópoli situada á tan inmensa distancia, para esto no bastan la energía ni el valor, es necesario el genio, y en genio superó Hernan Cortés á todos sus contemporáneos. Fernando el Católico, Gonzalo de Córdoba y Colon (1) pueden solos compararséles, y aun estos pertenecen á una época algo anterior, de modo que Hernan Cortés en los tiempos en que ejecutó sus proezas no tenia rival en España.

Con tan reducido ejército desembarcó Hernan Cortés en el continente, y se apoderó á viva fuerza de Tabasco, y derrotó en seguida en batalla campal un ejército de cuarenta mil hombres que de toda la comarca se habia reunido. Aqui empezó á manifestar el anhelo por la propagacion de la fé, característico de todos los corazones esforzados de aquella época. Desde la cuna encendia el celo religioso su inestinguible llama en el pecho de los niños, la cual brillaba siempre al través de todas las pasiones mundanas. En medio del estruendo de los combates, en medio de las instiga-

(1) Colon murió en 1506, Gonzalo de Córdoba en 1515, Fernando el Católico en 1516, y Cortés se dió á la vela con su espedicion en 1519.

ciones de la ambicion y de la codicia, la voz de la religion se hacia escuchar de continuo de Hernan Cortés, y era el mas poderoso móvil de su conducta. Su ánimo se hallaba tan preocupado por esta idea, que el prudente y tolerante padre Fr. Bartolomé de Olmedo tuvo que moderar repetidas veces el escesivo ardor de Cortés, y hacerle conocer que no podia ser justo ni conveniente precipitar las conversiones ni empeñarse en hacer malos y poco firmes cristianos de unos hombres, á quienes ni la persuasion ni el conocimiento de las verdades religiosas habian suficientemente preparado.

Dominado por sentimientos semejantes, apenas hubo derrotado el primer ejército, pensó en reducir á la religion cristiana á los de Tabasco. Los indios, espantados por los prodigios que vieron ejecutar á los españoles, por su arrojo temerario, por la esplosion de sus armas de fuego, y mas aun por la ferocidad de los caballos, los miraban como seres sobrehumanos, y á su Dios como superior á todas sus divinidades. Renunciaron, pues, sin repugnancia al culto de sus dioses, y sin comprender nuestra religion, la adoptaron.

Pasó en seguida á San Juan de Ulúa, y fundó la Villa Rica de Vera Cruz. Cortés no era solo un guerrero cuyo oficio fuera destruir, sino que se consideraba obligado á conservar y á construir. Mas adelante le veremos derramar lágrimas sobre las ruinas de Méjico, sobre las ruinas que la obstinacion de sus enemigos le precisaba á causar, y tan luego como quedó vencedor, no permitir que el estandarte de Castilla ondease sobre escombros, sino sobre edificios suntuosos y superiores á los antiguos. No quiso que el estrangero lamentase la devastacion de un bárbaro, sino que reconociese la mano del hombre culto, mejorando cuanto toca, y reparando con ventajas los destrozos que el abuso de la superioridad suya ocasiona.

Fundada ya esta colonia, se dirigió á Cempoala, en donde, no pudiendo reprimir su fanatismo religioso, menospreciando el furor del pueblo y las amenazas de las armas, derrocó los ídolos, los quemó, convirtió la ira en admiracion, y obligó á los indios, pasmados de tanta audacia, á reconocer la superioridad del Dios de los cristianos, y á abjurar el culto de sus mentidas deidades. Pero la imaginacion de Cortés no era de aquellas que se agotan, ni su ánimo de los que decaen con los esfuerzos. Habia concebido la idea de sustituir en aquellas apartadas regiones la cruz á la piedra en que se derramaba la sangre humana, y la civilizacion europea á la rudeza de unas sociedades que aun no habian salido de la infancia.

Alarmado con una conspiracion, cuyo objeto era abandonar la comenzada empresa, quiso aislar á sus soldados y quitarles hasta

la esperanza de volver á su patria antes de terminar la conquista. Concibió entonces el proyecto de destruir las naves, proyecto que aun cuando no tenga el mérito de la novedad, no por eso deja de ser tan glorioso para Cortés como si él fuera el primero que le hubiese adoptado. Las acciones heróicas, los grandes sacrificios no derivan su lustre de la invencion, sino del esfuerzo de alma necesario para darles cima. La abnegacion del sentimiento paternal de Guzman el Bueno, y la alternativa de vencer ó morir, impuesta á su ejército por Hernan Cortés, no desmerecen porque hayan tenido antes cabida en otros pechos. Si Tarik quemó sus naves al pisar las costas españolas, si Asclepiodato las destruyó tambien al desembarcar en Britania, uno y otro se encontraban á pocas leguas de sus playas, y podian con facilidad volver á ellas: pero los conquistadores de Méjico sabian muy bien la imposibilidad de recibir socorros si padecian una derrota, y que los que no perecieran en este caso en el campo de batalla, habian de ofrecer sus corazones en holocausto ante unos ídolos sedientos de sangre humana.

Terminada esta hazaña, se dirigió á la belicosa é indómita república de Tlascala, cuyos ejércitos venció en tres batallas campales, y trocándose en amistad el odio, fueron recibidos en triunfo los españoles en la capital, celebrándose una alianza nunca desmentida entre ambas naciones. Aun aqui intentó Hernan Cortés emplear la fuerza para reducir á los indios á la religion cristiana; pero moderó su fanatismo la prudente tolerancia del padre Olmedo, y se limitó á usar los medios de la persuasion. Sin el buen juicio de este religioso, el celo violento de Hernan Cortés hubiera malogrado en mas de una ocasion el éxito de la empresa. Despues de su llegada á Méjico tambien formó el empeño de convertir á Motezuma, y por su influjo á todos sus vasallos, y el buen padre tuvo que reprimir los ímpetus de la cólera del capitan, que estallaba con mas fuerza al ver la racional resistencia del emperador.

En Tlascala recibió una embajada de Méjico, invitándole á trasladarse á aquella capital, y rogándole que pasase por la rica y pacífica ciudad de Cholula, y sin vacilar emprendió la marcha á la cabeza de su pequeño ejército y de unos seis mil tlascaltecas. Pero el ánimo de Motezuma estaba distante de ser pacífico. Desesperando de poder vencer á los españoles á la fuerza, quiso emplear contra ellos la perfidia y hacerles caer en una celada habilmente dispuesta. Por su órden las calles de Cholula fueron interceptadas con zanjas y con estacas, para que, mientras la poblacion acometia y desbarataba á los huéspedes, embarazados en medio de tantos obstáculos, un ejército de veinte mil mejicanos, emboscado en las inmediaciones pasara á cuchillo á los que se resis-

tiesen y cogiese vivos á los demas para inmolarlos á sus dioses.

Afortunadamente se descubrió con tiempo la conspiracion, y Cortés trató de hacer espiar á los de Cholula su atentado. Llamó á los principales caciques, y les pidió dos mil *tamenes* ó indios de carga para su marcha. Reunidos unos y otros en el gran patio del templo donde se hallaban alojados los españoles, á una señal convenida empezó la matanza. Al estruendo de las armas, acudió el pueblo enfurecido, é intentó penetrar á viva fuerza; pero rechazado por las tropas que defendian la entrada, y embestido por la espalda por los tlascaltecas, avisados de antemano, cesó la batalla y sucedió en su lugar una horrible carnicería. Estimulados por la venganza los españoles, y sus aliados por su natural ferocidad, saciaron unos y otros su sed de sangre, perdonando solo á las mugeres y á los niños, é incendiando las casas y los templos de la ciudad, que miraban los americanos como el principal asiento de su religion.

No es mi intento disculpar este acto de crueldad, hasta cierto punto innecesaria. Descubierta la traicion, debieron ser castigados sus principales promovedores, y debió perdonarse á aquella muchedumbre, instrumento ciego de sus caciques. Pero es forzoso confesar que si la indulgente filosofía puede tachar la conducta de Cortés, la justifican plenamente el derecho de la guerra, practicado hasta nuestros dias por los generales de las naciones mas cultas, y aun pasaria por compasiva, habiéndola de juzgar por las costumbres admitidas entre sus enemigos. Lo único que encuentro indefendible es la perfidia de convocar los dos mil indios de carga y asesinarles, encerrados por las paredes del patio, como si fueran unas fieras.

Libres los españoles de aquel lazo tan inicuamente tendido, recibió Hernan Cortés nuevos enviados de Méjico, escusando al emperador y disculpando con pretestos especiosos la proximidad del ejército. Cortés fingió quedar satisfecho con sus razones, y sin dilacion se dirigió á Méjico, donde fué acogido con los mayores agasajos por el emperador y por lo mas florido de la nobleza.

La determinacion de entrar con tan escasas fuerzas en la capital de Motezuma me parece temeraria. Si su intento era conquistar á Méjico debió declarar abiertamente la guerra, aprovecharse de las alianzas con que casi todos los estados le brindaban, reunir un ejército poderoso y embestir aquella capital, cuya tiránica dominacion escitaba el odio de las naciones subyugadas.

Este plan lo realizó despues de arrojado de Méjico, despues de batidas y cruelmente aniquiladas sus tropas, y le hubiera sido mas fácil ponerlo en ejecucion cuando acababa de aterrar los ánimos con el escarmiento de Cholula, cuando sus enemigos no estaban familiarizados con la vista de los españoles, y cuando

los miraban aun como invencibles. Las tremendas batallas sostenidas contra los tlascaltecas le debieron dar á conocer la pujanza y valor de los americanos, y el inminente riesgo de perecer en que se vió en una de ellas, del cual le libertó milagrosamente la rivalidad de los gefes enemigos, que estalló en lo mas fuerte del conflicto, debieran haberle hecho mas cauto en aventurarse en manos de sus contrarios.

Mas sensatos los tlascaltecas, intentaron en vano disuadirle, ponderándole los inmensos recursos y el carácter belicoso de Motezuma, y haciéndole notar la situacion peligrosa de Méjico, rodeado por todas partes de agua, y solo comunicándose con el continente por medio de calzadas interrumpidas á trechos por puentes, y donde se veria encerrado como en una ratonera.

No tardó mucho en conocer lo crítico de su posicion, cuando ya no podia cejar sin mengua de su reputacion de invencible. Entonces se vió aislado por las aguas, sin recursos y en el seno de una poblacion belicosa y en cuyo auxilio vendrian todas las fuerzas del imperio, y entonces conoció que no debia descansar sobre la palabra ni sobre la aparente benevolencia de Motezuma, de cuya doblez le habia ya dado una prueba inequívoca en Cholula.

Realizáronse en parte estos temores cuando fueron asesinados por mandato de Cualpopoca, general mejicano, dos españoles de la guarnicion de Vera Cruz, y cuando para tomar satisfaccion de esta injuria sostuvo el gobernador Escalante una batalla campal, en la cual fueron gravemente heridos y murieron despues el Escalante y otros seis soldados. Aumentábase la criminalidad con la circunstancia agravante de haber hecho prisionero á un tal Argüello, cuya cabeza fué enviada á Motezuma.

Súpolo apenas Hernan Cortés, cuando se apresuró á poner en ejecucion el proyecto que habia concebido, y que estaba ya aprobado por sus capitanes, de llevarse al emperador de grado ó por fuerza al palacio donde los españoles se alojaban. A la luz del dia, de en medio de su córte y de sus guardias, fué arrebatado Motezuma y conducido prisionero al cuartel en que se encontraban sus mortales enemigos los tlascaltecas. Alli de su órden llevaron preso á Cualpopoca, alli fué juzgado y condenado, y mientras él y sus principales subalternos ardian en la hoguera, el monarca, con grillos en las piernas, presenciaba la ejecucion.

Entretanto Diego Velazquez, gobernador de Santiago de Cuba, que habia costeado la espedicion, viéndose defraudado de sus esperanzas, hizo otro armamento, superior en fuerzas, para someter á los conquistadores, y para devolver su primitivo carácter de comercial á la empresa que el genio de Hernan Cortés habia convertido en provecho de su religion y de su rey. A la cabeza de

estas tropas venia Pámfilo de Narvaez, hombre muy desigual á su contrario en osadía y en talentos militares.

Noticioso apenas Cortés del desembarco de Narvaez, salió precipitadamente de Méjico, dejando en su cuartel unos ciento cuarenta españoles con la artillería, y con doscientos sesenta y seis hombres marchó al frente de Narvaez, quien tenia á sus órdenes novecientos españoles y mil indios.

Primero entró en negociaciones, y logró desmoralizar las tropas enemigas, y despues las sorprendió á media noche y las desbarató, prendiendo á Narvaez, y poniéndose á la cabeza de ambos ejércitos.

Pero la fortuna, que se complace en acibarar los dones que dispensa á sus favoritos, le tenia preparada para los momentos en que saboreaba su triunfo la noticia de la sublevacion de Méjico, y de hallarse Alvarado y sus soldados en el mayor apuro. Inmediatamente partió á socorrerlos, y penetró por las silenciosas calles de la capital al frente de su hueste. Supo allí el alzamiento motivado por la atroz imprudencia de Alvarado de haber querido destruir las conspiraciones verdaderas ó falsas que se le anunciaban, asesinando la flor de la nobleza, que con su beneplácito se entregaba al solaz de sus fiestas religiosas. Tan brutal conducta despertó el orgullo de aquellos naturales; y les hizo pensar en el corto número de sus tiranos, y en la inmensidad de sus propios recursos. Empuñaron, pues, las armas, y sitiaron á los españoles en sus cuarteles.

En semejante aprieto no desmayó el ánimo de Cortés, antes por el contrario, tentó antes de emprender la retirada todos los medios que su ardimiento y su sagacidad le sugerian. Rechazó los repetidos asaltos, hizo salidas, se apoderó, despues de un sangriento combate, del templo principal, entabló negociaciones, y probó á que Motezuma aplacase á sus súbditos con su presencia y con sus palabras. Todo fué en vano: el afan contínuo de combatir y de vencer, agotaba las fuerzas y disminuia el número de los españoles, mientras que los americanos, reemplazados siempre por tropas de refresco, renovaban con nuevo vigor los ataques. Las negociaciones nada aprovechaban con unos hombres despechados que contaban con la seguridad de aniquilar á sus enemigos, y las palabras de Motezuma fueron contestadas por los silbidos del desprecio y hasta arrojaron toda clase de armas contra su persona, le hirieron malamente, y ocasionaron su muerte.

Viéndose acometido por una muchedumbre siempre renaciente, y sabiendo que habian cortado los puentes de las calzadas, venció Cortés su natural propension á superar de frente todos los obstáculos, y se resolvió á abandonar á Méjico. A media noche, sin oposicion, casi sin ser sentido, atravesó el ejército la ciudad y

llegó á la calzada. En aquel momento resonó el grito de alarma entre los indios, y todos volaron al combate. De repente se cambió el silencio de la noche por el estrépito con que multitud de guerreros se empujaban para alcanzar al odiado europeo. El tersor del cielo, reflejado por las tranquilas aguas de la laguna, se miró turbado por el contínuo azote de los remos, y un número inmenso de canoas se divisaba al través de las sombras de la noche como una bandada de buitres impacientes al ver que se les escapaba la presa.

Atracan, por último, las canoas á la calzada, desembarcan los guerreros que iban en su bordo, y empiezan á llover sobre los castellanos toda clase de armas arrojadizas. Trepan unos por la calzada y se oponen á la salida, mientras los principales batallones embisten de frente. Llegan en esto los españoles al primer puente cortado y echan otro de tablas que al efecto habian construido, y consiguen atravesarlo con su artillería y equipages.

Entretanto la cabeza de la columna alcanzó despues de un porfiado combate la segunda cortadura, y esperó inmóvil á que llegase el puente de madera; pero este se habia enclavado tanto con el peso de la artillería, que no bastaron fuerzas humanas para levantarlo. En el ínterin, el enemigo, seguro de su presa, acometia rabioso sobre los que ya contaba como víctimas de sus dioses. Entonces se encendió la pelea con mas furor que antes. Los mejicanos acribillaban á los españoles y á sus aliados desde las canoas con sus saetas, y otros al mismo tiempo saltaron sobre la calzada y embestian por los flancos, por el frente y por la retaguardia á la imprudente hueste que se atreviera á penetrar en la capital del imperio. La desesperacion encendia el valor de los unos, mientras los otros se enfurecian con la resistencia.

En tanta confusion no era posible ni mandar ni obedecer; cada cual proveia á su propia defensa. El instinto de la conservacion, sin embargo, obligó á los españoles á reunirse en grupos de cuarenta y cincuenta para abrirse paso y continuar su camino. Las espadas castellanas herian sin piedad y mataban á centenares á los mal armados mejicanos; pero no por eso se menguaba aquella multitud siempre renaciente. Ya el brazo desfallecia para la ofensa, y aun las piernas vacilaban para la fuga, cuando el tropel de los que caian en la cortadura, y los cadáveres que arrojaron juntamente con la artillería y equipages, formaron un puente que sino cómodo ni seguro, facilitó á muchos el paso, mientras los caballos sujetos por las riendas atravesaban á nado.

En el segundo tramo de la calzada tuvieron una persecucion menos activa. El deseo de la presa, el no haber contado los gefes mejicanos con que cruzaran los españoles el segundo foso, y la matanza que se embravecia en la retaguardia, dieron tiempo á

Cortés y á varios soldados para llegar al tercer canal. Atravesáronlo con poca oposicion, los unos á nado, y los otros asidos de los caballos. Ya se miraban seguros cerca del continente, cuando se esparció la voz de que Alvarado con las tropas que cubrian la retaguardia estaban envueltos. No le permitió á Hernan Cortés su corazon ardiente permanecer ocioso espectador de aquella catástrofe. Arrojóse sin titubear al agua, exhortando á los demas ginetes á que le siguieran. Atraviesa de nuevo el foso y recorren la calzada, atropellando cuanto encuentran, hasta desembarazar á sus amigos, quienes con gran dificultad se reunen á sus compañeros.

Ya fuera de la laguna, reune Cortés los restos de la derrota, y entonces conoció lo amargo de su situacion. Entonces vió su pequeño ejército destruido, y la mayor parte de sus soldados muertos en el campo, ó reservados para aplacar con sus corazones la cólera de los dioses ofendidos. Consideróse á la cabeza de un puñado de fugitivos, mal armados y llenos de terror. Habia perdido su bagaje, su artillería, y todas las demas armas de fuego, y solo contaba para escapar de enmedio del territorio enemigo y de los inmensos ejércitos que le circundaban, con la fuerza de unos brazos estenuados y con el auxilio del cielo. Abundantes lágrimas bañaban sus megillas, su cabeza descansaba sobre sus membrudas manos, y su fisonomía espresaba, no el desaliento, sino la mas profunda afliccion.

Careciendo de víveres, peleando de contínuo, y estenuados por la fatiga siguieron la retirada por espacio de siete dias. Ya miraban próxima la tierra hospitalaria de Tlascala, ya se consideraban seguros, ya veian renacer sus fuerzas, y ya contaban acaso con vengarse de sus crueles enemigos, cuando al prepararse para bajar al valle de Otumba (1), lo encuentran ocupado por un ejército de innumerables mejicanos que les cerraba el paso.

Vencer con tan reducidas tropas á mas de cien mil combatientes que los tenian cortados, rayaba en lo imposible. Pero de no acometer con denuedo era seguro el esterminio de los españoles, y el ánimo de Cortés no conocia el desmayo. Sin titubear abrazó el único medio de salvarse, el de embestir en aquella muchedumbre y abrirse paso á viva fuerza.

Arenga á sus soldados, se pone á su cabeza, y cae sobre el enemigo, que tambien le salió al encuentro. Chócanse las dos huestes, y ceden los indios, abriendo ancha entrada á los euro-

(1) Antes de llegar á este valle se hallan las pirámides de Teotihuacan, y como observa Prescott, pudo Cortés decirles á los suyos como Napoleon en Egipto: « Soldados; desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan; » pero, añade el mismo escritor, « la situacion de los españoles era demasiado crítica para declamaciones teatrales. »

pecs, quienes se engolfan mas y mas dentro de aquel mar sin orillas. Abarca, en fin, el ejército americano al español, rodeándole por todas partes. La espada del infante se teñia á cada momento en sangre pagana, mientras que la caballeria hacia cejar á cuantos se le oponian. Pero todo era infructuoso; los españoles cansaban su brazo sin poder aniquilar á sus contrarios, y los caballos se fatigaban en cargas estériles que en nada disminuian el número de los enemigos.

Rodeados de cadáveres, pero acometidos á cada momento por tropas de refresco, sentianse ya estenuados por la fatiga los españoles. El caballo con dificultad obedecia á la espuela, y los hombres casi carecian de vigor para sostenerse en pie, cuando Cortés que habia librado su victoria desde el principio en privar de gefes á sus contrarios, encargando á los suyos que hiriesen con preferencia á los oficiales enemigos, divisa al general mejicano conducido en andas y rodeado por su guardia. Al punto conoció que el éxito de la batalla dependia de la muerte de aquel cacique, y sin tardanza reune sus mas esforzados caballeros, colócase á su frente, y al grito de ¡Santiago! se lanza en medio de los batallones opuestos, los abre, los dispersa, y no para hasta verse á la inmediacion de su destinada víctima. La guardia aterrada se dispersa, y Cortés derriba de un bote de lanza al cacique Cihuaca, quien viene al suelo con el pendon del imperio. Apéase entonces Juan de Salamanca, corta la cabeza al general enemigo, recoge el pendon del suelo, y se lo presenta á su gefe.

Esta hazaña decidió de la suerte de la jornada. Espántanse los mejicanos de tamaña osadía, y los que antes ofrecian sin pavor su pecho al acero castellano, huyen dispersos de quien acababa de ejecutar un hecho superior al esfuerzo humano. Atónita la muchedumbre se precipita sobre los inmediatos, y pronto se convierte aquel formidable ejército en una confusa masa en que los unos se atropellaban á los otros y aumentaban recíprocamente su terror.

El español y el tlascalteca se reanimaron al ver la fuga de sus contrarios, y empezaron á herir y á seguir el alcance sin acordarse del cansancio ni del hambre que poco antes les aquejaban. Cargados de botin y llenos de orgullo con la victoria debida al esfuerzo y al genio de Cortés, penetran en el territorio de Tlascala, donde encontraron el mismo entusiasmo y el mismo cordial hospedage que la vez pasada.

Este es en mi entender el mas glorioso hecho de armas de cuantos los europeos han acometido en el descubrimiento y conquista de las Américas. Aqui en el pelear no hubo eleccion; el ejército conquistador no tenia otra alternativa que la de perecer ó pasar por encima de los cadáveres de los mejicanos. Pero lo que

levanta á la mayor altura el valor español, es el no haber desmayado en tan desigual pelea, el no haberse desordenado en un combate de tanta duracion, y contra tropas que á menudo se remudaban. No conservaban armas de fuego, y solos veinte caballos acreditaban la superioridad europea. Rodeados por una muchedumbre inagotable, no en el esfuerzo de sus brazos ya desfallecidos, sino en el favor del cielo, libraban su salvacion.

¿Y qué diremos del capitan? Como soldado, no le hubo mas valiente: el primero en acometer, su caballo se lanzaba en medio de aquella selva de picas, abriendo paso á los que le seguian. Como general, elogiaremos aqui, como siempre, su imperturbable serenidad, su confianza en el éxito, su irresistible impetuosidad en acometer; pero en esta batalla admiraremos ademas su prevision en aconsejar á los soldados que hiriesen con preferencia á los caudillos enemigos, y mas que todo, la incomparable hazaña que salvó su ejército y puso término á la pelea. En otras ocasiones, la victoria se debe en gran parte al valor de las tropas; pero la batalla de Otumba la ganó solo Hernan Cortés.

Triunfantes y cargados de botin llegaron los españoles á Tlascala, donde recibieron las mismas pruebas de amistad que anteriormente. Rehiciéronse entre sus aliados, curaron sus heridas, y Cortés, que se hallaba muy lastimado de un golpe en la cabeza, estuvo á pique de perecer.

Aun no bien restablecido, empezaron á hervir en su imaginacion las mismas ideas de conquista y de engrandecimiento de la religion y de los dominios de su rey. Amaestrado, sin embargo, por sus desgracias, conoció que era preciso restablecer la reputacion del nombre español, y reunir un poderoso ejército antes de emprender ninguna operacion decisiva.

Salió, pues, de aquellas montañas, y castigó primero la traicion de algunos caciques que habian asesinado á pequeñas partidas de españoles cuando los anteriores desastres. En seguida, se dirigió á Méjico, rodeó la laguna, tomó varias ciudades, protegió á sus aliados, y por último, bloqueó la capital.

La suerte le proporcionó varios refuerzos, ya de gente que enviaba Velazquez, creyendo que Narvaez habia triunfado, ya de aventureros que iban á probar fortuna. Recogió tambien armas, caballos, hasta juntar una fuerza de ochocientos diez y ocho infantes, entre ellos, ciento diez y ocho arcabuceros, y ochenta y siete caballos, con diez y ocho piezas de artillería y mas de setenta mil indios.

Repetidas veces entabló negociaciones, antes de embestir á Méjico, y tentó mil medios de conciliacion para evitar la ruina de una ciudad que era la maravilla del Nuevo Mundo; pero todo fué infructuoso. La fatalidad pesaba sobre el imperio, y cerraba los

oidos de sus gobernantes. Para reemplazar á Motezuma habia sido nombrado su hermano Cuitlahua, hombre de un carácter belicoso, y enemigo implacable de los españoles. Murió á los cuatro meses, y le sucedió Guatimozin, príncipe emprendedor, intrépido, infatigable, y que se propuso sepultarse entre las ruinas de su patria.

Para conquistar á Méjico era indispensable enseñorearse de la laguna, y para dominar la laguna, era necesario tener marina. Asi lo conoció el genio previsor de Córtés, y mandó, antes de salir de Tlascala, á Martin Lopez que construyese trece bergantines. Ayudado por los carpinteros que habia en el ejército y por los naturales, pronto estuvieron concluidos, y el Nuevo Mundo presenció el magnífico espectáculo de una armada, atravesando montañas, cruzando campos cultivados, conducida en hombros por espacio de quince leguas.

Con su auxilio se consiguió limpiar de canoas la laguna y cortar toda comunicacion con el continente, quedando formalizado un estrecho bloqueo.

La defensa de Méjico puede compararse, por la obstinacion de sus habitantes, á la de Zaragoza en la guerra de la Independencia, y aun en el sistema de ataque empleado contra ambas ciudades hay cierta analogía. Primero intentó Hernan Cortés, como los franceses en el primer sitio de Zaragoza, apoderarse á viva fuerza de la capital, y viendo ineficaces sus repetidos asaltos, emprendió situarse en el centro de la poblacion, ocupando la gran plaza de Tlatelolco, pero los mejicanos fingieron ceder al ataque, dejaron penetrar las tropas invasoras, y cuando se habian internado en la ciudad, cayeron sobre ellas batallones apostados en las encrucijadas, mientras que de las azoteas les lanzaban toda clase de proyectiles.

Un terror pánico se apoderó del ejército aliado con esta inesperada acometida. Los indios, los españoles, mezclados, atropellándose mútuamente, fiaron su defensa en la celeridad de la fuga, y entregaron inermes sus espaldas á las armas enemigas. Gran destrozo esperimentó el ejército sitiador en esta derrota; muchos soldados perdieron la vida, y muchos fueron reservados para derramar su sangre ante los ídolos. Por la primera vez en esta guerra cundió el desórden en las filas de los españoles, y sin el auxilio de Cortés, que corrió impávido con inminente peligro de su vida á socorrer á los fugitivos, pocos de los que capitaneaba Alderete hubieran escapado de los enfurecidos mejicanos. Rechazados los invasores y llenos de ira, tuvieron que sufrir el sonrojo de ver desde su campamento á los infelices prisioneros subir por las gradas del templo del dios de la guerra donde les aguardaba la losa del sacrificio.

Este revés hubo de contrariar los planes de Cortés, y tal vez de hacerle levantar el sitio; porque los sacerdotes enemigos, henchidos de orgullo con la victoria, anunciaron en nombre de sus divinidades que en el término de ocho dias pereceria el ejército sitiador como enemigo de los dioses. Aterrados los americanos, empezaron á abandonar á Cortés, y sin su influjo, sin el ascendiente de su alma, la espedicion se hubiera malogrado. En vano intentó disuadirles, en vano les exhortó á mirar á los sacerdotes como unos pérfidos impostores, lo único que pudo conseguir fué que aguardasen á la vista de Méjico los ocho dias señalados para que fuesen testigos de la falsedad de la prediccion y del triunfo que con solo el esfuerzo español, y sin que de su gloria participasen los indios, se prometia obtener de los mejicanos.

Durante el plazo señalado guardaron neutralidad los auxiliares, y los españoles solos sostuvieron el bloqueo. Pero pasados los ocho dias, avergonzados los indios de su tímida credulidad, volvieron á buscar á Hernan Cortés.

Entonces el general ideó otro sistema de ataque parecido al de los franceses en el segundo sitio de Zaragoza. Proyectó el irse apoderando de los edificios é irlos sucesivamente arruinando. Asi fué destruyendo la inmensa ciudad de Méjico, y la poblacion y los defensores ya estenuados por el hambre y por los continuos trabajos del sitio, se encontraron sin mas abrigo que la octava ó décima parte del caserío, donde apiñados servian de blanco inerrable al fuego castellano. Aun en semejante desesperada situacion no se doblegó el ánimo inflexible de Guatimozin, ni escuchó proposiciones de ninguna clase. Rodeado, por último, de espectros sin vigor para manejar las armas, y aumentándose la epidemia que el hedor de los cadáveres y los padecimientos y privaciones habian originado, determinó escaparse por agua abandonando á sus vasallos á su suerte. Prevenido Cortés para este lance, habia encargado á Sandoval que estuviese á la mira, y si observase que algunas piraguas mejicanas intentaban fugarse, las atacase y se apoderase de ellas á toda costa. Asi lo verificó, y prisionero el emperador, los súbditos se entregaron sin condiciones.

Una vez dueño de Méjico, el primer cuidado del general fué el de sanear los restos de la poblacion, haciendo salir préviamente á todos sus habitantes. Despues pensó en reedificarla con mas magnificencia que anteriormente, como lo hizo, construyendo templos suntuosos á los santos del cristianismo, en vez de los abominables Teocalis en que antes corria la sangre de víctimas humanas.

La fama de Cortés se estendió hasta los ángulos mas remótos de aquella parte del continente. Los reyes, los caciques, enviaban embajadores al hombre sobrehumano que habia podido reducir á

polvo la antigua dominadora y tirana de las naciones. El rey de Mechoacan vino en persona á examinar las ruinas de la metrópoli, y llenos sus ojos de lágrimas de admiracion, pidió ser vasallo del monarca de unos seres tan estraordinarios. Asi se engrandecieron los dominios de la corona de España, mas por el asombro que causó en los ánimos de los americanos la conquista de Méjico que por la fuerza de las armas.

No bastaba haber construido una gran capital para el nuevo imperio mejicano; era tambien necesario poblarla. Al efecto invitó á españoles y á indios, y en pocos años logró albergar en los recien construidos edificios mas de dos mil familias europeas y mas de treinta mil indias.

Tampoco se satisfizo el ánimo grande y fecundo de Cortés con haber sometido inmensas tierras al cetro de sus reyes, quiso ademas embellecer la rica joya con que habia dotado á la madre patria. Fundó nuevas colonias, conminó con la pena de privacion de todas las adquisiciones en el Nuevo Mundo al colono que en el término de dos años no condujese su muger al establecimiento, ó no se casase siendo soltero, obligó á todos los buques que se dirigiesen á aquellas regiones á conducir semillas de frutos propios del antiguo continente, adoptó medidas eficaces para fomentar la agricultura, y si la Nueva España no llegó á ser acaso el primer imperio del mundo, no consistió en Hernan Cortés, sino en el detestable sistema de gobierno continuado por la casa de Austria que paralizó el impulso dado por el gran conquistador. Cortés echó hondos y robustísimos cimientos, sobre los cuales la impericia de sus sucesores no supo construir sino un mezquino y frágil edificio.

El resto de la vida de Hernan Cortés lo dividieron los disgustos que la envidia de sus émulos le atrajeron, y otras muchas espediciones de tanto arrojo como la primera, pero de poca brillantez en sus resultados. Su genio insaciable de aventuras y de grandes acciones no le permitia un momento de reposo. Pero la suerte que se habia complacido en conducirlo á gigantescas empresas y en allanarle todos los pasos cuando no poseia riquezas ni influjo, se complació tambien en ejercitar sus grandes cualidades en inútiles intentos, cuando tuvo á su disposicion mayores medios.

Sabedor que Cristóbal de Olid se habia sublevado en Honduras, envió por mar á Francisco de las Casas á sujetarlo. Este último naufragó, y temeroso Cortés de que hubiese caido en manos de su rival, se dirigió él mismo por tierra á castigar al rebelde á la cabeza de una division de indios y españoles. Cuando llegó encontró restablecida la autoridad legal, y fueron estériles los grandes padecimientos, la gran firmeza de alma desplegada por el caudillo, y los inagotables recursos que su imaginacion le sugi-

rió para vencer las insuperables dificultades que á cada paso detenian su marcha.

Propúsose conquistar primero á Nicaragua, y despues cuantas tierras pudiera recorrer, abrigando en su cabeza planes poéticos é inacabables. Esta fiebre de aventuras la vino á apagar la noticia de los desmanes cometidos por las autoridades de Méjico durante su ausencia, para donde partió inmediatamente.

Empeñado en hacer nuevos descubrimientos, envió varias espediciones y aun él se embarcó en persona recorriendo la costa de las Californias, pero sus primitivos hechos gloriosos eclipsan todas sus posteriores acciones.

Si recapitulamos brevemente los principales rasgos que caracterizan á Cortés, descubriremos en él uno de aquellos hombres nacidos para acometer y acabar grandes hazañas y para dejar detrás de sí hondísimas huellas. Su alma grande no se pagaba sino de lo maravilloso, y jamás concebia ningun proyecto cuya ejecucion no rayára en lo imposible. Con una fé vivísima en el éxito de sus empresas, no habia obstáculo capaz de hacerle desmayar; antes por el contrario, las dificultades, los reveses, le servian de aliciente y aumentaban su imperturbable perseverancia. Sentíase nacido para estender la religion cristiana y los dominios de su rey, y hasta su último aliento no perdió de vista esta irresistible vocacion. No contento con las vastas conquistas de Nueva España, empeñó sus inmensos estados y hasta las joyas de su muger para descubrir otras tierras donde plantear la cruz de Cristo y el pendon de Castilla. Aun el nuevo continente le pareció estrecho á sus miras, y quiso conquistar las Molucas, y hacer que sus reyes no recibiesen la especería en cambio de otras mercancías, sino como un tributo de sus vasallos.

Su ardor por la religion tocaba al fanatismo, y mil veces hubiera malogrado el éxito de su espedicion sin la prudencia del padre Olmedo, que refrenaba sus ímpetus intempestivos. Concluida la conquista, llamó de España á unos celosos misioneros á quienes salió él mismo á recibir, y cuyas manos besó humildemente postrado en tierra en las mismas puertas de la ciudad.

Al feliz resultado de la campaña, contribuyeron eficazmente, fuerza es confesarlo, además de la intervencion del padre Olmedo mil circunstancias favorables que inesperadamente le ayudaron. En la segunda batalla contra los tlascaltecas, sin la division de los gefes enemigos, era segura su pérdida. La suerte le sacó tambien de los peligros de la *noche triste* y de la batalla de Otumba.

¿Y pasaremos en silencio los servicios que le prestó la interesante india doña Marina? Regalada á Cortés por el cacique de Tabasco, aprendió presto el español y sirvió de intérprete con los mejicanos. Jóven, hermosa, tierna, enamorada, adoptó la patria

y la religion de los españoles: pero en la realidad el ídolo á quien adoraba era su señor y su amante. Partícipe de todos los peligros, aparecia siempre como un ángel de paz y de conciliacion entre europeos y americanos. Esplicaba el Evangelio á sus compatriotas, é intervenia en todas las negociaciones. En la guerra de Tlascala advirtió que unos guerreros enemigos se habian introducido en los reales con el disfraz de mercaderes, y en Cholula descubrió la terrible conspiracion que hubiera acabado con Cortés y con su ejército. Tantas dotes, tantos servicios, ponen á doña Marina á una distancia inmensa de las Briseidas y de las Tecmesas tan celebradas en la antigüedad. Doña Marina, en fin, ha merecido elogios de todos los historiadores: dió entre los indios su nombre de *Malinche* á Cortés, y vive aun en las tradiciones de los mejicanos.

Pero aun cuando favorecieron á Hernan Cortés algunas circunstancias fortuitas, todavía se necesitaban un carácter y un genio colosales para aprovecharse de los dones de la fortuna, para no sucumbir cuando la suerte le negaba su amparo, y para superar tantos obstáculos y tantas dificultades siempre renacientes.

Mucho se ha hablado de su crueldad, poquísimo de su clemencia, y casi nada de la sensibilidad de su corazon. El asesinato de los indios inermes en Tacuba, el tormento dado á Guatimozin, y finalmente su muerte, son tachas que no acaban de borrar las circunstancias atenuantes que acompañaron á estos atentados. Mas cuando le vemos descubrir una conspiracion en el sitio de Méjico contra su vida, apoderarse de la lista de los conjurados, rasgarla y contentarse con el castigo del promovedor Villafaña, no podemos menos de ensalzar su clemencia y la magnanimidad de su alma. En las inmediaciones de Cochimilco fueron hechos prisioneros á su lado dos de su servidumbre, y aquel rostro inexorable se vió cubierto de lágrimas regando con ellas los laureles que acababa de conseguir. En el mismo dia, sentado en lo alto de un adoratorio, se enterneció por la triste suerte que amenazaba á la capital. Aun cuando la necesidad de su conservacion le llevaba á derramar sangre, lo hizo siempre con violencia y desgarrando su pecho. Vehementes sospechas recayeron contra Guatimozin en el viage á Honduras de haber tomado parte en una conjuracion para asesinar á los españoles. Creyóse precisado Cortés á disponer de su vida; pero el sueño no prestó descanso á su ánimo en muchas noches, y en una de ellas vagando sin sosiego por lo alto de un templo, se cayó al suelo y se lastimó fuertemente la cabeza.

Su carácter lo componian una mezcla de opuestas cualidades que oportunamente sabia emplear, y con las que ganaba la amistad de sus iguales, se hacia respetar de sus súbditos, y temer de

sus enemigos. Afable, generoso, escitaba simpatías; noble, imperioso y firme, inspiraba admiracion, y colérico, inexorable, lanzaba en derredor el espanto. Asi supo enfrenar las pasiones de un conjunto de aventureros díscolos y orgullosos, y asi supo formar alianzas con naciones que estaban antes en perpetua guerra, y hacerlas caminar juntas al logro de sus intentos.

Su valor tocaba en los límites de la temeridad. Pródigo de su sangre, se le encontraba siempre en el parage de mayor peligro, siempre dispuesto á socorrer á los suyos participando de sus riesgos, y aventurando su vida por salvarlos. Si hay algo que tachar en él, es la temeridad. Temeraria fué, como ya hemos dicho, su primera entrada en Méjico, y ninguno de sus actos merece mayor censura.

Autorizado por la traicion de Cholula, podia haber declarado abiertamente la guerra á los mejicanos. Entonces que los españoles gozaban de la reputacion de invencibles, todas las naciones indias hubieran volado á sus banderas, y el enemigo no habria osado resistirse. Si contra todas las probabilidades se hubiese prolongado el sitio, hallándose á la cabeza de un ejército numeroso, sin dificultad y sin riesgo habria podido marchar contra Narvaez y se hubiera tambien ahorrado la derrota de la noche triste. En breve tiempo y con poca pérdida se habria enseñoreado de Méjico.

Tampoco aprobamos la facilidad con que aventuraba su persona, comprometiendo asi el éxito de la empresa, y tal vez la existencia de sus compañeros, porque uno y otra dependieron á veces del genio de Cortés. En varias ocasiones se salvó milagrosamente. Cuando asaltó el gran adoratorio de Méjico, estuvo peleando largo rato en la azotea, que formaba su parte superior, y en medio del combate asieron de él dos indios vigorosos, y se precipitaron de lo alto con intencion de despeñarle. En la toma de Cochimilco fué hecho prisionero, y debió su salvacion al empeño de conservarlo vivo para sacrificarlo, teniendo asi tiempo los suyos para rescatarle. Tambien cuando intentó situarse en el centro de Méjico y fué rechazado, estuvo á pique de perecer en un canal, donde sirvió de blanco por largo espacio de tiempo á los golpes enemigos. Puede, sin embargo, decirse en abono de Cortés que la empresa llevaba en sí el sello de la temeridad, y que sin temeridad ni siquiera se habria meditado.

Aun los mismos que le den importancia á este cargo, en el cual nos hemos detenido de propósito, no podrán menos de admirar aquel valor sobrehumano que se encendia á la vista de los peligros, aquella alma grande, superior á todos los obstáculos, aquella perseverancia que triunfaba al fin de cuantas dificultades le salian al encuentro. Mas de una vez se miró en trances en

donde ni el esfuerzo ni la prudencia humana pudieran prestarle *auxilio*; pero entonces el héroe, recibiendo inspiraciones de su misma apurada situacion, encontraba recursos en su ingenio y en su ardimiento, y triunfaba y obligaba á la adversidad á mostrarse vencida.

Las grandes cualidades que en Hernan Cortés concurrian lo presentan como uno de los hombres mas estraordinarios que han existido, y los eminentes servicios prestados á su patria y á la humanidad entera, lo hacen digno de la gratitud de las generaciones futuras. Cortés dotó á su patria con opulentas é inmensas regiones, de donde debió sacar riquezas que ayudaran á su prosperidad y engrandecimiento. Entregó tambien á la civilizacion pueblos incultos, que ignoraban muchas de nuestras artes y de nuestros conocimientos científicos, y cuya feroz religion ordenaba sacrificios humanos. Si España convirtió los tesoros de Méjico en cadenas que comprimieran mas y mas sus propias fecundas facultades hasta llegar á esterilizarlas; si el Nuevo Mundo, lejos de entrar en el camino de una perfectibilidad ilimitada, recibió una civilizacion estacionaria, y sirvió de asiento al fanatismo, cúlpese al detestable gobierno de España; de ningun modo á Hernan Cortés.

No se crea por esto que yo apruebo enteramente la conducta de los conquistadores. No considero legítimo el empeño de predicar el Evangelio con la elocuencia de la espada. Tampoco creo que estaban autorizados los españoles para penetrar en el territorio de Tabasco y de Tlascala contra la voluntad de sus moradores. El propósito de Hernan Cortés de llevar á Motezuma una embajada que él no queria oir, no puede admitirse; pero la perfidia del emperador en Cholula, autorizaba al general español á declarar la guerra á los mejicanos y á conquistar su capital.

De cualquier manera que se considere este acontecimiento, aun los mas rígidos censores de Hernan Cortés, se verán precisados á prestar su admiracion al valor irresistible, á la perseverancia incansable, y á los grandes talentos administrativos y militares desplegados por aquel caudillo.

I.

La comedia casera.

« On sera ridicule et je n'oserai rire? »
BOILEAU.

Los hombres nos reimos siempre de lo pasado; el niño jugueton se burla del tierno rapaz sujeto en la cuna; el jóven ardiente y apasionado recuerda con risa los juegos de su niñez; el hombre formal mira con frialdad los ardores de la juventud, y el viejo mas próximo ya al estado infantil, sonrie desdeñosamente á los juegos bulliciosos, á las fuertes pasiones y al amor de los honores y riquezas que á él le ocupáran en las distintas estaciones de la vida. A su vez las demas edades rien de los viejos... con que queda justificado el dicho de que la *mitad del mundo* se rie *siempre de la otra mitad*.

—¿Y á qué viene una introduccion tan pomposa, que al oirla nadie dudaria que iba usted á improvisar una disertacion filosófica á la manera de Demócrito?

Tal le decia yo á mi vecino, don Plácido Cascabelillo, cierta mañana entre nueve y diez, mientras colocábamos pausadamente en el estómago sendos bollos de los PP. de Jesus, hondamente reblandecidos con un rico chocolate de Torroba.

—Dígolo, me contestó el vecino con una sonrisa (y aquí se precipitó á alcanzar con los labios una casi deshecha sopa que desde la mano, por un efecto de su gravedad, queria volver á la jícara), dígolo por la escena que acabo de tener con mi sobrino. —¿Y se puede saber cuál es la escena? — Óigala V.

—Este jóven á quien V. conoce por sus finos modales, nobles sentimientos, y por la fogosidad propia de sus veinte y dos años, tiene al teatro una aficion que me da que temer algunas veces, aunque por otro lado no dejo de admirar su extraordinaria habilidad; así que siempre que le sorprendo en su cuarto representando solo, y despues de haberle escuchado un rato con admiracion, no dejo de entrar con muy mal gesto á distraerle y aun regañarle.

Dias pasados me manifestó que una reunion de amigos habian determinado ejecutar en este carnaval una comedia casera, y al principio me opuse á su entrada en ella; pero acordándome luego que yo habia hecho lo mismo á su edad, hube de ceder, convencido de las cualidades que adornaban á todos los de la reunion,

de la inocencia del objeto, y de la inutilidad de resistir á los esfuerzos de mi sobrino. La sociedad recibió con entusiasmo mi condescendencia, y queriendo dar una prueba plena de su agradecimiento, resolvió *nemine discrepante* (ríase V. un poco, amigo mio), nombrarme su presidente.

— Aquí prorumpimos ambos en una carcajada, y echando un pequeño sorbo para dejar el jícaron á la mitad, continuamos nuestros bollos, y prosiguió.

— Ya V. conoce que hubiera sido descortesía corresponder con una negativa á tan solemne honor. Muy lejos de ello, oficié á la junta dándola las gracias por su distincion, y admitiendo el sillon presidencial. Aquella misma noche se citó para la toma de posesion y la verifiqué en medio de la alegría de ambos lados, cubiertos de socios *actores*, socios *contribuyentes* y socios *agregados*.

El que hacia de secretario de la junta me leyó un reglamento en que se disponia la division en comisiones. Comision de *buscar casa*, comision de *decoraciones*, comision de *candilejas*, comision de *copiar papeles*, comision de *trajes* y comision de *permiso para la representacion*.

De esta quedé yo encargado y presidente *nato* de las demás.

El contarle á V. amigo mio las profundas discusiones, los acalorados debates, las distintas proposiciones, indicaciones, adiciones y resoluciones que han ido eslabonándose en las posteriores juntas seria nunca acabar. Baste, pues, decirle, que encontramos en la calle de..... una casa con sala bastante capaz (despues de tirar tres tabiques y construirlos mas apartados), de un aspecto mas decente (despues de blanqueada y pintada), y con los enseres necesarios (que se alquilaron y se colocaron donde convino). Así que resuelto este problema y el del permiso favorablemente, los demás fueron ya de mas fácil resolucion, ó quedaron subordinados á la importante discusion, acerca de la eleccion de pieza que se habia de representar.

Diez y siete se tuvieron presentes. Óigalas V. (dijo esto sacando un papelejo de su escritorio). *El Otelo, las Minas de Polonia, Pelayo, la Pata de Cabra, la Cabeza de Bronce, el Viejo y la Niña, el Rico-hombre de Alcalá, el Español y la Francesa, el Jugador de los treinta años, el Médico á palos, el Tasso, el Delincuente honrado, A Madrid me vuelvo, Garcia del Castañar, la Misantropía, Sancho Ortiz de las Roelas y el Café.* Ya ve V. que en nuestra junta no preside esclusivamente el género clásico ni el romántico.

Las dificultades que á todas se ofrecian eran importantes. En una habia tres decoraciones, y los bastidores no se habian pintado mas que por dos lados, por la sencilla razon de que no tenian mas; tal necesitaba dos viejas, y ninguna de la comparsa aun

las de cincuenta y ocho años, se creian adecuadas para semejantes papeles; cual llamaba á una niña de diez y ocho años, y una de cuarenta rotundamente embarazada se empeñaba en ejecutar aquel papel. En una salia un rey y el designado para este papel era bajo; en otra tenia el gracioso demasiado papel y poca memoria; todos querian ser primeros galanes; los que se avenian á los segundos apenas sabian hablar; se cuidaba por los maridos que el oficial N. no hiciera de galan enamorado; los amantes no consentian que sus queridas salieran de criadas; los galanes y las damas (porque á esta junta fueron admitidas); los barbas, las partes de por medio y las personas *que nó hablan*, todos hablaban allí por los codos y á la vez, de modo que yo, presidente, vi varias veces desconocida mi autoridad. Por último y despues de largo rato pudo restablecerse el órden, y á instancia de mi sobrino se resolvió y adoptó generalmente la comedia de *El Ricohombre de Alcalá*, no sin grandes protestas y malignas demostraciones de un jóven andaluz, á quien para desagraviarle se encargó el papel del rey don Pedro.

Terminado así este importante punto, pasamos á vencer otras dificultades, como tablado, decoraciones, orquesta, bancos, mozos de servicio, arreglo de entradas, salidas, billetes, señas, contraseñas y demás del caso; y no tengo necesidad de decir á V. que en estos veinticinco dias se han renovado veinticinco veces en nuestra sala de juntas las escenas del campo de Agramante.

Por último, la suscripcion se realizó, el arreglo del teatro tambien; los actores y actrices aprendieron sus papeles y empezaron los ensayos. En ellos fué, amigo mio, donde yo saqué el escote de mi diversion. Porque habia de ver V. allí las intriguillas, los chistes, los lances verdaderamente cómicos que sin cesar se sucedian. Quien formaba coalicion con el apuntador para que apuntase á un desmemoriado en voz casi imperceptible; quien reñia con su querida porque en cierta escena habia permanecido dos minutos mas con sus manos entre las del primer galan; cual tomaba entre ojos á alguno porque le desairaba con sus grandes voces.

Despacio, Señores. — Mas alto. — Conde, que le está á V. manchando esa vela. — Doña Antonia, que la llama á V. el rey Don Pedro. — Esos brazos, que se meneen. — V. sale por aquí y se vuelve por allá. — Doña Leonor, Don Enrique, Doña María, aquí mucho fuego. — Eso no vale nada.

Por este estilo puede V. figurarse lo demás; pero todo ello ha pasado entre la risa y la algazara, á no ser cierta competencia amorosa á que da lugar una de las actrices entre mi sobrino y el andaluz que hace de rey. Varias veces hemos tenido un choque, pero por fin salimos con bien de los ensayos; en su consecuencia

se ha señalado esta noche para la primera representacion, y tengo el honor, como presidente, de ofrecer á V. un billete.

Acepté gustoso el convite, y llegada la noche, y habiéndome incorporado con D. Plácido, nos metimos en un simon que á efecto de conducir al presidente y actores habia tomado la compañia, y llegamos en tres cuartos de hora á la casa de la comedia. El refuerzo de un farol mas en el portal, nos advirtió de la solemnidad, y subiendo á la sala la encontramos ya ocupada tan económicamente, que no podiamos pasar por entre las filas de bancos. Por fin, atravesamos la calle Real que corria en medio de la sala, formando division en la concurrencia y fuímonos á colocar en la primera fila. Por de pronto tuvimos que hacerlo de modo que al sentarnos no viniesen abajo los dos que se hallaban en las estremidades del banco, aunque el del lado de la pared no quedó agradecido al refuerzo.

Los *socios* corrian aquí y allá colocando á sus favoritas, haciendo que todo el mundo se quitase el sombrero, hablando con los músicos y con los acomodadores, entrando y saliendo del tablado, comunicando noticias de la proximidad del espectáculo y cuidando en fin de que todos estuviesen atentos.

Los concurrentes por su parte cada cual se hallaba ocupado en reconocer los puestos circunvecinos; alargar el pescuezo por encima de un peine, enfilar la vista entre dos cabezas, limpiar el anteojo, sonreirse, corresponder con una inclinacion á un movimiento de abanico y entablar en fin aquellos diálogos generales en tales ocasiones. Entre tanto los violines templaban, el bajo sonaba sus bordones, el apuntador sacaba su cabeza por el agujero, los músicos se colocaban en sus puestos, y con esto y un prolongado silbido, todo el mundo se sentó, menos el telon que se levantó en aquel instante.

— « ¿No me escuchas?
— ¡Qué molesta
y qué cansada muger!
— siempre que te viene á ver
debe subir por cuesta. »

Ya pueden figurarse los lectores que así empezáron á representar; pero tres minutos antes que los dijeran ya repetia yo estos versos solo de escucharlos al apuntador. Así fué repitiendo, y así nosotros escuchando, de suerte que oíamos la comedia con ecos.

Los actores eran de una desigualdad chocante. Cuando el uno acababa de decir su parte con una asombrosa rapidez, entraba otro á contestarle con una calma singular; uno muy bajito era galan de una dama altísima que me hacia temblar por las

bambalinas cada vez que parecia en la escena; cual entraba resbalándose de lado por los bastidores, cual salia atropellando cuanto encontraba y estremeciendo el tablado; solo en una cosa se parecian todos, es á saber: los galanes en el manejo de los guantes y las damas en el *inevitable* pañuelo de la mano.

En fin así seguimos aplaudiendo constantemente durante el primer acto todos los finales de las relaciones, que regularmente solian ir acompañados de una gran patada; pero subió á su colmo nuestro entusiasmo durante la escena entre el *Rico-hombre* y el *buen Aguilera*. Tengo dicho, me parece, que el sobrino del presidente, que hacia de *Rico-hombre*, estaba picado de celos con el que hacia de rey; así que cargaron á maravilla los desprecios y la arrogancia, con lo cual lució mas aquella escena.

El entreacto no ofreció cosa particular, á no ser una ocurrencia de que me hubiera reido á mi sabor si hubiera estado solo; y fué que un oficial que sentaba detras de mí, dijo muy naturalmente á uno que estaba á su lado, que la dama era la única que lo desgraciaba.

— Se conoce que lo entiende V. muy poco, caballero, porque esa dama es mi hija.

— Entonces siento infinito haber creido que su hija de V. lo echa á perder.

— Diga V. que el galan no ayuda.

— ¿Cómo que no la ayuda mi sobrino? (gritó una voz aguda de cierta vieja de siglo y medio, que estaba á mi derecha).

— Señores (saltamos todos) no hay que incomodarse ni tomarlo por donde quema; todos se ayudan recíprocamente, y la comedia la *sacan* que no hay mas que ver.

Por fin volvió á sonar el silbato: giramos todos sobre nuestros piés, y quedamos sentados unos de frente y otros de perfil, segun la mayor ó menor estension del terreno.

Todo el mundo deseaba la escena de la humillacion de D. Tello á la presencia del rey menos mi vecino el presidente. En fin, llegó aquella escena, y don Pedro vengándose de lo sufrido por el buen Aguilera, trató al *Rico-hombre* con altivez sin igual: por último, al decir los dos versos

« A cuenta de este castigo
Tomad estas cabezadas, »

se revistió tan bien de su papel y de un sublime entusiasmo, que aunque los bastidores no eran muy dobles, no hubieron de parecer muy sencillos al sobrino, segun el gesto que presentó. Los aplausos de un lado, las risas generales por otro, y mas que todo el aire triunfal de don Pedro enfurecieron al sobrino don Tello, en términos que desapareciendo de su imaginacion toda idea de

ficcion escénica, arremetió con don Pedro á bofetones; este viéndose bruscamente atacado, quiso tirar de su espada, pero por desgracia no tenia hoja y no pudo salir. Los músicos alborotados saltaron al tablado, el apuntador desapareció con su covacha, la ronda se metió entre los combatientes, y la consternacion se hizo general. Entre tanto doña Leonor, la Elena de esta nueva Trova, cayó desmayada en el suelo con un estrépito formidable, mientras don Enrique de Trastamara corria por un vaso de agua y vinagre. Todo eran voces, confusion y desórden, y nadie se tenia por dichoso si no lograba derribar una candileja ó mudar una decoracion. El tablado en tanto sobrecargado con cincuenta ó sesenta personas, sufria con pena tan inaudita comparsa, y mientras se pedian y daban las satisfacciones consiguientes se inclinó por la izquierda, y desplomándose con estruendo horroroso, bajaron rodando todos los interlocutores y se encontraron nivelados con la concurrencia. Esta, que por su parte ya habia tomado su determinacion, ganó por asalto la puerta y la escalera, adonde hallé al presidente haciendo vanos esfuerzos para evitar la retirada, y asegurando que todo se *habia acabado ya;* y así era la verdad, porque aquí se acabó todo.

II.

La empleo-manía.

. . . . Hic vivimus ambitiosa paupertate omnes. *Horat.*

Pues como digo á V., el tal don Anselmo es un mayorazgo acomodado en una de las primeras villas de Andalucía; es jóven, buena presencia, amable, bondadoso, pero tiene una debilidad, cual es, el afan de figurar; y no contento con la consideracion que sus bienes y demás cualidades le dan en su pueblo, siempre anda buscando cargos y comisiones que, á lo que él cree, contribuyen á realzar su esplendor. ¿Quién sabe lo que él intrigó para hacerse nombrar mayordomo de la cofradía de aquella iglesia parroquial? Consiguiólo, y aquel año pagó la mayordomía bien cara: despues aspiró al honor de síndico y tambien se le decretaron; pero precisamente en ocasion en que los fondos de propios estaban muy atrasados, con que tuvo que suplir para el pago de contribuciones: luego fué alcalde y cuadrillero; mas pareciéndole ya su pueblo un círculo estrecho para su importancia, se hizo comisionar por el Ayuntamiento para seguir un pleito en la chancillería de Granada: allí se olvidó de su mujer y de su casa, y solo pensó en buscar recomendaciones, solicitar favor y

derramar su dinero en encargos ajenos. Hasta entonces con el producto de sus haciendas no habia necesitado un empleo : ahora ya lo necesitaba porque aquel cada dia era menor. En vano su esposa y sus amigos han procurado hacerle volver en sí, inclinándole á fomentar su patrimonio y buscar en él una subsistencia independiente y cómoda; él no oye razones, y por una plaza de oficial duodécimo de cualquiera oficina daria su mayorazgo, sus demás bienes y hasta creo que su mujer y sus hijos. Por último se ha dejado de rodeos, y se ha venido á Madrid, donde permanece hace dos años gastando lo que ya no tiene acosando los ministerios á memoriales, solicitando recomendaciones de los lacayos para los cocineros, de estos para mayordomos y ayudas de cámara, de estos para señoras que le venden mucha proteccion, y de ellas para señores que de todo se acuerdan menos de él, haciendo antesalas y cortesías consumiendo zapatos, sombreros y papel sellado, y corriendo en fin tras una fantasma que se le escapa de las manos. ¿No le parece á V. un ente original?

— Eslo sin duda (replicó *don Fidel de la Veracruz*, con quien yo suelo dar mis paseos filosóficos desde la puerta de Segovia á la de Toledo); pero por desgracia tiene entre nosotros bastantes copias. (Al llegar aquí hicimos alto como unos dos minutos, sacó don *Fidel* su caja, ofrecióme un polvo, tiré yo el que tenia entre los dedos, tomé otro de aquella, él hizo lo mismo, y prosiguió la conversacion.)

— La manía del don Anselmo es general; ni el propietario rico, ni el industrioso fabricante, ni el comerciante, ni el letrado, ni ninguna de las otras clases independientes, se consideran por sí solas bastante lucidas como no vayan acompañadas del *empleito*. Este falso raciocinio, esta terrible manía, es la que despuebla nuestros campos y nuestras fábricas, al mismo tiempo que hinche de pretendientes las antecámaras y las oficinas; la que arranca al comercio y á la industria los brazos mas útiles para ocuparlos en trabajos rutinarios; la que hace de un hombre activo un intrigante, de un literato un adulador, de un afortunado un ambicioso. Esta es la que á tantos ha hecho infelices sacándoles del círculo en que pudieran haber brillado, y esta en fin, á quien debo yo todas las adversidades de mi vida.

Volvimos á callar y paseando un rato en silencio; pero animado con aquel exordio, y con la franqueza de la amistad, rogué al amigo que me esplicase lo que él llamaba sus adversidades, á lo cual condescendió de esta manera :

— « Mi padre era un comerciante acreditado de Alicante, que habiendo heredado del suyo un pequeño capital adquirido en la mercaderia de sedas, supo aprovechar de tal modo su trabajo, que en pocos años logró elevar su comercio á una altura mas

que mediana; tranquilo en el seno de su familia y de sus negocios, disfrutaba de una vida activa sin agitacion y embellecida por la risueña perspectiva de un aumento progresivo en su fortuna. Varios negocios de comercio le trajeron á Madrid, donde alternando con personas importantes, acostumbrándose al ambiente de los salones, y ofuscado por el brillo de los bordados y el seductor lenguaje de la corte, hubo de recibir una impresion demasiado viva, con lo cual empezó á mirar con desden su bufete, sus fábricas y sus especulaciones mercantiles.

» Su carácter amable é interesante, su talento y finos modales no tardaron en granjearle un lugar distinguido en la sociedad, y por fin un empleo de importancia vino á colmarle de placer, que él celebró como el de su triunfo; fué el primero de sus infortunios.

» Precisado á vivir en Madrid á consecuencia de su nuevo empleo, pasó á Alicante para arreglar sus negocios y trasferirlos en un todo á un primo mio, volviendo á la capital con mi madre y conmigo. Yo entonces era muy niño; pero fuese adulacion de padre, ó fuese realidad, siempre aquel ponderaba en mí, mientras estuvimos en Alicante, mi disposicion para el comercio; mas la nueva carrera á que se veia llamado le hizo variar de plan. Por de pronto no se pensó mas que en hacerme olvidar los resabios de provincia y constituirme un señorito á la moda. Mis padres por su parte se esforzaban en brillar cuanto podian. Gran casa, gran mesa, bailes, academias, abono en el teatro, nada faltaba á su esplendor, y nuestra casa fué muy pronto de las que *estaban en el mapa* de la brillante sociedad de Madrid. Entre tanto yo aprendia á bailar, tiraba el florete, montaba á caballo, leia en francés y escribia á la inglesa, á la rusa y á la italiana, con lo cual, y mi elegante persona, me veia halagado con la idea de una brillante suerte futura.

» Llegué á tener diez y siete años, y mis padres que ya no podian soportar mis gastos, pensaron en hacerme conocer que sus productos no correspondian y que era preciso que yo trabajase y ganase algo, ó por lo menos que empezase á hacerme digno de ello, con que me propusieron que dijese la carrera que queria seguir. Entonces eché mis cuentas. — ¿Comercio? — Yo carecia de los conocimientos necesarios, y aunque veia prosperar á mi primo, no era cosa de irme yo á poner bajo sus órdenes, y reducir otra vez á Alicante. — ¿Letras? — Yo no las entendia; por otro lado de nada sirven, no siendo las de cambio, ó las de universidad. — ¿Milicia? — La verdad, no tenia grandes ánimos, y eso de esponerse uno á que una bala..... — ¿Iglesia? — ¿Cómo, si me sentia inclinado á la *propaganda?* — ¿Medicina? ¿Artes? — ¡Para todo eso hay tanto que estudiar!!! — Pues señor, le dije

á mi padre, como V. no me coloque en alguna oficina aunque sea de meritorio.... — Bravo, bravo; no esperaba yo menos de tí, me dijo mi padre muy satisfecho, y desde aquel dia empezó á trabajar para ello.

» No tardó mucho en conseguirlo, porque sus relaciones eran grandes; así que á poco tiempo, y á pesar de mi repugnancia natural al trabajo, pude ascender á cuatrocientos ducados de sueldo, con lo cual, y con mi uniforme y real título, me consideré un personaje de la mas alta importancia. Y estaba tan fiero, que respondí en tono bastante altivo á mi primo, que me escribió proponiéndome asociarme á su casa y fortuna.

» El amor vino poco despues á alterar mi tranquilidad: mas por desgracia el objeto que me le inspiró no estaba conforme con mis ideas de engrandecimiento. Así lo advirtió mi padre, y participando tambien de ellas fijó su atencion en la hija única de mi jefe y me la propuso acompañada de un brillante empleo que se me haria obtener. El amor luchó largo tiempo en mi corazon con la vanidad; pero el sistema de mi educacion era muy conforme á hacer triunfar á esta; así se verificó; yo recibí una esposa que mi alma miraba con tedio, y sacrifiqué al destino la desgraciada víctima de mi pasion; mi arrepentimiento la vengó muy luego.

» Mi esposa era una mujer altiva, acostumbrada á ser obedecida, y en mí veia un marido á quien ella habia elevado á su altura; cuya consideracion la hacia insufrible, dándola un dominio absoluto sobre mí. Poco despues de mi matrimonio faltaron mis padres, dejando por única herencia algunas deudas considerables que contribuyeron no poco á abreviar su vida, y quedando yo en un todo á merced de los caprichos de mi esposa. Quise resistirlos; se me amenazó con la separacion y pérdida de mi empleo; cedí, y me ví hecho el juguete de mi casa. Entre tanto el cielo habia tenido á bien regalarme dos niños y una niña, y mi esposa los educaba á su modo; quiero decir, como la habian educado á ella y á mí. Mi casa hervia en diversiones, y mi sueldo siempre le llevaba gastado con tres meses de adelanto; pero ella se aturdia con las músicas y festines, y yo no osaba hablar alto de miedo de que todos me echasen en cara mi ingratitud. ¡Miserable condicion la de un marido vendido al interés!

» Mi mujer era intriganta y tenia mucho favor, y yo la perdonaba los malos ratos, en gracia de los ascensos y mercedes que prodigaba sobre mí. Verdad es que me los hacia pagar bien caros, pues aun me acuerdo de un dia que se me concedió un sobresueldo de cuatro mil reales, y me hizo gastar doce mil en trajes y funciones.

» Ya los hijos iban creciendo, y yo por mas que la queria hacer sentir la necesidad de darles carrera no lo permitia lo que ella

llamaba *su ternura maternal*, halagándome siempre con la idea de que mediante sus conexiones les conseguiria á cada uno un buen empleo, con lo cual yo dejábame dormir en estos sueños lisonjeros. Estaba decretado del cielo que las pobres criaturas habian de ser víctimas de la misma manía que su abuelo y su padre.

» Todos tres estaban ya en edad de figurar, y apenas sabian leer; mi esposa empezaba á pensar en ellos alguna vez, cuando la falta de uno de los personajes con quien ella contaba vino á desbaratar sus proyectos, y á poco tiempo la arrebató la muerte tambien, dejándome con los muchachos sin educacion y sin apoyos. Mi carácter, tanto por el sistema de mis primeros años, cuanto por la especie de dependencia en que siempre me tuvo mi esposa, era para muy poco; así que estas desgracias debilitaron en términos mi salud, que siéndome imposible continuar trabajando, solicité y obtuve mi jubilacion.

» Entre tanto los muchachos cada dia crecian en necesidades; y habiendo gastado todos mis productos en maestros de esgrima, de canto y de baile, me hallaba con que nada sabian y que para nada eran. El mayor, altivo y presuntuoso, rechazó mis proposiciones de varias colocaciones modestas, y conducido de una en otra calaverada al juego y á la disolucion, concluyó á poco tiempo con huir de mi casa, y correr á probar fortuna, sentando plaza en un regimiento... Mi hija, á quien su madre reservaba para los mejores partidos de la corte, á quien yo me propuse adornar de mil habilidades, tiene que sacar hoy partido de ellas para ayudar á nuestra manutencion, acudiendo á coser y bordar á un obrador; por último el menor de mis hijos, mejor inclinado que el primero, ha consentido en pasar á Alicante, al lado de uno de mis sobrinos, como dependiente de su casa de comercio.....

» Tal, amigo mio, es hoy la suerte de mi familia, de esta familia á quien sin el falso cálculo de mi padre hubiera yo trasmitido la laboriosidad y la opulencia. En prueba de ello concluiré diciéndole á V. que de los dos hijos que quedaron de mi primo el uno sigue el comercio, y es en el dia una de las primeras casas del reino; el otro despues de haber recorrido toda la Europa, ha regresado á su patria lleno de conocimientos y establecido varias fábricas de tejidos, en que brillan al mismo tiempo el talento, la actividad y el patriotismo de su dueño. »

Al llegar aquí tuvo don Fidel que reprimir sus lágrimas, y yo poco menos conmovido traté de cambiar la conversacion, sin que en todo el paseo volviésemos á tocar la de la *Empleo-manía*.

III.

Mi calle.

« Yo, Talía en despedirte, y tú en que me has de querer, tijeretas han de ser. » *Iglesias.*

Cierto que es preciso haber nacido con una inclinacion bien pronunciada hácia la observacion de las costumbres para pretender seguir describiendo las nuestras en los tiempos de rápida transicion y de movilidad prodigiosa que alcanzamos. Si la primera circunstancia recomendada por el artista para obtener la semejanza de un retrato es la inmobilidad impasible del original, ¿cómo pretender alcanzar aquella, cuando el modelo se cambia y agita en todas direcciones y á cada momento; y ora rie y charla, y se envanece haciendo pomposo alarde de su arrogancia, ora se lamenta y esconde para ocultar su abyeccion y miseria? ¿Cómo y en qué momento comprender á un ave que vuela, á un niño que crece, á una rueda que gira, á un pueblo antiguo, en fin, que desaparece y se confunde en otro nuevo, que renuncia lo pasado, y sacrifica lo presente por entregarse á las ilusiones y esperanzas del porvenir?

Y cuenta, señores lectores, que aquí no voy á tratar de los grandes acontecimientos políticos que diariamente vemos sucederse entre nosotros; mi particular condicion me mantiene á una distancia respetuosa para querer ocuparme en ellos, y nunca mi modesta pluma lo ha pretendido ni aun intentado. En este punto digo con *Mercier*: — « Pasajero en un navío, no pretendo gobernar al piloto. » — Empero aquellos acontecimientos, aquella vitalidad asombrosa de este siglo del vapor que atravesamos, imprimen á las costumbres su reflejo, prestan al nuestro su carácter rápido é indeciso, y bajo este aspecto entra en la jurisdiccion de *Curioso* el considerarle, no ya en los profundos y enmarañados bosques de la ciencia política, no en el animado cuadro de la historia contemporánea, sino en el no menos armónico y consecuente de los usos y costumbres populares. Quédese para espíritus mas elevados, para plumas mejor cortadas, el indagar y desenvolver las causas; mi natural cortedad me limita á los efectos mas pequeños y palpables.

Reducido á este estrecho recinto, apenas llegan á mi noticia los acontecimientos públicos; ni frecuento los salones políticos; ni los señores periodistas de todos los colores del iris ven mi nombre en las listas de sus abonados; ni el cartero sabe las señas de mi habitacion; ni en los cafés hago otra cosa que beber; ni pueden

quejarse de mí las tiendas de la calle de la Montera, ni las casas de la Puerta del Sol. Pero en medio de estos aislamientos, y cuando las ideas vienen, por decirlo así, á materializarse, no puedo menos de observar en ellas la marcha de este siglo correton y que parece va huyendo de su sombra. Como de paso y desde el ventanillo de una diligencia veo sucederse los hombres y las cosas, cual se suceden en un camino los troncos y los brutos, y multiplicada la rapidez con que ellos marchan por la rapidez con que yo vuelo, viene á producirse en mi imaginacion un resultado tal de movimiento que apenas acierto á bosquejar en ellas ni aun los objetos mas notables.

Así que procediendo por impresiones del momento, y sin ningun conocimiento de causa, no es estraño que lleguen á sorprenderme las cosas que me ocurren al paso, y que á falta de conocer su objeto venga á deducir consecuencias que por lo naturalmente simples y materiales pudieran figurar airosamente en el diccionario de Pero-Grullo. Por ejemplo :

Cuando recorriendo de esta manera las calles de nuestra capital, veo darse tanta prisa á derribar edificios, supongo de buena fe que habia sobra de ellos; cuando veo construirse anchas aceras y cuidarse de la mayor comodidad de los pedestres, entiendo que acaso vayan á suprimirse los coches; cuando advierto la riqueza escitante de las tiendas, calculo la ingrata esquividad de los compradores; cuando reparo en la elegancia y profusion de nuestras boticas, saco la consecuencia del profundo saber de nuestros médicos; la variedad y confusion en los trajes, me hace sospechar la que reina sin duda en las opiniones; la enciclopédica ostentacion de los esquinazos de la Puerta del Sol, me pone al corriente del estado brillante de nuestra literatura; y la grata diafanidad de los nuevos faroles, me convence plenamente de que estamos en el siglo de las luces.

Mas ¡oh contraste! ¡contraste verdaderamente romántico y teatral! cuando miro el empedrado de algunas calles, las casas á la malicia, los calesines desvencijados, las escaleras de la plaza, los tocadores al sol de la calle de Lavapiés, la fuente de la Puerta del Sol, las droguerías de la calle de Postas, el teatro de la Cruz y la fachada del Hospicio; entonces como que prescindo de todo lo demás que vi, y recuerdo entre sueños el Madrid pasado, aquel Madrid de la clásica antigüedad que cada dia me veo precisado á arrancar hoja á hoja del *Manual*.

Vuelvo á repetirlo; el espectáculo de nuestras costumbres actuales, de estas costumbres indecisas, ni originales del todo ni del todo traducidas, ni viejas ni nuevas, ni buenas ni malas, ni serias ni burlescas; esta mezcla de nuestros propios gustos con los gustos aprendidos en el estranjero; este refina-

miento de lujo al lado de la mas espantosa miseria; esta inconstancia de ideas que nos hace abandonar hoy el proyecto de ayer, y deshacer lo hecho solo porque existe, y ensayarlo todo y todo exagerarlo; y llevar el género clásico-retrógado hasta dormir, y el romántico-progresivo hasta accidentarse, y silbar á los unos y á los otros, y matarse porque se escriba, y luego no comprar un libro; y correr desde los Toros á la Opera italiana; desde la tribuna al sermon, desde las sociedades políticas al Prado, desde lo alto á lo bajo; desde lo pasado al porvenir, y desde lo presente á lo pasado desde el año ocho al catorce y del catorce al ocho, del veintitres al catorce y del treinta y tres al veinte, del treinta y seis al doce y del treinta y siete al... ¡sábelo Dios! todos estos vaivenes, todas estas inconsecuencias, toman forma material, por decirlo así, en nuestras casas, en nuestros trajes, en nuestras diversiones, en nuestros placeres, en los usos, en fin, mas indiferentes de nuestra vida privada.

Un filósofo práctico no puede dejar de ver todo esto con solo recorrer las calles de *Madrid*, y sin ser *Victor Hugo* ni estar acostumbrado á trasladar el lenguaje de las piedras al idioma vulgar, no podrá menos de reconocer estos vaivenes, esta incertidumbre en todos los objetos que hieran sus sentidos. Ellos le ofrecerán una poblacion rica y pobre, indiferente y agitada, atrasada y progresiva con recuerdos y con esperanzas, con fanatismo y con filosofía; mezcla, en fin, de lo delicado y grosero, de las épocas que pasaron y de las que van á suceder.

Puede que haya alguna exageracion poética en este aserto; pero yo veo todo esto y algo mas en las calles de Alcalá y de Lavapiés, de la Montera y del Barquillo, de San Anton y de Carretas. Pero ¿qué digo? sin salir de la mia pudiera presentar á mis lectores un compendio que bastara á probar *ex ungue leonem*; y por cierto ya que he nombrado *mi calle*, no quiero renunciar á trazar este ligero *verbigratia*, este prospecto sustancial, siquiera parezca impertinente, y como traido á mi intento por la cabellera.

Figúrese, pues, el que guste acompañarme, una calle que sin ser elegante ni bulliciosa de suyo, participa de la influencia de dos de las principales de Madrid, á quienes sirve de paso y comunicacion. Con solo salir de una de estas y dar un paso en la mia ya se han retrogradado dos siglos; ya se ha constituido el viajero, no diremos en el Madrid de los Moros, pero al menos en el de Cervantes y Calderon. Las anchas y cómodas aceras, camino *Real de Pontejos*, no han penetrado aun en este modesto recinto ni lo permite su estrechez ni torcida direccion, semejante en lo indecisa á la que llevamos en lo que va de siglo; un empedrado menudo, vacilante y desigual forma la base de su sistema; algunas de sus casas aparentando marchar con el siglo, elevan su cándida

frente sobre los edificios estacionarios que las rodean, y el lujo y la juventud de aquellas contrasta singularmente con la decrepitud y desaseo de estas; unas y otras empero, por sus formas respectivas, favorecen ya al esplendor, ya á la miseria de sus habitantes, y de aquí el que los efectos del ya citado contraste se estiendan no tan solo al aspecto físico de las casas sino tambien á las inclinaciones, usos y condicion moral de sus pobladores.

Para proceder con el órden debido, ó lógicamente, como dicen los escolásticos, podemos tomarnos la molestia de penetrar por una de las entradas de dicha calle, deteniéndonos segun conviniese en aquellos objetos mas marcados. Por de pronto se nos presenta interrumpida la línea general de las casas por dos ó tres de ellas que están algunos piés mas retiradas que las demás, lo cual sin duda debió originarse de algun plan de desahogo y de mejora de esta calle que existiria en los tiempos antiguos, y que como todos los planes de mejora que se forman en España, fué abandonado despues. Este ligero desnivel forma lo que en Madrid se llama una plazuela, bien que (sea dicho en verdad) tan incógnita, que aunque con rótulo y todo se escapó á la solícita averiguacion del último corregidor de la Villa. Ustedes, señores lectores, querrian que yo compulsase el dicho rótulo aunque no fuese mas que para sacar el ovillo por el hilo, y averiguar de esta manera la calle que hoy me toca sacar á la escena; ¿pero no conocen ustedes que esto seria demasiada candidez, candidez semejante á la del pintor de Orbaneja, ó á la de aquel otro que habiendo trasladado en su lienzo á san Anton y á su indispensable compañero, puso debajo para evitar dudas indiscretas: « Este es San Anton, y este otro es el cochino? » — Yo, en fin, no he de revelar el nombre de mi calle, sino dar tales señas de sus facciones que aquel que la conozca no pueda menos de esclamar: — « Esta es. »

Volviendo á la plazuela de su entrada, no hay que alegar de su inutilidad, pues que sirve de comun patrimonio á un herrador, á un carbonero y á una cabreria, los cuales alternan armónicamente en su tranquila posesion, segun las horas del dia, á saber, el carbonero durante las primeras de la mañana procediendo al descargo y encierro de las seras del carbon, operacion atlética en que los robustos asturianos ofrecen gratis un espectáculo no menos prodigioso que el de los señores *Darrás y Manche;* el herrador en lo restante del dia usa de la plazuela acondicionando bestias de toda especie; y el cabrero al anochecer como es uso y costumbre en toda égloga, echando á pacer las mansas cabrillas, no ya la *yerba aljofarada* sino los pedazos de tachuela y los desperdicios del cisco.

Una taberna (con perdon) sale al paso, y detendria al menos aficionado, si no fuera por otras tres ó cuatro que se disputan con

ella el surtido de la calle; pero cuenta que la de que hablamos es taberna filosófica, con dos puertas como el templo de Jano, la una de paz, la otra de guerra, una pública y ostensible, otra disfrazada en un portal... ¡qué portal!... portal-*pasage* que comunica con una calle principal y con una oficina, y luego por la parte de arriba huéspedes, y qué sé yo cuántas cosas. ¡Feliz situacion de establecimiento!

> « ¡Si es ó no invencion moderna
> vive Dios que no lo sé!
> pero delicada fué
> la invencion de esta taberna. »

Las casas nuevas y renovadas se ostentan por lo general en la acera izquierda; la derecha la ocupan los accesorios de dos establecimientos públicos, el uno *financiero,* el otro *artístico;* aquel concurrido, este solitario; este demostrando en su lúgubre manto el miserable estado de las artes en España, aquel dando á conocer en su animacion la tendencia y objeto de este siglo del oro. Uno y otro, á decir verdad, podrian haberse ido á situar en otra parte, y no venir á oponerse á la propagacion de nuestras luces: afortunadamente para el último tercio de la calle, ciertas tapias de un convento de monjas favorecen á la claridad del frente, máxime despues que la revolucion ha venido á batir las cataratas ó pantallas de los balcones. Esto en cuanto á la vista; en cuanto al olfato, no nos falta regalo á los vecinos de la tal calle, teniendo á la mano la seccion central del diabólico invento de Sebatini; mas allá brinda mil placeres al gusto un establecimiento gastronómico de seis reales abajo; tres ó cuatro barberos oportunamente colocados se encargan por su parte de asegurar al oido sus mas punzantes sensaciones; y por último, algunas cortinillas vergonzantes dejan adivinar otros estímulos al mas perseguido y envidioso de los sentidos.

De todo hay, pues, en esta enciclopédica calle: lujo é indigencia, clásico y romántico, virtudes y hierro, oro y estiércol; y todo en cuatro pasos como quien dice, y en estos cuatro pasos, que dan ustedes todos los dias, señores lectores, distraidos ó indiferentes, no habrán hecho alto en el bullicio de las tabernas, ni en el silencio del convento, ni en la desentonada vihuela y la seguidilla del entresuelo, ni en el armónico piano ó la *preghiera* del principal, ni en la carretela parada á una puerta, ni en la sabatina que sale por otra, ni en los cabritillos que triscan, ni en los muchachos que retozan, ni en las casas al estilo de Londres, ni en las otras al estilo de Leganés, ni en los empleados que entran, ni en los que salen, ni en los huéspedes forasteros, ni en los habitantes indígenas, ni en la elegante romántica de la edad

media, ni en la compaseada Manola de la mantilla de terciopelo, ni en los dichosos del dia, ni en los desdichados de la noche, ni en nada, en nada, en fin, de todo lo que constituye este variado espectáculo, este cuadro de fantasía que llamamos... — ¿Su calle de V.? — Sí, señores lectores, la de ustedes, la mia, cualquiera de las calles de Madrid : se entiende del Madrid de 1837.

IV.

Las Traducciones.

La manía de la traduccion ha llegado á su colmo. Nuestro país, en otro tiempo tan *original*, no es en el dia otra cosa que una nacion *traducida*. Los usos antiguos se olvidan, y son reemplazados por los de otras naciones; nuestros libros, nuestras modas, nuestros placeres, nuestra industria, nuestras leyes y hasta nuestras opiniones, todo es ahora *traducido*. Los literatos en vez de escribir de su propio caudal se contentan con traducir novelas y dramas estranjeros; los sastres nos visten á la francesa; los cocineros nos dan de comer á la parisiense; pensamos en inglés; cantamos en italiano, y nos enamoramos en griego; los médicos nos matan por el sistema de *Broussais* ó de Hannheman; los legisladores nos hacen felices con bills *de indemnité* : y hasta los nombres de Pericos y Pendangas hemos cambiado por los mas cantábiles de *Arturos* y *Carolinas*.

Todo ciudadano español traducido del francés que esté al corriente de este modo de ser, *de estas maneras sociales*, debe sentir allá en sus adentros ciertos impulsos traducomanos que han de darle en qué pensar. Y yo para servir á ustedes, pienso ahorcar mi originalidad en las aras de la moda *vigente;* púseme á discurrir dias atrás en uno de estos *apartes* que suele tener todo escritor, sobre qué lengua escogeria como blanco de mis iras, diciendo poco mas ó menos : — « Señor, el traducir del francés, es bastante socorrido; pero son tantos ya los que lo hacen que apenas salen á lector por barba; el italiano tan solo sirve, segun parece, para la música, y entonces la gracia consiste en entenderlo mal y pronunciarlo peor : el inglés... ¡es tan peliagudo esto del inglés! Además que los ingleses apenas escriben comedias, que es lo que importa : el aleman, el ruso... ¡vaya usted á entender estas lenguas de perros! el portugués... pero ¿qué se ha de traducir del portugués? Pues luego, ¿que traduciré yo?... ¿Traduciré del tonto algunas traducciones de Barcelona y no pocas de Madrid que han quedado mas gabachas que antes de pasar los Pirineos? — No; porque para traducir del tonto es preciso entenderlo.

¿Traduciré al sentido comun las crispaciones políticas ó los en-

sueños fatídicos de los vates no comprendidos? — Tampoco; porque entonces nadie los querria comprender.

¿Traduciré de la germanía política los discursos de fondo de los periódicos? — Menos; porque entonces acaso vendrian á decir lo contrario que sus autores quisieron.

Pues entonces, ¿qué traduciré? ¿El galimatías de aquel abogado, la jerga de este médico, ó las hipérboles del otro orador?

Pero en fin, en medio de este soliloquio ocurrióme una idea, y fué que la mas útil traduccion y la menos usada, es la del lenguaje figurado al sentido genuino, porque si, como decia álguien : — « el don de la palabra ha sido dado al hombre para disfrazar la verdad, » — era hacerle un no pequeño servicio ocuparse en un cómodo diccionario fraseológico para el uso de la sociedad. — Ejemplos :

Cuando oigo á don Pánfilo hablar mal de gobierno y sistemas, fruncir el labio al oir nombres y discursos, y lastimarse del estado mísero del país, *traduzco* que don Pánfilo es cesante, ó pretendiente á empleos.

Cuando veo á don Próspero echarla de rancio españolismo, y ostentar los adelantamientos, y el magnífico porvenir de nuestra patria, pienso *traducir* que don Próspero está traduciéndola en provecho suyo.

Muchas veces *traduzco* la opinion de los hombres por su traje y porte, porque es imposible no pertenecer á la oposicion el que no tiene coche, y aun escasamente para zapatos.

Si un amigote de estos que uno tiene, y que no sabe cómo se llama, viene un dia haciéndome cortesías, alabando mis escritos, sonriendo á mis palabras y dándome á todas la razon : — « Este hombre (*traduzco*) va á pedirme dinero. »

« Usted me confunde con elogios que no merezco »(me dice don Hermógenes cuando me estoy riendo de él). — *Quiere decir*, « Usted me tributa los elogios que yo le exijo. »

Un sugeto me hablaba el otro dia de que habia visto tantas tierras y cuantas ciudades; que habia andado cincuenta y mas leguas diarias, en Francia, Inglaterra y Alemania, de noche, de dia, y sin descansar. Le pregunté de costumbres, me habló de postillones; le hablé de ciencias, me contestó de posadas; le pregunté la historia del país, y me describió sus trajes... « Este hombre *(traduje)* ha viajado como un baul. »

¿Cuántas varas necesito para una levita? — Hay opiniones : tantas segun el señor tal; cuantas segun el señor cual. — *Traduccion libre*. — El señor tal es menos traducido que el señor cual. — ¡Qué tonta estuvo anoche la Paquita! (dice doña Mencía con intencion). Y yo *traduzco* : — La Paquita estuvo ayer mas hermosa y obsequiada que otras noches.

« Desengáñese V., se ha perdido el gusto; el público es ignorante, » dice don Eleuterio. — *Traduccion literal.* El público cree que el ignorante es el autor.

« Disimúleme V., no tengo suelto » *quiere decir :* — No quiero soltarlo. — « ¿Porqué se marcha V. tan temprano? *puede traducirse :* Váyase V, cuanto antes. » El hablar del tiempo frio, suele ser temporal frialdad de la conversacion. — A veces las convulsiones de Narcisa pueden *traducirse* por *antojos ;* — las cortesías de don Silfido, por *memoriales;* las ocupaciones de don Cornelio, por *condescendencias para con su esposa;* — la amistad de don Cenon, por *impulsos* de su *estómago ;* — y á veces escribir un artículo como el presente, lo traduzco, *emborronar papel.*

(*Escenas matritenses, por el Curioso parlante.*)

DE JUAN DE VALDES, Y DE SI ES EL AUTOR DEL DIÁLOGO DE LAS LENGUAS.

Hace mucho tiempo que sospecho que el interesante y curioso opúsculo que publicó en 1737 D. Gregorio Mayans, en sus *Orígenes de la lengua castellana*, con el título de *Diálogo de las lenguas ;* es obra del célebre heresiarca *Juan de Valdes*, á quien tantos elogios tributan los escritores protestantes. A decir verdad, hasta ahora no he podido llegar á una demostracion directa de esta sospecha, convertida ya en una creencia mia; mas con todo voy á exponer lijeramente los fundamentos de esta opinion. Con este motivo recordaré primero algunos antecedentes sobre la vida y escritos de Juan de Valdes, y aun me extenderé en esto mas de lo que á mi propósito actual correspondia.

Juan de Valdes fué de familia noble y distinguida (1), y á lo que parece natural de Cuenca (2). Se dedicó á las letras, en las

(1) *El autor que compuso este libro era caballero noble y rico : alcanzó sér y nombre de sabio.* — Juan Perez, en la advertencia al *Cristiano lector*, que puso al frente del Comentario de Valdes, á la epíst. de S. Pablo á los romanos.

(2) No tengo otra razon para hacer á Juan de Valdes natural de Cuenca, que el suponerle hermano de *Alonso de Valdes*, é hijo por lo mismo de *Fernando de Valdes*, corregidor de aquella ciudad.

De Alonso de Valdes tengo las noticias siguientes : Entre las cartas de Pedro Mártir de Angleria, hay varias escritas por él á aquel célebre literato; una desde Bruselas en 1520, refiriéndole el principio de la herejía de Lutero; otra del mismo año desde Aix-la-Chapelle, dándole cuenta de la coronacion de Carlos V como Rey de romanos, y la otra desde Vorms, de 1521. (Epíst. 689, pág. 380. — 699, pág. 389. — 721, pág. 411 de la edicion Elzeviriana de 1670.) De ellas se infiere que seguia la corte del Emperador. — Al insertar Angleria la primera

que hizo grandes progresos. D. Nicolás Antonio le llama *jurisconsulto;* pero consta además que sobresalia en la filosofía, teología, lenguas sabias y letras humanas. Siguió bastantes años la corte del emperador Carlos V, señaladamente en Italia, donde pasó la mayor parte de su vida, y desempeñó varias comisiones que le confió aquel monarca en las cortes de este país y en las de Alemania. Ultimamente se fijó en Nápoles, con el importante cargo de secretario del virey, y allí murió en el año de 1540.

Pero su fama y nombradía no han provenido de sus cargos y empleos, sino de sus errores en la religion, y de sus escritos. Supónese por algunos que se contagió en Alemania en los primeros años de la reforma protestante, y que de allí trajo á Nápoles sus doctrinas; otros aseguran que sus errores fueron fruto espontáneo de su modo libre de pensar. Belio y Bayle (1) le llaman uno de los primeros fundadores del luteranismo en Nápoles; pero otros le atribuyen doctrinas mas avanzadas, socinianas y antitrinitarias; lo que no seria de estrañar, pues los herejes españoles, una vez roto el freno de la autoridad, solian ir muy lejos, como sucedió á Miguel Serveto, quemado por hereje en Ginebra, y por el mismo Calvino.

De todos modos, lo que parece cierto es, que en la grande y trascendental disidencia dogmática sobre la *justificacion*, que tan profundamente dividia á los teólogos protestantes de los que seguian la verdadera doctrina católica, Valdes profesaba opiniones muy análogas á las de los sectarios que agitaban á la sazon la Alemania, é introducian la perturbacion y el desórden en el seno de la Iglesia. El libro titulado *El Beneficio de Jesucristo*, que si no es obra suya, salió de su escuela, lo comprueba de una manera evi-

carta de las citadas en una suya dirigida á sus discípulos los marqueses de Mondéjar y los Velez, les dice lo siguiente: *Legite prodigium horrendum mihi ab* Alfonso Valdesio *magnæ spei juvene, cujus patrem* Ferdinandum de Valdes, *rectorem conchensem nostis, non minus fideliter quam ornate descriptum, cujus epistola sic se habet.* — Este mismo Alonso Valdes le hallamos mas adelante, en 1525, secretario del gran canciller del Emperador, y como tal dando á luz, *con privilegio imperial*, la relacion de la batalla de Pavía, en que quedó preso el rey de Francia Francisco I, con este título: *Relacion de las nuevas de Italia, sacadas de las cartas que los capitanes y comisario del Emperador y Rey nuestro señor han escripto á su Majestad: assí de la victoria contra el Rey de Francia, como de otras cosas allá acaecidas: vista y corregida por el señor gran Chanciller é consejo de su Majestad.* — Opúsculo de 8 fol., en 4º., letra de tortis, sin año ni lugar de impresion, pero que sin duda es del año 1525, el mismo de la batalla de Pavía: acaba así: *Los señores del consejo de su Majestad, mandaron á mí, Alonso de Valdes, secretario del illustre señor gran Chanciller; que ficiese imprimir la presente relacion.*

ALFONSO DE VALDES.

Otras noticias de Alonso de Valdes pueden verse en la *History of the Reformation in Spain by M'Crie*, impresa en Edimburgo en 1829, pág. 124 y 132.

(1) *Belio* citado por Schelhorn *Amœnitates Hist. Ecles.*, tom. II, pág. 47. — *Bayle Dictionn.* art. *Jean Valdes.*

dente. Ranke trae sobre esto un testimonio de mucha autoridad, que desconocieron Schelhorn y los demás que atribuyeron aquel libro á Aonio Paleario: este testimonio, tomado del *Compendium* de inquisidores, obra MS., dice literalmente: *Quel libro del* BENEFICIO DI CHRISTO, *fu il suo autore un monaco di Sanseverino in Neapoli, discepolo del* VALDES.... *inganno molti, perche trattavá della giustificatione con dolce modo ma ereticamente etc.* (1); y en efecto, en casi todos nuestros índices expurgatorios le hallamos despues como prohibido y condenado, juntamente con otras obras del mismo Valdes, de qué hablaré mas adelante.

Una vez impregnado Valdes de estos errores, su crédito y su autoridad contribuyeron mucho á difundirlos. En los años que precedieron á la predicacion de la reforma protestante, habia una general propension á ocuparse de asuntos religiosos, y un vivo deseo de enmendar los abusos que se habian introducido, y de fijar ciertos puntos dogmáticos. Del seno del mas puro y acendrado catolicismo se levantaban estos conatos, se lloraban los males, se buscaba con ardor el remedio, y por todas partes, en fin, se manifestaba una reaccion saludable, que hubiera conseguido por sí sola sin trastornos ni disturbios el remedio de los verdaderos abusos, sin tocar á lo sagrado del dogma, ni romper la magnífica unidad de la Iglesia cristiana. Así fué que cuando los movimientos desordenados y revolucionarios de los sectarios de Alemania lo pusieron todo en cuestion é hicieron necesaria una resistencia vigorosa, existian pacíficamente en muchas partes asociaciones religiosas que se reunian á conferenciar sobre puntos piadosos y dogmáticos. Muchas de estas asociaciones estaban enteramente conformes con el dogma católico, otras tenian mas ó menos analogía con las nuevas doctrinas, sin pensar por eso en rebelarse contra la autoridad de la Iglesia cuando esta decidiese sobre los puntos controvertidos; otras finalmente favorecian del modo que les era posible el movimiento insurreccional de la Alemania. En la gran agitacion religiosa que caracteriza al siglo XVI, nada era ni debia ser mas comun que estas reuniones: los hombres doctos se juntaban á conferenciar sobre el gran asunto de la época, y á fijar sus ideas y opinion sobre las cuestiones que entonces agitaban el mundo.

En la culta y voluptuosa Nápoles habia una de estas reuniones, y Valdes era el alma y el centro de ella. Su saber, su posicion y su carácter dulce y apacible, le daban en aquella ciudad un grande ascendiente. Muchos sabios y caballeros de la primera nobleza y muchas damas de distincion asistian á aquellas conferencias, celebradas unas veces en la ciudad, otras en sus

(1) *Ranke, Hist. de la Papauté,* tom. I, pag. 191.

pintorescas cercanías de Chiaia y Pusilipo, donde « la naturaleza ostenta todo su imperio, y parece sonreir plácidamente al complacerse en la pompa que despliega, » segun la expresion de uno de sus discípulos (1).

A estas reuniones y conferencias asistian, entre otros, Marco Antonio Flaminio, célebre poeta latino del siglo XVI, de religion dudosa; Pedro Mártir Vermigli y Bernardino Ochino, jefes despues y capitanes afamados de herejías; Jacobo Bonfadio, el historiador de Génova, y Pedro Carnesecchi, que acabaron años adelante de un modo tan infeliz; Galeazo Caracciolo, marqués del Vico, é Isabel Manrique, que abandonaron su patria para poder continuar en sus errores, y la célebre por su belleza y aventuras Julia Gonzaga, duquesa de Palliano. El entusiasmo por Valdes de sus numerosos sectarios, de los cuales muchos se obstinaron despues en la herejía de un modo deplorable, era extremado, y en sus posteriores persecuciones y desgracias recordaban siempre con dolor los felices dias de sus conferencias y reuniones.

Vostra signoria (escribia Bonfadio á Carnesecchi) *attenda a ristorarsi e vivere co' quella allegria, con che soleva quando eravamo in Napoli: cosi ci fussimo hora, con la felice compagnia. E mi par hor di vederla con un intimo affetto sospirar quel paese e spesse volte ricordar Chiaia co' l bel Pusilipo... Mi ricordo che innanzi la partita sua vostra signoria piu volte disse di volerci tornar e mi ci invitò piu volte. Piacesse a Iddio che ci tornassimo, benche pensando dall' altra parte, dove andremo noi poi che' l signor* VALDES *e morto? e stata questa certo gran perdita ed a noi ed al mondo: perche il signor* VALDES *era un de rari huommi d' Europa, e quei scritti ch' egli ha lasciato sopra le* EPISTOLE DI SAN PAULO *ed i* SALMI DI DAVID *ne faranno pienissima fede. Era senza dubio nei fatti, nelle parole ed in tutti i suoi consigli un compiuto homo. Reggeva con una particella dell' anima il corpo suo debole e magro: con la maggior parte poi e col puro inteletto, quasi come fuor del corpo, stava sempre sollevato alla contemplatione della verità e delle cose divine. Mi condoglio con Messer Marco Antonio* (Flaminio) *perh' egli piu che ogni altro l' amava e ammirava* (2).

JEAN DE VALDES, dice otro escritor contemporáneo y protestante, *fut espagnol de nation, yssu de noble et ancienne race, et eslevé en estat honorable, estant au commencement gentilhomme et chevalier de l'Empereur Charles cinquiesme : mais depuis plus honorable et magnifique chevalier de Jésus Christ. Neanmoins il ne suivit pas long temps la court après que Christ luy fut revelé; mais*

(1) *Bonfadio* lett. á Monsignor Carnesecchi: *Lettere Volgari di diversi nobilissimi nomini* : in Vinegia, 1554, fol. 32.

(2) *Lettere Volgari*, fol. 32.

havita en Italie et fit la plus part de sa residence a Naples. Auquel lieu, avec l'attrait et doceur de sa doctrine, et la saincteté de vie qu' il menoit il gaigna beaucoup de disciples a Christ, et principalement un bon nombre de gentils-hommes et chevaliers et quelques grandes dames, recommandables en toute sorte de louenge. Combien qu' il estoit si bening et avoit une telle charité, qu' il se rendoit débiteur du talent qu' il avoit receu, envers toute personne, tant fut elle abjette et de petite et basse condition, et se faisoit toute chose a tous pour les gaigner tous a Christ. Et non seulement cela, mais il a servi d' organe pour illuminer quelques-uns des plus fameux prescheurs d' Italie. Ce que je scait pour avoir conversé avec eux (1).

« Las cuestiones sobre la justificacion, dice Ranke (2), se esparcieron tambien en la voluptuosa Nápoles por un español, Juan Valdes, secretario del virey... La tendencia de Valdes no era exclusivamente teológica; ocupando un cargo temporal importante no fundó secta; su libro (habla de *El Beneficio de Jesucristo*) era el fruto de un estudio libre é independiente del Cristianismo. Sus amigos recordaban con entusiasmo los hermosos dias que habian pasado en su compañía en la Chiaia y Posilipo, cerca de Nápoles. Valdes era dulce, agradable, y no carecia de genio. Tenia una influencia extraordinaria sobre la nobleza y los sabios de Nápoles; las mujeres tomaban tambien una parte muy activa en este movimiento religioso, etc. »

Excuso decir que todos estos elogios son tomados de escritores protestantes, y que solo los cito para probar la perniciosa influencia que en materias de religion ejerció Juan de Valdes en Nápoles, que es lo que en este momento hace á mi propósito.

Peró estas reuniones, ó porque no se divulgase antes el secreto de sus errores, ó porque inofensivas contra la autoridad eclesiástica se limitasen á discusiones académicas, salvo el someterse á las legítimas decisiones de la Iglesia, no fueron inquietadas ni perseguidas hasta algunos años despues de la muerte de Juan de Valdes. Entonces se patentizáron los errores que allí se difundian, y fueron condenados por la autoridad competente : la mayor parte de los discípulos de Valdes se sometieron á la decision de la Iglesia (3), pero otros persistieron en sus errores, y

(1) *Celius S. Curion.* — Prefacio que precede á la traduccion francesa de la obra de Valdes titulada : *Ciento y diez consideraciones divinas, etc.*, se imprimió en italiano en Basilea el año 1550, y en frances en Paris 1566.

(2) *Hist. de la Papauté*, t. 1, p. 190.

(3) *Le nombre des disciples de Valdes ayant extrêmement grossi dans Naples, les bons desseins de ces messieurs avortèrent dans la suite qu'on vint à les persécuter, qu'on les emprisonna et que les ayant contraint d'abjurer, on en fit mourir quelques-uns comme relaps. — Balbani. Vie de Galeace Caracciolo, Marquis de Vico*, pág. 47, citado por *Bayle*.

huyeron á sustentarlos á los paises extranjeros. La memoria de Valdes y sus escritos fueron entonces igualmente condenados.

Pero la actividad de Juan de Valdes no se limitaba á promover y dirigir esta reunion, esta nueva *Iglesia*, como la llamaban sus adeptos (1): escribió tambien varias obras sobre diversos asuntos, pero todas (á lo que debe inferirse del cuidado y esmero con que fueron al momento prohibidas) mas ó menos contagiadas de sus errores. — Hé aquí un lijero resúmen de las que se le atribuyen.

1ª. *El Beneficio de Jesucristo*. Ya he dicho que Ranke, fundado en un testimonio contemporáneo, la atribuye á un monje de S. Severino de Nápoles, discípulo de Valdes. Schelhorn (2) juzga que su autor fué Aonio Paleario, fundado en un pasaje de su defensa ante los magistrados de Sena, que ciertamente no lo comprueba; y Laderchio, el continuador de los anales de Baronio, le menciona como obra del mismo Valdes (3). Todo bien pensado, parece lo mas cierto que este libro, si no fué en efecto escrito por Valdes, se escribió bajo su inspeccion, y expresó sus opiniones y las de sus discípulos sobre la gran cuestion de la *justificacion*. Fué libro de mucha boga en su tiempo, reimpreso muchas veces y traducido á casi todas las lenguas: muchos teólogos católicos de grande autoridad lo aprobaron al principio; pero reconocidos despues sus errores, fué severamente prohibido. En el *Indice* del cardenal Quiroga impreso en Madrid en 1583, se inserta con el título siguiente: *Tratado utilísimo del beneficio de Jesucristo*. Este tratado, á pesar de sus muchas impresiones, parece haberse completamente perdido. Schelhorn, sin embargo, le llama solamente *libellus longe rarissimus*.

2ª. *Comentario ó declaracion breve y compendiosa sobre la epístola de S. Paulo Apóstol á los romanos, muy saludable para todo Christiano. — Compuesto por Juan Valdesio, pio y sincero teólogo. — (El Evangelio es potencia de Dios para dar salud á todo creyente*. Rom. I). *En Venecia, en casa de Juan Philadelpho*, MDLVI. (8º. pequeño de 340 pp.) — Está dedicado *á la illustrissima señora la Señora Doña Julia Gonzaga*. En esta dedicatoria la dice Valdes: *El año pasado os envié los* Psalmos de David *traducidos del hebreo en romance castellano..... os envio agora estas epístolas de San Paulo traducidas del griego en romance castellano*. A la dedicatoria sigue una advertencia, *al christiano lector*, en que el editor

(1) *Fuit eo tempore non spernenda Ecclesia in urbe Neapolitana... hujus Ecclesiæ prima laus debetur Valdesio*: Melch. Adam. Vita Theol. exter., pág. 31.

(2) *Amœnit. Hist. Eccles.* tom. I, pág. 157.

(3) *Pro pestilenti libro Valdesii cui titulus erat* Christi Beneficium, etc. — *Annal. ecclesiast.* ad annum 1567, tom. 22.

(que creo es el doctor Juan Perez (1), refugiado protestante) da noticias de cómo llegó á sus manos el *original escripto de la mano del mesmo autor*, y de las circunstancias y méritos de Juan de Valdes. — Esta obra fué al momento prohibida, y ya la hallamos como tal en el *Indice* del inquisidor general D. Fernando Valdes, impreso en Valladolid en 1559. Bayle en su *Diccionario* supone que el Juan Valdes autor de esta obra es muy diferente del Valdes de que hablamos. Si Bayle hubiera leido ó visto el comentario, fácilmente se hubiera convencido de su error.

3ª. *Comentario ó declaracion familiar y compendiosa sobre la primera epístola de S. Paulo Apóstol á los corinthios, muy útil para todos los amadores de la piedad cristiana.* — *Compuesto por Juan VV, pio y sincero teólogo.* — (*La declaracion de tus palabras alumbra y da entendimiento á los pequeñitos*, Psalmo 119.) — *En Venecia, en casa de Juan Philadelpho*, MDLVII, (8°. igual al anterior de 450 pp.) La dedicatoria dice : — *A la S. Maiestad del serenissimo y christianissimo Maximiliano, rey de Bohemia, archiduque de Austria, etc. Juan P. S. y paz en Jesu Christo.* — En la página 18 el autor se refiere á lo dicho en la Epístola á los romanos, y en la 15 añade : *Quanto á la invocacion del nombre de Christo, me remito á lo que está dicho sobre la Epístola á los romanos, capítulo* X, lo que prueba ser las dos obras de un mismo autor, y lo infundado de la opinion de Bayle. — Esta obra está igualmente comprendida en los *Indices* expurgatorios de la Inquisicion.

4ª. *Los Psalmos de David, traducidos del hebreo en romance castellano.* Valdes habla de esta obra suya en la dedicatoria de las epístolas de S. Pablo, á Julia Gonzaga, en el pasage copiado arriba : y Bonfadio, en su carta á Carnesecchi, la menciona igualmente. No tengo noticia de que se haya impreso.

5ª. *Ciento y diez consideraciones divinas* : Esta obra se tradujo al frances con este título. *Cent et dix considérations divines de Jean de Valdesso. Traduites premièrement d'espagnol en langue italienne et de nouveau mises en françois, par C. K. P.* (Claude de Kequifinen, parisien) : *Lyon, par Charles Pesnot, Paris par Mathurin Prevost*, 1565. La traduccion italiana se imprimió en Basilea en 1550. Tambien fué traducida al inglés, y publicada en 1646 con notas de Jorge Herbert.

6ª. *Diálogo de Mercurio y Caron, en que allende de muchas cosas graciosas y de buena doctrina, se cuenta lo que ha acaescido en la guerra desdel año mill y quinientos y veinte y uno hasta los desafios de los reyes de Francia et Inglaterra hechos al Emperador en*

(1) Sobre Juan Perez y sus escritos véase á Pellicer. *Ensayo de una Bibl. de traductores*, pág. 120.

el año de MDXXIII. — *Diálogo en que particularmente se tratan las cosas acaecidas en Roma el año de* MDXXVII *á gloria de Dios y bien universal de la república cristiana,* vol. en 8°. sin año ni lugar de impresion.

Con este título se anuncia esta obra en el Catálogo de Salvá, página 66, part. 2ª. En el *Indice* del inquisidor Valdes se cita así: *Diálogo de Mercurio y Charon.* — En el del cardenal Quiroga: *Diálogo de Mercurio y Caronte.* — *Diálogo de Lactancio y un arcediano, sobre lo que aconteció en Roma en el año de* 1527.

Estos dos diálogos fuéron traducidos al italiano con los títulos que expresan Bayle, Schelhorn y Salvá, é impresos en Venecia.

7ª. *Aviso sobre los intérpretes de la Sagrada Escritura.* Llorente (1) atribuye á Juan de Valdes este opúsculo, que se halló entre los papeles ocupados al arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza, cuando fué preso por la Inquisicion; igualmente supone que escribió otra obra titulada *Acharo.* Pero Llorente confunde de tal manera á Juan de Valdes con Alfonso de Valdes, é ignoraba hasta tal punto las circunstancias de la vida del primero, que supone que fué procesado por la Inquisicion de España, y calificado de hereje; que no tuvo efecto su prision porque huyó del Reino y finalmente que vivia en Nápoles en 1559, es decir 19 años despues que habia muerto. Por esta razon no es fácil saber á cuál de los dos Valdeses pertenece este escrito.

8ª. *Modo di tener nell' insegnare e nel predicare al principio della religione christiana.* En el *Indice* del cardenal Quiroga de 1583 ya citado, se inserta con el título que precede, esta obra, sin expresar el nombre de su autor; pero Schelhorn, citado por Mr. Crie' en su *Historia de la Reforma en España* (2), la atribuye á Juan de Valdes: ignoro los fundamentos que para ello haya.

Tales son las obras atribuidas á Juan de Valdes (3). Ranke, supone que *les écrits de Valdes sont malheureusement tout-a-fait détruits;* pero no es exacto: son ciertamente muy raros; pero yo he consultado algunos de ellos para escribir este artículo, y señaladamente sus Comentarios sobre las epístolas de S. Pablo. De ellos en efecto resulta que su autor, en la grave materia de la justificacion, profesaba opiniones enteramente luteranas y heréticas. Su estilo es en gran manera místico y ascético, y su lenguaje muy puro y correcto, pudiendo bajo este punto de vista ser considerado como uno de nuestros buenos escritores. Pero de los escritos, errores y doctrinas de Juan Valdes tal vez nos ocuparémos en otro artículo.

(1) *Historia de la Inquisicion de España*, tom. IV, pag. 310, t. VI, pág. 160 y 135, edic. de Barcelona 1836.
(2) Pág. 146.
(3) *Hist. de la Papauté*, t. 1, pág. 190.

Con todo, para dar desde luego una muestra del estilo y lenguaje de Juan de Valdes, y al mismo tiempo una idea de sus opiniones sobre el importante punto de la justificacion, copiaré aquí un trozo de su carta á Julia Gonzaga, remitiéndole sus comentarios sobre las Epístolas de S. Pablo. Expone Valdes en este pasaje á su manera el dogma fundamental de la teología protestante, de que para la justificacion ó reconciliacion con Dios del pecador, y para su salvacion basta solamente la fe en los méritos y promesas de Jesucristo, sin necesidad ninguna de las buenas obras. Este dogma, teológicamente erróneo y condenado por la Iglesia, y filosóficamente absurdo y de una tendencia funesta é inmoral, como han demostrado ya, no solo los escritores católicos, sino los heterodoxos y anti-cristianos, le explica Valdes en este pasaje, como ya le exponia, segun hemos visto en el *Beneficio de Jesucristo : con dolce modo, ma ereticamente*. No dice como Lutero : « Peca cuanto quieras, con tal que tengas mucha fe; pues si eres buen creyente, nada te pueden dañar mil delitos diarios (1). Esta exposicion brutal no podia avenirse con la educacion y carácter de Valdes, ni con el de la ilustre dama á quien se dirigia; así toma otro giro, y sostiene que para la justificacion ó reconciliacion con Dios, solo es necesario dar crédito á las promesas de Jesucristo, y desistirse de procurar otros medios de reconciliacion (v. gr. las buenas obras), pues los que buscan otras reconciliaciones contrarian el intento de Dios, no dando crédito á las promesas de su Hijo; cuando por el contrario le favorecen y llenan completamente sus designios aquellos que teniendo fe y confianza en las promesas de Cristo, se tienen por esta sola fe y confianza, y sin necesidad de otra ninguna cosa, por justificados, pios y santos. La doctrina en el fondo es la misma; pero con el *dolce modo* de Valdes, se hace á no dudarlo mas insinuante y peligrosa. » Hé aquí el pasaje á que aludo :

« Y porque dado caso de que querais leer la letra de S. Paulo sin ocuparos en leer mis declaraciones, lo podais hacer con mayor facilidad, os quiero advertir de algunas cosas que abrirán el camino, y os facilitarán la inteligencia de la mente de S. Paulo. Y así os digo que por *Evangelio* entiende S. Paulo, el pregon de las buenas nuevas del perdon general que se publica por el mundo, afirmando que Dios ha perdonado todos los pecados de todos los hombres del mundo, ejecutando por todos ellos el rigor de su justicia en Cristo, el cual notificó en el mundo este perdon general, y en nombre del cual lo

(1) *Esto peccator et pecca fortiter; sed fortius fide et gaude in Christo, qui Victor est peccati... Sufficit quod agnovimus per divitias gloriæ Dei agnum, qui tollit peccata mundi : ab hoc non evellet nos peccatum, etiam si millies millies una die fornicemur aut occidamus.* Luth. *De Captivit. Babylon.* t. 2, p. 284.

notifican todos los que lo notifican, á fin que los hombres movidos por el autoridad de Cristo, que es Hijo de Dios, dén crédito al perdon general, y confiados en la palabra de Dios se tengan por reconciliados con Dios, y se desistan de procurar otras reconciliaciones. Adonde habeis de entender que ha hecho y hace en este caso Dios con los hombres como un príncipe, el cual habiéndosele rebelado sus vasallos, y siendo por la rebelion huidos del reino, les hace un perdon general, y se lo envía á notificar con un hijo suyo, á fin que ellos dén crédito al perdon por el autoridad del hijo, y así confiados en la palabra del príncipe se vengan al reino, desistiéndose de procurar el perdon del príncipe por otra via ni por otros medios ningunos. Por donde se entiende que los que creen que Cristo es Hijo de Dios, y no dando crédito al perdon general que él publicó y publica, no se tienen por reconciliados con Dios y van buscando otras reconciliaciones, no confiándose en la que Cristo publicó y de parte de Cristo es publicada, hacen lo mesmo que harian los vasallos de aquel príncipe, que creyendo que el que les publica el perdon general es hijo del príncipe, no se tuviesen por perdonados, y así no se tornásen al reino: y entiendo tambien que ni el príncipe al cual aconteciese esto saldria con su intento, en cuanto él no envió á su hijo sino á efecto que, siendo conocido por hijo, fuese creido en lo que manifestaba; ni Dios parece que sale con su intento en los que conociendo á Cristo por Hijo de Dios, pero no fiándose en lo que les notifica de parte de Dios, no se tienen por reconciliados con Dios; saliendo solamente con su intento en los que conociendo á Cristo por Hijo de Dios, y confiándose en lo que les notifica de parte de Dios, se tienen por reconciliados con Dios, y por tanto por pios, por justos y por santos. Es bien verdad que el conocimiento que tienen de que Cristo es Hijo de Dios los que no se sienten reconciliados con Dios, no se puede llamar propiamente conocimiento, siendo mas propiamente opinion que conocimiento: porque si fuese conocimiento, haria en ellos el efecto que hace en los otros, certificándoles de su reconciliacion con Dios, y dándoles pas en sus conciencias. »

Fáltame ahora ocuparme de si, como yo sospecho y creo, Juan de Valdes es en efecto tambien autor del *Diálogo de las lenguas*. Diré los motivos de mi opinion, y luego el lector decidirá.

La primera idea de que Juan de Valdes pudiese ser autor de este opúsculo, me vino del apellido del principal de los interlocutores del Diálogo, que tiene el mismo de Valdes. En efecto, los italianos *Marcio y Coriolano*, y el español *Torres*, se conciertan para comprometer á Valdes en un convite y reunion que celebran en las cercanias de Nápoles, á que les explique la razon de ciertos primores y modismos de la lengua castellana, que usaba en las cartas que les dirigia cuando se ausentaba; y Valdes es efectivamente el que expone cuanta doctrina se encierra en aquel Diálogo, no haciendo otra cosa los demas interlocutores que dirigirle preguntas y dar ocasion á sus explicaciones.

El lugar de la reunion es en una casa de campo de las cercanías de Nápoles, donde ya hemos visto que acostumbraba Valdes tener esta especie de conferencias con sus amigos y discípulos. Esta circunstancia se comprueba por muchos pasajes del Diálogo. *Marcio*, pág. 105, dice : « *Y aun aquí en Nápoles hallaréis muchos epitafios españoles que comienzan : Aqui yace.* — En la pág. 159, dice Valdes : *Larga me la levantais*, y Torres replica : *No es tan larga, que no sea mas largo el dia de aquí á que sea hora de irnos á Nápoles.* — Y finalmente Valdes en la pág. 174 dice : *Pues yo os dejo pensar hasta de hoy en ocho dias, que placiendo á Dios nuestro Señor, nos tornarémos á juntar aquí, y concluirémos esta contienda. Ahora ya es hora de ir á Nápoles; haced que nos dén nuestras cabalgaduras y vámonos con Dios.* »

Respecto del tiempo en que se verificó el Diálogo, tenemos las siguientes indicaciones. En la pág. 26 dice Valdes, hablando de los moros españoles, que « *pocos años há el Emperador les mandó se tornasen cristianos ó se saliesen de España.* » De lo que se infiere que el Diálogo debió verificarse pocos años despues de el de 1525, en que consta se dictó aquel decreto (1). En la pág. 96 dice el mismo Valdes : « *Huélgome que os satisfaga, pero mas quisiera satisfacer á Garci-Lasso de la Vega, con otros dos caballeros de la corte del Emperador, que yo conozco.* » Y como Garci-Lasso murió el año de 1536, deduzco yo que el Diálogo tuvo lugar ántes de dicho año, y que de consiguiente su verdadera fecha está entre algunos años despues de 1525, y algunos ántes de 1536, que es precisamente la época en que Valdes vivia en Nápoles, donde murió en 1540, como ya hemos visto, y en que tenia con sus amigos y discípulos reuniones análogas y semejantes á la que en el *Diálogo de las lenguas* se describe.

Si de estas significativas indicaciones pasamos á otras relativas á las circunstancias del interlocutor Valdes, hallamos que era castellano (pág. 8), criado en el reino de Toledo y en la corte de España (p. 51), y finalmente paisano, como ahora decimos, de *Mosen Diego Valera*, segun lo que dice Torres, en la pág. 164, al mismo Valdes, *Maravillome de vos, que trateis tan mal á Mosen Diego Valera siendo de una tierra.* — Todo lo que conviene admirablemente á Juan de Valdes, que en efecto era castellano, criado en el reino de Toledo y en la corte, y paisano de Diego Valera, que era, como es sabido, natural de Cuenca, de donde hemos dicho ya que tambien parece haberlo sido Valdes.

El Valdes del Diálogo decia de sí que « *aunque no hacia profesion de soldado, tampoco era hombre de haldas* » (pág. 14); y en efecto, Juan de Valdes ni hacia profesion de soldado, pues obtenia

(1) Sandoval, *Hist. de Cárlos V*, lib. XIII.

empleos civiles, ni era tampoco eclesiástico ú hombre de haldas; conviniendo tambien en esto los dos Valdeses, así como convienen en haber viajado á Roma y á otros puntos de Italia (pág. 12), en ser muy aficionados á escribir (pág. 15), en inspirar á los que asistian á sus reuniones cierto respeto y deferencia, que sin embargo no se oponia á la intimidad casi familiar con que le trataban; y finalmente en la aficion á escribir diálogos, pues ya hemos visto que Juan de Valdes dispuso en esta forma algunas de sus obras.

Resulta pues, que el principal interlocutor del *Diálogo de las lenguas* tiene el mismo nombre que Juan de Valdes; vive en la misma ciudad de Nápoles, y en el mismo tiempo que este; que es como él castellano y natural de Cuenca; que tiene conferencias y reuniones con sus amigos y discípulos en las cercanías de Nápoles, en los mismos sitios en que las tenia por aquellos tiempos Valdes; y finalmente que no solo convienen en todas estas cosas, sino en todas las demas, de que por incidencia se hace mérito en el Diálogo de que hablamos. No se puede por lo mismo dudar, á ménos de no suponer enteramente casual todo este cúmulo de significativas coincidencias, que el Valdes del Diálogo es el mismo Juan de Valdes de que nos ocupamos en este escrito. Respecto de esto, la demostracion á mis ojos es completa.

Pero se dirá, y con razon, que aun suponiendo esta identidad entre Juan de Valdes y el Valdes del Diálogo, todavía este opúsculo pudo muy bien ser obra de un tercero que introdujese en él la persona de Juan de Valdes, con todas las indicaciones expresadas relativas á sus circunstancias y carácter conocidos, pues nada hay mas comun que esto en los escritores de diálogos, así antiguos como modernos. Así es, en efecto; pero con todo yo me inclino á creer, en el caso presente, lo contrario. Ni la materia del Diálogo, limitada sustancialmente á explicar la índole de la lengua castellana, me parece de aquellas que requieren la autoridad de un interlocutor conocido, ni se hubiera buscado á Juan de Valdes en todo caso para autorizar explicaciones gramaticales sobre una lengua vulgar; otra cosa seria si se le hubiese traido para alguna exposicion teológica de las que tanto interés excitaban en aquellos tiempos, y en las que Valdes era tan entendido y afamado. Su nombre en el Diálogo hubiera efectivamente sido entónces tan oportuno, como innecesario y extraño me parece ahora en la hipótesis que combato.

Por otra parte, leyendo con alguna atencion el Diálogo, se ve la parsimonia con que hablan del mérito de Valdes los demas interlocutores, á pesar de que aspiran á ser enseñados por él: si fuera obra de un tercero, indudablemente se hubiera alabado y ensalzado el mérito y saber del principal interlocutor Valdes,

máxime cuando tan alabado y ensalzado era en aquella sazon; pero escribiendo él mismo la obra, la prudencia y la modestia exigian la parsimonia en los elogios que hemos dicho se nota en el Diálogo.

No es esto decir que en la materia de que se trata no reconozcan la superioridad de Valdes los demas interlocutores, ni le rindan con este motivo algun tributo de cortesía y respeto; pero los italianos Marcio y Coriolano fácilmente debian reconocer su superioridad en el conocimiento de la lengua castellana, y lo mismo el español Torres soldado de profesion, y que afectaba no estimar gran cosa las sutilezas gramaticales.

Respecto de algunos aunque bien escasos elogios, que todavía se podrian acotar en el Diálogo, se nota fácilmente el cuidado con que siempre se reproducen y escriben; y sobre todo, que aunque fuesen mas expresivos, nunca darian lugar á una acusacion de inmodestia contra Valdes, por el modo con que parece haberse escrito, ó mas bien redactado la conversacion y plática de los interlocutores. En efecto, el autor del Diálogo, ó porque así fuese realmente, ó porque le haya parecido conveniente usar de esta invencion, supone que sin la anuencia de Valdes, los demas interlocutores pusieron escondido en un lugar secreto un *escribano* entendido en las lenguas castellana é italiana, en que respectivamente hablaban, para que anotase los puntos principales que se dijesen, *porque podria ser* (decia Marcio, pág. 17) *que con ese principio engolosinásemos á Valdes de tal manera, que le hiciésemos componer qualque diálogo de lo que aquí platicáremos*. Y en efecto, al finalizar la conferencia y en medio de protestas y disculpas, descubren á Valdes su amistoso fraude, le manifiestan la obra del amanuense ó escribano, y le piden que la corrija y ponga en buen órden. *Lo que todos os pedimos por merced* (le dijo Torres, pág. 176), *es que tomando esto que está anotado de lo que aquí habemos hablado, lo pongais todo por buen órden y buen estilo castellano, que estos señores os dan licencia que les hagais hablar castellano, aunque ellos hayan hablado en italiano*. Y Valdes despues de varias excusas, les contesta: *Esta cosa, como veis, es de mucha consideracion: dejadme pensar bien en ella; y si me pareciere cosa hacedera y viere que puedo salir con ella razonablemente, yo os prometo de hacerla*. Y en efecto, cumplió su promesa escribiendo el *Diálogo de las lenguas*.

Yo confieso, como he dicho ya al principio, que todas estas razones no constituyen una demostracion directa de mi opinion sobre este particular; pero creo que nadie me negará tampoco que por lo ménos, la sospecha está fundada en harto razonables motivos. De todos modos, repito, el lector decidirá.

DON MODESTO LAFUENTE.

LA MADRE DE DON JUAN DE AUSTRIA.

I.

Hace poco mas de un año se suscitó y trató en dos diarios españoles, universal el uno y político el otro, la cuestion de quién habia sido la verdadera madre de don Juan de Austria, hijo natural del emperador Cárlos V. El primero, dando noticia de algunos hijos ilegítimos de los reyes españoles de la casa de Austria, habia designado como madre de don Juan á Bárbara Blombergh, natural de Ratisbona, que era la opinion mas admitida por la historia y por la tradicion. El segundo, al parecer menos dispuesto á conformarse con la maternidad histórica y tradicional del hijo del emperador, resucitó una sospecha (demasiado trascendental para dejarla pasar desapercibida y sin correctivo) que dice tuvieron ya algunos en otro tiempo, de que la verdadera madre del ilustre vencedor de Lepanto no fuese la jóven de Ratisbona, sino otra señora mucho mas principal y de muy mas elevada esfera, y muy allegada al emperador, y de su misma sangre; en una palabra, su misma hermana carnal doña María, la reina viuda de Hungría. Y allá va, como si se tratase de *culpa levi*, ó como quien dice *peccata minuta*, la negra y abominable mancha de incesto arrojada á las frentes de dos de los mas grandes personajes de nuestra historia. Veamos si podemos dejarlos limpios de esta mancha.

Dícese en aquel artículo, que *la malicia humana acoge fácilmente todo lo que puede servir de mengua á los que representan papeles notables en el teatro del mundo*. Es una triste verdad; y por eso mismo es de estrañar que quien tal conoce tomára sin intencion un camino que no podia ir mas derecho á avivar esa misma malicia humana. Pero la historia, que no debe llevarse de malicias cuando abonan datos, está en el deber de apelar á los datos para disipar malicias. Y en verdad que no se nos podrá tachar de parciales del emperador, á nosotros que en nuestra *Historia general de España* hemos tenido que pasar por la pena de descubrir flaquezas donde otros no habian hallado sino virtudes; mas al modo que hicimos aquello arrastrados por la fuerza de documentos fehacientes (aun omitiendo otros muchos con que los hubiéramos

podido robustecer), la misma fuerza nos impulsa aquí á volver por la honra lastimada de un monarca grande y de una reina esclarecida. La justicia en su lugar. Reconozcamos el desliz, ya que de él no podamos eximir al hijo primogénito de doña Juana de Castilla, pero no hagamos caida moral lo que solo fué un tropiezo como hay tantos por el mundo.

II.

Uno de los primeros que al decir del articulista hablaron del supuesto abominable comercio de Cárlos V. con su hermana como de voz que habia corrido por Europa, fué un *curioso* de principios del siglo XVII., comentador de unas *Coplas del provincial* que se escribieron en tiempo del emperador. Perdónenos el curioso coplero si teniendo por liviano y fútil fundamento para especie tan grave una voz vaga y el comento de unas coplas, nos creemos dispensados de hacerle los honores de una séria refutacion, y pasamos á otro argumento.

Que Pedro Bourdeilles, conocido por Brantóme, difundió las sospechas del incestuoso crímen en unas Memorias que dejó manuscritas; y que en el Diccionario de Moreri se presenta la noticia como cosa digna de crédito.— Moreri (á quien sea dicho entre paréntesis, no reconocemos por grande autoridad en estas materias), solo dice que « algunos han pretendido » que la madre de don Juan de Austria fuese su misma tia, la reina doña María, hermana de su padre. Y en cuanto á Brantóme, que tan dado fué á escudriñar la vida privada de los reyes y á presentarlos en escena menos como monarcas que como hombres, todo el mundo sabe que no pecó de escrupuloso en la relacion de sus anécdotas, y cuánto desfiguró los hechos públicos con cuentos y consejas populares. Despues de todo, ni Brantóme ni Moreri dan razones á que haya necesidad de contestar.

Con su ribete de énfasis y su tantico de retintin añade el articulista, que siempre la reina doña Maria fué muy amada de su hermano Cárlos V., y que cuando este vino á España para acabar sus dias en el retiro de Yuste, le acompañó en el viage la susodicha hermana. — Es cierto que siempre la amó mucho el emperador; pero tambien lo es que hubiera sido muy injusto en no amarla, porque la reina doña María era señora de muy gran entendimiento, y adornábanla prendas de gran valía, y habíale hecho muy importantes servicios como gobernadora de los Paises Bajos, y su consejo en las situaciones mas delicadas y en los negocios mas graves le habia sido casi siempre muy provechoso; y asi en no quererla y amarla hubiera faltado á la gratitud y á la

justicia. Tambien es cierto que acompañó á su hermano en su último viage á España; pero lo es igualmente que no fué esa sola hermana la que acompañó á Cárlos V. en su venida, sino tambien su otra hermana doña Leonor, la reina viuda de Francia. Y por cierto y verdad que ni siquiera hicieron las jornadas juntos. Y lo que el articulista omite, y nosotros añadiremos es, que á poco de estar doña María en España la reclamó con vivas instancias su sobrino Felipe II. desde Flandes, como la única cuya presencia podria conservar en buen órden y mantener en respeto aquellos estados que por tantos años y con tanta sabiduría y prudencia ella habia gobernado y dirigido; y que Cárlos V. desde Yuste la apretaba á que fuese, y que ella suplicaba encarecidamente al rey y al emperador, como la mayor gracia y merced que podrian hacerle, que la dispensasen de aquella jornada, y la dejasen en paz, «para que yo pueda salir ya, decia, de esta vida de peregrino, y entrar en cualquier reposo, despues de tantos trabajos como he pasado (1).» De manera que en vez de mostrar interés el cenobita de Yuste en retener cerca de si aquella hermana sobre cuyo amor se intenta hacer recaer sospechas de tan mala calidad, se empeñaba en alejarla allá donde creia que su asistencia continuaria siendo tan útil como habia sido al bien y conservacion de los dominios españoles.

Mas el gran fundamento de los que se inclinan á dar á don Juan de Austria un orígen incestuoso, es el testimonio de un manuscrito anónimo, titulado: *Vida secreta de Felipe II. con notas del tiempo de Felipe IV.*, que parece posee en esta corte el marqués de Pidal. En esta obra se lee lo siguiente: «No ha muchos dias que se me refirió por cierto cortesano, bien adornado de noticias, que el haber tenido el César, como hombre, cierto desliz, le hizo apetecer la soledad desde que le cometió, para poder llorarle y hacer penitencia de él. Espresárale aqui si no me lo embarazaran ciertas razones, asi de honestidad como de respeto y vasallage.» Y despues de esta picante y maliciosa reticencia pasa á asegurar que el bueno de don Juan de Austria, con ser tan perspicaz, se fué de este mundo sin haber podido saber nunca quién fuese su verdadera madre: que hasta la edad de 14 años le tuvieron engañado como á un inocente haciéndole creer que era hijo de doña Magdalena de Ulloa, muger de Luis Quijada, señor de Villagarcía, y que de los 14 á los 33 en que murió le engañaron como á un simple, persuadiéndole que su madre habia sido una señora alemana de gran linage, llamada Bárbara Blombergh; «*con que hasta los* 14 *años* (dice) *respetó por madre á una, y desde*

(1) Cartas de Cárlos V. á su hermana doña María, y de esta al emperador en 1557. Biblioteca de la Academia de la Historia, C. 107. Est. 23. y 5. Libro de cosas curiosas etc., por Antonio Cereceda.

esa edad hasta la de 33 en que murió, veneró por madre á otra, sin que ninguna le hubiese parido.» Esta farsa dice que se arregló buscando una que se prestará á pasar por madre, como quien dice, una madre alquilada ó de comedia, cuyo papel desempeñó gustosa la dicha Bárbara Blombergh. Y añade que este secreto *«le confió despues de algunos años el rey don Felipe II. á su querida hija la señora infanta Isabel Clara Eugenia. Esta señora se lo confió á su marido el archiduque Alberto, estando ya en Flandes; y este señor lo reveló á cierto confidente suyo, y por estos conductos se ha ido denunciando y conservando la tradicion en muy pocos.»* Y por último, que esto nadie lo ha impreso hasta ahora, sino el jesuita fray Famiano Estrada, que viene á decir lo mismo, segun se lo descubrió *cierto cortesano muy principal.*

Vamos á demostrar que esto, sobre no ser *vero*, ni siquiera es *bene trobatto.*

En primer lugar, hemos demostrado ya en nuestra Historia de España, *con documentos*, no anónimos, sino autógrafos y auténticos, que lo que movió á Cárlos V. á buscar la soledad de un claustro para acabar en él sus dias no fué hacer penitencia por cierto desliz (aunque suponemos que tambien la haria), sino otras causas y razones que allí se pueden ver.

En segundo lugar, deberia saber el anónimo autor de la *Vida secreta de Felipe II.* que Cárlos V. en cuanto hombre, no tuvo un desliz solo, sino que se deslizó varias veces que sepamos, sin las que acaso él sabria y nosotros no; pero si *de occultis non judicat ecclesia*, mucho menos *de occultis judicat historia.*

En tercer lugar, lo de haber trasmitido el secreto Cárlos V. á su hijo Felipe, éste á su hija Isabel Clara, ésta á su marido Alberto, éste á un confidente suyo, éste á otro amigo de su confianza, etc., etc., sin presentar una sola prueba de ello, seméjase mucho á aquel vulgarísimo juego de palabras: *Hanme dicho que tú has dicho que yo he dicho que el otro dijo*, etc. Y todo esto lo supieron el Anónimo y el Padre Estrada, el uno, *«porque se lo refirió cierto cortesano bien adornado de noticias;»* el otro, *«porque se lo descubrió cierto cortesano muy principal:»* á semejanza de lo que en nuestra época hacen siempre los noticieros, que nunca dejan de referirse *á persona bien informada y de muy buenas relaciones.*

En cuarto lugar, parécenos que no conocian demasiado á don Felipe el Taciturno los que le atribuyen la revelacion de tan delicado arcano á su hija (que no por ser hija de Felipe II. dejaba de ser muger), y el descubrimiento, no ya de una flaqueza, sino de un feísimo pecado de su padre y de su tia; y esto sin objeto, porque ni de objeto ni de resultados y consecuencias nos dicen una palabra ni el Anónimo ni el Jesuita. No; Felipe II. no obraba así; y

si asi hubiera obrado, le diríamos como el otro : « No eres Dios; te desconozco. »

En quinto lugar, la farsa de buscar una madre alquilada, y encontrar una señora de gran linage que se prestára gustosa á tomar en alquiler una maternidad (contra cuya idea deberia sublevarse, no una madre sola, como en el juicio de Salomon, sino toda madre que en algo se estimara), y eso de autorizar una dama de alto linage para que anduviera rodando su honra por los suelos de Europa y del mundo, por mas que como muger la sedujera la vanidad de pasar por madre de un hijo del gran emperador Cárlos V., necesitaba para obtener nuestro pase venir envuelto en testimonio de mas sustancia que el dicho de un quidam autor de una Vida secreta de Felipe II. con notas del tiempo de Felipe IV. Y si la dicha madre adoptiva logró representar el papel de madre de don Juan con tal perfeccion que engañára á todo el género humano por tantísimo tiempo, por Dios que aquella muger merecia bien ser la madre verdadera de don Juan de Austria.

En sesto lugar, antójasenos que el Anónimo y el Padre Estrada, en último resultado, vienen á ser una misma cosa, puesto que se nos pone en las mientes (que tampoco á nosotros nos falta nuestra racioncita de malicia) que aquel no hizo, *mutatis mutandis*, sino copiar á éste, ó éste copiar á aquel, segun quien fuese el primogénito. La misma relacion, la misma idea, y casi las mismas palabras. Y lo mas chistoso es que el buen padre de la Compañía de Jesus anduvo en esto tan flaco de memoria, que se olvidó completamente de lo que nueve páginas mas atrás habia dicho él mismo en el tono mas aseverativo : « Fué su madre (de don Juan de Austria) Bárbara Blombergh, de grande linage y no menor hermosura. Introducida esta dama para que con su canto aliviase las tristezas de Cárlos, le dió un hijo, siendo él siete años habia viudo de su muger Isabela (1).

Hasta aquí no hemos empleado sino argumentos negativos para purificar del crímen de incesto á una reina tan digna como doña María de Austria : ahora vamos á demostrar con datos históricos quién fué la verdadera madre del príncipe don Juan.

III.

La madre de don Juan de Austria fué en efecto una jóven de Ratisbona llamada Bárbara Blombergh, no de alto linage, como dice

(1) Estrada, Guerras de Flandes, Década I, lib. X, tom. I, pág. [illegible], edicion de Amberes de 1749.

el Anónimo á quien combatimos, ni tampoco una principal señora alemana, como afirma Lorenzo Vander Hammén, autor de la Historia de don Juan de Austria, á quien en general han seguido los demas historiadores; sino hija de un ciudadano particular (*bürger*), que se sostenia de su hacienda: ella era jóven, soltera y vivia en compañía de sus padres (1). Una muger anciana le sirvió de confidente y como de secretaria en sus relaciones con el emperador, y no se apartó de su lado hasta que dió á luz al que con el tiempo habia de ser honra y prez de las armas españolas: lo cual aconteció, no el año 1545, en que fijan los historiadores el nacimiento de don Juan de Austria, sino algun tiempo mas tarde, segun por irrecusables documentos tenemos averiguado (2).

Casó algun tiempo despues la jóven Bárbara con un comisario, que tenia escudo y medio diario de sueldo, el cual estuvo muchos años al servicio de S. M. y era hombre de mucha fidelidad y confianza, muy á propósito para tratar con los alemanes los negocios de la real hacienda. Llamábase Gerónimo Píramo Kegél; grande amigo de Melchor de Camargo, preboste general que fué de los estados de Flandes, y capitan de justicia de todo el ejército, á cuyos informes, que obran en nuestros archivos, debemos algunas de estas noticias. Tuvo de su marido la Bárbara Blombergh dos hijos, el menor de los cuales se ahogó en su misma casa en junio de 1569; el mayor, llamado Conrado Píramo, de edad de 14 años

(1) Archivo general de Simancas, Papeles de Estado, legajo núm. 549.

(2) En las Córtes de Toledo de 1560, en que se juró por príncipe de Asturias á don Cárlos, primogénito de Felipe II, y que originales hemos visto, se halla la cláusula siguiente: « el dicho Francisco de Eraso dijo á la Católica Real Magestad del rey don Felipe nuestro soberano señor, que sabia como el ilustrísimo don Juan de Austria no tenia la edad cumplida de los *catorce años*, y como quiera que se conocia que tenia discrecion, avilidad y entendimiento, que todavia á mayor abundamiento S. M. supliese el dicho defecto para que pudiese jurar é hacer el pleito-homenage en caso que fuese necesario, y aviéndole S. M. particularmente oido, en voz inteligible respondió y dixo, que ansi era su voluntad, no embargante las leyes destos reynos: lo qual por el dicho Ilustrísimo don Juan de Austria oido, se levantó de la dicha silla en que estaba, y fué antel dicho Reverendísimo Cardenal, é hizo otro tal juramento como el que la serenísima princesa avia hecho, y fecho se levantó, y fué antel dicho marqués de Mondejar que estaba en pie enfrente de S. M., etc. » Existe el testimonio original de estas Córtes en el archivo municipal de Leon, en cinco hojas útiles de pergamino, marca folio, refrendado por el secretario Eraso y por los escribanos mayores de córtes.

En la medalla que se acuñó para inmortalizar el glorioso triunfo de don Juan de Austria en Lepanto el año 1571, y que se conserva en el Museo Numismático de la Biblioteca Nacional de esta corte (Est. 36, caja núm. 1), se lee que tenia entonces don Juan veinte y cuatro años; JOANNES AUSTRIAE CAROLI V. FIL. ÆT. SU. ANN. XXIV.

Consta, pues, por el testimonio de las Córtes de Toledo y por la medalla de Lepanto que don Juan de Austria no nació en febrero de 1545, como hasta ahora han dicho todos los historiadores, sino mas de un año despues.

entonces, era hermoso y de grande entendimiento: á aquella temprana edad hablaba ya latin, francés, aleman y flamenco, esgrimia con destreza y danzaba con gracia (1). Ocho dias antes de la desgracia de su hijo menor habia perdido la Blombergh á su esposo, quedando pobre y con muchas deudas; con cuyo motivo escribia el duque de Alba al rey don Felipe lo siguiente:

« S. C. R. M. Havrá quince dias que murió aquí Hierónimo Píramo Quegel, que servia el oficio de comisario ordinario en estos stados, y estaba casado con su madre del señor don Juan de Austria, y desde á ocho dias se le aogó uno de dos hijos que tenia, el menor, en una fuente de su casa: queda muy pobre, con muchas deudas, aunque podrá pagar parte de algunas con la merced que V. M. le ha hecho en mandalle librar cinco mil y tantos florines; yo la he embiado á visitar, y aconsejar no disponga de sí sin avisarme primero; y cierto, siendo madre del señor don Juan y negocio ya tan público, no conviene dejalla desta manera, sin hacer alguna demostracion con ella, la qual era imposible poderse hacer en vida de su marido, y no sé si convendria mandalla ir en España, y tenerla en algun lugar como conviene questé madre de tal persona. V. M. mandará sobre esto lo que fuese servido, cuya S. C. R. persona N. S. guarde por tantos años como la christianidad lo a menester. De Brusselas á 29 de junio de MDLXIX. — S. C. R. M. — Las manos de V. M. besa su hechura y criado. M. el duque de Alba. » — Al márgen de esta carta puso el rey de su letra: « A esto tiempo ay para responder, y quando se haga á las otras cosas me lo acordad; si entretanto fuere alguno escribid al duque que no consienta que venga acá, que no convendria sino que esté allí; despues se verá si convendrá otra cosa (2). »

Poco satisfecho el duque de Alba con las instrucciones que luego recibió del rey, volvió á escribirle en 17 de noviembre: « S. C. R. M. He visto lo que V. M. me manda en su carta de 26 de setiembre, entre los otros particulares que en ella venian, de la madre del señor don Juan de Austria, y por ahora no podria resolverme á decir á V. M. lo que me parece, pero miraré mas en ello y embiaré á V. M. el parecer que me manda. No faltan hombres que querrian casarse con ella, y aun no sé si á ella le falta voluntad para hacerlo, porque le parece que aun está

(1) Sea esto dicho con permiso del reverendo Padre Estrada, que le pinta rudo, desaplicado, inhábil para las letras, y de no buenas costumbres. Dispénsenos que en este punto creamos mas al preboste Camargo, que le conoció mucho y le trató muy de cerca, y vino á España, y nos dejó esta informacion, que se halla en el Archivo de Simancas, Estado, legajo 549.

Este Conrado Píramo fué el que sin duda dió equivocadamente por hijo del emperador, Silva, en su Catálogo Real de España.

(2) Archivo de Simancas, Papeles de Estado, legajo núm. 541.

moza: yo le he embiado á decir que no trate de casarse en ninguna manera del mundo. N. S. la S. C. R. persona de V. M. guarde, etc. (1).»

En 30 de junio de 1570 escribia Felipe II, al duque de Alba desde el Escorial, encargándole viese de hacer que la madre de don Juan de Austria se estableciera en algun lugar de los Paises Bajos, sin pasar á segundas nupcias, y que le proporcionara medios de vivir correspondientes á la calidad de su persona, lo cual, añadia, tiene, y con razon, en mucho cuidado á mi hermano, y os recomiendo me deis pronto aviso de ello (2). En su virtud accedió la Blombergh, no sin alguna repugnancia, estrañando y llevando á mal que se le impusiera tal condicion, á establecerse en la ciudad de Gante, no pudiendo ir á Mons, donde el duque queria enviarla, por no saber hablar francés ni otro idioma que el suyo. Diéronsele para su servicio tres criadas, dos doncellas, dos criados y un carruage. Mas ella parece que ni arreglaba sus gastos á la subvencion que se le daba, ni guardaba todo el recogimiento y decoro que convenia á la madre de tan gran príncipe, en términos que el duque de Alba tuvo impulsos de hacerla entrar en un monasterio, y solo desistió por temor de no ser obedecido (3).

Noticioso don Juan de Austria, vencedor ya de los moriscos en aquel tiempo, de que su madre vivia con alguna mas soltura de la que su dignidad podia consentir, determinó, con aprobacion del rey su hermano, traerla á España, enviando un caballero noble para que la acompañase, pero manteniendo secreta esta resolucion hasta que allá alguna persona discreta y de confianza insinuára á su madre la conveniencia de residir cerca de donde tenia un hijo como el suyo (4). El duque de Alba, que fué á quien se encomendó esta mision, obtuvo de Bárbara Blombergh por toda respuesta, que se alegraria mucho de ver á su hijo, pero que no se sentia con vocacion de venir á España. «Este negocio, añadia el gobernador de Flandes, será difícil de arreglar, y V. M. se convenceria de ello si supiese qué cabeza tiene esta señora (5).» Así que, empeñándose el duque de Alba en persuadirla, llegó á decirle «que no se lisongeára de que la habria de engañar; que sabia muy bien cómo se encerraba en España á las mugeres, y

(1) Archivo de Simancas, legajo citado.

(2) Archivo de Simancas, Estado, legajo 544.

(3) Carta del duque al rey desde Anveres, á 9 de octubre de 1570. — Archivo de Simancas, Estado, legajo 545.

(4) Carta del Rey Felipe II. al duque de Alba, de Madrid, 2 de febrero, 1571. — Archivo de Simancas, Estado, legajo 547.

(5) Carta del duque de Alba al rey, de Bruselas, 24 de marzo, 1571. — Archivo de Simancas, Estado, legajo, 546.

que no vendria aunque la hicieran pedazos. » V. M. me ordenará sobre esto, añadia el duque de Alba, lo que estime convenir : temo que se vuelva á casar, y darle dinero es arrojarlo al rio, porque en dos dias : « *lo tiene banqueteado,* » esto es, gastado en banquetes y festines (1).

En efecto, en 24 de setiembre de 1571 el secretario Albornoz remitia desde Bruselas al secretario Gabriel de Zayas, para que lo pusiera en manos del rey, un estado de los gastos de la madre de don Juan de Austria, con quien decia que pasaba mil trabajos, porque era la persona mas terca que habia conocido en su vida, y que no veia mas medio para trasportarla á España que llevarla engañada hasta Amberes y embarcarla allí para Zelanda. Segun aquel estado, la madre de don Juan tenia á su servicio una dueña y seis mugeres mas, un mayordomo, un capellan, un despensero y otros cuatro sirvientes. Los salarios de toda esta servidumbre ascendian á 1226 libras anuales, y el gasto de mesa y el de la educacion de su hijo Conrado consumian 4,100 libras. Seguia el menage de la casa, los caballos para el coche, etc. (2). Creemos supérfluo aglomerar mas correspondencia en este mismo sentido.

Últimamente, traida á España y establecida en San Cebrian de Mazote, siete leguas de Valladolid, el rey Felipe II, hizo merced á Madama Bárbara Blombergh, como entónces se la nombraba, de 3,000 ducados anuales por real cédula del tenor siguiente : « El REY. — Nuestros contadores mayores, sabed, que yo he hecho merced á Madama Bárbara Blombergh, madre del Illmo. don Juan de Austria, nuestro muy caro y muy amado hermano, que haya gloria (3), para su gasto y entretenimiento, de 3,000 ducados en cada un año, de que ha de comenzar á gozar desde el dia de la fecha de esta nuestra cédula, los quales se le han de librar por una libranza de tres en tres años en el crecimiento de nuestras alcabalas de la villa de San Cebrian de Mazote, y en los lugares mas cercanos á la dicha villa que hobiere, donde los cobre á sus tiempos. Por ende yo vos mando que libreis desde luego á la dicha Madama Bárbara Blombergh los dichos 3,000 ducados en cada un año, librándoselos de tres en tres años en el crecimiento de nuestras alcabalas de San Cebrian de Mazote y lugares mas cercanos á ella donde cupieren, para que se le paguen en cada un año para los tercios del año de cuatro en cuatro meses para el dicho su entretenimiento, de que ha de comenzar á gozar desde el dia de la fecha desta nuestra cédula en adelante en cada un año durante su vida, para lo qual le dareis las cartas de libra-

(1) El duque de Alba al rey, desde Bruselas, 7 de mayo, 1571, ibid.
(2) Archivo de Simancas, Estado, legajo 546.
(3) Habia muerto en octubre de 1578.

miento y otras provisiones que fueren necesarias, solamente en virtud de esta mi cédula, sin lo llevar por ello derechos algunos, ni le descontar el diezmo que pertenece á la chancillería que yo he de haber segun la ordenanza, que yo lo tengo así por bien, y os relevo de qualquier cargo ó culpa que por ello os pueda ser imputada. Fecha en San Lorenzo á 9 de agosto de 1579 años. YO EL REY. — Por mandado de S. M. Pèdro de Escobedo (1).

O este asignado no se pagaba con regularidad, ó la madre del esclarecido príncipe seguia siendo tan manirota en España como en Flandes, ó acaso sucedia lo uno y lo otro; puesto que nos hallamos con un memorial suyo, original, que á los tres años dirigió al rey, en que le decia: « S. C. R. M. Vuestra Magestad me hizo merced por su cédula real para mi entretenimiento de por vida en cada un año 3,000 ducados librados en las rentas de V. M. en la villa de Valladolid pagados de cuatro en cuatro meses por los tercios del año. Acabóse el libramiento el año pasado de ochenta y uno. Suplico humildemente á V. M., pues yo no tengo otra cosa para mi entretenimiento en estos reinos de V. M., y en los de Flandes haber perdido mi bien y hacienda, mande se me dé el dicho libramiento y se me pague dia adiado. B. L. R. P. y M. de V. M. — Bárbara Blombergh. — En el respaldo hay el decreto siguiente: « Que se le libren por otros tres años con la cortapisa y fée de vida. »

En otra cédula que se espidió para que le pagasen 1,155,000 maravedís que habia de haber en los años 82 al 84, hay una nota marginal que dice: « En Madrid á 21 dias del mes de hebrero del año de 583 se dió otra libranza por partida con la cortapisa ordinaria, y en ella se desconteron 30,820 que monta la rata de los diez dias de la baja del mes de octubre del año de 582, para que del cargo dél se paguen otros tantos menos en virtud della (2). »

Continuaron las libranzas sin interrupcion hasta el trienio de 1594 al 96, de cuyo tiempo se halla otro memorial de la Blombergh concebido en los términos siguientes: « Señor: Madama de Blombergh, madre del serenísimo don Juan d'Austria, que sancta gloria aya, dice; que por saber el celo christiano que V. M. tiene en procurar que con brevedad se paguen las deudas del dicho don Juan y se cumplan sus legados y mandas, no a ymportunado á V. M. tan á menudo como su necesidad lo pide, y porque si alguna persona á quien V. M. a encargado esto tiene algun descuido, suplica umildemente á V. M. le haga merced de mandar questo se haga luego, y la hacienda que sobrare, cum-

(1) Archivo de Simancas, Contaduría de Mercedes, legajo núm. 97.
(2) Este mismo descuento se hizo aquel año á todos los que percibian sueldo, mercedes ó pensiones de mrs. de la corona. Son los diez dias que hubo menos aquel año á consecuencia de la reforma.

plido lo susodicho, *se le mande dar como á madre y heredera de sus bienes*, que en ello hará V. M. gran servicio á Dios, y á la alma del difunto mucha lismosna y á la dicha Madama gran merced, en que dende luego, cumplido lo arriba dicho, se servirá mandarlo proveer así. — *Bárbara Blombergh.*» Al respaldo del memorial se lee: «A 26 de junio de 1595. Al secretario Francisco Gonzalez. — Que se dé noticia á S. M. de lo que pide (1).»

Dejamos á la consideracion del lector discreto el juzgar si una muger estrangera, que no hubiese sido la verdadera y reconocida madre del hermano del rey, se atreveria á reclamar, y si un monarca del temple de Felipe II. consentiria que le reclamase, en calidad de madre y heredera, los bienes de un príncipe como don Juan de Austria. Y de intento tambien hemos copiado este segundo memorial (que original hemos tenido en nuestras manos) de Bárbara Blombergh en 1595, para que se vea cuán lejos estaba esta señora de haber muerto el año 1562, como se lee en uno de los artículos que nos han dado ocasion á ilustrar este punto.

Ella murió sin duda en el mismo año que el rey don Felipe II. (1598), en la villa de Colindres, jurisdiccion de Laredo en la provincia de Santander, donde se trasladó desde San Cebrian de Mazote, segun se deduce del siguiente documento (á que se respondia ya en 1599), que es un memorial de su testamentario, el cual nos informa al propio tiempo del lugar en que fué enterrada. «Señor. Agustin de Alvarado, testamentario que quedó de Madama madre del señor don Juan, dice : que la dicha Madama murió el año pasado, y por el testamento que hizo deja ordenado que su cuerpo sea sepultado en el convento de la villa Descalante de frailes franciscos, donde manda que esté hasta que V. M. le haga merced de mandar honrar sus huesos con mandar hacer un entierro en el dicho convento, donde dexa ordenado por su testamento; y ansi mismo suplica á V. M. le haga merced en mandar fundar una memoria de una misa rezada cada dia por su alma, que por morir tan pobre como murió, por haber acudido al remedio de su hijo, no dexa con que hacer memoria alguna por su alma, ni á sus criados, por deber algunas deudas. — Y pues con su muerte vacaron los tres mil ducados que S. M. le hacia merced de juro de por vida que se le daban cada año, suplica á S. M. mande se vea el testamento de la dicha Madama, y que se dé la cantidad del dinero que fuere necesario para fundar la misa perpétua, y hacerle su entierro segun la calidad de su persona, y por madre de tan gran príncipe, que en ello recibirá merced. — Y estas cosas que son del servicio de Dios, V. M. le haga

(1) Archivo de Simancas, Descargos de personas reales, núm. 142 antiguo.

esta merced, que para ello será menester cuatro mil ducados, ó lo que V. M. mandare (1). »

Debajo de este memorial, y de diferente letra y tinta, se lee: « Está depositado en el convento de Anó (2), y manda por su testamento se aga el entierro en el convento de la villa de Laredo.

IV.

Creemos haber hecho bastante con seguir hasta el sepulcro á esta afortunada y desgraciada señora: afortunada en haber llevado en su seno y dado al mundo uno de los mas escelentes y preclaros príncipes que el mundo ha tenido; y desgraciada en no haber podido tener el santo orgullo de decorar el tierno título de madre con el timbre mas puro y mas glorioso, el de la virtud y de la legitimidad.

Creemos tambien haber llenado nuestro fin, que mas que el de esclarecer un punto histórico, ha sido el de purificar con la ablucion de documentos autógrafos á una reina tan digna como doña María de Austria y á un monarca tan grande como Carlos V, de la abominable mancha de incesto con que la malicia humana habia querido mancillarlos. Un solo sacramento histórico nos ha faltado, á saber, la partida de bautismo de don Juan de Austria, que confesamos no haber hallado hasta la presente. Mas si este instrumento pareciese (dado que hubiera existido), y viniera á nuestras manos, y copiado le diéramos á la estampa, la malicia humana que inventó haberse comprado ó alquilado por dinero un título de madre, papel difícil de representar por muy largos años, mejor diria, puesta á decir, haberse comprado una fé de bautismo, papel menos difícil de falsificar.

Creemos, pues, últimamente, que bastará lo espuesto para que el lector, al menos el que no esté dotado de escesiva dosis de malicia humana, pueda juzgar *quién fué la verdadera madre de don Juan de Austria.*

(1) Archivo de Simancas; Descargos; legajo citado.

(2) San Sebastian de Anó, convento de franciscanos recoletos en el término jurisdiccional de la villa de Escalante.

El que se fie del padre Estrada, difícilmente podrá saber donde residió esta señora, pues en lugar de la villa de *San Cebrian de Mazote*, dice que vivió en *el Real convento de San Cypriano en Mazota*, y que despues se trasladó á *Caredo*, por *Laredo*; y tampoco fué á Laredo, sino á Colindres.

DON JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

CRÍTICA LITERARIA.

Romancero general ó coleccion de romances anteriores al siglo XVIII, recogidos, ordenados, clasificados y anotados por don Agustin Duran.

No sabemos si se nos tachará de llegar un poco tarde al exámen y juicio de esta obra. Han pasado, en verdad, algunos meses desde que vió la luz pública, y ha sido ya analizada y encomiada en diferentes periódicos. Si en efecto se nos hiciese aquel cargo, confesamos que nada tendríamos que responder. Sírvanos de pobre y menguada excusa la preocupacion política de nuestro tiempo, que apenas nos da lugar para fijarnos alguna vez en los asuntos literarios; sírvanos el hacer observar que la crítica, rebajada á la parte inferior de los periódicos, aun se ve disputar continuamente ese modesto asilo, ora por el artículo editorial que desborda hasta llenarlo todo, ora por la novela de Dumas, arte bastardo, literatura al vapor de nuestro siglo XIX.

Y por cierto que es una mala vergüenza el que suceda así, especialmente cuando se trata de verdaderos tesoros de nuestra literatura nacional, como lo son en general los *romances*, y en particular las colecciones de estos mismos, ordenadas por el tan laborioso como modesto escritor cuyo libro tenemos á la vista.

El *romance* es la genuina poesía, la poesía nacional de los españoles. Ella sola no nació entre nosotros de la imitacion de las escuelas, sino de la espontaneidad del pueblo; ella sola es primitiva, es universal, es gérmen de una literatura variada y completa. Unicamente con el *romance*, con *nuestro romance*, ha podido suceder en la moderna Europa lo que sucedió en la Grecia antigua con los originales cantos de los *rapsodas* atribuidos al mítico Homero, de los cuales el estudio literario resumió despues la *Iliada* y la *Odisea*, y mas adelante dedujeron Esquilo y Sófocles sus inmortales dramas.

No pensamos sostener una paradoja considerando de esta suerte al *romance*. La verdadera crítica, que despuntó á fines del siglo último, y que se elevó tanto en los primeros años del presente, ha hecho comunes estas ideas, arrancando aquellas producciones de nuestro ingenio á la desdeñada oscuridad en que se encontra-

ban, y haciendo ver todo lo que habia de poético y aun de histórico en esos millares de leyendas, tratadas libre y espontáneamente de la oriental fecundidad de nuestro espíritu.

Desde entonces se estimaron otra vez los antiguos *romanceros*, olvidados por las clases eruditas durante todo el tiempo de nuestra decadencia; y se formaron otros, con mas ó menos amplitud, con mas ó menos gusto, pero que indicaban siempre el nuevo giro de los estudios y de la crítica, el aprecio debido y racional en que se volvia á tener esa rama de literatura española.

No es del caso examinar comparativamente tales libros, todos los cuales han tenido en la ocasion su respectivo mérito, todos los cuales han servido y sirven para el monumento nacional que levanta el siglo presente en honra de los siglos anteriores. Obras de la laboriosidad y del estudio, sin pretensiones de invencion ni de produccion propia, estaria muy mal á los que no tenemos erudicion ni paciencia para hacerlas el considerarlas con un prisma hostil, y el afanarnos por encontrar en ellas este descuido ó la otra falta. Las colecciones de ese género, al menos cuando solo son tales colecciones, no se pueden criticar como obras de invencion ó de doctrina; la única crítica aceptable, siempre que de ellas se trata, es publicar otras que las eclipsen y las hagan caer justamente en el olvido.

No creemos, sin embargo, incurrir en ningun desacierto señalando á las colecciones del señor Duran el puesto mas elevado entre las de la presente época, y proclamándolas como la única obra de este género que satisface sus necesidades y llena la idea de lo que debe ser en el dia un *romancero español*. No creemos ser mas que justos, repitiendo la voz universal que les atribuye este mérito, y que las ha señalado, en España y fuera de España, como libros de los mas estimables é interesantes en el tesoro y en la historia de nuestra literatura.

Saben sin duda nuestros lectores que no es esta la primera vez en que publica su romancero el señor Duran, y conocen precisamente que su primera edicion, impresa hace veinte años, mereció de los hombres entendidos el juicio que acaba de expresarse. Pues bien, esta segunda cuenta para el propio éxito con todos los elementos de la primera, mas el estudio de esos veinte años, continuo, incesante, como de un hombre que ha encontrado su vocacion, y encariñado con ella, está resuelto á no abandonarla; como de un hombre que se propuso acabar una tarea sola, y ha permanecido inmóbil en medio de todos los vaivenes de nuestra edad, llevando á cabo aquella primitiva intencion de que ha hecho su ley y su destino.

El espectáculo que nos presentan semejante resolucion y semejante constancia, es tanto mas apreciable y seductor para noso-

tros, cuanto es mas raro y poco comun en los momentos actuales. Encontrábasele con frecuencia en los pasados siglos, épocas de recogimiento y de quietud; y eran sus naturales consecuencias esos gigantescos trabajos que llenan las bibliotecas, y que aturden al contemplarlos las mas osadas imaginaciones. Pero nada está al mismo tiempo en menos armonía con el rápido movimiento de nuestro siglo, con la enciclopédica y superficial educacion en que se nos amamanta, con las ambiciosas pasiones de todo género que forma nuestra vida presente. Cuando no hay cosa que no creamos saber, cuando no hay algo en este mundo que no nos creamos capaces de ser y de intentar, es punto menos que inconcebible esa aplicacion constante á un objeto solo, y esa tenacidad heróica para llevarlo á término, ligando con él la propia existencia, y haciéndole el solo espíritu de una vida de muchos años.

Respetemos pues y admiremos, ya que nos sentimos incapaces de seguirlos, á los pocos varones eminentes que comprenden de ese modo su mision en este mundo; y que, preciso es confesarlo, dejarán en él alguna mas perdurable memoria que los que escribimos artículos de periódico, aunque sean de estos que se llaman de crítica, y en los cuales juzgamos á esos propios escritores que no sabemos igualar.

A la clase de estos, segun decíamos, ha correspondido y corresponde el señor Duran, el colector de este *romancero*. Seducido desde su juventud por el amor á la literatura verdaderamente española, concentró en ella y en su estudio todo el saber de una educacion esmerada y toda la viveza de un entendimiento activo, ingenioso, casi diríamos sutil. Con sacrificios y con paciencia inagotables llegó á ser su biblioteca quizá la primera que hay entre nosotros, respectivamente á los géneros que componen esta; y, consagrándose á su exámen con una asiduidad que no han podido hacer ni las cuestiones políticas, ni las necesidades de otra especie, lo ha proseguido por dilatados años, añadiendo cada dia conocimientos á sus conocimientos, y poniéndose en disposicion, no de darnos una coleccion mas sencilla ó descarnada como tantas de las antiguas, sino una obra en la que el buen gusto, la sana crítica, las indicaciones históricas y estéticas, perfeccionasen de todo punto el material trabajo de una abundantísima compilacion. Hé aquí lo que desde luego fué la primitiva edicion del *romancero* de que hablamos; hé aquí lo que es esta segunda, mucho mas abundante, mucho mas completa que aquella.

El tomo primero, único que hasta ahora se ha publicado (grueso libro de setecientas páginas, á dos columnas), comprende en primer lugar varios prólogos y observaciones del autor, en los que se resume y encierra el espíritu, la educacion, la verdadera esencia de sus estudios en este género de literatura. Solo despues

de tal introduccion, que llena bien casi un centenar de grandes y compactas páginas, de las que muchas son completamente nuevas, se pasa á insertar una curiosísima noticia de impresos antiguos que se han tenido presentes para la obra, verdadero tesoro bibliográfico, que bastaria solo para asentar la reputacion de cualquier erudito, y á dar, en fin, la coleccion de los mismos *romances*, ordenados y clasificados segun la teoría de aquella introduccion propia, y con una abundancia, y una perfeccion, y una especial y acertada crítica, que revela á cada paso el firme juicio y el gusto verdaderamente intachable del colector.

Pero detengámonos un instante á hablar de esos prólogos, pues aquí es donde encontramos á este con mas facilidad, en su individualidad propia.

Crítico, historiador, filósofo, hombre de vastos y seguros conocimientos, investigador paciente, atrevido sustentador, muchas veces de nuevas, pero siempre de ingeniosas opiniones, muéstrase en ellos el señor Duran con tanta originalidad y valentía, como le conocimos todos desde su aparicion en la esfera literaria, cuando contribuyó uno de los primeros á conmover las ideas facticias del siglo XVIII, y á señalarnos, á los que entonces éramos niños, los buenos modelos de carácter puramente nacional, que nos debian servir en el estudio de las bellas letras. El señor Duran ha permanecido, y se ostenta hoy, cual entonces se presentó, español antes que todo, promovedor de tendencias españolas, apóstol de la Escuela nacional, malamente perdida hace 150 años, y que, no enteramente falta de brillo y de robustez, vemos, á lo que parece, renacer en estos instantes. Si de tal literatura como la que el señor Duran predicaba, y que muchos jóvenes de esclarecido ingenio profesan, no se han escrito aun ningunos elementos doctrinales, no diremos nosotros que estos prólogos puedan completamente suplirlos; pero decimos sí, que será necesario tenerlos presentes cuando se escriban, y que el fondo de la teoría allí bosquejada habia de constituir una gran parte de esa nueva y filosófica obra, que tanto reclama la sociedad que ya formamos en estos momentos.

Despues de mediar el siglo XVIII (dice en uno de sus prólogos el señor Duran) fué moda en Europa, y mas en España, despreciar la patria literatura, sin haber estudiado y conocido la buena de nuestros antepasados. Haciase en vano glorioso alarde de preferir lo estraño á lo propio, y se tenia por ignorante y bárbaro al que dudaba de la infalibilidad de los novadores. Cundió y debió cundir el contagio, porque era mas fácil ser eco de los pretendidos críticos, que estudiar bien lo antiguo para crear sobre ellos, porque era mas cómodo traducir que inventar; porque costaba menos imitar lo hecho que reformar lo pasado, y conformarlo á las va-

riaciones que debia tener. En tal situacion, apenas hubo quien saliese al encuentro de tan estraviadas ideas, siquiera para discutirlas. Perdido así el buen camino, nos quedamos reducidos á ser debilitados ecos de lo que era bueno y acomodado á los paises donde nació, mas que entre nosotros no podia producir creaciones espontáneas ni vivificador entusiasmo. Nos sucedió lo que á aquel que escribe en papel rayado, cuya letra aunque bella y acabada, siempre carece de soltura y elegancia, y jamás tiene el carácter de originalidad.

« Tambien participé (continúa) del mismo error general; tambien sacrifiqué en el altar de la moda al temor de que se me hubiese por necio y ridículo; tambien tuve la audacia de reprobar lo que me era poco conocido, y de despreciar en público lo que en secreto admiraba; pero llegó el tiempo de madurez y reflexion, y conocí que la red que circuia al ingenio nacional, era muy estrecha, y que la tierra ansiaba recibir en su seno la semilla de buenas y liberales doctrinas, para que brotase briosa y fecunda. Mi único mérito en este caso fué conocer que era llegada la hora de la emancipacion literaria, el de atreverme á romper la primera malla de la red, que la impedia, y en fin, el de arrojar en el suelo, ya preparado, la semilla que debia brotar. Apenas entonces teníamos un crítico que osase defender nuestra antigua literatura, considerándola en sí misma, y como medio necesario para recuperar la perdida originalidad ó independencia que debiera nacer de la union de lo pasado con lo presente; apenas uno que pensase en deducir de ella una teoría racional que la diese unidad filosófica; apenas uno que quisiera presentarla bajo el aspecto de espontánea belleza que la caracteriza. El mas arrojado no era bastante audaz para defenderla en su propio terreno, y se contentaba con colocarla en el lecho de Procusto; y haciendo salvedades tímidas y concesiones importunas, la queria ajustar á un cuadro mezquino é incapaz de contener las nobles y grandiosas dimensiones del verdadero ingenio español y de su nacionalidad; deseoso de escluir tan falsos medios de defensa, sustituyéndoles los verdaderos y fundados en altas y extensas consideraciones filosóficas, y ansiando rescatar los grandes yerros que cometí por obedecer una incalificable moda, publiqué un opúsculo sobre el drama español antiguo, varios artículos de crítica escritos en el mismo sentido, y el discurso preliminar al *Romancero de caballerescos* é históricos; los cuales ensayos, buenos ó malos como son, dieron á la crítica un nuevo giro, y la sacaron del camino empírico y estrecho que tomó al mediar el siglo XVIII.

. . . .

» El resultado que mis tareas por su oportunidad alcanzaron me animó á combinarlas. A ello he sacrificado una carrera pú-

blica, con que me brindaba mi posicion social. Reducido á voluntaria oscuridad, sin ambicion de ninguna clase, el poco renombre adquirido y la posicion que ocupo, debidos son á estas tareas, que aunque constantes y continuadas, no me han impedido cultivar otros estudios mas serios, ni contribuir á la propagacion de aquellas doctrinas generosas que emancipan el pensamiento, ordenan las ideas, ensalzan la humanidad y levantan el corazon y el ingenio á grandes cosas. »

Ni podemos ni tenemos necesidad de copiar mas. Por lo dicho puede juzgarse al hombre y al libro; por lo dicho se ve que es necesario guardar al uno un lugar preferente en nuestra estimacion, y al otro un no menos preferente lugar en nuestra biblioteca.

En cuanto á la segunda y principal parte del propio libro, á la coleccion de los romances en sí misma, solo diremos que comprende novecientos diez y siete, de las clases ó categorias de *moriscos, caballerescos ó históricos*. Los primeros están divididos por el colector en *romances sueltos*, *romances que forman novelas*, *romances moriscos satíricos* y *romances imitando á moriscos*, como los del forzado de Dragut y otros.

Los segundos, *caballerescos*, están de la misma suerte compartidos en seis secciones. Corresponden á la primera los *sueltos*, como en el órden anterior; á la segunda, los de las *Crónicas galesas*, como son los del caballero del Febo y Amadís de Gaula; á la tercera, los de las *Crónicas bretonas*; á la cuarta, los de las *Crónicas carlovingias*; á la quinta, los tomados de poemas italianos; y á la sexta, en fin, los *doctrinales*, *satíricos* y *burlescos*. Los terceros, por último, es á saber los *históricos* se dividen tambien en grupos semejantes para ordenarlos con la posible claridad. Allí se encuentran los tocantes á la *Historia sagrada*, desde la creacion del mundo hasta la toma de Jerusalen por Tito; los de los *tiempos mitológicos* y *heróicos de Grécia* y *Roma*; los de la *historia* verdadera de *Grecia* y *Asia*; los de la *historia romana*, desde sus primeros reyes hasta el Bajo Imperio; los de nuestros *Reyes godos*, de *don Rodrigo*, de *don Pelayo* y sus sucesores del *cerco de Zamora*, de *Alfonso VI*, de *doña Urraca*, y sobre todo de los famosísimos del *Cid*, epopeya capital, por no decir única, de la literatura española, y que se puede colocar sin desventaja al lado de cualquiera otra, ora de las épocas primitivas, ora de las épocas de estudio, de crítica y de imitacion.

Con lo que acabamos de apuntar tan brevemente como nos es forzoso en un artículo de esta clase, puede al menos haberse formado una idea del libro á que en él nos vamos refiriendo. Apreciarle estensa y completamente, fuera un empeño superior á lo que se puede hacer en este diario. Basta á nuestro objeto el ci-

tarle con el elogio que merece, calificándolo con exactitud siquiera sea en las cortas columnas que teníamos para tal propósito. Basta con que la crítica que á él se consagra, tardía y ligera, como tiene que ser, sea imparcial, sea razonada, sea justa, como nos lisonjeamos de que hallarán la nuestra los que echen una ojeada sobre la obra á que la aplicamos. Seguro es para nosotros que la idea, que el sentimiento universal que ha de inspirar su lectura, es un deseo vivísimo de que se complete cuanto antes esta Coleccion, poniéndose así al alcance de todo el mundo lo que tanto valor y tanto mérito posee entre los tesoros de nuestra literatura nacional.

DON ANTONIO MARÍA SEGOVIA.

LOS AFICIONADOS.

(Boceto de un cuadro de costumbres.)

Todo el dia de hoy ando en busca del *Curioso parlante* (1), y no he podido dar con él. Quiero pedirle un favor, ó mas bien hacerle un encargo; y ustedes (2) que deben de conocerle, pues yo sé que los conoce á ustedes perfectamente, me harian la merced de contarle mi cuita, tal como aquí en breves razones voy á referirla.

Es el caso, amadísimos oyentes, que ayer, dia de miércoles para toda la cristiandad, fué martes para mí solo: quiero decir que fué dia aciago, infausto y de mala ventura, porque salí de casa por la mañana, y así como suele acontecer topar uno tras cada esquina un jorobado, ó un noticiero, ó uno de estos que piden prestado hasta que se cobren los atrasos (que es letra pagadera en el valle de Josafat), ó una pobre vergonzante, viuda de un coronel, ó en fin cualquiera otra alimaña molesta y enfadosa, yo fuí tropezando en toda mi triste carrera con una cáfila de *aficionados*, linaje de gente mucho mas perjudicial á la república que los gitanos y los eruditos á la violeta, mas digna del último suplicio que los malos traductores y los salteadores de camino;

(1) El Sor. Mesonero *Romanos*.
(2) Este artículo fué leido en el Liceo por su autor.

hombres precitos *ab initio* y enviados plenipotenciarios de Satanás para echarlo á perder todo en este mundo miserable. Estos son, sí señores, estos son los *aficionados*, que nada hacen por principios ni rectamente y de todo pringan, y todo lo estropean, y todo lo profanan: estos son los que yo quiero recomendar á la pluma satírica del señor *Curioso*, para que así á su modo y con aquella agri-dulce gracia que Dios le dió, me los saque en su panorama matritense á la pública vergüenza.

Y porque vea él, y vean ustedes y vea todo el mundo que no sin razon me exalto, seguiré mi historia de lo ocurrido ayer.

Salí, como digo, de mi casa para la de un don Trifon Acebo de la Sierra, á quien desde Jaen me encargaban que visitase para cierto asunto. Abrió la puerta él mismo, y me encontré con un hombre de cuarenta años, despeluznado y sucio; vestia sobre una camisa no muy blanca una levitilla de cúbica no muy negra; pantalon naturalmente sostenido sobre las caderas en ausencia de los tirantes, ocultando con profusos y no muy artísticos pliegues el lugar que debieran ocupar las medias, y dejando ver unos pantuflos que empezaron á despellejarse el mismo dia en que murió por *primera vez* el señor don Fernando VII. — Anuncié mi embajada y de parte de quién venia, lo cual oido por don Trifon, con entrambas manos agarró la derecha mia, y sobándómela, y estrujándomela, me hizo saltar las lágrimas porque las tales manos mas parecian forradas de lija, que de cutis ó piel humana. Con este agasajo me llevó á las piezas de adentro, diciendo que queria tratarme con franqueza: yo me dejé guiar; y fuimos por una escalera camino de una buhardilla. Subíamos un escalon y subió un grado de Reaumur la temperatura; así llegamos á los veinte y dos escalones, entre tanto que él me iba preparando para entrar en *su taller*, « porque ha de saber usted (añadió), que el haberme hallado así en este traje, y todo lleno de virutas, serrín y manchas de cola, es á causa de que soy un tanto aficionado á trabajar de ebanista. » ¡Aficionado! dije para mí: ¡Dios nos asista! Llegamos al estrellado taller, y el buen Acebo de la Sierra, poniendo boca abajo un cajon viejo de cigarros, me convidó á que tomase sobre él asiento, repitiendo muchas veces que me colocase con toda holgura y comodidad, ó hiciese cuenta que estaba en mi propia casa: ilusion imposible para quien usa sentarse en blando y habitar en estancias menos calurosas. Quise entonces hablar de mi asunto y despachar, pero don Trifon me interrumpió para enseñarme las primorosas obras de sus manos. « Vea usted, mi amigo (me decia), aquí estoy empleado ahora en hacer estas frioleras, » y me enseñó un gran cajon de pino blanco sin tapa, destinado á poner la provision de salvado para las gallinas, una percha y un mango de martillo. « No es esto solo, añadió; aquí

tiene usted una jaula, que por dejarla acabada el jueves no fuí á la oficina, y es para el canario de mi mujer. ¿Qué le parece á usted? » — Perfectamente (dije yo); y sobre todo es de admirar esa prodigiosa variedad de distancias que hay entre unos y otros alambres, como tambien el sutil ingenio con que ha ocultado usted la portezuela por donde haya de entrar el pájaro de la señora. — ¡Qué dice usted! (esclamó), y acompañando este grito con una interjeccion muy de ebanista: « Soy un borrico (añadió), que no me he acordado de ponerle puerta á la maldita jaula. » Con todo eso (le dije yo) el mérito de la obra queda en su punto, sin que baste á menoscabarle un olvido tan natural como lo fué el del arquitecto que dejó sin escalera la casa de correos.

Dióle consuelo la comparacion, y luego siguió enseñándome una mesa de caoba á la cual habia puesto un pié de nogal pintado, un comedero de palomas en que habia transformado la caja de un estuche inglés, y otras preciosidades por el mismo estilo. Ya cansado de examinar tan estraño conservatorio, pregunté dónde ó cómo habia aprendido el oficio. — « No le he aprendido (contestó); si es todo de pura aficion. » — ¿Y cuáles maderas prefiere usted entre las que produce España por sus calidades? « De eso no estoy enterado (dijo) porque no me he dedicado á la farmacia. » — Y de los tornos modernos ¿cuál es el que usted usa? — « El del tornero de la esquina (replicó), que es á quien le mando hacer lo que en ese ramo se me ofrece. » — ¿Y no le fatiga á usted tanto trabajo corporal? « Yo le diré á usted (repuso), lo que es aserrar y cosa de azuela, mazo y escoplo se lo dejo á un oficial que traigo aquí algunas semanas, que es el que me cepilla las tablas, el que me hace las ensambladuras y tal cual otra cosilla, porque me escarmenté el año pasado de haberme herido este dedo, y del que tuvieron que hacerme la amputacion; pero, lo que es manejar las barrenas, poner la cola, clavar los clavos, etc., todo eso lo hago yo solo y de aficion. » — Aquí suspendí mis preguntas escandalizado, y empeñando á mi don Trifon en que habláramos del objeto de la visita, le dejé á pocos minutos, con ánimo resuelto de no poner otra vez los pies en su taller.

Meditando por la calle sobre el tal *aficionado* no reparé en un conocido que se me puso delante, hasta que enlazándome el brazo con aire satisfecho: « Ven, Estudiante (me dijo), ven á mi casa, y verás qué ganga he logrado anoche; ya sabes que soy aficionado á la pintura. » — ¡Cero y van dos! (murmuré entre dientes) y me dejé arrastrar por el nuevo tonti-loco.

— « ¡Ochocientos reales en una prendería del Rastro! exclamaba quitando el polvo á un lienzo todo roido de ratones; ¡mira, mira qué alhaja! un retrato de Carlos IV original de don Juan de Juanes. » — ¿Qué estás diciendo, hombre? interrumpí; ¿no ves que

es un horroroso anacronismo? Si Juan de Juanes murió muchos años antes que naciese S. M. Ahora me haces caer en ello, contestó él imperturbable, pero será de algun discípulo suyo, porque á tiro de cañon se echa de ver que es de Escuela flamenca. — Ya escampa, dije para mi capote, este menguado no tiene cura. — En seguida descubrió su caballete, preguntando si para ser de mano de aficionado había visto cosa mejor que aquella vista de la Suiza. — Del arte no entiendo, pero si creo que no hace muy buen papel el mar en un pais de Suiza. — Es para mayor adorno, contestó. — Y aquellas cabras, añadí, ¿nó son un poco grandes en comparacion de los árboles inmediatos? — « No son cabras, dijo, es una vacada. » — En oyendo esto saqué el reloj, y sin mirar siquiera la hora que apuntaba dije que era tardísimo para mis quehaceres. Despedíme; de un salto me puse en la calle, y de otros dos en casa de la Marquesita de...., en fin, de una Marquesita.

¡Y luego estrañarán ustedes mis lamentos! — ¿Quién me querrá creer que allí tambien me esperaban, no uno sino ocho ó diez (¡Dios los confunda!) *aficionados?* Estos lo eran, á la música y tenian cercado el piano y todo inundado de papeles, libretos, cuadernos, cajas, cuerdas é instrumentos. La Marquesita me instó á que me sentase, y no bien lo habia hecho cuando el que estaba al piano rompió en tales y tan estrepitosos preludios, que hizo saltar tres cuerdas y desafinó mas de treinta; despues de lo cual dieron principio á cantar un duo de bajos de Marino Jaliero. Las voces eran broncas y destempladas, el estilo pésimo, la vocalizacion oscura y pronunciaban mal el italiano, ninguno entraba á tiempo, y los dos salian por donde podian, los cuales defectos trataba de enmendar el acompañante haciendo grandes gestos y contorsiones, y marcando el compás sobre los pedales con los tacones de las botas. Acabaron con el duo y con nuestra paciencia, y yo me dí á desearles el trágico fin del veneciano Jaliero. Pues no quedó aquí, sino que todavia me espetaron un cuarteto con obligado de flauta, que puso en vergonzosa fuga á todos los ratones del barrio, y unas variaciones de violin que me hicieron recordar los retortijones y calambres con que entra el cólera-morbo.

Harto de *aficionados*, lleno de bilis, irritado, sofocado, me marché de allí á un café por anegar mi mal humor en una buena limonada; y allí, señores, allí... junto á la mesa coja, la copilla de barro, el mozo sucio, el limon amargo y la cerveza de Santa Bárbara... allí estaba esperándome como en acecho el peor, el mas cruel, el mas fiero de todos los aficionados..... Un aficionado á la poesía. — « Amigo mio, me dijo ciñéndome con sus brazos como un fantasma de Walter Scott, quiero consultar con usted una composicion que pienso leer en el Liceo, si me admiten. » —

Pues entonces, repliqué, si se ha de leer en el Liceo y yo he de oirle, no me prive usted, amigo, del placer de la sorpresa. — « Es que quiero oir su voto de usted. » — Es que usted no necesita de mi voto, y yo tengo hecho voto de cuando me piden tales votos abstenerme siempre de votar. — « Pero en fin, repuso él, es cosa corta. » — Y no hubo arbitrio : desarrolló su cartapacio y comenzó de esta suerte con tono sepulcral.

« EL INFIERNO. »

— ¡ Jesus, grité : ¡ qué asunto tan horroroso! ¿No podríamos dejar ahora... Mas él nó oia ya, ni veia ni entendia, y siguió gritendo y diciendo así :

¡ Mansion horrorosa, de eterna fatiga,
De eterno martirio, de eterno tormento,
De pena terrible, de atroz sentimiento!...
¡ Yo invoco tu nombre! ¡ Oh horrible mansion!
Envidio tu fuego, tus ascuas ardientes,
Tu pez, tu alcrebite, tus duras cadenas,
Tus ayes, tus llantos, tus hórridas penas,
Y de hondos aullidos el áspero son.

« ¿Qué tal? » me dijo. — ¡ Bravo! respondí; y él prosiguió :

En esa caldera de Pédro Botero,
Donde en plomo hirviente cien mil seres baña
Y ves abrasarse sus tripas y entrañas,
De muy buena gana me bañara yo.
Que menos tormento sería á mi alma
Que no el ver ajena la mujer maldita,
La infiel, la traidora, la puerca de Rita
Que antiyer me amaba, y ayer se casó.

« Esto hará efecto, » decia él. — Y mucho, respondia yo. Y él siguió de esta suerte, variando de metro :

Esa Rita
Que yo viera
Cuando era
Colegial,
Y me hablaba
(¡ Cosa cierta!)
Fuer la puerta
Del corral;

Esa Rita
Que me amaba
Y juraba
Eterna fe,
Se ha casado
Sin rebozo
Con un mozo
De café.

— El mozo en esto hubo de creer que le llamaban, y se acercó; yo le pagué y me escurrí chiticallando, dejando absorto en su lectura á mi poeta, quien al salir yo comenzaba la serie de las indispensables quintillas con estas tres :

Que es infierno el padecer,
Y el padecer es amar;
Y entre amar y aborrecer

Mil veces se suele ver
Aborrecer y olvidar.
Por eso en el sentimiento
De mi amor horrible y tierno,
Prefiero al padecimiento
De un instante de tormento
Todo un siglo del infierno.
Por eso el infierno á mí
No me causa asombro, no,
Que el que mas padece allí
No sufriera estar aquí
Amando como amo yo.

Ahora, bien, señores : ¿no es verdad que no hay peor peste que la de estos hombres, que nada estudian, que nada saben, que nada profesan, y que no pueden por lo tanto hacer cosa alguna á derechas? ¿Qué pena merecen estos pícaros de *aficionados*, como ellos se llaman á sí mismos, confundiendo la sencilla ó loable *aficion* á las artes, á las letras, á las ciencias, con la necia presuncion de cultivarlas y poseerlas? Díganme ustedes qué pena merecen y que me la impongan á mí luego, luego, por *aficionado*...... á escribir artículos de costumbres.

DON JAIME BALMES.

Naturaleza y nombre del Protestantismo.

Existe en medio de las naciones civilizadas un hecho muy grave, por la naturaleza de las materias sobre que versa, muy trascendental, por la muchedumbre, variedad é importancia de las relaciones que abarca; interesante en extremo, por estar enlazado con los principales acontecimientos de la historia moderna : este hecho es el Protestantismo.

Ruidoso en su orígen, llamó desde luego la atencion de la Europa entera, sembrando en unas partes la alarma, y excitando en otras las mas vivas simpatías; rápido en su desarrollo, no dió lugar siquiera á que sus adversarios pudiesen ahogarle en su cuna; y al contar muy poco tiempo desde su aparicion, ya dejaba apenas esperanza de que pudiera ser atajado en su incremento, ni detenido en su marcha. Engreido con las consideraciones y miramientos, tomaba bríos su osadía y se acrecentaba su pujanza; exasperado con las medidas coercitivas, ó las resistia abiertamente, ó se replegaba y concentraba para empezar de nuevo sus ataques con mas furiosa violencia; y de la misma discusion, de las mismas investigaciones críticas, de todo aquel aparato

erudito y científico que se desplegó para defenderle ó combatirle, de todo se servia como de vehículo para propagar su espíritu y difundir sus máximas. Creando nuevos y pingües intereses, se halló escudado por protectores poderosos; mientras convidando con los mas vivos alicientes todo linaje de pasiones, las levantaba en su favor poniéndolas en la combustion mas espantosa. Echaba mano alternativamente de la astucia ó de la fuerza, de la seduccion ó de la violencia, segun á ello se brindaban las varias ocasiones y circunstancias; y empeñado en abrirse paso en todas direcciones, ó rompiendo las barreras ó salvándolas, no paraba hasta alcanzar en los paises que iba ocupando, el arraigo que necesitaba para asegurarse estabilidad y duracion. Logrólo así en efecto; y á mas de los vastos establecimientos que adquirió y conserva todavía en Europa, fué llevado en seguida á otras partes del mundo é inoculado en las venas de pueblos sencillos é incautos.

Para apreciar en su justo valor un hecho, para abarcar cumplidamente sus relaciones, deslindándolas como sea menester, señalando á cada una su lugar é indicando su mayor ó menor importancia, es necesario examinar si seria dable descubrir el principio constitutivo del hecho; ó al menos si se puede notar algun rasgo característico, que pintado por decirlo así en su fisonomía, nos revele su íntima naturaleza. Difícil tarea por cierto al tratar de hechos de tal género y tamaño como es el que nos ocupa, ya por la variedad de los aspectos que se ofrecen, ya por la muchedumbre de relaciones que se cruzan y enmarañan. En tales materias, amontónanse con el tiempo un gran número de opiniones, que como es natural han buscado todos sus argumentos para apoyarse; y así se encuentra el observador con tantos y tan varios objetos, que se ofusca, se abruma y se confunde: y si se empeña en mudar de lugar por colocarse en un punto de vista mas á propósito, halla esparcidos por el suelo tanta abundancia de materiales, que le obstruyen el paso; ó cubriendo el verdadero camino, le extravian en su marcha.

Con solo dar una mirada al Protestantismo, ora se le considere en su estado actual, ora en las varias faces de su historia, siéntese desde luego la suma dificultad de encontrar en él nada de constante, nada que pueda señalarse como su principio constitutivo; porque incierto en sus creencias, las modifica de continuo, y las varía de mil maneras; vago en sus miras, fluctuante en sus deseos, ensaya todas las formas, tantea todos los caminos; y sin que alcance jamás una existencia bien determinada, sigue siempre con paso mal seguro nuevos rumbos, no logrando otro resultado que enredarse en mas intrincados laberintos.

Los controversistas católicos le han perseguido y acosado en

todas direcciones; pero si les preguntais con qué resultado, os dirán que han tenido que habérselas con un nuevo Proteo, que próximo á recibir un golpe le eludia, cambiando de forma. Y en efecto, si se quiere atacar al Protestantismo en sus doctrinas, no se sabe á dónde dirigirse; porque no se sabe nunca cuáles son estas, y aun él propio lo ignora; pudiendo decirse que bajo este aspecto el Protestantismo es invulnerable, porque invulnerable es lo que carece de cuerpo. Esta es la razon de no haberse encontrado arma mas á propósito para combatirle que la empleada por el ilustre obispo de Meaux: *tú varías, y lo que varía no es la verdad.* Arma muy temida por el Protestantismo, y por cierto digna de serlo; pues que todas las transformaciones que se empleen para eludir su golpe, solo sirven para hacerle mas certero y mas recio. ¡Qué pensamiento tan cabal el de ese grande hombre! el solo título de la obra debió hacer temblar á los protestantes: *es la historia de las variaciones;* y una historia de variaciones es la historia del error.

Esta variedad que no debe mirarse como estraña en el Protestantismo, antes sí como natural y muy propia, al paso que nos indica que él no está en posesion de la verdad, nos revela tambien que el principio que le mueve y le agita, no es un principio de vida, sino un elemento disolvente. Hasta ahora siempre se le ha pedido en vano que asentase en alguna parte el pié, y presentase un cuerpo uniforme y compacto; y en vano será tambien pedírselo en adelante: porque vano es pedir asiento fijo á lo que está fluctuando en la vaguedad de los aires; y mal puede formarse un cuerpo compacto por medio de un elemento, que tiende de continuo á separar las partes, disminuyendo siempre su afinidad, y comunicándoles vivas fuerzas para repelerse y rechazarse. Bien se deja entender que estoy hablando del *exámen privado en materias de fe;* ya sea que para el fallo se cuente con la sola luz de la razon, ó con particulares inspiraciones del cielo. Si algo puede encontrarse de constante en el Protestantismo, es este espíritu de exámen; es el sustituir á la autoridad pública y legítima el dictámen privado: esto se encuentra siempre junto al Protestantismo, mejor diremos en lo mas íntimo de su seno; este es el único punto de contacto de todos los protestantes, el fundamento de su semejanza; y es bien notable que se verifica todo esto á veces sin su designio, á veces contra su espresa voluntad. Pésimo y funesto como es semejante principio, si al menos los corifeos del Protestantismo le hubieran proclamado como seña de combate, apoyándole empero siempre con su doctrina y sosteniéndole con su conducta, hubieran sido consecuentes en el error; y al verlos caer de precipicio en precipicio, se habria conocido que era efecto de un mal sistema, pero

que bueno ó malo, era al menos un sistema. Pero ni esto siquiera; y examinando las palabras y hechos de los primeros novadores, se nota que si bien echaron mano de ese funesto principio, fué para resistir á la autoridad que los estrechaba; pero por lo demás nunca pensaron en establecerle completamente. Trataron sí de derribar la autoridad legítima, pero con el fin de usurpar ellos el mando: es decir que siguieron la conducta de los revolucionarios de todas clases, tiempos y paises: quieren echar al suelo el poder existente para colocarse ellos en su lugar. Nadie ignora hasta qué punto llevaba Lutero su frenética intolerancia; no pudiendo sufrir ni en sus discípulos, ni en los demás, la menor contradiccion á cuanto le pluguiese establecer, sin entregarse á los mas locos arrebatos, sin permitirse los mas soeces dicterios. Enrique VIII, el fundador en Inglaterra de lo que se llama *independencia del pensamiento*, enviaba al cadalso á cuantos no pensaban como él; y á instancias de Calvino fué quemado vivo en Ginebra Miguel Servet.

Llamo tan particularmente la atencion sobre este punto, porque me parece muy importante el hacerlo; el hombre es muy orgulloso, y al oir que se deja como sentado que los novadores del siglo XVI proclamaron la *independencia del pensamiento*, seria posible que algunos incautos tomaran por aquellos corifeos un secreto interés, mirando sus violentas peroratas como la espresion de un arranque generoso, y contemplando sus esfuerzos como dirigidos á la vindicacion de los derechos del entendimiento. Sépase pues para no olvidarse jamás, que aquellos hombres proclamaban el principio del *libre exámen*, solo para escudarse contra la legítima autoridad; pero que en seguida trataban de imponer á los demás el yugo de las doctrinas que ellos se habian forjado. Se proponian destruir la autoridad emanada de Dios, y sobre las ruinas de ella establecer la suya propia. Doloroso es el verse precisado á presentar las pruebas de esta asercion; no porque si se quiere echar mano de las mas seguras é incontestables, hay que recordar palabras y hechos, que si bien cubren de oprobio á los fundadores del Protestantismo, tampoco es grato el traerlos á la memoria; porque al pronunciar tales cargos la frente se ruboriza, y al consignarlos en un escrito parece que el papel se mancha.

Mirado en globo el Protestantismo solo se descubre en él un informe conjunto de innumerables sectas, todas discordes entre sí, y acordes solo en un punto: *en protestar contra la autoridad de la Iglesia*. Esta es la causa de que solo se oigan entre ellas nombres particulares y exclusivos, por lo comun solo derivados del fundador de la secta; y que por mas esfuerzos que hayan hecho, no han alcanzado jamás á darse un nombre general, es-

presivo al mismo tiempo de una idea positiva; de suerte que hasta ahora solo se denominan á la manera de las sectas filosóficas. Luteranos, calvanistas, zuinglianos, anglicanos, socinianos, arminianos, anabaptistas y la interminable cadena que podria recordar, son nombres que muestran plenamente la estrechez y mezquindad del círculo en que se encierran sus sectas; y basta pronunciarlos para notar que no hay en ellos nada de general, nada de grande. A quien conozca medianamente la religion cristiana, parece que esto deberia bastarle para convencerse que estas sectas no son verdaderamente cristianas; pero lo singular, lo mas notable, es lo que ha sucedido con respecto á encontrar un nombre general. Recorred su historia, y veréis que tantea varios, pero ninguno le cuadrá, encerrándose en ellos algo de positivo, algo de cristiano; pero al ensayar uno como recogido al acaso en la Dieta de Spira, uno que en sí propio lleva su condenacion, porque repugna al orígen, al espíritu, á las máximas, á la historia entera de la religion cristiana; un nombre que nada espresa de unidad, ni de union, es decir, nada de aquello que es inseparable del nombre cristiano, un nombre que no envuelve ninguna idea positiva, que nada esplica, nada determina : al ensayar este, se le ha ajustado perfectamente, todo el mundo se lo ha adjudicado por unanimidad, por aclamacion; y es porque era el suyo. *Protestantismo.*

En el vago espacio señalado por este nombre todas las sectas se acomodan, todos los errores tienen cabida : negad con los luteranos el libre albedrío, renovad con los arminianos los errores de Pelagio, admitid la presencia real con unos, desechalda luego con los zuinglianos y calvinistas; si quereis negad con los socinianos la divinidad de Jesucristo, adherios á los episcopales ó á los puritanos, dáos si os viniere en gana á las estravagancias de los cuákeros, todo esto nada importa : no dejais por ello de ser protestante, porque todavía *protestais* contra la autoridad de la Iglesia. Es ese un espacio tan anchuroso del que apenas podréis salir por grandes que sean vuestros estravíos : es todo el vasto terreno que descubris en saliendo fuera de las puertas de la Ciudad Santa.

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

I.

Nadie pase sin hablar al portero, ó los viajeros en Vitoria.

¿Porqué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comision; en España parece que la toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de parar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino. ¿El hecho es, que desde Paris á Madrid no habia ántes mas inconveniente que vencer que 565 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero héte aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de Paris á Madrid, como si dijéramos estorbando, y héte que esclaman : — Pues qué, ¿no hay mas que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia : todo el que viene entra; pero hácia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amaneció en Vitoria y en Álava uno de los primeros dias del corriente, y amanecia poco mas ó menos como en los demás paises del mundo; es decir, que se empezaba á ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carrera de Francia la precipitada carrera de algun carruaje procedente de la vecina nacion. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto este en su capa, y aquel en su capote, venian dentro. El primero hacia castillos en España, el segundo los hacia en el aire, porque venian echando cuentas acerca del dia y hora en que llegar debian á la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vacas). Llegó el veloz carruaje á las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la órden de detener á los ilusos viajeros — ¡Hola! ¡eh! dijo la voz, nadie pase. — ¡Nadie pase! repitió el español. — *¿Son ladrones?* dijo el francés. — No Señor, repuso el español asomándose, *son de la aduana.* Pero ¿cual fué su admiracion cuando sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista

sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metía? Dudoso todavía el viajero estendia la vista por el horizonte por ver si descubria alguno del resguardo; pero solo vió otro padre al lado y otro mas allá, y ciento mas, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo. — ¡Santo Dios! esclamó: ¡cochero! este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traido usted al yermo ó á España? — Señor, dijo el cochero, si Álava está en España, en España debemos estar. — Vaya, poca conversacion, dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros: conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero. — ¡Con usted, padre! ¿Y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allí aquí maldito si tuvimos ocasion de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras. — Calle, dijo el padre, y mejor para su alma. En nombre del Padre, y del Hijo.... — ¡Ay Dios mio! esclamó el viajero, erizados los cabellos, que han creido en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran. — Y del Espíritu Santo, prosiguió el padre, apéense y hablaremos. — Aquí empezaron á aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Carlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendia á todo esto el francés del diálogo; pero bien presumia que podia ser nogocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés á los padres interrogadores: — ¡Caspita! dijo en su lengua, que no sé cómo lo dijo, ¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos están, y qué bien portados! Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés. — ¡Contrabando! clamó el uno; contrabando, clamó el otro; y contrabando fué repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sarten puesta á la lumbre, álzase el líquido hervidor, y bulle y salta, y levanta llama, y chilla y chisporrotea y cae en el hogar y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansando junto al rescoldo dormia, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó y quemó, y se espeluznó y chilló la retahila de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del estranjero desdichado.

— Mejor es ahorcarte, decia uno, y servia el español al francés de truchiman. — ¡Cómo ha de ser mejor! esclamaba el infeliz. — Conforme, reponia uno, veremos. — ¿Qué hemos de ver, clamaba otra voz, sino que es francés?

Calmóse en fin la zalagarda; metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creia que soñaba y que luchaba con

una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caido en poder de osos, ó en el pais de los caballos ó Honinhoins, como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche, y botellas repartidas aqui y allí, como suelen verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. ¡Ya se ve! era la intendencia. Dos monacillos hacian en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristan, que debia de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecia sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacian cruces como si vieran al diablo. Allá, en bufete un padre mas reverendo que los demás, comenzó á interrogar á los recien llegados.

— ¿Quién es usted? le dijo al francés. El francés callado, que no entendia. Pidiósele entonces el pasaporte.

— ¡Pues francés! dijo el padre, ¿quién ha dado este pasaporte?

— S. M. Luis Felipe, rey de los franceses.

— ¿Quién es ese rey? Nosotros no conocemos á la Francia, ni á ese D. Luis. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted, añadió entre dientes, si no habrá algun sacerdote en todo Paris que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen ahora con papeles mojados!!!

— ¿A qué viene usted?

— A estudiar este hermoso pais, contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

— ¿A estudiar? ¿eh? Apunte usted, secretario: estas gentes vienen á estudiar: me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño...

— ¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues..... *Recherches sur*... al sur ¿eh? este *Recherches* será algun autor de marina: algun herejote. Vayan los libros á la lumbre. ¿Qué mas? ¡Ah! una partida de relojes; á ver... London... ese será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

— Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

— *De comiso*, dijo el padre, y al decir *de comiso*, cada circunstante cogió un reloj, y metióselo en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegase mas pronto la del refectorio.

— Pero Señor, dijo el francés, yo no los traia para usted...

— Pues nosotros los tomamos para nosotros.

—¿Está prohibido en España el saber la hora que es? preguntó el francés al español.

— Calle, dijo el padre, si no quiere que se le exorcice, y aquí le echó la bendicion por si acaso. Aturdido estaba el francés, y mas aturdido el español.

Habíanle entretanto desvalijado á este dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con mas de tres mil reales que en él traia.

— ¿Y usted, señor de acá? le preguntaron de allí á poco ¿qué es? ¿quién es?

— Soy español y me llamo don Juan Fernandez.

— Para servir á Dios, dijo el padre.

— Y á S. M. la reina nuestra señora, añadió muy complacido y satisfecho el español.

— A la cárcel, gritó una voz; á la cárcel, gritaron mil.

— Pero señor, ¿porqué?

— ¿No sabe usted, señor revolucionario, que aqui no hay mas reina que el señor don Carlos V, que felizmente gobierna la monarquía sin oposicion ninguna?

— ¡Ah! yo no sabia...

— Pues sépalo, y confiéselo, y...

— Sé y confieso, y... dijo él amedrentado dando diente con diente...

— ¿Y qué pasaporte trae? Tambien francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¡Qué de prisa han vivido estas gentes!

— ¿Pues no es el año en que estamos? ¡Pese á mí! dijo Fernandez, que estaba ya á punto de volverse loco.

— En Vitoria, dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa, estamos en el año 1°. de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

— ¡Santo Dios! ¿en el año 1°. de la cristiandad? ¿con que todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? esclamó para sí el español. ¡Puès vive Dios que esto va largo!

— Aquí se acabó de convencer, asi como el francés, de que se habia vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio á todos los santos del Paraíso.

— Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidiéronse por dejar pasar á los viajeros : no dice la historia porqué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocian á Luis Felipe, ni le reconocerian jamás, podria occurrir que quisiera Luis Felipe venir á reconocerlos á ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con sus pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Dijoles, pues, el que hacia cabeza sin tenerla: Supuesto que ustedes van á la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Álava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia. El gobierno de esta gran nacion no quiere detener á nadie, pero les daremos pasaportes válidos; estendiéronseles en seguida un pasaporte en la forma siguiente:



AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD.

Nos Fr. Pedro Gimenez Vaca. — Concedo libre y seguro pasaporte á don Juan Fernandez, de profesion, católico, apostólico y romano, que pasa á la villa revolucionaria de Madrid á diligencias propias: deja asegurada su conducta de catolicismo.

Yo además que soy padre Intendente, habilitado por la junta suprema de Vitoria, en nombre de S. M. el emperador Carlos V, y el padre Administrador de Correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo á su modo, y el padre capitan del resguardo, y el padre gobierno que está allí durmiendo en aquel rincon, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar á nadie, tome usted, señor Fernandez, sus tres mil reales en esas doce onzas de oro, que es cuenta cabal, y se las dió el padre efectivamente.

Tomó Fernandez las doce onzas, y no estrañó que en un pais donde cada 1833 años no hacen mas que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida del padre Prior, y del desgobernador gobierno que dormia, llegó la mala de Francia, y en espurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nacion poderosa y monástica ocupada á la salida de entrambos viajeros, que hácia Madrid se venian, no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, ó si habian muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contarón en llegando á la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí *nadie pasa sin hablar al portero.*

II.

La vida de Madrid.

Muchas cosas me admiran en este mundo; esto prueba que mi alma debe pertenecer á la clase vulgar, al justo medio de las almas; solo á las muy superiores, ó á las muy estúpidas les es dado no admirarse de nada. Para aquellas no hay cosa que valga algo, para estas no hay cosa que valga nada. Colocada la mia á igual distancia de las unas y de las otras, confieso que vivo todo de admiracion, y estoy tanto mas distante de ellas cuanto menos concibo que se pueda vivir sin admirar. Cuando en un dia de esos, en que un insomnio prolongado, ó un contratiempo de la víspera preparan al hombre á la meditacion, me paro á considerar el destino del mundo; cuando me veo rodando dentro de él con mis semejantes por los espacios imaginarios, sin que sepa nadie para qué ni á dónde; cuando veo nacer á todos para morir, y morir solo por haber nacido; cuando veo la verdad igualmente distante de todos los puntos del orbe, donde se la anda buscando, y la felicidad siempre en casa del vecino á juicio de cada uno; cuando reflexiono que no se le ve el fin á este cuadrado halagüeño, que segun todas las probabilidades tampoco tuvo principio; cuando pregunto á todos y me responde cada cual quejándose de su suerte; cuando contemplo que la vida es un amasijo de contradiciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos, me admiro de varias cosas. Primera, del gran poder del Ser supremo, que haciendo marchar el mundo de un modo dado, ha podido hacer que todos tengan deseos diferentes y encontrados, que no suceda mas que una sola cosa á la vez, y que todos queden descontentos. Segunda, de su gran sabiduría en hacer corta la vida. Y tercera, en fin, y de esta me asombro mas que de las otras todavía, de ese apego que todos tienen sin embargo á esta vida mala. Esto último bastaria á confundir á un ateo, si un ateo, al serlo, no diese ya claras muestras de no tener su cerebro organizado para el convencimiento, porque solo un Dios y un Dios todopoderoso podia hacer amar una cosa como la vida.

Esto, considerada la vida en general, donde quiera que la tomemos por tipo; en las naciones civilizadas, en los paises incultos, en todas partes, en fin. Porque en este punto me inclino á creer que el hombre variará de necesidades, y se colocará en una escala mas alta ó mas baja; pero en cuanto á su felicidad nada habrá adelantado. Toda la diferencia entre el hombre ilustrado y el salvaje estará en los términos de su conservacion. Lord Wel-

lington hablará de los wighs, el indio nómade hablará de las panteras; pero iguales penas le acarreará á aquel el concluir con los primeros, que á este el dar caza á las segundas. La civilizacion le hará variar al hombre de ocupaciones y de palabras; de suerte, es imposible. Nació víctima, y su verdugo le persigue enseñándole el dogal, así debajo del dorado arteson, como debajo de la rústica techumbre de ramas. Pero si se considera luego la vida de Madrid, es preciso cerrar el entendimiento á toda reflexion para desearla.

El jóven que voy á tomar por tipo (general) general, es un muchacho de regular entendimiento, pero que posee sin embargo mas doblones que ideas, lo cual no parecerá inverosímil si se atiende al modo que tiene la sabia naturaleza de distribuir sus dones. En una palabra, es rico sin ser enteramente tonto. Paseábame dias pasados con él, no precisamente porque nos estreche una grande amistad, sino porque no hay mas que dos modos de pasear, ó solo ó acompañado. La conversacion de los jóvenes mas suele pecar de indiscreta que de reservada; así fué, que á pocas preguntas y respuestas nos hallamos á la altura de lo que se llama en el mundo franqueza, sinónimo casi siempre de imprudencia. Preguntóme qué especie de vida hacia yo, y si estaba contento con ella. Por mi parte pronto hube despachado; á lo primero le contesté: « Soy periodista; paso la mayor parte del tiempo, como todo escritor público, en escribir lo que no pienso y en hacer creer á los demás lo que no creo. ¡Como solo se puede escribir alabando! Esto es, que mi vida está reducida á querer decir lo que otros no quieren oir. » A lo segundo, de si estaba contento con esta vida, le contesté, que estaba por lo menos tan resignado como lo está con irse á la gloria el que se muere. ¿Y usted? le dije. ¿Cuál es su vida en Madrid? Yo, me repuso, soy muchacho de muy regular fortuna; por consiguiente no escribo. Es decir..... escribo... ayer escribí una esquela á Borrel para que me enviase cuanto antes un pantalon de patincour que me tiene hace meses por allá. Siempre escribe uno algo. Por lo demás, le contaré á usted.

Yo no soy amigo de levantarme tarde; á veces hasta madrugo; dias hay que á las diez ya estoy en pié. Tomo té, y alguna vez chocolate; es preciso vivir con el pais. Si á esas horas ha parecido ya algun periódico, me lo entra mi criado, despues de haberle ojeado él: tiendo la vista por encima; leo los partes, que se me figura siempre haberlos leido ya; todos me suenan á lo mismo; entra otro, lo cojo, y es la segunda edicion del primero. Los periódicos son como los jóvenes de Madrid, no se diferencian sino en el nombre. Cansado estoy ya de de que me digan todas las mañanas en artículos muy graves todo lo felices

que seríamos si fuésemos libres, y lo que es preciso hacer para serlo. Tanto valdria decirle á un ciego que no hay cosa como ver.

Como á aquellas horas no tengo ganas de volverme á dormir, dejo los periódicos; me rodeo al cuello un echarque, me introduzco en un surtú, y á la calle. Doy una vuelta á la carrera de San Gerónimo, á la calle de Carretas, del Príncipe, y de la Montera; encuentro en un palmo de terreno á todos mis amigos que hacen otro tanto, me paro con todos ellos, compro cigarros en un café, saludo á alguna asomada y me vuelvo á casa á vestir.

¿Está malo el dia? el capote de barragan: á casa de la marquesa hasta las dos; á casa de la condesa hasta las tres, á tal otra casa hasta las cuatro: en todas partes voy dejando la misma conversacion; en donde entro oigo hablar mal de la casa de donde vengo, y de la otra á donde voy: esta es toda la conversacion de Madrid.

¿Está el dia regular? A la calle de la Montera. A ver á La Gallarde ó á Tomás. Dos horas, tres horas, segun. Mina, los facciosos, lo que pasan, el sufrimiento y las esperanzas.

¿Está muy bueno el dia? A caballo. De la puerta de Atocha á la de Recoletos, de la de Recoletos á la de Atocha. Andado y desandado este camino muchas veces, una vuelta á pié. A comer á Genieys, ó al Comercio: alguna vez en mi casa; las mas fuera de ella.

¿Acabé de comer? A solito. Allí dos horas, dos cigarros, y dos amigos. Se hace una segunda edicion de la conversacion de la calle de la Montera. ¡Oh! y fèlizmente esta semana no ha faltado materia. Un poco se ha ponderado, otro poco se ha... Pero en fin, en un pais donde no se hace nada, sea lícito al menos hablar.

— ¿Qué se da en el teatro? dice uno.

— Aquí, 1°. sinfonía: 2°. pieza del celébre Scribe: 3°. sinfonía: 4°. pieza nueva del fecundo Scribe: 5°. sinfonía: 6°. baile nacional: 7°. la comedia nueva en dos actos, traducida tambien del ingenioso Scribe: 8°. sinfonía: 9°....

— Basta, basta ¡ santo Dios!

— Pero, chico, ¿qué lees ahi! si ese es el Diario de ayer.

— Hombre, parece el de todos los dias.

— Sí, aquí es Guillermo hoy.

— ¿Guillermo? ¡oh si fuera ayer! ¿Y allá?

— Allá es el teatro de la Cruz. Cualquier cosa.

— A mi me toca el turno aquí. ¿Sabe usted lo que es tocar el turno?

— Si, sé, respondo á mi compañero de paseo; á mi tambien me suele tocar el turno.

— Pues bien, subo al palco un rato. Acabado el teatro, si no es noche de sociedad, al café otra vez á disputar un poco de tiempo.

al dueño. Luego á ninguna parte. Si es noche de sociedad, á vestirme; gran tualeta. A casa de B... Bonita sociedad; muy bonita. Ello sí, las mismas de la sociedad de la víspera, y del lunes, y de..... y las mismas de las visitas de la mañana, del Prado, y del teatro, y... pero lo bueno, nunca se cansa uno de verlo.

¿Y qué hace usted en la sociedad?

— Nada: entro en la sala; paso al gabinete; vuelvo á la sala; entro al ecarté; vuelvo á entrar en el écarté...

— ¿Y luego?

— Luego á casa, y ¡buenas noches!

Esta es la vida que de sí me contó mi amigo. Despues de leerla y de releerla, figurándome que no he ofendido á nadie y que á nadie retrato en ella, ó inclinándome casi á creer que por esta no tendré ningun desafío, aunque necios conozcó yo para todo, trasládola á la consideracion de los que tienen apego á la vida.

III.

La polémica literaria.

..... á Madrid la république des lettres était celle des loups, toujours armés les uns contre les autres; et livrés au mépris où ce visible acharnement les conduit, tous les insectes, les moustiques, les cousins, les critiques, les maringouins, les envieux, les feullistes, les libraires, les censeurs, et tout ce qui s'attache à la peau des malheureux gens de lettres, achevait de déchiqueter et de sucer le peu de substance qui leur restait. (Beaumarchais. Le Barbier de Séville. Act. premier.)

Muchos son los obstáculos que para escribir encuentra entre nosotros el escritor, y escritor sobre todo de costumbres que funda sus artículos en la observacion de los diversos caractéres que andan por la sociedad revueltos y desparramados: si hace un artículo malo, ¿quién es él, dicen, para hacerle bueno? Y si le hace bueno, *será traducido,* gritan á una voz sus amigos. Si huyó de ofender á nadie, son pálidos sus escritos, no hay chiste en ellos ni originalidad; si observó bien, si hizo resaltar los colores, y si logra sacar á los labios de su lector tal cual picante sonrisa, « es un payaso, » esclaman, como si el toque del escribir consistiera en escribir serio; si le ofenden los vicios, si rebosa en sus renglones la indignacion contra los necios, si los malos escritores le merecen tal cual varapalo, « es un hombre feroz, á nadie perdona. ¡Jesus! qué entrañas! » ¡Habrá pícaro que no quiera que escribamos disparates! ¿Dibujó un carácter y tomó para ello toques de este y de aquel, formando su bello ideal de las calidades de todos? ¡Qué picarillo ¡ gritan, cómo ha

puesto á don fulano? ¿Pintó un avaro como hay ciento? Pues ese es don Cosme, gritan todos, el que vive aquí á la vuelta. — Y no se desgañite para decirle al público: — « Señores: que no haya retratos personales, que no critico á uno, que critico á todos. Que no conozco siquiera á ese don Cosme. » — ¡Tiempo perdido! — Que el artículo está hecho hace dos meses, y don Cosme vino ayer. — Nada. — Que mi avaro tiene peluca y don Cosme no la gasta. — ¡Ni por esas! — Púsole peluca, dicen para desorientar; pero es él. — Que no se parece á don Cosme en nada. — No importa; es don Cosme, y se lo hacen creer todos á don Cosme por ver si don Cosme le mata; y don Cosme, que es caviloso, es el primero en decir: « ese soy yo. » Para esto de entender alusiones nadie como nosotros.

¿Consistirá esto en que los criticados que se reconocen en el cuadro de costumbres se apresuran á echar el muerto al vecino para descartarse de la parte que á ellos les toca? ¡Quién sabe! Confesemos de todos modos que es pícaro oficio el de escritor de costumbres.

Con estas reflexiones encabezamos nuestro artículo de hoy, porque, no nos perdone Dios nuestros pecados, si no creemos que antes de llegar al último renglon han de haber encontrado nuestros perspicaces lectores el original del retrato que no hacemos. Como cosa de las doce serian cuando cavilaba yo ayer acerca del modo de urdir un artículo bueno que gustase á todos los que le oyesen, y encomendábame á toda priesa, con mas fe que esperanza, á santa Rita, abogada de imposibles, para que me deparara alguna musa acomodaticia, la cual me enviase inspiraciones cortadas á medida de todo el mundo. Pedíale un modo de escribir que ni fuese serio, ni jocoso, ni general, ni personal, ni largo, ni corto, ni profundo, ni superficial, ni alusivo, ni indeterminado, ni sabio, ni ignorante, ni culto, ni trivial; una quimera, en fin, y pedíale de paso un buen original francés de donde poder robar aquellas ideas que buenamente no suelen ocurrirme, que son las mas, y una baraja completa de trasposiciones felices, de estas que el diablo mismo que las inventó no entiende, y que por consiguiente no comprometen al que las escribe... Pero estoy para mí que no debia de hacer mas caso de mis oraciones la Santa que el que hacen los cómicos de los artículos de teatros, porque ni venia musa, ni yo acertaba á escribir un mal disparate que pudiese dar contento á necios y á discretos. Mesábame las barbas, y renegaba de mi mal cortada pluma, que siempre ha de pinchar; y de mi lengua que siempre ha de maldecir, cuando un cariacontecido mozalvete con cara de literato, es decir, de envidia, se me presentó, y mirándome zaino y torcido, como quien no camina derecho, ni piensa hacer cosa buena, díjome entre uno y otro pi-

ropo, que yo eché en saco roto, como tenia que consultarme y pedirme consejos en materias graves.

Invitéle á que se sentara, lo cual hizo en la punta de una silla, como aquel que no queria abusar de mi buena crianza, poniendo su sombrero debajo de una mesa á modo de florero ó de escupidera.

— ¿Y qué es el caso? le pregunté; porque ha de advertir el lector que yo me perezco por los diálogos.

— ¡Qué ha de ser! señor Fígaro, sino que yo he puesto un artículo en un periódico, y no bien le habia leido impreso, cuando zás, ya me han contestado.

— ¡Oh! son muy bien criados los periodistas, le dije : no saben lo que es dejar á un hombre sin contestacion.

— Sí señor; pero de buenas á primeras, y sin pedirme mi parecer, dan en la flor de decirme que es mi artículo un puro disparate. Es el caso que yo tambien quiero contestar, porque ¿qué dirá el mundo, y sobre toda la Europa, si yo no contesto?

— Cierto : no se piensa en otra cosa en el dia sino en Portugal y en su artículo de usted.

— Ya se ve : y como usted entiende de achaque de contestaciones, y de cómo se lleva por aquí eso de polémica literaria, vengo á que me indique usted, sobre poco mas ó menos, cuatro consejos oportunos, de modo que la materia en cuestion se dilucide, se entere el público de quién tiene razon, y quede yo encima, que es el objeto.

— ¿Y de qué habla el artículo?

— Le diré á usted; de nada : el hecho es que en la cuestion no nos entendemos ni él ni yo, porque como la mitad de las cosas que podrian decirse en la materia, uno y otro las ignoramos, y la otra mitad no se puede decir...

— Sí... pues eso es muy fácil... ¿pero trata de...?

De tabacos, sí señor. Con que yo quisiera que usted me indicase todos los hombres que han tenido que vér con trabacos desde Nicot que los descubrió hasta Tissot, por lo menos, que está contra su uso. Con la vasta erudicion que usted me va á proporcionar yo haré trizas á mi contrario...

— ¡Ay, amigo, le interrumpí, y qué poco entiende usted de polémica literaria! En primer lugar, para disputar de una materia lo primero que usted debe procurar es ignorarla de pe á pa. ¡Qué quiere usted! así corren los tiempos. En segundo lugar ¿usted sabe quién es el autor del artículo contra usted?

¿Y qué falta hace para aclarar la cuestion al público saber quién sea el autor del artículo?

— ¡Hombre usted está en el cristus de la polémica literaria del país! ¿De dónde viene usted? usted no lee. En vez de buscar

libros que confirmen la opinion de usted, la primera diligencia que ha de hacer es saber quién es el autor del artículo contrario.

— Bueno : pues ya lo sé. Pero el caso no es ese, sino que un periódico dice que mi artículo es malo.

— Calle usted. Somos felices.

— Yo pensaba dar razones y probar...

— No señor, no prueba usted nada.

¿Usted se quiere perder? Diga usted ¿qué señas tiene el adversario de usted? ¿Es alto?

— Mucho; se pierde de vista.

¿Tendrá seis pies?

— Mas, mas... hágale usted mas favor..... pero ¿qué tiene que ver eso con la cuestion de tabacos?

— ¿No ha de tener? Empiece usted diciendo que su artículo de usted es bueno : primero porque él es alto.

— ¡Hombre!

— Calle usted! ¿Ha escrito algunas obras?

— Sí señor : en el año 97 escribió una comedia que no valia gran cosa.

— Bravo : añada usted, que usted entiende mucho de tabacos, fundado en que él hizo el año 97 una comedia...

— Pero, señor, haremos reir al público.

— No tenga usted cuidado : el público se morirá de risa, y la palestra queda por el que hace reir. ¿Qué mas tiene el adversario? ¿Tiene alguna verruga en las narices, tiene moza, debe á alguien, ha estado en la cárcel alguna vez, gasta peluca, ha tenido opinion nula?

— Algo, algo hay de eso.

— Pues bien, á él : la opinion, la verruga, duro en sus defectos. ¿Qué entenderá él de achaque de tabacos, si escribió en los periódicos de entonces, y si el año 8 jugaba á la pipirijaina ó á la pata coja?

— ¿Pero á dónde vamos á parar?...

— A la tetilla izquierda; señor : usted no se desanime : ¿le coge usted en un plagio? El testo en los hocicos, el original, y ande. ¿Sabe usted algun cuento? A contárselo.

— ¿Y si no vienen á pelo los que yo sé?

— No importa; usted hará reir, y ese es el caso. ¿Dice él que usted se equivoca una vez? Dígale usted que él se equivoca ciento, y pata. Usted es un tal, y usted es mas : este es el modo.

— Pero, señor Fígaro, ¿y dónde dejamos ya la cuestion de tabacos?

— ¿Y á usted que le importa y á nadie tampoco? Déjela usted que viaje. Por fin luego que usted haya agotado todos los re-

cursos de la personalidad, concluya usted apelando al público y diciendo que él sabrá apreciar la moderacion de usted en la cuestion presente: que se retira usted de la polémica; en primer lugar, porque ha probado suficientemente su opinion acerca de tabacos con las poderosas razones antedichas de la estatura, de la verruga, de la comedia del año 97, de las deudas y de la opinion del adversario: y en segundo lugar porque habiendo usado el contrario de mala fe, y de indecorosas personalidades (y eso dígalo usted aunque sea mentira), de que usted no se siente capaz en atencion á que usted respeta al público respetable, la polémica se ha hecho asquerosa é interminable. Aquí dice usted una gracia ó dos si puede, acerca del mayor número de suscriciones que reune el periódico en que usted escribe, que es razon concluyente, y que le piquen á usted moscas.

— Señor Fígaro, su plan será bueno; mas yo le encuentro el inconveniente de que si en un pais en que tan poco prestigio tiene la literatura y los literatos, en vez de darnos honor unos á otros nos damos mutuamente en espectáculo, derribamos nosotros mismos nuestros altares, y nos hacemos el hazmereir del público... y á mí me da vergüenza.....

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¿Ahora salimos con que usted tiene vergüenza?... y... ¡bota va! Dijéralo usted al principio. Usted es incorregible. Pues, amigo, voy á concluir: hace muchos años que ando por este mundo, y las mas de las polémicas que he visto se han decidido por ese estilo. Fuera, pues, razones, señor mio; látigo y mas látigo: no sé qué sabio ha dicho que las mas de las cuestiones son cuestiones de nombre; aquí, amigo mio, las mas son cuestiones de personas.

— Y con esto despedí á mi cliente, quien no sé si habrá aprovechado mis consejos. Una cosa tan sola le supliqué al salir por el umbral de mi puerta. — Si acaso, le dije, oye usted decir á las gentes cuando le vean por el mundo: «ahí va el cliente de Fígaro: ese es el del artículo,» — no lo creo, responda usted: el cliente de Fígaro es un ente ideal que tiene muchos retratos en esta sociedad, pero que no tiene original en ninguna.

IV.

EL TROVADOR,

Drama caballeresco, en cinco jornadas, en prosa y verso. Su autor don Antonio García Gutierrez.

Con placer cogemos la pluma para analizar esta produccion dramática, que tanto promete para lo sucesivo, en quien con ella

empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Síganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasion dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos ajenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del Trovador se ha presentado en la arena nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos; solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas *¿quién es el nuevo, quién es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores. — Soy *hijo del genio y pertenezco á la aristocracia del talento.* ¡ Orígen por cierto bien ilustre, aristocràcia que ha de arrollar al fin todas las demás!!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico ó ideal, y ha escogido por vivienda á su invencion el siglo XV; halo colocado en Aragon, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan, no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido y atinadamente desenvuelto. La accion encierra mucho interés, y este crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo no es la pasion dominante del drama el amór; otra pasion, si menos tierna, no menos terrible y poderosa, oscurece aquella. La venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasion de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulacion de tantos medios de mover; en el Trovador constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Así es que hay dos esposiciones: una enterándonos del lance concerniente á la Gitana, que constituye ella por sí sola una accion dramática, y otra poniéndonos al corriente del amór de Manrique, contrarestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces; uno que termina con la muerte de Leonor la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la Gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no menos interesantes, no menos terribles una que otra, se hallan á pesar de la duplicidad, tan perfectamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera difícil separarlas sin recíproco perjuicio; y en el teatro solo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aquí resultan necesariamente tres caractéres igualmente principales, y en resúmen ningun verdadero protagonista, por

mas que refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda este arrogarse el título de la obra esclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caractéres elegimos como mas importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor cuanto la pasion mas frenética puede inspirar á una mujer; el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece difícil que otro carácter pueda ser el principal: sin embargo la Gitana movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el mas espantosa desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasion, por el amor filial y por el interés de su causa política, no puede ser mas colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atencion del público.

¿Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo al Trovador hacen de la poca esperiencia dramática del autor : esto no es hacerle una reconvencion, porque pedirle en la primera obra lo que solo el tiempo y el uso puede dar, seria una injusticia. Ha imaginado un plan mas bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela, pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepcion demasiado amplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aquí el que muchas entradas y salidas estén poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en Palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda; su introduccion en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciera una esplicacion. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una mujer que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y mas cuando no es siquiera portadora de ninguna órden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesion lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creido necesarias hasta el dia son ridículas en el teatro, donde ningun efecto puede haber sin que se estableza un cambio de concesiones entre el poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razon de los sucesos el tiempo que deberia atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y justificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La esposicion es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama, es mas bien un prólogo; citaremos por último en apoyo de la opinion que hemos emitido acerca de la inesperiencia dramática los diálogos mismos; por mas bien escritos que estén, los en prosa semejan diálogos de novela que hubieran necesitado mas campo, y los en verso tienen un sabor en general mas lírico que dramático : el diálogo es poco cortado é interrumpido, como convendria á la rapidéz, al delirio de la pasion, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán solo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra el Trovador? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisiéramos ver el don prodigado en el siglo xv. Los caractéres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inesperiencia que hemos reprochado al autor : citaremos la linda escena que tambien remata la primera jornada, la cual reune al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concision, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho mas efecto aun es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparicion del Trovador á la vuelta de las religiosas : su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en que está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es menos de alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Igual mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado mas arriba; y en todos estos pasajes reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternuras y de dulcísima y fácil versificacion, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que habla Moratin? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta además pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer, y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta, de la cuarta, si bien tiene mas de lírico que de dramático.

Diremos en conclusion que el autor al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es mas difícil á un poeta escribir bien en prosa que en

verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene tambien su armonía peculiar; las escenas en prosa tenian el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algun tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar algun tino en la determinacion de las que habia de escribir en prosa y las que habia de versificar, pues que se entiende que no habia de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningun poeta, siempre que sean como en el Trovador, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Solo quisiéramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaria.

En cuanto á la reparticion, hala trastrocado toda en nuestro entender una antigua preocupacion de bastidores; se cree que el primer galan debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupacion que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galan, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atrás comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel *del Trovador* al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenia, como casi ningun papel tierno y amoroso. Su físico y la índole de su talento se prestan mejor á los caractéres duros y enérgicos; por tanto le hubiera convenido mas bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el *Trovador*.

Por la misma razon el papel de la Gitana ha estado mal dado. Esta era la creacion mas original, mas nueva del drama, el carácter mas difícil tambien, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodriguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, aunque hubiese estado fea y hubiese parecido vieja, si es que la señora Rodriguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay mas que decirlo; una actriz como la señora Rodriguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitamos, en fin, de nuevo al autor, y solo nos resta hacer mencion de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantóse el telon, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobacion.

En un pais donde la literatura apenas tiene mas premio que la gloria, sea ese siquiera lo mas lato posible, acostumbrémonos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera proteccion que puede dispensarle un pueblo, y esa la única tambien que no pueden los gobiernos arrebatarle.

V.

LOS AMANTES DE TERUEL,

Drama en cinco actos, en prosa y verso, por don Juan Eugenio Hartzenbusch.

Venir á aumentar el número de los vivientes, ser un hombre mas donde hay tantos hombres, oir decir de sí: es un *tal fulano*, es ser un árbol mas en una alameda. Pero pasar cinco ó seis lustros oscuro y desconocido, y llegar una noche entre otras, convocar á un pueblo, hacer tributaria su curiosidad, alzar una cortina, conmover el corazon, subyugar el juicio, hacerse aplaudir y aclamar, y oir al dia siguiente de sí mismo al pasar por una calle ó por el Prado, *aquel es el escritor de la comedia aplaudida*, eso es algo; es nacer; es devolver al autor de nuestros dias por un apellido oscuro un nombre claro; es dar alcurnia á sus ascendientes en vez de recibirla de ellos; es sobreponerse al vulgo y decirle: *me has creido tu inferior, sal de tu engaño; posea tu secreto y el de tus sensaciones; domino tu aplauso y tu admiracion, de hoy mas no estará en tu mano despreciarme, medianía; calúmniame, aborréceme, si quieres, pero alaba.* Y conseguir esto en veinte y cuatro horas, y tener mañana un nombre, una posicion, una carrera hecha en la sociedad, el que quizá no tenia ayer donde reclinar su cabeza, es algo, y prueba mucho en favor del poder del talento. Esta aristocracia es por lo menos tan buena como las demás, pues que tiene el lustre de la de la cuna, y pues que vale dinero como la de la riqueza.

El drama que motiva estas líneas tiene en nuestro pobre juicio bellezas que ponen á su autor no ya fuera de la línea del vulgo, pero que lo distinguen tambien entre escritores de nota. Sinceramente le debemos alabanza y aquí citaremos de nuevo, como otras veces hemos hecho, á los que de maldicientes nos acusan: solo se presenta el autor de « *Los amantes de Teruel*, sin pandilla literaria detrás de él, sin alta posicion que le abone, no le conocemos; pero nosotros, *mordaces* y *satíricos*, contamos á dicha hacer justicia al que se presenta reclamando nuestro fallo, con memoriales en la mano, como *Los amantes de Teruel*. Si la indignacion afila á veces nuestra pluma, corre sobre el papel mas feliz y mas ligera para alabar que para censurar.

No haremos de *Los amantes de Teruel* un análisis minucioso; vale en nuestro entender la pena de ser visto, y para quien no tenga la curiosidad de verle, ¿que interés puede ofrecer nuestro artículo?

La Historia de Isabel de Segura y de Diego Marsilla legada por la tradicion á la posteridad, y consignada en el poema y en los apuntes del escribano Yagüe, es popular, trivial casi en nuestro pais; á mas de una persona hemos oido deducir de esa trivialidad la imposibilidad de hacer con ella un buen drama. Tiempo es de alegar razones que rebatan esta opinion, puesto que nosotros no participamos de ella. El ingenio no consiste en decir cosas nuevas, maravillosas y nunca oidas, sino en eternizar, en formular las verdades mas sabias; que dos amantes se amen y muera uno por otro, es efectivamente idea tan poco nueva, que apenas hay comedia, anécdota ó cuento, cuya intriga no gire sobre la exageracion ó los escesos del amor; pero el ingenio no está en el asunto sino en el autor que le trata; si en el asunto pudiera estar, la comedia de Montalban que trata la misma tradicion hubiera sido buena, ó mala la de Hartzenbusch. Aquella es sin embargo una pobre trama salpicada de trivialidades y lugares comunes, y esta es un destello de pasion y sentimiento.

¿Qué es don Juan Tenorio, sino un disipado, seductor de mujeres, como mil se han presentado en el teatro antes y despues de *El convidado de Piedra?* Sin embargo, ¿porqué han quedado todos enterrados en la oscuridad con sus autores, y solo *El convidado de Piedra* se ha hecho europeo, universal?

¿Qué es un celoso, sino un ser comun de que hay una muestra en cada intriga amorosa, y quien cien poetas han pintado? ¿Porqué Otelo solo, porque solo el celoso de Shakespeare ha traspasado su época y su teatro?

¿Qué es el Faust de Goethe sino una idea al alcance de todo el mundo desenvuelta por un ingenio superior?

¿Qué es un loco y una manía para asombrar el mundo? Llenos están de ellos los hospitales y las novelas. ¿Porqué Cervantes solo hace llegar el suyo á la posteridad?

¿Qué dice Moliere cuando el Bourgeois *gentilhomme* cae en la cuenta de que toda su vida ha hablado prosa sin saberlo, mas que una simpleza, que parece estar al alcance de todo el que la oye, y que nadie sin embargo ha dicho sino él?

¿Quién ignora que los goces acaban la vida, y que cada deseo realizado se lleva una porcion de nuestra existencia? ¿Ha sido sin embargo lo sabido de la idea un obstáculo para que Balzac se haya coronado de gloria con la *Peau de Chagrin?*

El huevo de Colon es la parábola mas significativa de lo que hace el talento. Las verdades todas son triviales y sabidas: es fuerza saberlas decir y presentar.

No hemos querido establecer comparaciones: no son los coetáneos de una obra ni los críticos de periódicos los que pueden fijar imparcialmente el puesto que ha de ocupar en la biblioteca

de la numanidad; la posteridad sola decide, y la sucesion de los tiempos, si la obra de un ingenio está escrita en la lengua universal, y si ha de abarcar el mundo. Solo hemos querido probar que la trivialidad del asunto no es obstáculo, sino que al paso que es aumento de dificultad, es el primer síntoma de verdadero talento.

Los amantes de Teruel están escritos en general con pasion, con fuego, con verdad.

La mayor dificultad que ofrecia el asunto era esa misma publicidad, ese amor colosal que la imaginacion y la tradicion abultan hasta lo infinito. ¿Cómo persuadir al auditorio que la *Amante de Teruel* podia dar su mano á quien no fuese dueño de su corazon? Era preciso sin embargo, y no habia mas medio para eso que poner á Isabel en posicion tal, que sin menoscabarse en nada lo sublime, lo ideal de su pasion, pudiese aparecer casada, y casada voluntariamente; puede casarse quien puede morir. El autor ha evitado este escollo con raro tino, y ha encontrado el secreto de ese resorte dramático en la misma virtud, en la perfeccion misma de su protagonista inventando un episodio bellísimo en la pasion criminal de la madre de Isabel; preparada con tal discrecion que cuando el espectador la sabe, como llega á su noticia acompañada del castigo y de las angustias del delito, hace mas sublime á esa misma madre; porque la sublimidad, en el teatro sobre todo, no está en la perfeccion sin tacha, sino en la lucha de la debilidad humana y de la virtud vencedora. Rodeada Isabel por todas partes, creida de que su amante la ha faltado, cumplido el plazo, obligada por el honor y la felicidad de su madre, que es deuda en ella conservar ilesos deudora de inmensos beneficios á Azagra, en sí misma y en su familia, cede, no empero á la seduccion ó á la inconstancia, sino al deber; pero el marido que así abusa de la posicion de Isabel es un monstruo. No; porque el autor ha tenido la habilidad de pintar en él un afecto loco, y don Rodrigo no cede abusando de Isabel á un amor vulgar, sino á un sentimiento muy creible para el espectador, que ya ha hecho la concesion del amor estraordinario de Isabel y Marsilla. En la escelente escena tercera del acto cuarto el público se reconcilia completamente con Azagra, y perdona los medios en gracia de su pasion violenta y desinteresada, que se contenta con el título de esposa. De esta suerte preside al drama no la maldad, repugnante siempre cuando se presenta en las tablas fria y estéril, sino la fatalidad, la hermosura misma de Isabel, que le acarrea sus desventuras todas.

Nunca se pude decir con mas razon:
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

Y esa fatalidad que preside al drama se halla exactamente fijada en los dos versos que dice Marsilla, tan amargos y enérgicos:

> ¡Maldito el hombre que virtudes siembra
> para coger cosecha de desgracias!

Marsilla luchando á brazo partido, y solo, contra esa fatalidad, es una creacion llena de valor y de entereza. Pobre se enriquece; el amor de una mujer se atraviesa como un obstáculo insuperable á su felicidad : torna á su patria, y es despojado y detenido en el momento mas crítico de su vida por unos bandidos que no pueden comprender, cuando le roban un tesoro, que le roban el tiempo, que es para él mas que la vida; la venganza misma de esa mujer le salva, pero tarde. Isabel está casada, y él ha oido el eco de la campana que se lo anuncia; el crimen es el único recurso, y le cometerá, los hombres han sido un obstáculo, y los vencerá; un vínculo sagrado le priva de su bien. *Es sacrílego*, responde, *es injusto.*

> En presencia de Dios formado ha sido.
> — Con mi presencia queda destruido.

Sublime respuesta de la pasion, tan sublime por lo menos como el famoso *Qu'il mourût* de Corneille, porque para la pasion no hay obstáculo, no hay mundo, no hay hombres, no hay mas Dios, en fin, que ella misma. Sacrilegio sublime como el Ayax en Homero.

El autor ha sabido hacer interesantes á todos sus personajes, y esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido bien representado. El padre sacrifica á su hija á su despecho, víctima del honor bien diferente en aquel siglo del que en el dia se usa; la madre sacrifica á su hija, no ya por sí, sino para salvar la honra y la tranquilidad de su esposo; su larga espiacion lava su culpa; Isabel sacrifica su mano por salvar á su madre, en holocausto á su familia y á la gratitud : Azagra mismo y la Mora enamorada sacrifican la dicha de los amantes, porque ellos tambien aman, y amor es el sentimiento mas egoista. Si Isabel y Marsilla, solo porque aman, tienen derecho á conseguir el objeto de su pasion ante los ojos del espectador, el mismo derecho tiene Azagra y la Mora, porque tambien aman : su pasion disculpa sus acciones. Todos obran á un fin, y movidos por un resorte superior á ellos mismos. Y ese mismo amor que pudiera haber hecho dichosos á los amantes, es el único que desbarata su felicidad.

Hemos dicho que esta verdad resultaria mas palpable si el drama hubiera sido mejor ejecutado. Sí, Azagra y la Mora parecen odiosos porque no han espresado su pasion; solo esta puede

disculpar los escesos; un amor vicioso y poco violento no autoriza á nada, y si lo que Azagra y la Mora sienten no es mas que un nuevo capricho ó un empeño de amor propio, no es perdonable en ellos que perturben la dicha de dos seres que saben amar mejor que ellos. Lo decimos con sentimiento, la señora Bravo no ha desempeñado su papel con fuego, y el señor Romea, á quien tantas veces hemos alabado, y á quien quisiéramos poder alabar siempre, ha hecho el de Azagra con tibieza. ¿Habrá creido acaso que es menos brillante que el de Marsilla? Nosotros juzgamos todo lo contrario; en Azagra se ofrecia la dificultad de una lucha constante entre la generosidad y la pasion; nos parece mas fácil presentar al público un carácter de enamorado, siempre igual, siempre violento, que el de un amante despechado y no correspondido, que toma por fuerza la mano de una mujer.

Muchas bellezas del drama han pasado oscurecidas por faltas de la representacion; sin embargo, haremos la justicia de decir que el señor Latorre ha hecho esfuerzos laudables, que la señora Baux ha descubierto un celo grande, y que la actriz encargada del papel de Isabel ha merecido algunos aplausos justos.

Una de las situaciones mejor imaginadas en el drama dependia enteramente de la ejecucion: tal es el momento en que se muda la escena en el cuarto acto desde Teruel á sus inmediaciones, y en que despues de haberse oido de cerca la campana de vísperas que anuncia la boda de Isabel, vuelve á resonar á lo lejos en el bosque donde los bandidos tienen atado al infeliz amante. Es imposible además que se represente una escena peor que la han representado los tales bandidos: si no asesinan á Marsilla, asesinan por lo menos al autor y el drama.

La versificacion y el estilo nos han parecido escelentes; castizo el lenguaje y puro, y tanto en él como en la representacion y en los trajes bastante bien guardados los usos y costumbres de la época.

Hemos oido culpar de largas y lánguidas varias escenas, confesando que algunas pudieran haberse descargado un tanto; ¿se nos permitirá poner á esta crítica un reparo? En el teatro escenas cortas mal dichas, ó dichas de prisa, pueden parecer mas largas que escenas realmente largas bien dichas y pronunciadas despacio. Y esto no es una paradoja, porque lo que hace parecer larga una escena no es su dimension, sino la falta de interés; y tanto vale que no le haya, como que la torpeza de los actores se le quite, ó le oscurezca. Cuando se da á cada palabra su sentido, á cada idea su valor, encuentra el público una mina de sensaciones que le ocupan y le entretienen y hacen desaparecer el tiempo, bien así como un cuarto de hora pasado en compañía de un necio ó de una vieja regañona puede parecer un siglo al mismo hombre,

á quien se le hace corto un dia entero trascurrido al lado de su amada, ó en buena sociedad.

No quisiéramos que el autor hubiese creido necesario recargar tanto en el papel de doña Margarita las esclamaciones acerca de su delito; hubiéramos querido eliminar algunas repeticiones inútiles de la palabra *adulterio* mal sonante, sobre todo delante de Isabel; existe un pudor en el mismo corazon del culpable que le hace evitar el nombre de su falta, y en la escena en que la madre descubre la suya hubiera sido de mas efecto que la hija hubiese adivinado por medias palabras. No es lo que se dice á veces lo que hace mas efecto, sino lo que se calla ó se deja entender.

Algun otro lunar pudiéramos advertir; pero nos parece mejor dejarlo al propio discernimiento del autor, que tan bueno le manifiesta: en nuestro humilde juicio las bellezas oscurecen los defectos; nosotros animamos al poeta á proseguir la carrera que tan brillantemente empieza, no ya como jueces de su obra, sino como émulos de su mérito, como necesitados de sus producciones; y si oyese repetir á sus oidos un cargo vulgar que á los nuestros ha llegado, y que ni mentar hemos querido en este artículo, si oyese decir que el final de su obra es inverosímil, que el amor no mata á nadie, puede responder que es un hecho consignado en la historia; que los cadáveres se conservan en Teruel, y la posibilidad en los corazones sensibles; que las penas y las pasiones han llenado mas cementerios que los médicos y los necios; que el amor mata (aunque no mate á todo el mundo) como matan la ambicion y la envidia; que mas de una mala nueva al sér recibida ha matado á personas robustas, instantáneamente y como un rayo; y aun será en nuestro entender mejor que á ese cargo no responda, porque el que no lleve en su corazon la respuesta, no comprenderá ninguna. Las teorías, las doctrinas, los sistemas se esplican; los sentimientos se sienten. (*Obras completas de Figaro.*)

DON JUAN DONOSO CORTÉS.

Carta á los redactores de «*El Heraldo.*»

París, 24 de julio de 1842.

La muerte del duque de Orleans, cuyos pormenores habrán Vds. leido estensamente en todos los periódicos, ha sido la mayor de todas las desventuras para la augusta familia que ocupa el trono de julio, una catástrofe para la Francia, y un suceso de la

mas grave trascendencia para la mayor parte de las potencias de la Europa.

La mas respetada de todas las señoras, la mas popular entre todas las reinas, la mas amorosa entre todas las madres, ha perdido al hijo de su amor y de sus entrañas; el mas prevision entre todos los reyes, el mas prudente entre todos los hombres, el príncipe que siendo el mas afortunado de todos se habia precavido mas contra los golpes de la fortuna, ha visto desaparecer en un solo dia, en una sola hora, en un solo instante, y pisando ya el borde de su sepulcro, todas sus ilusiones y todas sus esperanzas; y aun así y todo, la Francia y la Europa no podrán menos de rendir un homenaje de admiracion y de respeto á la entereza de corazon, á la fortaleza de ánimo con que este desventurado príncipe mira en la tarde de su vida el eclipse de su estrella.

Si mi ánimo al dirigir á Vds. esta carta fuera describir lo que tiene de patético este grande infortunio, bosquejaria aquí el doloroso cuadro de una familia de príncipes y reyes rodeando un pobre lecho, aposentada en un pobre hogar y siguiendo paso á paso un carro fúnebre con las frentes inclinadas por el dolor, con los ojos llenos de lágrimas, con los corazones henchidos de tristeza y envueltos los piés, que no habian pisado sino alfombras, en el polvo del camino. ¡Terribles vicisitudes de las cosas humanas! ¡Ásperas mudanzas de la suerte! Ayer todo contribuia á enaltecer á los príncipes; los enaltecian con sus mercedes la fortuna, con sus adoraciones los pueblos: hoy todo contribuye á humillarlos: y no parece sino que la fortuna está vendida á las revoluciones. Pero repito que no ha sido mi ánimo, al dirigir á Vds. esta carta, entrar en consideraciones de esta especie. Otras llaman mas poderosamente mi atencion, y á ellas debo consagrar estas líneas.

La revolucion de julio estaba representada por la dinastía de Orleans, que era su hechura á un tiempo mismo y su apoyo. En vano la revolucion, frenéticamente orgullosa aquí como en todas partes, quiere hacer creer á la Europa que subsistia y subsiste por su propia virtud, y que su salvacion está confiada á sus fuerzas; la verdad es que la revolucion de julio no ha encontrado gracia á los ojos de la Europa sino á favor de su dinastía. La Europa hubiera preferido el trono legítimo: tuvo la prudencia de contentarse con un trono; pero no hubiera sido bastante resignada para ver con ojos serenos la abolicion de la monarquía, y hubiera privado á la Francia del agua y del fuego, si la Francia hubiera llevado su delirio hasta el punto de proscribir toda la raza de sus reyes. La revolucion triunfante conoció instintivamente esta verdad en el momento de su triunfo: por esta razon levantó un trono en nombre de la *necesidad* y no en nombre de sus *princi-*

pios: la idea de la monarquía no pertenece á la familia de las ideas revolucionarias; un trono es su *contradiccion* y no puede ser su *consecuencia*.

En todos tiempos, pero señaladamente desde la revolucion de julio, puede afirmarse con razon que la monarquía es la fortuna de la Francia. ¡Cosa singular! la monarquía es una necesidad tan absoluta, tan imperiosa, que hasta sus enemigos necesitan para vivir de su amparo. Las revoluciones cuando se vuelven locas la destruyen, pero se suicidan: cuando obedecen al instinto de su conservacion la aborrecen, pero la confiesan. Esa institucion sublime, sin la cual no hay libertad ni reposo en las sociedades humanas, es á un mismo tiempo la espresion mas pura del derecho y la fuente de la vida.

La muerte del duque de Orleans espone al trono de Francia á ser ocupado en breve por un niño que tiene ahora cuatro años. Las épocas de las tutorías, siempre aciagas y borrascosas aun en tiempos tranquilos y cuando la dinastía reinante ha echado hondas raices en el suelo, son doblemente aciagas y borrascosas en tiempos de turbulencias y trastornos y cuando el cetro es disputado por un pretendiente que cuenta con partidarios dentro y con simpatías en la Europa. Los trastornos y los desastres se aumentan cuando la potestad suprema está disputada por muchos pretendientes; porque entonces llama á las puertas de la sociedad con golpes redoblados, no solo la guerra, sino tambien la anarquía. Este cabalmente puede ser el resultado de la catástrofe que llora la Francia y que lamenta la Europa, y que puede desencadenar los huracanes por el mundo.

La potestad suprema en Francia está disputada por los partidarios de la legitimidad y por los de la soberanía activa del pueblo, por la revolucion y por Enrique V. Uno de aquellos príncipes que Dios da á los pueblos en el dia de su misericordia ha podido defender á la Francia por espacio de 12 años contra las pretensiones de los que quieren restaurar lo que no seria restaurado sin lágrimas, y los que quieren introducir innovaciones que no podrian introducirse sin sangre. El rey de los franceses, sabio aun entre los sabios, y previsor aun entre los mas previsores, ha llevado á cabo la empresa mas ardua entre cuantas pueden acometerse, la de gobernar á una nacion de donde han desaparecido casi de todo punto las ideas de gobierno: la de gobernarla al dia siguiente de una revolucion que dió al traste con la cosa mas santa y con el principio mas augusto, con el principio de la legitimidad y con la dinastía de sus reyes: la de gobernarla viendo al otro lado de sus fronteras alzarse en armas la Europa, y oyendo al rededor de sí el rujido de las facciones: la de gobernarla, en fin, cuando en cada casa de París habia una fábrica de una nueva

religion, de una nueva sociedad, de un nuevo gobierno. En estas circunstancias ha gobernado Luis Felipe.

Vencida la Europa con tan noble espectáculo, depuso las armas, poniendo su esperanza en su alta sabiduría y én su consumada prudencia; y en cuanto á las facciones que bramaban al rededor de la nueva dinastía, solo fueron poderosas para lanzar bramidos impotentes: un solo error grave ha cometido este príncipe; ese error ha consistido en su política respecto á nosotros. Pero la nacion española llevará hoy su parte en el duelo universal, y dará testimonio de su noble, de su sincero dolor, al ver agobiado á tan poderoso príncipe bajo el peso del mas grande infortunio.

Cuando este príncipe ya anciano descienda al sepulcro; cuando suba al trono el augusto niño á quien por herencia corresponde, y cuando la autoridad real esté ejercida por quien no la ha de ejercer ni por tiempo limitado ni en nombre propio, ¿dónde estará la mano poderosa para resistir á la revolucion en las calles y al pretendiente en las fronteras? ¿Dónde estará la mano respetada que al levantarse infunda respeto á la Europa y ponga silencio á las pasiones? Esta es la cuestion para la Francia.

Cuando llegue á faltar Luis Felipe y el Estado caiga en tutorías, ¿dónde está la prenda de estabilidad y de reposo para la Europa? ¿Quién puede decir hasta qué punto la Francia abandonada á sí misma puede alterar el equilibrio europeo? ¿Hasta qué punto puede respetar los tratados existentes? ¿Hasta qué punto puede respetar los derechos de las naciones? ¿Hasta qué punto puede aceptar los principios que hoy constituyen el derecho público de todos los pueblos? ¿Hasta qué punto puede alterar las alianzas que hoy existen? ¿Servirá de prenda de estabilidad á la Europa la instabilidad de las mayorías parlamentarias, ó acaso el resultado ciego de las urnas electorales, ó el inconstante flujo y reflujo de la opinion pública en la espantosa instabilidad de sus mudanzas y sus giros? Esta es la cuestion para el mundo.

No hay, pues, nada que estrañar en la profunda sensacion que esta catástrofe ha causado dentro y fuera de Francia; mientras que la nacion francesa arrastra lutos, al otro lado del canal y al otro lado del Rhin se descubren síntomas de dolor y sobresalto. Lo mismo, y con mas razon, sucederá á la hora en que yo escribo al otro lado del Pirineo. La Francia, en los tiempos de su declinacion como en los tiempos de su mayor pujanza y poderío, pesa mucho en la balanza y en el destino de las naciones. Justo es, pues, y natural que las naciones estén silenciosas y atentas, así cuando la Francia celebra sus alegrías, como cuando llora catástrofes y desventuras.

Mas interesada España que ninguna otra nacion en cuantas

mudanzas y trastornos pueden ocurrir en Francia, procuraré tener á Vds. al corriente, no solo de los sucesos, sino tambien del estado de los espíritus en esta nueva época que comienza con la muerte de un príncipe, y presenta todos los síntomas de los períodos críticos en la vida de las naciones. Por hoy he debido contentarme con fijar las grandes cuestiones que este acontecimiento promueve: en mi carta próxima le consideraré bajo otros y no menos interesantes aspectos.

DON PASCUAL DE GAYANGOS.

MOSSEN DIEGO DE VALERA.

Entre los escritores del siglo xv pocos habrá tan notables y tan poco conocidos como Mossen Diego de Valera. Sus obras, en su mayor parte inéditas, yacen hoy dia ignoradas, y si alguna hay impresa, no ha merecido en estos últimos tiempos los honores de la reimpresion. Y sin embargo, Valera fué uno de los que mas contribuyeron con sus escritos á ilustrar la historia de aquel siglo, ya suministrando materiales para la crónica de don Juan II, ya escribiendo la de Enrique IV cuyo doncel fuera, ya en fin compilando para la Reina Católica una *Crónica general de España* y continuándola hasta su tiempo; á parte de otros varios escritos salidos de su pluma y que le dan un puesto eminente entre los literatos de su siglo. Las noticias que de él tenemos se hallan esparcidas en sus propias obras, y aunque no tan abundantes y detalladas como seria de desear, ofrecen con todo datos suficientes para apreciar el carácter y circunstancias de un hombre que, cronista y guerrero á un tiempo, realizó en su propia persona aquel célebre dicho de su contemporáneo el marqués de Santillana, de que «la sciencia no embota el fierro de la lanza, nin face floxa el espada en la mano del caballero.»

Nació Valera en Cuenca, el año de 1412, segun él mismo lo anuncia al fin de su crónica impresa. Se ignora quiénes fueron sus padres, pero por escrituras del archivo de aquella ciudad, se sabe que descendia del regidor Juan Fernandez de Valera, uno de los caballeros á quienes el infante don Fernando de Antequera confió la guarda del bagaje y demás pertrechos que en 1407 dis-

ponia para el cerco de Setenil. A la edad de quince años, en 1427, entró á servir al rey don Juan II, quien le nombró luego doncel de su hijo y sucesor, el príncipe don Enrique. En 1431 acompañó al Rey á la vega de Granada, tomando parte en la expedicion y distinguiéndose en la batalla de la Higueruela. Tambien se halló, segun parece, en la entrada que el adelantado Diego de Ribera hizo algun tiempo despues en tierra de moros en favor del infante Benalmao contra Mohammad, el Izquierdo, rey de Granada. Vencido este y puesto en el trono su competidor, firmáronse treguas por cinco años y la guerra cesó; pero Valera, que como la mayor parte de los hidalgos y caballeros de aquel tiempo, ansiaba cobrar fama y fortuna, determinó salir de España en busca de nuevas lides y aventuras.

Ofreciásele entonces al jóven doncel ocasion oportuna de mostrar su valor y gentileza. Alberto, rey de Romanos é hijo de Sigismundo emperador de Alemania, se hallaba en lucha abierta con los partidarios de Juan Huss, cuya herejia habia de tal manera cundido por sus estados, que fué necesario todo el talento y energía de aquel príncipe para reprimir la rebelion de sus súbditos fanatizados. Algunos años antes, en 1430, habia venido á Castilla el conde Roberto de Scilly, sobrino carnal del emperador Sigismundo, siendo muy obsequiado del rey don Juan, quien le habia hecho caballero de la Escama. Mas tarde, en 1435, venia Roberto de Balsé, caballero tudesco, quien haciendo armas en Segovia con don Rodrigo Alonso Pimentel, fué vencido por éste en presencia del mismo monarca; y fué tal la afluencia de nobles extranjeros que de todas partes de Europa acudieron por aquel tiempo á la célebre romería de Santiago, que no es de estrañar se divulgase en Castilla, así la lucha empeñada por Alberto contra los herejes de Alemania, como las gracias y honores por él concedidas á los caballeros que se alistaban en sus banderas. Juan de Merlo, célebre justador y uno de los que figuraron en 1434 en el *paso honroso* de Suero de Quiñones, Fernando de Guevara, Pedro de Cartagena, hermano del obispo don Alonso, el conde don Martin Enriquez de Gijon y otros ilustres caballeros, tomaban servicio con el de Bohemia y se disponian, allí como aquí, á combatir contra los enemigos de la fe católica.

En 17 de Abril de 1436, hallándose el rey don Juan en Roa, Valera le pidió su licencia para pasar á Alemania, y servir á las órdenes de Alberto, y el Rey no solo se la concedió graciosamente, sino que le dió además cartas muy expresivas para aquel soberano, y para el Rey de Francia y Emperador de Alemania. En Francia Valera no se detuvo mas que el tiempo necesario para presentar sus cartas de recomendacion y creencia al rey Carlos VI á la sazon ocupado en el sitio de Montreaux, que al fin tomó á los

ingleses. De allí pasó á Praga en Bohemia, donde fué muy bien recibido del rey Alberto, el cual habiéndole dicho que se preparaba á atacar á los rebeldes de Tabor, le preguntó, si quería acompañarle á aquella expedicion y recibir su sueldo: á lo que el doncel con noble orgullo contestó que « él no era allí venido á ganar sueldo, mas á le servir en aquella guerra como cada uno de los continos de su casa, » respuesta que el Rey agradeció sobre manera, mandando al huésped, en cuya casa Valera se habia alojado, que le subministrase todo cuanto hubiese menester, prometiendo satisfacer el gasto de su real tesoro. Dice la crónica de don Juan II que dos dias antes que el rey marchase á la expedicion de Tabor, mandó llevar á la posada del doncel « una tienda y un chariote (ó carromato) toldado, y un caballo que lo tirase, é dos hombres que lo gouernasen y armassen la tienda, » disponiendo que se aposentasse en casa de aquel Roberto de Balsé que viniera á Castilla en 1435, y que por haber recibido singulares mercedes así del rey don Juan como de los principales señores de su corte, habia quedado en extremo aficionado y agradecido á los castellanos.

Sucedió un dia que cenando Valera con el rey Alberto y varios caballeros de su corte, entre los cuales estaba el conde de Cilique (Scilly), recayó la conversacion sobre España, y el conde dijo haber visto en Portugal en el monasterio de Batalha el pendon de Castilla colgado de una de las naves de la iglesia, el cual pendon los portugueses decian haber ganado en la batalla de Aljubarrota, y que por lo tanto era de opinion que el Rey de Castilla no podia ni debia llevar la bandera de sus armas. Valera que no entendia el aleman hubo de preguntar de qué se trataba, y habiéndole el mismo Rey explicado en latin lo que el conde decia, puso la rodilla en tierra y pidió licencia para contestarle, lo que hizo luego declarando como las armas eran de dos clases, « de linage y de dignidad, » y que estas últimas de ninguna manera podian perderse sino con el trono; ofreciendo además combatir en presencia del Rey contra cualquiera que se atreviese á afirmar lo contrario. El conde se disculpó y el lance no pasó adelante: quedando Alberto muy prendado de la discrecion y lozanía de Valera, á quien entre otras muchas mercedes concedió las órdenes del Dragon, la del Tusinique ó Tusino de Bohemia y la del Águila blanca, nombrándole además miembro de su consejo privado.

Vencidos los rebeldes en Tabor y pacificado el reino de Bohemia, Valera pidió licencia al Rey para volverse á Castilla, como lo verificó, saliendo de Praga en noviembre de 1437, y siendo portador de una carta de Alberto para don Juan II en que se mostraba muy satisfecho y agradecido á los caballeros cas-

tellanos y en especial á Valera, cuyo ardimiento en los combates y prudencia en los consejos tuvo ocasion de conocer y apreciar. La Crónica cuenta que el rey don Juan quedó tan satisfecho al oir que un doncel de su casa habia ganado prez y fama en reinos extranjeros, que le dió su divisa del collar de la Escama, que daba á muy pocos, así como el yelmo del torneo, y cien doblas para que se lo hiciese; y que mandó además que de allí adelante se llamase *Mossen* Diego.

Este dictado de *Mossen* con que nuestro cronista es generalmente conocido, equivale al *Don* castellano y parece haberse usado solamente por súbditos de las coronas de Aragon y Navarra, lo cual ha hecho presumir á algunos que Valera fué natural ú oriundo de uno de dichos reinos, ó que cuando menos tuvo algun feudo ó señorío dependiente de aquellas coronas. Ya hemos visto que Valera nació en Cuenca, y aunque nada cierto sabemos de sus padres y familia, ningun antecedente hay para suponerlos oriundos de Aragon, siendo al contrario muy probable que tuviesen su solar y orígen en Valera de Suso, antigua villa episcopal de la provincia de Cuenca. Por otra parte vemos que el dictado de *Mossen*, aunque propio de Aragon, lo usaban tambien en Navarra y aun en Castilla algunos caballeros, y sobre todo los oficiales de la casa real, como *Mossen* Cicera, maestresala del Rey Católico, *Mossen* Miguel Juan Gralla que tuvo el mismo oficio, *Mossen* Ferriol y *Mossen* Juan Sessé, sus trinchantes, *Mossen* Jaime Ferrer y *Mossen* Sorell que lo fueron del príncipe don Juan II y otros muchos que pudiéramos citar (1). La costumbre se extendió tambien segun parece á Vizcaya, pues en la misma crónica de don Juan II, se le da el dictado de *Mossen* á Juan de Amezqueta, caballero guipuzcoano, domiciliado en Londres y que en 1430 vino á Castilla con una embajada del rey Duarte (Eduardo III) de Inglaterra. En Aragon fué costumbre muy antigua llamar *Miçer* á los juristas y letrados, para distinguirlos de los nobles á quienes se aplicaba el dictado de *Mossen* (2), que mas tarde se dió á los eclesiásticos seglares. Dióse tambien en Castilla á los nobles extranjeros (3), y así es de creer que la

(1) Se nos dirá que el dictado de *Mossen* que á estos individuos dan las crónicas y relaciones del tiempo es debido á ser ellos naturales de Valencia, Aragon, Cataluña ó Navarra, como lo indican sus patronímicos ó apellidos; á esta objecion contestaremos que tambien se dió el dictado de *Mossen* á otros sugetos que conocidamente eran oriundos ó naturales de Castilla, como Pero y Diego Vaca, maestresalas del rey Católico, Juan de Angulo, Alonso de Alarcon y otros.

(2) Mossen es palabra compuesta de *Mos* abreviatura de *Monsieur* y la partícula lemosina *en*, así como *Miçer* no es más que una corrupcion del francés *Messire*.

(3) Citarémos entre otros á Juan de Fox y al conde de Armignac á quienes nuestros cronistas dan comunmente el dictado de *Mossen*.

circunstancia de haber Valera visitado varios reinos de Europa y obtenido mercedes y distinciones de sus reyes, contribuyese mas que el motivo señalado por la crónica de don Juan II á que dicho dictado se perpetuase, por decirlo así, unido á su nombre.

Como quiera que esto sea, vuelto Valera á Castilla creció mucho en el favor del Rey, á quien desde Segovia, donde á la sazon se hallaba con el príncipe don Enrique, dirigió aquella célebre carta que él mismo inserta en su *Crónica de España* y trasladó tambien á la suya Fernan Perez de Guzman: documento á todas luces notable y que revela la lealtad, discrecion, y prudencia de nuestro cronista (1). En él le exhorta á que ponga fin y remedio á los males del reino, y le aconseja que deponiendo toda parcialidad y aficion, aleje de su privanza al condestable don Alvaro de Luna, de quien ya entonces se mostraba Valera enemigo y contrario. Era esto en 1441. Dos años despues el rey don Juan le enviaba en embajada al ducado de Borgoña, á Dacia é Inglaterra, con cuyas reinas tenia próximo parentesco por medio de su madre doña Catalina de Alencastre, esposa de Enrique III. Llevó Valera en su compañía á un rey de armas llamado Castilla y á otros pajes y criados de la real casa (2), siendo muy bien recibido de aquellas princesas, de quienes obtuvo grandes mercedes, y recogiendo al paso muchas noticias que despues ingirió en sus obras. En la corte del duque de Borgoña hizo armas con Tibault de Ragemont, señor de Ruffy y Molinot, y con Jacques de Chalaux, señor de Amabila, saliendo vencedor en uno y otro encuentro, con tanta satisfaccion y contento del Duque, que le mandó dar doce tazas y dos xervillas de plata, del peso de cincuenta marcos.

Volvió Valera á Castilla en 1444 y halló al rey don Juan en Tordesillas en ocasion que los enemigos del condestable, capitaneados por el rey de Navarra y el infante don Enrique, trataban de apoderarse de su persona. Alegróse mucho el Rey con su venida, y conociendo su lealtad y amor á su servicio, determinó mandarle con una mision secreta para don Alvaro que estaba en Escalona. Algun tiempo despues (1445) y habiendo enviudado de doña María de Aragon, su primera mujer, el rey don Juan, mandó llamar á Valera que retirado del servicio residia á la sa-

(1) Segun la crónica de don Juan II (año 41 cap. IV) el Rey mandó á su relator que la leyese á los señores de su consejo, á los cuales todos pareció muy bien lo que en sustancia decia. Solo don Gutierre de Toledo, arcediano que habia sido de Guadalajara y á la sazon arzobispo de Sevilla, con palabras de soldado mas que de pastor, contestó muy enojado: « digan á Mossen Diego que nos embie gente ó dineros, que consejo no nos fallece. »

(2) Habla de este viaje en su *Tratado de las armas*, y dice que el Rey le mandó librar la paga de un año y le dió además un caballo y una ropa de veludo azul.

zon en Cuenca, y le encargó pasase secretamente á Francia, é hiciese de manera que de allá se moviese trato para su casamiento con Madama Radegonda hija de Carlos VII; pero el Condestable que sin anuencia del Rey, tenia ya concertado su casamiento con doña Isabel de Portugal, hija del infante don Juan, tuvo aviso cierto de lo que se tramaba y logró suspender la negociacion. Valera dice que con este motivo pasaron tales cosas entre el Rey y el Condestable, que quedarón ambos muy resentidos y enojados, y que desde aquel dia el rey don Juan « desamó mucho á su privado, aunque lo disimulaba é encubria con mucha sagacidad. » Tambien añade que con haber traido á estos reinos á la princesa doña Isabel no hizo mas que labrar su propia perdicion, pues « en ella trajo el cuchillo con que se cortó la cabeza. »

Sobrevino en seguida la batalla de Olmedo (mayo de 1445) en que Valera se halló, como era consiguiente, al lado del Rey, á pesar de su notoria enemistad al Condestable. Poco antes habia servido de testigo á la entrega de cierto requerimiento (1), que los de la faccion contraria con el fin de impedir el derramamiento de sangre, mandaron al rey don Juan. En 1448 se celebraron cortes en Valladolid asistiendo á ellas Valera como procurador por Cuenca juntamente con Gomez Carrillo de Albornoz, señor de Torralba y Beteta. El objeto de la convocacion parece nó fué otro, que desear el Rey saber su parecer acerca del plan de conducta que él mismo se habia trazado, para poner fin á las revueltas y disturbios de sus reinos: que era ir en persona á Tordesillas, concordarse con el príncipe su hijo, castigar á los nobles que seguian el partido contrario al Condestable y premiar á los que se habian mantenido fieles y leales. La mayoría de los procuradores presentes aplaudió la determinacion del Rey, y Pero Diaz de Arceo que lo era de Burgos, hizo una larga peroracion con el fin de probar que el propósito del Rey era santo y bueno. Solo Valera, lleno de patriótico fervor, mantuvo la opinion contraria, aconsejando al Rey, que antes de proceder al castigo de los caballeros rebeldes, los mandase comparecer y les oyese sus descargos: que asi lo exigian las leyes del reino, mandando que ningun noble fuese condenado sin ser antes oido. « No se pueda decir de vos (añadió) lo que Séneca dice, que muchas veces acaece ser la sentencia justa y el juez injusto, y esto es cuando se da sin ser la parte oida. » El Rey escuchó con rostro alegre el con-

(1) « Los cuales hecho el requerimiento, le dieron al Rey en la mano é su alteza lo tomó, é ellos lo tomaron por testimonio por dos escribanos é siete ú ocho escuderos que consigo traian, estando presentes Pedro de Tapia, é Pedro Solis maestresalas *é yo que servia entonces el plato*, é otros algunos officiales cuyo nombre no me acuerdo. » *Crónica de Hyspaña*, cap. CXXV.

sejó de su camarero (que ya entonces lo era Valera) y le agradeció mucho su sinceridad y buen deseo; pero Fernando de Ribadeneyra, que despues fué mariscal, hubo tan grande enojo de sus palabras, que dirigiéndose á él, le dijo : « Voto á Dios, Diego de Valera, que vos arrepintais de lo que habeis dicho. » En esta ocasion escribió Valera al Rey la carta que empieza : *Da pacem, Domine, in diebus nostris*, modelo de cordura y buenos sentimientos, que él mismo insertó en su *Crónica de España* (1) y que tambien copió Fernan Perez de Guzman en la de don Juan II.

Pero como no siempre sea conveniente decir la verdad á los reyes, parece ser que don Juan, á instancias del Condestable, le suspendió en su empleo de camarero y le privó de todos los gajes y salarios anejos á aquel oficio. En tal situacion Valera pobre hidalgo, y que segun él mismo dice en una de sus cartas, no poseia mas bienes que « un arnés y un pobre caballo, » hubó de buscar el arrimo de alguna poderosa familia. Su carta, de la que se hicieron muchos traslados, habia llamado mucho la atencion de los que seguian la faccion contraria al Condestable, y uno de ellos don Pedro de Zúñiga, justicia y alguacil mayor de Castilla, conde de Ledesma y Plasencia y alcayde del castillo de Burgos, le tomó á su servicio y le encomendó la crianza de su nieto don Pedro de Zúñiga. Desde este tiempo, Valera, que parece haber dejado el servicio del Rey, figura en la historia como uno de los que mas contribuyeron á derribar de su encumbrado puesto al valido de don Juan II. Habia este procurado por todos los medios que estaban á su alcance destruir al conde don Pedro, y á dicho fin habia dispuesto que el Rey pasase á Piedrahita para desde allí echarse de improviso sobre Bejar y prender al de Zúñiga; mas no pudo lograr su intento, porque advertido el Conde, se fortificó de tal manera en aquella villa, que el Condestable hubo de remitir á mejor ocasion sus planes de venganza. Don Pedro, sin embargo, trató de prevenir el golpe confederándose con el príncipe don Enrique y con los condes de Haro y Benavente, pero el Condestable lo supo, y la liga no tuvo efecto. Valera fué el encargado en esta ocasion de promover los intereses de su nuevo amo, desplegando grande actividad y mucho celo por su servicio (2). El Rey, en tanto, procuraba secretamente la prision de don Alvaro, pero no hallando medio seguro de lograr su intento (3), hubo de confiarse á la Reina su esposa, y pedirla su dic-

(1) Parte IV, cap. CXXV.

(2) Valera inserta en su crónica las instrucciones y despachos que le dió el conde don Pedro, y las respuestas de los grandes cuya amistad y alianza fué á solicitar.

(3) Nada prueba mejor el carácter pusilánime de este príncipe, y el estado de

támen. Esta princesa, que desde su primera llegada á Castilla habia concebido un odio mortal al Condestable, con mucha sagacidad y tino dió luego arbitrio para efectuar su prision, disponiendo que el Rey pasase á Valladolid, mientras que la condesa de Rivadeo trataba con el conde de Plasencia su tio el modo y manera de asegurar la persona de don Alvaro. No nos detendremos en señalar aquí las muchas peripecias del terrible drama que terminó con la muerte del valido, contentándonos con decir que Valera desempeñó en él un papel muy principal como mayordomo y consejero que era de don Alvaro de Zúñiga, á quien el conde don Pedro, su abuelo, encomendó la arriesgada empresa de sorprender al Condestable en Burgos. El mismo refiere con curiosos pormenores, cómo se efectuó la prision, suministrando acerca de la misma los datos que se encuentran en la *Crónica de don Juan II*, ordenada por Fernan Perez de Guzman (1)

La muerte del Condestable no parece haber influido favorablemente en la suerte de Valera, quien no volvió, como era de esperar, al servicio del Rey: al contrario, siguió desempeñando varios oficios en la casa de Zúñiga, siendo enviado en 1454 á Bejar, « á poner recaudo en la hacienda del conde don Pedro, que estaba en punto de muerte. » Desde allí pasó á Sevilla por mandado de don Alvaro, acompañando á su hijo don Pedro, que iba á casar con doña Teresa de Guzman, hija del duque de Medinasidonia. En 1467 era corregidor de Palencia, segun él mismo refiere en el cap. XXXVI de su *Memorial de diversas hazañas*, y en 1479 lo fué de la ciudad de Segovia, segun Colmenares en su Historia de dicha ciudad, fol. 428, habiendo reparado desde los cimientos la cárcel de villa que estaba muy arruinada. Hallábase en Sévilla cuando por los años de 1472 surgieron los terribles feudos entre los Guzmanes y los Ponces de Leon, y en esta última ciudad y en la del Puerto de Santa María, parece haber pasado los últimos años de su vida, enteramente entregado al cultivo de las letras y á la composicion de las varias obras histó-

aquella sociedad, como el medio que escogitó para deshacerse del Condestable. Mandó llamar á Castilla, su rey de armas, el mismo que acompañó á Valera á la embajada de Inglaterra, y le encargó que de su parte fuese á ver á Diego de Estúñiga, hijo del mariscal don Iñigo, conde de Nieva, y le dijese el firme propósito en que estaba de prender al Maestre; y que no conociendo á ninguno en sus reinos capaz de llevar á cabo tamaña empressa, sino á su pariente el conde de Plasencia, le rogaba lo tratase con él, prometiéndole grandes mercedes si conseguia asegurar la persona del Condestable. El Conde, sin embargo, conociendo la debilidad del Rey y su carácter variable, temiéndose además alguna traicion, no hizo por entonces caso del mensaje.

(1) En los apuntes que Valera le dió, omitió, sin duda por modestia, algunos detalles relativos á su propia persona, que mas tarde creyó deber insertar en su crónica, como es la circunstancia de haber sido herido en un brazo por un pasador que le tiraron los del Condestable.

ricas, heráldicas, éticas y morales que le dieron distinguido nombre entre los escritores de su época.

El año de su muerte se ignora de todo punto : sabemos que en 1481, siendo de edad de sesenta y nueve años, vivia aun en el Puerto de Santa María, y que desde aquella fecha compuso á lo menos otra de sus obras. En 1483 escribia una carta al rey don Fernando felicitándole por la toma de Zahara, que el marqués de Cádiz quitó á los moros en dicho año. Una hija suya, llamada doña Beatriz de Portocarrero, casó en Sevilla con don Pedro Ortiz Manuel de Zúñiga (1), sobrino del conde don Pedro Manuel, y los nobiliarios de Sevilla hacen mencion de un José Valera, vecino y jurado de dicha ciudad, habitante en la colacion de Santa Cruz, hijo de Jorge de Valera, vecino de Safin en la costa de Africa, y establecido allí desde la conquista de dicha plaza por el rey don Manuel de Portugal en 1506 ; el cual Jorge Valera pudo muy bien ser hijo de Mossen Diego, aunque hemos buscado en vano hechos y autoridades que lo confirmen (2). Los Valeras traian por armas un escudo en cuarteles, en el primero y último un leon en campo azul, y en los otros dos un lunel azul en oro, y por orla aspas de oro en rojo.

Hemos dicho cuanto sabíamos de este notable caballero : réstanos ahora tratar de sus obras literarias, que en calidad y número le dan un puesto muy distinguido entre los escritores de su tiempo.

Son las siguientes :

Tratado de las armas llamado por otro nombre *de los rieptos y desafíos*. Desde muy jóven Valera mostró, segun ya vimos, grande aficion á los ejercicios caballerescos, distinguiéndose en varias ocasiones por su valor y gentileza. Estaba á la sazon admitido el duelo en todos los reinos de Europa, y sujeto á leyes especiales que le daban cierta sancion y regularidad; pero aunque las obras de Bartolo, Baldo y otros jurisconsultos eran conocidas en España, no habia, á lo que parece, un libro que sirviese de norte y guia á los caballeros deseosos de emprender hechos de armas. Eran sobre todo desconocidas las prácticas que en materia de torneos y desafíos se seguian en Francia, Borgoña y Alemania, y Valera se encargó de suplir á dicha falta, con la composicion de un tratado breve, aunque claro y metódico, en que se expusiese

(1) Argote de Molina, *Sucession de los Manueles*, fol. 36 vuelto. Otra hija debió tener casada con Basurto el alcalde de Medinasidonia, ó con un hijo de este, segun veremos mas adelante.

(2) Gerónimo de Quintana en su *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de Madrid* (1629), lib. II, cap. CXXXVI, habla de un descendiente de Mossen Diego, llamado Juan Valera, el cual fué contador de Carlos V, y en 1552 fundó en compañía de su esposa doña Catalina Vallejo, un mayorazgo en cabeza de un hijo, tambien llamado Juan, que murió sin tomar estado.

y explicase la legislacion vigente, así como las prácticas y ceremonias usadas en tales lances. De las tres partes en que está dividido el tratado, la primera habla del derecho de las armas necesarias segun costumbre de Francia y de España; la segunda de la forma mas aprobada que en las armas voluntarias (1) se debe tener; y la tercera y última del principio y fundamento de las armas ó señales, y de las diferencias de cotas de armas y señas. Dedicó Valera su obra á don Alfonso V de Portugal, llamado el «Lidiador,» cuyas conquistas sobre los moros africanos resonaban á la sazon en todo el ámbito de la Península. Murió este monarca emprendedor y guerrero en 1481, pero habiendo tomado diez años antes á Tanger y no hallándose esta ciudad mencionada entre las de su señorío (2), de presumir es que Valera le dedicase este su tratado antes del año 1471.

El Cirimonial de Príncipes. Va comunmente unido al anterior, y trata de las preeminencias ó prerogativas que á las varias dignidades se deben; comenzando por la del Rey, y pasando despues los duques, marqueses, condes y otros títulos de nobleza. Dedicólo á don Juan Pacheco, marqués de Villena, valido de Enrique IV, quien murió en 1474; y así es de presumir lo escribiese poco despues de su Tratado de los *Rieptos y desafíos.* Uno y otro se imprimieron dos veces, juntos en un tomo en 4º. de treinta y una hojas, sin foliatura alguna, y sin expresarse el año y lugar de la impresion, circunstancia que ignoraron Nicolás Antonio y el erudito Bayer. Las dos ediciones se diferencian tan solo por el frontis ó portada, y parecen hechas á fines del siglo XV ó muy á principios del XVI.

Providencia contra fortuna; es un tratado dirigido tambien á

(1) Por *armas voluntarias* se entiende las que se emprendian por solo ejercicio y gentileza, como torneos, pasos de armas y demás, á diferencia de las *necesarias* que implicaban siempre el repto ó desafío hecho y recibido por cualquier injuria ó agravio. Debia el caballero que tales armas emprendia haber primero licencia de su soberano, y si pasaba á reinos extranjeros del Rey ó señor del territorio. Debia llevar la empresa al lado derecho «y si descubierta y tocada en combate, no podia mas usarla á no ser su divisa y tomarla de nuevo por empresa, en cuyo caso debia trasladarla al lado izquierdo. Debia llevarla cubierta de una tela de seda llamada *imple*, y no descubrirla hasta que le fuese de nuevo tocada en combate.» Cerca de lo qual (dice Valera) «fué assaz debate comigo en la córte del señor duque Felipe de Borgoña que oy es, porque truxe ende mi empresa cubierta; è despues de tocada la truxe descubierta fasta el fin de mis armas. El qual debate fué determinado por el dicho señor duque con consejo de los varones è caballeros de su córte en esta guisa: que yo podia traer mi empresa fasta las armas ser llegadas á fin, por la diferencia que avia fecho trayéndola ante que fuesse tocada, abierta è despues descubierta.»

(2) «Señor de Cepta e Alcaçar çaguer,» le llama el autor en su dedicatoria, á cuyos títulos hubiera á no dudarlo añadido el de «Señor de Tanger y Arzila,» como se ve en libros de aquella época, á no ser por la circunstancia de no haberse aun tomado á los moros dichas plazas.

don Johan Pacheco, marqués de Villena, en ocasion que este magnate se hallaba retraído en sus estados, de resultas de haber perdido temporalmente la privanza del Rey. En él le exhorta con citas de Séneca y San Bernardo á que se arme de constancia para resistir los embates de la contraria fortuna, poniéndole ante los ojos el ejemplo de los que despues de haber subido á los mas encumbrados puestos, cayeron de improviso en la desgracia. Imprimióse varias veces en el siglo XV, y principalmente al fin de los *Proverbios* de don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana.

Deffension de nobles mugeres. Este es un libro escrito á imitacion del célebre tratado de Juan Bocaccio de Certaldo, intitulado *De claris mulieribus*. Dedicólo Valera á la reina doña María, esposa de don Juan II que murió en 1445. Por el mismo tiempo compuso para este monarca su *Espejo de la verdadera nobleza*, y mas tarde, cuando ya habia sido privado de su oficio (1) una *Exhortacion á la paz*, dirigida tambien al rey don Juan.

Arbol de batallas, traducido del francés de Honoré Bonet. Es esta una obra que trata de caballería y de heráldica. Su autor Honoré de Bonnor ó Bonhor, prior de Salon, floreció á principios del siglo XV. Su *Arbre des Batailles* se imprimió varias veces en Paris, 1477, 1481, 1495, y despues en Leon y en otras partes en el siglo XVI. Hay otra traduccion castellana posterior á la de Valera por Antonio de Çurita. Segun don Nicolás Antonio, el ejemplar que de esta obra alcanzó á ver en la célebre biblioteca Vallehumbrosána, estaba dedicado por Valera al condestable don Alvaro de Luna; si así es, preciso es convenir que fué una de las primeras obras de nuestro cronista, puesto que el Condestable fué ajusticiado en 1453 y algunos años antes Valera se mostraba ya su enemigo encarnizado, sobre todo desde que entró á servir á los Zúñigas. Es probable, pues, que hiciese su version cuando por los años de 1457 salió la primera vez de España.

Es de creer que por este mismo tiempo escribiese Valera su *Genealogia de los reyes de Francia* dirigida á Johan Terrin: opúsculo de pocas hojas, aunque de mucha sustancia, tomado en su mayor parte de la crónica del cardenal Martin, llamada por dicha razon la *Martiniana*, y en el que Valera trazó un breve sumario de los reyes de aquella nacion desde Faramundo hasta Felipe, llamado *el Largo*, en 1320.

Historia de la casa de Zúñiga. Con este título cita don Nicolás Antonio otra obra de Valera, en que sin duda se propuso ilustrar la ascendencia y recordar las hazañas de don Alvaro de Zú-

(1) « Hallandome (dice en el prólogo) retraido y poco menos que arredrado de la vida civil é activa. »

ñiga, conde de Plasencia, hijo del conde don Pedro, á cuyo servicio entró, segun hemos visto, por los años de 1448. Dedicóla á su hijo don Juan de Zúñiga, maestre de Alcántara, y la acabó en Sevilla en 1473. De ella se aprovechó el célebre escritor de linages don José Pellizer, para su *Justificacion de la grandeza y cobertura de primera clase en la casa y persona de don Fernando de Zúñiga, noveno conde de Miranda* (Madrid, 1668), añadiendo que se guardaba en su tiempo en el archivo de los duques de Béjar.

Crónica de España, llamada por otro nombre *Valeriana*, sin duda para distinguirla de otras compilaciones del mismo género. Divídese en cuatro partes, de las cuales la primera es puramente cosmográfica y contiene una descripcion del mundo conocido á la sazon. En ella consigna Valera cuantas fábulas y patrañas corrían entre los eruditos de su tiempo, principiando con una noticia del paraiso terrenal, que dice ser « un lugar en comienzo de Oriente » describiendo naciones enteras de hombres acéfalos, con ojos en los hombros y narices en los pechos, y tratando largamente de los tres reyes magos de las Indias, quienes consagrados arzobispos por el apóstol Santo Tomás, concurrieron mas tarde á la eleccion del Preste Juan, personage misterioso y casi mitológico de la edad media, dejándole despues por administrador temporal y espiritual de aquel grande imperio. El libro *De Civitate Dei* de San Agustin, los escritos de Beda, los viages de Nicolás Veneto, Marco Polo y Micer Poggio florentin, sirvieron, pues, á Valera de texto y autoridad en la descripcion semi-fabulosa que hace así del Asia y de sus diferentes reinos, como del Africa, en cuyos límites coloca la Bactriana, Media y Fenicia !! Ni está su descripcion de Europa (pais que debia conocer mejor, puesto que la recorrió en gran parte), exenta de aquellos rasgos de credulidad casi pueril, y amor á lo maravilloso, que distingue á los escritores de su época; pues dice que en Inglaterra, á la parte de Levante, se crian ciertos árboles cuyas hojas al caer en la mar « se convierten en pescados, » mientras que las que caen en tierra « se cambian en unas aves del tamaño y grandeza de las gaviotas. » Añade Valera que por saber la verdad de este hecho que muchos le habian referido, preguntó al cardenal de Inglaterra (Enrique Wynton), hermano de doña Catalina, muger de don Enrique III de Castilla, y que le contestó que en efecto era así (1).

En la segunda parte de su *Crónica*, Valera refiere la poblacion de España por Tubal, el nieto de Noé, casi en los mismos términos que lo hace la general del rey don Alonso el Sabio; pasa en seguida á hablar de Hércules, y cita á menudo el libro de sus

(1) Cap. XXVI.

Trabajos, que compuso el célebre don Enrique de Villena. Al tratar de los romanos, dice que Julio César fué el primero de dichas gentes que vino á España, suponiendo que su venida fué anterior á la guerra púnica (1). Concluye con la guerra de Viriato, á quien llama capitan de Zamora, segun la opinion entonces admitida de que Numancia estuvo donde hoy aquella ciudad.

No es menos disparatada y fabulosa la tercera parte de la *Crónica*, que comienza con Athanarico, á quien llama primer rey de los godos, en 543, y concluye con la invasion de los árabes y rota del Guadalete, siendo digno de observarse que al obispo don Oppas le llama *Egica* y le hace hermano del rey Witiza. En la cuarta habla largamente de Carlo-Magno y de sus doce pares, del traidor Galalon, de un Zulema, *rey de Córdoba* en 721, quien no contento con la guerra á muerte que hacia á los cristianos de Asturias, llevó sus armas al Asia, conquistó á Pérgamo en Bithynia, y puso sitio á Constantinopla; de Bernardo del Carpio á quien contra el torrente de la vulgar tradicion, hace por último obtener la libertad de don Sandias su padre, y continuar en compañía suya sus inauditas proezas; de Fernan Gonzalez, á quien la reina esposa de don Sancho « mucho desamaba, y cuyo caballo, ganado en batalla al moro Almanzor, compró el Rey por mil marcos de plata, otorgándole al efecto una escritura partida por el a. b. c.

Si toda la obra de Valera fuese del tenor que dejámos indicado, desde luego la colocaríamos entre los muchos libros de caballerías que constituian el divertimiento y solaz de nuestros mayores, sin tener de historia mas que el título; pero á medida que el cronista avanza en su narracion, le vemos seguir con bastante exactitud al arzobispo don Rodrigo, á don Lucas de Tuy, al rey sabio y las crónicas de Castilla. Al llegar á sus propios tiempos, la obra se convierte, de compendio ó suma que antes era, en una interesante y verídica narracion de muchos sucesos en que él mismo tomó parte. Bajo este punto de vista el trabajo de Valera es muy importante, pues está desempeñado con esmero, y puede servir de apéndice ó suplemento á la crónica de don Juan II. En efecto, si hemos de dar fé á lo que dice Galindez de Carvajal en el prólogo á su compilacion de las crónicas de aquel rey (2), gran parte de lo relativo al Condestable don Alvaro de Luna, su prision en Burgos y muerte en Valladolid, habria sido tomado de los apuntes de Valera, quien, segun arriba dijimos, representó un

(1) Cap. VII.

(2) « El dicho Fernan Perez añadió y enxirió en ella aquella scriptura grande que está quasi al fin : la qual dize que ordenó Mossen Diego de Valera, que copiosamente habla de las causas de la condenacion del Condestable. »

papel importante en aquel terrible drama, y sin duda alguna comunicó sus noticias á Fernan Perez de Guzman.

La *Crónica* se escribió por mandado de la reina doña Isabel, quien mandó expresamente á su maestresala recopilar en un breve sumario todas las cosas de España, « assi las hazañossas é virtuosas obras de sus reyes, como las contrarias á virtud, para que siguiendo las primeras, las segundas supiesse mejor evitar y fuir. » Concluida la obra en 1481, la misma reina mandó á Alonso del Puerto, impresor de Sevilla, que la diese á la estampa, y este la imprimió en 1482, en fólio menor, con los epigrafes é iniciales de letra *rubra* ó encarnada, y con tal primor y esmero, que el libro pasa, y con razon, por una de las mejores ediciones del siglo xv. Tuvo tal éxito la obra, que en el corto período de diez y ocho años y dentro del mismo siglo que vió nacer « la sutil y provechosa invencion de la estampa, » se hicieron de ella nada menos que siete ediciones (1), tres de ellas en Salamanca, y que en el siguiente se imprimió tambien cinco veces (2).

Hay al fin de la primera edicion de la *Crónica* una nota de Valera que señala el año en que la concluyó, y la edad que entonces tenia. Merece tomarse en cuenta, no solo por ser el único dato que acerca de su nacimiento nos queda, sino porque habiendo sido alterada la tal nota en ediciones posteriores, ha dado márgen á bastante confusion en las relaciones de aquellos que de Valera se han ocupado. Dice así: *Fué acabada esta copilacion en la villa del Puerto de Santa María, viespera de San Juan de junio del año del Señor de mil é quatrocientos é ochenta é un años, seyendo el abreviador della en hedad de sesenta y nueve años.* En otras ediciones esta última partida está escrita en números romanos (LXIX), y aun añade don Nicolás Antonio que en otras que él vió se lee LXXIX (3); pero hay que tener en cuenta que si las varias ediciones hechas en el siglo xv no conforman con la primera en este punto, es solamente debido á la ignorancia ó descuido de los impresores, quienes á medida que pasaban los años, creian deber aumentar la edad del autor; como si la fecha de 1481 que él da, hubiese de aplicarse á la impresion de su obra, siendo así que tan solo hace referencia á la conclusion de sus

(1) Burgos (Friderico de Basilea), 1487; Tholosa (de Francia) por Henrique Meyer, 1489; Zaragoza (Paulo Hurus de Constancia), 1493; Salamanca en el mismo año de 1493; ibidem, 1495 á 8 de mayo; ibidem á 20 de enero de 1499; ibidem, 1500, todas en fólio, Denis (Part. I, pág. 278) cita otra de 1496.

(2) Hemos visto las siguientes, y es de presumir haya aun mas: Sevilla (Juan Varela de Salamanca) 1527; ibidem (Juan Cromberger) 1534 y 1543; ibidem, por el mismo impresor, 1553, edicion adornada de figuras; ibidem (Sebastian Trugillo), 1562, todas en fólio.

(3) Así sucede en la del año 1562.

trabajos como abreviador de las crónicas de España (1). Esta trabacuenta dió orígen á los errores y contradicciones en que incurrieron Nicolás Antonio (2) y el padre Mendez (3) al tratar de Valera.

Memorial de diversas hazañas. Es sin disputa la mas importante de todas las obras de Mossen Diego. En su *crónica abreviada de España* habia narrado los sucesos de su tiempo hasta la muerte de don Juan II, en esta comienza con el año de 1454, y prosiguiendo hasta el de 1474 en que murió Enrique IV, refiere los acontecimientos mas notables de la época, entrando á veces en curiosos pormenores que al par que nos declaran los usos y costumbres de aquel siglo caballeresco y guerrero, prestan animacion é interés á la historia algun tanto monótona de tanta rebelion, y tanto disturbio como hubo en aquel infeliz reinado. Se ignora el año en que Valera dió de mano á este trabajo, pues aun cuando en algun lugar que otro alude á su propia persona, no son tales las citas que permitan fijar con exactitud el tiempo en que escribia, á lo que se añade que el ejemplar de ella que tenemos á la vista no tiene dedicatoria alguna. Valera dice en el prólogo que la escribió con el fin de que las notables hazañas, hechas asi dentro de España como fuera de ella, no quedasen sepultadas en el olvido. « Determiné (dice) escribir en suma las cosas mas dignas de memoria acaecidas desde el año de 1454 en que comenzó á reinar el rey don Enrique IV hasta el tiempo presente, » y como el último suceso de que se ocupa el cronista es la muerte de dicho monarca acaecida en 1474, pudiera razonablemente inferirse que en este año la acabó de escribir; pero no es así, pues mas adelante habla de su crónica llamada ya *Valeriana,* compuesta segun queda referido en 1481, lo cual nos da márgen á suponer que fué esta la última de sus obras. En ella trata el autor con mucha prolijidad la toma de Gibraltar por don Enrique de Guzman, hijo del duque de Medinasidonia (1462) y los grandes feudos y escándalos que entre aquel magnate y don Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, sobrevinieron luego en Sevilla y otras ciudades de Andalucía: lo cual nos induce á creer ó que el autor residia aun en aquel punto, ó que tuvo medios por su alianza con la casa de los Zúñigas, parientes y deudos de los Guzmanes para referir con mayores datos que nadie los peligrosos trances de aquella civil contienda. Como quiera que esto sea, el *Memorial* es un documento apreciabilísimo para la historia de un

(1) La edicion hecha en Salamanca en 1500, conforme en todo con la primera de Sevilla, señala la verdadera edad del autor en 1481, es decir, *sesenta y nueve años.*

(2) Bibliot. Vetus, lib. X, cap. XIII.

(3) Typographía Española, pág. 171.

reinado, que como el de don Enrique IV, no tiene mas crónica impresa que la de Diego Enriquez del Castillo, quien de tal manera desfiguró los hechos y calló la verdad, que comparada su historia con la latina de Alonso de Palencia, aun no publicada, se ve claramente que el docto capellan mas que historiador se propuso ser apologista.

Aunque partidario resuelto de la princesa, despues reina doña Isabel, hermana de Enrique IV, y sin perder ninguna ocasion de reprender los vicios, debilidad y mal gobierno de aquel monarca, Valera lo hace sin pasion, en términos moderados, y con cierto candor que encanta y persuade. No sucede asi con el docto humanista, á quien nuestra España debe en gran parte la introduccion de los estudios clásicos. De carácter áspero y condicion severa, Palencia que desde muy jóven habia abrazado el partido del príncipe don Alonso, vió cortadas por una muerte temprana las esperanzas que él y otros concibieran de ver pasar á las sienes de aquel la corona de Castilla. Cuantos medios y recursos suministra un estilo nervioso y una retórica deslumbradora, otros tantos empleó aquel cronista para encarecer los vicios, y afear aun mas el carácter personal de aquel rey descreido y pusilánime; pero en medio de sus brillantes peroraciones se descubre á veces un fondo de pasion y de encono, y sus sentenciosas y bien cortadas frases dejan por lo tanto de producir en nosotros el mismo efecto que las sencillas y ajustadas razones de Valera, Por eso la crónica que este escribió debe tener gran mérito á los ojos del erudito, puesto que guardando un término medio entre la del apologista de Enrique IV, y la del retórico Palencia, nos pone en el camino de la verdad. Para que nuestros lectores formen idea exacta del estilo de Valera, trasladaremos á este lugar lo que dice acerca de la muerte de aquel rey.

« Todo este pensamiento turbó la muerte arrevatada del Rey » don Enrique, el qual ante de entonces tenia muchas passiones. » E como fuésse muy mal regidó, ni en ninguna cosa siguiesse » razon, ni queria obedecer en sus enfermedades á los phísicos » que dél curauan, é al fin un súpito flujo de sangre le vino, que » ninguna cosa le pudo aprovechar, como en dos dias la fuerça » perdiesse, de manera que se tornó tan desforme, que era cosa » maravillosa de lo ver. E con todo esto quiso esforçarse contra la » enfermedad, si viesse los fieros animales que en el Bosque del » Pardo tenia, é con este deseo cabalgó un caballo, pensando » poder llegar allí, é mui cerca de la villa enflaqueció de tal ma» nera que obo de volber. Lo qual á mui gran pena pudo fazer, e » assi vuelto en su palacio con pocos de los á él mas allegados, » estuvo echado en su cama fallesçido de tódas sus fuerças. E como » quiera que conociesse ser cercano á su fin, ninguna mencion

» fiço de confessar, ni recebir los catholicos sacramentos; ni tam» poco hacer testamento ó codicilo: que es general costumbre » de todos los hombres en tal tiempo hazer. E los que ende es» taban apartabanse diciendo unos á otros, qué remedio se po» dria dar á tan gran presura. E como el phisico fuesse pregun» tado con grande instancia de Sessé, qué le parecia de aquella » enfermedad, respondió que muy pocas horas quedaban al Rey » de vida. E luego los unos fueron llamar al Cardenal, otros al » Marqués, otros al conde de Benavente, otros á un devoto reli» gioso llamado fray Juan de Mazuela, que habia seido prior del » monesterio de Santa Maria del Passo, el qual á muy grant » priesa vino, è como conociesse estar el Rey en fin de sus dias, » dulce è sabiamente le suplicó recorriesse á curar de su alma, » como este fuesse el mayor remedio que tenia, è lo que mas le » complia. Lo qual oido por el Rey, enmudeció estando en la cama » mal vestido, no á la forma que los enfermos suelen estar; mas » teniendo calzados borceguies. Ya mostraba el resuello apresu» rado, comenzandosele á turbar la lengua; e como algunos de » los que allí estaban le preguntassen á quien dejaba por here» dera de estos reynos, á su hermana ó á su hija sospechosa, » respondió que Alonso Gonzalez de Turuegano, su capellan, sabia » en esto su intencion; e como aquel religioso le requiriesse que » abiertamente dijesse á qual de las dos princessas dejaba por » heredera de estos reynos, ninguna cossa respondió. Entonces » el devoto religioso le dijo: Señor, gravemente errais á Dios, è » mucho ofendedes á vuestros subditos en no declarar la ver» dad, que ya, señor, vos sabeis, è á todos es notorio que cerca » de los Toros de Guisando, en presencia de muchos de los » grandes destos reinos, en publico declarasteis el adulterio de » la reina doña Juana, e confesasteis doña Juana su hija que » antes de entonces mandasteis Princessa llamar, no ser hija » vuestra, mas engendrada de otro varon, lo qual bien se veri» fica por dos razones, allende de vuestra confesion: primera » por vuestra notoria impotencia en el ayuntamiento de las mu» geres, segunda por la disolucion e conocida infamia de la reina » doña Juana, vuestra muger, si tal se pudiesse dezir. E allí en » aquel general ayuntamiento jurasteis, e mandasteis á todos » jurar por legítima sucesora heredera destos reinos è señorios » á la señora princesa doña Isabel vuestra hermana; e por esto, » Señor, con Dios vos requiero, no querais callar la verdad, » como entre todos vuestros pecados este será el mas detestable » e mas enorme, como de todos los otros podriades ser absuelto. » Por Dios todo poderoso si fielmente los confesais, habiendo » dellos verdadero arrepentimiento, deste nunca, pues por vuestro » callar dejais llama encendida con que vuestros reinos se que-

» mon, e dareis lugar á los malos para perseverar en su acos-
» tumbrada tirania. « Cosa respondió, mas comenzó á revol-
» verse en la cama, torciendo la boca e los ojos, moviendo los
» brazos á una parte y á otra, y se comenzó de temer como ya
» su muerte fuese cercana. E luego fué mandado poner el altar,
» pensando provocarlo á devocion, e ni por eso mostró señal de
» catholico, ni menos arrepentimiento de sus culpas e pecados, e
» assi á poco espacio espiró poco antes que amaneciesse.

» Vivió este Rey poco mas de cinquenta años, tuvo el cetro
» real veinte años y cinco meses, sin cosa ejercer al oficio
« real conveniente. Fuè verdaderamente pródigo, en ninguna
» cosa liberal, salvo en algunos nobles edificios que fizo. Tenia
» los cabellos rubios, era romo de una caida que dió seyendo
» niño. Fué grande cavallero de la gineta, buen bracero; dióse
» demasiadamente á la música, cantaba e tañia muy bien, era
» grande escribano de toda letra, leia maravillosamente; fué
» docto en la lengua latina. Oia de mala voluntad á quien quiera
» que á él venia, era mucho apartado, vestiase mal; tuvo muchos
» privados á quien con larga mano dió muy grandes dadivas, fué
» siempre regido por su voluntad, fuyendo de todo sano con-
» sejo. »

Dado caso que el *Memorial* se escribiese, segun hemos dicho, despues de la *Crónica Valeriana,* que es del año 1481, todavía debió Valera en los últimos años de su vida ejercitar su pluma en varias obras de ingenio, como son el *Breviloquio de virtudes*, dedicado por él á don Rodrigo Pimentel, conde de Benavente, Villalba y Mayorga, de cuyo padre don Juan habia, segun confiesa, recibido grandes mercedes, y el *Doctrinal de príncipes*, dirigido al rey don Fernando. Hállanse estas dos obras con otras de Mossen Diego, en un tomo en fólio ms. de la Biblioteca Nacional, señalado T. 88, y que segun una nota allí puesta perteneció á don Bartolomé Basurto (1), su viznieto. En el mismo có-

(1) En 1474 era alcaide de Medinasidonia un caballero llamado Basurto, de quien las crónicas refieren la muerte trágica. Durante las guerras y grandes feudos que agitaron á Sevilla y toda el Andalucía entre el marqués de Cádiz y don Enrique de Guzman, conde de Niebla, Pedro de Vera alcaide de Arcos que seguia las banderas del marqués, noticioso por un criado de Basurto, que este enamorado de una hermana suya, salia cada noche á verse con ella y desamparaba la fortaleza, acudió con doscientas lanzas, escaló los muros y se apoderó de toda la ciudad, salvo la torre del homenaje, donde la madre de Basurto, mujer de varonil esfuerzo, se recogió con parte de la guarnicion. Al ser de dia, se presentó Basurto que venia de casa de su amiga, y vió la ciudad ocupada de los enemigos, y á su madre asomada á una de las ventanas de la torre, la cual como le hubiese muchas veces afeado y reprendido el que dejase así abandonada la fuerza cometida á su custodia, le dijo: « Mira, hijo; ni tú has dado buena cuenta de tu honra á las gentes, ni la darás al Duque de su fortaleza; é pues que ansi es, que no te vea yo mas; cobra la fortaleza ó

dice se encuentra un tratado « de la nobleza y lealtad, » que Perez Bayer atribuye equivocadamente á Valera por la sola circunstancia de hallarse incluido en el dicho tomo de sus obras. Conviene, pues, rectificar un error reproducido mas tarde por varios escritores. El *Tractado de la nobleza e lealtad,* es obra del siglo XIII, compuesta por doce sabios por mandado del rey don Fernando III, el que ganó á Sevilla. Con dicho título se imprimió en Valladolid por Diego Gumiel, año de (mil) quinientos y dos, en un tomo en 4°. de veinte y tres hojas. Incluyóla el padre Burriel en sus *Memorias para la vida del Santo Rey,* obra póstuma que despues de su muerte dió á luz don Miguel de Manuel Rodriguez, bibliotecario de San Isidro (1).

Tambien se hallan en el tomo de la Nacional algunas cartas escritas por Valera en varias ocasiones y tiempos y á diferentes personas, como son la ya antes citada al rey don Fernando despues de la toma de Zahara en 1483, y otra al marqués de Cádiz despues de la gloriosa expugnacion de Alhama en 1482. Todas ellas revelan los sentimientos de lealtad, religion y caballerosidad de que tantas pruebas dió su autor durante su larga carrera, asi como un juicio recto y un patriotismo acendrado.

muere en la demanda, que sin esto poco necesaria es tu vida. » Picado hasta lo vivo de las palabras de la madre, Basurto se puso en medio de la puente levadiza, y comenzó á dar gritos diciendo: « pues que me quitasteis la fortaleza, matadme; que yo no tengo de ir donde gentes me vean; » y conociéndole Pedro de Vera, le mandó tirar dende una torre, y le mataron. Poniendo luego su cuerpo en un pavés lo llevaron donde la madre lo viese, la cual desmayó y los que con ella estaban entregaron la torre del homenaje.

Otro Basurto, llamado Fernando, que quizá fué hijo de este alcaide, floreció en tiempo de los reyes católicos y se halló en la guerra de Granada; escribiendo un libro de caballerías muy nombrado con el título de *Don Florindo, el de la estraña aventura.*

A esto podremos añadir que el apellido *Basurto* se encuentra en el siglo XVII entre familias judaizantes. Un hijo del célebre Antonio Henriques Gomez se llamaba *Diego Henriquez Basurto,* y publicó bajo dicho nombre un poema dividido en visiones, y titulado *El Triumpho de la virtud y paciencia de Job* que se imprimió en Roan, por L. Maurry, 1649, en fólio menor. Tambien hubo un don Fernando *Basurto,* escritor de comedias hácia mediados del siglo.

(1) Madrid, 1800, fól. en la imprenta de Ibarra. El tratado ocupa desde la página 128 hasta la 206. Burriel cita una edicion de él hecha en Valladolid en 1502, pero como no nos dice el tamaño, ni da señas individuales de ella, ni declara quien la imprimió, sospechamos es la misma del año 1502, y que hay equivocacion en la fecha.

DON ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL CARDENAL DON JUDAS JOSÉ ROMO.

Su vida y sus escritos.

La Iglesia católica acaba de perder uno de sus mas insignes prelados con la muerte del Emmo. señor don Judas José Romo, acaecida el 11 de enero de 1855, á los cuatro dias de cumplir setenta y seis años. Mientras vivia este varon preclaro, quise escribir su biografía, y nunca me lo permitió su modestia; ahora que por desgracia ha bajado al sepulcro, me apresuro á tributar este homenage humilde á su digna memoria, si no con los datos que me tenia prometidos, quizá por acallar mis reiteradísimas instancias, con los que me ha proporcionado su correspondencia epistolar durante tres años, su afectuoso trato en una visita que le hice ahora pocos meses, y la lectura de sus libros. No la pasion, sino el amor á la verdad, guiará la pluma de quien tiene por ocupacion preferente estudiar y escribir historia.

Nacido el Emmo. don Judas José Romo de padres ilustres en el pueblo de Cañizar el 7 de enero de 1779, estudió leyes y cánones en la universidad de Alcalá de Henares, graduóse de licenciado en la de Huesca, y luego fué canónigo de Sigüenza desde 1804, obispo de Canarias desde 1833, arzobispo de Sevilla desde 1847, cardenal de la Santa Iglesia romana desde 1850; y siempre ejemplarísimo en las costumbres, celoso pastor de sus ovejas, docto en letras divinas y humanas, padre de los pobres, afable en el trato, digno de cariño y respeto y de que su fama nunca espire.

No mas de siete años tenía y era ya notoria la vivacidad del ingenio, que ni aun la senectud pudo estinguir en aquella mente privilegiada. Su padre, el brigadier don Francisco Romo y Gamboa, le habia enseñado primeras letras, impacientándose no poco de que trocara los acentos en ciertas palabras, y despues le envió á aprender gramática latina fuera de su casa. Todo el anhelo puso el escolar en ganarse la estimacion de su padre para cuando volviera á su presencia, y sucedió lo que mucho despues dijo con estas interesantes palabras: « Yo sabia que por estudiar gramá-
» tica no me habia de libertar de leer luego que me viera, y
» esta consideracion me hizo aplicarme á la lectura. A los pocos

» meses de gramática fui de vacaciones á mi casa, y mi padre,
» que anhelaba hasta el esceso mi aprovechamiento, ¿Qué has
» aprendido? me preguntó. — He aprendido (respondí) que
» muchas veces me reñia vd. sin motivo cuando leia los acentos.
» Es claro que mi padre me preguntaria la razon; yo la dí de esta
» manera : — ¿Por qué se enfadaba vd. (dije á mi padre) si el
» *ia* final de *paciencia* le pronunciaba como el de *filosofía?* ¿En
» qué habia yo de conocer la diferencia? En que la *i* última de
» *filosofía* lleva acento, y la de *paciencia* no, respondió mi padre.
» — Eso queria yo (repliqué entonces); ¿y cuando son preté-
» ritos, como *leia,* ¿en qué lo habia de distinguir? Mi padre
» principió con esta reflexion mia á meditar, y despues de algu-
» nos momentos — Tienes razon (me contestó), pero estudia, y
» con el tiempo propondrás esa dificultàd á la Academia. He cum-
» plido el encargo de mi padre. »

Hízolo así en las *Observaciones sobre la dificultad de la orto-grafía castellana, y método de simplificarla,* que imprimió en 1814. Elogiando cumplidamente los desvelos de la Academia española para fijar la ortografía, se propuso en este opúsculo el señor Romo facilitar mucho su enseñanza por medio de la eliminacion absoluta de las ideas gramaticales y eruditas, que infundadamente se presuponen ya adquiridas por el que la aprende. Como consecuencia natural de sus meditaciones sobre ortografía, compuso é imprimió el mismo año el *Arte de leer el castellano y latin,* preciosa obrita donde, once años antes que don José Mariano Vallejo, dió la preferencia al silabeo sobre el deletreo desde que se empieza la lectura, y donde hizo un perfecto análisis de las letras, y redujo el de las sílabas á seis solas reglas, que abrazan la lectura universal del castellano. Ciertamente el señor Vallejo no conocia el método del señor Romo cuando publicó el suyo, y lo comprueba su inferioridad notoria; sin embargo como fué director de estudios, hallóse en proporcion de difundirlo; hasta 1852 no se ha declarado el del señor Romo obra de texto, y sigue siéndolo con imponderables ventajas, que esperimentó primero que nadie don José Caballero, maestro de la acreditada Escuela Pia de San Luis en Sevilla.

Aquellas amorosísimas palabras de Jesucristo, *Dejad que se me acerquem los pequeñuelos,* estaban indeleblemente grabadas en el corazon del señor Romo. Lo acreditó mas todavía en una exposicion elevada á Fernando VII el año de 1816, clamando para que se propagara á todo el reino la instruccion primaria; exposicion bastante por sí sola á conquistarle el título de sabio y la veneracion de los buenos patricios. A su ver las leyes puramente preceptivas eran infructuosas para el establecimiento de escuelas, cuya importancia esplicó de esta suerte. « La fundacion de un

» monasterio ha sido el timbre de muchos reyes citados en la
» historia; la de un colegio, la de una universidad lo ha sido de
» otros; pero son de poco momento tales glorias en competencia
» de las que prometen los institutos de primeras letras : son
» como los muros que circunvalan á algunos de los antiguos lu-
» gares de Castilla, comparándolos con el famoso antemural que
» separa á la China de la Gran Tartaria. No es exagerar, señor;
» la esfera de los conventos, colegios y universidades, está cru-
» zada de radios, cuyo esplendor, por mas que sea luminoso,
» brilla en un ámbito muy reducido, en vez de que la esfera de
» las primeras letras toca á todos los puntos de su circunferencia
» y solidez con el corazon y los límites de la monarquía. »

Apoyado en base tan consistente, empezó por inclinar el ánimo del monarca á esclarecer los fastos de este siglo, no multiplicando góticos y añejos institutos que plagaran las ciudades populosas de charlatanes y sofistas, sino creando magisterios de primeras letras que imbuyeran en los ciudadanos los dogmas santos de la fé, y apresuraran la civilizacion en las ciudades, aldeas y cabañas. Tuvo á dicha que sobre este punto no se hallara atronado el legislador de aquella displicente germanía con que el Peripato estorbaba la propagacion de las luces, defendiendo, poco menos que la fé, sus confusos y áridos estudios, pues la ensenanza era sin duda el voto mas unánime de los españoles; bien que lo embarazaba una liga de contradicciones poderosas, por no haberse nunca organizado un sistema general de educacion que protegiera tan justos y útiles deseos y atajara la guerra que el interés individual sostiene siempre contra el público, segun lo habian procurado los fundadores de otros institutos.

Considerando que la historia antigua y moderna atestiguan en todos los paises que los hombres son religiosos antes que ilustrados, y que las naciones producen varones eminentes en las ciencias antes que el arte de leer y escribir se generalice, dedujo la necesidad de que los gobiernos se declararan protectores especiales de la instruccion primaria. Y la consecuencia era sumamente lógica despues de haber patentizado que, erigidas con antelacion las corporaciones poderosas y posesionadas de los mas ricos fondos del Estado, nacian los magisterios de primeras letras, á semejanza de los hijos segundos de las casas vinculadas, cuando mas felices otros que los precedieron gozaban esclusivamente del poder y de la abundancia. « Solo un gran rey, padre impar-
» cial de todos sus pueblos (decia el señor Romo), podrá llamar
» la atencion de los políticos á favor del vulgo iliterato. Los
» alumnos que desde las aulas pasaron á figurar papel en la
» Iglesia, en la judicatura ó la milicia, arrastraron tras de sí,
» dígase lo que se quiera, tanta dósis de espíritu de partido, que

» si su ascendiente llega á prevalecer en el sistema de gobierno, » solo se hará memorable protegiendo las corporaciones pode» rosas de que se constituya negociante. »

Es notabilísimo lo que añadió al asegurar que, si no se fundaban escuelas, perderia el reinado de Fernando VII su mayor gloria, porque la de un monarca no consiste en los pomposos encomios preparados por los sofistas de todas las naciones á cuantos reyes van sucediéndose en el trono; y la pueril filosofía de levantar hasta las nubes algunos rasgos dignos de loa, omitiendo los muchos que exigen censura, no encontraba ya admiradores. La causa estribaba en no ignorar nadie que de la excelsa magestad del trono habian de emanar forzosamente algunas providencias sabias, muchos monumentos admirables y repetidos sucesos de insigne memoria, y en saber igualmente que de un rio caudaloso, que deja sin fertilizar cien leguas de terrenos áridos, no se dice que esté bien aprovechado, aun cuando riegue dos ó tres vegas mas afortunadas. Seguidamente habló de este modo. « La opi» nion, señor, este tribunal antiquísimo que avasalla á los poten» tados y á los reyes; este tribunal inapelable, cuyo imperio » abarca en su estension el uno y el otro continente, y cuya du» racion tiene el mismo límite que el de las estrellas; la opinion, » señor, es mas justa y severa en esta parte. Atenta en los rei» nados que examina al carácter que despliegan los monarcas, no » refiere como alabanzas privativas suyas las que pertenecen á la » dignidad omnímoda del trono, y solo cuando observa esclare» cidas las virtudes de los reyes á proporcion de su poder, » es cuando los propone por ínclitos modelos. ¿Por qué, si no, » despues de habérseles prodigado con tanta profusion el título » de grandes, son tan pocos los que en la posteridad han con» servado tal renombre? » Luego pasó á probar que Fernando VII lo conquistaria imperecedero divulgando la instruccion primaria hasta en las chozas, y ahuyentando la ociosidad y la ignorancia, de las cuales provenia que el vulgo prestara á la fuerza material el homenage que los ciudadanos cultos rendian al honor y á las leyes.

Nada mas elocuente que lo que en estilo fácil y galano expuso el señor Romo sobre la hostilidad exterminadora de la barbarie contra la agricultura; es menester copiarlo á la letra. « Hay un » mónstruo, señor, que devora mas que la langosta, y este es el » perjuicio incalculable que no es dado llorar bastantemente; » mónstruo horroroso que tiene ocho millones de cabezas, ata» layas insomnes contra el laborioso y pacífico colono; mónstruo » atroz que no se sacia de hacer daño, y fecundo al mismo » tiempo, porque se perpetúa contra todas las reglas de la mons» truosidad. Diré lo de una vez, señor; hablo del hombre falto

» de primeras letras, del hombre indisciplinado, mónstruo verdaderamente de la especie racional, y que, siempre en guerra abierta con las producciones de los campos, arruina la agricultura, y yo le delato por lo mismo á V. M. Enemigo irreconciliable de las propiedades, es un bandido que las sisa en las afueras de los pueblos, las hostiliza en las llanuras alejadas, las arrasa en los valles retirados, las desarraiga en los recodos escondidos. Glorioso de su *fuerza material,* es un tirano que se agavilla con sus bárbaros satélites, y en nocturnas espediciones ó á la luz del dia, arrastra por todas partes la desolacion. Ensoberbecido con el terror que infunde su osadía, es un demonio que se vale de su ingenio aborrecible para flanquear los estorbos físicos que detienen sus esfuerzos, para limar los cerrojos que resisten á su rapacidad, desgoznar las puertas, asaltar las cercas, espantar á los que transitan casualmente por sus acechos, para asesinar al guarda malhadado que ocurre á sus alarmas. Con semejante raza de enemigos, ¿cómo es posible que llegue á florecer la agricultura? ¿De qué serviria promover su estudio delicioso en la capital y en las provincias? ¿De qué aprovecharia que naciese un Columela en cada pueblo? ¿Que los ilustrase un Cavanilles? Mientras que reine, señor, propension tan perniciosa entre los españoles (que reinará hasta que sepan leer), no se trate de preparar con maestría los abonos á las tierras; no se trate de alternar con inteligencia las semillas, ni de analizar las capas que clasifican los terrenos, antes de arriesgar una plantacion; no se trate de mejorar las castas de los frutales con ingertos escogidos, ni de que, acechando el curso nutricio de la sávia por los órganos vitales de la vegetacion, sepan los labradores discernir cuáles son las ramas infructíferas, cuya pomposa ostentacion deben abatir con la segur para vigorizar la fecunda lozanía de los renuevos y los tallos. Con los hombres iliteratos no se piense, señor, en tales adelantamientos. Piénsese solo en que no murcian aquellos las caballerías que huelgan en las rastrojeras y los prados, ó no las estaquen estos en los tallares y plantíos; piénsese solo en que no traspinen unos los ganados de nacidas en nacidas, ó que no vayan otros á hacer daño á los olivares, los descortecen y arranquen los ceporros; trátese, en fin, de que aquellos y estos, los unos y los otros, no asalten las huertas, espanten las palomas, despueblen los colmenares, y de que no talen los campos. ».

Para remediar tantos estragos de la agricultura parecieron al señor Romo insuficientes el cerramiento de las heredades y la agravacion de las penas contra los dañadores, sosteniendo que la cultura de los individuos debia preceder á la de los campos.

Además encomió los provechos que de la instruccion primaria reportarían la industria, la poblacion y las rentas de la corona. Su plan consistia en crear un tribunal ejecutivo compuesto de un presidente, el ministro de la Gobernacion del Reino, y siete directores, representante cada uno de ellos de un arzobispado, con la circunstancia de ser presbíteros y doctores en cánones ó leyes, para promover los establecimientos de primeras letras en toda la monarquía, de modo, que nadie dejára de aprenderlas; arreglar la dotacion de los magisterios y asignar á este fin las obras pias suficientes; uniformar la enseñanza de lectura, escritura, ortografía y doctrina cristiana, señalando los mejores autores: publicar anualmente una memoria comprensiva de los adelantos obtenidos. Una inspeccion de primeras letras debia auxiliar sus trabajos y de ponerla en comunicacion no interrumpida con los maestrescuelas de las catedrales, y por escala con los vicarios de los partidos y los curas de las parroquias. Todo esto se apoyaba en la base de que los poseedores de capellanías, aislados entre el clero parroquial y los seglares y sin ejercer ocupacion política propia de su sacerdocio, se dedicaran, segun repitidísimas prescripciones canónicas, á la enseñanza, disponiéndose que, si resistian ordenarse con este cargo obligatorio, disfrutaran las capellanías los maestros seglares. Por este método se extendia á todas partes la instruccion primaria sin gravámen de la real hacienda. Para que tampoco se lo causaran las dotaciones del tribunal ejecutivo y de la inspeccion ya citada, propuso la supresion de las «prebendas llamadas *ventosas* por los canonistas, » aborrecidas de sacerdotes y de legos, las cuales no llevaban » consigo residencia ó la pedian algun otro dia solamente, sin » dejar de ser por eso las mas ricas y honoríficas de los cabildos, » y la aplicacion de sus pingües rentas á los tribunales de enseñanza.

Mucha parte de lo sustancial de este proyecto, se halla en las providencias adoptadas muy posteriormente para multiplicar las escuelas de primeras letras; pero las ideas ilustradas del señor Romo, no podian hallar eco en los dias en que las elevó al rey de España, dias en que, lejos de pensarse en innovaciones, se pugnaba terquísimamente por el restablecimiento de lo antiguo, y porque la nacion retrocediera años y años hasta los del fanático letargo en que la sumió la Inquisicion desapiadada.

Tan provechosamente, y enseñando matemáticas á los alumnos de la universidad de San Antonio Portaceli, empleaba sus ocios el jóven canónigo de Sigüenza. Lo era desde los veinte y tres años sin haber sentido grande inclinacion á la carrera de la Iglesia, sino á la de la diplomacia, bien que le hizo desistir de seguirla el haber quedado de resultas del sarampion algo torpe

de oido, y despues bastante sordo. De su padre nació el pensamiento de que entrara en la senda, donde tanto ha resplandecido. Postergado en la carrera de la milicia, en que á sus tiempos naturales le nacieron el bozo y las canas, trató de que valieran sus méritos á su hijo don Judas, y sabiendo cierto dia, que vino desde Cañizar á la córte, la vacante de una canonigía de Sigüenza, pidióla para aquel aunque sin esperanza de obtenerla. Así lo hizo tan sin empeño, que escribió el memorial en una librería de las fronteras á San Felipe, y enviándolo con sobre al ministro de Gracia y Justicia sin recomendacion alguna, se volvió á su lugar por la tarde: y quizá ni esperaba respuesta, cuando á poco la recibió tal como lo habia deseado. Su hijo no manifestó la mas ligera repugnancia, porque habia cursado los estudios y sacado su piedad ilesa en tiempos en que la de muchos vacilaba y aun se extinguia con la lectura de los escritores franceses del siglo XVIII, que á hurtadillas y embelesados se adquirian y devoraban los cursantes de las universidades españolas. No es esto decir que fueran desconocidas aquellas obras al señor Romo; antes bien leyó las que entonces gozaban mas fama; pero con la correspondiente cautela para discernir lo que corrompia los corazones y lo que ilustraba los entendimientos.

Además de que su piedad y limpieza de costumbres le excitaban á no desairar á su padre, le propuso este que se ordenara en coyuntura que le martirizaba un desengaño de los que turban las ilusiones juveniles. Desde la mocedad habia inflamado el númen poético su mente, y á los diez y ocho años compuso una tragedia titulada: *Livia ó la conjuracion contra Viriato*. Un hermano suyo (don Francisco, que ha desempeñado en la administracion pública altos destinos, y cuyo extraordinario talento recordaba siempre con veneracion entusiasta don Judas) se la enseñó al famoso Melendez Valdés y á otros literatos, quienes juzgaron que, con todos sus defectos, no perjudicaria á la reputacion de un jóven poeta: con lo cual se animó á solicitar licencia para imprimirla. Y encontró poco propicios á los censores, como que le negaron la instancia, no por motivos políticos ó morales, sino puramente literarios. « No me pude conformar con volver á tomar la » pluma, pareciéndome que era gastar el tiempo en vano, y que » jamás conseguiria ver impresas mis producciones... Esta es la » verdadera causa de haber mudado de carrera, » me dijo el señor Romo en una de sus apreciabilísimas cartas; y líneas mas abajo, tras de entusiasmarse haciendo memoria de su antigua aficion á las Musas: — « Déjemoslo; el Señor me enseñó con este » desengaño, que la verdadera gloria solo se encuentra en su » seno; y que todo lo demás pasa como una sombra. »

Mas no era posible que se desprendiera instantáneamente de

sus poéticas ilusiones. Cuando las córtes de Cádiz decretaron la libertad de imprenta, apresuróse á dar á luz *La conjuracion contra Viriato*, y á impulsos de una vivacidad que él mismo ha calificado de *exagerada*, vertió en el prólogo contra los señores Cienfuegos y Quintana *cierta dósis de venganza muy agena de la generosidad de mi carácter y de la justicia*, segun sus propias expresiones. «Así como el Señor se ha valido de su coronada pluma » (me dijo con su bondad característica) para hacer resonar mi » nombre en la Academia Española, baluarte de la elocuencia » castellana y asilo del buen gusto, del mismo modo le designa » para que sea el órgano de una justa satisfaccion que debo al » señor Quintana y al difunto Cienfuegos, españoles gloriosos, » que siempre siguieron la bandera del patriotismo y la ilustra- » cion. » Queda cumplido el honroso encargo.

Cuando se imprimió esta produccion del señor Romo, hubo quienes se admiraran con fundamento de que hubiera escrito tal prólogo un autor capaz de componer tal tragedia; y en efecto, su plan está bastante bien ideado, hay caractéres delineados con tino, trozos de versificacion excelente, preludios todos que prometian laureles en la carrera dramática al señor Romo. Verdad es que la superioridad de su mente, la viveza de su ingenio, su naturalísima inventiva y su aplicacion al estudio le hubieran hecho sobresalir en cualquier camino que hubiera tomado.

Deplorando la postracion intelectual que afligia á España con el régimen inaugurado á la vuelta de Fernando VII de su cautiverio, alborozóse el canónigo de Sigüenza ante el renacimiento de las luces el año de 1820. Solo entonces se determinó á imprimir la representacion elevada al monarca sobre la fundacion de escuelas de primeras letras en todo el reino. Las ideas allí emitidas y las que profesaba contrarias al absolutismo, que generalmente aplaudian los de su clase, originaron que el año 1823 fuera recluido en el convento de franciscanos de la Salceda. Ni habia dado causa para el castigo, ni su decoro le permitió suplicar que se le relevára de padecerlo: con ara y vestiduras para celebrar misa, y libros en que apacentar el entendimiento y robustecer el buen juicio, hubiera gozado años y años las delicias de aquella soledad de donde el gran cardenal Mendoza sacó á fray Francisco Jimenez de Cisneros para ser honra y prez de España y admiracion de todo el orbe. Ocupóse allí predilectamente en estudiar los Santos Padres con tan buen fruto, que, luego que le dejaron libre, adquirió grande fama de orador cristiano desde el púlpito de Sigüenza.

Cuatro son los sermones que imprimió á la sazon el señor Romo sobre la *Resurreccion de Jesucristo, la venida del Espíritu Santo, la festividad de San Pedro y San Pablo y la de Todos los*

Santos, y contienen un admirable cuerpo de doctrina. Conocedor experimentado de la enfermedad harto comun en los espíritus de su tiempo, mas que á la fé habló á la razon y mas que afirmaciones absolutas hacinó pruebas luminosas, sustentando la evidencia del milagro de la resurreccion de Jesucristo, la adorable sabiduría que resplandece en su manifestacion, la dicha del reino de los cielos en cuya fé nos asegura este prodigio; reflexionando que aun parece que resuena cerca de nosotros el estruendo de Pentecostés, por cuanto el establecimiento de la religion nos lo patentiza donde quiera que volvamos los ojos, y probando la venida del Espíritu Santo con la predicacion de los Apóstoles, que necesitaron para que fuera fructuosa muchos dones infusos, y singularmente el de lenguas, el de sabiduría y el de milagros; haciendo ver que solo la iglesia fundada sobre San Pedro se anuncia con el distintivo de infalibilidad y eterna duracion, digno del acatamiento y fé exclusiva del entendimiento humano; demostrando en fin que la esperanza de la gloria y el santo temor de Dios son los fundamentos sólidos que tiene la moral para poder inspirarnos amor á la virtud y preservarnos del furor de las pasiones, así como que la posesion beatífica de Dios es el sumo y tambien único bien capaz de satisfacer los deseos infinitos de nuestras almas inmortales. Muy posteriormente han tratado de estos asuntos, entre otros varones preclaros, el cardenal Wisman en sus *Conferencias* y el abate Barthe en *La verdad católica ante el tribunal de la razon*, y no se aventajaron ni en la solidez y claridad del discurso, ni en la multiplicidad y seleccion de los testimonios, ni en la energía y brillantez de la elocuencia al insigne canónigo, que en una de las mas arrinconadas catedrales de España enfervorizaba á los fieles, dando realce á sus palabras la noble gravedad de su continente, la afable animacion de su fisonomía, la magestad naturalísima de sus ademanes y la mágica sonoridad de su acento, que ciertamente le hacian norma de oradores cristianos.

Cerca de seis lustros llevaba de servir placentero su canongía, como que le dejaba holgura para satisfacer su pasion constante por el estudio, cuando á ruegos de una persona de su familia determinóse á pretender el deanato de Valencia. No alcanzó lo que solicitaba, ni se dió por quejoso, aun sin sospechar remotamente que la Providencia le estaba empujando á mayor altura. Era entónces ministro de Gracia y Justicia don Juan Gualberto Gonzalez, que, á semejanza de todos los que son dignos de que se les encomie por la ilustracion de sus miras y la equidad de sus acciones, buscaba el mérito donde quiera que se encontrára y aun cuando se escondiera bajo el púdico manto de la modestia. Ninguna relacion tenia con el canónigo don Judas José Romo; pero sí

muchas auténticas noticias de su virtud y lieratura, y complacióse en galardonarlas proponiéndole para la mitra de Canarias; y muy satisfecho de que le presentara la Corona y le expidiera las bulas la Santa Sede, pudo decir con aguda ufanía en el seno de la confianza : *Acabo de hacer obispo á un Judas.*

Inmediatamente despues de consagrarse el 1°. de mayo de 1834 en el templo de San Felipe de Neri, siendo su padrino el espléndido comisario general de cruzada don Manuel Fernandez Varela, partió el nuevo prelado para su silla, donde sobre las tareas del apostolado se le preparaban las tribulaciones del martirio. Don Judas José Romo fué uno de los no muchos prelados españoles que se declararon sinceramente por la reina doña Isabel II, sin que por esto pudiera permanecer silencioso ante las providencias revolucionarias contrarias á la Iglesia católica, apostólica, romana, de la cual son miembros todos los españoles. Sobre el derecho de peticion y el de imprimir libremente sus ideas, comun el uno y el otro por el nuevo régimen á cuantos gozaban el de ciudadanía, le autorizaba su calidad de obispo, segun el texto de una ley recopilada, para manifestar *con celo, cristiana libertad, suma pureza y sin respeto humano* lo que le pareciere mas justo y conveniente en dictámen de su conciencia.

Usando, pues, de la doble prerogativa de ciudadano y de obispo, anuncióse como adalid de los derechos de la Iglesia y venerador de los del Estado en una representacion elevada el 1°. de mayo de 1836 á la reina Gobernadora contra los decretos que suprimian las órdenes religiosas, sacaban á venta sus bienes y declaraban el propósito de llevar adelante la reforma eclesiástica sin intervencion de la Santa Sede. Pocas líneas que se transcriban de este importante documento darán idea muy cabal del espíritu de muchos escritos del preclaro obispo de Canarias, de sus ideas políticas y religiosas y de su conducta laudable, por mas que no le eximiera de persecuciones.

Apenas expone la imperiosa necesidad que le obliga á elevar al trono su voz á fin de que, sin faltar al acatamiento que le es debido, tribute á la libertad é independencia de la Iglesia, el homenage que siempre le han rendido los obispos españoles, se expresa en esta forma : « Sin embargo, antes de todo me parece » oportuno manifestar á V. M. que en cuantas ocasiones se han » ofrecido hasta el presente he acreditado con pruebas auténticas » y positivas mi constante adhesion al legítimo trono de Isabel II » y libertades de la madre patria. No hago alarde inútilmente de » mi exacto cumplimiento en la conducta política, pues antes por » el contrario me valgo de este testimonio con el objeto de que no » me equivoque V. M. con los rebeldes execrables que están in-

» fluyendo en la desolacion del reino, y se imponga tambien de
» esta exposicion con la calma y sabiduría propia de su real
» persona. Y como, aunque sincerado respecto á mis nobles
» sentimientos de adhesion, pudieran tildarme de preocupado en
» mis estudios los consejeros de V. M., adelantaré los principios
» que profeso para quedar absuelto de este cargo. El primero
» sienta que la potestad divina de la Iglesia es puramente espi-
» ritual con extension á su disciplina : el segundo, que la potes-
» tad de los gobiernos es exclusivamente temporal. Toda la base
» de la religion y estado civil gira sobre ambos fundamentos.....
» En este supuesto, todos los obispos juntos, presididos por el
» Sumo Pontífice, no gozan la mas mínima autoridad para inter-
» ponerse en actos del gobierno, ni dictar ni interpretar las
» leyes..... pero recíprocamente los obispos disfrutan de una au-
» toridad tan exclusivamente propia que todos los reyes de la
» tierra juntos, ó para explicarme de un modo mas explícito,
» todas las córtes, parlamentos, dietas ó asambleas reunidas,
» son incapaces, no digamos de mudar ó reformar la Iglesia, sino
» ni de quitar ó aumentar un Kirie en su liturgia..... Si los reyes
» de la tierra pueden encontrarse en la situacion crítica de ceder
» al torrente de las revoluciones, la Iglesia, apoyada en su Divino
» fundador, está exenta de tal peligro, y así nunca transige con
» el mundo. Demándeme V. M. todos mis bienes y derechos,
» exija su real servicio hasta la última gota de mi sangre, todo
» está pronto; pero un obispo español, sufragáneo de la silla que
» ocuparon los Leandros y los Isidoros, se dejará tostar antes
» como San Lorenzo que ceder un quilate de la autoridad divina
» con que se halla revestido por la mision de Jesucristo. » Luégo
de examinar conforme á estas sanas doctrinas los citados decretos, la necesidad de la reforma eclesiástica, la ineptitud de los gobiernos para plantearla sin autoridad del papa, y la inexactitud de que el clero católico se opusiera á su realizacion por las vias canónicas, fijó terminantemente la línea de conducta á que se ajustaba, concluyendo de esta manera : « Cumpliré y acataré
» vuestros reales decretos como humilde súbdito; pero como
» obispo ni los apruebo, ni los consiento; y si conforme me con-
» templo el mas ínfimo de los prelados tuviera el mérito de Gre-
» gorio Magno, suplicaría á V. M. que los suspendiese para
» gloria de V. M., de la nacion y de la Iglesia, sin perjuicio de
» ofrecer toda la sangre de mis venas en defensa del trono de
» Isabel II, de V. M. y las libertades de mi amada patria. »

Suma instruccion en los derechos civil y canónico, fuerza de doctrina y comedimiento de lenguaje, son las dotes principales que caracterizan esta representacion enérgica al par que respetuosa; iguales cualidades campean en el folleto que comenzó á

imprimir en 1841 sobre la *Incompetencia de las Córtes para el arreglo del clero, y necesidad de un nuevo concordato;* en las esposiciones dirigidas al regente del reino duque de la Victoria en 16 de julio y 20 de agosto del mismo año sobre que el *regium exequatur* no es estensivo á los breves conformes á los cánones y á la disciplina recibida de la Iglesia, y sobre ser obligatoria á los prelados la decision del papa relativa á la imposibilidad de ser nombrados los obispos electos gobernadores de las diócesis por los cabildos. Años despues con profundidad y circunspeccion no menores compuso una obra, la *Independencia constante de la Iglesia hispana,* y dejó comenzada otra, el *Ensayo sobre la influencia del luteranismo y galicanismo en la política de la córte de España.*

Al comenzarse la publicacion del folleto sobre la *Incompetencia de las Córtes para el arreglo del clero,* estuvo á pique de ser conducido violentamente ante un jurado ilegal y hasta tumultuario de la isla de Tenerife. Súpolo el dia de San Pedro de 1841, y lejos de alarmarse con la noticia, fió piadosamente en que la intercesion de los santos apóstoles le salvaria de aquel peligro inminente y nuevo, y humanamente hablando, sin salida; pues hasta las autoridades de las Palmas, conocedoras de su justicia, y sus amigos y allegados, le aconsejaban la comparecencia para evitar mayores males, y aun le estrechaban con el ejemplo de Jesucristo. — « A cuyo recuerdo respondí (palabras textuales » del prelado), que le tenia bien presente, y además que los de- » fensores de la fé serian llevados ante los reyes y presidentes ó » gobernadores, pero que esto era muy diferente á comparecer » delante de una junta de motin, sin letras ni autoridad perma- » nente, y de inferior categoría. Los apóstoles, añadí, fueron » muchas veces insultados por el pueblo, pero siempre juzgados » por los reyes, los prefectos y gobernadores; y así me entrega- » rán á la fuerza cargado de cadenas, pero mis labios no se des- » plegarán delante del jurado. » Una real órden, declarando la nulidad de este el 12 de junio, le sacó del conflicto, cuyos mas peligrosos incidentes no hubieran alcanzado de cierto á domar su noble entereza.

La necesitó meses mas tarde por mandársele comparecer ante el Tribunal supremo de Justicia, de resultas de la publicacion del folleto, aunque despues no se tomara en cuenta, y de las citadas esposiciones al regente duque de la Victoria. Como piezas del proceso figuraron tambien una manifestacion al cardenal arzobispo de Sevilla, señor Cienfuegos y Jovellanos, y un oficio al párroco y mayordomo de fábrica de Teror, documentos ambos escritos por el obispo de Canarias. En el primero, á consecuencia de haber leido en la Gaceta que los fiscales del Tribunal supremo

de Justicia daban por sentada la conformidad de la Iglesia hispana en que los electos para las sillas vacantes sean nombrados vicarios capitulares y gobernadores por los cabildos catedrales, remitia á su prelado una *fórmula* adecuada á la disciplina de la Iglesia, para desengañar públicamente á cuantos hubieran incurrido en equivocacion semejante. En el segundo, habiéndole pedido instrucciones el párroco de Teror acerca de lo que debia hacer relativamente á la entrega de los bienes del cerco para su venta, le respondia lo siguiente: « Sobre la consulta delicada, » que vd. me hace insertándome el escrito que le ha pasado el » señor alcalde constitucional, relativo á la real instruccion sobre la toma de posesion de las escrituras y bienes del clero, » lo único que puedo decir es, que he representado al gobierno, » oponiéndome á la medida general, y denegando mi consentimiento, para no ser responsable á Dios ni á los hombres de su » ejecucion; y así lo tendrá vd. entendido y se lo hará saber á la » autoridad que le ha oficiado, sin dispensarse de ningun modo de » esta manisfestacion en descargo de nuestra mútua conciencia; » y si no obstante la declaracion insistiese en llevar adelante la » entrega, la verificará vd. sin oponer obstáculo, quedándose con » las contestaciones para lo que hubiere lugar en derecho. »

Cuando se notificó al obispo de Canarias la real provision que le mandaba comparecer ante el Tribunal supremo de Justicia, solo se detuvo lo indispensable para nombrar gobernardor de la mitra, y adquirir dinero con que emprender el viage. La formacion de su proceso fué en mayo de 1842; don Antonio Fernandez del Castillo, quien le tomó la declaracion indagatoria y la confesion con cargos, como juez instructor de su causa. Ante todo, el prelado puso en manos del juez una protesta manifestándose dispuesto á contestar á la demanda por palabras ó acciones sometidas á la jurisdiccion civil, aunque fueran de las comprendidas en las inmunidades de su categoría; pero pronto á sufrir todo género de penalidades, privaciones, cárceles y tormentos, antes que degradar su dignidad episcopal entrando en controversias sobre sus representaciones pertenecientes á la doctrina, inteligencia é interpretacion de los concilios, de las decretales ó la disciplina del gobierno de la Iglesia. Sin dificultad admitió el juez instructor la protesta, pero reconvenido por el Tribunal supremo, devolviósela al prelado, quien la recogió para que no le parara perjuicio, á condicion de que se le permitiera verter su contenido en las respuestas al interrogatorio; y así lo hizo efectivamente.

Fuera prolijo seguir paso á paso las declaraciones indagatorias que el reverendo obispo de Canarias prestaba en casa del juez instructor del proceso, bien que no se puede omitir un incidente

muy notable. Tomándole el juez la confesion con cargos, y aludiendo á las variaciones introducidas por las vicisitudes de los tiempos acerca de la adquisicion, distribucion y enagenacion de bienes de la Iglesia, dijo : — « En cuya ampliacion no debo » ocuparme, porque la notoria ilustracion y vastos conocimientos » de V. S. I. esceden á los mios. » — « Protesto (repuso interrumpiéndole el digno prelado) contra ese elogio perjudicial á » mi defensa, por cuanto el timbre glorioso de la religion con» siste en que los talentos mas humildes y medianos, conducidos » por el espíritu de la verdad, son capaces de sostenerse contra » los mas elevados que apoyan sus discursos en el error y falsas » teorías. » — Oyéndoselo referir con mucha posterioridad, pude vislumbrar el tono inspirado con que manifestó su confianza en la promesa del Evangelio.

Nada habla mas alto en favor del insigne obispo de Canarias que la acusacion fiscal primera, reducida en sustancia á demostrar que no habia opuesto resistencia á las disposiciones gubernativas limitándose á usar del derecho que le asistia para representar contra ellas como ciudadano y prelado, por lo cual pidió que se sobreseyera en la causa, y que su formacion no perjudicara á la buena opinion y acreditado concepto á que por tantos títulos se habia hecho acreedor este digno obispo. Mas ya fuese por hacer un alarde de inútil fuerza, ó por no confesar la impremeditacion con que se habia obrado en este negocio, la sala segunda del Tribunal supremo falló que no habia lugar á sobreseer en la causa, que se hacia cargo al obispo de lo que resultaba de ella y que se le entregara por el término ordinario para su legítima defensa. Pronuncióla muy bsillante don Fermin Gonzalo Moron, discípulo que habia sido del prelado en la universidad de Sigüenza; y todo paró en que, atribuyéndole culpas que no resultan de la causa, se le condenara á dos años de confinamiento, que fué á pasar por eleccion suya á Sevilla.

De alguna manera habian de salir los jueces del atolladero en que estaban metidos, y sin ejemplar que se le parezca en nuestra historia. Lo escribe así quien está muy bien enterado del famoso espediente contra don Isidro Carvajal y Lancaster en tiempo de Carlos III; prelado muy respetable, pero que, cediendo á estrañas influencias, denunció hechos que eran inexactos, con destemplanza y hasta acrimonia; y que, así y todo, no pasó por las vejaciones que el gran prelado de Canarias.

A pocos meses de estar en la residencia que habia elegido, acaeció el levantamiento de 1843 contra el regente duque de la Victoria, y el bombardeo de Sevilla, durante el cual don Judas José Romo tuvo á su cargo los hospitales. Despues continuó sus tareas á favor de la independencia de la Iglesia española y de la

celebracion de un concordato, cabiéndole el timbre de proclamar esta necesidad antes que otro alguno; y pudo esponer libremente sus opiniones.

Por cierto no las suscribiria todas el que hace su elogio. Deplorables son los estravíos revolucionarios, y en materias eclesiásticas sobre todo; pero justo es tener presente que las revoluciones solo se evitan no resistiendo con teson injustificable las reformas precisas y reclamadas por varones de suma piedad y doctrina. Dos siglos y medio, y á presencia del Santo Oficio, habian estado clamando españoles de mucha nota contra la acumulacion de bienes raices en manos muertas, contra el excesivo número de eclesiásticos seculares y regulares, contra las providencias que permitian á los jóvenes, segun la ley eclesiástica, renunciar su libertad pronunciando los votos religiosos en edad muy anticipada á la en que la ley civil les autorizaba para disponer del don menos apreciable de su fortuna, y nada se habia logrado. Todo se habia dicho y repetido y dilucidado antes de que las memorables córtes de Cádiz renovaran el sistema que en tiempos antiguos rigió á España; y la resistencia proseguia sin aflojar poco ni mucho. De aquí provinieron los sucesos que contristaron al venerable obispo de Canarias, quien sin duda usó de sus legítimas prerogativas elevando instancias al trono; y por tanto distó mucho de merecer enconadas persecuciones, que solo han servido para acrisolar mas y más su glorioso blason de prelado.

Lo estraño es que despues de haber padecido y mientras aun se desvelaba por sostener la independencia de la Iglesia y por anudar las relaciones con Roma, salió á impugnarle un religioso mercenario. Fray Magin Ferrer se llamaba, y ha muerto de secretario del señor arzobispo de Burgos. El espíritu de la impugnacion y su tono revelan en el padre Magin un fraile del corte de los que en 1823 profanaron la cátedra del Espíritu Santo con sanguinarias predicaciones, y fomentaron la *Sociedad del Angel exterminador;* y de los que en 1833 se declararon por don Carlos; y de los que, cegados siempre con las cataratas del fanatismo, están condenados á no olvidar lo que aprendieron sin exámen largo ni corto, y á no aprender lo que ya enseña hasta la atmósfera que se respira. Yo á la verdad no conozco ningun escrito polémico ultramontano que no se resienta en el lenguaje de tosquedad y mala crianza, fuera de la inconsistencia del raciocinio, que podrá parecer solidez á otros. En la impugnacion de fray Magin Ferrer á la *Independencia de la Iglesia hispana, y necesidad de un nuevo concordato*, se ven todos estos defectos de relieve. Una sátira que ridiculizara al autor y á la obra era sin duda la contestacion que merecia, y acaso en la impresion primera se

le pasó así por la mente al señor obispo de Canarias; pero como se dominaba de tal modo que la reflexion templaba su vivacidad en el instante, se resolvió á tomar la pluma y á desvanecer sus errores con ardor, pero sin encono. Varias cartas, que forman un tomito en octavo, escribió por el año 1846, y fechadas diversamente en Madrid, Cañizar y Guadalajara, con argumentacion tan vigorosa y contundente, que el padre Magin no halló mejor arbitrio que el del silencio. Este libro fué el primero del señor Romo que llegó á mis manos; lo empecé á hojear por curiosidad, y seducido al pronto por la claridad, pureza y fluidez del estilo, y cautivado despues por la bondad intrínseca y la trabazon lógica de las ideas, rematé rápidamente la lectura, quedándome con anhelo de conocer todas las producciones de un autor que tan correcta y sóbriamente escribía dictando; y debo declarar que ellas me enseñaron la manera de abandonar los arcaismos, por cuyo uso me habia apasionado sobremanera, para huir de los neologismos, que detesto con toda mi alma.

Vacante en 1847 la sede arzobispal de Sevilla por fallecimiento del señor cardenal Cienfuegos y Jovellanos, tan achacoso de años atrás que no pudo volver á ocuparla, aun cuando se le alzó el destierro que padecia en Alicante, fué presentado para sucederle don Judas José Romo. De esta eleccion acertadísima cabe la mayor parte de gloria á don Florencio García Goyena, ministro á la sazon de Gracia y Justicia, y que si en tiempos no muy remotos hubiera llegado á tal puesto, lo conservara hasta la muerte por su honradez acrisolada y la superioridad de sus luces, que le equiparan con los esclarecidos varones cuya imperecedera nombradía data de la época de Carlos III. Y sea dicho para mayor honra suya, que hizo la eleccion á que se alude sin haber tratado nunca al elegido.

Luego de recibir las bulas y el palio, fué el señor Romo á su nueva silla, de la cual tomó posesion el año de 1848, y á 4 de abril, dia en que conmemora la Iglesia á San Isidoro, que la ocupó con tanto lustre. Entonces tenia ya el nuevo arzobispo muy cerca de setenta años; pero gracias á la salud privilegiada, á la buena fibra, á la alta capacidad y al gran celo que Dios le habia concedido y se dignaba conservarle, podia consagrarse de lleno al cumplimiento de obligaciones muy acrecentadas tras de una época turbulenta y debiendo regir un rebaño que tuvo largos dias al pastor ausente.

Muy poco despues de llegar á Sevilla pudo abrir el Seminario Conciliar de San Isidoro, leyendo un excelente discurso en que probó la necesidad de establecimientos de aquella clase y que la Iglesia ha sido siempre la antorcha de las letras. No creo que este seminario tenga semejante en España; de seguro gabinete

de física igual al suyo no lo hay en otro; y si no me es infiel la memoria, es debido á la donacion hecha por cierta persona acomodada, que así quiso rendir un homenage de respeto á este insigne arzobispo. Sabiendo que la predicacion es uno de los mayores deberes de la prelacía, y que para esto habia autorizado la costumbre en la catedral de Sevilla bastante aparato, por lo cual sin duda no recordaban los mas ancianos de la ciudad haber oido la palabra divina en boca de ninguno de los prelados á quienes habian conocido, el señor Romo anuló virtualmente ceremonias extraordinarias, subiendo al púlpito una fiesta (creo que la de la Conversion de San Pablo), con grande júbilo de los fieles, que desde entonces lo experimentaron á menudo.

Tres visitas pastorales hizo por los años 1849, 1851 y 1853, durante su breve pontificado; en las dos primeras á mas de doscientas poblaciones, y en la última á todas las de la provincia de Huelva, embarcándose hasta siete veces y yendo á puntos por donde no habia memoria de que hubiera pasado ninguno de sus antecesores. Acabada de empezar la visita postrera, cuando le afligió la infausta nueva de la miseria de Galicia, é inspirándole su ardiente caridad lo que luego dispuso la junta creada en la córte para aliviar á los infelices gallegos; dirigió una breve y sentida circular á todo el clero de su arzobispado. Lo sustancial de ella se halla en esta frase de entrañable ternura. *Jesucristo llega á nuestras puertas pidiendo un bocado de pan. ¿Quién cerrará los oidos al Hijo de Dios?* Y tras de pronunciarla añadió el ejemplo á la doctrina, desprendiéndose de cuanto pudo.

De Sevilla salió varias veces, ya á consagrar al obispo de Guadix, señor Arbolí, ya á inaugurar en Sanlúcar el santuario de Nuestra Señora de Regla, restaurado á costa de la señora infanta y de su esposo, ya á depositar piadosamente en el sepulcro al obispo de Cádiz don Domingo de Silos Moreno, de muy digna memoria, ya á bendecir el ferrocarril de Jerez de la Frontera al Puerto de Santa María. Como laborioso y robusto y ágil á pesar de sus años, atendia puntualmente á todas las obligaciones de la mitra; faltóle solo tiempo en que dar vado á su inextinguible aficion literaria. De ella dió inequívoco testimonio no haciendo caso de etiquetas y apresurándose á visitar á don Alberto Lista, ya muy enfermo cuando el señor Romo tomó posesion del arzobispado, y sin vida á los pocos meses.

Un *Dictámen práctico sobre las monjas*, y un *Discurso sobre la Inmaculada Concepcion de María*, dió á luz en 1850 el cardenal don Judas José Romo, admirando en el primero á las religiosas capuchinas y á las de Santa Teresa, cuya vida comun hubiera deseado para todas; y mostrándose en el segundo teólogo muy consumado y favorable á la declaracion dógmatica de este ve-

nerando misterio. Ya postrado en el lecho de muerte, supo lleno de alborozo que sus deseos estaban cumplidos. *Solo siento* (dijo) *que mi enfermedad no me permita predicar en la funcion que con este motivo ha de celebrarse en mi Santa Iglesia.*

La salud de este gran prelado español comenzó á sufrir deterioro de resultas de sus trabajos y desvelos en la última pastoral visita. A fines de otoño de 1833 cayó enfermo, y muy grave, aunque nunca se creyó de peligro; pero se repuso completamente y en términos de asistir todos los domingos y dias solemnes al coro de su catedral, y de haber celebrado los oficios de la última Semana Santa. Al terminar los muy largos del jueves, le pregunté cómo se sentia, y me respondió jovialmente que *en disposicion de celebrar otros iguales*. Y en seguida sirvió la comida á doce pobres, y despues de hacer muy de prisa la suya, fué á lavarles los pies á la catedral, y acabado el sermon del Mandato, visitó las estaciones con los seminaristas; y por último se estuvo toda la tarde á un balcon de su palacio adorando las imágenes que sacaron aquella tarde varias cofradías en tres diversas procesiones; y todo sin experimentar síntomas de desazon ó cansancio.

Tan fuerte se sentia, que inmediatamente despues de Pascua le ocurrió predicar el dia de la Ascension en su Santa Iglesia, y se puso á estudiar el asunto y á escribir el sermon recatándose de sus buenos familiares por temor de que, á impulsos del gran cariño, le estorbaran realizar el santo proyecto. Lo llevó finalmente á cabo, y de suerte que en 29 de mayo tuvo la bondad de escribirme: — « Prediqué, en efecto, el dia de la Ascension con » feliz éxito por mi parte, pues, habiéndome cansado un poco en » el final del último sermon, temia que me sucediese lo mismo; » pero gracias á Dios, conservé la voz entonada é igual hasta la » última palabra, de lo que infiero que tendria ahora mejor pe» cho..... Se me olvidaba decir á vd. que el sermon duró, por el » relej puntual de Floren, puesto al Bendito y alabado, cuarenta » y seis minutos. »

Si la duracion y la no fatiga deponen de la escelente fibra del Eminentísimo señor Romo, no obstante *los setenta y cinco enemigos fulminantes*, como solia llamar á sus años, de su lozanía mental da pruebas la profundidad de este su último producto. Su plan consiste en probar hasta la evidencia que la Ascension de Jesucristo nos revela su divinidad, de consiguiente el triunfo de la Iglesia hasta el fin del mundo, en que ha de descender con la misma magestad á juzgar vivos y muertos. Desenvolviólo con suma copia de doctrina, comtemplando en lo acaecido sobre el Tabor, dos prodigios principales y muy diversos entre sí; el uno perteneciente á la parte material y visible del maravilloso suceso

sujeta á los sentidos, y el otro á la invisible moral correspondiente al entendimiento. De tan brillante modo coronó su carrera apostólica el cardenal arzobispo de Sevilla, cuyo acento no habia de resonar mas bajo aquellas bóvedas sagradas.

Antes de llegar á mis manos su sermon excelente, y contento al saber que habia podido predicarlo, dirigíle el siguiente soneto:

¿Con que otra vez cristiana muchedumbre,
La hispalense basílica llenando,
Mostró de su pastor al venerando
Acento edificante mansedumbre?
¡Cuál brotaria la celeste lumbre
De su mente inspirada, y de su blando
Pecho qué suave tono contemplando
Del excelso Tabor la santa cumbre!
La frente cana, el plácido semblante,
Cuya viva expresion la edad no altera,
Animándose al brillo rutilante
De la divina gracia, lisongera
Y solemne, y magnífica y triunfante
Vision le fingirian de otra esfera.

No lo dije así arrebatado de entusiasmo, sinó haciendo memoria de la impresion que me causó verle practicar el Viernes Santo una patética ceremonia, segun costumbre de la catedral de Sevilla. Contemplándole bajar desde el altar mayor al coro con los pies desnudos y una cruz del tamaño natural á cuestas, y agobiado naturalmente por su peso, y tenderla en medio del coro, y adorarla con fervoroso recogimiento, me pareció como que orlaba sus canas sienes la auréola de los bienaventurados.

Unos dias se fué á pasar el purpurado venerable á su palacio de Umbrete en los primeros dias del último verano, pensando girar una pastoral visita hácia la comarca de Arcos y Bornos; pero sintióse indispuesto, y le obligó á hacer cama la enfermedad que, despues de varias alternativas de esperanza y de abatimiento para cuantos le respetaban y querian, ha puesto fin á su fructuosa y admirable existencia. Lo que no tuvo alteraciones fué la tranquilidad de espíritu del paciente aun en su muy larga agonía, y conservando la razon entera hasta el último instante.

Muchas lágrimas arranca su muerte; que tal es el bendito privilegio de los varones virtuosos y sabios como el cardenal don Judas José Romo, y que por la dulzura de su índole generosa y pulida á beneficio de una educacion esmerada saben ganarse amigos, y que por lo compasivos y limosneros miran á los pobres como hijos suyos. Las pingües rentas que el arzobispado de Sevilla tuvo en lo antiguo no hubieran bastado al cardenal insigne para aliviar necesidades y promover toda clase de beneficios, y sobre todos el de la cultura de las ínfimas clases; la dota-

cion muy escasa de ahora y su patrimonio particular tuvieron siempre tan digno empleo. Para sí necesitaba de muy poco, habituado á la decorosa modestia característica de los prelados españoles hasta cuando valian considerablemente las mitras en bien de los menesterosos y los aplicados. Madrugaba mucho, oraba á solas, oia misa á uno de sus capellanes, la decia en seguida, se desayunaba y se dedicaba al trabajo y á recibir á los que le visitaban haste las dos y media en que comia; luego de reposar en el sofá de su gabinete unos breves minutos, iba á pasear á algun punto solitario los dias en que no asistia al jubileo ó á los hospitales; y antes de anochecer volvia á su palacio, donde no tenia mas tertulia que la de sus familiares, y despues de leer algo y de orar de nuevo, se recogia cerca de las once. Su libro predilecto para elevar la mente á Dios, y nunca faltaba sobre su mesa al pie de un crucifijo, era el *De la oracion y meditacion* de Fray Luis de Granada.

Las ideas políticas del cardenal don Judas José Romo se habian modificado naturalmente á vista de los desengaños funestos que lloran todos los buenos patricios. Ocioso es decir que hombres de la elevacion de miras de este gran prelado, no se deleitan soñando la restauracion de lo antiguo que, sobre ser imposible, no traeria á este siglo venturas que no produjo en los anteriores correspondientes á la edad moderna y con aplicacion á España. Lo que el último arzobispo de Sevilla anhelaba, consta por estas palabras de su pluma. — «En el supuesto de habernos demostrado una triste experiencia que la variacion de forma de gobierno aumenta los males en vez de minorarlos, puede presagiarse con bastante fundamento que, si una juventud ilustrada preparase la reaccion universal de las ideas, si llegase á enseñorearse de la opinion pública, y á presidir para dicha de la humanidad al gobierno de las naciones, relegará imperiosamente al lado de los libros de nigromancia las teorías de los antiguos publicistas; y abriéndose un camino nuevo á la ciencia política, cifrará todo su intento, no en mudar arbitrariamente á cada instante la forma de gobierno, sino mas bien en perfeccionarla con inteligencia, adoptando para el efecto las bases convenientes y fundamentales que afiancen, juntamente con la dignidad augusta de los reyes, la noble libertad de las naciones y la independencia de la Iglesia.»

Casi queda ya dicho lo que va á finalizar este pobre homenage á la memoria de un varon tan esclarecido como el cardenal Romo. Ni perteneció al número de los que aplaudieron con el abate Gaume la condenacion de los clásicos griegos y latinos para la enseñanza; ni al de los que ayudaron al señor Gonzalez Romero á arrancar la facultad de teología de las universidades españolas;

ni al de los que ven cifrada la ventura de Europa en el triunfo de Rusia; ni se avino jamás con el órden de ideas que significan todas estas cosas. Contra lo primero discurrió admirablemente al abrir el curso de 1852 en el seminario conciliar de Sevilla; contra lo segundo en sus representaciones al gobierno; contra lo tercero en sus conversaciones cotidianas.

Modelo de ciudadanos y de obispos el cardenal don Judas José Romo, expansivo en los afectos, noble en las ideas, recto en las obras, era imposible verle y no venerarle, tratarle y no quererle, conocerle á fondo y no celebrarle. Tampoco hoy puede el que esto escribe traer su nombre á la memoria sino con el llanto en los ojos.

DON EUGENIO DE OCHOA.

DON ALBERTO LISTA.

España acaba de perder una de sus mas puras y brillantes glorias modernas. Segun leemos en los periódicos de Sevilla, el dia 5 del actual, á las nueve de su mañana, falleció en aquella ciudad el sabio humanista, profundo matemático y gran poeta D. Alberto Lista.

Esta nueva dolorosa, por mas que la hiciesen ya muy temible su avanzada edad y las noticias que de algun tiempo á esta parte se tenian en Madrid de las graves dolencias que le aquejaban en estos últimos meses, ha llenado de luto el corazon de los hombres ilustrados de todos los partidos, y muy señaladamente el de los muchos que en él veian, no solo una inteligencia de primer órden, mas tambien un maestro querido, un amigo á toda prueba y casi un segundo padre. Eralo en efecto para sus numerosos discípulos el Sr. Lista; y es seguro que no hay uno solo entre los muchos á quienes ha cabido la suerte de recibir sus lecciones, que no conserve en el fondo de su alma un sentimiento dulcísimo de veneracion y de cariño filial á la memoria de aquel sabio tan indulgente, de aquel hombre superior tan sencillo y tan bondadoso, que no sabemos si debia mas aun al tierno afecto que inspiraba á sus alumnos, que á la luminosa claridad de sus explicaciones, los sorprendentes resultados que constantemente obtuvo en el ejercicio de la enseñanza.

Trece años de edad contaba D. Alberto Lista cuando abrazó públicamente la honrosa carrera del magisterio, fenómeno de aplicacion y precocidad único en los anales del entendimiento humano. El don de la enseñanza era, puede decirse, ingénito en Lista: como habia nacido poeta, habia nacido maestro; naturaleza eminentemente expansiva y amorosa, nunca era mas feliz que cuando, en medio de su cátedra, veia en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes, pues su conversacion, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso contínuado, ya de alta moral, ya de filosofía, ó de historia, ó de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que habia algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres, de la inteligente y fiel falanje de sus discípulos mas queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducia entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Aténas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndolas, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creacion: otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginacion de veinte años, y á la par que nos instruia en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadirémos que le gustaba alternarlas con festivos episodios. En tales ocasiones, desaparecia el maestro y quedaba solo el compañero, el hermano; pero revestido siempre de la autoridad de un padre. Desde las primeras lecciones nos tuteaba á todos: no parecia sino que, en su mente, el ejercicio de la enseñanza debia establecer por necesidad entre el maestro y sus alumnos una especie de parentesco intelectual, al que él por su parte nunca fué infiel: y en este sentido solia decir donosamente á uno de sus mejores discípulos de matemáticas, Don Alejandro Bengoechea, hoy catedrático de esta asignatura en la universidad de Madrid: Tus discípulos son *mis nietos*. Su memoria era prodigiosa: muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar en la conversacion algun pasaje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto. Era particularmente apasionado de Virgilio entre los latinos, de Rioja y

Calderon entre los españoles. « *Pensar* como Rioja y *decir* como Calderon » era su divisa poética, la fórmula en que cifraba la perfeccion del arte. ¡Cuántos sin duda, al leer estas líneas, recordarán con tristeza aquellos dias de su juventud estudiosa, en que, como á nosotros, les era dado disfrutar del trato íntimo y familiar de su inolvidable maestro, y darian testimonio, si preciso fuera, de la verdad de estos pormenores!

Lista es el hombre que ha ejercido mayor y mas saludable influjo sobre nuestra época en España : este es acaso su título mas glorioso. Como matemático, como publicista, como literato, tiene rivales que le disputan la palma ; como hombre de prestigio y de influencia sobre sus contemporáneos, como autoridad, no los tiene. Bajo este concepto, sobre todo, creemos que le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros dias. Ella dirá la parte que corresponde á Lista en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él, y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto. Opuesto por temperamento y por conviccion á todo linaje de violencia y de intolerancia, lo mismo en literatura que en filosofía y en política, siempre enseñó á sus alumnos doctrinas ajustadas á una libertad racional, las mismas que brillan en todos sus escritos. En literatura, era tan contrario al rigorismo exclusivo de los preceptistas del siglo XVIII, como á la desenfrenada licencia de los modernos románticos franceses. Tolerante con todas las opiniones sensatas, liberal en política, solo era inexorable con la irreligion y la anarquía. En toda clase de materias, el órden era su ídolo. De aquí su pasion por las matemáticas, que él llamaba la *ciencia del órden*, y que en este concepto, valiéndose de un paralogismo ingenioso, asimilaba casi con la poesía, que es la ciencia de la belleza, la cual en último análisis no es mas que la armonía suprema, el órden por excelencia. No es dudoso que estas opiniones del maestro ejercieron una influencia decisiva en el ánimo dócil de sus jóvenes alumnos; á nuestro juicio, no tienen otro orígen esas ideas de órden que por lo general hemos visto predominar en las cabezas de aquellos jóvenes que ya son hombres, y de los cuales hay muchos que han ocupado y ocupan en el dia los primeros puestos del Estado. Por eso creemos que cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará muy en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido D. Alberto Lista : un historiador sagaz verá en él, mas que un poeta excelente, un director de ideas. Por lo tocante á nuestra historia literaria, Lista será en ella lo que seria en la historia de las artes un hombre que uniese á los timbres del Peruggino los laureles de Rafael.

Arrastrado por la corriente de nuestras revueltas públicas;

precisado como todos los hombres notables de su tiempo, á tomar una parte activa en nuestras tristes luchas de partido; alistado por fin algunas veces, aunque siempre á su pesar, bajo las banderas de la política militante, Lista ha descendido al sepulcro, á la edad de 73 años, sin contar un solo enemigo; ¡privilegio inaudito en este siglo de volubles pasiones y de largos cuanto injustos rencores! Esos rencores que no han respetado á otros nombres igualmente insignes en virtud y en letras, y que todavía velan sobre las recientes sepulturas de algunos célebres varones, lumbreras de nuestra época, se ven desarmados ante el nombre tan puro y ante la sepultura veneranda de D. Alberto Lista, protegidos uno y otra por el amor de toda una generacion agradecida. Lista no tenia ni podia tener enemigos, porque no sabia hacer daño, ni era capaz de aborrecer: alma sin hiel, ni aun en el duro ejercicio de la polémica periodística olvidaba un solo instante su mansedumbre nativa. Gustábanle empero las luchas de la dialéctica en todos los terrenos, pero solo como un noble ejercicio de la inteligencia: era fogoso y diestro en el ataque, pero nunca se valia mas que de armas corteses; nunca en las justas políticas á que mas de una vez le llevaron la conviccion y la necesidad, hizo uso de aquellas flechas mortales que llevan empapada en veneno la acerada punta. Lo mismo en las lides literarias que en las políticas, jamas mojó su pluma en el fango de las pasiones ruines. Digno y benévolo juntamente, sabia juzgar con severa rectitud, censurar sin acrimonia, aconsejar sin pedantismo dogmático, y sobre todo, elogiar con efusion. Sus alabanzas eran poderosos estímulos; estímulos eran tambien sus críticas, porque no humillaban, no desalentaban al que era objeto de ellas. A este arte tan difícil y por desgracia tan raro, pero que en él no era un estudio sino un efecto natural de su apacible condicion, debió el verse constantemente fuera de esas rencillas y de esos bandos en que con harta frecuencia suele estar dividido el que ya en los tiempos de Augusto denominaba Horacio con razon *genus irritabile vatum,* raza por cierto no menos quisquillosa é iracunda en nuestros dias que en los pasados. Todos los literatos célebres de su tiempo fueron sus amigos. Él lloró con sinceras lágrimas la muerte de Melendez, de Cienfuegos, de Moratin, de Hermosilla, de Clemencin, de Reinoso, de Miñano, de Búrgos, como hoy le llorarian ellos á él si vivieran, como le lloran los pocos émulos y compañeros de sus glorias que todavía le sobreviven.

Objeto preferente de entrañable cariño y de una especie de culto, fué para él toda su vida el sabio autor del *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria,* el dulcísimo cantor de la *Inocencia perdida,* D. Felix José Reinoso, ese hombre eminente para quien no ha empezado todavía (¡tal es nuestra injusticia!) el

juicio imparcial de la posteridad. Fué Reinoso su compañero de estudios: las mismas vicisitudes corrieron en sus mocedades y en sus viriles años; la misma holgada suerte les cupo en su ancianidad; solo que Lista, mas feliz todavía que Reinoso, ha cerrado sus ojos á la luz, como los patriarcas de la Biblia, *lleno de dias,* honrado y querido en su modesta medianía, dorada por la mano de un Gobierno, justo apreciador del mérito. Sus despojos mortales descansan junto á las mismas hermosas márgenes del Guadalquivir que le vieron nacer. ¡Cuántas veces, al verse por fin de nuevo en aquellos sitios amados, despues de tantas borrascas, contemplaria con delicia el venerable anciano, en sus últimos años, realizado en parte para él aquel poético deseo que expresa en uno de sus mas bellos romances (1)!

Unióle tambien desde la juventud una estrechísima amistad, nunca alterada, con el Dr. Sebastian de Miñano, cuya celebridad como escritor satírico y consumado hablista, adivinó años antes de que hubiese publicado escrito alguno, y aun la anunció positivamente en una carta dirigida al mismo desde Pamplona, en junio de 1817 (2), que original guardamos como un objeto precioso. Asociado con él y con el sabio helenista y seguro crítico D. José Gomez Hermosilla, publicó desde agosto de 1820 hasta julio de 1822 los 17 tomos del *Censor,* el periódico mas importante y mejor redactado que ha existido en España. Entre los literatos de su tiempo, estos fueron, con los señores D. Juan Nicasio Gallego, D. Juan Gualberto Gonzalez y D. José Blanco, hoy pastor protestante en Inglaterra, y olvidado del pais y hasta de la lengua de Cervantes, sus mas íntimos amigos. Si se nos preguntase ahora quiénes eran sus discípulos predilectos, no sabriamos en verdad qué responder; solo diriamos que muchas veces le hemos oido recordar con entusiasmo y con cierta especie de legítimo orgullo al malogrado Espronceda, á D. Felipe Pardo, ya hace años establecido en el Perú, su patria, y á D. Ventura de la Vega, á quien, en punto á gala y pureza en la diccion, ponia encima de todos sus jóvenes compañeros y al nivel de nuestros antiguos clásicos.

Vamos ahora á dar algunos lijeros apuntes biográficos del hombre insigne á quien consagramos estas páginas.

Don Alberto Lista nació en Sevilla el dia 15 de octubre de 1775,

(1) ¡Feliz el que nunca ha visto
Mas rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

(2) En esta carta, interesante por muchos conceptos, leemos que por entónces se ocupaba en escribir una tragedia con el título de *Galileo.* Es la única noticia que tenemos de ella.

de padres pobres (D. Francisco Lista y Dª. Paula de Aragon), que se sostenian con una fábrica de telares de seda. Al mismo tiempo que aprendia aquella profesion, hizo sus estudios en la universidad de su ciudad natal, donde cursó filosofía y teología, y se dedicó á las matemáticas, en cuya facultad sirvió de sustituto en la cátedra que está á cargo de la sociedad económica de la misma capital, á la *edad de 13 años*, segun antes dijimos; todo esto sin perjuicio de trabajar en la fábrica de telares, para sostener á sus ancianos padres y á su numerosa familia.

En 1796 fué nombrado profesor de matemáticas en el real colegio de San Telmo de Sevilla, y desde esta época se dedicó exclusivamente á la enseñanza. Fué en aquella época individuo de una academia particular de humanidades, donde se reunieron los hombres que se dedicaban en Sevilla á la amena literatura, y cuyo objeto era restablecer las ideas de buen gusto y el lenguaje de nuestros escritores del siglo XVI, restaurados en las poesías de Melendez, Moratin, Jovellanos, Quintana, Gallego y otros literatos célebres de fines del siglo XVIII. A los 28 años recibió las sagradas órdenes.

Arrojado á Francia por las tempestades políticas y restituido á su patria en 1817, obtuvo al año siguiente, por oposicion, la cátedra de matemáticas, erigida por el consulado de Bilbao; allí empezó el curso de esta ciencia que despues completó en Madrid, adonde se trasladó en 1820. Del año 20 al 23 profesó matemáticas, historia y humanidades en el colegio de *San Mateo*, del que salieron tantos jóvenes que despues han figurado en primera línea en todas las carreras. Uno de ellos ocupa hoy un puesto en el consejo de la corona. Para uso de sus discípulos de aquel colegio dió á luz su excelente *Coleccion de hablistas*, y varios tratados de matemáticas.

En 1822 publicó su coleccion de poesías, y en 1828 escribió el suplemento al Mariana y Miñana, que forma el tomo IX de la edicion de la *Historia de España* que comenzó á publicarse aquel año en Madrid. Convencido de la falta que hacia en nuestra literatura una *Historia universal*, empezó á publicar en 1829 la traduccion de las obras históricas del conde de Segur, hasta donde este autor la dejó, con numerosas adiciones, y la continuó hasta nuestros dias. Entre sus producciones mas notables, debemos mencionar su *Curso de literatura dramática*, explicado en el Ateneo de Madrid, del que por desgracia solo se han publicado algunas lecciones. En 1837 hizo una segunda edicion de sus poesías, en dos tomos, muy corregida y aumentada.

En 1838 pasó á Cádiz á dirigir un colegio; de allí se trasladó á Sevilla, de cuya santa iglesia catedral le nombró canónigo S. M. durante el breve ministerio del Sr. Egaña, y en cuya universidad

era ya decano de la facultad de filosofía desde que se hizo el último arreglo de las universidades, siendo ministro de la Gobernacion el Sr. Pidal. Las reales academias de la Lengua y de la Historia le contaban en el número de sus individuos. Desde el año 1833 estaba condecorado con la cruz de caballero Comenmendador de Isabel la Católica.

Muy reducidas son en verdad estas líneas para tan alto asunto: otros escribirán de él con la extension debida. Ya los periódicos han anunciado que la *Sociedad de autores dramáticos*, deseosa de honrar la memoria del Sr. Lista, piensa dedicarle, entre otros obsequios, una *Corona fúnebre*, que se publicará precedida de su *Vida*, cuya redaccion se ha confiado, segun hemos oido, á un jóven escritor, justamente célebre, el Sr. Hartzenbusch: mucho nos congratulamos de ello. El *Boletin oficial* de este Ministerio, dedicando este sentido recuerdo á uno de los hombres mas sabios y mas respetables que ha producido nuestra época, cumple uno de los objetos á que le destina el Gobierno, que es honrar la virtud y el saber; pero otros muchos objetos de pública utilidad reclaman el corto espacio de que disponemos. Suspendamos pues aquí este breve homenage rendido á las altas prendas morales del Sr. Lista: el tributo de afecto y de gratitud que le consagramos en el fondo de nuestro corazon, durará en él, con su memoria, lo que nos dure la vida.

19 de octubre de 1848.

FERNAN CABALLERO.

LAS ANIMAS.

Cuento andaluz.

FERNAN. Tio Romance, aquí me entro aunque no llueva.

TIO ROMANCE. Bien venido, señor D. Fernan. Viene su mercé á su casa como el sol para alegrarla. — ¿Qué tiene su mercé que mandarme?

FERNAN. Necesito un cuento como el comer, tio Romance.

TIO ROMANCE. ¡Otra te pego! — Señor, ¿se ha figurado su mercé que son mis cuentos como los dictados de D. Crispin que no tenian fin? — Su mercé me ha de perdonar; pero hoy estoy

de mala vuelta; tengo la memoria aliquebrada y los sentidos mas tupidos que caldo de habas. Pero voy á llamar á mi Chana para que complazca á su mercé. ¡Chana! ¡Sebastiana!... Caramba con la mujer! que le va sucediendo lo que al marqués de Montegordo, que se quedó mudo, ciego y sordo. ¡Chana!

LA TIA CHANA. ¿Qué quieres, hombre, con esas voces tan desamoretadas que parecen de zagal? ¡Ay! que está aquí el señor D. Fernan! Dios guarde á V. señor, ¿cómo lo pasa su mercé?

FERNAN. Bien, tia Sebastiana. ¿Vd. tan buena?

TIA CHANA. ¡Ay, no señor! que me he caido como horno de cal.

FERNAN. ¿Pues qué ha tenido Vd?

TIO ROMANCE. Lo que la otra que estaba al sol.

> Una vieja estaba al sol,
> y mirando al almanaque,
> de cuando en cuando decia:
> ya va la luna menguante.

LA TIA SEBASTIANA. No señor, D. Fernan, no es eso; que Dios y su madre no quitan carnes, sino el hijo al nacer y la madre al morir! y mi hijo, el alma mia.....

TIO ROMANCE. Calla, Chana, y no hables de Juan, que es un atallancon con mas costilla que una fragata.

TIA SEBASTIANA. No lo crea Vd. señor; no sabe lo que se dice, y va despeñado: es mas manso y loge el hijo mio, que no es capaz de decirle rape al gato. Ha servido seis años y tiene las luces espabiladas.

TIO ROMANCE. No tiene mas luces que las del dia; es un boge; ha servido, pero es como aquel que: bárbaro fué á Madrid y bárbaro volvió á venir.

FERNAN. ¿Pero qué le apura á Vd. tia Sebastiana?

TIA SEBASTIANA. ¡Señor, que no encuentra trabajo!!

FERNAN. Vamos, yo se lo proporcionaré si me cuenta Vd. un cuento.

TIA SEBASTIANA. Señor, para eso era mejor mi Juan: ya sabe Vd. las voces que tiene de buen contador, saca las cosas de su metro.

FERNAN. Sí; pero hoy no está de humor de hablar.

TIA SEBASTIANA. Es que yo...

TIO ROMANCE. Vamos, mujer, no tengas al señor aguardando como perro de cortijo; cuenta, y liberal, que tú eres capaz de hablar hasta debajo del agua.

TIA SEBASTIANA. ¿Quiere su mercé que le cuente el cuento de las Ánimas?

FERNAN. Desde luego: vamos pues con el cuento de las Ánimas.

TIA SEBÁSTIANA. Habia una vez una pobre vieja que tenia una sobrina que habia criado sujeta como cerrojo, y era muy buena niña, muy cristiana, pero encogida y poquita cosa. Lo que sentia la pobre vieja, era pensar lo que iba á ser de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacia otra cosa que pedirle á Dios que la deparase un buen novio.

Hacia los mandados en casa de una comadre suya pupilera, y entre los huéspedes que tenia, habia un indiano poderoso que se dejó decir que se casaria si hallase á una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa. La vieja abrió tanto oido, y á los pocos dias le dijo que hallaria lo que buscaba en su sobrina, que era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa que juntaba los pájaros en el aire. El caballero contestó que queria conocerla y que al dia siguiente iria á verla. La vieja corrió á su casa, que no veia la vereda, y le dijo á la sobrina que asiase la casa, y que para el dia siguiente se vistiese y peinase con primor porque iban á tener una visita. Cuando á la otra mañana vino el caballero, le preguntó á la muchacha si sabia hilar.

— ¿Pues no ha de saber? dijo la tia: las madejas se las bebe como vasos de agua.

— ¿Qué ha hecho Vd. señora, dijo la sobrina cuando el caballero se hubo ido despues de dejarle tres madejas de lino para que se las hilase; qué ha hecho Vd. señora, si yo no sé hilar!

— Anda, dijo la tia, anda, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir y sea lo que Dios quiera.

— ¡En qué berengenal me ha metido Vd., señora! decia llorando la sobrina.

— Pues tú ves cómo te compones, respondió la tia; pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello te va tu suerte.

La muchacha se fué á la noche á su cuarto en un vivo penar, y se puso á encomendarse á las Ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando se le aparecieron tres ánimas muy hermosas vestidas de blanco; le dijeron que no se apurase, que ellas la ampararian en pago del mucho bien que les habia hecho con sus oraciones, y cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres las remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al dia siguiente cuando vino el indiano, se quedó asombrado al ver aquella habilidad junto con aquella diligencia.

— ¿No se lo decia yo á su mercé? decia la vieja, que no cabia en sí de alegría.

El caballero preguntó á la muchacha si sabia coser.

— ¿Pues no ha de saber? dijo con brio la tia; lo mismo son

las piezas de costura en sus manos que cerezas en boca de tarasca.

Dejóle entonces el caballero lienzo para hacer tres camisas; y para no cansar á su mercé, sucedió lo mismo que el dia anterior, y lo propio al siguiente en que le llevó el indiano un chaleco de raso para que se le bordase. Solo que á la noche cuando estando encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor á las Ánimas, estas se le aparecieron: le dijo la una, no te apures, que te vamos á bordar este chaleco; pero ha de ser con una condicion.

— ¿Cuál, preguntó ansiosa la muchacha. — La de que nos convides á tu boda. — Pues qué ¿me voy á casar? preguntó la muchacha. — Sí, respondieron las Ánimas, con ese indiano rico. Y así sucedió, pues cuando al otro dia vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado que parecia que manos no le habian tocado, y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo á la tia que se queria casar con su sobrina.

La tia se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que le decia: pero señora, ¿que será de mí cuando mi marido se imponga en que yo nada sé hacer?

—Anda, déjate ir, respondió la tia; las benditas Ánimas que ya te han sacado de aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse pues la boda, y la víspera, teniendo la novia presente la recomendacion de sus favorecedores, fué á un retablo de Ánimas y las convidó á la boda.

Al dia de la boda, cuando mas enfrascados estaban en la fiesta, entraron en la sala tres viejas tan rematadas de feas, que el indiano se quedó pasmado y abrió tantos ojos. La una tenia un brazo muy corto y el otro tan largo, que le arrastraba por el suelo; la otra jorobada, y tenia un cuerpo torcido; y la tercera tenia los ojos mas saltones que un cangrejo, y mas colorados que un tomate.

— ¡Jesus María! dijo á su novia perturbado el caballero; ¿quién son esos tres espantajos?

— Son, respondió la novia, unas tias de mi padre que he convidado á mi boda.

El señor, que tenia crianza, fué á hablarles y á ofrecerles asiento.

— Dígame, le dijo á la primera que habia entrado, ¿porqué tiene un brazo tan corto y otro tan largo?

— Hijo mio, respondió la vieja, así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó á la novia y la dijo: vé sobre la marcha, quema tu rueca y tu huso, ¡y cuidado como te vea jamás hilar!

En seguida preguntó á la otra vieja porqué estaba tan jorobada y tan torcida.

— Hijo mio, contestó esta, estoy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano en tres zancajadas se puso al lado de su novia, á quien dijo: ahora mismo, quema tu bastidor, y cuidado como en la vida de Dios te vea bordar.

Fuése despues á la tercera vieja, á la que preguntó porqué tenia los ojos tan reventones y encarnados.

— Hijo mio, contestó esta retorciéndolos, es de tanto coser y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien habia dicho estas palabras cuando estaba el indiano al lado de su mujer, á quien decia: agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo, y ten entendido que el dia en que te vea coser una puntada me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmienta.

Y señor D. Fernan, ya está mi cuento rematado: ojalá os haya gustado.

Fernan. Mucho, tia Sebastiana, mucho; pero lo que veo es que las Ánimas á pesar de ser benditas, son en esta ocasion unas picarillas.

Tia Sebastiana. Señor, ¿y va su mercé á buscar doctrina en un cuento como si fuera un ejemplo? Señor, los cuentos no son mas que reideros, sin preceptos y sin enseñanza. De todo quiere Dios un poquito.

Fernan. Verdad es, tia Sebastiana; mejor dice Vd. con su sencillo buen sentido, que pueden pensar otros con su culto criterio; pero, tio Romance, no me voy sin mi correspondiente chascarrillo, y este á Vd. toca contarmelo. ¿No me ha dicho Vd. otras veces que todos somos devotos de santo Tomás? Pues si lo es Vd. allá van estos habanos como ofrenda al Santo.

Tio Romance. Por no desairar á su mercé....

Fernan. Pero quiero el chascarrillo, me hace falta para mi intento.

Tio Romance. Ya! su mercé lo quiere por aquello de que sin un ochavo no se hace un real; pues vamos allá. Ya que de ánimas se platica, vaya de ánimas. Habia un mayordomo de su cofradía, que era un pan perdido; siempre le faltaba un bocado como á la oveja; de manera què no tenia capa y andaba siempre dando diente con diente y aterido de frio. ¿Qué hace? sin decir chuz, ni muz, ni caqueberaque, cogió dinero del fondo de las Ánimas y se mandó hacer una capa, con la que paseaba por las calles tan en sí y tan pechisacado, como los ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Pero sucedia que no daba un paso que no le tirasen un tiron de la capa, y por mas que miraba

no veia quién; no bien se la subia sobre el hombro izquierdo cuando la tenia caida del hombro derecho; de conformidad que sin estarlo llevaba planta de borracho; por lo que se lo llevaba pata de puya.

Iba mohino, con esta gelera, y haciendo sumarios de lo que aquello podria ser, cuando se encontró con un amigo y compadre suyo, que era mayordomo de la hermandad de Santísimo que venia tan recompuesto, llenando la calle y diciendo *yo soy, yo soy*. ¿Qué tiene Vd., compadre, le dijo cuando emparejaron, que hay dias que lo veo tan pardilloso? ¿Qué he de tener? contestó este subiéndose la capa por el hombro derecho mientras se le escorria por el izquierdo; ha de saber Vd. que á entradas de invierno me hallé apuradillo; habia sembrado un pegujar y no le vi el color, mi mujer parió dos niños cuando uno que hubiese parido estaba de mas donde hay otros nueve; la costó el parto una enfermedad y á mí los ojos de la cara; en fin, me ví como las buenas mozas en cuaresma, sin un cuarto y con mas hambre que un ministro, de manera que no tuve mas remedio que emprestarle á las Ánimas para mercarme esta capa. Pero no sé qué demonios tiene que siempre que la tengo puesta parece que me están tirando de ella; tiron por aquí, jalon por allá; ni con dos clavos timoneros me se quedaria sujeta en los hombros.

Su culpa de Vd. es, compadre, respondió el otro. Si Vd. *emprestase* á un señor poderoso, grande y dadivoso como yo, no habia de andar apremiado y acosado por la deuda; pero si *empresta* Vd. de unas pobrecillas miserables y necesitadas, ¿qué han de hacer las infelices sino andar tras de lo suyo que les hace falta?

DON JOSÉ MARÍA QUADRADO.

BALMES Y PIFERRER.

El 9 de julio espiraba en Vich D. Jaime Balmes; el 25 del propio mes fallecia en Barcelona D. Pablo Piferrer. Una muerte, simultánea casi, ha acercado dos nombres igualmente puros, igualmente preciosos, si no igualmente brillantes: el uno todo inteligencia, el otro todo imaginacion; filósofo y estadista el uno, artista y poeta el otro, uníalos una misma provincia por patria,

una misma idea capital, un mismo espíritu creyente, una recíproca estima; uníanse en el corazon del que esto escribe, débil auxiliar de la noble lucha política del primero, socio y continuador de las bellas y laboriosas excursiones del segundo.

Ambos han fenecido en la flor de sus dias, Balmes de 38 años, Piferrer de 30 apenas, acercándose rápidamente el mas jóven á la madurez y virilidad de talento que el otro casi desde el principio habia ya alcanzado. Ambos veian en perspectiva un porvenir de gloria entre los mortales, de fecundidad y vida en las regiones de su espíritu: la necesidad de crear hostigábalos sin reposo; cien y cien proyectos bullian en su mente acariciados con amor, impacientes por verse realizados. Todo se desvaneció como un sueño... y ahora, ó amigos mios, descansais plenamente en brazos de la Verdad suprema, de la Belleza suma, que buscabais acá bajo con tan vivos transportes, que entreveíais con tanta lucidez, y reflejabais en vuestras producciones.

El 11 de mayo ví á Balmes en Barcelona por la vez postrera: la traduccion latina de su *Filosofía elemental* para uso de los seminarios le abrumaba, sin quitarle nada de la serenidad de su espíritu ni de la apacibilibad de su trato. Las palabras por una y otra parte salian á borbotones como comprimidas por una ausencia de dos años, la conversacion fué animada, expansiva, alegre hasta cierto punto; las materias políticas y sociales ocuparon en ella la menor parte, y la mayor el corazon. Al cabo de una hora entró á terciar en la plática el jóven literato, y entablóse una jovial y afectuosa discusion sobre las diferencias de nuestras facultades y caractéres, y sobre la vida moral que respectivamente encerrábamos, porfiando cada cual en ceder á los otros la ventaja. *Hasta la tarde, hasta la vuelta*, fueron las expresiones de una despedida que debia ser eterna. El primer anuncio que recibí de la dolencia de Balmes, no alarmante todavía, salió de la pluma de nuestro comun amigo, bien ajeno de que tan pronto hubiera de seguirle.

A tales recuerdos tiembla el pulso, anúblanse los ojos... mas ¿qué le importa al público un dolor individual? Nada mas penoso que entretenerle con las propias lágrimas; otras todavía mas acerbas en ocasion reciente he retirado hácia dentro, que encerradas en el fondo del alma la amargarán y esterilizarán miéntras viva. Sin embargo, puesto que una pena sombría y muda pudiera hoy equivocarse con el olvido; puesto que la costumbre prescribe estos homenajes hácia la memoria de los genios privilegiados, ¿cómo admirar al escritor sin recordar al amigo? ¿cómo no mezclar el llanto á la admiracion? En estos momentos de congoja no es dado á la diestra manejar con seguridad el pincel del biógrafo, el escalpelo del crítico, ni el incensario del panegirista; confún-

dense las ideas con los sentimientos, los recuerdos con los juicios, y abandónase el espíritu á la corriente de su amargura. Mi buen amigo García de los Santos con mayor sosiego ha emprendido respecto de Balmes una tarea, que la confianza mas íntima, el trato mas asiduo, y hasta la permision del difunto le ponen en estado de desempeñar mejor que nadie; básteme para cumplir con mis deseos y con la peticion de varios amigos el desahogar el corazon lacerado, el reanimar por un instante la abatida inteligencia para sentir mejor la pérdida que la abruma.

Para comprender toda la altura á que de súbito se elevó Balmes, preciso es echar una mirada al terreno en que descollaba. Antes de su aparicion, la España yacia despreciada por la Europa intelectual, y el clero vilipendiado en España como la clase mas ignorante y rutinaria. ¿Qué sudaban nuestras prensas? Diarios, folletos, centellas de talento desparramadas infelizmente en servicio de pasiones, de intereses del momento y tal vez del error, apologías de la verdad en que, con cortas y honrosas excepciones, corria parejas la exageracion de las ideas con el mal gusto de las formas; por todas partes apasionamiento, frivolidad, olvido de los buenos y sólidos estudios. De pronto aparece un presbítero catalan con su *Protestantismo* en la mano, y saca al público de su desconfianza ó indiferencia; todo el mundo lee y admira: los extranjeros no se desdeñan esta vez de hacerse traductores; y en un momento el nombre de Balmes, que no era español siquiera, hácese europeo y universal. Apénas ha habido ejemplo de celebridad tan rápida al par que tan legítima y duradera.

Con esta inmortal produccion, en que no hay cuestion histórica, moral, filosófica, eclesiástica, que no se halle tratada y resuelta con superioridad, queda el clero rehabilitado á los ojos de la España, y la España á los ojos de la Europa. El *Protestantismo* no ha tenido emuladores ni descendientes; pero tampoco los han tenido Maistre ni Bonald. Erigido aquel monumento á su fe y al mismo tiempo á la gloria nacional, Balmes miró en derredor de sí, y vió á su patria debatiéndose miserablemente entre mezquinas oscilaciones revolucionarias, perdida toda idea de lo grande, de lo justo y de lo bueno. Ya de antes habia probado trasladar desde las regiones científicas á aquel confuso campo la resplandeciente antorcha de su entendimiento; y sus dos preciosos opúsculos sobre los *Bienes del Clero* y *Consideraciones políticas sobre la España*, y los brillantes artículos de la *Civilizacion* y la *Sociedad*, habian preludiado dignamente al *Pensamiento de la Nacion*. Consumó por fin el sacrificio, bajó al palenque, enarboló su bandera, y muchos se asombraron de ver escrito en ella lo que tenian grabado en el fondo de su corazon. Entónces se agruparon en derredor todos

los elementos dispersos, se despertaron los nobles y generosos sentimientos, y ya no admiraban las verdades proclamadas, sino que tanto hubieran tardado en proclamarse. Balmes no creó la opinion nacional, pero la organizó y le dió vida. El hecho en que cifró la realizacion de su sistema, y cuyo exámen siquiera solo ha podida desdeñar la fatuidad doctrinaria, no se ha borrado de la memoria de los mismos que lo miraban con desvío, y en medio de los conflictos presentes y de los mayores que nos amenazan, vuelven los ojos á aquel conciliador proyecto para siempre frustrado, con duda ménos presuntuosa, y tal vez con tardío arrepentimiento.

Balmes ha obtenido dos triunfos que mejoran el concepto de la presente generacion. A pesar de la superficialidad de que adolece, ha leido con ansiedad sus obras sólidas y profundas : todavía el mérito puede abrir camino á la gloria, cualquiera que sea la oscuridad de donde brote; todavía puede labrarse aquella noble fortuna que sirve para apoyar su independencia. A pesar tambien del apasionamiento que domina en la esfera política, donde toda la nacion se revuelve por desgracia, los escritos políticos de Balmes son leidos sin distincion de clases ni opiniones; y al traves de las banderías mas ambiciosas ó violentas; al traves del exclusivismo, del compadrazgo, de las prevenciones de partido, se hace oir una discusion tranquila, imparcial y mesurada. En este triunfo no tenia ménos parte el escritor que el politico; una lógica irresistible, una diccion limpia y clara, aquella difícil facilidad recomendada por Horacio, eran los dotes de su estilo. Amplificaba sin pecar en verboso, y no escaseaban en él las frases incisivas, los rasgos de genio, los grandes pensamientos que son por sí solos un discurso.

En medio de tan asiduas tareas escribia el *Criterio*, libro delicioso, profundo en sus principios, interesantísimo en sus aplicaciones, que recuerda á trechos á Montaigne y á La Bruyère. Pero ¿qué mucho, si entónces preparaba tambien su gran *Filosofía fundamental*, obra magnífica y completa, capaz de ocupar la vida de un hombre, y para cuyo análisis necesitaríamos mas tiempo del que él empleó en escribirla? Examinados detenidamente y juzgados los sistemas filosóficos extranjeros, de los cuales en España no se conoce por lo comun sino el nombre, asienta su propio sistema basado en la conciencia ó íntima conviccion, y sobre estos cimientos despliégase uno y vastísimo el edificio, tocando con su cúspide al cielo. En su *Filosofía*, Balmes se anticipó á su generacion; escribióla para otra capaz de comprenderla y admirarla. Pero atento siempre no tanto á su gloria como á la práctica utilidad comun, en su *Filosofía elemental* púsola al nivel de las mas débiles inteligencias, y el deseo de proveer á las ne-

cesidades del naciente clero le sugirió la improba tarea que tal vez ha abreviado sus dias.

Acerca de la última produccion de Balmes, acerca de su *Pio IX*, solo la pasion ha dado hasta aquí su fallo; y ciertas palabras, nunca mas inoportunas que en el dia de su muerte, revelan que no ha llegado todavía la hora de la imparcialidad. Los partidos extremos reconocieron lo que desde tiempo atras quedaba mil veces consignado; que Balmes no estaba afiliado á ningunas formas políticas inflexibles, y unos se aplaudieron tan ridículamente cuanto otros se alamaron. Como estadista comprendia el grande hombre la volcanizada situacion de la Europa; como sacerdote, acudió á la defensa de su Pontífice ultrajado por imprudentes rumores. Tal vez su fantasía se exaltó en este mas que en otros de sus escritos; pasion tal vez hizo correr su pluma, pero pasion la mas cristiana, la mas pura, la mas generosa. Si unos sucesos han desmentido por de pronto alguna halagüeña esperanza que allí asoma, ¡cuán espléndidamente no han confirmado otros, mas allá de la prevision del mismo autor, las notables verdades de que abunda! ¿Dónde está esa Austria en quien tanto se confiaba? ¿Qué se hace ese viejo mundo á cuya ruinosa sombra habia de ampararse el santuario? Las predicciones de Balmes necesitan su tiempo para cumplirse; catorce meses trascurrieran desde el doble enlace, y sus siniestros agüeros empezaban á ser olvidados en el letargo de la paz, cuando sobrevino como un rayo la revolucion de febrero. El tiempo volverá por *Pio IX;* él mismo lo aguardaba, y asistia con serenidad al gran cataclismo general, llorando los males públicos, pero sin desesperar de la sociedad ni de la religion. Balmes tenia la fe y heróica humildad de Fenelon; nada empero tenia que *retractar*. Pueden tranquilizarse los que creen su muerte efecto del desconsuelo de su espíritu á vista de tamañas caidas, y de cierta confusion por no haberlas previsto á tiempo. Nadie hay aquí á quien *vengar*, todos lloran al escritor siempre noble, siempre creyente; y si hasta la envidia calla á las puertas de la tumba, ¡cuánto mas esas leves divergencias sobre *política extrangera!*

La vida de los grandes pensadores es íntima casi siempre, y aunque Balmes reunia preciosas dotes para la accion, las circunstancias no le permitieron desarrollarlas. Escrupuloso observador de las mínimas obligaciones de sacerdote, bebia en las prácticas ascéticas el vigor que desplegaba en el mundo intelectual. La distribucion de sus horas era metódica en extremo: evitaba sin rayar en misántropo toda ocasion de ponerse en evidencia; recibia con modestia los obsequios que la curiosidad ó la admiracion le prodigaban, pero su placer estaba en el trato íntimo de cinco ó seis amigos. Su conversacion era lacónica sin

adolecer de dogmáticas pretensiones; sincero en sus juicios, atinadísimo en sus consejos, profundo conocedor del corazon humano desde sus arranques mas sublimes hasta los incidentes de la vida real. Oia con deferencia las opiniones ajenas, exponia con firmeza las propias; mas bien que de lisonjeros gustaba de espíritus independientes, y realzaba á sus amigos con pruebas de la mas absoluta confianza. Su sensibilidad era exquisita; pero habia conseguido subordinarla á la razon, y sobre todo disimularla: estaba deseoso de afecto, y sorprendimos en él el delicado sentimiento de que este acaso se encaminara al escritor mas bien que al hombre. Habia sido tambien poeta, y tenia proyectos y aun trabajos sobre la amena literatura, que en su pluma no hubieran sido de mero pasatiempo.

Ningun brillo rodeaba á Balmes sino el esplendor de su mismo nombre: mejor estaba así que en alguno de esos puestos tan envilecidos, que adornado con esas condecoraciones tan prodigadas. Algunos truecan su apellido por un título, y ganan en el cambio; pero Balmes hubiera perdido, porque hay apellidos que valen una corona. Uno de los daños mas funestos á la sociedad y á las letras es el haber confundido las distinciones sociales con la grandeza intelectual: la recompensa no es homogénea; el fin y la recompensa del genio solo está en el espontáneo avasallamiento y en la direccion de los espíritus. No, lo que debíais ofrecer á Balmes no era una cruz ni una mitra, sino aquel homenaje práctico que se presta á la superioridad y nace de la conviccion. Balmes ha discutido en política, ha levantado grandes monumentos en el campo de las letras, y nada ha podido influir para mejora y para ilustracion de su pais: este es el sentimiento de que no podria consolarse ni aun con la inmortalidad de su renombre.

La índole de las tareas y el carácter de Piferrer impidieron á su celebridad tomar el rápido y dilatado vuelo que logró la de su compatricio. Cuando la juventud literaria evaporaba su númen en folletines, revistas y semanarios á cual mas efímeros y pasajeros; cuando enmudecian nuestras academias y corporaciones sabias, un jóven apénas de veinte años, solo conocido en Barcelona por algunas páginas ménos faltas de genio que de correcion, se asocia con un hombre emprendedor que aprende el dibujo solo para perpetuar en láminas los amenazados monumentos de su patria, y consagra á la realizacion de este osado pensamiento todo su tiempo y escasa fortuna. De esta asociacion nacieron en 1839 los *Recuerdos y Bellezas de España;* ensanchóse el plan en la ardiente cabeza del jóven escritor; los monumentos le condujeron á la historia, la historia le despertó la ambicion de esclarecerla con no conocidos datos y documentos. Viajaron por el

Principado, ardiendo entónces en guerra civil, los dos intrépidos artistas, uno con el lápiz, otro con la pluma en la mano: arrancan sus secretos á los archivos, su explicacion á las ruinas; y ricos con su botin dan á luz el primer tomo de Cataluña con un lujo y esplendidez nada comun entónces, y con una copia de investigaciones y un calor y belleza de estilo ménos comun todavía. Terminado su primer ensayo, con el cual se mostraba años despues harto riguroso y descontentadizo, emprendió Piferrer á los dos años el viaje y el tomo de Mallorca, desarrollándose y mejorando sus facultades con tal rapidez, que asombró á los mismos que cifraban en él las mas altas esperanzas. En 1843 emprendió el segundo tomo de Cataluña para llenar los huecos del primero; pero la extension colosal dada á su idea y otros obstáculos personales paralizaron tanto su publicacion, que la muerte le encontró aun trabajando en ella.

Hasta entónces los poetas no se habian identificado con los artistas: la descarnada descripcion de Ponz, los catálogos de Cean Bermudez y Llaguno, y las disertaciones del gran Jovellanos, en que admite ya con sobriedad algunos severos adornos, es lo único que teníamos en este género. La obra de Piferrer es un poema, es un *Child Harold* artístico; y si de algo puede tildársele es de cierta exuberancia de imaginacion y de sentimiento. ¿En qué página no se ven brillar pensamientos grandes, enérgicos, delicados? ¡Con qué maestría no pasa de las regiones del idealismo á las de la historia, y de la metafísica del arte al exámen de una institucion social á la aclaracion de un punto controvertido! El monumento se anima bajo su pluma, lo acaricia, lo pone en movimiento; desentierra del olvido el nombre de sus artífices, modestos como él é ignorados. Una arquitectura conocida apénas en España, la bizantina, le debe, merced á largas observaciones, el descubrimiento de sus reglas, de su nomenclatura, de su distribucion y místico sentido. Sí, las artes son muy deudoras á Piferrer, y no temo decirlo aunque continuador de su obra; cuanto doy á su parte inventiva otro tanto quito de la mia, y en este justo cuanto dulce homenaje experimento una complacencia superior cien veces á la del amor propio.

En 1844 ni sus achaques ni sus ocupaciones le permitian ya dar cima por sí solo á su grandiosa empresa: su alma ardiente y sensible, aunque encerrada en robusto cuerpo, llegó por fin á minarlo y á gastarlo con sus arranques entusiastas y con el incesante estudio. Su actividad redoblaba sin embargo; repartia sus horas entre la biblioteca de San Juan y la cátedra de literatura, y en 1846 produjo á la vez su metódica coleccion de los *Clásicos Españoles*, acompañada de biografías, y su revista titulada la *Discusion*, basada sobre una idea altamente creyente y religiosa,

y de la cual no aparecieron sino muy pocas entregas. Piferrer obtenia un lugar entre nuestros poetas de primer órden; en su lira alternaban los sonidos mas dulces con los mas enérgicos, é imitaba como nadie la melancolía de las cántigas populares y los giros y arcaismos de nuestro Romancero. Revolvia desde largo tiempo el plan de algunos dramas, y sobre todo de un magnífico poema; este era el objeto ideal, el amor constante de su fantasía; entreveíalo en el porvenir como un monumento de gloria, aplazábalo para una época de completa salud é independencia, y sin duda allá en sus últimos instantes le habrá dado un adios tristísimo como á una vision querida que se desvanece.

La imaginacion de Piferrer tenia el carácter melancólico y grave de las del Norte; pero la fe con su antorcha disipaba los nebulosos vapores que pudieran ofuscarla. Era su alma eminentemente cristiana, y no podia rendir culto á lo bello y á lo grande sin remontarse luego hasta Dios. Su mirada apacible, su frente despejada, su rostro pálido é interesante; en su vida interior énergico y firme, en el trato social harto tímido y modesto, prenda que le ganó el aprecio de cuantos le trataron durante su único viaje á Madrid en el postrer otoño, descubriendo en él un tipo casi no conocido del hombre literato. Inspiraba y sentia afectos vivos y constantes, y aunque se quejaba de desengaños y sequedad de corazon, revelábase este naturalmente afectuoso : amante noblemente de la gloria, lo era todavía mas de sus amigos, y no perdia ocasion de sobreponerlos á la suya. Consagrado desde su edad primera al sosten de una anciana madre y de familia numerosa que cifraba en él su apoyo, y aguerrido en las tristes realidades de la vida, eximióse de los locos devaneos y de los dolores ficticios que agitan á tantas existencias juveniles, y conservaba un no sé qué de candoroso. Aunque retraido de la sociedad, su nombre era muy popular y querido en Barcelona, especialmente entre la juventud que le reconocia como á su jefe de escuela. Su entierro fué una ovacion; las autoridades y corporaciones principales, la flor de la poblacion, acompañaron el féretro, y eso que no encerraba los restos de alguna notabilidad política ni de algun opulento fabricante.

¡Oh bueno y entusiasta amigo! yo no podré respirar el aura pura de las montañas, ni la brisa de los mares, sin acordarme de tí que les pedias en vano la prolongacion de tu existencia. Ya no oiré sin estremecerme esas baladas populares cuyas tristes y dilatadas cadencias te complacian tanto, ni esos acentos de Rossini y Bellini que trasportándote á un mundo mejor, te daban una intuicion en los arcanos mas sublimes del arte que sobre todos te vivificaba. Tu memoria me acompañará al través de las campiñas, al través de los monumentos, sin poder ¡ay! repartir con-

tigo mis impresiones; y me la recordará siempre esa obra sobre la cual mi pluma se ha suspendido un instante, como el artífice que suspende su fábrica para labrar un sepulcro al malogrado arquitecto que dió la traza, y luego se arroja con nuevo ardor á la conclusion del edificio que ha de servir de monumento inmortal á su autor primero.

Madrid, 21 de julio 1848.

DON RAFAEL MARÍA BARALT.

CRÍTICA LITERARIA.

Obras de don Francisco de Quevedo Villegas, coleccion completa, corregida, ordenada é ilustrada por don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe. Tomo I.

Comparar centenares de textos viciados por la incuria ó por ignorancia para restablecer la genuina leccion de un libro; desenterrar originales, ya casi ilegibles, para restituir su pristina pureza á la letra y al espíritu de un autor, tener á la vista todas ó la mayor parte de las ediciones de sus obras, clasificarlas con órden y método riguroso para formar de ellas un índice cronológico y una tabla completa de variantes; registrar con la pluma en la mano bibliotecas públicas y librerías particulares, ya dentro, ya fuera del reino; hacer inmenso acopio de materiales en archivos desconocidos; desentrañar el recóndito sentido de las palabras, de las ideas y hasta de las intenciones apenas asomadas en la frase á la luz de la historia del tiempo coetáneo, llevando por delante la antorcha de la etimología, y siguiendo paso á paso el hilo conducto de la vida, los hechos y el carácter del escritor, averiguar de este, dia por dia, hora por hora, les pasos, los dichos, las acciones, los escritos; y conseguir por este medio, con paciencia de santo, con laboriosidad de fraile sabio, con porfía y constancia que pasman, hacer un libro nuevo de muchos libros viejos, y un autor contemporáneo y flamante de un antiguo, ya muy olvidado, es de suyo un milagro; el milagro de resucitar los muertos y de dar luz al caos; milagro que en otro tiempo solo fué dado hacer á unos hombres que se llamaban los Benedictinos, y que hoy suelen reproducir otros que tienen nombres ingleses y alemanes.

Pero si llevar á cabo tamaña gallardía y soberano alarde de fuerza con un escritor cualquiera es, segun acabamos de decir, una maravilla de habilidad y de constancia, realizarla con Quevedo y sus obras raya en inaudito; porque para ello ha sido necesario, renunciando á la unidad de las ideas simples y de los asuntos concretos, abarcar en indagaciones de todo género un conjunto de ideas tan revesadas y complexas, como fué un complexo y revesado, al par que travieso y fecundo, el ingenio de un escritor que nos ha dejado en sus obras muestra completa de la cultura y la sabiduría de su tiempo; un espejo fiel de todas sus impresiones morales y el diario, digamos, de su vida asendereada y fatigosa. Hombre de espada y de pluma; político; negociador; poeta satírico y jocoso al par que poeta grave y culto; historiador; moralista; ascético, el Sr. de Juan Abad, aun dado que hubiese sido un hombre comun y de poco elevado entendimientos pedia por comentador, escoliasta y biógrafo un perito en nuestra habla vulgar y en nuestro lenguaje literario; un erudito familiarizado con la historia del reinado de Felipe IV y el de sus antecesores; un profundo conocedor de la vida y los escritos de los ingenios coetáneos; si hábil lo bastante para interpretar texto y comentar pasajes, suficientemente imparcial y desapasionado para fallar en justicia el largo y complicado pleito que sostuvo Quevedo con cuanto vivia á su alrededor en las esferas de la politica, de la gobernacion y de las letras. Era en efecto muy difícil arrostrar con una edicion completa por una parte, y por otra amena y popular de Quevedo; y mas difícil aun hacer al cabo de dos siglos un retrato espresivo y fiel de este fecundísimo ingenio empleando por pincel su propia pluma, y por colores sus escritos; los cuales, ó por lo viciado de las ediciones, ó por los asuntos de que tratan los mas, ó por la diferencia que hay entre el espíritu de nuestra edad y el de aquella en que él floreció, ó estaban punto menos que olvidados, ó lo que todavía es peor, mal entendidos.

Y en hecho de verdad, mientras las cuatro quintas partes de sus obras eran para los mas eruditos letra muerta, ó mera antigualla literaria, la generalidad de las gentes no recordaba á Quevedo sino como un decidor, agudo y maldiciente, menos digno de consideracion y aplauso por la delicadeza de los conceptos y el aticismo de las formas, que por la grosera, si bien incisiva y mordicante franqueza de la sátira : especie de Juvenal de la plebe, justiciero si, pero brutal y rudo como ella. Nadie pensaba en el político, ni en el historiador, ni en el moralista : sus obras polémicas tan ruidosas un tiempo; sus discursos tan encomiados, sus *Sueños* tan leidos que fueron por muchos años pasto y solaz intelectual del pueblo todo; nada, nada sobrevivia de Quevedo en

la ingrata memoria de las generaciones sino algunos dichos de travesura proverbial que debian su inmortalidad á su malicia.

¡Cosa rara! El escritor mas popular de su siglo, ha sido hasta ahora el menos conocido en el nuestro. Mientras Lope de Vega, Góngora, Calderon, Moreto y otros, nada mas que poetas, revindicaban lentamente, pero con paso seguro, sus derechos al precio y justa admiracion del público, Quevedo, poeta al par que filósofo, iba por grados cayendo en el olvido. Favorecia á los unos la necesidad de cada vez mas reconocida é imperiosa de estudiar nuestra antigua escuela dramática; el ejemplo que nos daban los estranjeros recogiendo, comprando á precio de oro, aplaudiendo é imitando sus escritos; y por fin, el instinto nacional que siempre ha visto en ellos la manifestacion mas original y espontánea del ingenio, del carácter y del espíritu español. Al paso que Quevedo calumniado en vida, y abandonado despues de muerto, sin escudo ni defensa á la accion inexorablemente progresiva de la opinion y de los tiempos, ha menguado en importancia á medida que la perdian las cuestiones á cuyo esclarecimiento dedicó una gran parte del inmenso caudal de su doctrina y su esperiencia.

Acaso el fondo de las cosas no haya variado mucho de como era en los tiempos del autor de la *Fortuna sin seso* y de los *Grandes anales de quince dias;* pero son diferentes las formas: y formas diferentes piden medios de controversia y de accion muy distintos de aquellos que dieron á Quevedo merecida reputacion de valeroso repúblico, y de censor implacable cuanto justo. Asi que por mas que sus escritos sean, como son, una mina inagotable de preciosas noticias tocante á la gobernacion y á las costumbres; por mas que en ellos veamos, como vemos, retratada mejor que en ningun otro monumento de la historia, de la literatura ó de las artes, la sociedad á la vez hipócrita y galante de su tiempo; por mas, en fin, que sea su estúdio una preparacion indispensable para el perfecto conocimiento de aquella época fatal de nuestro pueblo, es lo cierto que poco ó nada puede hoy imitarse del modo y términos que él empleaba para llevar al corazon de los magnates la hiel de sus censuras.

Por otra parte, la política ha dejado de ser una ciencia subordinada á la Teología; la Historia tiene otras condiciones, otro método, otros fines muy distintos de los que en tiempo de Quevedo constituian su estudio; la Moral misma ha perdido mucho del ascetismo que la daba aires monásticos; y libre al fin el pensamiento humano de las trabas que entonces le sujetaban y oprimian, no necesita del velo de los emblemas y las alegorías para llamar las cosas por su nombre. Con lo que y cambiadas á lo menos en la apariencia, costumbres, vicios, preocupaciones y aun lenguaje, habia llegado á ser el de nuestro autor ininteli-

gible para la mayor parte de las gentes. Del edificio colosal de su primera reputacion solo quedaban en pié los romances jocosos y picarescos, que jamás fueron para él mas que efímeros desahogos del corazon ó alegres esparcimientos del ánimo; y por uno de aquellos juegos caprichosos del acaso que confunden la humana inteligencia, el autor de *Marco Bruto* y de la *Política de Dios* debia una equivocada inmortalidad, no á los frutos, sino á los desperdicios; no á las flores, sino á lo que muy bien hubiera podido llamar él mismo las heces de su ingenio.

Quevedo era, pues, á la aparicion del libro de que tratamos un autor poco conocido, una gloria poco envidiable, un hombre mal reputado en carácter y costumbres. Solo existian escasas y muy imperfetas noticias de los hechos de su vida pública y de su vida privada : nacionales y estranjeros todos habian errado groseramente al tratar de su persona y de sus obras; y oprimido bajo el peso de la tradicion de sus estravíos de ingenio y de conducta, ocupaba en las gradas de nuestro parnaso un lugar muy parecido al que al lado de Dante y del Tasso, de Corneille y de Racine ocupan respectivamente en el parnaso de Italia y de Francia, Pedro Arretino y Rabelais.

Hoy ya es otra cosa : restablecida la pureza original del texto, que unos habian mutilado y otros añadido; desentrañadas las alusiones; descifradas las voces de invencion; aclaradas las dudas; rectificados los errores, podemos leer á Quevedo en la edicion de seguro mas correcta, limpia y bella que ninguna de los que han sido hasta ahora publicadas, inclusas las contemporáneas del autor. El juicio de sus obras, hecho á la luz de lo que estas arrojan de sí por el movimiento propio de la invencion, y de lo que deben á circunstancias esteriores, nos revela el pensamiento dominante de la escritura y nos permite leerla con el espíritu del autor y con el espíritu de su siglo, único medio seguro de hacer justicia á todos. Y para que nada falte á esta obra singular de regeneracion, una historia lata de Quevedo hecha con esquisita diligencia, con justificada imparcialidad, sumo criterio, y un primor de frase raro ya en España, nos abre la puerta al indispensable conocimiento del hombre vivo, con todo el séquito de pasiones y de intereses, de virtudes y vicios, de miserias y grandezas que constituyeron su personalidad, y que se reflejan en sus obras dando á estas genial y propio colorido.

Nada falta pues : los escritos y el escritor; el hombre y su siglo, todo se halla aquí examinado, juzgado y sentenciado. Un hombre sencillo, de fe profunda, de noble entendimiento y recto corazon, acomete la empresa de restaurar en su antiguo brillo una gloria empañada menos por el tiempo que por la aviesa mano de la codicia libreril; y ese hombre, solo, con escasos recursos,

merced á esfuerzos ímprobos cuanto perseverantes de espíritu y de cuerpo, logra levantar de pié sobre ancho y fino pedestal la estatua que yacia por tierra mutilada.

Pero ahora, cerrando los oidos al suavísimo lenguaje y variado primor de estilo con que están escritos el *Discurso preliminar* y la *Vida de Don Francisco de Quevedo y Villegas*, ¿no será permitido preguntar si en esta parte original de su trabajo ha sido el editor tan feliz como en aquella otra que solo tenia por objeto devolver su perdida integridad y pureza á la obra ajena? Profundamente poseido de la generosa idea que le ha guiado en esta empresa, ¿ha acertado á juzgar con entera libertad de entendimiento al escritor á quien, por decirlo así, resucitaba? Esa estatua á tanta costa levantada, ¿no se ha convertido para él en un ídolo; y á semejanza de todos los idólatras pasados, presentes y futuros, ¿no adora la obra que hasta cierto punto le es permitido llamar obra de sus manos?

Sobre esta duda nos limitaremos á decir que acaso pueden tenerse opiniones diferentes de las del editor; pero que es muy difícil rebatir los documentados argumentos en que tiene este cuidado de apoyar las suyas. Don Francisco de Quevedo y Villegas nos merece mejor concepto como escritor que como hombre; como poeta que como prosador; como poeta jocoso y satírico que como poeta grave y elevado.

En cuanto historiador, no ha dejado huella ninguna en la ciencia entre él y Vico; por lo tocante al pensamiento, media un abismo: entre él y Mariana ó Zurita, por lo que respecta á la diccion y al estilo, no hay comparacion posible. No tiene, como ascético, ni el nervio y la incomparable majestad de Granada, ni la dulzura é irresistible persuasiva de Leon: cualidades preciosas que son dádiva del cielo, porque manan como de fuente viva é inagotable de la nativa sensibilidad y de la fe; del corazon desprendido de la tierra y del alma embelesada en Dios. En fin, puede dudarse si siempre y en todos casos fué la política de Quevedo la del hombre justo y probo que detesta los abusos por amor desinteresado al buen órden y recta gobernacion de la república, ó si se la dió á las veces á la política del mal humor y rebeldía que distingue de un Ciceron á un Catilina.

Así y todo, Quevedo merece ser mas leido y estudiado que ningun otro autor del siglo XVII, tanto porque en todas sus obras hay un fin útil de advertimiento ó de enseñanza, como porque son para la lengua, la crónica general, la historia literaria y la de las costumbres de su tiempo, un riquísimo venero de noticias de gran curiosidad y fidedignas.

Y por lo tocante á sus servicios, grandes fueron los que al lado del ilustre Osuna prestó Quevedo á España con un desinterés

y una limpieza que no eran de aquel tiempo, y que son muy de desear en el que nosotros alcanzamos. A mas de que aun dado que en su vida pública y privada hubiese cometido errores graves; cuando no bastasen á disculparle el ejemplo de sus contemporáneos, y la probidad y el honor huidos de la sociedad y del gobierno, absolveríale por completo su muerte desdichada, que hicieron gloriosa la tiranía y la violencia, santa la resignacion y la piedad. Merced á su postrer martirio, purgó Quevedo en la última parte de su vida los estravíos de la vida juvenil y las flaquezas de la edad madura. Y todo bien considerado; pesados en fiel balanza el mal y el bien; llamados á juicio comparativo el hombre y su época, las intenciones y las obras, bien podemos decir que fué D. Francisco de Quevedo y Villegas uno de los últimos varones que aparecieron en el imperio español cuando este tocaba ya al borde de la sima en que las liviandades y bellaquerías pueriles de una dinastía impotente y caduca hundieron para siempre, con lástima de propios y de estraños, su colosal grandeza y poderío.

DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Una algarada.

¡Qué hermosa perspectiva ofrece un campamento cuyas tiendas de brocado y seda se confunden entre espesos avellanos, entre bosques de palmeras y de cidros! ¡Cuán deliciosas tintas forma el último encendido rayo del sol al caer sobre las álbeas puntas de Sierra-nevada; y cuán vivamente destella en los elevados minaretes y en los chapiteles de bruñido metal que coronan la ciudad morisca! Granada, la joya mas rica de la diadema de Boabdil, el último baluarte de su poderío, la única prenda de su esperanza, se distingue al frente del campamento cristiano, envuelta en los mágicos vapores del crepúsculo de la tarde. Por entre las lejanas cumbres de la Alpujarra se alza la luna de agosto en todo su esplendor; las brisas, empapadas en el aroma de las flores y en los tesoros de las fuentes que se derraman por la inmensurable vega, refrescan el ambiente: en aquel pais reflejan, en suma, los encantos de un paraiso. ¿Quién podrá creer que se hallan frente á frente dos pueblos enemigos, animados de una saña implacable: el uno denodadamente resuelto á vengar una afrenta sustentada por ocho siglos; y el otro defendiendo las mas caras prendas del corazon, sus padres, sus esposas, sus hijos, los

parajes en fin en que se deslizaron los floridos dias de su infancia? ¿Quién, que mire el puro trasparente cielo, tachonado de estrellas que como encendidos diamantes se desprenden sobre las montañas inmediatas, podrá figurarse que este mismo cielo ha de presenciar muy pronto la desolacion y la ruina de las infinitas blanquísimas almunias y alquerías; y que las llamas han de devorar aquellos campos risueños? La noche cierra apacible y deleitosa; y el confuso eco de las cántigas de aventureros de todos los paises de Europa, interrumpiendo el solemne misterio del recinto, se mezcla con el murmurio de las cascadas y con el armónico sonido de las trompas bélicas que festejan la llegada de la reina de Castilla. Parece que este acontecimiento infunde un valor sobrenatural en los pechos de los campeones de la Cruz, quienes imaginan ver caer ya despedazadas las ferradas puertas de la Alhambra, y resplandecer la luz de Isabela en sus espléndidos salones. La entusiasmada multitud rasga el viento en vítores y aclamaciones en derredor de la régia morada; la cual la forma un elevado alfaneque al estilo oriental, cuyas riquísimas colgaduras, sostenidas con oportunidad por lanzas vencedoras en cien combates, dan lugar á lujosos apartamientos donde deslumbra la vista cuanto pudo reunir la comodidad y el gusto mas esquisito. Es un palacio de campaña, pronto á deshacerse y á aparecer de nuevo, que se despliega entre perfumados jardines, animado por cuanto habia entonces en España de noble y generoso. El brillo de Isabel llena sus espacios, como el sol los ámbitos del mundo; y la reina es el alma de todos los proyectos, de las empresas mas difíciles. Allí se mira el rayo de la guerra, marques de Cádiz, que dió honroso principio á la de Granada clavando en los muros de Alhama el pendon de Isabel; allí el de la roja cruz, maestre de Santiago; allí el que ilustró la casa de Córdoba, vencedor de Boabdil en Martin-Gonzalez; allí aquellos á quienes estaba reservada la gloria de tremolar la enseña del Salvador y el estandarte de Castilla en la torre de la Vela, el gran cardenal de España y el conde de Tendilla; y allí en fin el triunfador en Cirinola y Garellano, terror de los turcos y de los franceses. La conquista de Granada habia sido el anhelo constante de Isabel, y el blanco de sus deseos. Arrancar de raiz la raza agarena, que por tan dilatados años se habia enseñoreado de la península española; formar de ella un solo pueblo grande y poderoso; y estender por todas partes la suave y pura religion del Crucificado, habia sido la ambicion constante de la reina desde que empuñó el cetro de Castilla. Para conseguir tân nobles objetos no solo se valia de su espíritu de fortaleza, de su ingenio claro y penetrante, sino que personalmente arrostraba los peligros, y desplegaba todo el vigor de su alma, toda la intrepidez de su carácter. Isabel lo mismo

dirigia los consejos de sus capitanes, que empuñaba la espada, trocando por el luciente arnes los damascos y las galas mujeriles. Aun estaban recientes los laureles que habia ceñido ante los muros de Baza; y los soldados castellanos no sabian si era un ser humano aquella mujer que los conducia á la victoria. Los gefes le prodigaban los nombres de cristiana Palas y de invencible amazona; y todos la llamaban madre la mas cariñosa y tierna.

Isabela habia llegado al real con decidido propósito de no levantarlo hasta que, siendo Dios servido, la encantadora ciudad del Dauro y del Genil estuviese en poder de los cristianos: y como el nombre de Granada hacia vibrar siempre su corazon, le parecia mentira el vislumbrarla á dos leguas de distancia, y anhelaba vivamente poderla contemplar mas de cerca. — « Que mañana, al rayar el dia, el marques de Villena con tres mil caballos y diez mil peones tome la vuelta del valle de Lecrin; que se apodere de todos los lugares levantados, y que impida que lleguen provisiones á la ciudad del enemigo: que el marques de Cádiz prevenga una escolta poderosa que me acompañe y á las damas de mi corte; y que, ántes de amanecer, el conde de Ureña y don Alonso de Aguilar con sus batallones se apresuren á ocupar el cerro de la Zubia. » Y, dirigiéndose á Fernando, en voz que tan solo de él pudo ser oida « me ofende » le dijo « la dilacion de entrar en Granada; y para entretener el deseo, miéntras acerca el Todopoderoso tan feliz instante, quiero contemplarla como el águila contempla la estension de los mares. » — Y, volviéndose á los caballeros, añadió: « el rey, mi señor, quiere que así se haga; pero prohibe que las tropas que se acerquen á la Zubia ataquen al enemigo, y que admitan desafíos ó escaramuzas; porque no sufriria que mi curiosidad costase la vida á ningun viviente. » Estos sentimientos que Isabel ponia en boca de su esposo, eran los que hermosos y dulces abrigaba su corazon magnánimo. Jamas sonó en sus lábios el nombre de Fernando sin que se refiriese á una accion grande y noble, y sin ir acompañado de una espresion de amor ó reverencia.

El mandato de la reina inflamó de todo punto el corazon de los guerreros, que ya se prometian llegada la ocasion de venir á las manos, y hacer mas ilustres los timbres de su casa, si bien no podia ménos de acibarar su entusiasmo verse en el caso de esquivar algun notable reto ó alguna empresa á que los incitase el arrojo y bravura de los moros granadíes. — Un hombre oscuro, de hábito humilde, pero de vivos y penetrantes ojos, parecia indiferente al comun alborozo; si ya en su semblante no dejaba de entrever señales ciertas de impaciencia y despecho. Seguia con ávida mirada los movimientos del gran cardenal arzobispo de Toledo, don Pedro Gonzalez de Mendoza, de quien pendia el úl-

timo rayo de su esperanza. Un pensamiento generoso, inmenso, atrevido habia labrado por espacio de diez y siete años en la imaginacion de aquel hombre; y en aquel pensamiento se abrasaba su corazon, y aquel pensamiento era la luz de su existencia. Para realizarlo no le arredraron nunca ni las inclemencias del cielo, ni el furor de los elementos, ni las amarguras y desengaños de los cortesanos, ni el ridículo mortificador de los necios y de las medianías, ni el rigor de la miseria y del hambre. Colon habia recorrido las mas florecientes naciones de Europa; y donde quiera habia encontrado menosprecios, mofa, negligencia, felonía, ó por lo menos lástima.

Por fin late fuertemente el pecho de aquel hombre, y ya no ven sus ojos sino á la reina y al cardenal, entre quienes media una conversacion muy animada. Retírase por fin aquel prelado, á quien el vulgo llama *tercer* rey de España, á causa de la influencia que por sus talentos y virtudes tenia en los mas graves negocios de gobierno; ofrécesele Colon al paso, y logra que le prometa que, al dia siguiente, despues de la espedicion real de la Zubia, seria recibido en particular audiencia ante S. A. la reina de Castilla.

Al dirigirse esta á su cámara, fija su atencion en el oscuro personaje, como queriendo reconocerle; la marquesa de Moya le saluda con afabilidad; y una de las damas de la régia comitiva deja caer un ramo de flores, que Colon, radiante de placer, recoge presuroso. Cuando la fortuna se decide á proteger á un mortal, los favores de esta deidad caprichosa se atropellan unos á otros: y entónces para apurar sus dulzuras es pequeño el corazon humano. Colon debia hablar aquella noche al objeto de sus amores y delirios, á la mas apuesta dama de la corte, á la hermosa cordobesa doña Beatriz Enriquez, y al dia siguiente debia proponer á Isabel de Castilla el descubrimiento de un nuevo mundo.

Cuando á principios de 1486, sin otra recomendacion que la del caritativo y despejado guardian de la Rábida, se presentó Colon en la corte (que residia por aquel medio tiempo en Córdoba), miéntras seguia sus pretensiones y á los áulicos y magnates para que patrocinasen su empresa, vió y trató á la hidalga doña Beatriz Enriquez, cuyo peregrino ingenio é imaginacion viva y penetrante pudieron apreciar muy pronto el valor del olvidado estranjero. La afabilidad con que aquella señora le escuchó; el interés que mostró en el proyecto que Colon concibiera; lo que influyó para que se realizase, inflamando constantemente el espíritu de aquel hombre estraordinario, le cautivaron y rindieron de tal modo, que desde entónces el marino labró en su corazon un trono á aquella mujer que tanto habia sabido comprenderle. Muy

luego hizo el amor su oficio; y seis años de entusiasmo, de leal correspondencia, de fina galantería brillaron para los dos amantes, trayéndoles todos los encantos de un cariño el mas estremado y verdadero. Sin embargo, un sentimiento de delicadeza, tan propio de aquellos tiempos heróicos, impidió á Colon solicitar la mano de su amada, esperando con confianza segura y resignacion religiosa que vendria un dia en que pudiera enlazarse á la bella y noble cordobesa igual en timbres é importancia al primer grande de la corte española. Y cuando, entre infructuosas pretensiones, la ansiedad, la duda, la desconfianza despedazaban el amor propio de Colon, los lazos de Beatriz ligaban fuertemente á España, y en ella vinculaban para siempre un genio sin igual. — Dulce y deliciosa fue para el mortificado pretendiente la noche del 24 de agosto de 1491, en que despues de una larga y penosa separacion lograba contemplar al resplandor de la apacible luna el rostro de la mujer á quien amaba tan entrañablemente: fáciles y ligeras se deslizaron unas horas que de otro modo hubieran sido de insomnio y de tormento; y risueña y propicia parecia que la suerte auguraba todas las felicidades que sueña el corazon en los momentos de delirio.

Los primeros rayos de la aurora, penetrando por las sutiles brumas que se alzan de las acequias y de los rios, refléjanse en las tersas armaduras de los soberbios escuadrones á cuyos pies se mira desaparecer la vega de Granada. Ya se perciben desde los espesos olivares de la Zubia los agudos acentos de las trompetas y el relinchar de los caballos. Desplegadas enseñas y divisas de las casas mas ilustres de España ondean, á merced de los suaves vientecillos, sobre un mar de pomposos penachos, de variados plumeros : y gallarda comitiva de ricos-hombres, de grandes dignatarios, de pajes costosamente vestidos, sigue y rodea á los monarcas de Castilla. Las batallas de aquel ejército que lentamente se adelanta á ocupar las alturas de la Zubia, parecen vistosas cuadrillas de un torneo que ha de verificarse dentro de un palenque de treinta y siete leguas de ruedo (tanta es la estension de aquella vega), y donde cada caballero piensa que es el solo en apostura y gentileza. La pequeña poblacion de la Zubia está sentada en las verdes faldas de Sierra-nevada, guarnecidas con pasamanos de plata (que asi se creyeran los infinitos arroyos que la cruzan); y de los laureles que dan sombra á la cascada de un pequeño cármen, se ha labrado el pabellon desde donde los reyes han de contemplar la ciudad famosa de los moros. El duque de Escalona, el conde de Ureña, y don Alonso de Aguilar defienden con sus escuadrones la parte de la sierra; y la que mira á la ciudad se ha confiado á los condes de Tendilla, de Montemayor y de Alcaudete, dando frente al enemigo. ¡Cuán hechicera es la

cercana perspectiva de la Damasco de occidente, la ciudad de las mil torres, la de los cármenes y jardines encantados, la de las labradas mezquitas, la de los alminares de plata! Aquellas azoteas coronadas por las damas moras que observan el alarde cristiano, son las del Albaycin, barrio que dió hospitalidad á un pueblo errante y desgraciado: aquellos palacios elevados que relucen como las estrellas del cielo, son la Alhambra, morada régia que labró el que encontró el secreto de la alquimia: aquel es Ginalarife con sus huertos sin rival en el mundo; el alminar de Darlaroça es el que se dibuja en el brillante azul de la atmósfera, y los Alizares son esos pensiles que á la falda del rio se retratan en las aguas del Genil. Un éstasis se ha apoderado de Isabela, cuyos ojos se apacientan en tantos objetos: piensa que se ha acercado al trono del sol, y que solo allí está la luz y la belleza, y que todo lo demas es triste y sombrío.

De repente el grito de *guerra* resuena por las guájaras y fragosidades de la sierra vecina. Al propio tiempo las puertas de la ciudad se han abierto, y millares de ginetes vuelan en busca de los cristianos. Muza, el valiente Muza, el mas leal caballero de la corte de Boabdil, en cuyo pecho arde puro, inestinguible el fuego de la patria, marcha al frente de los muzlímicos escuadrones. Los atabales y lelilíes enardecen el brio de los caballos, cuyos dueños los revuelven gallarda y primorosamente; y en tanto no cesan de salir al campo vistosos batallones de infantes moriscos vestidos de diversos y peregrinos colores, y armados de arcabuces, ballestas, lanzas y cimitarras. Los campeones de la Zubia esquivan el combate; y el enemigo no sabe á qué atribuir la inaccion de los cristianos. En vano aquel los incita, los reta y los denuesta; y en vano arroja sus propias lanzas dentro de las batallas españolas. El ardor de los granadíes, exasperado por aquellas señales al parecer de desprecio, se exalta y se embravece; y ya la lucha es inevitable. Naim Reduan, desprendiéndose de las guájaras y fragosidades, ataca y desordena la retaguardia confiada al duque de Escalona: las huestes de Muza dirigen tiros muy certeros á los héroes de la algarada; y los soldados de la Cruz se miran en un punto acometidos por todas partes. El humo de las lombardas oscurece el dia; y solo relumbra el esplendor de mil hechos ilustres. Las atakebiras y grita de los árabes atruenan el recinto: los yelmos saltan en pedazos; y la sangre, rebentando á borbollones, matiza los flores y enrojece los arroyos. Muza con la flor de la juventud granadina trata de acometer una aventura que le haga inmortal, que lave la mancha afrentosa caida sobre el trono de la Alhambra, y que decida de un golpe la suerte de la guerra. Nueve años ántes cautivaron á Boabdil los paladines cristianos: ahora parece que la fortuna pone en manos de los moros á la reina de

Castilla. Un ciego frenesí se apodera de los granadíes : nada hay que se oponga á su furor, que, llevado al colmo, arrolla y desordena la mesnada del conde de Alcaudete. Este acontecimiento esperaba Muza; y ya su triunfo era indudable. Con la celeridad del rayo métese rompiendo por los castellanos escuadrones, y todo lo invade, lo tala, lo hiende y atropella hasta penetrar junto al regio pabellon. La temeridad y arrojo de aquel puñado de valientes los hace invulnerables, y deja á su enemigo atónito y desconcertado. Muza busca su presa como la tigre á la que acaban de robar sus hijos. El último esfuerzo, y es suya la reina de Castilla. Los bizarros guerreros que defienden la régia morada, caen revolviéndose en su sangre. Muza ha llegado á columbrar á Isabel brillando entre sus damas aterradas como brilla la azucena entre los rojos alelíes; y Muza y los suyos entran por fin en la tienda. Ya no hay respetos que contengan los sollozos y alaridos de las damas, cautivas las mas hermosas del afortunado musulman. Ya Muza se complace en su triunfo. Cayeron por tierra la constancia del indomable español, sus proezas de siete siglos, los esfuerzos y santa confianza de una generosa matrona, y los sacrificios sin cuento de una porfiada guerra de diez años de esterminio y de muerte. El rescate de Isabela bien debia de valer todo un reino; y muy pronto quizas la media luna volveria á enseñorearse de las cumbres de Guadarrama; y muy pronto quizas volveria Algecira á dar entrada á las tribus berberíes y á los alárabes del Hegiaz, del Yémen y del Indo. Mas, ah! el peligro de Isabel ha herido vivamente el español orgullo; y un solo pensamiento anima á los cruzados : la salvacion de quien es su joya mas preciosa, su vida, su esperanza. Ya no hay estímulo mayor que pueda superar á este sentimiento : ya es invencible el ejército cristiano. Es un torrente que se desborda sobre la tierra y arrebata cuanto se opone al ímpetu de su curso. En vano Muza emprende hazañas dignas de inmortal renombre; en vano alienta con su ejemplo á aquella juventud fogosa; ya no pelea por la gloria y por la patria, sino por la vida : dos mil de sus valientes yacen tendidos sobre el campo de la escaramuza; y la media luna sucumbe confundida y humillada. Isabel se salvó. El cómo, tan solo Dios lo sabe.

Cuando por la noche tornó el real á su antiguo sitio junto á las fuentes de Huércal, al recordar los campeones de la algarada las hazañas de aquel dia, contaban unos que el estranjero que soñaba un nuevo mundo habia peleado como bueno y como honrado y valiente, al lado de la reina; y otros que San Luis se habia aparecido y habia libertado á esta señora, ocultándola entre los laureles.

Las diligencias que hicieron los reyes para rescatar los cautivos

de aquella algarada fueron inútiles; y desde aquel momento empezó entre castellanos y granadinos una guerra á muerte. Aquellos apretaron el cerco con el mayor denuedo; privaron á Granada de recibir víveres ni otra ninguna clase de socorros; é hicieron nacer en su seno la division, el hambre y la miseria. Granada al fin sucumbió : Granada vió caer las lunas de sus mezquitas; salir de su suelo para siempre sus reyes y sus héroes; desparecer á Muza; ocupadas las fortalezas de Habuz y de Alhamar por yelmos y lanzas de los cristianos; y dueños á estos de sus jardines, de su Alcaycería, de sus riquezas innumerables. Granada atónita, aterrada, escuchó las salvas de artillería que pregonaban la subyugacion de una ciudad potente y la consumacion de una grandiosa conquista.

Cuando Isabel veia postrarse á sus pies un nuevo pueblo; cuando millones de almas obedecian su voluntad sumisas y rendidas; cuando abria las mazmoras de Abul, y rompia las cadenas de infinitos cautivos, prodigándoles por su propia mano socorros, y llamándolos vasallos fieles y mártires de la mas santa causa; cuando abrazaba como madre cariñosa á varias de las damas cautivadas en la Zubia, enturbiaba su corazon el no encontrar una de las mas hermosas de su corte. Semejante pérdida empañó á los ojos de aquella señora el brillo de su conquista.

No muchos meses despues, y al propio tiempo que los aldeanos de la Zubia veian levantarse un templo dedicado á San Luis rey de Francia en el mismo sitio donde habia sido la refriega, estendíanse en la ciudad de Santafé las capitulaciones concertadas entre los reyes don Fernando y doña Isabel y Cristóbal Colon, concediéndole, y á sus descendientes por juro de heredad, las dignidades y prerogativas de virey, gobernador y almirante de los paises que descubriera, y reservándole la décima parte de las drogas, perlas, piedras preciosas, oro y plata del comercio y de las conquistas. La empresa de descubrir un nuevo mundo, combatida por el terror, por las tradiciones populares, por las creencias, fué al fin verdaderamente obra de una mujer dotada de sobrenatural espíritu. En la audiencia que la reina otorgó á Colon, abrumado este por el peso de una desgracia insoportable, trastornadas todas sus ideas, no supo, no pudo desplegar aquella fuerza de razon, aquel ingenio que habia cautivado al guardian de la Rábida, hecho vacilar á la universidad de Salamanca, y confundido á los preocupados y sofistas. Solo al talento de Isabel fué dado penetrar, á traves de las confusas razones del marino, el gran pensamiento que habia concebido este; y solo á aquel ánimo superior vencer las dificultades sin número que se oponian al logro de tamaña empresa. Luego que por la marquesa de Moya supo la reina la pasion del estranjero y su desgracia, le alentó

con afectuosos consuelos, adoptando á Diego y Fernando, hijo legítimo el uno y natural el otro de Colon, y disponiendo que fuesen sus maestros los mismos del príncipe don Juan. Y viendo que se encontraba agotado el erario á causa de una asoladora guerra de diez años, y que el rey miraba con frialdad un proyecto que aun parecia absurdo y arriesgado, la católica Isabel dijo que entraba en la empresa por su corona de Castilla, y que empeñaria sus joyas para levantar los fondos necesarios.

Al regresar Colon á España, dando con una carabela cargada de gentes y producciones del nuevo mundo descubierto por él magnífico testimonio de estar consumado el grande objeto de su viaje, y al columbrar las playas de la hermosa Andalucía, un amargo pensamiento vino á acibarar el placer de su alma. Y cuando las ciudades se despoblaban llenando los caminos por donde transitaba el almirante, para contemplarle y victorearle con entusiasmo frenético, no halló Colon en la gloria, sino en la munificencia y grandeza de una reina inmortal, bálsamos que dulcificasen el recuerdo de la algarada de la Zubia.

DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

CRÍTICA LITERARIA.

LA LEYENDA ROMANA DE VIRGINIA EN LA LITERATURA DRAMÁTICA MODERNA.

VIRGINIA, tragedia en cinco actos, por don Manuel Tamayo y Baus.

Entre los rasgos de bárbaro estoicismo de que están sembrados los anales de los primeros siglos de Roma, ninguno puede tal vez compararse al de la muerte de Virginia. Las preocupaciones republicanas; el acre antagonismo de los patricios y de los plebeyos; la perniciosa influencia moral de aquel politeismo tan grosero, que así divinizaba los vicios como las virtudes, y tan complicado que hizo decir á Petronio que en Roma *era mas fácil hallar á un Dios que á un hombre;* y por último, las condiciones de un pueblo que asentaba los fundamentos de su existencia, de su vitalidad y de su gloria, mas que en impulsos naturales y humanos, en impulsos artificiales y políticos, dieron por mucho tiempo en aquella sociedad pagana torcido rumbo á las ideas del deber y á las voces

de la conciencia. El centurion Virginio, asesinando á su hija en el Foro, y en medio de una turba facciosa, estremecida de indignacion contra la opresion de los decemviros, no es solo el padre heróico que salva á toda costa el honor de su sangre; es ademas, y acaso principalmente, el romano impetuoso, arrebatado por las pasiones políticas que ardian en torno suyo.

Bajo el punto de vista histórico, y trasladando el pensamiento á aquella sociedad singular en que las pasiones públicas se sobreponian tan imperiosamente á los afectos naturales del alma, la terrible accion do Virginio puede despertar, y aun merecer admiracion; á la luz de la moral cristiana no debe ser considerada, cuando mas, sino como una ferocidad sublime.

Como quiera que sea, ese frenesí de libertad, esa abnegacion inconsiderada, esa rigidez de temple de las almas romanas, llevan consigo carácter tal de elevacion y de grandeza, que no pueden dejar de hablar activamente á la imaginacion, y de constituir un poderoso resorte para las composiciones trágicas. Por eso la muerte de Virginia ha sido escogida tantas veces como argumento en el mundo dramático.

Como, en nuestro sentir, la basa de la estética literaria estriba en hermanar las leyes generales y eternas de la naturaleza, de la verdad y de la razon, con las condiciones peculiares de cada asunto, creemos indispensable, para juzgar con acierto y facilidad la bella tragedia del señor Tamayo, recordar las circunstancias mas importantes del hecho que le sirve de fundamento. En el exámen de una tragedia histórica, este recuerdo debe de ser la luz principal que guie las observaciones de la crítica.

Cabalmente Tito-Livio refiere de un modo admirable el señalado acontecimiento de la muerte de Virginia, que acabó con la dominacion de los decemviros, así como la muerte de Lucrecia habia acabado con la dominacion de los reyes. Es una de las leyendas mas sencillas, mas vigorosas y mas patéticas que nos ha legado la antigüedad. Procuremos dar de ella alguna idea trascribiendo traducidos varios párrafos de Tito-Livio que contengan la esencia del hecho (1).

« Síguese ahora otra maldad, que en la ciudad acaeció, cuyo principio fué la liviandad; la cual no menos se terminó en deshonrado fin, que la fuerza que fué hecha á Lucrecia, é así ésta fué causa de que los decemviros perdiesen el poderío, como la de Lucrecia de que los Tarquinos perdiesen el reino.

« Pues como Apio Claudio quedase en Roma para guarda de ella, fué encendido en amor de una virgen desposada hija de

(1) Preferimos valernos de una traduccion del siglo XVI, porque el sabor rancio del lenguaje contribuye á dar á la leyenda cierto prestigio de sencillez, de que careceria en un estilo propio del dia.

Lucio Virginio, el cual en Algido estaba de capitan de cierta órden de soldados. Era este varon de buen ejemplo, así en la guerra como en la ciudad, y de sus buenas costumbres tenian parte su muger é hijos. Tenia desposada á su hija con Lucio Icilio, varon tribunicio, muy esforzado defendedor de las causas del pueblo. E como esta vírgen fuese de aventajadísima hermosura, Apio se enloqueció en su amor, y pensó de la haber con prometimientos é dones. Mas viendo que todas estas cosas no podian vencer la virtud y castidad de la vírgen, inclinó su corazon á pensar una manera muy cruel de fuerza. Para poner su pensamiento en obra habló con un su criado llamado Marco-Claudio, é díjole que demandase delante de él en juicio á aquella vírgen, alegando que era su esclava, y que no se dejase vencer de los que defendiesen la parte de la doncella; que pues su padre estaba ausente, bien tendrian lugar para salir con su empresa... Pues como esta vírgen viniese un dia á la plaza donde estaban las aulas literarias, llegóse allí el criado de Apio, echóle mano, diciendo que era su sierva, nacida en su casa... Espantada la doncella de aquel acontecimiento, comenzaron ella y los que la acompañaban á dar voces, demandando el favor y fé de los caballeros. Hízose gran concurso de gentes, celebrando y alabando el nombre del padre y esposo de la vírgen, para la defender que no le fuese hecha fuerza. Viendo esto el criado de Apio, dijo: que no habia necesidad de gente para la defender, pues que él no la queria tomar por fuerza sino por justicia, y que para esto él la queria llevar delante del juez... Vino, pues, con la doncella delante de Apio, acompañándola mucha gente...

« Apio prunció que le placia que el padre fuese llamado, mas que entre tanto que él venia, no queria perjudicar al demandador, que él no pudiese llevar á la doncella, prometiendo y dando fiadores de la traer allí cuando fuese venido Virginio, y de la entregar á quien la justicia determinase... E como muchos de los que estaban presentes á esta sentencia, tuviesen mayor ánimo para blasfemar de ella entre sí mismos que no para la contradecir públicamente, Publio Numitor, abuelo de la doncella, é Icilio, su prometido esposo, vinieron á priesa haciéndoles lugar los que presentes estaban... E Apio mandó á los porteros que no dejasen entrar al prometido esposo. Mas Icilio, encendido con la injuria, dijo á voces: « Con hierro me has de quitar de aquí ¡ oh Apio! porque así puedas encubrir la maldad que tienes pensada. Yo soy esposo de esta doncella y la tengo de recibir vírgen y casta; llama á los verdugos, haz aparejar las segures, que por mas que amenaces, la esposa de Icilio no quedará fuera de la casa de su padre... » Toda la multitud que estaba presente se alteró viendo estas cosas, y los maceros tenian cercado á Icilio. Entonces Apio

dijo, que Icilio no defendia á la prometida esposa, mas que alborotaba la república y sembraba discordias, por codicia que tenia del tribunado, y que él no queria aquel dia darle mas materia de errar, no porque tuviese temor de su osadía, mas por consideracion de Virginio que estaba ausente; y que para esto él queria dilatar el juicio, y dejar á la doncella en su libertad, hasta otro dia. Luego los parientes enviaron á gran priesa á llamar al padre que estaba en el real, diciendo que en él solo estaba la salud de su hija, y que por eso viniese muy presto, para estar presente al juicio, que se habia de tener otro dia. Despues Apio escribió al real á sus compañeros mandándoles que detuviesen preso á Virginio. Este perverso consejo no aprovechó cosa, porque cuando las cartas llegaron, ya Virginio era partido, y aquella noche llegó á Roma, antes del dia. Toda la ciudad esperaba ansiosa en el Foro desde el amanecer, y á la hora del juicio, Virginio, vestido de luto, vino con su hija vestida de una vestidura no acostumbrada, acompañada de algunas matronas; y venian con él gran multitud de abogados, y otros muchos por ver el fin de este nuevo caso. Virginio hablaba públicamente, y decia á cuantos encontraba, « que si estando en la hueste por la salud de la república, tales cosas se habian de hacer en Roma contra sus hijos, que ellos lo mirasen, que tan bien tocaba á ellos como á él. » E diciendo estas cosas, indignaba á todos cuantos hablaba. E semejantes palabras decia Icilio. E Apio teniendo el entendimiento turbado con la fuerza del amor, ó por mejor decir del desatino y locura, asentóse en su tribunal é silla, é antes que el demandador ninguna cosa dijese, ni á Virginio fuese dado lugar para responder, dió sentencia contra la doncella juzgándola sierva de su criado. Todos se espantaron de ver cosa tan abominable, y con tanta admiracion fueron ocupados los corazones de los que estaban presentes, que estuvieron algun espacio atónitos y en silencio. E como despues Marco Claudio fuese á tomar la vírgen de entre las matronas, las lamentaciones y lloros de las mugeres que estaban presentes le detuvieron. E Virginio su padre, estendiendo las manos amenazadoras contra Apio, dijo : « ¿Han de sufrir esto los romanos? no espero yo por cierto que tal cosa sufran los que tienen armas... » Como el demandador de la virgen, fuese embargado de la tomar, defendiéndola la multitud de las mugeres é abogados, que estaban presentes, mandó Apio pregonar que callasen todos, é dijo á uno de sus lictores : « Aparta la gente y haz camino para que el señor tome á su esclava; » y como oyeron este mandamiento, todos se apartaron llenos de ira, y quedó la doncella sola, desamparada en las manos del que la demandaba.

Entonces Virginio, su padre, viendo que todos le dejaban solo, y ninguno le daba favor, volvióse contra Apio y díjole : « Per-

dona al dolor paternal, si alguna cosa he dicho contra tí sin reverencia, suplícote que me des lugar, que aquí delante de la vírgen pueda saber de su nodriza cómo es esto; porque sabiendo que falsamente hasta aquí he sido llamado su padre, me aparte con alegre corazon de esta demanda. » E dándole Apio para esto lugar, apartó á la hija y á la nodriza junto al templo de Cloacina, hácia el sitio que hoy llaman *Tiendas nuevas*, y tomando un cuchillo de un carnicero en la mano, dijo : « No me queda ya otro remedio, hija mia, para te poner en tu libertad, sino este. » E diciendo esto, le atravesó el pecho. E mirando á la silla donde Apio estaba sentado, díjole : « A tí y á tu cabeza consagro esta sangre. » E levantándose gran clamor en el pueblo por este tan terrible caso, mandó Apio prender á Virginio, mas él salióse de entre toda la gente, haciendo lugar con sus armas por do quiera que pasaba, y acompañándole muchos de los mancebos, hasta que salió de la ciudad. El prometido esposo de la vírgen, é Numitor, su abuelo, tomaron el cuerpo muerto, é mostrábanlo al pueblo, maldiciendo todos la maldad de Apio, é llorando la hermosura no lograda, é la necesidad del padre. E las matronas cercaron el cuerpo, é decian con voces lamentables : « ¿Es esta la condicion de criar á los hijos, ó son estos los galardones de la castidad? » El pueblo todo se alteró, parte por el pecado tan abominable, y parte con esperanza que esta maldad cometida por Apio, seria causa de recobrar la libertad. »

Esta narracion, tan llena de vida y de color, ha dado orígen á una dilatada serie de *Virginias* teatrales, cuya filiacion histórica seria en estremo curiosa, si la conociésemos enteramente. Vamos á citar, sin embargo, aquellas que han llegado á nuestra noticia, las cuales, de seguro, no formarán la lista completa.

No debemos incluir en el número á la *Virginia* de Mayret. Esta Virginia no es romana : no nació en las márgenes del Tiber, sino en las de Araxes. La historia literaria no ha conservado de esta accion dramática, que pasa en Bizancio, mas recuerdo que el de su desenlace, cuya estravagancia no tiene ejemplo. Virginia colocada entre dos asesinos, desfallece y cae de rodillas en el momento mismo en que van á herirla. Este repentino movimiento la salva, y los asesinos, cuando creen inmolar á su víctima, se hieren recíprocamente.

La primera *Virginia* romana de que tenemos noticia es la que escribió en cuatro jornadas Juan de la Cueva, con el título de *La Muerte de Virginia y Apio-Claudio*. Fué representada en 1580, y aunque se advierte en ella desde luego que el arte de la tragedia moderna se halla en la infancia, no deja de ser notable así por la disposicion del plan en las tres primeras jornadas, como por la pintura y espresion de los afectos, singularmente del borrascoso

amor de Apio-Claudio. Era Juan de la Cueva hombre de claro ingenio : habíase ensayado en la imitacion del teatro griego, como lo prueba su tragedia *La muerte de Ayax Telamon,* y así en el sueño de Virginio, como en otros pasages, demostró las disposiciones aventajadas que tenia para el cultivo de tan difícil género.

A esta tragedia siguieron :

La *Virginie Romaine;* de Le Clerc. La escribió su autor á los veinte y tres años de edad, y fué representada con muy escaso éxito en 1645.

Virginie; de Campistron. A la amistad que Racine dispensaba á Campistron, debió este que se representase su tragedia (12 de febrero de 1683), la cual, si bien no carece de fluidez y cultura de lenguaje, no tiene ni verdad, ni color, ni naturalidad, ni interés. Su éxito fué mediano, segun el autor mismo confiesa en el prólogo de la tragedia.

Virginia; tragedia en cinco actos de don Agustin de Montiano y Luyando. Se imprimió por primera vez antes de mediado el siglo XVIII. El autor conocia las obras de Juan de la Cueva y de Campistron, y cifró su esmero en apartarse de ellas. Hay cierta cordura en el desarrollo del plan, pero no se vislumbra en toda la tragedia un asomo de movimiento ni de emocion. Los personages todos discurren con una sensatez glacial, y hablan en un lenguaje, á par que afectado, rastrero y prosáico hasta lo sumo. Véase la siguiente muestra, no escogida, sino tomada al azar en su obra. — Icilio, que advierte la tristeza de Virginia, procura despertar en estos términos su confianza.

Pero ¿podrá negarme tu hermosura
Que no está sin motivo su tristeza
Delatando el dolor que la maltrata?

VIRGINIA.

Es verdad que le tiene : el mismo llanto,
Que en balde reprimí, lo califica.

ICILIO.

Pues no me lo recates, que no es justo
Que yo esté sin sentir lo que sintieres.

VIRGINIA.

Es tal, señor, que el labio que hasta ahora
Solo aprendió en la escuela del recato
Cláusulas encogidas, que no salen
De caseros asuntos, no halla voces
Que al grave que le ocurre correspondan.....

Este es el estilo trivial, helado y ceremonioso, en que vivia el secretario de la cámara de Gracia y Justicia del rey Fernando VI, don Agustin Montiano y Luyando. No cabe estar mas lejos de Roma y de la entonacion trágica.

Virginie; de La-Harpe. Se representó el 11 de julio de 1786. La-Harpe, sin echar de ver que el carácter del padre de Virginia debia ser uno de los principales fundamentos del interés y del enlace propio y natural del plan, se esfuerza en balde por concentrar esclusivamente toda la atencion en Virginia. Las situaciones no ofrecen, por consiguiente, la necesaria variedad, y la accion se arrastra lenta y entorpecida. Baste decir que Virginio no se presenta hasta el cuarto acto. En cambio, ha ocurrido á La-Harpe devolver su madre á la huérfana Virginia, y este pensamiento, contrario á la verdad histórica, y que en realidad complica inútilmente la accion, le inspira admirables y apasionados versos, dignos del mas grande y completo de los sentimientos humanos, el amor maternal. Así contesta á los testigos falsos que afirman que Virginia no es hija suya :

A l'audace du crime et de la calomnie
Ce que j'oppose? oh ciel!.... mon cœur et Virginie!
Les cris du désespoir en mon âme élevés,
Et d'indignation tous mes sens soulevés,
Ses larmes, mes transports, et ce grand caractère
Que la nature imprime aux douleurs d'une mère,
Ce sentiment sublime, invincible, éternel,
Qui n'a jamais menti dans un cœur maternel.
. . . .
Dans un complot infâme ils peuvent tous tremper;
Tous on peut les séduire, ils peuvent tous tromper;
Mais moi! mais moi! jamais..... je le sens, je suis mère.
C'est ma fille, c'est elle..... Ah! d'une enfant si chère
Dans mon sein déchiré je ressens les douleurs;
Oui, c'est mon sang qui crie et répond á ses pleurs.

Virginie; de d'Oigny du Ponceau. Se representó, muy pocas veces, en 1791.

Virginie; de Lemierre. La-Harpe dice, en el *Curso de literatura*, que esta tragedia no llegó á ser representada.

Virginia; de Alfieri. Es acaso la mas célebre y al propio tiempo una de las mejores tragedias que sobre este tan cultivado asunto han aparecido en el mundo literario. Pero en esta obra, como en todas las demas de Alfieri, domina casi esclusivamente la inspiracion política. El autor no halla, al parecer, en la leyenda romana mas que un magnífico pretesto para dar libre rienda al fervor de sus pasiones republicanas. ¿Quién no ve en el bronco y acerado lenguaje del tribuno Icilio el reflejo del alma altiva é

indomable de Alfieri? Virginia, mas que de una vírgen enamorada y pudorosa, tiene trazas de una conspiradora sublime que se sacrifica entusiasmada en aras de la libertad popular. El desarrollo de las emociones patéticas, la lucha de afectos de diferente índole, alma de la tragedia, apenas caben en tan austero y esclusivo sistema. Aprisionado, por otra parte, el genio de Alfieri en la estrecha red de los preceptos de la escuela francesa, á pesar de haber suprimido las relaciones y los confidentes, cosa que pasó en su tiempo por singular audacia, no le es posible dar á la accion la variedad, el ensanche y el movimiento, que son las condiciones naturales de la verdad humana, de la verdad histórica y de la verdad literaria. El pueblo en la *Virginia* de Alfieri, no es el pueblo, es decir, esa turba animada del mismo sentimiento, pero tan agitada, tan instable, tan varia en sus formas de espresion; es un personage solemne y acompasado que siente, piensa y habla con uniformidad imposible. Pero en cambio, ¡qué destellos de elocuencia tan vigorosos y tan nuevos! ¡Cuán felizmente concuerdan los arranques tumultuosos de ánimo que agitaban el autor del *Tratado de la tiranía*, con aquel estilo brusco, tan distante de la melodiosa cadencia que distingue á la poesía italiana, con aquellas rápidas inversiones, con aquella concision elíptica, tan censurada por los puristas de Italia, pero tan propia para hacer vibrar en las almas modernas el recuerdo un tanto prestigioso del heroismo latino! Desde el primer momento en que Virginia aparece en la escena, se advierte ya que la ternura no reina sola en su corazon. « Nunca paso por esta plaza (dice á su madre) sin que un alto pensamiento detenga mi planta. Este es el sitio donde en otro tiempo se oian tronar los libres acentos de mi Icilio. Ahora lo hace enmudecer el poder absoluto. ¡Oh! ¡cuán justo es su dolor! » Se ve que con el amor ha pasado al alma de Virginia la ira republicana, y hasta es fácil adivinar que esta ocupa en ella el lugar preferente. — Cuando Marco llega á reclamarla como esclava suya, Virginia contesta con la soberbia de la libertad:

Svenarmi qui, pria che menarmi schiava,
Carnefici, v'è forza. D'alto padre
Figlia, certo, son io: mi sento in petto
Libera palpitar romana l'alma.....

Virginie; de Leblanc du Guillet (1786). Inspirada por las tendencias republicanas de la época, esta tragedia, cuyo estilo es desigual é incorrecto, aunque á veces enérgico, alcanzó un éxito superior á su escaso mérito.

Virginia; tragedia sueca, citada en la coleccion titulada;

Obras maestras de los teatros estrangeros, publicada en París. No tenemos ninguna otra noticia de esta obra.

Virginia; escrita en versos suecos por el caballero Cárlos Gustavo Leopold. No conocemos esta tragedia mas que por una traduccion francesa, y no nos es dado, por consiguiente, juzgar del prestigio de la versificacion y de las seducciones del lenguaje original. Pero ateniéndose á las únicas prendas que suelen conservarse en las traducciones, el mérito del plan y el alcance de los sentimientos y de las ideas, se echa de ver desde luego que el caballero Leopold es un escritor de primer órden. Seria traspasar los límites que nos hemos impuesto en esta ligera reseña, hacer aquí el análisis de la notable y singular produccion del autor sueco.

Pero no podemos dejar de decir, para que se forme alguna idea de ella, que con una independencia que no aprobamos en quien busca en la historia asuntos trágicos, se aparta deliberadamente el señor Leopold, en el carácter de sus personagès, de las tradiciones romanas. La supresion del personage de Icilio, la invencible pasion de Virginia por Apio-Claudio, las vacilaciones del decemviro, cuya alma está constantemente sacudida por contrarios impulsos de amor, de arrepentimiento y de ambicion, son condiciones que, al paso que desnaturalizan completamente la verdad histórica, abren ancho campo á los combates de pasion, que son el mas fecundo manantial de las emociones trágicas. Apio-Claudio, alternativamente sumiso y amenazador, generoso y criminal, tierno y empedernido, no es en verdad aquel decemviro pertinaz é irrevocablemente pervertido de Tito-Livio y Dionisio de Halicarnaso; pero en cambio despierta á un tiempo, con las borrascas de su alma, horror y compasion. Virginia, ni es la inocente niña que asistia á las aulas del Foro, ni la muger de incontrastable temple que han creado los escritores trágicos; pero al ver su razon y su virtud en lucha abierta con un amor tan inestinguible como vituperable, al ver el martirio de su corazon que pugna en vano por despreciar y aborrecer al hombre á quien adora, no es posible dejar de sentir profunda emocion. ¡Cuán desgarradora es, en el cuadro final, la imágen de aquella jóven desventurada que en medio de su agonía consagra el último suspiro al hombre mismo que ocasiona su muerte! Virginio dice á Apio-Claudio mostrándole á su hija bañada en su sangre:

« Conoce á Roma..... Tiembla, y aprende como se rompen sus cadenas..... ¿Crees ahora que es mia esa sangre que estás viendo correr? »

APIO-CLAUDIO (*de rodillas junto á Virginia*).

..... « Aun respira!... Virginia!... Mírame!... dí que me perdonas y que no me aborreces... »

VIRGINIA (*al espirar*).

« Aun hago mas;... te amo. »

Hasta en el enérgico carácter de Virginio ha sido el caballero Leopold fiel á su sistema de mezclar la sensibilidad del corazon al ímpetu de las pasiones ó á la rigidez de los principios. Véase, en prueba, el bello rasgo con que concluye la tragedia. Como consecuencia natural del carácter que el autor le ha dado, Apio-Claudio, vencido del amor y de los remordimientos, se mata al lado de Virginia. Entonces esclama Virginio dirigiéndose á Sicinio :

« Ya está vengada!... La libertad de Roma renace de sus cenizas... Gracias, oh dioses! »

LICINIO

« Les das gracias... pero lloras! »

Virginia; de don F. R. de Ledesma. Esta tragedia, impresa en 1805, se halla por la perversidad de su concepcion y de su desempeño, fuera de la accion de la crítica. El autor se inspiraba de un modo infeliz del teatro de Alfieri, pues escribió tambien con el título de *Lucrecia Pazzi*, una tragedia, reflejo pálido y estravagante de *La Congiura dei Pazzi* del célebre poeta italiano. No podemos resistir á la tentacion de transcribir algunos versos de la Virginia del señor Rodriguez de Ledesma, para que pueda formarse idea de un estilo que acaso no tenga igual en la literatura trágica española :

PUBLICIA (*nodriza de Virginia*).

Aparta, seductor, y sus oidos
No manchen espresiones tan indignas.
Para mugeres frágiles las guarda;
Esas que el pundonor en nada estiman,
Que libres vagan por los lupanares,
Por las públicas plazas, y convidan
A lascivos antojos.

APIO-CLAUDIO.

No te empeñes,
Muger, en apartarme de su vista.
Yo creyera que fuese tu consejo,
Menos capaz de malograr las dichas
Que puede el que absoluto manda en Roma,
Ofrecer á las plantas de Virginia
Y á las de su nutriz.....

VIRGINIA.

Infame, ¡calla.
Ya no sufro....

PUBLICIA.

Señora.....

VIRGINIA.

Aparta, quita;
Que oir tan delincuentes sugestiones
No es permitido.... ¿Ignoras, alma impía,
Los ilustres blasones de mi sangre?
El pundonor y orgullo que me inspira
Mi prosapia, que á un torpe, é infame lazo
Tu antojo me sugiere y me convida?
La honestidad del tálamo, y las leyes,
Que velan por tu esposa, que castigan
Aun los imaginados adulterios,
No te contienen; y aun aquella misma
Que vano y orgulloso promulgastes,
Para impedir la union de las familias
Patricias y plebeyas, no te sirve
De freno, aunque intentase tu malicia
Dirimir de tu esposa el nudo sacro?
Reprime esa tu bárbara lascivia, etc. »

Como se ve, la doncella Virginia no deja de estar iniciada en asuntos mundanos, y ni ella ni su nodriza titubean para esforzar sus argumentos con las imágenes mas atrevidas.

Virginius; de Scheridan Knowles. Como puede inferirse por el título de esta obra, la intencion principal del autor inglés consiste en presentar un cuadro político colocando en primer término al padre de Virginia. Mr. Knowles ha seguido el sistema libre y natural de las tragedias romanas de Shakspeare, y este rumbo feliz, por la variedad de tonos y de situaciones que permite, da ocasion á los contrastes mas interesantes. El espectáculo de un hogar doméstico, apacible y puro, en medio de la turbulenta y belicosa Roma, despierta desde luego poderosamente la simpatía del espectador en favor de aquella vírgen modesta é ignorada, que en breve va á ser objeto de la persecucion de un tirano y de las borrascas sediciosas del Foro. Esta antítesis de situacion y la vehemencia (no bien sostenida) del personage de Virginio, constituyen el mérito principal de esta tragedia, que, representada en Lóndres y en París por admirables actores ingleses, proporcionó á su autor un triunfo completo.

Virginie; de Mr. Alexandre Guiraud. Representóse con aplauso

en el *Teatro Francés* de Paris en 1827. El plan está concebido sin originalidad, pero con buen gusto y cordura. El lenguaje carece casi siempre de elevacion y de poesía, pero los pensamientos son nobles y oportunos. En el acto de clavar el puñal en el corazon de su hija, y como para contestar á las dudas suscitadas acerca de su paternidad, esclama Virginio:

« Ma fille, mon amour te doit un dernier gage;...
Oui, qu'on n'en doute plus... je suis ton père! »

Virginie; de Mr. Latour (de Saint-Ibars). Esta tragedia, cuyo principal personage fué representado en el *Teatro Francés* por la célebre Madlle. Rachel, alcanzó un éxito brillantísimo (1845). Este éxito fué debido no solo al realce fascinador que prestan los grandes actores á las obras dramáticas, sino al mérito real y verdadero de la tragedia. Hay en ella situaciones de grande efecto, versos sonoros, pensamientos incisivos ó elevados, diálogos llenos de energía y de animacion. Pero la accion se arrastra á menudo lentamente; los resortes dramáticos, si bien manejados con cierto tino, no son ni tan eficaces ni tan abundantes como requiere la progresion del interés trágico; la esposicion de los hechos en las relaciones es poco concentrada: á veces el movimiento político de la accion entibia y distrae del interés principal, en lugar de ayudarle; y por último, hay caractéres como el de Fabius y el de Fausta, descoloridos y en rigor inútiles. El estilo es desigual; y aunque el autor se esfuerza por darle cierto color constante de aticismo y de grandeza tradicional en el teatro trágico de Francia, no acierta ni con la robustez sublime de Corneille, ni con la magestad de Racine, ni con el artificio sentenciosa de Voltaire, ni aun siquiera con la sencilla gravedad de Delavigne ó de Ponsard. La tragedia de Mr. Latour encierra, no obstante, bellezas de primer órden. Está sembrado de magníficos rasgos el diálogo de Apio-Claudio y Virginia en el segundo acto. La relacion que hace Virginia en el cuarto acto de su pavorosa entrevista nocturna con el decemviro, está superiormente concebida y escrita, y reemplaza con gran ventaja, por el carácter de realidad que en sí lleva, al obligado sueño de la antigua tragedia; artificio mezquino y ya derrocado, de la estrecha poética del clasicismo francés del siglo XVII. El hacer desaparecer á Icilio desde el segundo acto, es tambien una prueba del instinto escénico del autor. Entre las bellezas de espresion, las hay á veces de eminente valor. Contentémonos con citar aquel rasgo de sagacidad teatral que tanta emocion produce en los labios de Madlle. Rachel:

« Pourquoi pâlissez-vous, si je vous calomnie? »

ó bien aquel verso verdaderamente sublime que dice Claudio, subyugado involuntariamente por la virtud inflexible de Virginia:

« Ton cœur, par ses dédains, ajoute à son empire :
Je t'aime pour l'horreur que mon crime t'inspire! »

Ademas de estos autores, han escrito sobre el asunto de Virginia con diferentes títulos :

Gualterotti en 1584.
Gravina (J. Vicente).
Anutisi.
Accolti Aretino.
La-Baumelle (1769).
Chabanon (1769).
Pansuti.
Lessing.
Weichselbaum.

Este aluvion de *Virginias* no bastó á arredrar al señor Tamayo y Baus para componer la suya, que es indudablemente muy superior á todas las demas. Con el criterio elevado del verdadero ingenio, con esa perspicacia instintiva y segura que escoge, depura y completa en el mundo de las ideas, el señor Tamayo comprendió fácilmente que ni Alfieri, á pesar del vigor de sus caractéres, ni el sueco Leopold, á pesar de su delicada sensibilidad, ni Mr. Latour, á pesar de su inteligencia de la escena, ni ninguno de los demas escritores citados, á pesar de las felices inspiraciones de detalle diseminadas en sus obras, han acertado á dar á la vez, al dramático asunto de *Virginia*, la propiedad, la armonía y la animacion de que es susceptible. Unos, como Alfieri, han otorgado sobrada parte á la emocion política, descuidando el patético interés que debe concentrarse en la figura de Virginia : otros han alterado aventuradamente la historia sin provecho del interés, que tan poderoso hemos visto en la leyenda de Tito-Livio; ninguno ha sabido vencer tan afortunadamente como el señor Tamayo la verdadera dificultad que, en nuestro sentir, ofrecia el asunto, la de hacer caminar de consuno, y sin estorbarse ni perjudicarse uno á otro, el interés de Roma oprimida y el interés de la familia desventurada. La accion de una tragedia ha de ser como un lente concentrador, donde de muchos rayos se forme una luz sola. Esa es la gran dificultad del arte, y esa la dificultad de que, como ningun otro, ha triunfado el señor Tamayo, amalgamando admirablemente los dos grandes objetos dramáticos del

asunto, al parecer unidos, pero en realidad separados, y en la esfera del arte muy distintos.

El señor Tamayo, al escribir su hermosa tragedia, no se ha dejado llevar de ninguna preocupacion de *dogmatismo* literario. No ha temido emplear el caduco resorte del *sueño,* porque halló en su imaginacion poética recursos para conmover con esta ficcion, absurda cuando es preceptiva y forzosa, pero que alguna, aunque rara vez, ha sido y puede ser pretesto admisible para desplegar grandes bellezas de declamacion y de poesía. Mas al propio tiempo ha tenido buen cuidado de no sujetarse, por docilidad sistemática, á ninguna de las tiranías tradicionales de la tragedia. Apostariamos á que al concebir su plan, no ha pensado en aquel método de composicion uniforme y casi *plástica,* que daba tan enfadoso aire de familia á todas las tragedias, y que se reducia á esta curiosa y ridícula fórmula: el primer acto espone; el segundo promete; el tercero amenaza; el cuarto inquieta; el quinto resuelve. Es bien seguro que el señor Tamayo, siguiendo la regla de las reglas, solo ha pensado en encadenar lógica y naturalmente las condiciones del asunto, y en combinar artísticamente la esencia y las formas, para que resulten no las unidades arbitrarias de las poéticas, sino la unidad invariable y filosófica que se ha designado sucesivamente con los nombres de *unidad de accion, unidad de interés, unidad de conjunto,* y que es lisa y llanamente la condicion fundamental y eterna de la belleza en todas las artes: *la armonía.*

El señor Tamayo ha venido á demostrar una vez mas con el triunfo que ha alcanzado su notable obra, que el gusto moderno, tan tolerante, tan independiente, tan vario é inagotable en sus tendencias, no rechaza, como han pretendido Victor Hugo y otros innovadores, el género noble y severo de la tragedia. Lo que, sí, exige imperiosamente es que la tragedia modifique sus formas segun la índole del gusto y de la vida social de los tiempos actuales. La escena griega, impulsada por un fin nacional y religioso; abierta á treinta mil espectadores; movida por las influencias morales del paganismo; que no observaba las *tres unidades;* que empleaba un horror y una desnudez de imágenes que repugnan á la cultura moderna; que mezclaba á menudo lo grotesco con lo sublime, y lo cómico con lo terrible; y cuya libertad de formas é independiente vuelo ha dado lugar á que eminentes críticos hallen analogías entre el sistema teatral de los griegos y las audaces y originales formas de los teatros español é inglés (1), no fué ni pudo ser, por mas que se haya sostenido,

(1) Hasta se ha hallado, con razon, singular semejanza entre la *Alcestes* de Eurípides y la *Julieta* de Shakspeare.

el verdadero modelo de la tragedia clásica francesa. Racine no habria empleado ciertamente en sus tragedias ni los cambios de escena ni los frecuentes viages del teatro griego : él no habria hecho volar el *Océano* como en el *Prometeo,* ni lavar la ropa en el rio á la princesa *Nausicaa*, ni estremecer á los espectadores como en el *Filoctetes*, con las angustias del dolor físico. Racine blasonaba de admirador é imitador del teatro griego; pero en realidad no imitaba sino sujetándose á las inmensas trasformaciones que le prescribian el gusto y las exigencias de la sociedad en que vivia.

Cada época imprime necesariamente á las artes una forma peculiar que representa su índole y sus tendencias. Cuando Voltaire, refiriéndose á la *Alcestes* de Eurípides, decia : *de telles scènes ne seraient pas souffertes chez nous à la foire*, espresaba perfectamente la imposibilidad de inocular en el arte de una córte tranquila, ceremoniosa y refinada, el sello de rudeza y de sencillez, de audacia y de candor, que caracteriza la tragedia griega. Por razones análogas seria insensato imponer ahora á la tragedia el molde tímido y amanerado del siglo de Luis XIV, que si pudo ser fecundo y hasta original en un tiempo de autoridad, de prestigio y de pompa, no cabe en una sociedad como la nuestra esencialmente crítica, indisciplinada y descreida.

El señor Tamayo ha comprendido todo esto, y conservando las buenas tradiciones clásicas, esto es, la nobleza, la unidad, la sobriedad, la concentracion, ha formado al mismo tiempo su obra con los elementos constitutivos del teatro moderno, á saber: el movimiento, la naturalidad, y la separacion distintiva de los caractéres. En su *Virginia* la verdad local está esmeradamente observada : en lugar de relaciones, hay escenas, y cuadros en vez de descripciones. Allí todo es accion; no hay episodio alguno ocioso; y por eso el interés se enlaza y crece progresivamente; por eso tambien la emocion reemplaza á la curiosidad, que es el resorte comun de las obras vulgares. Todos los espectadores saben de antemano la suerte que está deparada á Virginia, y sin embargo, ¡con cuánto afan se escuchan sus palabras! ¡con cuánta ansiedad va siguiendo el espectador las diferentes peripecias de la tragedia! La comparacion entre la accion de la *Virginia* del señor Tamayo y la narracion de Tito-Livio da á conocer desde luego hasta qué punto ha sido el autor fiel á las condiciones históricas en el límite en que el teatro debe respetarlas. La tragedia nos traslada desde las primeras escenas á aquel mundo de preocupaciones y de heroismo. Allí todo es romano : la vida íntima, las ideas, los caractéres, el pueblo sobre todo. Este no es aquel personage colectivo que con una oportunidad convencional pronuncia frases de efecto en la *Virginia* de Alfieri : es la verdadera

masa popular, con sus arranques irreflexivos, sus vacilaciones y su irregularidad de lenguaje (1).

El carácter tierno y elevado de Virginia está trazado y sostenido con un vigor y una consecuencia admirables. El de Virginio, si bien un tanto declamador en el tercer acto, está lleno, en todo lo demas, de propiedad y de entereza; en el quinto acto sube, con la lucha interna que manifiesta, á estraordinaria altura. Hasta Apio-Claudio está presentado con suma cordura: es delincuente, supersticioso y cruel, pero no carece de aquella especie de dignidad que debe ir unida al engreimiento del decemviro. Alfieri, en el juicio de su propia tragedia, define perfectamente el carácter que conviene á Apio-Claudio con estas breves palabras: *Appio è vizioso, ma romano.*

La conmiseracion del taimado augur en favor de Virginia, espresada tan sóbria y naturalmente con aquella sencilla esclamacion: *¡tan jóven, tan hermosa!* es uno de los mas felices pensamientos de la accion, y da lugar á la dramática escena en que juzgando Claudio su existencia misteriosamente ligada á la de *Virginia,* se humilla en su propio palacio ante la jóven sola y desvalida, que creia tener ya sujeta á los antojos de su voluntad.

Solo alabanzas, harto merecidas por cierto, hemos tributado al sobresaliente mérito de la *Virginia* del señor Tamayo. Vamos á señalar ahora el único reparo grave que en nuestro juicio se ha hecho á la tragedia, y que fué desde luego advertido por muchas de las personas competentes que asistieron á la primera representacion. Este reparo consiste en el inconveniente gratuito que el autor ha creado, casando á Icilio y colocándole despues en toda la accion al lado de Virginio. O ha debido quedar soltero Icilio conforme á la historia, ó casándolo para conservar el cuadro seductor de costumbres romanas que constituye la esposicion, ha debido desaparecer en seguida, como acontece oportunamente en el segundo acto de la *Virginia* de Mr. Latour. Fácil seria demostrar que en el estado de las costumbres romanas en la época de los decemviros, no era natural que el padre defendiese legalmente á su hija casada, en presencia de su marido, para lo cual ni aun derecho tenia. El esposo, y señaladamente el casado por *confarreacion*, como el señor Tamayo supone á Icilio, adquiria plenamente sobre su muger la potestad llamada *manus*, que convertia á esta en esclava. Ademas, en Roma, como en todas partes, siempre que se trata de la honra conyugal, la intervencion del marido parece la única conveniente y legítima. En la leyenda histórica, el decemviro se ve en la necesidad de esperar

(1) La direccion acertadísima del ilustrado señor Arjona nos ha hecho gozar, por primera vez, en el *teatro del Príncipe*, de todo el efecto de verdad local que cabe en los medios materiales y artísticos de la escena moderna.

al regreso del padre para pronunciar la sentencia; pero allí Virginia es soltera y está esclusivamente bajo la potestad paternal. Mas prescindiendo de la impropiedad moral y legal que resulta en la obra del señor Tamayo, de que el padre eclipse completamente al marido; prescindiendo, por otra parte, de lo mucho que con esto se desvirtua el fogoso carácter de Icilio, el *acer vir et pro causa plebis expertæ virtutis* de Tito-Livio; ¿cómo no ha echado de ver el autor que forzosamente han de estorbarse y dañarse en el mismo cuadro dos figuras que á la par sobresalen por su importancia, por la analogía de sus medios de accion, y por la identidad del fin que las mueve?

No hemos atenuado en lo mas mínimo el rigor de nuestra censura, con respecto á la única sombra reparable en el luminoso cuadro dramático que con tan superiores prendas ha trazado nuestro amigo el señor Tamayo. Nosotros, y seguramente con nosotros el autor mismo, preferimos siempre juicios francos é imparciales á panegíricos apasionados; y ademas, la eminente obra del señor Tamayo, tan justamente celebrada, no necesita por cierto de las contemplaciones de la crítica.

Nada hemos dicho todavía del estilo y de la versificacion de la tragedia. Aun dura en los oidos del público la grata impresion de aquellos fáciles endecasílabos, cuya entonacion, á un tiempo sencilla y noble, está llena de armoniosa cadencia. Aun no se han borrado ni se borrarán de la memoria aquellas felices y vigorosas espresiones, aquellos destellos de dignidad ó de pasion, tan adecuados por su concision y sencillez á la magestad trágica. Copiemos como muestra, los dos magníficos diálogos en que Virginia rechaza con heróica entereza el amor de Apio-Claudio.

En el segundo acto, en casa de Virginia:

VIRGINIA.

Déjame.

CLAUDIO.

No lo esperes.

VIRGINIA.

Me horroriza
Tu amor.

CLAUDIO.

¡El de otro te seduce!

VIRGINIA.

Eterno
Será el que á Icilio consagré.

CLAUDIO.

Desiste.

VIRGINIA.

Nunca.

CLAUDIO.

Olvídale.

VIRGINIA.

¿Ignoras que un afecto
Que en la virtud se funda, acaba solo
Con la vida? ¡Le adoro! ¡Te aborrezco!

CLAUDIO.

Pues bien, mia serás.

VIRGINIA.

¿Virginia tuya?
Sella el impuro labio...

CLAUDIO.

Estoy resuelto:
Tú misma el precio del favor señala.

VIRGINIA.

¿Yo vender mi virtud? ¡No tiene precio!

CLAUDIO.

Pues tiembla.

VIRGINIA.

En vano intimidarme quieres.

CLAUDIO.

¿Ignoras, desdichada, cuánto puedo?

VIRGINIA.

A reprimir y castigar delitos
Alcanza tu poder, no á cometerlos.

CLAUDIO.

El corazon de la muger es cera,
El tuyo al fin se ablandará, lo espero.

VIRGINIA.

El corazon de la muger romana
Es cera á la virtud, al vicio hierro,

CLAUDIO.

Lástima solo tu desden me inspira:
Yo postraré tu efímero ardimiento.

VIRGINIA.

¡Auxilio á Roma pediré!

CLAUDIO.

¿Y en Roma
Quién puede mas que el decemviro!

VIRGINIA.

El pueblo.

CLAUDIO.

Basta. Adios, pues. Para luchar contigo
Tengo astucia y poder,... y tengo celos.

VIRGINIA.

Para vencer en la contienda impía,
Yo mi virtud y mi constancia tengo.

En el cuarto acto, cuando Virginia se halla en el palacio del decemviro:

VIRGINIA.

Pero en la cumbre del poder te miras
A desventura eterna condenado,
Porque á sí propia la maldad se hiere,
Porque al hacer temblar, tiembla el tirano!

CLAUDIO.

En breve los escesos que me imputas,
Verás, en justa pena, realizados.
Esto exige mi amor.

VIRGINIA.

Maldito sea
Amor que al odio se parece tanto!

CLAUDIO.

Icilio morirá.

VIRGINIA.

Con honra espire.

CLAUDIO.

Será tu padre de mi furia blanco.

VIRGINIA.

Mátelo el golpe de enemiga saña,
Y no el dolor de verse deshonrado.

CLAUDIO.

¿Por qué desdeñas la propicia suerte?
Pronuncia un sí; pronúncialo, y ufano
Rompo tus hierros y te doy riquezas,
Poder! Un nó te abismará en el fango...
Responde.....

VIRGINIA.

No.

CLAUDIO.

Tu desventura labras.

VIRGINIA.

Mil veces no.

CLAUDIO.

Si galardon mas alto
Codicias, habla, pide y Roma es tuya.

VIRGINIA.

Fácilmente se otorga un bien robado.

CLAUDIO.

Pues de la tumba, ó mia.

VIRGINIA.

De la tumba.

CLAUDIO.

¡Al punto!
(*Dirigiéndose hácia la puerta del foro*).

VIRGINIA.

Corre que impaciente aguardo.

CLAUDIO.

Piénsalo bien. ¡La muerte!
(*Deteniéndose*).

VIRGINIA.

Soy romana.

CLAUDIO.

Pierdes la vida!

VIRGINIA.

La inocencia salvo!

Corneille no habria probablemente titubeado en prohijar este rápido y heróico lenguaje.

Se ha dicho, y es verdad, que el señor Tamayo se ha aprovechado de muchos pensamientos de los autores que le han precedido. Aquel admirable verso que arrebató al público, cuando al proponer el decemviro á la doncella que señale el precio de su amor, ella contesta indignada :

« *Yo vender mi virtud? No tiene precio*. »

está probablemente inspirado por el siguiente pensamiento de Mr. Latour :

CLAUDIUS.

« Fortune, empire et rang, pour un jour de bonheur. »
« Je mets tout à tes pieds. »

VIRGINIE.

« Rien ne vaut mon honneur.

Aquella seguridad sublime de la Virginia española cuando contesta á Claudio, que le advierte que está sola y desamparada : « *El pudor está conmigo* ha parecido á algunos reflejo de este pensamiento de la última Virginia francesa.

CLAUDIUS.

« L'amour peut tout ici. »

VIRGINIE.

La vertu davantage. »

Sobre ser dudoso tal orígen, ¡ cuánto mas bello y delicado es el rasgo español! ¿Y á qué buscar estos reflejos que son la infiltracion recíproca, plausible é involuntaria que resulta del roce

natural de las ideas, y de la comunicacion de todas las literaturas? El señor Tamayo ha creado muchos rasgos envidiables; y tal es la uniformidad de inspiracion que en los pormenores produce el manejo del mismo asunto, que en algunos de ellos ha coincidido con escritores que no conocia. Y en último caso, ¿quién no imita? ¿Qué genio humano no ha recibido impulso ageno? El hombre siempre imita, pero con esta diferencia: la mediania copia; el entendimiento superior trasforma.

En suma, el triunfo teatral de la *Virginia* es uno de los mas grandes y legítimos que hemos visto en la escena española. Glorioso y lisongero es para el señor Tamayo haber logrado avasallar la atencion y los sentimientos de un público exigente y gastado; pero no debe glorificarse menos de haber dotado á la literatura elevada de su patria, de una obra de arte, de conciencia, de inspiracion, y sobre todo de *buen gusto*, que es, segun la espresion afortunada de un gran escritor, *la razon del genio*.

DON CAYETANO ROSELL.

Prólogo á la Coleccion escogida de obras no dramáticas de Frey Lope Felix de Vega Carpio.

Dia de tristeza y luto fué para los habitantes de Madrid el 28 de Agosto de 1635. La víspera habia dejado de existir, de resultas de breve, pero angustiosa enfermedad, el gran *Lope de Vega*, el *Fenix de los ingenios*. Celebróse su entierro con pompa verdaderamente régia; las corporaciones religiosas, civiles y militares, los próceres y caballeros, los escritores y artistas de la capital, toda la poblacion, en suma, concurrieron espontáneamente, no bien cundió por la corte la infausta nueva, á confirmar con aquella demostracion de dolor y de respeto la gloria del hombre, que en vida se habia captado la amistad y admiracion de monarcas y pontífices, de su patria y de Europa toda. Y como en cualquier acaecimiento memorable, sea alucinacion de la fantasía, sea fortúita coincidencia, suelen ocurrir fenómenos y prodigios que en las demás ocasiones se tienen por previstos y naturales, refiere uno de sus panegiristas que la noche en que Lope yacia cadáver se eclipsó la luna; como si el cielo y los astros, que anuncian la gloria de su Hacedor, estuviesen sometidos á las vicisitudes y antojos de los mortales.

Diez y nueve años antes salió de la misma calle y de algunas casas mas arriba, pobre, sin acompañamiento, y en hombros de

cuatro hermanos de la venerable Órden Tercera de San Francisco, el féretro humilde que encerraba el cuerpo de Cervántes; pero de esta injusticia de la fortuna, la muerte primero, y despues el tiempo desagraviaron por completo al desvalido autor del *Pérsiles y Sigismunda;* la muerte conservando tranquila su alma y alegre su imaginacion hasta el postrer aliento, incomparable dicha de la pobreza; y el tiempo, acrisolando de dia en dia, y coronando por último, con la auréola de la inmortalidad el libro mas perfecto, mas ingenioso y profundo que ha nacido de entendimiento humano.

Tan poco justos, tan desmedidos, suelen parecer á los venideros el fallo y los encomios de los contemporáneos. Y no porque pretendamos rebajar el mérito de Lope hasta el ínfimo grado en que le han puesto algunos críticos y preceptistas intolerantes, ni porque culpemos á su época de un fanatismo parecido á tantas otras supersticiones de la nuestra; sino porque, en efecto, las obras de *Lope de Vega* duran y durarán entre nosotros como grandiosos monumentos de época ya lejana, al paso que el *Quijote* vivirá perpetuamente, como ejemplar propio y único de todas las generaciones.

No pretendo escribir la vida del poeta mas fecundo y aplaudido del siglo XVII: cuanto pudiera decir en el particular seria mera repeticion de lo que refieren los escritores que le trataron en sus dias, ó de los datos que él mismo consignó en sus obras; de entonces acá, presumo que pocos descubrimientos se habrán hecho relativos al carácter peculiar del hombre privado, y á lo que sus cualidades personales pudieron influir en la reputacion y estima de que gozó generalmente; pues no siendo con este objeto, ignoro á qué conduzca una ociosa curiosidad que se ocupa en desentrañar las acciones mas recónditas de los que han pasado, penetrando hasta en lo mas inescrutable y vedado de su conciencia. Sabemos cuál fué su orígen, cuáles los devaneos de su mocedad, y con cuánta edificacion y cultivo de todas las virtudes se dedicó á fortalecer en su alma los sabios propósitos de arrepentimiento que formó ya en edad madura; cómo á fuerza de modestia se hizo invulnerable á los dardos de la envidia y de la calumnia; á fuerza de humildad, respetado de las agresiones de la soberbia, y cómo su liberalidad y compasion hácia los menesterosos le granjearon fama, no solo de caritativo, sino hasta de pródigo. ¿Qué mas necesitamos para bosquejar su panegírico y proponérnosle como por ejemplo?

No falta sin embargo, quien por cumplir con los deberes de la imparcialidad y recordando los lamentos en que mas de una vez prorumpió nuestro Lope por su pobreza y la escasa proteccion que se le dispensaba, vitupere la insaciable codicia del autor, que

avasalló nuestros teatros, y la sinrazon con que se quejaba de sus constantes favorecedores. Este cargo se funda precisamente en el elogio que Montalban hace de sus nobles prendas; y á ser cierto, como lo será sin duda, cuanto este añade respecto á las utilidades, emolumentos y obsequios que le valieron á Lope sus innumerables obras, la queja no puede en verdad parecer mas ilegítima y presuntuosa. Siempre se ha dicho que la demasiada estimacion propia amengua el merecimiento; pero, sobre que Lope no puede ser tildado de avaro, sino mas bien de pródigo, cuando hasta sus prendas mas necesarias repartia á los pobres, juntos los productos que, segun Montalban, le devengaron sus obras, así las dramáticas como las impresiones, y aun los dotes de sus matrimonios, desde los primeros años de su juventud, hasta los postreros dias de su existencia, no salen á veinte mil reales anuales. Y ¿cuántos, no ya tan célebres como Lope, sino de los mas oscuros negociantes ó aventureros de nuestra época, se contentarian hoy con tan vulgar y mezquina medra?

Pero limitándome al principal objeto que me he propuesto en estas indicaciones, al juicio que como escritor se merece Lope, habré de descartar asimismo la parte de alabanzas que como dramático le son debidas, y que ya le han prodigado críticos mas competentes, para referirme solo á sus obras sueltas, que en voluminosa coleccion se reimprimieron en el siglo último, y que reducidas á las que pueden tenerse por mas selectas, se incluyen hoy en el presente tomo.

Atrevimiento parecerá compendiar en tan pocas páginas la multitud de poemas, composiciones líricas y escritos en prosa con que fatigó las prensas de aquella era la incansable y maravillosa pluma del *Fenix de los ingenios;* tan incansable y maravillosa, que aun para seguirla de corrido, apenas bastaria una vida de muchos años al amanuense mas diestro y de mas constancia. Pero segregadas de la coleccion que hemos mencionado varias comedias en ella comprendidas, el poema de *La Jerusalen* que por sí solo ocupa dos tomos de buen volúmen, la *Dorotea,* ya impresa en la Biblioteca, algunas composiciones cortas que forman parte del *Romancero* del señor Durán ó del *Cancionero sagrado* del señor Sancha, ambos incluidos tambien en esta publicacion, y otras muchas obras que, á juicio de personas entendidas, no caben, por su escaso mérito, en un repertorio escogido como el que desde luego prometió el editor de la Biblioteca, queda suficiente espacio para que aun el mas aficionado á nuestro autor satisfaga su gusto por completo, y para cumplir el empeño de *dar á conocer sus facultades en todos géneros y el desarrollo sucesivo de su númen poético.*

Para proceder en esta última parte con acierto, seria indispen-

sable saber á punto fijo el órden cronológico que debieran seguir las composiciones; mas no he hallado medio de averiguarlo. El de las impresiones es muy falible, dado que el mismo Lope asegura en una de sus obras que *salia á luz tarde y esperada,* pues por causa de algunos libros sin doctrina, sustancia é ingenio, escritos para el vulgo, *se prohibió la impresion de todos generalmente.* En la Egloga á Claudio se hace un resúmen de casi todas las obras sueltas, y este dato, que al pronto parece seguro, deja de serlo observando que en la Filomena constan tambien las principales de dichas obras, y sin embargo se citan por otro órden. No siendo pues posible reimprimirlas correlativamente, segun la época en que se escribieron, las he agrupado por órden de materias procediendo de menos á mas, comenzando por la prosa, y en la parte de verso, insertando primero las composiciones cortas y de arte menor, y concluyendo con las que, al menos segun la forma, pueden denominarse poemas épicos. Si la coleccion se compusiese exclusivamente de cuanto escribió Lope en este género, difícilmente hubiera podido prescindir de su *Jerusalen conquistada.* Ya en otra ocasion quedó tambien postergada; obra que en el comercio literario no tiene valor alguno, que únicamente es apreciable por tal cual trozo de diccion propiamente épica, y por la facilidad y gallardía habitual de la versificacion servirá para hacer bulto en los estantes de los bibliógrafos, mas que para formar parte de una coleccion de modelos de nuestra literatura. Si Lope se propuso rivalizar en ella con el Tasso, acometió una empresa superior á los alcances de su talento. Entre una serie interminable de octavas reales hilvanadas con mal plan y peor concierto, y un poema regular magníficamente trazado, admirable por sus caractéres, riquísimo de invencion y de grandes cuadros, no cabe especie alguna de competencia.

Da principio la coleccion con las cuatro novelas dirigidas á la señora Marcia Leonarda, que no dejan duda sobre su verdadero autor, pues otras cuatro que han solido imprimirse con ellas, evidentemente son de pluma distinta aunque desconocida. Parece que animado Lope con el buen éxito que tuvieron las de Cervántes, quiso probar tambien sus fuerzas en este género, y solo probó su debilidad. Ni en invencion, ni en fin moral, ni en frescura de colorido, ni en nitidez de estilo y de lenguaje, pueden confundirse unas con otras. La menos perfecta de Cervántes aventaja con mucho en cuantas condiciones prescribe el género á la mas ingeniosa de su imitador.

Lope nació elegido del cielo para poeta, y no podia acomodarse á la severa y académica estructura de la prosa. Si queria ser natural, degeneraba en vulgar y lánguido; si pretendia levantar el vuelo, daba en el extremo de conceptuoso y amanerado.

La falta de propiedad y filosofía trataba de suplirla con sobra de erudicion episódica y pedantesca; duro, monótono, acompasado, discurria casi siempre por medio de antítesis y metáforas, no dejando traslucir siquiera ninguno de los caractéres que aun en medio de los mayores descuidos señalan al escritor profundo, y lo que es mas, no dando ni aun muestras de su innegable superioridad de ingenio. Pero ¿qué tiene de estraño, si, escribiendo en prosa, carecia de estilo propio?

De todos estos defectos, innatos á su condicion, y de algunos mas, peculiares á circunstancias determinadas, adolece la *Arcadia*, poema pastoril en prosa, con versos intercalados mas ó menos oportunamente. Ceguedad era en Lope convertirse en imitador cuando tan feliz y majestuosa se dilataba su mente siempre que se proponia ser espontáneo y original. Ofuscábale el resplandor de la gloria con que brillaban los autores italianos. Esta vez tomó á Sannazaro por modelo, y trocó sus pastores en cortesanos, y las escenas campestres en teatros de la mas pulcra y discreta civilizacion. Grima da verlos tan remilgados y oirlos discurrir con tanta copia de textos, sentencias y aforismos como pudiera un santo padre ó un retórico de la antigüedad. En el tono se asemeja poco á la *Dorotea*, que por lo dramático de algunas situaciones, la viveza de las pinturas, y la correccion de la frase, junta con la propiedad de los afectos ha hecho presumir que fuese una narracion, no solo verosímil, sino verdadera. Pero á vueltas de semejantes imperfecciones, la *Arcadia* contiene de vez en cuando bellezas de primer órden. En las composiciones poéticas que comprende, fuera de algunas de muy mal gusto campea la admirable facilidad y musical cadencia que Lope sabia dar sobre todo á sus romances y versos cortos; así que me ha parecido preferible á los *Pastores de Belen* y al *Peregrino en su patria*, que, á mi modo de ver, ofrecen mayores inconvenientes.

En el *Discurso sobre la nueva poesía* y en la *Introduccion* á la *Justa poética de san Isidro*, en la *Relacion* de las *Fiestas* de la *Canonizacion* del mismo santo y el *Triunfo de la Fé* y por último en las *Cien Jaculatorias á Cristo nuestro Señor*, he procurado dar á conocer á Lope como crítico, como historiador y como escritor ascético, dejando al buen criterio de los lectores el juicio que merezca cada una de las citadas obras.

Por via de intermedio, y como transicion de la primera parte del tomo, que contiene la prosa, á la segunda, que se compone toda de poesías, he insertado el *Laurel de Apolo*, especie de catálogo rimado, cuyo único mérito consiste en conservar la memoria de mas de trescientos escritores, casi todos poetas de aquellos tiempos, en cuya alabanza no escaseó el buen *Lope* ni los perfumes de la lisonja ni la hojarasca de las hipérboles; bien que en

la propia debilidad incurrió Cervántes, derramando incienso á manos llenas en su *Viage del Parnaso* y en el *Canto de Caliope*, y otros poetas de la misma época, que satisfacian por este medio la vanidad de los contemporáneos y la irritable condicion de los envidiosos y murmuradores.

Entramos en seguida en los dominios propios de *Lope*, en los vastos y feracísimos campos que brindaban á su musa con todos los encantos y tesoros que da de sí la naturaleza; de las aves tomaba sus melodías, del sol sus inspiraciones, y de las flores mas modestas tejia coronas de triunfo para sus sienes. El alma del poeta, medrosa y como apocada cuando tenia que espresarse en el idioma de las ciudades, se remontaba audaz y placentera cuando pulsaba la cítara de los dioses; y el mismo que en el lenguaje de la vida comun no acertaba á descifrar el enigma de sus sentimientos, recurriendo á la magia de la poesía hallaba desahogo para todos sus afectos, consuelo para todas las aflicciones y compensacion para todos sus desengaños.

Véase en las letrillas, glosas y romances, con cuánta gracia maneja á veces la sátira, con qué valentía las descripciones, qué tono tan melancólico le inspira el amor, qué dudas y contradicciones su pensamiento. Para cantar el nacimiento del Hijo de Dios, unas veces entona alegres villancicos, otras apostrofa á las palmas de Belen para que no turben el sueño del Niño, movidas por los furiosos vientos. Al celebrar la santidad del labrador Isidro, se vale de las formas populares de la versificacion y exorna su asunto con bellísimas tradiciones de la historia patria. Por no reproducir, como he indicado, muchas de las composiciones ya impresas en los tomos de la *Biblioteca*, he omitido algunas que por otra parte son muy conocidas de todo el mundo; mas en cambio incluyo otras que si no son del todo inéditas han llegado á hacerse bastante raras, para tener por lo menos el mérito de la novedad. La mayor parte están sacadas de dos códices preciosímos y autógrafos que poseen los señores Marques de Pidal y D. Agustin Durán; reliquias que he tenido algun tiempo á mi disposicion, gracias á la amabilidad de ambos caballeros que me han favorecido con tan distinguida prueba de confianza, poniendo en mis manos un tesoro, que solo su elevado talento y superior ilustracion son capaces de estimar en lo que merece y vale. Y con este motivo permítaseme una digresion, que no se tendrá por inoportuna. Es creencia general, y el número de volúmenes que escribió *Lope* así lo indica, que poco embarazado este maravilloso ingenio con las trabas del verso y la locucion poética, y no menos audaz que afortunado en vencer cuantos obstáculos son para otros insuperables, ni se detenia á limar lo escrito, ni lo que una vez encomendaba al papel tornaba á ser objeto de sus cavi-

losidades y lecturas. Algunas de sus comedias autógrafas que he visto, aparecen con efecto bastante limpias de enmiendas, tanto que tienen mas trazas de copias que de originales; pero en los códices á que me refiero son innumerables las tachas y correcciones : soneto hay que ocupa cinco planas de papel en 4º. y verso que va precedido de seis, ocho ó mas inutilizados. Dato curioso que acrecienta la suma de tiempo invertido por tan fecundo autor en sus tareas, y el asombro á que da lugar este, que á primera vista parece imposible humano.

La segunda seccion comprende églogas, canciones, odas, elegías etc., y la siguiente un repertorio escogido de algunas dos centurias de sonetos, todos recomendables por su esmerada diccion, por su variedad de asuntos y tonos, y muchos por su locucion magnífica y robusta y por la feliz gradacion y profundidad de los pensamientos.

Las epístolas ocupan buen trecho de nuestro tomo; de cuantas *Lope* dió á la estampa, muy pocas pueden desecharse por débiles y destituidas de interés. En ellas reunió los principales datos para su vida, las pruebas en que deben apoyarse cuantos juicios se formen sobre opiniones y sentimientos; en ellas, prescindiendo de toda ficcion, pone de manifiesto hasta lo mas íntimo de su alma, y el mismo descuido con que deja correr la pluma presta elegancia á sus frases, propiedad de estilo á sus períodos, admirable rotundidad á sus tercetos, y fluidez y nervio á su versificacion. Aun cuando *Lope* no hubiese dejado otras muestras de su ingenio que las epístolas, seria reputado, y con justa causa, por uno de nuestros primeros hablistas y de nuestros mas bizarros poetas. Asuntos adecuados á su propósito, acertadísimo empleo de epítetos, poética acepcion de los verbos, plan casi siempre juicioso, variedad en los tonos y transiciones..... no temo pecar de exageracion encareciendo lo que sin duda complacerá tambien en sumo grado á los lectores. Este género de composicion, como el romance, en que tanto se aventajaba el creador de nuestro teatro, evidentemente demuestra que era poeta mas natural que erudito, poeta verdaderamente español, cuya lozana imaginativa se acomodaba mal á las exigencias del arte estraño y á las formas inflexibles de la imitacion.

Y si queremos convencernos mas de la exactitud de esta conjetura, observemos en la última seccion, destinada á los poemas, la diferencia que existe entre las silvas de la *Gatomaquia*, escritas con tan gran donaire y desenfado, y las octavas de *La Andrómeda, La Circe* ó *La Filomena*, que, por otra parte, atendiendo á su menor estension y á que se sostienen con alguna mas regularidad, no he vacilado en preferir á la *Hermosura de Angélica*, á la *Corona trágica* y á la *Dragontea*.

Comprender la *Gatomaquia* y algunas otras de las *Rimas de Burguillos* entre las obras de *Lope de Vega*, estableciendo por lo mismo como un hecho la completa identidad de ambos autores, quizá parecerá á muchos exceso de ligereza; mas para mí es verdad plenamente averiguada, punto en que ya no cabe género alguno de controversia. Como si no bastasen testimonios de tanta autoridad como el de Montalban en su *Fama póstuma*, y el de D. García de Salcedo, Coronel, amigo de *Lope*, en las décimas que escribió para la primera edicion de libro de *Burguillos*, ni las indicaciones de D. Francisco de Quevedo, ni en fin, la tradicion constante y general de ser el misterioso licenciado y su compilador una persona misma, los códices mencionados de los señores Pidal y Durán contienen la demostracion mas palpable que pudiera apetecerse. En ellos se encuentran escritas en borrador, por mano y puño de *Lope*, varias de las poesías impresas en la coleccion de *Rimas* de *Burguillos*. No me detendré aquí á indagar la existencia mas ó menos probable de otro poeta del mismo nombre, basta la seguridad con que se procederá de hoy en adelante al atribuir á *Lope* obras que escribió bajo el velo de un pseudónimo, sin duda por no creerlas propias de su reputacion ó de su estado sacerdotal.

Concluye el presente tomo con el índice general alfabético de la coleccion de Sancha, que puede servir de adicion á la nuestra en caso necesario, con el de los códices de que va hecho mérito, que son el complemento de ambas; un catálogo de todos los panegiristas de *Lope* y de sus obras y otro de los autores citados en el *Laurel de Apolo*. A muchos de estos he añadido la indicacion mas ó menos circunstanciada de las obras que respectivamente escribieron. El corto tiempo de que he podido disponer no me ha permitido llenar todos los huecos como deseaba, sin embargo de haber recurrido mas de una vez al auxilio de personas tan entendidas y expertas en todo género de investigaciones literarias como mis complacientes amigos los señores D. Pascual de Gayangos y D. Aureliano Fernandez Guerra, á quienes doy con tal motivo este público testimonio de mi reconocimiento. Algunos de los autores mencionados serian conocidos de su tiempo por haber figurado en las academias, justas y certámenes que tan á menudo se celebran, y hoy no se tienen presentes por no existir libro alguno impreso bajo su nombre; pero de esta falta, y de cualquiera inexactitud que se advierta en un trabajo arduo de suyo, y que solo puede considerarse como principio de otros mas formales y detenidos, tomaré ocasion para solicitar la indulgencia de mis lectores.

Las obras comprendidas en el presente volúmen dan sobrada materia para juzgar á *Lope de Vega* como lírico y como prosista.

Su siglo le admiró principalmente como escritor dramático, refluyendo, por decírlo así, el brillo de sus composiciones escénicas en todas las demas que brotaban de su inagotable númen. Era poeta mas popular que culto; la índole de su portentoso ingenio le hacia mas á propósito para concebir y trazar una accion dramática que para sostener la entonacion grave y en cierto modo artificiosa de la poesía erudita. Su claro instinto le infundia aversion á los estravíos con que Góngora y sus imitadores alteraban la pureza de formas de la escuela clásica, y sin embargo, la viciada atmósfera que le circuia contagiaba tambien su gusto, obligándole á incurrir á veces en los propios yerros que vituperaba. No se hubiera creido á *Lope* tan grande, no hubiera llegado á alzarse como un ídolo á la veneracion y asombro de los sabios, de los eruditos y de la muchedumbre, si no hubiese sido la personificacion mas verdadera y exacta del espíritu, de la filosofía, de las ideas y hasta de los vicios del siglo en que dominaba. Como escritor, adolecia de falta de instruccion y de rectitud de juicio; como poeta, fué verdaderamente un portento de la naturaleza; y de aquí por una parte sus inimitables perfecciones, y por otra su audacia y sus desaciertos. Otros analizarán con mas detencion y profundidad el carácter y mérito de sus composiciones; yo solamente me he propuesto reunir en breve epítome aquellas que basten á facilitar propósito tan envidiable.

DON PEDRO DE MADRAZO.

ROMA.

Con el reinado de Augusto empezó el nombre de Italia á tener el sentido lato que hoy le damos, porque entónces comenzaron á reconocerse sujetos á un solo dominio todos los diversos pueblos que la formaban, aunque siguieron conservando sus instituciones locales y su mutua independencia. Era la Italia como el haz de los lictores, compuesto de varas de diferentes arbustos, siendo la ley comun el lazo que las sujetaba, y Roma la segur amenazadora que en medio de ellas relucia.

De modo que ni aun entónces existia la nacionalidad italiana propiamente dicha. Pero Roma era ya mas que el centro de una nacion, porque era el alma de un colosal imperio.

Dentro de sus fuertes muros se reunia una asociacion de todas las familias humanas esparcidas desde las columnas de Hércules al Quersoneso táurico..... ¡Cuán liberal y generosa se mostró con todas aquellas gentes, admitiendo en la curia á los hijos de los vencidos, y dando el lauro imperial á los naturales de la Tracia y de la Arabia! Dió ademas á todos sus vasallos el título de ciudadanos, y se honró con el nombre de PATRIA COMUN. Inició á los pueblos nacientes en los deberes de la vida social, al paso que les enseñaba á cultivar las artes, que son su mas bello ornamento. Y sus gigantescos proyectos, abriéndose paso por entre primitivos y silenciosos bosques, y salvando caudalosos rios, acabaron por establecer en Europa el libre comercio del pensamiento.

Aquella rigurosa y bien dirigida tutela ejercida sobre el mundo pagano, era una lejana preparacion para el advenimiento del grande órden de ideas que con inspiracion casi profética presintió Virgilio, exclamando : *Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo.* ¡Qué importaba que la victoria ensangrentada y clamorosa huyese del Capitolio cuando ya el Santo PESCADOR lo habia sellado con su sangre y el consorcio sublime del AMOR y la FE habia tomado posesion del Vaticano, quedando el imperio moral de Roma asegurado para siempre! La Ciudad Eterna dejaba de ser centro político para ser centro intelectual y religioso: el romano vencido habia de ser el maestro del vencedor. No lo desconoció el dulce *Horacio* cuando se predijo inmarcesible fama para dentro del imperio moral de Roma (1).

Sus altos destinos se manifestaron en sus mismos infortunios. La madre de la universal civilizacion, política, económica, militar, literaria y religiosa, comienza á desfallecer, como herida de muerte, al tomar cuerpo de espléndido sol los primeros albores del cristianismo; pero no morirá, porque la promesa hecha á su fundador tiene que cumplirse. La antigua sociedad corrompida y enervada por los vicios, debia regenerarse, para que á la altiva señora del mundo sucediese la maestra de la humanidad, sustituyendo á la fuerza de las armas el poder irresistible de la inteligencia.

En vano el emperador Constancio uncirá al carro de su fortuna los impetuosos vélites del arrianismo; en balde Juliano el Apóstata intentará reconstruir el paganismo declarándose adorador de Júpiter y de Minerva; para sostener la mole de las antiguas ideas que se desmorona, ni siquiera le presta el arte la belleza de sus formas, porque ya el artista y el poeta, ó creen en el Dios de

(1) .... Usque ego posterâ
Crescam laude recens, dum Capitolium
Scandet cum tacitâ virgine Pontifex.
(*Oda* XXX, *lib.* III.)

Nazareth, ó han perdido en los cenagales del materialismo el tipo estético con que un tiempo encadenó la Grecia los corazones á la idolatría.

Una formidable voz que llega de los desiertos de la Palestina, hace estremecer las doradas techumbres que se reflejan en el Tiber, y sobrecogerse de espanto á las indolentes vírgenes romanas; no es el « címbalo sonoro » del Apóstol, ni la « voz en el desierto » del Profeta; ¡es la elocuenta voz de S. Jerónimo que anuncia como Jonás la destruccion de la nueva Nínive! Un resplandor fatídico tiñe las altas cúpulas palatinas hácia el lado del viento siniestro (1); no son las exequias de un emperador que yace en su pira, ¡son las Galias incendiadas por los Bárbaros! ¡Son las llamas que hacen hervir ensangrentadas las olas del Rin y del Garona, como aquellos mares donde derramó un ángel el cáliz de la ira de Dios (2)! ¡Son las hogueras en que han convertido los soldados de Alarico las opulentas ciudades de Maguncia, Worms, Spira y Tolosa, y que amagan devorar la grandeza de Roma!... ¡Oh inescrutable Providencia! ¡quién habria podido comprender con el alma anonadada por el tremendo escarmiento del asalto y saqueo de la Ciudad Eterna, que las devastadoras hordas del Báltico y del Euxino iban allí conducidas por el dedo de Dios para inocular en el cuerpo cadavérico de la corrompida matrona la sangre vírgen y poderosa que habia de darle nueva vida! ¡Quién habria podido bendecir entónces la impotencia del despotismo imperial, que luchó tanto tiempo en vano con la descentralizacion republicana imbuida en las costumbres de los hijos de Rómulo! ¡Quién hubiera podido exhalar cánticos de alabanza por la próxima trasformacion que iba á verificarse, cuando el santo doctor de la Panonia, repitiendo los lúgubres acentos de Miqueás, decia á Roma: « mésate los cabellos, y ráete la cabeza hasta pelártelá toda, como águila que está de muda, porque tus habitantes son llevados en cautiverio (3). »

No es de admirar que los testigos de aquellos espantosos desastres dudasen de que pudieran quedar alientos de vida en la inerte crisálida del imperio, despues que Arcadio y Honorio hicieron girones el manto del gran Teodosio; cuando los mismos poetas y filósofos nacidos en el cristianismo no han sabido desentrañar el espíritu de esa nueva Iliada de diez siglos que reprodujeron todas las naciones grandes del mundo moderno al disputarse la manzana de oro de la Italia. Sin embargo tambien hablaba con Roma el profeta cuando exclamaba: « Mésate los cabellos y pélate la cabeza como águila que está de muda, »

(1) El Septentrion.
(2) *Apocal.*, cap. XVI.
(3) *Prof. de Miquéas*, cap. I.

porque realmente el águila romana iba á mudar todo su pomposo plumaje. Roma política sucumbia ante la doble fatalidad de las disensiones civiles y de las invasiones extranjeras; pero esto se verificaba para que en ella tuviese cumplimiento el mas alto destino que es dado alcanzar á un pueblo en su vida terrestre.

Escuchemos la voz de la tradicion y penetrémonos de su espíritu. Es fama que á la vida de Rómulo acompañaron los mas grandes prodigios, así en su nacimiento como en su muerte. Abandonado en su infancia por órden de Amulio á la corriente del Tiber, como Moises á la del Nilo por órden de Faraon, el débil esquife en que se hallaba con su hermano Remo fué depositado por una inundación en un punto elevado de la orilla, y milagrosamente libertado, al paso que todas las otras naves que surcaban aquel rio perecieron de diversos modos (1).

El primer acto de justicia del futuro legislador del pueblo romano fué semejante á la primera vindicacion del legislador del pueblo hebreo; como este mató por su mano al egipcio que maltrataba á sus hermanos, dió muerte aquel al tirano que le entregó con Remo al Tíber.

Conoció que la justicia de aquella venganza sería desconocida por los hombres de malos intentos, y procuró dar al derecho el apoyo de la fuerza, eligiendo un asilo contra injustas persecuciones: se retiró al monte Palatino, como Moises se retiró al desierto de Madian temiendo la persecucion de los egipcios. Allí comenzó verdaderamente la grande obra para que fué predestinado.

¿Quereis ver palpablemente bajo una forma alegórica el futuro destino de Roma? Oid tambien la tradicion. Abrió Rómulo primeramente una zanja al rededor del punto designado para asamblea legislativa del pueblo (*Comitia*) (2), y mandó que cada cual arrojase en ella las primicias de todos los alimentos no vedados y un puñado de tierra del pais á que perteneciese. Tal vez aquel inspirado fundador se propuso significar con esto, que el mejor derecho público es el que tiene por cimiento la generosa prestacion de los sacrificios individuales de los ciudadanos: y que en Roma habian de confundirse un dia todas las nacionalidades parciales del orbe.

Si fué prodigiosa la aparicion de Rómulo, no lo fué ménos su desaparicion de la tierra. El senador Julio Próculo, en una vision maravillosa que tuvo, reconoció al fundador de Roma arrebatado al cielo por los dioses, durante una tempestad que se armó acompañada de impetuosos torbellinos, y recogió religiosamente de

(1) Esta es la tradicion mas comun de los que consideran á Rómulo como fundador de Roma. V. *Les antiquités de Rome*, del baron du Mont de Florgy.

(2) El pueblo en los *Comicios* deliberaba sobre los negocios de la nacion.

sus labios estas palabras de eterno consuelo: « Vé y anuncia á los Romanos la voluntad de los dioses: MI ROMA SERÁ LA CAPITAL DEL UNIVERSO-MUNDO. Cultiven con constancia el arte militar, y no habrá poder humano que contra sus armas prevalezca (1).

Mudó toda su pluma, sí, el águila soberbia de Roma: Constantino se llevó á Bizancio la sombra de la verdadera, que quedaba amparando bajo sus alas la sagrada cruz que admitió el Capitolio. El ave altanera se trasformó, y cuando de la crisálida de la Roma antigua salió desplegando leves y radiantes alas la fe alimentada en sus catacumbas, entónces la verdadera águila romana, ántes indómita y recelosa, tomó la pluma del manso y generoso pelícano, todo amor para sus hijos.

La religion de Cristo, toda de amor y ternura, es incompatible en Roma con el receloso espíritu de nacionalismo. El patriotismo que se albergó en sus muros es aquella caridad grande y sublime que abarca todo el universo, y cuyo ardiente anhelo es el progreso del perfeccionamiento evangélico en la familia humana.

Si en Roma se hubiera arraigado el nacionalismo, si la ciudad predestinada hubiese llegado á ser la capital de una monarquía ó de una república, como las otras que han cruzado por la escena del mundo, el patriotismo, pasion que se alimenta con harta frecuencia de rivalidades y de orgullo, se hubiera constituido en cauteloso espía de la gran ciudad, y hubiera cerrado sus puertas á la generosa hospitalidad que debia ejercer teniendo á todas las cortes europeas por dóciles alumnas.

Hé aquí la gran diferencia entre Roma y las demas naciones. Estas, cuyo curso deb ser pasajero como la vida del hombre, solo pueden aspirar á que su existencia se dilate lo mas que les permita el cielo, dejando en su carrera algun rastro de gloria. Todas sus obligaciones acaban dentro del estrecho círculo de su propia conservacion é incremento, y esta especie de egoismo colectivo no es en manera alguna vituperable en los pueblos que al venir al mundo no descubren promesas de inmortalidad en su horizonte. Estos pueblos son los que se levantan contra la opresion extranjera, y tienen por deber el repelerla, aun cuando para asegurar su independencia se vean precisados á derramar la sangre de sus adversarios. Forzados á sostener guerras de propia de-

(1) La fabulosa vision de Próculo se atribuye á Rómulo por Tito Livio, Ovidio, Plutarco, S. Agustin y Arnobio: *abi, nuntia Romanis cœlestes ita velle: ut mea Roma caput orbis terrarum sit*, etc. Causa verdaderamente maravilla el estudiar cuánto contribuyó la fe en la inmortalidad y en la promesa de Rómulo á las grandes empresas que el pueblo romano llevó á cabo, de manera que, aun reconocida la vision de Próculo como fabulosa, siempre subsiste como portento humanamente inexplicable la circunstancia de ajustarse tan escrupulosamente á la historia de Roma aquella supuesta promesa segun fué formulada hace tantos siglos.

fensa, no les es dado perdonar enteramente, porque el perdon se funda en el olvido, y las nacionalidades solo viven de recuerdos.

No así Roma, que es la Ciudad Eterna : no hay violencia que en ella no se haya consumado. Sentada en su silla curul, á la manera de los antiguos senadores, esperó á sus enemigos impávida y majestuosa, y su sola mirada mas de una vez les heló el corazon haciendo caer el hierro de sus manos. Perdonó casi siempre á los que talaron sus campos é incendiaron sus palacios y sus mieses, y en trueque de rencores dió á la Europa enemiga las ciencias, las artes, la literatura, y una religion de paz y amor.

Nada hizo para sí : todo para el mundo. Defendió á la cristiandad del islamismo embrutecedor y mandó las galeras venecianas á ahogarlo en las aguas de Lepanto. Libróle despues en Trento del vandalismo protestante, como desarmó en nuestro siglo al vandalismo revolucionario, oponiendo al orgullo de Napoleon la evangélica mansedumbre de Pio VII. Difundió por todas partes la luz de lo bello, de lo útil y de lo justo, con las obras inmortales de sus sabios, de sus poetas y de sus artistas; y ahora que las naciones europeas, como las olas de un revuelto mar, se alzan unas contra otras dispuestas á renovar las sangrientas luchas pasadas, Roma es la única que sacrifica sus fieles diáconos (1) para recordar á los hombres la olvidada moral de la Iglesia de Jesucristo, con palabras de consuelo para la desesperacion de los vencidos, con ejemplos de caridad para el furor de los vencedores.

DON MANUEL CAÑETE.

CRÍTICA LITERARIA.

La Ricahembra, drama histórico en cuatro actos y en verso, de don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, y don Manuel Tamayo y Baus, representado por primera vez en el teatro del Príncipe el 20 de abril de 1854.

La aparicion de este drama, confirmacion elocuente de la doctrina literaria que he tenido la gloria de proclamar por espacio

(1) Alude á la dolorosa reciente muerte del arzobispo de Paris, Mgr. d'Affre.

de algunos años como única digna de la civilizacion de nuestros tiempos, bien que nada tenga de extraño, atendidas las altas prendas intelectuales de sus autores, patentiza á los ojos de todo el mundo cuánto importa á la inspiracion poética levantarse á la esfera de los nobles pensamientos, y utilizar la belleza de la forma en la expresion de lo *verdadero* y de lo *bueno*. Fruto de un sistema literario que con saludable eclecticismo acepta lo que cada cual tiene de aceptable, y desdeña todo imperio que no sea el de la recta razon, ayudada del buen gusto, — *La Ricahembra* reune y amalgama en peregrino concierto las mas raras dotes tradicionales de nuestro popular y caracterizado teatro antiguo, y los mas fecundos elementos de vitalidad puestos en accion á influjo del aliento revolucionario que en nuestros dias ha regenerado el arte. En ella se ve ademas confirmada una creencia que siempre tuve, y que ha sido combatida repetidas veces, con mas acrimonia que razon, por escritores de merecido concepto : la de que los casamientos literarios, digámoslo así, no pueden ser fructuosos; la de que dos ingenios capaces de escribir separados cosas muy bellas, no pueden tener reunidos la misma espontaneidad de facultades, merced á la presion, en cierto modo involuntaria, que naturalmente ha de ejercer en uno de ellos la inteligencia del que esté dotado de mas vigorosa iniciativa.

De que los matrimonios de ingenio prometen sucesion hidalga cuando dos espíritus de generoso temple se confunden, tenemos en *La Ricahembra* galano ejemplo. Y aunque varios lejanos y propincuos responden de lo mucho que son capaces de hacer, cada uno de por sí, los señores Fernandez-Guerra y Tamayo, todavía la ternura pintoresca del primero y la gallarda impetuosidad del segundo, enlazadas y confundidas en esta notable creacion, parece como que se completan y mejoran, prestando mayor variedad y lozanía á la admirable unidad que resplandece en el conjunto de este drama.

Casi todos los poetas dramáticos de mas cuenta, no ya españolas, sino europeos, y muy principalmente los de este siglo, se han apacentado en pintar el triunfo del fatalismo de la pasion sobre el libre albedrío, dando á la organizacion material mayor importancia de la que tiene con relacion á los fenómenos afectivos del ser humano. Díganlo *Sardanápalo* y *Marino Faliero* en Byron; *Teresa* y *Catalina Howard* en Dumas; *Angelo* y *Marion Delorme* en Victor Hugo.

Fernandez-Guerra y Tamayo han seguido rumbo distinto.

Como pensamiento coadyuvante de la obra, emplean el amor de una muger á su raza, y el afan de fortalecerla con su ejemplo en lo futuro, á fin de que llegue á ser siempre grande, pura y legítima. Digno empeño ciertamente : realzar la muger que es la

base y fundamento de la sociedad; confiar á su dignidad y grandeza el mayor vencimiento del corazon humano. Este pensamiento es tanto mas útil, cuanto que ingenios de los que mas honran el presente siglo, de los que han dado el tono, por decirlo así, á la revolucion literaria de nuestra época, se han complacido en presentar á la muger como un mónstruo abominable. Harto acreditan mi opinion *Lucrecia Borgia* y *Margarita de Borgoña;* harto la reina Isabel, madre de Cárlos VII, retratada con tan negros colores en *La Doncella de Orleans* de Schiller. Por el contrario, *La Ricahembra* es el complemento de varios esfuerzos aislados hechos por vigorosos escritores para rehabilitar á la muger, puesta en descrédito en estos últimos tiempos; corona de tentativas tan felices como *La ley de raza* de Hartzenbusch, y *El valor de la muger* de Breton de los Herreros, en cuyas obras puede admirar el menos docto, demas del noble propósito de ambos poetas, detalles y primores de grande estima.

Voy, pues, á hacerme cargo de las condiciones que mas resaltan en el drama profundamente bello de Tamayo y Fernandez-Guerra, considerándolo bajo diverso punto de vista del en que se han colocado los ilustrados críticos que me han precedido en la grata empresa de aplaudir el mérito relevante de esta obra, destinada á vivir en nuestra escena mientras haya en España la nocion mas mínima de buen gusto.

Procuraré exponer con claridad y como punto de partida los hechos en que estriba el argumento de *La Ricahembra.*

Doña Juana de Mendoza, hija del señor de Hita y Buitrago y viuda del adelantado mayor de Leon, Diego Manrique de Lara, vive en su casa fuerte de Villaharta-Quintana, solicitada de muchos y grandes señores, siendo amparo y consuelo de sus vasallos. Uno de sus pretendientes, el conde don Tello, burlado en el deseo de alcanzar la mano de la Ricahembra, entra á saco sus heredades; pero no bien doña Juana, despreciando *las mocedades de un fatuo*, se propone dejar sin castigo tales demasías, cuando llegan huestes de los pueblos comarcanos que siguen las banderas de los Mendozas, ansiando vengar el agravio que les han inferido los de don Tello, y poniendo á doña Juana en el caso de elegir un campeon que las conduzca á la pelea. Vivaldo solicita y obtiene esta gracia; Vivaldo, secretario de la Ricahembra, á la que no desagradan ni su gallardo continente ni las altas dotes de su espíritu, jóven, nacido en humilde cuna, pero rico en levantados pensamientos y ardientemente enamorado de su señora. Interin corre á lidiar, dejando en el mayor descon nsuelo á Marina, que lo adora con toda el alma, se presenta ele- astillo un page del rey, portador de este billete:

« Si en valle desierto sus galas humilla
á todos oculta la rosa fragante,
quien es en virtudes blason de Castilla
mi corte ennoblezca, sus glorias levante.
Y á mas, recordando que al sumo imperante
los fuertes Mendozas sirvieron á ley,
esposa vos fago del noble Almirante,
del gran don Alfonso, mi primo. — Yo el Rey. »

Doña Juana estima ofensivo á su dignidad este propósito del monarca, y manifiesta el suyo decidido de no cumplirlo. Aprémiala el page (que es el mismo don Alfonso Enriquez, disfrazado) á esponer las causas de tal repulsa : rehúsalo discretamente la Ricahembra; pero tanto se obstina aquel, prendado mas y mas de los atractivos de la dama, en que esta ha de justificar su negativa, que exacerbada doña Juana por la que juzga ofensa dirigida á empañar el lustre de sus blasones, é ignorante de quién fuese el atrevido servidor que de tal modo la compelia á decir lo que ella *estimaba para callado*, exclama, aludiendo al Almirante:

¡Unir su sangre á la mia,
y un bastardo le engendró (1)!...
¡Y él mismo tambien nació
con sello de bastardía!

El diálogo prosigue de este modo :

PAGE. ¡Basta ya!
DOÑA JUANA. Con torpe mengua,
su padre, á Dios consagrado,
los votos rompió malvado :
¿y por quién?.....
PAGE. ¡Tened la lengua!
DOÑA JUANA. Y de aquella union impía
brotando el retoño odioso,
el padre fué un religioso,
fué la madre una judía.
PAGE. Mentira. (*Dále un bofeton.*)

Esta enérgica escena, donde la verdad histórica se halla realzada con los brillantes colores de la poesia, con el vigor del interés dramático mas activo, concluye de esta manera :

DOÑA JUANA. ¡Oh¡ ¿Será verdad?
¿Tu mano en mi rostro?..... Sí,

(1) Don Alfonso Enriquez era hijo del maestre de Santiago Don Fadrique, hermano bastardo del rey don Pedro I de Castilla.

que aun la siento impresa aquí.
Hola, mis guardias, llegad.
(*Asomándose á la puerta del foro y gritando. Aparecen en ella guardias y pages.*)

PAGE. Sobrado tiempo me humilla
este disfraz en que estoy:
Don Alfonso Enriquez soy,
almirante de Castilla.

DOÑA JUANA. Temed todos mi furor
si del muro alguien saliere.
(*A los guardias.*)
Que en mi cámara me espere
decid á mi confesor.
(*A los pages.*)
Ved que nunca fuerza ha sido
tan exacto cumplimiento.
(*A los guardias y pages que se retiran.*)

DON ALFONSO. ¿Qué es lo que intentais?
(*Despues de batallar con mil dudas en la mayor agitacion.*)

DOÑA JUANA. ¿Qué intento?
Que vais á ser mi marido.

DON ALFONSO. ¡Cielos!

DOÑA JUANA. Sin ningun retardo;
antes de que á nadie hableis.

DON ALFONSO. Señora, ved lo que haceis;
recordad que soy bastardo.

DOÑA JUANA. ¿Tu maldad que mi honra empaña
límites no reconoce?
¡Justo es que así te alboroce
tan digna, tan noble hazaña!
Pero si á mis pies te postro
y hago que tu sangre corra,
con tu sangre no se borra
esta mancha de mi rostro.
A ser tu esposa me allano;
mas nadie dirá atrevido,
que quien no fué mi marido
puso en mi rostro la mano. »

A esta sazon llega Vivaldo, triunfante del conde don Tello, y feliz con la remota esperanza de ver recompensado el oculto amor que le ha dado esfuerzo en los combates; pero doña Juana, que con tan singular delicadeza descubre la inclinacion de su pecho, diciéndose al ver partir á Vivaldo,

« ¡Porqué no es igual á mí! »

le manifiesta, luchando con mil encontrados afectos, que va á dar su mano á don Alfonso, porque

« Es mas fuerte que la muerte
el imperio del honor. »

¡Magnífico cimiento de un edificio dramático levantado á la altura de lo mejor que en esta clase de obras ha producido el presente siglo! ¡Sublime revelacion de un carácter cuyo desarrollo ha de ser fecundo en bellezas de primer órden!

La muger que se habia mostrado tan celosa de conservar sin género alguno de mancilla el nombre esclarecido de sus mayores; que habia luchado con denodada altanería con la voluntad del soberano, porque segun su modo de pensar debian hacerse los casamientos

« por propio convencimiento,
no por ageno capricho, »

es consecuente consigo propia, poniendo la misma fuerza de voluntad que hubo menester para enlazarse con el bastardo primo del rey, en dominar la inclinacion amorosa que Vivaldo habia despertado en su alma, y vencer á fuerza de prudencia y mansedumbre ya la preocupacion celosa de don Alfonso, ya los arrebatos coléricos á que este se deja arrastrar fácilmente, oscureciendo y amenguando la nativa generosidad y franqueza de su carácter, ya el desbordado fuego de Vivaldo. Así luchando sin cesar con los naturales impulsos de su contrariado corazon, y con las mal regidas pasiones de cuantos la rodean; esclava del deber hasta el punto de decretar la muerte de Vivaldo, en castigo al atrevimiento de haberla declarado su amor; fuerte para no abatir su dignidad empleando humillante súplica con el fin de templar la injusta saña del esposo, consigue triunfar de los demas y de ella misma, y ofrece á todos alto ejemplo del uso que deben hacer de su albedrío, si aspiran á cumplir con lo que exige la razon de la dignidad del ser humano.

La Ricahembra no es solo un drama donde á par del interés que nace del choque de los afectos campea un ingenioso artificio y se ostentan situaciones dramáticas muy verosímiles, combinadas con arte poco vulgar; no es solo una fábula donde la belleza resulta del colorido de las pasiones, de la lucha y contraste de caractéres que, sin perder el sello de la universalidad que han menester en la escena para hablar al alma del auditorio, retratan con admirable exactitud y energía las condiciones accidentales que debian determinarlos, y los modificaban de hecho, dadas las supersticiones y creencias del siglo en que vivieron los personages; — esta obra singular, por el mérito nada comun de las dotes que la distinguen, es un símbolo moral y poético de la

mayor importancia : símbolo en el cual se resuelve hasta cierto punto el problema de la vida, no á efectos de la espiacion que borra la culpa, sino merced al sacrificio voluntario, que conquista el mas noble premio del espíritu. Pensamiento de tanta magnitud y trascendencia debia naturalmente germinar en ingenios tan elevados como los autores de *La Ricahembra*.

No hay, pues, duda en que el carácter simbólico que resplandece en la obra de Fernandez-Guerra y Tamayo, es el que mas la sublima, ya porque corresponde á lo que debe ser la dramática de nuestros tiempos, ya porque se manifiesta á cada paso de un modo complexo y multiforme, así en el conjunto como en los detalles y accesorios, sin que por ello pierda en sencillez y frescura el desarrollo de la accion, ni sea necesario engolfarse en lucubraciones metafísicas para percibirlo y demostrarlo. Y que ha sido el principal intento de los autores hacer tal símbolo perceptible; que en la vida íntima de su creacion han cifrado la mayor gloria; que en esta fecunda idea, como en piedra angular, han buscado apoyo para levantarse á penetrar, sin pedantesco dogmatismo, en las altas regiones de la filosofía, no abandonando un solo instante el florido sendero del corazon, — cosa es que desde luego se descubre y que el público ha tenido el buen acuerdo de aplaudir, gracias al prestigio inesplicable de la verdad que intuitivamente se apodera hasta del mas rudo entendimiento.

Fernandez-Guerra y Tamayo han comprendido, y este es en mi concepto su mayor timbre, que, en el estado actual del arte, lo *bello* debe servir de guia para conducirnos á lo *verdadero;* que es necesario conocer bien lo pasado para hacer salir del gremio de los siglos la verdad y la luz; que los trabajos de la inteligencia deben dirigirse al fin de patentizar al hombre su verdadero destino, enseñándole de cuanto esfuerzo es capaz, y como logra el espíritu abatir la rebeldía de la materia. De aquí el triple símbolo poético, histórico y filosófico que se desenvuelve en *La Ricahembra*. De aquí la gran importancia de este drama, tan aplaudido y celebrado en la escena y en los periódicos.

Pero dejamos para mas adelante apuntar algunas observaciones acerca de este género dramático, difícil como todo lo que en realidad es bello y grande, y vengamos á esponer en qué y cómo se determina en *La Ricahembra* el complejo símbolo de que se trata. Esta esposicion será tanto mas útil, cuanto que hasta ahora ningun crítico ha parado mientes en lo que, bien mirado, constituye el mayor mérito de la obra.

La Ricahembra es el símbolo de la muger fuerte; símbolo que descansa en las cuatro virtudes cardinales : fortaleza, prudencia, justicia y templanza. Por eso tiene el drama cuatro actos, para

desarrollar una en cada uno de ellos. Pero en todos cunden, como el fuego de Prometeo, como las mas vivas lumbreras del alma las tres grandes virtudes, fé, esperanza y caridad, prestando extraordinario ser á la composicion, y ofreciendo cuadros de la mas seductora poesía.

Doña Juana de Mendoza, personificacion admirable de los sentimientos cristianos, pundonorosos y guerreros de la edad media; símbolo histórico de las perfecciones y virtudes que mas tarde resplandecieron en Isabel la Católica, presenta la lucha entre el espíritu y la materia; entre la razon y el instinto; entre el deber y las pasiones; para vencer siempre, y labrar su felicidad en su mismo vencimiento. — Si ama á Vivaldo, jóven de orígen plebeyo, no hay consideracion que le impida sacrificar su inclinacion á lo que debe á su clase como hidalga y señora de vidas y haciendas. No necesita que la recuerde nadie, ni una sola vez, sus deberes : jamás olvida que le altura en que se encuentra la obliga á ser dechado de sus vasallos. — Puesta en el trance duro de enlazarse á un desconocido, cuando su corazon *esperaba* que el amor y las victorias harian digno de su mano á otro hombre amado, no exhala una queja; antes busca en el cariño de su esposo su mayor dicha y la mas alta corona. Cuando los celos cavilosos ciegan al marido; cuando la despechada obstinacion enloquece al desahuciado amante, empeñándole en triunfar á toda costa de la muger á quien habia hecho su ídolo : cuando la imprudencia, contagiosa de suyo, sienta sus reales en el hogar doméstico, la Ricahembra, alumbrada por la fé y por la esperanza, desarma los alborotados espíritus, y hace entrar á todos en el camino de sus deberes.

Algunos ejemplos acreditarán la exactitud de lo que digo.

Celoso don Alfonso, niégase á acatar el llamamiento de su rey; empéñase en la boda repentina de su rival, y se arriesga á que el vasallo le ofenda, faltándole al respeto. Pero allí está la muger prudente para refrenarlos, sin mas armas que la razon y su conciencia. De este modo espresan los autores su pensamiento en las escenas finales del acto segundo.

DON ALFONSO. (*Deteniéndose al reparar en Vivaldo.*)
(¿Por qué al verle se renueva
la lucha en el alma mia?
De él sospecho todavía.
Hagamos la última prueba.)
Vivaldo, tu corazon
(*Acercándose á él, y en tono afectuoso.*)
hoy á conocer me has dado.
Ven á la guerra : á mi lado
podrás saciar tu ambicion.

VIVALDO. ¡Partir!
(*Sin poderse dominar.*)
DON ALFONSO. Sí; conmigo ven.
(*Observándole.*)
¿No eres valiente?
VIVALDO. Lo soy.
DON ALFONSO. Entonces...
(*Pausa.*)
VIVALDO. Señor... estoy
(*Luchando consigo mismo.*)
enamorado.
DON ALFONSO. ¿De quién?
Habla; dí. ¿Quién es la bella?...
VIVALDO. De Marina soy galan.
DON ALFONSO. Lo sabia, y á Beltran
casarte ofrecí con ella.
No insisto.
VIVALDO. ¡Cuán indulgente!...
DON ALFONSO. Tanto servirte me place,
que se ha de hacer este enlace
antes de que yo me ausente.
VIVALDO. ¡Señor!...
DON ALFONSO. Está decidido,
y al punto...
(*Alejándose.*)
VIVALDO. Advertid primero...
(*Procurando detenerle.*)
DON ALFONSO. Cumplir mi promesa quiero.
(*Manifestando su enojo.*)
VIVALDO. Mas yo nada he prometido.
DON ALFONSO. No es mucho que yo reclame,
que mano de esposo des
á quien amas.
VIVALDO. Bien... despues...
DON ALFONSO. (¡Oh! sí: me engaña el infame).
No me obligues á que ejerza
mi autoridad contra tí.
Lo mando.
VIVALDO. Yo mando en mí.
DON ALFONSO. Por fuerza.
VIVALDO. Nunca por fuerza.
DON ALFONSO. Pues ha de ser.
VIVALDO. ¡Raro afan!
DON ALFONSO. Será, cueste lo que cueste.

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA JUANA, BELTRAN Y MARINA, PAGES Y ESCUDEROS

DOÑA JUANA. Todo está á punto: la hueste
espera á su capitan.
BELTRAN. Y con aire guerreador
aun al mas cobarde inflama.
DOÑA JUANA. Alfonso el honor te llama.
(*Viendo que permanece inmóbil.*)
DON ALFONSO. Sé que me llama el honor.
DOÑA JUANA. A partir.
DON ALFONSO. (¡Fiero destino!)
Tardaré algunos instantes.
DOÑA JUANA. ¿Qué aguardas?
DON ALFONSO. Cúmpleme antes
ser de una boda padrino.
Caso á Vivaldo.
BELTRAN. ¡Oh placer!
MARINA. ¿Hoy?
DON ALFONSO. Circunstancia precisa.
BELTRAN. Tiene el señor mucha prisa.
VIVALDO. Tan pronto.... no puede ser.
Aun cuando en ello se aferra
don Alfonso, es vano empeño.
DOÑA JUANA. ¿Cómo? Lo manda tu dueño.
VIVALDO. En volviendo de la guerra.
DOÑA JUANA. Tu palabra acepto.
DON ALFONSO. No,
hoy será.
DOÑA JUANA. Necio capricho
(*Llevando aparte á su marido.*)
DON ALFONSO. Pues, Juana, lo tengo dicho.
DOÑA JUANA. Y el viento se lo llevó.
DON ALFONSO. ¿Ante un loco he de cejar?
¿Conmigo ha de competir?
Fortaleza es resistir.
DOÑA JUANA. Y prudencia no quebrar.

En el tercer acto, doña Juana, como señora de horca y cuchillo, tiene que aplicar la última pena á un vasallo criminal. Hay ofendido un tercero, y el juez no puede atenuar ni en un ápice el rigor de la ley; pero la muger caritativa y prudente, despues de haber implorado en sus oraciones el favor del cielo, llama á solas en el silencio de la noche al ofendido, y apura todos los recursos humanos para ablandar el corazon del viejo Lorente, á fin de que perdone al seductor de su hija. Este viejo es el símbolo de la ley:

severo, recto, consecuente, inflexible, no vacila nunca, no duda, no se conmueve. Episodio tan interesante contribuye eficazmente á poner en relieve el carácter de la heroina, y prepara la resolucion que esta toma contra Vivaldo al final del drama. En mi opinion es de lo mas bello que se ha escrito en castellano. ¡Qué lógica gradacion de afectos, qué profundidad de sentencias, qué brillante naturalidad de elocucion! Esta sola escena bastaria para acreditar á cualquiera de gran poeta. En la imposibilidad de trasladarla íntegra, porque alargaria demasiado el presente escrito, reproduciré á continuacion alguna de sus bellezas. — Doña Juana, dirigiéndose al viejo Lorente, que se asombra de que su señora haya descendido á suplicarle, dice:

A tu hija Constanza miro
víctima de una vileza,
que la flor de su pureza
torpe mancilló Ramiro.
Ella en crudo padecer
siente el pecho desgarrado;
y ese hombre, ese malvado,
está unido á otra muger.
Pero lo que el alma llena
de viva saña y horror,
lo que hace el crímen mayor
debe minorar la pena.
Su muerte, en crudos desvelos
á una esposa abismaria,
y en negra horfandad impía
á dos tristes pequeñuelos.
El juez á la ley ceñido
justo ha de ser, no clemente;
y está el perdon solamente
en manos del ofendido.
Salva, pues, de angustia fiera
á los que inocentes son:
ten de un padre compasion.....
Habla, decide.

VIEJO. Que muera.

DOÑA JUANA. Próvida clemencia rija
tu pecho que el odio encona.

VIEJO. ¿Y cuándo un padre perdona
al seductor de su hija?
¿Sabeis cuánto es adorado
por mísero anciano el hijo
en quien ve con regocijo
su propio ser dilatado;
joya que le da altivez
cuando ya todo le humilla;
sol de juventud. que brilla

sobre su helada vejez;
ángel que, de aciaga suerte
aplacando los rigores,
le va sembrando de flores
el camino de la muerte?
Y cuando en horrible duelo,
pierdo en ella apoyo y guia,
mi único bien, mi alegría,
mi luz, mi gloria, mi cielo,
¿quereis que perdone al hombre
que inicuo me la arrebata,
á quien la mata, y me mata,
á quien deshonra mi nombre?....
Señora, mi justo encono
me acompañará á la tumba.
¡Yo perdonarle!..... Sucumba
mi enemigo. No perdono.

. . . .

Obrad, pues, con rectitud,
aunque os duela el sacrificio,
que dejar impune el vicio
es corromper la virtud.
No aguardeis, pues, de mi boca
el perdon de ese tirano.

DOÑA JUANA. Advierte....,

VIEJO. Todo es en vano:
pensad que hablais á una roca.

DOÑA JUANA. Sé cuál es mi obligacion,
y ya lo probé mil veces;
pero ¡ay anciano! los jueces
tienen tambien corazon.
La ley premia al virtuoso
hiriendo al que la atropella;
pero ¡es la piedad tan bella!...
¡Es el perdon tan hermoso!
Acércate mas, anciano:
mira en mí tan solo ahora
una muger que te implora,
y que te tiende la mano.
Ramiro su grave yerro
en tierra lejana espie;
por su patria en vano ansie:
tambien es muerte el destierro.
Tú no pierdas la esperanza
de gozar horas serenas.
Cuando lágrimas y penas
purifiquen á Constanza,
ya cederán los enojos;
y, anudados tiernos lazos,
tú morirás en sus brazos,

ella cerrará tus ojos. —
No repliques: bien sé yo
que al fin la perdonarás;
y en breve tal vez.....

VIEJO. Jamás.....

DOÑA JUANA. Si eres padre, ¿cómo no?

Un rasgo, verdaderamente sublime y de imponderable elocuencia, completa luego el carácter de la muger fuerte. Esta muger, que ha pugnado por derrocar la ley, á los acentos dulcísimos de la caridad, exclama cuando le ha arrancado el viejo la sentencia de muerte, y ha partido con ella ufano,

Razon tiene el noble viejo,
y por quien soy que hace bien.

Inútil fuera comentar la belleza de este rasgo, que da cuenta por sí solo de un gran carácter. Si no abonasen al insigne ilustrador de *Quevedo* y al brioso autor de *Virginia* notorias pruebas de talento, al par que brillante y lozano, profundo y reflexivo, — el monólogo de *ocho* versos, al que pertenecen los dos citados, bastaria para acreditarlos de entendidos en los mas hondos misterios del corazon: verdad es que no hay misterio que lo sea para las inteligencias superiores.

El último acto desarrolla todo el fruto de la templanza; y los poetas, que han cuidado bien de no exagerar las perfecciones de la heroína para que resulte el símbolo con atributos verdaderamente humanos, procurando, á fuer de diestros pintores, dar sombras y luz á la figura, con el objeto de que resalte en el cuadro, han tenido la feliz inspiracion de hacer que la templanza venga del hombre, poniendo en él esta cualidad que suele ser mas frecuente en el sexo contrario. Véase por qué el carácter de doña Juana, aunque complejo y simbólico, no deja un instante de ser verdadero; por qué interesa, por qué conmueve, y por qué es prenda segura de aliento y esperanza para aquellas que derraman en los hijos las primeras é indelebles semillas de la virtud. Véase tambien si anduve desacordado al encarecer la importancia moral de esta obra, y si no procedo en justicia al considerarla de suma utilidad y trascendencia.

Las demas figuras del drama participan de la misma índole que la Ricahembra, y son otros tantos símbolos que coadyuvan al propósito de los autores.

Don Alfonso, conservando el carácter que le atribuyen historiadores verídicos, personifica el corazon del hombre regido por el capricho, arrebatado y dispuesto á seguir los primeros impulsos de las pasiones. Por eso lleva un desengaño á cada paso,

y padece las consecuencias de sus arrebatos imprudentes.—Si empeñado en casarse con una muger desconocida, llevado de la fama de sus riquezas, virtud y hermosura, logra su objeto, es para sufrir luego los efectos de unirse á una muger sin que el trato y el amor fortalecido por el tiempo hayan antes unido sus corazones. Si, no conociendo los quilates de la virtud de su esposa ni el temple de su alma, abre puerta á los celos, es para caer en una y otra imprudencia, para hacer pública una deshonra que no existe, para rebajarse á los ojos de todos. Por último, si en momentos de mal humor despide á las criados inútiles, es para recibir una leccion de generosidad que ha de mortificar su amor propio. Sin embargo, este hombre, cuyos deslices son el castigo de su primera imprudencia, y que cada dia siente crecer en su corazon el amor y respeto á su esposa, es, por las grandes dotes y prendas que lo ilustran, digno de llamarse marido de la Ricahembra.

Vivaldo es otro símbolo. Mientras sigue la senda de la virtud se asemeja á un ángel. De su entendimiento brota la sabiduría y de su corazon luz y dulces palabras; ninguna venda ofusca su mente; discute con la Ricahembra, y la hace callar; pide mandar sus tropas, y vence: en sus labios siempre la verdad, en su corazon el fuego de las virtudes. Ama, siendo pobre y de humilde estirpe, á una gran señora, y el espectador anhela que conquiste su mano. Pero desde el punto en que, despechado por ver en brazos de otro á la muger que adora, cierra los ojos á la razon; desde que el ver agena aquella muger le hace desearla, y...

en tan bárbaro tormento,

no se le ocurre nada mas digno que preguntarse á sí propio,

si para rendirla no,
¿para qué el cielo me dió
la luz del entendimiento?

aquella figura tan agradable se trasforma completamente. La ficcion, el disimulo, la mentira y la cábala se apoderan de su corazon: ya no sueña en los laureles bélicos, y rehusa ir á la guerra: se ciega, se obstina, y se atreve á declarar una pasion criminal á la muger que veneraba y acataba como á cosa santa. Sin embargo, esta alma descaminada es redimida por la grandeza de su mismo rival; y entonces, al sentir en su corazon el valor del arrepentimiento, merece Vivaldo que la Ricahembra dentro de su pecho, en el silencio de su alma, ante Dios únicamente, confiese por vez primera el amor que habia profesado á aquel jóven, y

pida perdon al Omnipotente de las lágrimas con que riega *el cadáver de su amor*. Estas son las primeras y únicas lágrimas que derrama la muger fuerte.

En el drama hay otra muger: Marina, corazon virgen, cuyo primer latido ha sido por Vivaldo; plebeya como él, pero educada por la Ricahembra y reflejo de sus virtudes. Marina simboliza la dicha, que está al lado del hombre, y á quien el hombre no ve, y á quien busca por el mas largo camino: es el bálsamo de los dolores de Vivaldo, y la auréola de su arrepentimiento: figura bosquejada á lo Shakespeare, y en boca de la cual han puesto los autores acentos de tal delicadeza, y ternura que los aceptarian por suyos Ofelia, Julieta, y la desventurada Cordelia. Acaso no haya en nuestro teatro figura de muger delineada con mas sencillez y pureza. Acaso no se haya expresado jamás con mayor naturalidad y emocion mas viva la pasion amorosa de una niña que abre su pecho á las dulces mentiras que su corazon le presenta como verdades. Ella es la que exclama, abogando por el infiel que ha burlado la sinceridad de su cariño,

¡Qué importa que él no me quiera
para que le adore yo!

Ella la que contesta á Vivaldo, que no sabe cómo pagar sus beneficios,

Págame siendo dichoso.

Por último, á la accion del drama se enlaza otra figura, dando variedad al colorido, dulcificando lo severo, é impulsando á todos los personages. Beltran no es el gracioso del siglo XVII, lacayo obligado, entremetido, insolente y chistoso de oficio: tampoco es el criado de la comedia clásica moratinesca. Participa de todo esto, y se acerca á la índole del nunca bien ponderado escudero de Argamasilla de Alba. Beltran tiene la rudeza al par que la malicia y natural claridad de ingenio de los rústicos. Su ciencia estriba en retener en la memoria la filosofía de los refranes, por cuya aplicacion dirige siempre sus acciones. Es chancero, malicioso, interesado, curioso, cuentero y hablador. No ve mas que su negocio, y no piensa ni se ocupa sino en él. — ¡Qué soberbia pintura de la anarquía feudal del siglo XIV la que hace en la escena IX del primer acto! De este modo se espresa, aludiendo á su señora:

No habrá asi quien la defienda
ni quien respete su hacienda;
y vendrán con fiero estrago,
ya el insulto, ya el amago,

ya la ruinosa contienda.
Verás que vuelven á ser
nuestras fiestas batallar,
nuestro amor aborrecer,
nuestro descanso velar,
maldecir nuestro placer.
¡Arma, arma! — Quién los vió? —
Pocos vienen. — Muchos ví. —
Por aquí. — No, por allí. —
Que llegan. — Que sí. — Que no. —
Que embisten. — Que no. — Que sí.
En cuanto la vista abarca
el campo se encuentra rojo.
Por cama seco rastrojo;
el agua de inmunda charca;
siempre el enemigo al ojo.
El grande zurra al pequeño;
tú corres, yo me despeño,
mueren mil y uno se salva;
tambores durante el sueño,
trompetas antes del alba.
Y sigue la atroz pelea,
de nuevo la sangre humea,
y cien mas pierden la vida:
si esto es cosa divertida,
que baje Dios y lo vea.

Vemos pues, que el arte, lejos de estar divorciado de la moral, como han supuesto algunos, pensando equivocadamente enaltecerlo; lejos de excluir la filosofía, — cuando se aprovecha de estos vigorosos elementos de vida y los utiliza con discrecion, se remonta á las regiones en que reside la mayor belleza que puede el hombre concebir, y realiza portentosa. Bueno que no se convierta el teatro en una cátedra, donde la aridez y sequedad de las lecciones ahuyente á los que deben agradarse en recibirlas; pero siempre que sea posible encerrar en el fondo de una obra dramática un símbolo moral ó filosófico, de enseñanza provechosa; siempre que el arte mire al cielo, pensando en que de allí viene la luz y en que allí está la fuente inagotable de toda verdad y belleza, no solo realizará dignamente sus destinos, sino adquirirá lauros que no marchitan los caprichos de la moda, ni la veleidad ó tiranía de los sistemas. Por eso es para mí de tanta importancia el drama simbólico; por eso encuentro digna de los mayores aplausos la notable produccion de Tamayo y Fernandez-Guerra.

Si no hubiese crecido este escrito bajo mi pluma, en términos que no me consienten espaciarme, aprovecharia la ocasion presente para exponer con algun detenimiento lo que es el drama simbólico, en qué consiste su dificultad y cuáles son sus bellezas;

pero reservando para mas adelante penetrar en el fondo de esta cuestion y ventilarla segun mi modo particular de ver las cosas; remitiendo á sazon mas oportuna manifestar lo que pienso acerca de la índole y circunstancias actuales del drama histórico, á cuyo género pertenece tambien *La Ricahembra*, me contentaré con indicar que sin hacer traicion al espíritu moderno, que mas ó ménos sutilmente se infiltra en todo lo que lo es, se encuentra en esta produccion retratada la época con tal verdad, con tan prolija exactitud y vastos conocimientos, que no parece sino que estamos *asomados á una ventana del siglo* XIV, como ha dicho con ingeniosa oportunidad el ilustrado crítico don Eugenio de Ochoa.

Pasando, pues, de lo esencial á lo accidental, del fondo á la forma, encontrarémos que en *La Ricahembra* la frase es castiza sin ser anticuada, el diálogo natural sin caer en la llaneza de la trivialidad ni remontarse á la sublimidad de la pedantería; que toda la obra está empedrada de máximas útiles y grandes, de pensamientos profundos y galanamente formulados, bien que se hallen colocados en su sitio y naciendo naturalmente de las situaciones y afectos que en ellas juegan, sin que jamás resulten declamatorios, ni ampulosos los períodos; que la construccion de los versos es tersa, limpia y esmerada, viéndose en ellos la difícil facilidad que los avalora, ya que las quintillas no ostentan el obligado ripioso verso; ni las redondillas, para terminar epigramáticamente, tienen los dos versos primeros violentados y traidos por los cerros de Ubeda; en suma, que los chistes y epigramas son decentes y urbanos, asi como los cuentos: mitad raros y nuevos, mitad vulgares, para que mas se saboreen viéndolos formulados con precision, gracia y sencillez.

Nutridos los autores de *La Ricahembra* en los grandes modelos de la antigüedad y en los mas bellos de nuestra popular y dramática poesía, reflejan en su obra las perfecciones de aquellos, y en tan poco terreno ostentan bizarramente su modo de apreciar la hermosura de las primeras obras del ingenio humano. Por eso, por estar retratada la verdad de la naturaleza en todo el drama, hallan en él sabroso pasto los espectadores de buena fe y los estudiosos. Por eso oyendo á Vivaldo se acuerdan de Mario los eruditos, y escuchando á Beltran se les viene á la memoria el buen gobernador de la ínsula Baratarla; y en la lozanía de las descripciones saborean el Romancero; y en la enunciacion de los afectos encuentran la naturalidad de Lope unida á la picante lozanía de Tirso, á la concision austera de Alarcon, y á la grandeza y valentía de Calderon de la Barca.

Claro es que esta obra singular no estará limpia de defectos; pero los suyos desaparecen en presencia de tantos y tan peregrinos

dotes. Quede, pues, á los buitres literarios la gloria de cebarse en lo que les parezca malo; que yo, apacentándome en las bellezas, sobre todo cuando son de tal magnitud y tan universalmente reconocidas y ensalzadas, no solo aventuraré sin miedo alguno la opinion de que este drama es de los que no mueren para lo futuro, sino acabaré las presentes líneas con las palabras con que el distinguido escritor don Cándido Nocedal dió principio á su juicio crítico de la misma obra: « Están de enhorabuena las » letras; ha aparecido en los dominios de su pacífica república » una produccion verdaderamente notable. »

Y en verdad que nunca ha sido la prensa periódica entre nosotros tan imparcial y entusiasta como al valorar los quilates de *La Ricahembra*. Solo ha faltado á este drama la sancion de los ladridos de la envidia. Glorifiquémonos de que no la haya obtenido.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

COLECCION

DE

POESIAS ESCOGIDAS

DESDE EL SIGLO XV HASTA NUESTROS DIAS.

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA

Nació ...
vómo ...
su ed ...
cuatro de ...
viendo ...
calidad de ...
Juan de ...
de los ...
súbitamente en ...
tenia.
Han ...
poeta:
El ...
Veint ...
por ...
La ...
Mendo ...
Lo ...
compró ...
al rey ...
cena de ...
Mano ...
Estas ...

Aquí ...
Que ...
Mostrando en su ...
Por dos ...

ANTOLOGÍA ESPAÑOLA.

SIGLO XV.

JUAN DE MENA.

Nació este esclarecido poeta en la ciudad de Córdoba, hácia el año de 1411, de padres honrados, pertenecientes al estado llano. Se dedicó voluntariamente y por su propia inclinacion al estudio de las letras, cursando primero en Salamanca y después en Roma, donde completó su educacion. De vuelta á su patria fué nombrado *caballero veinte y cuatro de Córdoba*, y poco tiempo después le vemos en la corte, viviendo en grande intimidad con los mas poderosos señores, en su cualidad de poeta y cronista del rey don Juan el segundo.

Juan de Mena parece haber vivido contento y satisfecho, en medio de los partidos que se disputaban el poder, hasta su muerte, acaecida súbitamente en 1456, de resultas de una caida que dió montando su mula.

Han llegado hasta nosotros las obras siguientes de este esclarecido poeta :

El Laberinto, ó las trescientas coplas del poeta Juan de Mena.

Veinte y cuatro coplas mas, añadidas á las trescientas, segun dicen, por mandado del rey don Juan.

La Coronacion, en loor del ilustre caballero don Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana.

Lo claro oscuro; Otras suyas; Juan de Mena, sobre un macho que compró de un Arcipreste; Cancion del rey don Juan; Juan de Mena al rey don Juan, cuando salió de Madrigal contra el príncipe que venia de Arévalo, y quedaron acordes; y las *Coplas que hizo Juan de Mena contra los siete pecados mortales.*

Estas últimas son todas composiciones cortas.

MUERTE DE LORENZO DE AVALOS.

Aquel que allí ves al cerco trabado,
Que quiere subir y se halla en el aire,
Mostrando en su rostro doblado donaire,
Por dos deshonestas feridas llagado,

Es él valiente, nó bien fortunado,
Muy virtuoso mancebo Lorenzo,
Que hizo en un dia su fin y comienzo:
Aquel es el que era de todos amado.
Él mucho querido del señor infante
Que siempre le fuera señor como padre:
Él mucho llorado de la triste madre,
Que muerto ver pudo tal hijo delante.
¡O dura fortuna, cruel, tribulante!
Por tí se le pierden al mundo dos cosas,
Las vidas y lágrimas tan piadosas
Que ponen dolores de espada tajante.
Bien se mostraba ser madre en el duelo
Que hizo la triste despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento y tendido
De aquel que criára con tanto desvelo:
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca;
Besando á su hijo la su fria boca
Maldice las manos de quien lo matára;
Maldice la guerra do se comenzára,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí mesma reparo de aquellas,
Y tal como muerta viviendo se pára.
Decia llorando con lengua rabiosa:
O matador de mi hijo cruel,
Matáras á mí; dejáras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa:
Fuera á la madre muy mas digna cosa,
Para quién mata llevar menos cargo,
Y no te mostráras á él tan amargo,
Ni triste dejáras á mí querellosa.
Si antes la muerte me fuera ya dada,
Cerrára mi hijo con estas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
É yo no muriera mas de una vegada;
Moriré así muchas desaventurada,
Que sola padezco lavar sus heridas
Con lágrimas tristes y no gradecidas,
Magüer que lloradas por madre cuitada.
Así lamentaba la triste matrona

Al hijo querido que muerto te viste,
Haciendo encima semblante de triste
Como al que pare hace la leona
Pues donde podria pensar la persona
Los daños, la causa, la triste demanda,
De la discordia, del reino que anda,
Donde no gana ninguno corona.

(El Laberinto, *copla* CCI.)



EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

Don Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita y Buitrago, primer marqués de Santillana, y condé del Real de Manzanares, nació en Carrion de los Condes, villa del patrimonio de su madre, un lunes 19 de agosto de 1398, siendo sus padres el Almirante mayor de Castilla, don Diego Hurtado de Mendoza, y doña Leonor de la Vega. A los siete años de edad, estando en Guadalajara, quedó huérfano de padre y bajo la tutela de su madre doña Leonor, siendo de presumir que desde esta edad hasta la de diez y seis años, en que ya le hallamos en la *Crónica de don Juan II* entre los grandes y señores de Castilla, se ocupase en el estudio de las letras y de las armas, en que tanto brilló luego toda su vida. En el año 1429 le mandó el rey que pasase á Ágreda con 300 lanzas contra los Aragoneses y Navarros, y fué tan bizarro su comportamiento, que se le hizo merced de la villa de Junquera con 500 vasallos. Un año después se la hizo tambien el rey de doce villas al rededor de Guadalajara, las cuales repartió después entre sus hijos.

En 1418 casó con doña Catalina de Figueroa, hija de don Lorenzo Suarez de Figueroa, gran maestre de Santiago. — Hernando del Pulgar, en sus *Claros Varones*, dice lo siguiente de don Iñigo Lopez de Mendoza : Fué el marqués de mediana estatura, hermoso de rostro y bien proporcionado de miembros. Fué hombre agudo, discreto y de gran corazon. No le alteraban las cosas grandes ni queria entender en las pequeñas : en todo mostraba que era generoso y magnánimo. Fué gran favorecedor de las letras, y así alcanzó de los escritores de su tiempo grandes elogios, rara fortuna en quien era tambien escritor. El rey don Juan II, conociendo sus altas prendas, y después de la célebre batalla de Olmedo, en 1445, le elevó á la dignidad de marqués, título que nadie en Castilla habia usado antes que él, exceptuando solo el de Villena, que murió sin sucesion.

Entre las muchas obras que debemos al marqués, las principales son : *La comedieta de Ponça, Cuarenta y dos sonetos, fechos al itálico modo, Obras de amores* y *diez Serranillas*.

Murió este hombre insigne en Guadalajara, un domingo 26 de marzo de 1458, y fué enterrado en la iglesia de San Francisco de aquella ciudad.

CANCION.

QUERELLA DE AMOR.

Ya la gran noche pasaba
É la luna s'escondia :
La clara lumbre del dia
Radiante se monstraba ;
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos é pena,
Oí triste cantilena
Que tal cancion pronunciaba :

Amor cruel é brioso,
Mal haya la tu alteza,
Pues no faces igualeza
Seyendo tan poderoso.

Desperté como espantado,
É miré donde sonaba
El que d'amor se quejaba
Bien como damnificado :
Vi un hombre ser llagado
De gran golpe de una flecha,
É cantaba tal endecha
Con semblante atribulado :

De ledo que era, triste,
¡Ay Amor! tú me tornaste,
La hora que me tiraste
La señora que me diste.

Pregunté : ¿porqué facedes,
Señor, tan esquivo duelo,
O si puede haber consuelo
La cuita que padescedes?
Respondióme : non curedes,
Señor, de me consolar ;
Ca mi vida es querellar
Cantando así como vedes.

Pues me fallesció ventura
En el tiempo del placer,
Non espero haber folgura,
Mas por siempre entristecer.

Díjele : segunt paresce
El dolor que vos aqueja
Es alguna que vos deja
É de vos no se adolesce.
Respondióme : quien padesce
Cruel plaga por amar,

Tal cancion debe cantar
Jamás pues le pertenesce.
  Cativo de miña tristura
Ya todos prenden espanto,
É preguntan ¿qué ventura
Es que m'atormenta tanto?
  Dijele : non vos quejedes,
Que non sois vos el primero,
Nin seréis el postrimero
Que saben del mal que avedes.
Respondióme : fallaredes
Que mi cuita es tan esquiva,
Que jamás en cuanto viva
Cantaré, segunt veredes.
  Pero te sirvo sin arte;
¡Ay amor, amor, amor!
Gran cuita de mí nunca se parte
  ¿Non puede ser al sabido,
Repliqué, de vuestro mal,
Nin de la causa especial
Por qué así fuistes ferido?
Respondió : trueque y olvido
Me fueron así ferir,
Por do me convien decir
Este cantar dolorido :
  Crüeldad, é trocamento
Con tristeza me conquiso;
Pues me leja quien me priso,
Ya non sey amparamento.
  Su cantar ya non sonaba
Segunt antes, nin se oia,
Mas manifiesto se via
Que la muerte lo aquejaba :
Pero jamás non cesaba,
Nin cesó con grant quebranto
Este dolorido canto
A la sazon que espiraba :
  Pois placer non poso haber
A meu querer degradado;
Seray morrer, mas non ver
Meu bien perder coitado.
Por ende quien me creyere
Castigue en cabeza ajena,
É no entre tal cadena
Do no salga si quisiere.

SONETO

Lejos de vos, é cerca de cuidado,
Pobre de gozo, é rico de tristeza,
Fallido de reposo, é abastado
De mortal pena, congoja é graveza;
Desnudo de esperanza, é abrigado
De inmensa cuita, é visto d'aspereza
La mi vida me huye mal mi grado,
La muerte me persigue sin pereza.
Ni son bastantes á satisfacer
La sed ardiente de mi gran deseo
Tajo al presente, ni á me socorrer
La enferma Guadiana, ni lo creo:
Solo Guadalquivir tiene poder
De me sanar, é solo aquel deseo.

SERRANILLA.

Moza tan fermosa
Non ví en la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa.
Faciendo la via
De Calataveño
A Santa María,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.
En un verde prado
De rosas é flores
Guardando ganado
Con otros pastores,
La ví tan fermosa,
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.
Non creo las rosas
De la primavera

[1] Esta composicion vale muy poco; pero es la prueba mas incontestable de que entre nosotros se conocian los metros italianos antes de que los introdujese Boscan, y por eso se le ha dado lugar en esta coleccion.

Sean tan fermosas
Nin de tal manera
Fablando sin glosa
Si antes supiera
Daquella vaquera
De la Finojosa.
Non tanto miráre
Su mucha beldad
Porque me dejára
En mi libertad.
Mas dije, donosa,
(Por saber quién era)
¿Dónde es la vaquera?
— De la Finojosa.
Bien como riendo,
Dijo: « Bien vengades;
Que ya bien entiendo
Lo que demandades:
Non es deseosa
De amar, nin lo espera,
Aquesa vaquera
De la Finojosa.

JORGE MANRIQUE.

De este excelente poeta, contemporáneo de don Iñigo López de Mendoza, solo se conservan las siguientes noticias:

« Hijo del conde de Paredes. » (*Gil de Zárate.*)

« Murió en 1479. » (*Quintana.*)

« En la insurreccion del marqués de Villena, Manrique, que mandaba una division de las tropas del Rey, se dejó llevar de su arrojo, y cayó herido de las lanzas contrarias. » (*Ticknor.*)

La composicion mas notable de Jorge Manrique es la que insertamos en este volúmen.

COPLAS

Á LA MUERTE DE SU PADRE EL MAESTRE DON RODRIGO.

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Como se pasa la vida,

Como se viene la muerte,
Tan callando.
Cuan presto se va el placer,
Como despues de acordado,
Da dolor;
Como, á nuestro parécer,
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Y pues vemos lo presente
Como en un punto se es ido
Y acabado;
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Mas que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir:
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
Y mas chicos:
Allegados son iguales,
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.

Dejo las invocaciones
De los famosos poetas
Y oradores:
No curo de sus ficciones,
Que traen yerbas secretas
Sus sabores:
A aquel solo me encomiendo,
Aquel solo invoco yo,
De verdad,
Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció
Su deidad.

Este mundo es el camino

Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino,
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos cuando nascemos,
Andamos mientras vivimos,
Y allegamos
Al tiempo que fenescemos;
Asi que cuando morimos
Descansamos.

Este mundo bueno fué,
Si bien usásemos dél
Como debemos;
Porque, segun nuestra fe,
Es para ganar aquel
Que atendemos.
Y aun el Hijo de Dios
Para subirnos al cielo
Descendió
A nascer acá entre nos,
Y vivir en este suelo,
Do murió.

Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos
En este mundo traidor;
Que aun primero que muramos
Las perdemos.
Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrados
Que acaescen,
Dellas por su calidad
En los mas altos estados
Desfallecen.

Decidme, la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara,
La color y la blancura,
Cuando viene la vejez,
¿Qué se pára?
Las mañas y ligereza,
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza

Cuando llega al arrabal
De senetud.

Pues la sangre de los Godos
El linaje y la nobleza
Tan crecida,
¿Por cuántas vias y modos
Se pierde de su alteza
En esta vida?
Unos por poco valer,
¡Por cuán bajos y abatidos
Que los tienen!
Otros que, por no tener,
Con oficios no debidos
Se mantienen.

Los estados y riquéza,
Que nos dejan á deshora,
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Porque son de una señora
Que se muda.
Que bienes son de Fortuna
Que revuelve con su rueda
Presurosa,
La cual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda
En una cosa.

Pero digo que acompañen,
Y lleguen hasta la huesa
Con su dueño;
Por eso no nos engañen,
Que se va la vida apriesa
Como sueño.
Y los deleites de acá
Son en que nos deleitamos
Temporales;
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.

Los placeres y dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?
No mirando á nuestro daño

Corremos á rienda suelta
Sin parar:
Desque vemos el engaño,
Y queremos dár la vuelta,
No hay lugar.
  Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal
Como podemos hacer
El alma tan gloriosa
Angelical,
¿Qué diligencia tan viva
Tuviéramos toda hora,
Y tan presta,
En componer la captiva,
Dejándonos la señora
Descompuesta?
  Estos reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así no hay cosa tan fuerte;
Que á papas y emperadores
Y prelados
Así los trata la Muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.
  Dejemos á los Troyanos,
Que sus males no los vimos,
Ni sus glorias:
Dejemos á los Romanos,
Aunque oimos y leimos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fué de ello:
Vengamos á lo de ayer,
Que tambien es olvidado
Como aquello.
  ¿Qué se hizo el rey Don Juan?
Los infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan,

Qué fué de tanta invencion
Como trajeron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras,
¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?

Qué se hicieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
Las músicas acordadas
Que tañian?
¿Qué se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas
Que traian?

Pues el otro su heredero
Don Enrique, ¿qué poderes
Alcanzaba?
¡Cuán blando, cuán halagüero
El mundo con sus placeres
Se le daba!
Mas verás cuán enemigo,
Cuán contrario, cuán cruel
Se monstró;
Habiéndole sido amigo,
¡Cuán poco duró con él
Lo que dió!

Las dádivas desmedidas,
Los edificios reales
Llenos de oro,
Las vajillas tan febridas,
Los enriques y reales
Del tesoro,
Los jaeces y caballos
De su gente y atavíos
Tan sobrados,
¿Dónde iremos á buscallos?
Qué fueron sino rocíos
De los prados?

Pues su hermano el inocente,

Que en su vida sucesor
Se llamó,
¿Qué corte tan excelente
Tuvo, y cuánto gran señor
Que lo siguió?
Mas como fuese mortal,
Metiólo la Muerte luego
En su fragua.
¡Oh juicio divinal!
Cuando mas ardia el fuego
Echaste el agua.
   Pues aquel gran condestable
Maestre que conocimos
Tan privado,
No cumple que dél se hable,
Sino solo que lo vimos
Degollado.
Sus infinitos tesoros,
Sus villas y sus lugares,
Y su mandar
¿Qué le fueron sino lloros,
Qué fueron sino pesares
Al dejar?
   Pues los otros dos hermanos
Maestres tan prosperados
Como reyes,
A los grandes y medianos
Trajeron muy sojuzgados
A sus leyes.
Aquella prosperidad,
Que tan alta fué subida
Y ensalzada,
¿Qué fué sino claridad,
Que cuando mas encendida
Fué amatada?
   Tantos duques excelentes,
Tantos marqueses y condes
Y barones
Como vimos tan potentes,
Di, Muerte, ¿dó los escondes
Y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
Que hicieron en las guerras
Y en las paces,
Cuando tú, cruel, te ensañas,

Con tus fuerzas las aterras
Y deshaces.
Las huestes innumerables,
Los pendones, estandartes
Y banderas,
Los castillos impunables,
Los muros, y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
O cualquier otro reparo,
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes airada
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.
Es tu comienzo lloroso,
Tu salida siempre amarga,
Y nunca buena:
Lo de enmedio trabajoso,
A quien das vida mas larga
Le das pena.
Hanse tus bienes gimiendo,
Y con sudor son habidos,
Y los das:
Los males vienen corriendo,
Y después de ya venidos
Duran mas.
¡O mundo! Pues que nos matas,
Fuera la vida que diste
Toda vida;
Mas segun acá nos tratas,
Lo mejor y menos triste
Es la partida
De tu vida tan cubierta
De males, y de dolores
Tan poblada,
De los bienes tan desierta,
De placeres y dulzores
Despoblada.

SIGLO XVI.

GARCILASO DE LA VEGA.

Nació en Toledo el año 1503, de una familia muy ilustre, y fué caballero de la órden de Alcántara. Desde sus primeros años siguió las banderas de Carlos V, y se halló en todas las mas célebres acciones militares de su tiempo, alcanzando en ellas el renombre de esforzadísimo soldado, especialmente en la defensa de Viena, y en el sitio de Túnez, de donde salió herido. Vuelto á Nápoles despues de estos servicios, incurrió en la desgracia del emperador, por haber protegido los amores de un sobrino suyo que aspiraba á un enlace superior á su jerarquía; y fué desterrado á una isla del Danubio. Mas luego, vuelto á la gracia del príncipe, le acompañó al Piamonte mandando once banderas de infantería. Seguia el emperador el alcance del ejército francés que se retiraba, y mandó que se escalase una torre de un lugar cerca de Frejus donde se defendian desesperadamente cincuenta paisanos franceses. Garcilaso subió de los primeros: pero herido de una piedra en la cabeza, cayó, y llevado á Niza, sobrevivió veintiun dias al golpe, del cual murió á los treinta y tres años de su edad en 1536. Carlos V, indignado de la pérdida de un jóven que prometia tan grandes esperanzas, hizo pasar á cuchillo todos aquellos franceses.

Pero aunque su vida fué tan corta, su nombre durará cuanto dure la lengua castellana. El entusiasmo de su tiempo le dió el título de príncipe de los poetas españoles; la posteridad se le ha confirmado; y sus obras, aunque pocas, conocidas y leidas de todos los que aman nuestra lengua y poesía, son de cuantas han producido nuestros antiguos poetas, las que gozan de una reputacion menos controvertida.

ÉGLOGA PRIMERA [1].

SALICIO, NEMOROSO, POETA.

POETA.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando;

[1] La mejor composicion de este escritor, y acaso de la poesía castellana en el género bucólico. Todo está dicho ya sobre esta égloga. Los comentadores han

Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
  Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo,
Agora estés atento, solo y dado
Al ínclito gobierno del estado,
Albano, agora vuelto á la otra parte
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra al fiero Marte;
  Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza, el monte fatigando,
En ardiente jinete que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera, que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejecutar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras,
Antes que me consuma
Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.
  En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un dia
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no solo mia,

apuntado una por una las frecuentes imitaciones que hay en ella de los poetas antiguos, especialmente de Virgilio; y los hombres de gusto delicado han señalado la naturalidad y verdad que hay en las imágenes, la dulzura en los afectos, la belleza y armonía de los versos, la propiedad, elegancia y correccion del estilo. Ningun artificio, ninguna afectacion, ningun exceso; todo tan conveniente y apropiado al género, todo tan natural y verdadero, que el que lee estos versos parece que se los encuentra por sí mismo. Algunos, quizá mas escrupulosos que sensibles, han notado la falta de unidad que hay en el objeto de la composicion, y los versos, aunque pocos, que duros ó prosáicos desdicen de los demás. Hombres sobrado austeres por cierto, si no se dejan ganar por la ternura, por la armonía y por la bella sencillez é ingenuidad del poeta. Cuando se comparan los sonidos inciertos y balbucientes de los autores que preceden con los cantos de Salicio y Nemoroso, el paso dado por Garcilaso parece de un gigante, y no se extraña la admiracion y el entusiasmo que causaron en sus contemporáneos. Lo que tal vez fuera de desear es que este paso se hubiese dado en algun género mas importante; en la lírica elevada por ejemplo, en la tragedia ó la epopeya. La poesía castellana hubiera tomado entonces otro tono y otro carácter: pero esta reflexion, aun caso de ser fundada, nada tiene que ver con el verdadero mérito del escritor.

Mas de cualquier ingenio peregrino,
Que celebra lo digno de memoria,
El árbol de victoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la hiedra, que se planta
Debajo de tu sombra y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio recostado
Al pié de una alta haya en la verdura,
Por donde un agua clara con sonido
Atravesaba el verde y fresco prado;
Él con canto acordado
Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba
Se quejaba tan dulce y blandamente
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia;
Y así como presente
Razonando con ella le decia:

SALICIO.

¡Oh mas dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemo,
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas,
Que no hay sin tí el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado
De tí desamparado;
Y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves, animales y la gente:
Cual por el aire claro va volando,

Cual por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente:
Cual con el sol presente
Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina:
Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Y tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por ti Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente solo á mí debiera:
¡ Oh Dios! ¿porqué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa,
Y dulce primavera deseaba:
¡ Ay cuánto me engañaba!
¡ Ay cuán diferente era,
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mia:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¡ Cuántas veces durmiendo en la floresta
Reputándolo yo por desvarío,
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado:
Y despues de llegado,

Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto,
O qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué terná por cierto,
O qué de hoy mas no temerá el amante
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el mas seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente;
Dando á quien diste el corazon malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido

Harán las bravas sierpes ya su nido:
Que mayor diferencia comprehendo
De tí al que has escogido:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo: en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar, pues, yo te vi agradada
Tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de tí mas alabado:
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,
Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura;
Y cierto no trocára mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocára mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible,
Siempre fuera tenido de tí en precio,
Y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Estremo en el invierno?
¿Mas qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza, y la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan, cuando cantan,
Con diferente voz se condolecen
Y mi morir cantando me adivinan:
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste:
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo

A lo que tú heciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste,
Que bien podrás venir de mi segura:
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
Ven, si por solo esto te detienes:
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo:
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que el lugar tambien le quede.

POETA.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y, sospirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena:
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso,
Decidlo vos, Piérides, que tanto
No puedo yo, ni oso;
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Árboles que os estais mirando en ellas;
Verde prado de fresca sombra lleno;
Aves que aquí sembrais vuestras querellas;
Hiedra, que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me ví tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento

Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegria!
  Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve yo contento y descansado.
¡O bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa vi á mi lado.
¡O miserable hado!
¡O tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas convenible fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte;
Pues no la ha quebrantado tu partida.
  ¿Dó están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?
¿Dó está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos y despojos,
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos, que vian
Con gran desprecio al oro
Como á menor tesoro,
¿A dónde están? ¿A dónde el blanco pecho?
¿Dó la coluna que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra.
  ¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia,
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento mas es verme atado

A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.
Despues que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude;
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infélice avena:
La tierra que de buena
Gana nos producia
Flores con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable:
Y yo hago con mis ojos
Crecer llorando el fruto miserable.
Como al partir el sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine,
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse entre las hojas escondido
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su dulce y caro nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena;
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas:

De esta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada,
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
Al cielo, y enojando
Con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan:
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno;
Juntándolos, con un cordon los ato:
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.
Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, escura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina;
Y aquella voz divina,
Con cuyo son y acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo que á la cruda
Inexorable diosa demandabas
En aquel paso ayuda;
¿Y tú, rústica diosa, dónde estabas?
¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,

Que comovida á compasion, oido
A los votos y lágrimas no dieras,
Por no ver hecha tierra tal belleza?
O no ver la tristeza,
En que tu Nemoroso
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes, y ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
¡Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos!
Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda;
¿Porqué de mí te olvidas, y no pides,
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
Y en la tercera rueda,
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos,
Do descansar, y siempre pueda verte
Ante los ojos mios,
Sin miedo y sobresalto de perderte.

POETA.

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que solo el monte oia,
Si mirando las nubes coloradas
Al tramontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veia
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte; y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo paso á paso.

DE LA ÉGLOGA TERCERA[1].

Tirreno, Alcino.

TIRRENO.

Flérida para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ajeno,
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno;
Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,
Y de ti despojado yo me vea
Cual queda el tronco de su verde rama;
Si mas que yo el murciélago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Deste dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando Favonio y Céfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosas esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera,
En tal manera á mí, Flérida mia
Viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,

[1] Este bello diálogo pastoral es una graciosa y bien entendida imitacion de la égloga séptima de Virgilio. Las octavas de que se compone son las primeras bien hechas en castellano, así como los tercetos de la égloga anterior son los que tienen el mismo mérito. Aquí la versificacion y el estilo se mueven con mas firmeza que en las otras obras de Garcilaso, y se conocen las fuerzas que su talento iba adquiriendo con el ejercicio.

Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra;
Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
A la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece:
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado: el verde monte ofrece
A las fieras salvajes su gobierno:
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos
Si dello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado;
La malicia del aire corrompido
Hace morir la yerba mal su grado:
Las aves ven su descubierto nido
Que ya de verdes hojas fué cercado:
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;
De la hermosa Venus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo;
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo;
Do quiera que de hoy mas sauces se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;

Mas el que la beldad de tu figura
Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.

~~~~~~~~~~

ODA.

A LA FLOR DE GNIDO.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enternecieso
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trujese;
No pienses que cantado
Seria de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido:
Ni aquellos capitanes,
En la sublime rueda colocados,
Por quien los Alemanes
El fiero cuello atados,
Y los Franceses van domesticados;
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad seria cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien seria notada
El aspereza de que estás armada:
Y como por tí sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
~~~~~~~~~~

Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.
Por tí, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas yá le aflige.
Por tí, con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
Por tí, su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante,
Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
Por tí, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso:
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fuí su puerto y su reposo;
Y ágora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temida.
No fuiste tú engendrada,
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada,
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.
Hágate temerosa
El caso de Anaxarete y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tardé,
Y así su alma con su mármol arde.
Estábase alegrando
Del mal ajeno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido.
Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazon cuitado,

Que con su breve pena
Compró la eterna punicion ajena,
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡O tarde arrepentirse!
¡O última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?
Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron;
Los huesos se tornaron
Mas duros, y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron;
Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura;
Hasta que finalmente
En duro mármol vuelta y trasformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, señora,
De Némesis airada las saetas
Probar, por Dios, agora;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas
Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable,
Que por ti pase triste y miserable.

SONETO.

¡O dulces prendas por mí mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando las pasadas
Horas en tanto bien por vos me via,
Que me habiais de ser en algun dia
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevástes
Todo el bien que por términos me distes,

Llevadme junto el mal que me dejastes;
Sino sospecharé que me pusistes
En tantos bienes porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.



DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Nació en Granada, por los años de 1503 : fueron sus padres don Iñigo Lopez de Mendoza y doña Francisca Pacheco, hija del marqués de Villena. Estudió en Salamanca las lenguas latina y griega, la filosofía y ambos derechos, habiendo ya adquirido en su ciudad natal algunas nociones de la lengua arábiga. Militó por espacio de bastantes años en Italia, en los ejércitos del emperador, sin descuidar nunca el cultivo de las letras, que fué la delicia de toda su vida : asistió en calidad de embajador de Carlos V al concilio de Trento, donde mostró suma habilidad y una rara entereza de carácter : desempeñó varias embajadas en Venecia y en Roma, y se restituyó á España en 1554, donde se mantuvo en el consejo de Estado, hasta que en 1567, á los sesenta y cuatro años de edad, fué desterrado de la corte por el suspicaz Felipe II, cuyo favor nunca obtuvo á pesar de los servicios que habia hecho al emperador su padre y de su gran reputacion de hábil político, valiente capitan é ilustre escritor. Retiróse entonces á Granada donde residió hasta el año 1574, y habiendo obtenido licencia para volver á Madrid, falleció á los pocos dias de su llegada á la corte.

Sus principales obras son : un tomo de *Poesías*, una novela titulada *El Lazarillo de Tormes*, y la *Historia de la guerra contra los moriscos de Granada*.

CANCION.

Ya el sol revuelve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra via,
Acabando la mas corta carrera :
Ya calienta, ya da nueva alegría
De la estrella mas fria el tibio seno :
Ya las nubes esparce por defuera :
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve la luz demasiada :
Yo cautivo que muero, quiere amor
Que de mi huya el claro resplandor;

Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que muriendo busque mi dolor.
La ira del cruel y duro invierno
Huye so tierra, y los rabiosos vientos
No suenan ya por bosque ni montaña:
El cielo da los dias ya contentos,
Ya muestra la montaña el rostro tierno,
Ya sale á retozar por la campaña
La sabrosa compaña
Del viento delicado.
Yo ausente y olvidado
No mengua mi tristeza y desconsuelo;
Antes rompo las peñas con mi duelo,
Y los montes de duelo suspirando;
Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.
La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece:
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro hielo que entorpece.
Ya ninguna perece
De las espesas hojas:
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mi, tanta agonía
Cuanto ellos hora tienen de alegría.
Cada cosa en su tiempo fin alcanza:
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.
En el mar sosegado al manso viento
Tiende la vela alegre el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta;
En alta popa con navío ligero
Corta agua espumosa, y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,
Ni espera mas afrenta:
Y en mi vida importuna
Cualquier tiempo es fortuna;
Siempre me veo cubierto de cuidados
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
¡O enemiga fortuna! ¡ó cruda suerte!
No son unos pasados
Cuando me llegan otros á la muerte.

El pastor amoroso embebecido
En la cumbre del monte está cantando,
O en la fresca arboleda y verde prado;
Y con sabrosa flauta remedando
La viva voz, ó ya el dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,
Presente su ganado
Que escucha sus querellas:
Yo triste que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oidas
No pueden ser de nadie ni sentidas,
Paso mi vida en doloroso llanto;
Y si hubiese mil vidas,
Todas las pasaria en otro tanto.
Bien sabes tú, cancion, qué primavera,
Qué sol es el que espera
Mi alma en esta ausencia;
Qué males en presencia
Me pueden dar mas conocido daño,
Y en tanta soledad aborrecer,
Huyendo como extraño,
Todo aquello que á todos da placer.

LETRILLA.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino.
Errado el camino,
No pudo volver
El que por amores
Se quiso prender.
Mándenle escribir
Aunque no contento,
Y si se arrepiente,
Que no ha de huir,
Que quiera morir,
Y no pueda ser:
Que esta es la justicia
Que mandan hacer

Al que por amores
Se dejó prender.
  Entró simple y ciego,
Mas no sin razon;
Hízose aficion
De lo que era juego.
Él encendió el fuego
En que habia de arder,
Cuando por amores
Se quiso prender.
  Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores;
Y los miradores
Échenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
  Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria.
De envidia y porfía
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.
  Diga su cuidado,
No sea creido;
Antes que sea oido
Sea condenado.
Quiera ser mirado,
No le quieran ver
Al que por amores
Se dejó prender.

~~~~~~

SANTA TERESA DE JESUS.

Nació en la ciudad de Ávila el dia 12 de mayo de 1515: fueron sus padres don Alonso Sanchez de Cepeda y doña Teresa de Ahumada. A los veinte años tomó el hábito en el convento de Carmelitas de la misma ciudad, donde dió tales muestras de virtud, que padeció mu-
~~~~~~

chas persecuciones, hasta la de ser denunciada al Santo Oficio por hipócrita é ilusa; pero no solo venció á sus enemigos, sino que emprendió la reforma de su Órden, en la que se habian introducido lastimosos abusos; y fué tal su energía, que la llevó á cabo, fundando en solo doce años diez y siete conventos, en lo cual fué ayudada por san Juan de la Cruz. Murió el 4 de octubre de 1582, á los sesenta y siete años de su edad. En 1614 fué beatificada por el papa Paulo V, y solemnemente canonizada en 1622 por Gregorio XV.

Sus principales escritos, que solo publicó por obediencia á sus superiores, son : *El Discurso de la vida; El Camino de perfeccion; El Libro de las fundaciones; El Castillo interior, ó las Moradas.*

A CRISTO CRUCIFICADO.

SONETO.

No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.
Tu me mueves, mi Dios; muéveme el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido;
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte;
Muéveme, en fin, tu amor de tal manera
Que, aunque no hubiera cielo, yo te amára,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
Porque, si cuanto espero no esperára,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

GUTIERRE DE CETINA.

Nació en la ciudad de Sevilla á principios del siglo XVI. Las armas y las letras movieron su aficion, ya para buscar por las unas los laureles de Marte, ya para conseguir por las otras los laureles de Apolo. Estuvo en las guerras de Italia, ignórase si como capitan ó como soldado, y si con próspera ó adversa fortuna. Hallóse con Carlos V en la jornada sobre Túnez contra Barbaroja, y con Fernando de Austria en las campañas de Flandes contra los Franceses.

Distínguense las obras de este esclarecido ingenio por la agradable sencillez de sus formas.

MADRIGALES.

I.

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados
¿Por qué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros, serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

II.

Cubrir los bellos ojos
Con la mano, que ya me tiene muerto,
Cautela fué por cierto
Con que doblar pensásteis mis enojos;
Pero de tal cautela
Harto mayor ha sido el bien que el daño:
Que el resplandor extraño
Del sol se puede ver mientras se cela;
Así, pues, sucedió, cuando intentásteis
De tus ojos cubrir la luz inmensa:
Yo os perdono la ofensa,
Pues cubiertos, mejor verlos dejásteis.

FRAY LUIS DE LEON.

Nació en Granada el año de 1527. Tomó el hábito de San Agustin en el convento de Salamanca, donde profesó en 29 de enero de 1544. Siguió allí sus estudios con sumo aplauso, recibiendo el grado de doctor en teología por aquella universidad, y ganando por oposicion al año siguiente de su grado, que fué en 1561, la cátedra que llamaban de Durando, y algun tiempo despues la de Escritura. Su gran conocimiento en lenguas orientales, y la copiosa erudicion de que estaba dotado, le hacian mirar como á uno de los mas sabios expositores de su tiempo. Pero esta misma reputacion le atrajo una grave persecucion de parte de sus émulos. Bajo el pretexto de que habia traducido el Libro de los Cantares al castellano, contra la prohibicion que habia entonces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar, lograron sus inicuos enemigos que se le formase causa por la Inquisicion de Valladolid como

sospechoso en la fe Cinco años estuvo preso en las cárceles de aquel tribunal, al cabo de los cuales logró sincerarse de todos los cargos que se le hicieron, y salió libre y triunfante de la calumnia. Volvió á la universidad con júbilo de todos, y fué restituido á su cátedra y á sus honores. Su religion le condecoró con varios empleos; y últimamente con el de provincial. Pero antes de ejercerle, falleció en Madrigal de una enfermedad aguda que le arrebató á los 64 años de su edad, en 23 de agosto de 1591. Don Francisco de Quevedo fué el primer editor de sus poesías, que se publicaron por él, dedicadas al conde duque, cuarenta años despues de la muerte de su autor.

ODA I [1].

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal rüido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera:
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

[1] Bellísima composicion, llena de agrado, de seso y de dulzura; que deja muy atrás á todas las que se han hecho en alabanza de la vida rústica, sin exceptuar la de Horacio *Beatus ille*, que ha sido el modelo de todas. El poeta latino, que sin duda tiene mas poesía de estilo que su imitador, no ofrece la misma variedad ni el mismo interés, y destruye al fin el efecto de su descripcion con el rasgo satírico que la termina, tomando su poema en aquel punto el carácter de una declamacion artificiosa. Con otra ingenuidad, otra efusion y otro efecto habla Horacio del campo cuando exclama en la sátira de los votos: *O rus, quando ego te adspiciam?* La oda castellana no se recomienda ni por lo sonoro de la versificacion, ni por la elevacion y pompa del lenguaje. Todo en ella es sencillo, sin ambicion ni aparato. ¡ Pero qué raudal tan puro, tan copioso y tan fácil! ¡Cómo se conoce que el poeta tiene todo su placer en la medianía, en el estudio y en el retiro! ¡Cómo los hace amar sin otro secreto que el de amarlos él, y concertar sus pensamientos, sus imágenes y su expresion con el sentimiento que le inspira, y con los objetos que canta! Nada de mas, nada de menos, y todo en el modo propio y conveniente. Es una música suave y deliciosa que sale del corazon, y va derecha al corazon sin esfuerzo y sin estudio. La imitacion de esta poesía requiere un talento y un gusto el mas exquisito: á nada que suba ya no es ella; á nada que baje ya no es poesía.

¿Qué presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado,
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡O monte! ¡ó fuente! ¡ó rio!
¡O secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre, quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.
Y como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso rüido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confian
No es mio ver el lloro
De los que desconfian
Cuando el cierzo y el ábrego porfian.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro dia
Se torna: al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.
Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.
A la sombra tendido
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

ODA II [1].

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
De Tajo sin testigo;
El pecho sacó fuera
El rio, y le habló de esta manera:

[1] Otra imitacion de Horacio mas rigorosa y ajustada á su original que la anterior, pero aplicada á objetos y tiempos diferentes. La justa celebridad que disfruta es consiguiente á la maestría con que está ejecutada. No se puede negar, sin embargo, que considerada por algunos aspectos queda inferior á la oda latina. El ritmo escogido por Luis de Leon es mas gracioso que robusto, y el argumento pedia que fuese mas robusto que gracioso. Los objetos que pinta el español son mas generales, y por consiguiente mas vagos: en él se ve el movimiento y aparato en grande de la invasion proyectada: en el latino los campeones que han de buscar y castigar á Páris. Esto es mas determinado, y la fantasía lo concibe y se lo imagina mejor. En toda composicion en que se trata de hombres es preciso ver hombres, y en la oda española no se ven. El conde don Julian, *atento á la ven-*

En mal punto te goces,
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
¡Ay! esa tu alegría
¡Qué llantos acarrea! y esa hermosa
Que vió el sol en mal dia
A España, ¡ay! ¡cuán llorosa,
Y al cetro de los Godos cuán costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras;
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales:

ganza y no á la fama, único personaje que señala el Tajo en contraposicion con Rodrigo, no es figura que pueda sufrir comparacion con los dioses y con los héroes señalados por Nereo, y contrastados en su vaticinio con el afeminado troyano.

Jam galeam Pallas et ægida
Currusque et rabiem parat.....
Urgent impavidi te Salaminius
Teucerque, et Sthenelus sciens
Pugnæ.
Ecce furit te reperire atrox
Tydides, melior patre.

Esta desventaja está compensada en Luis de Leon con haber dado al vaticinio y al vaticinador un interés que no tiene el de Horacio. El rio que habla ha de padecer en la invasion, y su lenguaje, su acento, sus afectos son consiguientes á esta posicion bien entendida, de que resulta en la oda española un tono mas vivo y mas apasionado.

Marmontel en el artículo *Lírica* de la Enciclopedia ha hecho mencion de ella con elogio; y aun da á entender, para encarecerla mas, que sirvió de modelo á Camoens para su célebre prosopopeya del gigante Acamastor. Es de presumir que el literato francés no hablase aquí sino de oidas, y sin haber leído por sí mismo la composicion de que trata, pues á haber sido así, la hubiera dado por lo que era, por una bella imitacion de la oda de Horacio, y no otra cosa. Él supone á Camoens posterior á Fr. Luis de Leon, y en eso tambien se engaña, porque fueron exactamente contemporáneos, y el español murió catorce años despues que el portugués. Ignoraba igualmente que las poesías de aquel fueron impresas por primera vez cerca de medio siglo despues del fallecimiento de Camoens, y por consiguiente que, aun dado caso que el episodio de la Lusíada se hubiese escrito despues de la oda, no es por ningun aspecto probable que el poeta épico, ni en Europa, donde se cree que compuso los primeros cantos de su inmortal poema, ni en las extremidades del Asia donde le acabó, tuviese noticia de la composicion castellana. A tales equivocaciones se expone un escritor, aunque sea del mérito de Marmontel, cuando trata de una literatura que no conoce. Estos desaciertos eran entonces muy comunes en los extranjeros que hablaban de nuestras cosas: hoy dia las estudian y las conocen mejor.

A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado conde á la venganza
Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza
En quien para tu daño no hay tardanza.
Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en África convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el dia, y le oscurece.
¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves: ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por dó hienden.
El Éolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
¡Ay triste! ¿y aun te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay cuánto de fatiga,
Ay cuánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente!
Y tú, Bétis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino,
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte;
La sesta ¡ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.

ODA III.[1]

NOCHE SERENA.

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ansia ardiente;
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura,
La tiene en esta cárcel baja, escura?

[1] Nada casi hay que decir sobre estas dos hermosas composiciones (Odas III y IV) sino que son una muestra de la dignidad y elevacion que adquiere la poesía, cuando se ocupa de los astros y de otros grandes objetos naturales. El escritor aquí no aspira á mostrarse astrónomo ni físico, quizá aunque quisiese no pudiera, pero es enteramente poeta. La una es inspirada por la admiracion, la otra por el deseo impaciente de saber y de inquirir. La primera es mas flúida y mas dulce; la segunda mas cortada y mas impetuosa; y esta diferencia de estilo y de movimiento es una prueba feliz del instinto y gusto del escritor. Es bien lírica al modo antiguo aquella especie de episodio, en que, con ocasion de mentar el trueno, pasa á describir rápidamente una tempestad de verano, y entra despues en la marcha que tenia tomada desde el principio.

El verso último de la primera desdice de los demás por su aspereza y falta de acentuacion.

¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
Al sueño de su suerte no cuidando;
Y con paso callado
El cielo vueltas dando
Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh! despertad mortales,
¡Mirad con atencion en vuestro daño!
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquella celestial eterna esfera;
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es mas que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con este gran trasunto
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales:
La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:
Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado.
Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:

¿Quién es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?
Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz; aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamás anochece:
Eterna primavera aquí florece.
¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡O deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

ODA IV [1].

A LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?

[1] Aunque tan corta, seria la mejor de todas si tuviese un poco mas de esmero en la versificacion, que es lánguida y falta de cadencia. Aquí el poeta desaparece enteramente: óyense las quejas lastimeras de los discípulos que lloran su desamparo, se ve al maestro divino subir por los aires, desaparecer entre las nubes, y ellos quedar como en tinieblas sin la luz que los guiaba. El cuadro es grande y completo, y solo consiste en unas pocas pinceladas dadas con gusto y maestría. El sabor que de estos cortos lamentos queda en la fantasía y en el oido es verdaderamente exquisito.

Una de las dotes mas apreciables de todos estos poemas líricos es el tino y economía con que los pensamientos y las imágenes se producen y se distribuyen; sin que, una vez dado el fin á que aspira el poeta, haya nada que falte al desempeño, ni nada que descomponga el efecto por exceso ó redundancia, ó por mala colocacion. Este arte le aprendió Luis de Leon con el estudio profundo que habia hecho de los antiguos, y los escritores que le siguieron le descuidaron demasiado: á pocos de ellos y en pocas composiciones habrá que dar la misma alabanza.

Los antes bien hadados,
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu du'zura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú cubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas!

EPITAFIO

AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE DON CARLOS.

Aquí yacen de Carlos los despojos;
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.



BALTASAR DEL ALCÁZAR.

Nació en Sevilla por los años de 1530, siendo sus padres don Luis y doña Leonor Leon. Dedicóse desde muy jóven á la carrera de las armas, militando en las naves del famoso marqués de Santa Cruz. Mas tarde, residiendo en Ronda y Jaen, fué alcalde de la hermandad de los hijosdalgo y tesorero de la casa de moneda.

Murió Alcázar en 1606, el dia 16 de enero, á los setenta y seis años de edad.

Estudió con gran aprovechamiento los epígramas de Marcial y la lengua española. Sus versos son puros, dulces y elegantes.

REDONDILLAS.

En Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este caballero
Un criado portugués....
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas bajo.
Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿qué viene ahora?

La morcilla : gran señora,
Digna de veneracion.

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué traves y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.

Pues sus; encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino...
No eches agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, el buen consejo.

Mas dí, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.

El corazon me revienta
De placer : no sé de tí.
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser :
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial :
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala:
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena.
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya, Inés, que hábemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

OTRAS REDONDILLAS.

Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso;
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,

Con tres veces del süave
Licor que alegra la vida,
Después que cayendo viene
A dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene;
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido, soy de otro dueño,
No sé de mi nueva cierta;
Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan como he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo:
Voyle puntales poniendo
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales,
Y allanarse el edificio.

DON ALONSO DE ERCILLA.

Este esclarecido ingenio vió la luz del dia en Madrid el año de 1533 segun unos, y de 1540 segun otros, siendo la primera opinion la mas autorizada. Crióse don Alonso en el real palacio en calidad de paje ó menino; y muy jóven todavía acompañó al príncipe don Felipe en sus viajes á Italia, los Países Bajos é Inglaterra, adonde habia pasado aquel con ánimo de verificar su enlace con María, heredera del Reino-Unido. La insurreccion general de los Estados de Arauco en Chile fué para don Alonso fuerte incentivo de gloria, resolviéndole á dejar el servicio personal del príncipe para defender su futuro dominio en el Nuevo Mundo. Veinte y un años contaba Ercilla, cuando se embarcó para el Perú con don Jerónimo de Alderete, capitan de gran corazon y renombre, á quien se habia encargado la pacificacion del valle rebelde. — Aquella lucha sangrienta y tenaz en que Ercilla habia creido ver la realizacion de sus sueños caballerescos, fué en efecto el asunto del poema que ha inmortalizado su nombre. Sin embargo, ni su valor, ni

su lealtad, ni su caballerismo pudieron sacarle del estado de pobreza á que se vió reducido en los últimos dias de su vida. Murió en 1592, despues de haber dado á luz y dedicado á Felipe II su poema *La Araucana*, de la cual insertamos el siguiente trozo.

DESCRIPCION DEL EJÉRCITO ARAUCANO.

Era el primero que pasó la muestra
El cacique Pillolco, el cual armado
Iba de fuertes armas; en la diestra
Un gran baston de acero barreado,
Delante de su escuadra gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen órden y manera
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros
Gran número de tiros esparciendo:
Venia Rengo tras él con sus maceros
En paso igual y grave, procediendo
Arrógante, fantástico, lozano,
Con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestido en lugar de armas traia
La piel de un fiero tigre, que matara:
Cuya espantosa boca le ceñia
Por la frente y quijadas la ancha cara,
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban,
De pieles de animales rodeados:
Luego los Talcamávidas pasaban,
Que son mas aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo descendiente,

Rigiendo los que habitan las riberas
Del gran Nibequeten, que su corriente
No deja á la pasada fuente y rio,
Que todos nó los traiga al Biobío.

Pasó luego la muestra Mareande
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo:
Iba con él su primo Lepomande
Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa rodeados
De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el órden tras estos Lemolemo
Arrastrando una pica poderosa
Delante de su escuadra, por extremo
Lucida entre las otras y vistosa:
Un poco atrás del cual iba Guaiemo
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Habia muerto en defensa de su madre.

. . . .

Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea;
Un mástil grueso en la derecha mano,
Que como un tierno junco le blandea;
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Siguiéndole su gente de pelea,
Por los pechos al sesgo atravesadas
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los Puelches, gentes bandolerizas;
Cuyas armas son puntas enhastadas
De una gran braza, largas y rollizas:
Y los Trulos tambien que usan espadas,
De fe mudable y casas movedizas,
Hombres de poco efeto, alharaquientos,
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalican con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza,
Una cota finísima vestida,
Vibrando la fornida y gruesa lanza;
Y Orompello de edad aun no cumplida,
Pero de grande muestra y esperanza,
Otra escuadra de pláticos regia,
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos
Armado ricamente, el cual traia
Una banda de jóvenes dispuestos
De grande presuncion y gallardía :
Seguian los Llaucos de almagrados gestos,
Robusta y esforzada compañía,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del ínclito Aynavillo.
Seguia después Cayocupil, mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo :
Tras él venia Puren, tambien guiando
Con no menor donaire y contoneo,
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.
Lincoya iba tras él casi gigante
La cresta sobre todos levantada,
Armado un fuerte peto rutilante,
De penachos cubierta la celada :
Con desdeñoso término, delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada,
El mozo Peycavi luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.
Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
A quien habia en el cargo sucedido;
Todo de negro el blanco arnés cubierto,
Y su escuadron de aquel color vestido,
Al tardo son y paso los soldados
De roncos atambores destemplados.
Fué allí el postrero que pasó la lista
(Primero en todo) Tucapel gallardo,
Cubierta una lucida sobrevista
De unos anchos escaques de oro y pardo :
Grande en el cuerpo y áspero en la vista,
Con un huello lozano y paso tardo,
Detrás del cual iba un tropel de gente
Arrogante, fantástica y valiente.
El gran Caupolican con la otra parte
Y resto del ejército araucano,
Mas encendido que el airado Marte,
Iba con un baston corto en la mano;
Bajo de cuya sombra y estandarte

Venia el valiente Cúrgo, y Mareguano,
Y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguan, Lambecho, y Guampicolo.
Seguian luego detrás sus Plimayquenes,
Tuncos, Renoguelones, y Pencones,
Los Itatas, Mauleses, y Cauquenes
De pintadas divisas y pendones;
Nibequetenes, Puelches, y Cautenes
Con una espesa escuadra de peones,
Y multitud confusa de guerreros,
Amigos, comarcanos y extranjeros.
Segun el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada,
Tiembla en torno la tierra y se estremece
De tantos piés batida y golpeada:
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvoreda levantada,
Que en ancho remolino al cielo sube,
Cual ciega niebla espesa, ó parda nube.



FRANCISCO DE LA TORRE.

Nació en Torrelaguna (Castilla la Nueva), el año de 1534. Se ignora por completo la vida de este esclarecido poeta, á quien algunos críticos habian confundido con el *Bachiller Alfonso de la Torre,* coplero en los tiempos del rey don Juan el Segundo. Merced á las investigaciones del sabio escritor y académico don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, se ha desvanecido por completo aquel error.

CANCION PRIMERA [1].

LA TÓRTOLA.

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente,
Ensordeces la selva con gemidos:

[1] La mas dulce melancolía parece que ha dictado este poema, cuyo tono carecia entonces de ejemplo entre nosotros. El autor, sin duda, le aprendió en su propio carácter y en los sentimientos tiernos de su corazon; y los que como él se hallan dotados de esta sensibilidad profunda y exquisita que se agrada en la soledad y en

Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos:
Si inclinas los oidos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo,
(Breve consuelo de un dolor tan largo
Con quien, amarga soledad, me aquejas)
Yo con tu compañía,
Y acaso á tí te aliviará la mia.
 La rigurosa mano que me aparta
Como á tí de tu bien, á mí del mio,
Cargada va de triunfos y victorias:
Sábelo el monte y rio,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias:
Y si eran transitorias,
Acabáralas golpe de fortuna:

el retiro, se ceba dulcemente de sus penas, se imagina hallar donde quiera compañeros y partícipes de sus males, y habla con ellos como si le pudieran entender, estos darán á tan bellos versos el valor y el mérito que en sí encierran, y que es mas fácil de sentirse que de explicarse. No insistamos por tanto en ello. Solo en desengaño de los que todavía atribuyan estas poesías á Quevedo, pondremos aquí algunos versos de la *Silva funeral á la tórtola* (*) compuesta por él, á fin de que cotejados con los de la cancion, se palpe la inmensa diferencia que hay entre unos y otros, el gusto distinto, la fantasía diversa.

 Al tronco y á la fuente
Mas que su arena y que sus verdes hojas
Honraron tus congojas,
O tórtola doliente.
Tu voz acompañaba al monte seco,
Dabas que hacer al eco;
Usurpaban los prados
El nombre de leales
De tu fe y tu firmeza.
Nunca se vieron, nunca los cuidados,
Las penas y los males,
Sino es en tu tristeza
Hartos de sentimiento:
 Pues fué tanta tu pena
Que le daba á esta arena
Honra sino ornamento, etc.

Preciso es dejarlo aquí, porque seria imposible leer mas; y basta este trozo para demostrar la imposibilidad de que un mismo objeto produzca en una misma fantasía tan distinta inspiracion. La exageracion, los conceptos, la ingeniosidad, la afectacion, forman el carácter de la silva; ¿y la cancion? La cancion es la misma sencillez, la ternura misma: en ella cada estancia es un lamento, y cada verso un gemido.

(*) Quevedo: Musa tercera.

No viera yo cubierto,
De turbias nubes cielo que vi abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna;
Que acabado con ellas
Acabáran mis llantos y querellas.
Parece que me escuchas, y parece
Que te cuento tu mal, que roncamente
Lloras tu compañía desdichada:
El ánimo doliente
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte airada,
La mas apasionada
Mas agradable le parece, en tanto
Que el alma dolorosa
Llorando su desdicha rigurosa
Baña los ojos con eterno llanto;
Cuya pasion afloja
La vida al cuerpo, al alma la congoja.
¿No regalaste con tus quejas tiernas
Por solitarios y desiertos prados,
Hombres y fieras, cielos y elementos?
¿Lloraste tus cuidados
Con lágrimas eternas,
Duras y encomendadas á los vientos?
¿No son tus sentimientos
De tanta compasion y tan dolientes,
Que enternecen los pechos,
A rigurosas sinrazones hechos,
Que los haces crueles de clementes?
¿En qué ofendiste tanto,
Cuitada, que te sigue miedo y llanto?
Quien te ve por los montes solitarios
Mustia y enmudecida y elevada
De los casados árboles huyendo,
Sola y desamparada
A los fieros contrarios
Que te tienen en vida padeciendo:
Señal de agüero horrendo
Mostrarian tus ojos añublados,
Con las cerradas nieblas
Que levantó la muerte, y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados:
Llora, cuitada, llora
Al venir de la noche y de la aurora;
Llora, desventurada, llora cuando

Vieres resplandecer la soberana
Lámpara del Oriente luminoso :
Cuando su blanca hermana
Muestra su rostro blando
Al pastorcillo de su sol quejoso :
Y con llanto piadoso
Quéjate á las estrellas relucientes :
Regálate con ellas,
Que ellas tambien amaron bien, y dellas
Padecieron mortales accidentes :
No temas que tu llanto
Esconda el cielo en el nocturno espanto.
¿Dónde vas, avecilla desdichada?
¿Dónde puedes estar mas afligida?
¿Hágote compañía con mi llanto?
¿Busco yo nueva vida
Que la desventurada
Que me persigue, y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía :
No menosprecies la doliente mia,
Por menos fatigada y dolorosa;
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.
¿Vuelas al fin, y al fin te vas llorando?
El cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad, y tu dolor eterno,
Avecilla doliente
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno :
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido.
Cancion, en la corteza de este roble
Solo y desamparado
De verdes hojas, verde vid y verde
Hiedra quedad; que el hado,
Que mi ventura pierde,
Mas estéril y solo se me ha dado.

CANCION SEGUNDA *.

LA CIERVA.

Doliente cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento y con el seno
Bello de la corriente sangre hinchado,
Débil y decaida tu hermosura:
¡Ay! que la mano dura
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero:
Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte.
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro, y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le escusen los cielos; permitiendo
Crudos astros que muera padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,

* Inferior á la anterior en dulzura y en afecto, le es muy superior por la composicion, cuyo objeto está mejor determinado, pintado mas al vivo, y muestra mejor progreso en su movimiento y en su fin. No se puede solemnizar con mas poesía la muerte de un animal silvestre, ni darle mayor interés. Aquí la versificacion tiene alguna mas variedad que en la anterior, donde como todo es constantemente elegíaco, es toda quebrada é incierta: en esta se percibe generalmente mas número y resonancia; sin que por eso deje el poeta de dar á su estilo el movimiento conveniente segun el sentimiento que le anima; obsérvense bien las dos últimas estancias; la una llena, asiática, ondeante; la otra cortada, y por un feliz instinto como penosa.

Que del siempre rabioso
Trance mortal, salieron muy triunfantes.

Es lástima que este *muy* haga prosáico y trivial un verso, que deberia ser el mejor por ser el último.

Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.
Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido y maltratado:
Tú con el fatigado aliento pruebas
A rendir el espíritu doliente
En la corriente de este valle amado.
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, cuando pudieras
Librar el pecho herido,
De crudas llagas y memorias fieras.
Cuando por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,
Solos y acompañados anduvistes:
Cuando de verde mirto y de floridas
Violetas, tierno acanto y lauro amado,
Vuestras frentes bellísimas ceñistes:
Cuando las horas tristes,
Ausentes y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordecistes la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
Cuya muerte penosa
No deja rastro de contenta vida.
Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desden y de espanto, quien solia
Ser ornamento de la selva umbrosa:
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa:
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos,
Cuyos despojos bellos
Son victorias del crudo amor furioso,
Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona y premia dos amantes
Que del siempre rabioso
Trance mortal salieron muy triunfantes.
Cancion, fábula un tiempo, y caso agora

De una cierva doliente, que la dura
Flecha del cazador dejó sin vida,
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida
No hay sino lamentar su desventura.

ODA I [1].

Mira, Fílis, furiosa
Onda, que sigue y huye la ribera
Y torna presurosa
Echando al punto fuera
Del agua el peso de la nao ligera.
Aquellas despojadas
Plantas, que son estériles abrojos,
Solian adornadas
De cárdenos y rojos
Ramos lucir antes tus bellos ojos.
Vino del Austro frio
Invierno yerto, y abrasó la hermosa
Gloria del valle umbrío,

[1] Gracia, sencillez, facilidad en la primera y en las dos últimas: un pensamiento único y fácil de comprenderse, desenvuelto y fecundado con algunas pocas imágenes naturales y apacibles: la versificacion florida y agradable. En este autor se hace mas sensible la diferencia que nuestros antiguos ponian entre la oda y la cancion, á la cual daban siempre mas solemnidad, mas gravedad é importancia. La misma diferencia de tono y de intencion se notan en las canciones y odas del portugués Camoens: diríase que en las unas se seguian las huellas de Petrarca, y en las otras se tomaba á Horacio por modelo.

La segunda oda dirigida á Tirsis es de un tono muy diverso. El asunto probablemente es alegórico; pero no se resiente en manera alguna de la frialdad que desluce ordinariamente á la alegoría. Si el poeta no intentó otra cosa que imitar la oda de Horacio *O navis*, nos dió por cierto un modelo muy feliz de como deben hacerse estas imitaciones. Todo es aquí interesante, todo parece nuevo; y la imaginacion con ser tan viva, se ve subordinada á la fuerza y al calor de la expresion que todo lo anima y vigoriza.

Este es uno de los diferentes ensayos en que el autor se probó á escribir composiciones líricas sin la sujecion de la rima. No en todos es tan feliz como en este, y así es poco de extrañar que ni entonces ni ahora haya tenido muchos que le sigan. Algun otro coro hay por este estilo en las *Nises* de Bermudez, y uno en esdrújulos en la *Dorotea* de Lope. Melendez en nuestros dias, que ha ensayado en sus odas tantos ritmos diferentes, ha dado alguna muestra por este gusto. Mas yo no le conozco aficionados, ni es muy fácil que los tenga. Desnudas como ya se hallan del prestigio de la música, las composiciones líricas son cabalmente las que mas necesitan del halago de la rima, y solo puede suplirse este vacío á fuerza de tino y acierto en el asunto, en los pensamientos, imágenes y expresion, y sobre todo de instinto y tacto exquisito en la combinacion de las palabras y de sus sonidos. Sin esta combinacion es imposible producir aquella música grata al oido, que no le deja echar menos el efecto mas determinado y positivo de la consonancia. Aun así, es preciso para percibirlo un gusto no menos fino en los lectores que talento en el escritor.

Y derribó la hojosa
Corona de los árboles umbrosa.
Agora que el Oriente
De tu belleza reverbera, agora
Que el rayo trasparente
De la rosada Aurora
Abre tus ojos y tu frente dora.
Antes que la dorada
Cumbre de relucientes llamas de oro,
Húmeda y argentada,
Quede inútil tesoro
Consagrado al errante y fijo Coro;
Goza Fílis del aura
Que la concha de Venus hiere y dado
Que apenas se restaura
El contento pasado,
Como el dia de ayer, y el no gozado.
Vendrá la temerosa
Noche, de nieblas y de vientos llena:
Marchitará la rosa
Purpúrea; y la azucena
Nevada, mustia tornará de amena.

ODA II.

¿Tirsis? ¿ah Tirsis? Vuelve y endereza
Tu navecilla contrastada y frágil
A la seguridad del puerto; mira
Que se te cierra el cielo.
El frio Bóreas y el ardiente Noto
Apoderados de la mar insana,
Anegaron agora en este piélago
Una dichosa nave.
Clamó la gente mísera, y el cielo
Escondió los clamores y gemidos
Entre los rayos y espantosos truenos
De su turbada cara.
¡Ay que me dice tu animoso pecho;
Que tus atrevimientos mal regidos
Te ordenan algun caso desastrado
Al romper de tu oriente!
¿No ves cuitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
De un atrevido mozo?

¿No ves, que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte donde
Yace muriendo vivo el temerario
Encelado, y Tifeo?
Conoce, desdichado, tu fortuna,
Y preven á tu mal: que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita.
¡Ay que te pierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prision y cueva sonorosa
De los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Éolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
Desde la playa: que el airado cielo
Menos se encrüelece de contino
Con quien se anima menos.

ODA III.

¿Viste, Fílis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo
Nuevo daño, la vida
Cara pierde, vertiendo
La roja sangre que dilata huyendo?
¿Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubes suelto
Turbarse, y el ardiente
Soplo de Bóreas vuelto,
Dejar el mundo en sombra y agua envuelto?
¿Viste de la empinada
Cumbre sacar á Febo la cabeza
Roja, y acelerada
Noche con gran tristeza
Salir escureciendo su belleza?
¿Viste volando hermosa
Garza señorearse deste cielo,
Y salir de la odiosa
Mano, torciendo el vuelo,
Sacre que la derriba por el suelo?
¿Lúcidas flores viste,
A quien, ó Aurora, fuiste su Lucina,

Y viene el Euro triste,
Y á la tierra reclina
La corona de hojas mortecina?
Así fué mi ventura,
Y así, Filis, podria ser tu suerte.
No vivas tan segura
Del mal; que hasta la muerte
No hay estado tan firme, que sea fuerte.
Cuando Júpiter tira
A las alturas de la humilde tierra,
Jámas alcanza su ira
Al valle; que en la sierra
Yace penando quien lo armó la guerra.
El aire se embravece,
Y entre los verdes árboles bramando,
Cobra fuerzas y crece,
Sopla, y está silbando,
Y en el suelo las flores regalando.

ODA IV.

Sale de la sagrada
Cipro la soberana ninfa Flora,
Vestida y adornada
Del color de la Aurora,
Con que pinta la tierra, el cielo dora.
De la nevada y llana
Frente del levantado monte arroja
La cabellera cana
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.
Deslízase corriendo
Por los hermosos mármoles de Paro
Las alturas huyendo
Un arroyuelo claro,
De la cuesta beldad, del valle amparo.
Corre bramando y salta;
Y codiciosamente procurando
Adelantarse, esmalta
De plata el cristal blando
Con la espuma que cuaja golpeando.
Viste y ensoberbece
Con diferentes hojas la corona
De plantas, y florece

Las que apenas perdona
Furioso rayo de la ardiente zona.
El regalado aliento
Del bullicioso Zéfiro encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.
Y reducido cuanto
Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cria,
A mas bien con el llanto,
Que al asomar del dia
Viene haciendo la Aurora húmida y fria:
Todo brota y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza y prende
El olmo, y la hermosa
Hiedra sube tras ella presurosa.
Yo triste, el cielo quiere
Que yerto invierno ocupe el alma mia;
Y que si rayo viere
De aquella luz del dia,
Furioso sea, y no como solia.
Renueva, Filis, esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada.
Ven, primavera, ven, mi flor amada:
Ven, Filis, y del grato
Invidiado contento del aldea
Goza: que el pecho ingrato,
Que tu beldad afea,
Aquí tendrá el descanso que desea.

SONETO I [1].

Salve, sagrado y cristalino rio,
De sauces y de cañas coronado,
De arenas de oro y de cristal ornado,
Y de crecientes con el llanto mio.

[1] Modelos excelentes de estilo pastoril, en que campean alternativamente la sencillez, la gracia, la melancolía y la ternura. Estas dotes les bastan sin que sea necesario buscar en ellas la composicion artificiosa, la graduacion perfecta y la conclusion fuerte é interesante, que el legislador del parnaso francés ha señalado como requisitos precisos de esta composicion. El soneto para nuestros poetas ha sido una clase de metro, y no un género de poesía.

Salve, y dilata tu ancho poderío
Por la orla sabea, y el dorado
Cerco de perlas, que el licor sagrado
Enriquece tu eterno señorío.
Y así tus ninfas te detengan, cuando
Pases por el estrecho deleitoso
De la concha de Venus amorosa;
Que saques la cabeza serenando
Este cerco de nubes espantoso,
En compañía de mi ninfa hermosa.

SONETO II.

¡Cuántas veces te me has engalanado,
Clara y amiga Noche! ¡Cuántas llena
De oscuridad y espanto, la serena
Mansedumbre del cielo me has turbado!
Estrellas hay que saben mi cuidado,
Y que se han regalado con mi pena:
Que entre tanta beldad, la mas ajena
De amor tiene su pecho enamorado.
Ellas saben amar, y saben ellas
Que he contado su mal llorando el mio,
Envuelto en los dobleces de tu manto.
Tú, con mil ojos, Noche, mis querellas
Oye y esconde; pues mi amargo llanto
Es fruto inútil, que al amor envio.

SONETO III.

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro
Al apacible viento desordena:
Bella, si de sus ojos enajena
El altivo desden que siempre lloro:
Bella, si con la luz que sola adoro
La tempestad del viento y mar serena;
Bella, si á la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro:
Bella, si mansa: bella, si terrible:
Bella, si cruda: bella esquiva: y bella,
Si vuelve grave aquella luz del cielo:
Cuya beldad humana y apacible,
Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el suelo.

SONETO IV.

Si lo que el alma me revela, cuando,
Filis, contemplo la divina y rara
Beldad al mundo, mas que el cielo clara,
Que adoro ardiendo y reverencio amando,
Con el acento doloroso y blando,
Que me quejo de tí, significára;
Parára al sol, las fieras humillára,
Arrebatára el cielo contemplando.
Mas como el rayo de tus bellos ojos
Otras tinieblas amanece agora
En el que fué mi ocaso escurecido;
Silencio eterno esconde el que te adora,
A quien los rayos de tu oriente rojos
Encubren nubes de perpetuo olvido.

SONETO V.

Viva yo siempre ansí con tan ceñido
Lazo, Filis, contigo, como aquesta
Hiedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le enreda su tronco envejecido.
Mira allí un olmo seco, y un florido
Junto á la fuente, que una vid le presta
Hermosura y valor; y tu dispuesta
A perseguirme, pónesme en olvido.
Por tí, cruel, olvido mi ganado,
Y le dejo sin guarda del ardiente
Lobo cruel (ganado que tú amaste):
Un cabritillo deste coronado
Monte ví yo llevar; lloré, y presente
A mi dolor soberbia te gozaste.

SONETO VI.

Filis, mas bella y mas resplandeciente
Que el claro cielo y que el ameno prado,
Este gamo, de flores coronado,
Que á su madre quité, te ofrezco ausente.
Riyéndoseme agora dulcemente
Me le pidió Testilis: mas cansado
Me tienen ya sus risas; que tu helado
Ceño me ha de perder eternamente.

A ti le doy, y á ti tambien te guardo
Dos tórtolas hermosas, y una bella
Garza, que ayer cogí del monte al rio.
Y si el amor de Tirsis por el mio
Quieres dejar, escoge tú de aquella
Manada mia un toro blanco y pardo.

SONETO VII.

Pastor que lees en esta y en aquella
Planta, *Fili y Damon que á Fili adora*,
Sabe que tanto fué piadosa agora
Fili á Damon, cuanto es terrible y bella.
¡Ay! yo la llamo, yo la ruego, y ella,
Misero, no me escucha, y huye á la hora;
Y cuanto me huye mas, mas me enamora,
Que en ella puso su crueldad mi estrella.
Ayer llevando mi ganado al rio,
Al pié de un verde mirto entretejiendo
Violetas y amaranto la vi sola:
Ladró Melampo, y ella cruel huyendo,
Desamparando monte y valle umbrío,
Huyó de mí, y el viento socorriola.

SONETO VIII.

Mi propio amor entiendo, que es la cierta
Causa que mi ganado sin contento
Se rige apena en pié; no lluvia ó viento,
Ni pasto amargo de montaña yerta.
Mas ¿qué cuidado es este, si la incierta
Muerte luchando con el alma siento,
Y, Filis cruda, nunca me arrepiento
De verte siempre de piedad desierta?
¡Oh si al menos sobre este monte yerto[1]
Adonde lloro de continuo tanto,
Aquel pino cubriese el cuerpo mio;
Y pasando por este valle umbrío,
Dijeses, Filis, con amargo llanto,
Allí yace mi triste amante muerto!

[1] *¡Oh si al menos en este monte yerto!* etc. — El autor emplea algunas veces este mismo pensamiento propio de su carácter melancólico y sensible; pero nunca tan felizmente como en este lugar. El desaliño mismo y abandono que tienen los versos, contribuyen admirablemente á producir el efecto que se busca; mas esmerados y sonoros no estarian tan bien.

SONETO IX

Esta es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Filis bella:
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.
Aquí, Tirsis, la ví cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella:
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la via.
En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde hiedra y de violetas tiernas.
Al prado y haya y cueva y monte y fuente
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

ENDECHAS.

I.

El pastor mas triste
Que ha seguido el cielo,
Dos fuentes sus ojos,
Y un fuego su pecho;
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se querella
Riberas del Duero.

[1] Es traduccion libre de este otro italiano, escrito por Benito Varchi.

LE DOLCI RIMEMBRANZE.

Questo è, Tirsi, quel fonte in cui solea
Specchiarsi la mia dolce pastorella;
Questi quei prati son, Tirsi, dov' ella
Verdi ghirlande a suoi bei crin tessea.
Qui, Tirsi, la vid' io mentre sedea,
Quivi i balli menar leggiadra e snella;
Quinci, Tirsi, mi rise, e dietro a quella
Elce s'ascose sì, ch' io la vedea.
Sotto quest'antro al fin cinto d'allori
Colei, ond' ho nel cor mille ferite,
Mi porse lieta e mi baciò la fronte.
All'antro dunque, all'elce, ai prati, al fonte,
Mille spargendo al ciel diversi fiori,
Rend' io di tanto don grazie infinite.

El silencio amigo,
Compañero eterno
De la noche sola
Oye su tormento.
Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos zelos.
Solo y pensativo
Le halla el claro Febo,
Sale su Diana,
Y hállale gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso,
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo.
Tórtola cuitada,
Que el montero fiero
Le quitó la gloria
De su compañero,
Elevada y mustia
Del piadoso acento,
Que oye suspirando
Entregar al viento:
Porque no se pierdan
Suspiros tan tiernos,
Ella los recoge,
Que se duele dellos;
Y por ser mas dulces
Que su arrullo tierno,
De su soledad
Se queja con ellos.
¿Qué ha de hacer el triste?
Pierda el sufrimiento,
Que tras lo perdido
No caerá contento.

II.

Corona del cielo,
Ariadna bella,
Conocida estrella
Del nocturno velo,
Tú sola del coro
De las lumbres bellas

Oye mis querellas,
Pues tus males lloro.
Tú fuiste querida,
Y olvidada fuiste;
Yo querido y triste,
Quien me amó, me olvida.
El dolor estrecho
De mi suerte airada
Trae mi alma forzada
Dentro de mi pecho.
¿Qué pretende el cielo
Tras agravio tanto,
Si al verter mi llanto
Le transforma en hielo?
¿Por ventura fuí
Tan terrible y duro,
Que miré seguro
El bien que perdí?
Mas mi dolor fiero,
Como ha de acabarme,
No viene á matarme
Sin mortal agüero.
¡Ay del sin ventura,
Que ha de amar forzado!
Siempre al desdichado
Sigue suerte dura.

III.

Viuda sin ventura,
Tórtola cuitada,
Mustia y asombrada
De una muerte dura:
Tú, que el valle ameno
Con tu arrullo blando
Serenaste, cuando
Vió tu bien sereno;
Quejas inmortales
Hieren tus sentidos,
Que á bienes perdidos
No hay medianos males.
Vuelve donde muevas
Las fieras que dejas,
Que no son tus quejas
Para monte y cuevas.

En el valle, donde
Tu dolor te esta,
Nadie te consuela,
Nadie te responde.
Llora Filomena,
Cierva herida brama,
Y Eco que te llama
Te cuenta tu pena.
Tu gloria fué tal,
Que hizo ser temida;
Pero tu caida
Fué temido mal.
Si mi compañía
Triste y desdichada
Por sola te agrada,
Oye mi agonía.
Cielos y hados canso,
Monte y valle ofendo,
Los aires enciendo,
Las aguas amanso...

IV.

Filis rigurosa
Sobre cuantas cria
La ribera fria
De Jarama hermosa:
Y á mi fiel lamento
Mas endurecida,
Que montaña herida
De alterado viento;
¡Ay que la razon
Que á llorar me fuerza,
Tu rigor la esfuerza,
Como á mi pasion!
Si cielo piadoso
Por mi permitiera,
Que no me doliera
Tu desden rabioso;
Quejas inhumanas
No te endurecieran,
Porque á humana fueran
Canciones humanas.
Mas pues duro cielo
Con mi fe y mi llanto

Te endurece tanto,
No me sufra el suelo
Mi dolor te canse,
Mi razon te indine,
Y el cielo se incline
Contra quien te amanse.
Triste y apartado
En esta ribera,
Piedra, planta ó fiera
Quede transformado,
Mis penas y enojos
Rompan con mi amor,
Y no haya pastor
Que cierre mis ojos;
Que tú, que mi vida
Tienes ya de suerte,
Que desea la muerte
Por arborrecida,
Tu dirás, en vano:
¡Ay pecho nevado,
Que mal que has tratado
Su amor soberano!
Tú, que con tu amor
Sueles piadosa
Por la selva umbrosa
Templar su dolor:
Y en sus ojos frios,
Ya para tí hermosos,
Volverlos furiosos,
Que lloran los mios;
Tú los fijarás
En la piedra oscura
De mi sepultura,
Cuando no querrás.
Cuando la razon,
Que á llorar te obligue,
Aun no te mitigue
Con igual pasion;
Cuando fuentes frias
Laven el error,
Que causó el rigor
De mis agonías;
Cuando coronando
Mi sepulcro triste
Con la flor que viste

Flora el campo blando,
Suspiros despidas,
Quejas te oiga el cielo,
Que este es el consuelo
De glorias perdidas.
Mas, ¡ay Filis! temo
Tu visto rigor,
Que de mi dolor
No es el bien supremo.
Cualquiera contento
Fuera bien crecido,
Pero lo sufrido
No tiene descuento.
Ni tú tratarás
De aliviar mi llanto,
Tú, á quien mi quebranto
No movió jamás:
Que pues tanta muerte
Nunca te ha movido,
La que tú has querido
No podrá moverte.



FERNANDO DE HERRERA.

Nació en Sevilla el año de 1534. Escasas son las demás noticias que tenemos de la vida de este insigne poeta, cabeza de la escuela Sevillana, y que mereció, por las grandes obras que produjo, ser llamado *El Divino.* — Su amigo y admirador Francisco Pacheco dice, hablando de Herrera: «..... fué de honrados padres, dotado de grande virtud, de hábito eclesiástico, y beneficiado de la iglesia parroquial de San Andrés, no tuvo órden sacro, pero con los frutos del beneficio se sustentó toda su vida, sin apetecer mayor renta; y aunque el cardenal don Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla, deseó tenello en su casa y acrecentalle en dignidad y hacienda, no pudieron el licenciado Francisco Pacheco ni el racionero Pablo de Céspedes (íntimos amigos suyos) persuadille que le viese.»

Murió Herrera á los sesenta y tres años de edad, en 1597.

CANCION I [1].

A DON JUAN DE AUSTRIA.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó airado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde, quebrantada
Desamparó la guerra,
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada;

[1] Ha sido considerada siempre como una de las mejores imitaciones de poesía antigua que hay en castellano. Los críticos la señalan como un modelo; los jóvenes la estudian con admiracion, y la aprenden de memoria. Sin duda hay en ella bellezas superiores, acreedoras á todo aplauso: movimiento rápido y verdaderamente lírico, imágenes grandes y oportunas, diccion alta, poética y sostenida, versificacion sonora y majestuosa. A estas prendas admirables de ejecucion, se añade la de una invencion feliz y oportuna en la contraposicion de las dos rebeliones mitológica é histórica, y en la sencillez y desahogo del plan que deja impresa en el ánimo la serie de pensamientos é imágenes del poeta, sin confusion ni fatiga. Fuera quizá de desear alguna mayor oportunidad y conveniencia en el modo de enlazar las dos masas que forman la comparacion. Anunciar Apolo al campeon del Olimpo en el mismo acto de solemnizar sus triunfos, que ha de venir con el tiempo un valor terrestre y mortal que oscurezca y desluzca el suyo, no parece propio ni de la ocasion ni del lugar. Tambien pudiera pedirse alguna mas vivacidad de colores y de fantasía en la parte respectiva á la insurreccion morisca. Los dioses y los gigantes están retratados de un modo que, contra la intencion del poeta, eclipsan á los bárbaros de las Alpujarras, y á su vencedor don Juan de Austria. En suma, el episodio fabuloso está mejor tratado que el histórico, sin duda por mas poético. Este es un escollo frecuente en semejantes aplicaciones: así sucedió á Rioja en la cancion á las ruinas de Itálica, así al inglés Dryden en su oda á Santa Cecilia; siendo de los tres Herrera quien ha vencido mejor la dificultad, y dado un remate menos violento á su composicion. Pero estas observaciones, lejos de darse aquí como una decision, solo se presentan como dudas que se proponen á los inteligentes y se dejan sometidas á su juicio.

Del rey de la onda egea
La indómita pujanza.

Y mas adelante

Tu solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte.

Se ve en estos ejemplos, y otros que pudieran citarse, el cuidado de Herrera en dar á los versos cortos el realce y gravedad conveniente componiéndolos de palabras de gran sonido. Sin esa atencion, las estancias, por su cortedad y por ser compuestas de mas versos breves que largos, decayeran necesariamente y no corresponderian á la majestad del asunto.

En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el erinado Apolo
Entonces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendia de dioses el senado;
Y el cielo que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enajenado.
Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria;
El horror y aspereza
De la titania estirpe y su fiereza.
De Palas Atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del rey de la onda egea
La indómita pujanza;
Y del hercúleo brazo la venganza.
Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la flegrea hueste fué siniestra.
A tí, decia, escudo,
A tí del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadron sañoso
Con sierpes enroscadas espantoso.
Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte;
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte.
¡O hijo esclarecido
De Juno! ¡ó duro y no cansado pecho!
Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho.

Tú, cubierto de acero,
Tú, estrago de los hombres indignado,
Con sangre hórrido y fiero,
Rompiste acelerado
Del ancho muro el torreon alzado.
A tí libre ya debe
Del recelo saturnio, que es profano
Linaje, que se atreve
A alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo el tirano.
Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con gloria, que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida;
Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine
Que ante él desmaye el tuyo, y se le incline.
Y el fértil occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España
La lumbre singular de esta hazaña.
Que el cielo le concede
A aquel rama de César invencible,
Que su valor herede,
Para que al Turco horrible
Derribe el corazon y arder terrible.
Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, sécca cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.
Y allí, de miedo ajeno,
Corre cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y atierra
Con espanto y con muerte la impía guerra.

Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta
Entre peñascos ásperos quebranta;
O cual de cerco estrecho
El flamígero rayo se desata
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata.
La fama alzará luego
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria,
Con puro lampo de inmortal memoria.
Y extenderá su nombre
Por do céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.
Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
Él solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfía
Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.
Si este al cielo amparára
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelára
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso,
Que oprime deteniendo
El curso glorioso:
Haced que se adelante presuroso.
Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se escurece.

CANCION II [1].

Á LA BATALLA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraon, feroz guerrero:
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra, en el profundo; y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.
El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,

[1] Esta es ya la verdadera oda; no un remedo de la poesía griega ó latina, fundado en su mitología, y por lo mismo atenido á recursos ficticios ó alegóricos, y á medios indirectos y de convencion. Aquí el poeta, lleno de un entusiasmo ferviente y religioso, se considera el órgano de todo el pueblo cristiano, y eleva á la divinidad los sentimientos de alegría, de gratitud y maravilla que le exaltan por victoria conseguida sobre los Turcos en las aguas de Lepanto. El carácter, en gran parte, y las expresiones están tomados de la poesía hebráica, y apropiados al argumento y á la situacion del modo mas feliz. Herrera fué el primero que ensayó este gusto en nuestra poesía, y le ensayó con una composicion magistral. Es de ver en el mismo poema, y estudiarse con cuidado el artificio oculto con que el escritor desde la proposicion clara y sencilla de su argumento pasa con un desórden aparente de un afecto á otro, del odio á la indignacion, del recelo á la confianza, de la execracion á las bendiciones, de la arrogancia del bárbaro y sus campeones, que está pintada á maravilla, al valor de España y de su héroe, mas grande aquí en solos dos versos que en todos los encarecimientos y ficciones de la oda anterior. Pero desde el principio hasta el fin predomina en la obra el sentimiento religioso que la inspira, y Dios es siempre á quien el poeta viene á parar como el asilo, el escudo, el vengador de su pueblo. Las formas que la poesía toma son líricas, descriptivas ó dramáticas, segun conviene á los objetos que alternativamente conmueven la fantasía del poeta, y dan á su obra una admirable variedad. ¡Qué tesoro de expresiones nuevas y enérgicas! — *Prevaleciendo en vanidad y en ira.* — *Que sus aras afeá en su victoria.* — *En el mar ondoso hagamos de su sangre un grande lago.* — *Y de sus pinos ir el mar desnudo*; y otras ciento de igual ó mayor atrevimiento y viveza.

Despues de considerar tantos y tan admirables aciertos, ¿podríamos llevar la atencion á esta ú otra locucion penosa, ó á algun otro verso algo desmayado por falta de fuerza en la rima, ó de número y cadencia en el sonido? Semejante exámen en una obra de este mérito y carácter tocaria por ventura en irreverencia y sacrilegio.

Y el árbol que mas yerto se sublima. — Aquí la palabra *yerto* se toma por *erguido*, del latino *erectus*, de donde los Italianos tomaron su *erto* y nosotros *yerto*, usado frecuentemente en este sentido por Herrera, por Francisco de la Torre, y otros poetas del siglo XVI. Tambien ha de hallarse en la misma acepcion en alguna de las crónicas del siglo XV, quizá en la de don Alvaro de Luna.

Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el árbol, que mas yerto se sublima,
Bebiendo ajenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.
  Temblaron los pequeños confundidos
Del impio furor suyo; alzó la frente
Contra ti, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña;
Porque en ti confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
  Dijo aquel insolente y desdeñoso;
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿O valieron sus pechos
Contra ellos con el Úngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién los pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?
  Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa:
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?
  Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan, por salvarse, ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen;
Sus fuertes á la muerte ya caminan;
Sus vírgenes están en cautiverio;

Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio:
Del Nilo á Eufrates fértil é Istro frio,
Cuanto el sol alto mira, todo es mio.
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima
Prevaleciendo en vanidad y en ira;
Este soberbio mira
Que tus aras afea en su victoria;
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos cruël las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe:
Que hechos ya su oprobio, dice: ¿dónde
El Dios de estos está? ¿de quién se esconde?
Por la debida gloria de tu nombre;
Por la justa venganza de tu gente;
Por aquel de los míseros gemido
Vuelve el brazo tendido
Contra este, que aborrece ya ser hombre,
Y las honras, que celas tú, consiente;
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el yerro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso,
Que tanto odio te tiene, en nuestro estrago,
Juntó el consejo; y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago;
Destruyamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente;
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
Vinieron de Asia y portentosa Egito
Los Árabes y leves Africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos,
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder, y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz de ellas.
Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,

Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el jóven de Austria generoso
Con el claro español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual leon á la presa apercibido,
Sin recelo los ímpios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo:
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban:
Sus manos á la guerra compusiste
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos;
Que mil huyendo de uno se pasmaron:
Cual fuego abrasa selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos:
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas,
Que, saliendo de España, dió un rugido,
Que lo dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,

Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo,
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egicia, y gloria de su confianza;
Triste, que á ella pareces, no temiendo
A Dios, y á tu remedio no atendiendo:
Porque ingrata tus hijas adornaste,
En adulterio infame á una ímpia gente,
Que deseaba profanar tus frutos;
Y con ojos enjutos,
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente,
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya: ¿quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro;
Que en tus naves estabas gloriosa
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacias guerra,
De temor la cubrias con suspiro;
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia, que te ofende;
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados
Y de tus pinos ir el mar desnudo,

Que sus ondas turbaron y llanura?
Viendo tu muerte oscura,
Dirán de tus estragos quebrantados
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su príncipe cristiano
Y por el nombre santo de su gloria
A su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos;
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre, ó nuestro Dios, nuestro consuelo,
Y la cerviz rebelde condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

CANCION III [1].

A LA PÉRDIDA DEL REY DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal aborrecido,

[1] El mismo carácter de poesía que la anterior; pero expresando un sentimiento contrario: allí la exaltacion, la alegría, aquí la desolacion y el abatimiento; por lo mismo en esta habrá menos movimiento y variedad, pero mas unidad y sencillez: la marcha del poeta es mas clara y se percibe mejor. Los Portugueses habian ofendido á Dios con su codicia y su soberbia, y el que da y quita á su arbitrio la fuerza y la gloria, ha levantado el ánimo de los Africanos para que con pecho constante y atrevido

No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.

Los bárbaros rompen el ejército portugués; y son muy de notar la rapidez y energía con que están expresados los efectos del combate:

La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo,
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones, etc.

Este movimiento, supuesta ya la derrota y el estrago, es por cierto bien poético y oportuno; y el recuerdo de las virtudes y gloria de los vencidos comparando

Que Lusitania mísera suspira
Desnuda de valor, falta de gloria
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste,
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente,
Hasta do el mar de otro color se viste:
Y do el límite rojo de Oriente
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros, en ti, Libia desierta!
Y en su vigor y fuerzas engañados
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendieron siempre á los despojos;
Y el santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero!
Vino el dia cruel, el dia lleno
De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto
De gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, presago de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes;

con su ignominia y abatimiento presente, demás de ser tan grato á la imaginacion que se complace en estos contrastes, sirve en gran manera para confirmar la idea principal del escritor, que es la de engrandecer el poder de Dios sobre todo poder. Viene en fin á dar realce á este pensamiento, y como á poner de manifiesto toda la intencion del poeta, la comparacion verdaderamente oriental del cedro, á la que no hay otra alguna que iguale ó exceda en castellano. Una semejante tiene Jáuregui en su cancion á la muerte de la reina doña Margarita, y Melendez en su oda primera á las artes la del Águila nueva que ensaya su vuelo en los aires; una y otra son largas y bellas, y acaso superiores á la de Herrera en limpieza de ejecucion, mas no tan ricas en pompa y en fantasía.

El tono de la última estancia es mas firme y resuelto que en las demás, y como que toca en duro: así convenia sin duda á la idea de venganza que viene á templar la afliccion, y á la fiera amenaza con que la composicion se termina.

No se ponen aquí por evitar prolijidad los pasajes de la Escritura que Herrera ha imitado en estas dos canciones. Los estudiosos que quieran conocerlos pueden acudir al segundo tomo de la coleccion de Conti, que se tomó el trabajo de buscarlos y de ponerlos todos en sus observaciones.

Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro; mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los ímpios y robustos indinados
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura.
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos pór ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbaron con furor la tierra?
Que sacudieron reinos poderosos?
Que domaron las hórridas naciones?
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heróico valor en solo un dia;
Y lejos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?
Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y extendiendo sus hojas, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo;
Y en su tronco las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamás árbol alguno á su figura.
Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,

Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima:
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los ímpios y ajenos entregado,
Por la raíz cortado:
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo,
Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruina y ramos, cuantas fueron,
Las aves y las fieras se pusieron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano,
Y se acabó su generosa gloria;
No estés alegre y de ufanía llena,
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal victoria,.
Indina de memoria:
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultraje;
Y Luco amedrentado al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.



SAN JUAN DE LA CRUZ.

Nació en la villa de Hontiveros el año de 1542. Tomó á los veinte y un años el hábito del Cármen, y después de haber estudiado en Salamanca la teología, fué asociado á santa Teresa para la reforma de los Carmelitas. El dia 14 de diciembre falleció en Úbeda, en olor de santidad, que se vió preconizada en la Iglesia en 1674 con el público decreto de su beatificacion.

Los escritos espirituales que dejó este santo contemplativo, son los siguientes: 1º. Los tres libros de la *subida al Monte Carmelo*, que es una alegoría mística bajo el símbolo de *Noche oscura*. — 2º. Los dos libros de la *Noche oscura del alma*. — 3º. *El Cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo, con sus declaraciones en prosa*. — 4º. Las canciones amorosas del alma, bajo el título de *llama de amor viva*. — 5º. Las *Instrucciones y cautelas para ser perfecto religioso*. — 6º. Los *Avisos y Sentencias espirituales*. — 7º. *Algunas poesías devotas*. — 8º. Varias *Cartas espirituales*, escritas á diferentes personas.

— —

LA NOCHE ESCURA.

En una noche escura
Con ansias en amores inflamada,
¡O dichosa ventura!
Salí sin ser notada
Estando ya mi casa sosegada.
A escuras y segura,
Por la secreta escala disfrazada,
¡O dichosa ventura!
A escuras y encelada,
Estando ya mi casa sosegada,
En la noche dichosa,
En secreto que nadie me veia,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guia
Sino la que en el corazon ardia,
Aquesta me guiaba
Mas cierta que la luz del medio dia,
Adonde me esperaba
Quien yo bien me sabia
En parte donde nadie parecia.
¡O noche que guiaste!
¡O noche amable mas que el alborada!
¡O noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el amado trasformada!
En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
El aire de la almena,
Cuando ya sus cabellos esparcia,
Con su mano serena
En mi cuello heria;
Y todos mis sentidos suspendia
Quedéme y olvidéme:
El rostro recliné sobre el amado;
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado,
Entre las azucenas olvidado.

Diálogo entre el alma y Cristo su esposo.

[illegible]

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando y eras ido.
  Pastores los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo mas quiero,
Decilde que adolezco, peno y muero.
  Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras.
  ¡Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano de mi amado!
¡Oh prado de verdura
De flores esmaltado!
Decid si por vosotras ha pasado.

LAS CRIATURAS.

  Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

  ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero:
No quieras enviarme
De hoy mas ya mensajero;
Que no saben decirme lo que quiero.
  Y todos cuantos vagan
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos mas me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué, que queda balbuciendo.
  Mas ¿cómo perseveras
¡O alma! no viviendo donde vives,

Y haciendo porque mueras
Las flechas que recibes
De lo que del amado en tí concibes?
¿Porqué, pues has llagado
Aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado
¿Porqué así le dejaste
Y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos
Pues eres lumbre dellos,
Y solo para tí quiero tenellos.
Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y hermosura:
Mira que la dolencia
De amor no bien se cura
Sino con la presencia y la figura.
¡O cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos amado
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma
Y al aire de tu vuelo fresco toma.

ESPOSA.

Mi amado las montañas,
Los valles solicita nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonorosos
El silbo de los aires amorosos;
La noche sosegada
Procura, y los levantes de la Aurora;
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora.

Es su lecho florido
De cuevas de leones rodeado
En púrpura teñido,
De paz edificado,
Con mil escudos de oro coronado.
A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino,
Al toque de centella
Al adobado vino,
Emisiones del bálsamo divino.
En la interior bodega,
De mi amado bebí, y cuando salia
Por toda aquesta vega
Ya cosa no sabia
Y el ganado perdí que antes seguia.
Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.
Y yo le dí de hecho
A mí sin dejar cosa:
Allí le prometí de ser su esposa.
Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya solo en amar es mi ejercicio.
Pues ya si en el ejido
De hoy mas no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido;
Que andando enamorada
Me hice perdidiza y fuí ganada.
De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas
Y en un cabello mio entretejidas.
En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello
Y en él preso quedaste
Y en mis dos blandos ojos te llagaste.
Cuando tú me mirabas
Tu gracia en mí tus ojos imprimian:
Por eso me adamabas,
Y en eso merecian
Los mios adorar lo que en tí vian.

No quieras despreciarme
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme
Despues que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.
Cogednos las raposas,
Que está ya florida nuestra viña:
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.
Detente, cierzo muerto,
Ven, austro, que recuerdas los amores;
Aspira por mi huerto
Y corran sus olores,
Y pacerá el amante entre las flores.

ESPOSO.

Entrádose ha la esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del amado.
Debajo del manzano,
Allí conmigo fuiste desposada
Allí te dí la mano
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.
¡O vos, aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de la noche veladores!
Por las amenas liras,
Y canto de sirenas os conjuro,
Que cesen vuestras iras
Y no toqueis al muro
Porque la esposa duerma mas seguro.

ESPOSA.

¡Doncellas de Judea!
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morad en los arrabales,
Y no querais tocar nuestros umbrales.

¡Escóndete, carillo!
Y mira con tu faz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las campañas
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO.

La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado;
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
En soledad vivia
Y en soledad ha puesto ya su nido;
Y en soledad la guia
A solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido.

ESPOSA.

Gocémonos, amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura.
Al monte ó al collado,
Do mana el agua pura,
Entremos mas adentro en la espesura.
Y luego á las subidas
Cavernas de las piedras nos iremos
Que están bien escondidas,
Y allí nos entrarémos,
Y el mosto de granadas gustarémos.
Allí me mostrarias
Aquello que mi alma pretendia,
Y luego me darias
Allí ¡tú, vida mia!
Aquello que me diste el otro dia.
El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto, y su donaire
En la noche serena
Son llama que consume y no da pena.
Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba
Y la caballería
A vista de las aguas descendia.

VICENTE ESPINEL.

Náció en Ronda el año de 1544, y murió en Madrid en 1634. Introdujo en la vihuela la cuerda quinta, y fué inventor de las décimas que se llamaron de su nombre *Espinelas*.

FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA.

INCENDIO Y REBATO EN GRANADA.

¿A quién no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa,
Que de Juan honra la reliquia santa?
¿Quién no tembló de ver una rabiosa
Ira del suelo; y aun quizá de arriba
Amenaza á los hombres espantosa?
Rompe y asuela, y al romper derriba
De la pólvora el ronco trueno el muro
En que la miserable casa estriba.
Vuelan maderos por el aire oscuro
Sobre el humoso remolino; y vueltos
Del grave golpe, arrebatado y duro,
A cuales dejan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada,
A cuales del trancon los miembros sueltos.
Húndense casas al temblar Granada;
Vela, sonaba, en el Alhambra, vela,
Traicion, toca á rebato, hay ordenada.
Disparan todos: huye el mozo y vuela,
El viejo corre, la parida enfalda
Al niño, y lleva en brazos la hijuela:
Huye, esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demás desnuda;
Que á nadie mueve el nácar ni esmeralda.
Un confuso alarido, ayuda, ayuda,
Suena de gritos: nadie á nadie llama,
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.
Crece la sorda y tragadora llama:
Traspasa á Darro, y de un horrible estruendo
Pasó al molino, y dió la nueva á Alhama,
Piedras de nuevo, y leños esparciendo,
Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trechos van las torres combatiendo.

Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las reales casas, cual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.
Del rey Chiquito la encantada estancia,
De alabastro, azul, y oro inestimable,
Cayó, como del dueño la arrogancia.
¡Mas qué mucho, si el trueno incomportable
Parte asoló de la del gran monarca,
Del gran Machuca fábrica admirable!
Vense rayos de toda la comarca:
Que el Etna ardiente con la noche escura
Manifiesta y descubre cuanto abarca.
Dura el hambriento fuego, el daño dura,
Tiembla el consejo, que el mayor le falta,
Que la Audiencia Real no está segura.
Cada cual de la dulce cama salta
A reparar los daños generales,
Aunque á hijos y esposa haga falta.
Mas ¿quién repara repentinos males,
Que los famosos y altos edificios
De Troya parecian ser señales?
Las puertas rotas, la clausura y quicios
De las vírgenes sacras, que al esposo
Cristo hacen perpetuos sacrificios.
Que de una laja el golpe ponderoso
De Catalina, en el convento santo,
El cuarto abrió del virginal reposo.
No atemoriza á las ovejas tanto
En el aprisco del cuidoso dueño,
Nocturno rayo del mortal espanto,
Como la arrojadiza piedra y leño
De Dios á las ovejas encerradas
Puso terror en lo mejor del sueño.
Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran, sin saber por dónde,
Del sin vida enemigo mal guardadas,
Que al uno en las entrañas se le esconde:
Tropella al uno, al otro desbarata,
Da en el primero, y al de atrás responde;
Derriba, rompe, hiende, parte y mata:
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desparce y arrebata,

Consume, despedaza, esparce y vuela,
Traga, deshace, y sin piedad sepulta
A quien del daño menos se recela.
¿Qué te movió, que no dejaste oculta,
Homicida sangriento, la endiablada
Invencion de que tanto mal resulta?
Que esa ánima cruel descomulgada
(En descubrir la pólvora) no pudo
Con aparente bien ser engañada.
Que un ánimo feroz, áspero y crudo,
Y un odio de Timon á los humanos
Movió el bestial entendimiento rudo:
Que sin ella vencieron los Romanos
Y engrandecieron sus excelsos nombres,
Con esfuerzo, valor, industria y manos.
Cuando del infernal hedor te asombres
Del azufre y la pólvora, el infierno
Verás que disfrazaste entre los hombres;
Que por tu daño en el tormento eterno
Quizá (ó me engaño) llevará la nueva
De tanto lloro y sentimiento tierno.
Si Falaris hiciera en tí la prueba
De tu invencion, ganára mayor gloria
Que por el toro maldiciones lleva.

DON JUAN DE ARGUIJO.

Nació en Sevilla á mediados del siglo XVI. Fué gran protector de los poetas que florecieron en su tiempo, y caballero veinticuatro de Sevilla.

SONETOS.

A BACO.

A tí de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar, á tí que blandamente
Templas la fuerza del mayor cuidado:

Hora castigues á Licurgo airado,
O á Penteo en tus aras insolente;
Hora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado.
O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona;
Ven fácil, ven humano al canto mio:
Que si no desmerezco el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

II.

JÚPITER Á GANIMEDES.

No temas ¡ó bellísimo troyano!
Viendo que arrebatado en nuevo vuelo
Con corvas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el aire vano.
¿Nunca has oido el nombre soberano
Del alto Olimpo? ¿la piedad y el celo
De Júpiter, que da la pluvia al suelo
Y arma con rayos la tonante mano,
A cuyas sacras aras humillado
Gruesos toros ofrece al Teucro en Ida,
Implorando remedio á sus querellas?
El mismo soy; no al águila eres dado
En despojo; mi amor te trae; olvida
Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

III.

EL TIEMPO.

Mira con cuánta priesa se desvía
De nosotros el sol al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve dia,
Antes que en tenebrosa noche fria
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del Destino
Vagues errando por incierta via.
Hágante ajenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte ejemplo apercibir tu olvido.
Larga carrera, plazo limitado
Tienes, veloz el Tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IV.

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la primavera, y da colores
Al campo, y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora.
Pasa ligero el sol adonde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores
Y el orbe de su lustre descolora.
Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere:
Luego el invierno en su rigor se extrema.
¡O variedad comun! ¡mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

V.

APOLO A DAFNE.

Victorioso laurel, Dafnes esquiva,
En cuyas verdes hojas la memoria
De tu rigor y de mi triste historia
Quiere el amor que eternamente viva;
La antigua palma y abundante oliva
A ti de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú ceñirás en premio de victoria
Del fuerte vencedor la frente altiva.
Dijo el burlado Cintio, y á la dura
Corteza asido la contempla, y luego
Repite: ¡Dafne fiera! ¡mármol frio!
Del rayo ardiente vivirás segura,
Que no es bien que consienta ajeno fuego,
Quien pudo resistir el fuego mio.

VI.

SISIFO.

Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sisifo al alto monte, y cuando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.

Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afan renueva;
Vuelve otra vez á la difícil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.
No iguala aquella á la desdicha mia;
Pues algun tiempo alivia en su tormento
Los hombros á tal carga desiguales.
Sufro peso mayor á tal porfía:
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuna memoria de mis males.

VII.

LUCRECIA.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada,
Si no la voluntad, castiga el hecho.
Rompe con hierro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baja á la oscura sombra; do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.
Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío.
Ceda al debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dijo, que otra menos casta
Ose vivir con el ejemplo mio.

VIII.

LA AVARICIA.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano
Que en impia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Erídano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.
Tú que espantado de su pena admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte, y á la vista sobre:

¿Cómo de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? y si codicias uno,
Mira al avaro en sus riquezas pobre.

IX.

ARTEMISA.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afronta
Del Egipcio soberbio, y no contenta
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.
Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.
En vano, dice, pretendió la muerte
De tí, dulce Mausolo, dividirme,
Y en largo olvido sepultar tu gloria.
Que de su injuria puede defenderte
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

X.

ARIADNA.

¿A quién me quejaré del cruel engaño,
Árboles mudos, en mi triste duelo?
¡Sordo mar! ¡tierra extraña! ¡nuevo cielo!
¡Fingido amor! ¡costoso desengaño!
Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Do no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.
Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Teseo.
Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entre tanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XI.

ORFEO.

Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Ródope que en el cielo tocar osas,

Vosotras de Estrimon ondas hermosas,
A quien vencer presume el llanto mio :
Seréis testigos largo tiempo, fio,
De mi dolor y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al aire, y con piadosas
Voces al rey del lago oscuro envio.
Así cantando llora el tracio amante,
Y á sus blandos acentos enmudece
El viento, y la agua su corriente enfrena :
Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras ¡corto alivio! mientras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XII.

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo vi del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece
Su alegre faz, y en torno se oscurece
El aire con tiniebla de horror llena :
El austro proceloso airado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.
Mas luego ví romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dije : ¿quién sabe si la espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XIII.

HORACIO COCLES.

Con prodigïoso ejemplo de osadía
Un hombre miro en el romano puente,
Resistir solo de la etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.
Ni la enemiga fuerza le desvia,
Ni de su vida el cierto fin presente
Que su valor dejar no le consiente
La dificil empresa en que insistia.
Oigo del roto puente el son fragoso,
Cuando al Tibre el varon se precipita

Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo tiempo escuche del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
Viva Horacio, de Horacio es la victoria.



GASPAR GIL POLO.

Este esclarecido poeta nació en Valencia á mediados del siglo XVI. Adoctrinado ya en las lenguas sabias y la filosofía, pasó á Salamanca á proseguir sus estudios de jurisprudencia, en los cuales dió tan señaladas muestras de su no comun talento, como se comprueba en su obra titulada *Schola juris*, y en sus *Recitationes scholasticæ*. Restituido á su patria, emprendió la prosecucion de la *Diana*, que habia dejado por terminar Jorge de Montemayor, añadiéndole el título de *Enamorada*. Compónese esta novela pastoral de cinco libros, en los cuales teje Gil Polo sonetos, églogas, romances y canciones, que bastarian sin duda para conquistarle el título de excelente poeta y que son el mejor ornamento de su *Diana*. Entre todas estas composiciones sobresalen por su dulzura, fluidez y delicadeza las escritas en quintillas: en este género de metrificacion no tiene Gil Polo muchos rivales en el Parnaso castellano.

QUINTILLAS.

CANCION DE NEREA.

En el campo venturoso,
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso,
Da tributo al mar potente,
Galatea desdeñosa,
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa,
Que el mar con sus ondas baña.
Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son de ronco estruendo
De las ondas alteradas.

Junto al agua se ponia
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huia;
Pero á veces no podia
Y el blanco pié se mojaba.
Licio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento,
Mientras miraba el contento
De su pólida zagala.
Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
Desta manera decia:
Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo;
Y aunque mas placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.
Deja agora de jugar;
Que me es dolor importuno:
No me hagas mas penar;
Que en verte cerca del mar,
Tengo celos de Neptuno.
Causa mi triste cuidado,
Que á mi pensamiento crea;
Porque ya está averiguado,
Que si no es tu enamorado,
Lo será cuando te vea.
Y está cierto, porque Amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Mas poderoso que yo.
Deja la seca ribera,
Do está el agua infructuosa:
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.
Huye ya, y mira que siento
Por tí dolores sobrados;
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento
Y tu peligro cuidados.

En verte regocijada
Celos me hacen acordar
De Europa, Ninfa preciada,
Del Toro blanco engañada
En la ribera del mar.
Y el ordinario cuidado
Hace que piense contino
De aquel desdeñoso alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.
Mas no veo en tí temor
De congoja y pena tanta:
Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme el Amor
Ningun peligro le espanta.
Guarte, pues, de un gran cuidado:
Que el vengativo Cupido
Viéndose menospreciado,
Lo que no se hace de grado
Suele hacerlo de ofendido.
Ven conmigo al bosque ameno
Y al apacible sombrío
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el estío.
Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, solo espera
Que tú te laves en ella.
En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo;
Que estando al abierto cielo,
El sol morena te para.
No escuchas dulces concentos,
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.
Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves,
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.

Ven á la dulce floresta
Do natura no fué escasa,
Donde haciendo alegre fiesta
La mas calurosa siesta
Con mas deleite se pasa.
Huye los soberbios mares:
Ven, verás como cantamos
Tan deleitosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos.
Aunque quien pasa dolores
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
Nos digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.
Allí por bosques y prados
Podrás leer todas horas
En mil robles señalados
Los nombres mas celebrados
De las ninfas y pastoras.
Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.
Y aunque mucho estás airada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.
No ser querida y amar
Fuera triste desplacer,
Mas ¿qué tormento ó pesar
Te puede, Ninfa, causar
Ser querida y no querer?
Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea:
Solo que en esas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea!
¿Qué pasatiempo mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Coger la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?

Plugiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera:
Y porque mas lo preciaras,
Ojalá tú lo probaras,
Antes que yo lo dijera.
Porque cuanto alabo aquí
De su crédito le quito;
Pues el contentarme á mí,
Bastará para que á ti
No te venga en apetito.
Licio mucho mas le hablara,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbara,
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.
Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera
Y él en su mismo dolor.



DON LUIS DE GÓNGORA.

Nació en Córdoba á 11 de junio de 1561. Pasó á la universidad de Salamanca á estudiar derecho en edad de quince años. Parece que allí compuso la mayor parte de sus poesías amatorias, romances y letrillas satíricas, y que esta ocupacion agradable le distrajo de los estudios que habian de proporcionarle una colocacion correspondiente á su clase, que era distinguida. A los cuarenta y cinco años de su edad se hizo eclesiástico, y obtuvo una racion en la catedral de Córdoba; y por el favor del duque de Lerma y del marqués de Siete Iglesias fué nombrado capellan de honor del rey Felipe III. Vino con este motivo á la corte; pero su edad ya avanzada no le dejó adelantar en el favor que habia sabido granjearse. Una enfermedad, que le atacó á la cabeza y le privó de la memoria, le obligó á volver á Córdoba, donde, agravándose el mal, falleció á poco tiempo después de su llegada en 24 de mayo de 1627.

CANCION PRIMERA.

AL ARMAMENTO DE FELIPE II CONTRA INGLATERRA.

Levanta, España, tu famosa diestra
Desde el francés Pirene al moro Atlante,

Y al ronco son de trompas belicosas
Haz envuelta en durísimo diamante
De tus valientes hijos feroz muestra
Debajo de tus señas victoriosas;
Tal que las flacamente poderosas
Tierras, naciones contra tu fe armadas,
Al claro resplandor de sus espadas
Y á la de sus arneses fiera lumbre,
Con mortal pesadumbre
Ojos y espaldas vuelvan;
Y como al sol las nieblas se resuelvan:
O cual la cera blanda desatadas
A los dorados luminosos fuegos
De los yelmos grabados,
Queden como de fe de vista ciegos.
Tú, que con celo pio y noble saña
El seno undoso al húmedo Neptuno
De selvas inquietas has poblado,
Y cuantos en tus reinos uno á uno
Empuñan lanza, contra la Bretaña
Sin perdonar al tiempo has enviado:
En número de todo tan sobrado
Que á tanto leño el húmedo elemento
Y á tanta vela es poco todo el viento,
Fia que en sangre del inglés pirata
Teñirá de escarlata
Su color verde y cano
El rico de rüinas Océáno:
Y aunque de lejos con rigor traidas,
Ilustrará tus playas y tus puertos
De banderas rompidas,
De naves destrozadas, de hombres muertos.
¡O ya isla católica y potente
Templo de fe, ya templo de herejía,
Campo de Marte, escuela de Minerva,
Digna de que las sienes que algun dia
Ornó corona real de oro luciente
Ciña guirnalda vil de estéril yerba;
Madre dichosa y obediente sierva
De Arturos, de Eduardos y de Enricos,
Ricos de fortaleza y de fe ricos;
Ahora condenada á infamia eterna
Por la que te gobierna
Con la mano ocupada,
Del huso en vez, del cetro y de la espada;

Mujer de muchos y de muchos nuera!
¡O reina torpe, reina no, mas loba
Libidinosa y fiera,
Fiamma dal ciel su le tue treccie piova!
Tú en tanto mira allá los Otomanos
Las jonias aguas, que el Sicano bebe,
Sembrar de armados árboles y entenas,
Y con tirano orgullo en tiempo breve
Domando cuellos y ligando manos,
Y sus manos hiriendo las arenas,
Despoblar islas y poblar cadenas.
Mas, cuando su arrogancia y nuestro ultraje
No encienda en ti un católico coraje,
Mira, si con la vista tanto vuelas,
Entre hinchadas velas
El soberbio estandarte,
Que á los cristianos ojos, no sin arte,
Como en desprecio de la cruz sagrada,
Mas desenvuelve mientras mas tremola,
Entre lunas bordadas
Del caballo feroz la crespa cola.
Fija los ojos en las blancas lunas
Y advierte bien (en tanto que tú esperas
Gloria naval de las britanas lides)
No se calen rayendo tus riberas,
Y pierdan el respeto á las columnas,
Llaves tuyas y término de Alcides;
Mas si con la importancia el tiempo mides,
Arma tus hijos, vara tus galeras,
Y sobre los castillos y leones
Que ilustran tus pendones,
Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá, que honró el madero;
Que él hará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.
Cancion, pues, que ya aspira
A trompa militar mi tosca lira,
Despues me oirán, si Febo no me engaña,
El carro helado y la abrasada zona,
Cantar de nuestra España
Las armas, los triunfos, la corona.

CANCION II.

De la florida falda
Que hoy de perlas bordó la alba luciente,
Tejidos en guirnalda,
Traslado estos jazmines á tu frente,
Que piden, con ser flores,
Blanco á tu seno y á tu boca olores.
Guarda de estos jazmines
De abejas era un escuadron volante,
Ronco sí de clarines,
Mas de puntas armado de diamante;
Púselas en huida,
Y cada flor me cuesta una herida.
Mas, Clori, que he tejido
Jazmines al cabello desatado,
Y mas besos te pido
Que abejas tuvo el escuadron armado:
Lisonjas son iguales
Servir yo en flores, pagar tú en panales.

CANCION III.

¡Qué de envidiosos montes levantados,
De nieves impedidos,
Me contienen tus dulces ojos bellos!
¡Qué de rios del hielo tan atados,
Del agua tan crecidos
Me defienden el ya volver á vellos!
¡Y cuán burlando dellos
El noble pensamiento
Por verte pisa plumas, pisa el viento!
Ni las tinieblas de la noche oscura,
Ni los hielos perdona,
Y á la mayor dificultad engaña;
No hay guardas hoy de llave tan segura
Que nieguen tu persona,
Que no desmienta con discreta maña,
Ni emprenderá hazaña
Tu esposo cuando lidie,
Que no la registre él, y yo no envidie.
Allá vuelas, lisonja de mis penas;
Que con igual licencia
Penetras el abismo, el cielo escalas:

Y mientras yo te aguardo en las cadenas
Desta rabiosa ausencia,
Al viento agravian tus ligeras alas;
Ya veo que te calas
Donde bordada tela
Un lecho abriga, y mil dulzores cela.
Tarde batiste la envidiosa pluma,
Que en sabrosa fatiga
Vieras muerta la voz, suelto el cabello,
La blanca hija de la blanca espuma,
No sé si en brazos diga
De un fiero Marte, ó de un Adónis bello.
Y anudada á su cuello
Podrás verla dormida,
Y él casi trasladado á nueva vida.
Desnuda el brazo, el pecho descubierta,
Entre templada nieve
Evaporar contempla un fuego helado,
Y al esposo en figura casi muerta
Que el silencio le bebe
Del sueño, con sudor solicitado.....
Dormid, que el dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.
Dormid, copia gentil de amantes nobles,
En los dichosos nudos
Que á los lazos de amor os dió himeneó;
Mientras yo desterrado, de estos robles
Y peñascos desnudos
La piedad con mis lágrimas granjeo:
Coronad el deseo
De gloria, en recordando
Sea el lecho de batallas campo blando.
Cancion, dí al pensamiento,
Que corra la cortina,
Y vuelva al desdichado que camina.

CANCION IV.

Vuelas ¡ó tortolilla!
Y al tierno esposo dejas
En soledad y quejas:
Vuelves despues gimiendo,
Recíbete arrullando,
Lasciva tú, si él blando;

Dichosa tú mil veces,
Que con el pico haces
Dulces guerras de amor y dulces paces.
Testigo fué á tu amante
Aquel vestido tronco
De algun arrullo ronco:
Testigo tambien tuyo
Fué aquel tronco vestido
De algun dulce gemido,
Campo fué de batalla,
Y tálamo fué luego:
Árbol que tanto fué, perdone el fuego.
Mi piedad una á una
Contó, aves dichosas,
Vuestras quejas sabrosas:
Mi envidia ciento á ciento
Contó, dichosas aves,
Vuestros besos suaves:
Quien besos contó y quejas,
Las flores cuente á mayo,
Y al cielo las estrellas rayo á rayo.
Injuria es de las gentes
Que de una tortolilla
Amor tenga mancilla,
Y que de un tierno amante
Escuche sordo el ruego,
Y mire el daño ciego:
Al fin es dios alado,
Y plumas no son malas
Para lisonjear á un dios con alas.

CANCION V.

Corcilla temerosa,
Cuando sacudir siente
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera
La verde selva umbrosa,
O murmurar corriente,
Entre la yerba corre tan ligera,
Que al viento desafia
Su voladora planta:
Con ligereza tanta
Huyendo va de mí la ninfa mia,
Encomendando al viento
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.

El viento delicado
Hace de sus cabellos
Mil crespos nudos por la blanca espalda;
Y habiéndose abrigado
Lascivamente en ellos,
A luchar baja un poco con la falda,
Donde no sin decoro,
Por brújula, aunque breve,
Muestra la blanca nieve
Entre los lazos del coturno de oro;
Y así en tantos enojos,
Si trabajan los piés, gozan los ojos.
Yo, pues, ciego y turbado,
Viéndola como mide
Con mas ligeros piés el verde llano,
Que del arco encorvado
La saeta despide
Del Parto fiero la robusta mano;
Y viendo que en mi mengua,
Lo que á ella le sobra,
Pues nuevas fuerzas cobra,
Apelo de los piés para la lengua,
Y en alta voz le digo:
No huyas, ninfa, pues que no te sigo.
Enfrena, ó Glori, el vuelo,
Pues ves que el rubio Apolo
Pone ya fin á su carrera ardiente;
Ten de tí mesma duelo:
Deponga un rato solo
El honesto sudor tu blanca frente:
Bastante muestra has dado
De cruel y ligera,
Pues en tan gran carrera
Tu bellísimo pié nunca ha dejado
Estampa en el arena,
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.
Ejemplos mil al vivo
De ninfas te pondria,
Si ya la antigüedad no nos engaña;
Por cuyo trato esquivo,
Nuevos conoce hoy dia
Troncos el bosque, y piedras la montaña.
Mas sírvate de aviso
En tu curso, el de aquella,
No tan cruda ni bella,

A quien ya sabes que el pastor de Anfriso,
Con pié menos ligero,
La siguió ninfa, y la alcanzó madero.
Quédate aquí, cancion, y pon silencio
Al fugitivo canto,
Que razon es parar quien corrió tanto.

SONETO.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado,
Que á Júpiter ministra el garzon de Ida;
Amantes, no toqueis, si quereis vida,
Porque entre un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas que á la Aurora
Diréis que aljofaradas y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno:
Manzanas son de Tántalo y no rosas,
Que después huyen del que incitan hora
Y solo del Amor queda el veneno.

ROMANCE.

Guarda corderos, zagala,
Zagala, no guardes fe,
Que quien te hizo pastora
No te excusó de mujer.
La pureza del armiño
Que tan celebrada es,
Vístela con el pellico
Y desnúdala con él.
Deja á las piedras lo firme,
Advirtiendo que tal vez
A pesar de su dureza
Obedecen al cincel.
Resiste al viento la encina
Mas con el villano pié,
Que con las hojas corteses
A cualquier céfiro cree.
Aquella hermosa vid,
Que abrazada al olmo ves,

Parte pámpanos discreta
Con el vecino laurel.
Tortolilla gemidora,
Depuesto el casto desden,
Tálamo hizo segundo
Los ramos de aquel ciprés.
No para un abeja sola
Sus hojas guarda el clavel:
Beben otras el aljófar
Que guarda su rosicler.
El cristal de aquel arroyo,
Undosamente fiël,
Niega al ausente su imágen
Hasta que la vuelve á ver.
La inconstancia al fin da plumas
Al hijo de Venus que,
Poblando de ellas sus alas,
Viste sus flechas tambien
No pues tu libre albedrio
Lo tiranice interés,
Ni amor que de singular
Tiene mas que de fiël.
Sacude preciosos yugos,
Coyundas de oro no den,
Sino cordones de lana
Al suelto cabello ley.
¡Mal hayas tú, si constante
Mirares al sol, y quien
Tan águila fuere en esto,
Dos veces mal haya y tres!
¡Mal hayas tú, si mirares
En lasciva candidez
Las aves de la deidad,
Que primero espuma fué!
Solicitando prolija
La ingratitud de un doncel,
Ninfa de las selvas ya
Vocal sombra vino á ser.
Si quieres, pues, zagaleja,
De tu hermosura cruel
Dar entera voz al valle,
Desprecia mi parecer.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Frescos airecillos,
Que á la primavera
Destejeis guirnaldas,
Y esparcis violetas;
Ya que os han tenido
Del Tajo en la vega
Amorosos hurtos,
Y agradables penas;
Cuando del estío
En la ardiente fuerza
Álamos os daban
Frondosas defensas;
Álamos crecidos
De hojas inciertas,
Medias de esmeralda,
Y de plata medias
De dónde las ninfas
Y las zagalejas
Del sagrado Tajo
Y de sus riberas
Mil veces llamaste,
Y vinieron ellas
A ocupar del rio
Las verdes cenefas;
Y vosotros luego
Calándoos apriesa
Con lascivos soplos
Y alas lisonjeras;
Sueño les trujistes,
Y descuido á vueltas,
Que en pago os valieron
Mil vistas secretas,
Sin tener desvelo,
Envidia ni queja,
Ni andar con la falda
Luchando por fuerza:
Ahora, pues, aires,
Antes que las sierras
Coronen sus cumbres
De confusas nieblas;

Y que el aquilon
Con dura inclemencia
Desnude las plantas,
Y vista la tierra
De las secas hojas,
Que ya fueron treguas
Entre el sol ardiente
Y la verde yerba;
Y antes que las nubes
Y el hielo conviertan
En cristal las rosas
Y en vidrio las selvas,
Batid vuestras alas,
Y dad ya la vuelta
Al seno templado
Que alegre os espera.
Veréis de camino
Una ninfa bella,
Que pisa orgullosa
Del Bétis la arena.
Montaraz gallarda,
Temida en la sierra
Mas por su mirar
Que por sus saetas;
Ahora la halleis
Entre la maleza
Del fragoso monte
Siguiendo las fieras;
Ahora en el llano
Con planta ligera,
Fatigando el corzo
Que herido vuela;
Ahora clavando
La armada cabeza
Del antiguo ciervo
En la encina vieja;
Cuando ya cansada
De la caza vuelva
A dejar al rio
El sudor en perlas;
Si está calurosa,
Soplad desde afuera;
Y cuando la ingrata
Mejor os entienda,
Decidle, airecillos:

Bellísima Leda,
Gloria de los bosques,
Honor del aldea,
Enfermo Daliso
Junto al Tajo queda
Con la muerte al lado,
Y en manos de ausencia.
Suplícate humilde,
Antes que le vuelvan
Su fuego en ceniza,
Su destierro en tierra,
Que en premio glorioso
De su amor merezca
Ya que no suspiros,
A lo menos letra,
Con la punta escrita
De tu aguda flecha
En el campo duro
De una dura peña,
(Porque no es razon
Que razon se lea
De mano tan dura
En cosa mas tierna)
A donde le digas:
Muere allá, y no vuelvas
A adorar mi sombra,
Y arrastrar cadenas.

II.

La mas bella niña
De nuestro lugar,
Hoy viuda y sola,
Y ayer por casar,
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice
Que escucha su mal:
Dejadme llorar
Orillas del mar.
Pues me distes, madre,
En tan tierna edad,
Tan corto el placer,
Tan largo el pesar;

Y me cautivastes
De quien hoy se va,
Y lleva las llaves
De mi libertad;
Dejadme llorar, etc.

En llorar conviertan
Mis ojos de hoy mas
El sabroso oficio
Del dulce mirar;
Pues que no se pueden
Mejor ocupar,
Yéndose á la guerra
Quien era mi paz.
Dejadme llorar, etc.

No me pongais freno,
Ni querais culpar;
Que lo uno es justo,
Lo otro por demás;
Si me quereis bien,
No me hagais mal;
Harto peor fué
Morir y callar.
Dejadme llorar, etc.

Dulce madre mia,
¿Quién no llorará,
Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad?
Dejadme llorar, etc.

Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los mios velar.
Váyanse, y no vean
Tanta soledad,
Despues que en mi lecho
Sobra la mitad.
Dejadme llorar
Orillas del mar.

III.

Lloraba la niña,
Y tenia rázon,
La prolija ausencia
De su ingrato amor,
Dejóla tan niña,
Que apenas creyó
Que tenia los años
Que ha que la dejó.
Llorando la ausencia
Del galan traìdor,
La halla la luna,
Y la deja el sol:
Añadiendo siempre
Pasion á pasion,
Memoria á memoria,
Dolor á dolor,
Llorad, corazon,
Que teneis razon.
Dícele su madre:
Hija, por mi amor
Que se acabe el llanto,
O me acabe yo.
Ella le responde:
No podrá ser, no,
Las causas son muchas,
Los ojos son dos;
Satisfagan, madre,
Tanta sinrazon,
Y lágrimas lloren
En esta ocasion,
Tantas como dellas
Un tiempo tiró
Flechas amorosas
El arquero dios.
Ya no canto, madre,
Y si canto yo,
Muy tristes endechas
Mis canciones son.
Porque el que se fué
Con lo que llevó,
Se dejó el silencio,

Se llevó la voz.
Llorad, corazon,
Que teneis razon.

IV.

Las flores del romero,
Niña Isabel,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Zelosa estás, la niña,
Zelosa estás de aquel
Dichoso, pues lo buscas,
Ciego, pues no te ve;
Ingrato, pues te enoja,
Y confiado, pues
No se disculpa hoy
De lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
Lo que lloras por él,
Que zelos entre amantes
Que se han querido bien,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.
Aurora de tí misma,
Que cuando á amanecer
A tu placer empiezas,
Se eclipsa tu placer:
Serénense tus ojos,
Y mas perlas no des,
Porque al sol le está mal
Lo que á la aurora bien.
Desata como nieblas
Todo lo que no ves;
Que sospechas de amantes,
Y querellas despues,
Hoy son flores azules,
Mañana serán miel.

V.

VIDA DEL MUCHACHO.

Hermana Marica,
Mañana, que es fiesta,
No irás tú á la miga,
Ni yo iré á la escuela.

Pondráste el corpiño
Y la saya buena,
Cabezon labrado,
Toca y albanega.
Y á mí me pondrán
Mi camisa nueva,
Sayo de palmilla,
Media de estameña.
Y si hace bueno,
Traeré la montera
Que me dió la Pascua
Mi señora abuela,
Y el estadal rojo,
Con lo que le cuelga,
Que trujo el vecino,
Cuando fué á la feria.
Irémos á misa,
Verémos la iglesia,
Darános un cuarto
Mi tia la ollera.
Compraremos dél,
Que nadie lo sepa,
Chochos y garbanzos
Para la merienda.
Y en la tardecita
En nuestra plazuela
Jugaré yo al toro,
Y tú á las muñecas
Con las dos hermanas
Juana y Madalena,
Y las dos primillas
Marica y la Tuerta.
Y si quiere madre
Dar las castañetas,
Podrás tanto de ello
Bailar en la puerta,
Y al son del adufe
Cantará Andregüela:
No me aprovecharon,
Mi madre, las yerbas.
Y yo de papel
Haré una librea
Teñida con moras,
Porque bien parezca,
Y una caperuza

Con muchas almendras.
Pondré por penacho
Las dos plumas negras
Del rabo del gallo,
Que acullá en la guerra
Anaranjeamos
Las carnestolendas:
Y en la caña larga
Pondré una bandera
Con dos borlas blancas
En sus transaderas.
Y en mi caballito
Pondré una cabeza
De guadamecí,
Dos hilos por riendas.
Y entraré en la calle
Haciendo corbetas,
Yo, y otros del barrio,
Que son mas de treinta.
Jugarémos cañas
Junto á la plazuela,
Porque Bartolilla
Salga acá y nos vea:
Bartola, la hija
De la panadera,
La que suele darme
Tortas con manteca;
Porque algunas veces
Hacemos yo y ella
Las bellaquerías
Detrás de la puerta.

IV.

Arroyo, ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir,
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar?
Compañero, en acabar
Sin caudales y sin nombres,
Para ejemplo de los hombres.
Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
A dos pasos los desdeña
Tu mal nacida corriente:

Si tu ambicion lo consiente,
¿En qué imaginas me di?
Mormura, y sea de ti,
Pues que sabes mormurar:
Arroyo, en qué ha de parar, etc.
¿Qué dias tienes reposo,
A qué noches debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quejoso.
Mucho tienes de furioso,
Aunque no en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos
Cuando te quiés levantar:
Arroyo, en qué ha de parar, etc.
Si tu corriente confiesa,
Sin intermision alguna,
Que la cabeza en la cuna
Y el pié tienes en la huesa;
¿Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
Pésame que el desengaño
La vida te ha de costar:
Arroyo, en qué ha de parar, etc.

VII.

Dineros son calidad,
Verdad:
Mas ama quien mas suspira,
Mentira.
Cruzados hacen cruzados,
Escudos pintan escudos,
Y tahures muy desnudos
Con dados ganan condados.
Ducados dejan ducados,
Y coronas majestad,
Verdad.
Pensar que uno solo es dueño
De puerta de muchas llaves,
Y afirmar que penas graves
Las pague un mirar risueño,
Y entender que no son sueño
Las promesas de Marfira,
Mentira.

Todo se vende este dia,
Todo el dinero lo iguala,
La corte vende su gala,
La guerra su valentía;
Hasta la sabiduría
Vende la universidad;
Verdad.
Siendo como un algodon,
Nos jura que es como un hueso,
Y quiere probarnos eso
Con que es su cuello almidon,
Goma su copete, y son
Sus bigotes alquitira;
Mentira.
Cualquiera que pleitos trata,
Aunque sean sin razon,
Deje el rio Marañon,
Y éntrese en el de la Plata,
Que hallará corriente grata,
Y puerto de claridad,
Verdad.
Siembra en una artesa berros
La madre, y sus hijas todas
Son perros de muchas bodas,
Y bodas de muchos perros,
Y sus yernos rompen hierros
En la toma de Algecira,
Mentira.

VIII.

Manda amor en su fatiga
Que se sienta y no se diga:
Pero á mi mas me contenta
Que se diga y no se sienta.
En la ley vieja de amor,
A tantas hojas se halla
Que el que mas sufre y mas calla,
Ese librará mejor.
Mas ¡triste del amador,
Que muerto á enemigas manos
Le hallaron los gusanos
Secretos en la barriga!
Manda amor en su fatiga, etc.

Muy bien se puede culpáre
Por necio cualquier que fuere,
Que como leño sufriere,
Y como piedra calláre,
Mande amor lo que mandáre,
Que yo pienso muy sin mengua
Dar libertad á mi lengua,
Y á sus leyes una higa:
Manda amor en su fatiga, etc.
Bien sé que me han de sacar
En el auto con mordaza,
Cuando amor sacáre á plaza
Delincuentes por hablar.
Mas yo me pienso quejar
En sintiéndome agraviado,
Porque el mar viene alterado,
Cuando el viento lo fatiga:
Manda amor en su fatiga, etc.
Yo sé de algun joveneto
Que tiene muy entendido,
Que aguarda mas bien Cupido
Al que guardó su secreto:
Mas, si murió el imperfeto
De amoroso corazon,
Morirá sin confesion
Por no culpar su enemiga:
Manda amor en su fatiga, etc.

IX.

Ande yo caliente,
Y ríase la gente.
Traten otros del gobierno,
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno;
Y las mañanas de invierno,
Naranjada y aguardiente;
Y ríase la gente.
Coma en dorada vajilla
El príncipe mil cuidados
Como píldoras dorados,
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero mas una morcilla,
Que en el asador reviente,
Y ríase la gente.

Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey que rabió me cuente,
Y ríase la gente.
Busque muy en hora buena
El mercader nuevos soles,
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á Filomena
Sobre el chopo de la fuente,
Y ríase la gente.
Pase á media noche el mar,
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama;
Que yo mas quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente,
Y ríase la gente.
Pués amor es tan cruel,
Que de Píramo y su amada
Hace tálamo una espada,
Do se junten ella y él:
Sea mi Tisbe un pastel,
Y la espada sea mi diente,
Y ríase la gente.

X.

Da bienes fortuna,
Que no están escritos,
Cuando pitos flautas,
Cuando flautas pitos.
¡Cuán diversas sendas
Se suelen seguir
En el repartir
Las honras y haciendas!
A unos da encomiendas,
A otros san Benitos;
Cuando pitos, etc.
A veces despoja
De choza y apero
Al mayor cabrero;

Y á quien se le antoja,
La cabra mas coja
Parió dos cabritos:
Cuando pitos, etc.
Porque en una aldea
Un pobre mancebo
Hurtó un solo huevo,
Al son bambonea,
Y otro se pasea
Con cien mil delitos:
Cuando pitos, etc.

XI.

No me llame fea, calle,
Que la llamaré vieja, madre.
Abra los ojos y vea
Lo que la verdad señala,
Que no hay moza que sea mala,
Ni vieja que no lo sea;
La mejor moza es librea,
Y la vieja despreciada
Es como fiesta quitada,
Que mandan que no se guarde:
No me llame, etc.
La mujer mas celebrada,
Si tiene el rostro arrugado,
Es cual vid que se ha secado,
Muy buena para quemada:
No viva tan confiada,
Sino tenga por muy cierto
Que es carne de cuervo muerto
La vieja de mejor carne:
No me llame, etc.
En palacio la princesa,
En la ciudad la señora,
En la aldea la pastora,
Y en la corte la duquesa,
Madre, á ninguna le pesa
Que le digan que es perfeta:
Que la mas noble y discreta
Se pierde porque la alaben;
No me llame fea, calle,
Que la llamaré vieja, madre,

XII.

Ya no mas, ceguezuelo hermano,
Ya no mas.
Baste lo flechado, amor,
Mas municion no se pierda,
Afloja al arco la cuerda
Y la causa á mi dolor;
Que en mi pecho tu rigor
Lo muestran las flechas juntas,
Y en las espaldas las puntas
Dicen que muerto me has:
Ya no mas, etc.
Para el que á sombras de un robre
Sus rústicos años gasta,
El segundo tiro basta,
Cuando el primero no sobre:
Basta para un zagal pobre
La punta de un alfiler,
Para Bras no es menester
Lo que para Fierabrás;
Ya no mas, etc.
Tan asaeteado estoy,
Que me pueden defender
Las que me tiraste ayer
De las que me tiras hoy:
Si ya tu aljaba no soy,
Bien á mal tus armas echas,
Pues á tí te faltan flechas,
Y á mí donde quepan mas:
Ya no mas, etc.



LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Nació en Barbastro en 1563. Estudió filosofía y jurisprudencia en la universidad de Huesca, dando allí claras pruebas de su talento poético. Pasando después á Zaragoza para proseguir sus estudios, dedicóse en esta capital al de la elocuencia, historia romana y lengua griega bajo la direccion del erudito Andrés Scoto; y nombrado secretario del duque de Villahermosa, se trasladó con este á Madrid, donde ingresó en la Academia de poetas, tan celebrada por Lope y tan satirizada por Góngora. Por los años de 1587 contrajo matrimonio con Doña Mariana Bárbara de Albion, y por este mismo tiempo compuso las tres tragedias *Fílis*, *Isabela* y *Alejandra* representadas con sumo aplauso, si creemos á Cervantes. La viuda del emperador Maximiliano II le hizo su secre-

tario, y su hijo el archiduque Alberto, gentilhombre de su cámara. Este nuevo empleo le obligó á fijarse en Madrid, cuando á poco después entrando á reinar Felipe III, se le nombró cronista del reino de Aragon. En cumplimiento de este encargo emprendió escribir los Anales de aquel país, y aunque llegó á tener bastante adelantado este trabajo, se ignora si le concluyó y qué paradero tuvo. Entonces vivia en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo: mas vuelto á Madrid á tiempo que el conde de Lemus partia de virey á Nápoles, se le llevó de secretario del vireinato; en cuyo empleo vivió Lupercio hasta el año de 1613, que fué el de su muerte, acaecida en Nápoles, teniendo cincuenta de edad. Su crédito y los aplausos que disfrutó como hombre público, como literato y poeta fueron muy grandes. Se ignora por qué capricho quemó en una ocasion todos sus versos; habiendo quedado solamente los que estaban en poder de sus amigos, impresos después con las poesías de su hermano.

DESCRIPCION DE ARANJUEZ.

Hay un lugar en la mitad de España,
Donde Tajo á Jarama el nombre quita,
Y con sus ondas de cristal lo baña:
Que nunca en él la yerba vió marchita
El sol, por mas que al etíope encienda,
O con su ausencia hiele al duro scita.
O que naturaleza condescienda,
O que vencida deje obrar al arte;
Y serle en vano superior pretenda:
Al fin jamás se ha visto en esta parte
Objeto triste, ni desnudo el suelo,
O cosa que de límite se aparte.
Contrarias aves en conforme vuelo
Los aires cortan, y en iguales puntas
Las plantas suben, alabando al cielo.
Las fieras enemigas aquí juntas
Forman una república quïeta,
Mezclándose en sus pastos y en sus juntas;
Sin temer que el lebrel las acometa,
O hiera el plomo con terrible estruendo,
O con mortal silencio la saeta.
Las fuentes cristalinas, que subiendo
Contra su curso y natural costumbre,
Están los claros aires dividiendo,
Rocian de los árboles la cumbre,
Y bajan á las nubes imitando,

Forzadas de su misma pesadumbre,
Sobre las bellas flores, que adornando
El suelo como alfombras africanas,
Las están con mil lazos esperando.
Las calles largas de álamos y llanas
Envidia pueden dar á las ciudades,
Que están hoy de las suyas mas ufanas.
Pues ¿quién podrá contar las amistades,
Con que las plantas fértiles se prestan,
Y templan sus contrarias calidades?
Y como no se impiden ni molestan
Por ver su fruta en extranjeras hojas,
Ni del agravio apelan y protestan;
Como tú, frágil hombre, que te enojas
Si tener ves al otro lo que es tuyo,
Y con rabia lo usurpas y despojas.
Comunica el gran Tajo el humor suyo
A cualquier de los árboles do llega,
Sin atender si es hijo propio, ó cuyo:
Al huésped no sus alimentos niega,
Ni al natural desecha; y así hace
Corona rica de su hermosa vega.
Si la region remota ve que aplace
Alguna planta suya en esta, luego
La envia y á su dueño satisface:
Y así la que se jacta de que al fuego
De los templos da olores, no es mas rica,
Ni la fingió ningun latino ó griego.
Cualquiera aquí su condicion aplica,
Aunque su orígen traiga de otra parte,
Do el sol menos ó mas se comunica.
Suple la falta de la tierra el arte,
Y del calor con límite, y del hielo
Aquello que conviene les reparte.
Hay planta que miró en su patrio suelo
El sol al mismo tiempo que la luna
En este mira en la mitad del cielo:
Y no por esto siente falta alguna
De la virtud que tuvo allá en su tierra,
Como si aquella y esta fuesen una:
La cual en senos cóncavos encierra
Las aguas usurpadas al gran rio,
Donde los peces viven sin ver guerra.
Pudiera en cada cual un gran navío
De aquellos que á Neptuno son mas graves,

Navegar sin temor hallar do bajío!
Mas solamente aquí navegan aves
De aquellas, que á la muerte se aperciben
Con cantos apacibles y suaves.
Aquí redes y engaños se prohiben,
Y así discurren sin temor las fieras,
Y á los hombres pacíficas reciben.
La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.
Álzase al lado del jardin florido
Con cuatro hermosas frentes una casa,
Que nunca el sol su semejante ha herido:
Del alto chapitel hasta la basa
Ninguna imperfeccion hallarse puede,
Si el gran Vitruvio vuelve y la compasa.
Pues lo interior, que á lo exterior excede
En materia y en arte, qué tal sea
Con esto solo declarado quede:
Que nuestro gran Filipo dió la idea,
Y en ella sus cuidados deposita,
Cuando su corte deja y se recrea.
Que puesto que los hombros jamás quita
Del peso con que Atlante desmayara,
Con esto lo aligera y facilita.
Los árboles, las aves, la agua clara,
En este verde sitio son testigos
De las heróicas obras que prepara:
Del modo con que traza los castigos
A la cerviz que huyó del yugo santo,
El premio regalando á los amigos.
Las aves mezclan su acordado canto
Entre los dulces y ásperos decretos,
Que han de poner después al mundo espanto.
Y aquellos profundísimos secretos,
Que á los ausentes Príncipes desvelan,
Y les tienen los ánimos inquietos;
Aquí con los ministros se revelan,
Y el templo del gran Jano se abre ó cierra,
Los pueblos se castigan ó consuelan:
Y la espantable y polvorosa guerra
Aguarda que de aquí le den materia
Para cubrir de sangre el mar y tierra:
Mas no dentro los límites de Iberia,
Donde la paz y la justicia santa

Previenen con cuidado á tal miseria.
Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
Sino al loco Nembrot, que contra el cielo
Muros de barro frágiles levanta.
Filipo, tú tambien, que del abuelo
Y padre emulacion gloriosa al mundo
Prometes, y en su pérdida consuelo;
Mientras tu padre con saber profundo,
Y tu niñez te excusan del trabajo,
Entre esas flores andas vagabundo.
Tiempo vendrá en que no te ofrezca Tajo
En su ribera conchas, mas caballos,
De aquellos que lo beben mas abajo:
Y que tú y esos niños tus vasallos
Armados convirtais en gruesas lanzas
Las que agora juzgais de tiernos tallos.
Entonces cumplirás las esperanzas
Que das de tu valor, dejando libres
A los que dan agora dél fianzas.
Ya, ya la Grecia espera que la libres,
Que abras el paso del sepulcro santo,
Y que la espada en su defensa vibres.
¡Oh temeraria lira! ¿porqué tanto
El punto subes, que entre el son horrendo
De las trompetas suena ya mi canto?
Vuélveme á la ribera, donde viendo
Estaba con el Príncipe á su hermana,
Rayos de luz y flechas despidiendo:
Tal en el monte Cintio á su Diana
Rodeada de vírgenes hermosas
Fingió la antigüedad en forma humana,
No huyen, no, las fieras temerosas;
Mas antes, como víctimas sagradas,
Se ofrecen á sus flechas poderosas.
Las flores del divino pié pisadas
Ya miran con desprecio á las estrellas,
Y son de las estrellas envidiadas:
Y puesto que la esperan gozar ellas,
Y saben que en el mundo su presencia
Las hace con los hombres menos bellas,
La detienen acá con su influencia,
Y posponen su daño y su deseo
Forzadas de la eterna Providencia.
Pero ¿qué mar inmenso es el que veo,
¡Oh divina Isabel! de tus virtudes,

Donde pierde las fuerzas Himeneo?
Que tanto á todos sobras, que sacudes
El yugo dulce y fuerte, que procura
Que á llevar con tu cuello hermoso ayudes:
Y libre, como fénix, tu hermosura
Al dichoso Aranjuez se comunica
Entre sus claras aguas y verdura.
Pues no sin ocasion el nombre aplica
Del apacible sitio el gran Tolosa
Al libro sin igual que te dedica:
Porque si en este suelo alguna cosa
Con las que trata, semejanza tiene,
Es sola su ribera deleitosa:
Así porque te alegra y entretiene,
(Que es lo que aquí del alma se pretende)
Como por la hermosura que contiene.
Las alas el ingenio humano tiende,
Las nubes penetrando con su vuelo,
Y en el divino amor de Dios se enciende:
Y de las obras hechas en el suelo
(Cedros del monte Líbano olorosos)
Suben las puntas á tocar al cielo.
Aquí los animales mas furiosos
En humildes ovejas convertidos,
Van juntos por los prados deleitosos:
Y así suenan en vano los bramidos
Del leon que anda en torno rodeando,
Por cazar las potencias y sentidos.
Y las hermosas fuentes derivando
Mil surtidores de elocuencia pura,
Están enriqueciendo y deleitando:
Y con órden divino y compostura
Forman largas virtudes calles largas,
Por donde el alma puede andar segura.
Y por aligerar las graves cargas,
Se muestran como árboles engertas,
Las cosas dulces dentro las amargas.
Y como viene Dios por siete puertas,
(Que es Nilo sin principio) y así riega
Las tierras mas remotas y desiertas:
Que la bastante gracia á nadie niega,
Para que pueda el fruto dar debido,
Que á la suprema mesa despues llega.
No hay autor tan remoto ó peregrino,
Que en el nuevo Aranjuez no tenga parto,

Y en el propio lugar que le convino:
Porque acomoda de manera el arte
Cada cosa en su punto, que parece
Que ninguna se ha visto en otra parte.
Tambien estanques mansos nos ofrece
De la perfecta vida, donde canta
El bueno, cuando el malo se entristece.
Pues de la casa inmensa, que levanta
Sus cuatro hermosos ángulos al cielo,
¿Quién podrá declarar la traza santa?
Remata cada esquina en paralelo
Con un Evangelista y Doctor santo,
Que solos ellos dan tan alto vuelo.
Este lugar y casa quiere tanto
La hija de aquel rey tan poderoso,
Que á la tierra y al cielo pone espanto:
Que la llama la casa del reposo,
Adonde con su padre se retira:
Hasta que venga el celestial Esposo
A darle el premio eterno, al cual aspira.

LA ESPERANZA.

Alivia sus fatigas
El labrador cansado,
Cuando su yerta barba escarcha cubre,
Pensando en las espigas
Del agosto abrasado,
O en los lagares ricos del octubre:
La hoz se le descubre
Cuando el arado apaña,
Y con dulces memorias le acompaña.
Carga de hierro duro
Sus miembros, y se obliga
El jóven al trabajo de la guerra:
Huye el ocio seguro:
Trueca por la enemiga
Su dulce, natural y amiga tierra:
Mas cuando se destierra,
O al asalto acomete,
Mil triunfos y mil glorias se promete.
La vida al mar confia,
Y á dos tablas delgadas
El otro, que del oro está sediento;
Escóndesele el dia,

Y las olas hinchadas
Suben á combatir el firmamento:
Él quita el pensamiento
De la muerte vecina,
Y en el oro le pone y en la mina.
Deja el lecho caliente
Con la esposa dormida
El cazador solícito y robusto:
Sufre el cierzo inclemente,
La nieve endurecida;
Y tiene de su afan por premio justo
Interrumpir el gusto
Y la paz de las fieras,
En vano cautas, fuertes y ligeras.
Premio y cierto fin tiene
Cualquier trabajo humano;
Y el uno llama al otro sin mudanza:
El invierno entretiene
La opinion del verano
Y un tiempo sirve al otro de templanza
El bien de la esperanza
Solo quedó en el suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.
Si la esperanza quitas,
¿Qué le dejas al mundo?
Su máquina disuelves y destruyes:
Todo lo precipitas
En olvido profundo,
Y del fin natural, Flérida, huyes:
Si la cerviz rehuyes
De los brazos armados,
¿Qué premio piensas dar á los cuidados?
Amor en diferentes
Géneros dividido,
Él publica su fin, y quien le admite,
Todos los accidentes
De un amante atrevido
(Niéguelo ó disimúlelo) permite:
Limite, pues, limite
La avara resistencia,
Que dada la ocasion, todo es licencia.

A LA MUERTE.

SONETO.

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño cruel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.
Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo:
O el rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.
El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.
El otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa, ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas.



BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

Nació este ilustre ingenio, hermano de Lupercio, en Barbastro, el año de 1564. En 1588 se hallaba ya ordenado de sacerdote y con el cargo de rector (cura párroco de Villahermosa), y por el año de 1598 residia en Salamanca, sin que se sepa el motivo de su traslacion á esta ciudad. En 1616 se hallaba en Zaragoza, de cuya iglesia metropolitana obtuvo una canonjía. En 1618 fué nombrado cronista mayor de los reinos de Aragon. Falleció el 26 de febrero de 1631.

Sus principales obras literarias son: la *Historia de la conquista de las Molucas*, y la *Primera parte de los Anales de Aragon*. Las composiciones poéticas que insertamos á continuacion están sacadas de las *Rimas de Lupercio y del doctor Bartolomé Leonardo de Argensola.*

EPÍSTOLA

Á DON FERNANDO DE ÁVILA Y SOTOMAYOR.

Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,
Y en cosas leves discurrir contigo
Como quien de las graves se divierte.

Por lo cual será bien que las que digo
No salgan fuera del distrito nuestro,
Que al fin van de un amigo al otro amigo.
Y no soy tan soberbio ni tan diestro
En dar preceptos, ni advertir enmiendas,
Que aspire á proceder como maestro.
Digo, pues, que me place el ver que atiendas
Tanto á las filosóficas verdades,
Que siempre de sus órdenes dependas.
Pero que alguna vez te desenfades
De aquel rigor, y el gusto no apremiado
Se cebe en mas benignas facultades.
Que si ellas guardan su nativo agrado,
No será menester que lo compelas
Al seguir lo que yo le persuado,
Que allí no hay que ocurrir á las cautelas
Que por ventura un tiempo ejercitabas,
Como lo enseñan hoy nuestras escuelas:
Cuando para probar tu intento andabas
Afilando entimemas, que volantes
Salen de las dialécticas aljabas:
Porque á lo ya pacífico levantes
Por diversion el gusto con las nueve
Piérides ingenuas y elegantes.
Y la cansada historia que nos debe,
A pesar de la muerte, ejemplos vivos
Por los vestigios de la edad te lleve.
Y saliendo después de sus archivos,
Al poético ardor se ofrezca el pecho
Dispuesto á pensamientos mas altivos.
Esta excelente inclinacion sospecho,
Sin que preceda rigoroso exámen,
Que es la que mas te deja satisfecho.
Síguela pues: por mas que la desamen
La inconsideracion y la fortuna,
No aflijas con violencia tu dictámen.
Y cuando en la sazon mas importuna
Sigue aquel en la selva unos ladridos
Al resplandor escaso de la luna;
Y el otro rinde al juego los sentidos,
O en indignos sugetos que no ignoras
Andan nuestros patricios divertidos;
Tú, retirado las nocturnas horas,
Escribe á vigilante lamparilla,
O en la estudiosa luz de las auroras,

Contra el rapaz que la razon humilla
Remedios nuevos, con primor juntando
En los versos deleite y maravilla.
Y si te instiga mas, dulce Fernando,
La fama de magnánimas acciones,
Costumbres y provincias explorando;
O si á canto mas digno te dispones,
Inquiriendo el concurso de los siete
Planetas y sus varias impresiones;
Resuélvete al designio y acomete,
Que á seguir sus estímulos resuelto
El orbe encerrarás en tu retrete.
Pero si no te hallares desenvuelto
En consonar nuestro lenguaje, fia
La empresa al generoso verso suelto:
Porque la libertad de la armonía,
Como solo sus números respeta
De emparentar las voces se desvia.
Y el que atiende á la parte mas perfeta,
Ponderando y midiendo consonantes
A ridículo estorbo se sujeta.
El ser forzoso que apercibas antes
Lo menos sustancial verbos y nombres
Que suenen con acentos semejantes;
Y que si ha de acabar la estanza en hombres,
Como si te mostrase alguna fiera,
Diga el verso anterior que no te asombres.
Por esto apenas oyes rima entera
Con ambas partes fáciles y llanas,
Y excluyes por ociósa la primera:
Como para guisar palustres ranas,
Que sospechoso el cuerpecillo todo,
Las piernas solo nos ofrecen sanas.
Y cuando aplaya el Nilo, de este modo
Causa el fecundo sol generaciones
En las grasezas del informe lodo:
Que organiza los húmedos terrones,
Escarban ya los piés, gruñen las testas,
Sin darles forma entera de ratones.
Desde que llevan consonante á cuestas
Miran su trabazon los versos ruda,
Con voces no importantes ni dispuestas.
Concedo que á las veces nos ayuda
Y apoya la sentencia si lo ablanda
El arte, ó á mejor lugar lo muda.

La fuerza del dinero ó sirve ó manda,
Y la del consonante, que igualmente
Por uno de estos dos extremos anda.
Mas quien por una cláusula elocuente,
Para un final escrita de antemano,
Pasa inculta la parte precedente;
¿En qué se diferencia de un tirano,
Que por medios injustos encamina
Alguna utilidad del trato humano?
Perezca la política doctrina
Que por sacar de la maldad ganancia
La ley de las virtudes arruina.
Pero si acomodar la consonancia
Con liberalidad ó con miseria,
Es en las rimas caso de importancia;
El escritor abunde en la materia,
Para que se le vengan á la pluma
Cuantas palabras vuelan en Iberia.
Mas el furor nativo no presuma
Reducirlas á número y concierto
Sin sumo estudio y sin industria suma.
Homero en estas ondas tan experto,
Que sobre trozos de animosas naves
Responde como oráculo en el puerto,
Para ser mas acepto á las suaves
Musas, surcó primero luengos dias
Profundos golfos de otras ciencias graves.
Si tú para las dos filosofías
Ya por Platon, de Sócrates conoces
Las siempre misteriosas ironías;
Y prender te dejaste de las voces
Con que suele el sutil estagirita
Dar caza á los espíritus veloces;
Por esta docta antigüedad escrita
Deja correr tu ingenio, y sin recelo
Conforme á su eleccion roba ó imita.
Suelta despues al voluntario vuelo
Pomposa vela en golfo mas remoto
Que no descubra sino mar y cielo:
No navegante ya, sino piloto
Intrépido á las olas insolentes,
Tanto como á los ímpetus del Noto.
Quiero decir que cuando en los corrientes
Métodos varios te hayas dado filos,
Con destreza ya propia los frecuentes.

Porque los dos genéricos estilos
Mas de un naufragio nuevo nos avisa
Que no por frecuentados son tranquilos.
Obliga el uno á brevedad concisa,
Que aunque la demasiada luz desama
Precia la elocucion peinada y lisa;
Y no solo el honor del epigrama
Recibe calidad de este preceto,
Sino la lira con que amor nos llama:
El trágico favor puesto en aprieto,
Y la sátira en este caso amiga
Siempre del panegírico perfeto,
El émulo de Píndaro lo diga,
Por quien Venosa el título recibe,
Que á venerar á Tebas nos obliga.
Y en el romano autor, que en prosa escribe,
Desde que falleció su Augusto, anales,
El compendioso laconismo vive.
A Trajano sus dotes inmortales
Refiere Plinio en este acento puro;
Sin voces tenebrosas ni triviales.
De las primeras ¿quién corrió seguro,
Si el presbítero docto de Cartago
Aspirando á ser breve quedó escuro?
Mas quien el genio floreciente y vago
De Séneca llamó cal sin arena
No probó los efectos de su halago.
No niego yo que de sentencias llena
La agudeza sin límites congoja,
Y al rigor con que hiere nos condena,
Como la nieve que granizo arroja
Sobre esperanzas rústicas floridas
Que aquí destronca, y acullá deshoja.
Y al golpe de las recias avenidas
Mira el cultor su industria defraudada
Que yace entre las ramas esparcidas.
La fuerza que nos venga arrebatada
En esta brevedad yaculatoria
Si quieres que deleite y persuada;
Aunque por ambicion de mayor gloria,
Fleche cada palabra una sentencia,
Y obre cada sentencia una victoria.
Que en el segundo estilo hay elocuencia,
Que entre la igual corriente del progreso
Anima su fervor con la frecuencia:

Y en su mediocridad lleva gran peso,
Pues sin que lo envilezca ni lo encumbre,
Le suele dar mas próspero suceso.
Pruébase por razon y por costumbre,
Que aunque no influye en término tan breve,
Insta con mas vigor la mansedumbre:
Como en invierno descender la nieve
Tan sosegada vemos, que al sentido
Parece que ni baja ni se mueve;
Pero en valles y montes recibido
De la cándida lluvia el humor lento,
Los cubre y fertiliza sin ruido.
Con la perseverancia de este aliento
Canta Homero las iras juveniles,
Y el orbe escucha atónito ó atento.
Y Maron los afetos pastoriles,
El culto agreste, y el varon troyano
Que el cielo arrebató al furor de Aquiles.
Este que llama el vulgo estilo llano
Encubre tantas fuerzas, que quien osa
Tal vez acometerle suda en vano.
Y su facilidad dificultosa
Tambien convida, y desanima luego
En los dos corifeos de la prosa.
Fulmina la retórica del griego;
Pero desata aquel vigor divino
En la igualdad frecuente con sosiego.
No menos el Demóstenes latino
Para cuya riqueza usurpa el ro
Que nació en minas áticas, Arpino.
Yo ha mucho que lo hurtó para el decoro
De algun poema, y hecho el aparato
Me asenté sobre el arca del tesoro.
Porque me profanó el cuidado ingrato
De gran causa civil, á pesar mio,
Y es menester purgarme de su trato.
Que al fin no sufre la altivez de Clio,
Que canto venerable se medite,
Sino en la soledad de su desvío.
Demás de esto, no falta quien me incite
A que, si ornarme de laurel deseo,
Los números latinos ejercite;
Porque gusta de ver aquel museo
La ostentacion del dáctilo gallarda,
Tropellar la quietud del espondeo.

Y cuando aquel prosigue y este tarda,
Mas gracia de esta priesa y deste espacio
Que de los piés de nuestro verso aguarda.
Mas yo sé bien el sueño con que Horacio,
Antes el mismo Rómulo me enseña,
Que llevar versos al antiguo Lacio,
Fuera lo mismo que á los bosques leña,
Y trastornar en Betis ó en Ibero
Una vasija de agua muy pequeña.
Nuestra patria no quiere, ni yo quiero
Abortar un poema colecticio
De lengüaje y espíritu extranjero:
Pues cuando me quisiera dar propicio
Maron para su fábrica centones,
¿Quién sabe cuál surgiera el edificio?
Con mármoles de nobles inscripciones,
(Teatro un tiempo y aras) en Sagunto,
Fabrican hoy tabernas y mesones.
Ya me parece, pues, que al mismo punto
Que me retiro á vida libre y sola,
Imitaciones y advertencias junto.
Y que mi musa fiel, como española,
A venerar nuestras banderas viene,
Donde la religion las enarbola.
Que en los silvosos montes de Pirene,
En ningun tiempo infieles ni profanos,
Las espadas católicas previene:
Para que las reciban de sus manos
Los héroes, que escogió por lidiadores
Contra los escuadrones africanos:
Cuando por dar señal de sus favores
Sobre uno de los árboles, fué vista
Cándida cruz vibrando resplandores.
Con lo cual dió principio á la conquista
El rey, en los fervores de la guerra,
Por su velocidad llamado *Arista;*
Porque al ímpetu horrible con que cierra
Como de flor de sacudidas ramas,
Se cubre de arcos púnicos la tierra.
Acero en limpias órdenes de escama
Teje á nuestros campeones las lorigas,
Que ilustradas del sol arrojan llamas.
Y en ambas huestes fieles y enemigas
Héctores, Turnos, Nisos, Telamones
Ejercitan las bélicas fatigas:

Ni con esfuerzo de ínclitos varones
Faltáran otras vírgenes guerreras
Como en frigios y en tuscos escuadrones.
Aquí verás Pentesileas fieras,
Camilas fuertes, que dejada el arte
De Aracne, siguen trompas y banderas.
Ni caerá ocioso el arco en esta parte,
De cuyos tiros nacen los deseos
Con que amor solicita el mismo Marte.
Los ramos de los robles pirineos
Desgajará el honor de las hazañas;
Y en tanto que lo viste de trofeos,
Sonará el abolorio en sus montañas
Progenitor de tantos graves nietos,
Que hoy veneramos en las tres Españas.
No guardaré el rigor de los precetos
En muchas partes, sin buscar excusa
Ni perdon por justísimos respetos.
Y si algun Aristarco nos acusa,
Sepa que los precetos no guardados
Cantarán alabanzas á mi musa:
Que si sube mas que ellos ciertos grados
Por obra de una fuga generosa,
Contentos quedarán y no agraviados.
Así habrás visto alguna ninfa hermosa
Que desprecia el ornato ó le modera
Quizá con negligencia artificiosa:
Que es mucho de hermosura verdadera
A veces consultar con el espejo,
Mas por la adulacion que de él espera,
Que por necesidad de su consejo.

EPIGRAMAS.

I.

Viéndose en un fiel cristal
Ya antigua Lice, y que el arte
No hallaba en su rostro parte
Sin estrago natural;
Dijo: hermosura mortal,
Pues que su orígen lo fué,
Aunque el mismo amor le dé
Sus flechas para rendir,
Viva obligada á morir:
Pero á envejecer ¿porqué?

II.

Cuatro dientes te quedaron,
(Si bien me acuerdo) mas dos,
Elia, de una tos volaron,
Los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
Puedes ya todos los dias,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos qué hacer.



BERNARDO DE VALBUENA.

Fué patria de este celebrado poeta la villa de Valdepeñas, donde vió la luz primera en 22 de noviembre de 1568. Habiendo pasado á Méjico en los primeros años de su infancia, se dedicó al estudio de las humanidades, logrando alcanzar á la edad de 17 años un triple premio, en que compitió con mas de trescientos jóvenes de grande aplicacion y talento. No se olvidó por esto de las ciencias sagradas: después de tomar en aquella capital el grado de bachiller en teología, se restituyó á España, recibiendo el de doctor en la universidad de Sigüenza. Abrazó entre tanto la carrera eclesiástica, y obtuvo á los 39 años la abadía de Jamáica, en cuya iglesia residió hasta 1620, en que fué electo obispo de Puerto-Rico, cuando contaba ya 51 años. Permaneció allí hasta su muerte acaecida en 1627. Las obras que han llegado á nuestras manos de este distinguido ingenio son: *La grandeza mejicana*, *El siglo de oro* y *El Bernardo*. Escribió tambien un *Arte nuevo de poesía*, un poema titulado *La alteza de Laura*, y una obra que apellidó *Cosmografía universal*, cuyos manuscritos perecieron tal vez en el saqueo de Puerto-Rico por los Holandeses.

MUERTE DEL DULCIÁ.

No escondieron los montes su delito
Por mas que acrecentó á la caza el uso,
Siendo el crecido talle el sobrescrito
De lo que allí encubierto el tiempo puso:
El mustio rostro en su color marchito
El de su incauta madre trae confuso,
Siente arrogante con dolor la afrenta,
Y mas del vulgo siente que la sienta.

Y como la honra en nobles corazones
A toda otra importancia es preferida,
Y el sentir que anda puesta en opiniones
Peor es que muerte en una honrada vida;
Calipso abreviar quiso sus pasiones,
Beber la muerte en sola una bebida,
Y « muera, dijo, quien su honor deshonra,
» Pues es muerte civil vida sin honra. »
Saca el ramo fatal de oro vestido,
Que era de su valor la mayor seña,
Y del engaste ya desguarnecido,
Entre frágil le pone y seca leña :
Y al enemigo fuego le ha ofrecido,
Que otra venganza tiene por pequeña,
Tres veces encenderlo intenta, y luego
Otras tantas lo hurta al mortal fuego.
Ya lo saca una vez, y otra lo arroja;
Ya el fuego apaga, ya lo resucita,
Con lágrimas el seco tizon moja;
Ya en la brasa le pone, y ya lo quita :
La honra y el amor en una hoja
La muerte tienen y la vida escrita;
Si lo que el uno quiere el otro niega,
¿Quién podrá componer lucha tan ciega?
Ya el miedo del delito que intentaba
El rostro mancha de color de cera;
Ya el encendido enojo le alteraba,
Y le robaba la color primera :
Ya en cruel muerte á su hija amenazaba,
Ya se mostraba madre verdadera,
Cual inconstante nao en mar airada
De un viento y otro aquí y allí llevada.
En la mano el fatal tronco tenia,
En su cruel intento ya quemado :
— Si de este el fuego ha de nacer, decia,
Que el triste reino dejará abrasado,
Perezca aquí tu vida con la mia
Antes que el daño llegue á ser doblado,
Que los raros principios portentosos
No prometieron fines mas dichosos. —
Dijo, y temblando el brazo desmayado,
El rostro vuelto, que su error no viese
El funesto tizon al fuego ha dado,
Que un gemido mortal se oyó que diese :
De la invencible llama rodeado,

Como por todas partes se encendiese,
Dulcia ignorante, y de su mal ausente,
Con un nuevo calor arder se siente.
Las entrañas el fuego le consume
Sin causa, y de repente procedido,
Y aunque con su valor y brio presume
Vencerlo, queda su valor vencido:
Ya la enemiga parca se resume
En dejar el estambre dividido,
Cae en el triste lecho desmayada,
Cual tierna fruta sin sazon cortada.
Crisalva entre sus brazos soberanos
El desmayado cuerpo sostenia,
Apriétale las suyas con sus manos,
Como quien darle su salud queria:
No juzga sus dolores por livianos,
Mas tampoco creyó que se moria:
Dulcia, perdida la color de rosa,
Así le habla, y tiembla temerosa:
— Llamarme con delgadas voces siento
Del seno oscuro de la tierra helada,
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada:
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento;
Cielos, ¿á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?
Siento, hermana, el dejarte, y no la muerte:
¿Qué mayor muerte quieres que dejarte?
Si me era paraíso y gloria el verte,
¿Qué gozaré dejando de gozarte?
Si el morir siento menos que perderte,
No es porque quedas, mas por no llevarte
Donde me llaman: ¡Ay, Crisalva mia,
Que es temeroso trance esta agonía!
Solo á tí he dado cuenta de mi vida,
Solo á tí he descubierto mis amores,
Como á la secretaria mas querida
Que el cielo pudo darme en sus favores:
Si eres desta alma la mitad partida,
Si te obliga el amor á mis dolores,
Esto ¡oh mi amada prenda! solo pido
Por alivio del paso á que he venido;
Que si acaso aquel Dios, cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,

Llegare aqui, despues que la vitoria
Mia esté por la muerte declarada,
Le cuentes con dolor mi amarga historia,
Y por fin de la muerte desdichada
Dirásle, hermana, que á este paso fuerte
Mas me mató su ausencia que mi muerte
Que si con estos ojos ver pudiera
Su beldad cual está en mi fantasía,
Pequeño brazo el de la muerte fuera
Para dejarme sin la vida mia:
Y si por ser mortal al fin muriera,
Muriera no tan falta de alegría,
Sirviéndome su boca de aposento
A este mi último espíritu y aliento.
Y si es de veras dios, y no ha fingido
El encendido amor que me ha mostrado,
Hiciera al fin con su valor cumplido
Este paso y dolor menos pesado:
Siento la muerte, porque no he vivido,
Y en edad peligrosa me ha hallado,
Cuando al mundo mi vida parecia
Alegre flor al despertar del dia.
Siento que esta semilla soberana,
Que ahora viva en mis entrañas siento,
Antes de ver la luz muerte temprana
Compre á cuenta de darle yo el sustento;
Y que la parca cruel en la hebra vana
Antes de urdirla dé el golpe violento,
Y en el breve morir solo le cuadre
Ser hija y heredera de tal madre.
Siento que ya la vida se me acaba
Y que el alma comienza á desasirse,
Y el fresco aliento que vigor me daba
Dentro del pecho en fuego convertirse. —
Asi la bella Dulcia se acababa,
Cual se ve tierna antorcha consumirse;
Y Crisalva, mas muerta que su hermana,
Asi le aplica una esperanza vana:
— Vive, mi Dulcia, de temor segura,
Que no será tu mal tan poderoso,
Aunque se junte á él mi desventura,
Que de tal vida salga vitorioso:
No se desdore asi tu hermosura,
Que el carmesí de ese clavel hermoso
No le verá la muerte, aunque atrevida,

Por no cobrar en verlo nueva vida.
Si el cielo me da un nudo, como puede,
Yo ligaré tu alma con la mia,
Y haré que entre los dos así se enrede,
Que sigan ambas una misma via:
Ni la mia vaya ni la tuya quede
Ausente de su dulce compañía,
Antes iguales en ventura y suerte
Pasen por una vida y una muerte.
Gozarnos hemos tiempo sin medida:
No estés de lo contrario recelosa,
Y allá la muerte tras la edad cumplida,
En su lugar será pieza forzosa:
Vendrá menos aceda y desabrida;
Que al fin es la vejez carga penosa,
Y en un mismo sepulcro venturoso
Un lecho gozaremos y un reposo. —
Así Crisalva á Dulcia consolaba,
Y así Dulcia se estaba consumiendo,
Y aquella poca vida que faltaba
Por el aire sutil se fué huyendo:
Huyó el aliento que el vivir le daba
Como marchita y débil flor cayendo,
La abrasa consumida y acabada
Entre blanca ceniza amortiguada.
Si cien lenguas distintas y acordadas
El cielo á esta sazon me concediera,
Y en ellas las palabras mas limadas
Que hay en la clara discrecion pusiera,
Fueran de aliento corto y limitadas,
Si encarecer con ellas pretendiera
El dolor, sentimiento, angustia y llanto
Que en Crisalva causó el mortal espanto.
¡Oh humana suerte de inconstancias llena,
Con quien ni vale gracia ni hermosura,
Ni el cetro real que un mundo y otro enfrena
En su misma grandeza se asegura!
¡No hay tiempo claro ni alma tan serena
A quien no siga invierno y noche oscura,
Ni alegre sangre en juveniles años
Libre de riesgo y máquinas de engaños!
¡Ahora el cabello enlace y la garganta
Con las perlas del mar que Arabia cria,
Y en púrpura de Tiro asiente cuanta
Riqueza el monte Imabo á Persia envia!

¡Ahora de la beldad que al mundo espanta
Las flores goce, y donde muere el dia
Suene su voz, y corra desde Oriente
Libro de lengua en lengua y gente en gente!
¡Todo ello es sombra, fábula y engaño,
Despiertos sueños de la humana vida,
Que corre y vuela de uno en otro daño
Hasta donde la muerte está escondida,
Cortando á todos de vestir un paño,
Sin hacer diferencia en la medida,
Que son el pobre, el rico, el flaco y fuerte
Iguales á las puertas de la muerte!
No del Tigris las ondas espumosas,
Que en furiosos raudales ván pasando,
Ni de Venus las aves amorosas
En sesgo vuelo por el aire blando,
En curso igualan las humanas cosas
Que los tiempos tras sí llevan volando;
La pena sola y el dolor mas breve
Parece adonde está que no se mueve.

(El Bernardo.— *Canto X.*)



DON JUAN DE JÁUREGUI.

Nació en Sevilla por los años de 1570. Fué caballero del hábito de Calatrava, y caballerizo de la reina doña Isabel de Borbon, primera mujer de Felipe IV. Después de haber residido en Roma, en donde parece que se hallaba en el año 1607, pasó en Madrid la mayor parte de su vida, falleciendo por enero de 1641, segun aparece de los avisos históricos de Pellicer. Sus *Rimas* se publicaron en Sevilla; la excelente traduccion que hizo del *Aminta, fábula pastoral de Torcuato Tasso*, vió por primera véz la luz pública en Roma; y *la Farsalia*, en Madrid en 1684, juntamente con el *Orfeo*, ya publicado en 1624.

LA MONARQUÍA DE ESPAÑA, EN LA MUERTE DE SU REINA DOÑA MARGARITA.

CANCION.

Ya que en silencio mi dolor no iguale
Ni mis ocultas lágrimas y llanto
Al superior afecto que las vierte;

Justo será que mi funesto canto
Las acompañe, y que del alma exhale
Nuevos clamores de tristeza y muerte.
Y pues me ofrece la contraria suerte
Presente, el caso mas infausto y grave,
Que caber pudo en su vigor violento:
Que así mi sentimiento
Llegue al extremo, que en mis fuerzas cabe.
Mas vence su rigor las fuerzas mias,
Ni admite el grave daño recompensa
Faltando á España su mayor tesoro.
Y yo aunque ciega de perpetuo lloro
Quiera sentir su rigurosa ofensa,
Veré primero en las cenizas frias,
Por quien suspiro, fenecer mis dias,
Que de llorarlas quede satisfecho
Mi estilo y pluma, ni mi lengua y pecho.
¿Quién vió tal vez en áspera campaña
Árbol hermoso cuya rama y hoja
Cubre la tierra de verdor sombrío?
Donde el ganado cándido recoja
Alejado el pastor de su cabaña
Y allí resista el caloroso estío.
La planta con ilustre señorío
Ofrece de su tronco y de sus flores
Y de su hojoso toldo y fruto opimo
Olor y dulce arrimo,
Sustento y sombra á ovejas y pastores;
Hasta que la segur de avara mano
Sus fértiles raíces desenvuelve,
Atormentando en torno su terreno
Por dar materia al edificio ajeno.
Siente la noche el ganadillo, y vuelve
Al caro albergue, procurado en vano;
Y viendo de su abrigo yermo el llano,
Forma balido ronco, y su lamento
Esparce ¡ay triste! y su dolor al viento.
No de otra suerte, ¡ó planta generosa,
Que adornas los alcázares del cielo!
Prestaste arrimo, sombra y acogida
Al pueblo grato del Iberio suelo:
Dió tu heróica virtud, cual flor hermosa,
Olor que ha penetrado la extendida
Region etérea: así desposeida
Viéndose España de la prenda suya,

Tembló al severo golpe de a parca,
Y en torno su comarca
Fué quebrantada con la ausencia tuya.
Hoy los que en tí gozaron tan colmada
Copia de frutos, sus ofensas miden
Con largas quejas, y á llorar forzados
Con espantables rostros, erizados,
Suspiros tantos de dolor despiden,
Que para su querella congojada
Ya faltan fuerzas á la voz cansada,
Y si reducen á llorar los brios,
Tambien para los ojos faltan rios.
 Ni ya reprime su lamento vano,
Verte en el cielo mejorar de imperios
De excelsos tronos y coronas santas;
Y que en vez de los príncipes iberios
Que se postraban á besar tu mano,
Hoy las estrellas besarán tus plantas,
Ni el ver que á España dejas prendas tantas,
(Nobles centellas de tu sacro fuego)
A cuyo cetro y próspero gobierno
Darás favor eterno,
Si á Dios presentas de su parte el ruego.
Ni nos basta mirar tu viva lumbre
Al sol, de quien fué rayo, siempre unida
Y prestando esplendor al alto cielo.
Ni el ver, por muestras de tu santo celo,
Modernos templos, que en edad florida
Han de lograr su excelsa pesadumbre,
Y en cuanto el rojo Febo el mundo alumbre,
Honrar, solemnizando tu corona,
Su viva siempre, liberal patrona.
 Por mas que el tiempo y la razon porfie
A divertir el ánimo afligido
Del entrañable y vivo sentimiento,
No habrá razon ó tiempo ó largo olvido
Que nuestro luto funeral desvie
Del siempre fatigado pensamiento:
Siempre al disgusto cederá el contento
En misera contienda; y por despojos
Verás, sin tí, nuestros humildes pechos
Que en llanto ya deshechos
El corazon destilen por los ojos.
Tu muerte llorarán los pardos Chinos,
Los Indios negros y Alemanes rubios,

Que en tí perdieron su imperial grandeza;
Daráte el mundo con igual tristeza
Flébil tributo en lluvias y diluvios:
Porque, si á los distantes y vecinos
Reinos tus ojos vuelves ya divinos,
Veas que te llora con amor profundo,
Sino cual debe, como puede el mundo.

AVENTURA AMOROSA.

En la espesura de un alegre soto,
Que el Bétis baña, y de su fértil curso
Cobran verdor los sauces ocupados;
Donde el ocioso juvenil concurso,
La soledad siguiendo y lo remoto,
Logra de amor los hurtos recatados:
Aquí prestar alivio á mis cuidados
Pensé yo triste un dia,
Porque la ninfa mia
Ví que emboscada y de recelo ajena,
Ya el cinto desceñido,
Sus miembros despojaba del vestido.
Dejóle al fin compuesto en el arena,
Manifestando al cielo
De su desnuda forma la belleza.
Luego á las puras ondas con presteza
La ví correr, do el cuerpo delicado
Sintió del agua de repente el hielo,
Y suspendió su brio
Viéndose en la carrera salteado
Con líquidos aljófares del rio.
Mas reclinóse al fin sabrosamente,
Cubriendo de los húmedos cristales
Toda su forma de la planta al cuello.
Tal vez la hermosa frente
Sola mostraba de su rostro bello:
Tal con ligeros saltos paseaba
La orilla, y en sus frescos arenales
Sus tiernos miembros liberal mostraba.
Yo, en tan alegre vista embebecido,
Y en los tejidos ramos escondido,
Al cielo con el alma agradecia
Mi desigual ventura,
Y el recatado labio no movia:

¡Ay si mis ojos con igual cordura
Celar pudieran sus ocultas llamas!
Y no que ansiosos de mirar cercano
Aquel hermoso vulto soberano,
Se divirtieron á mover las ramas;
Y apenas el rüido
Hirió á la bella ninfa el pronto oido,
Cuando su aguda vista y rostro honesto
Le descubrió mi hurto manifiesto:
Y como la corcilla descuidada,
Mientras las hojas tiernas y menudas
Despunta de la yerba rociada,
Que al mas leve rumor el cuello enhiesta,
Y vuelve las agudas
Orejas y la frente pavorosa
A la vecina selva, ó la floresta,
Do con alada planta voladora
Se embosca, y deja el cazador burlado;
Tal su ligero curso amedrentado
Siguió mi amada ninfa al mismo instante
Que me miró delante.
¡O bella ingrata á quien el alma adora!
Entonces dije; y me arrojé tras ella,
Detente, aguarda agora;
Del enemigo es justo que se huya,
No del amante que la gloria suya
Ha puesto en adorar tu imágen bella:
Tras tí me llevas del amor vencido
Y no de tus agravios persuadido:
Ya que matarme tu soberbia quiera,
Permite solo que á tus ojos muera.
Mas ¡ay! que en vano pido
Te duelas de mi daño, pues tampoco
Sientes el tuyo, ninfa, en la carrera:
Mira que ofende el áspero camino
Tus blandos piés, reporta la huida,
Que yo te seguiré mas poco á poco.
En cuanto así la voz enternecida
Convierto á moderar su desatino;
Ella, esforzando el corazon medroso,
Penetra el bosque, y á lo mas fragoso
Y oculto el curso aplica:
Los árboles al verla enamorados,
O ya de mi dolor compadecidos,
Parecen que se oponen á encontrarla,

O bien á contemplarla.
Eco mis voces con afan replica,
Las broncas peñas mi dolor sentian.
Lleva mi ninfa al viento derramados
De modo sus cabellos y tendidos,
Que en torno al bello rostro parecian
Los rayos puros de Titan dorados.
Hé aquí, mientras sin órden se esparcian
Las hebras de oro por el aura helada,
De un sauce humilde en los hojosos brazos
Se marañaron los hermosos lazos,
Y de mi ninfa amada
Embarazaron algo la carrera.
Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que, porque menos el dolor sintiera,
Sin la seguir me derribé en el suelo,
Diciéndole: ya, ninfa, no te sigo
Sino con sola el alma enamorada;
El alma llevas, y no mas contigo,
Modera tu violencia acelerada;
O ya si el peso rehusar pretendes,
Déjame el alma, y huye descansada.
Mas, no porque mi voz la asegurase,
Y lejos bien distante me quedase,
Un punto quiso detener sus plantas,
Ni perdonar la ofensa á su cabello;
Antes cargando la cabeza y cuello
Hácia adelante con ahineo y fuerza,
Deja perdidas de sus hebras cuantas
Le pudo arrebatar la rica rama,
Y mas furiosa su carrera esfuerza
Abriendo el paso entre la yerba y grama.
De mi burlada vista al fin se aleja,
Los árboles la esconden, y me deja,
Cual queda el can liviano, que seguia
A la veloce liebre en la fragosa
Sierra, donde ella pudo cautelosa
Torcerse entre las matas y quebrarse:
Él, ya que de cobrarla desconfia,
Descuida el pié ligero, y sin cansarse
Contempla solo la difícil via,
Y el rastro que dejó por los breñales
De su velluda piel, cuando huia
La astuta liebre á saltos desiguales:

Así cuando perdí la ninfa mia
Me fui yo triste al ramo venturoso,
Do estaban sus cabellos enlazados,
Y dije lamentándome quejoso:
¡O lazos! dulce anuncio á mi severa
Muerte, y á ejecutalla conjurados,
Despojos de la prenda á quien adoro!
Bien pudo suspenderse mi carrera
Por vuestro honor, cual su volátil planta
Detuvo, atenta al oro,
La codiciosa vírgen Atalanta:
No es oro el vuestro de menor tesoro:
¡O dulces lazos, muestra conocida
De la aspereza de mi bella ingrata!
¡O falso bien, que regalando mata,
Y aparente lisonja de la vida!
Do contra mí dejó el rigor ajeno
En vaso de oro su mortal veneno:
Prenda seréis para mi mal guardada
En el estrecho seno;
Pues aunque en vos me quede la memoria
Desta crueldad de mi enemiga airada
Y en vos mi ofensa arguya,
Al fin sois prenda suya,
Y en eso fundaré mi débil gloria.
Y tú, frondosa rama,
Que te compadeciste
De verme ardiendo en amorosa llama,
Y el fugitivo curso entretuviste
De aquella mi bellísima contraria;
Perdona, si en tan breve te despojas
Del oro puro que te adorna y viste:
Baste á calificar tus ricas hojas
Solo haber sido dél depositaria;
Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido
Que iguale con su altura
La fértil copa que tus hojas brota,
Y extienda tus raíces
En el terreno centro á la remota
Y la mayor hondura;
Y que las arboledas autorices
Por luengos siglos con igual verdura.
Dije, y las hebras rubias marañadas
Desenlacé cobarde y temeroso,

Y al pecho venturoso
Las ofrecí por prendas regaladas:
Y viendo oscurecerse el occidente
Ya cuando el mar de Iberia presuroso
Trastorna el sol la fatigada frente,
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SIGLO XVII.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Nació en Madrid, y fué bautizado en la parroquia de San Ginés á 26 de setiembre del año 1580. Fueron sus padres don Pedro Gomez de Quevedo, y doña María de Santibañez. Estudió en Alcalá y se graduó de teología á los quince años; pero no por eso dejó de aplicarse á las demás facultades, saliendo muy aventajado en ellas, especialmente en toda clase de erudicion sagrada y profana, y en las lenguas griega y hebrea. Era diestro en el manejo de las amas, y alcanzaba grandes fuerzas; lo cual le ocasionó varios lances en el discurso de su vida. Uno de ellos le obligó á huir á Sicilia, donde á la sazon se hallaba de virey el célebre duque de Osuna don Pedro Girón. La proteccion que logró en este señor, y los servicios distinguidos que le hizo así en Sicilia como en Nápoles, le valieron el favor de la corte, la gracia del hábito de Santiago, y ser recomendado al duque para que le emplease en nuevas comisiones. Pero la caida del virey en 1620 arrastró consigo á Quevedo, que, fiel á su protector, siguió la misma suerte, y padeció las mismas desgracias. Tres años y medio estuvo preso en la Torre de Juan Abad, sin que se le hiciese cargo ninguno, y al cabo de ellos dado por libre, pudo, á pesar de sus émulos, venir á la corte, donde fué en gran manera estimado por Felipe IV, que le destinaba á empleos de la mayor consideracion. Pero Quevedo ya entonces deseaba retirarse del bullicio del mundo á la tranquilidad doméstica; y ansioso de lograrla, se casó por los años de 1634 con doña Esperanza de Aragon, señora de Cetina. La muerte de esta señora burló todos los proyectos de Quevedo, y fué la señal de nuevos infortunios. Sus enemigos le hicierón sospechoso al gobierno, el cual dió órden para que se le embargase su hacienda, y se llevase preso á la casa de San Marcos de Leon. Su encierro fué tan estrecho y miserable, que se le tenia que vestir y alimentar de limosna, y á falta de facultativo tuvo él mismo que cauterizarse tres llagas que, por la humedad del sitio, se le habian cancerado. Escribió al conde duque sincerándose, y esto le produjo algun alivio; hasta que, averiguado el

autor de un libelo, con cuyo pretexto se le habia preso, fué puesto en libertad, y pudo venir á la corte. Mas la pobreza á que estaba reducido no le dejó permanecer aquí mucho tiempo; y vuelto á su villa de la Torre, murió de un achaque de pecho contraido en su prision, en 8 de setiembre de 1645, á los 65 años de su edad.

SILVA I.

A LA CODICIA.

Diste crédito á un pino,
A quien del ocio rudo avara mano
Trujo del monte al agua peregrino,
¡O Loiba ciego, de tu paz tirano!
Viste, amigo, tu vida
Por la codicia á tanto mar vendida:
Arrojóte violento
A donde quiso el albedrío del viento.
¿Qué condicion del Euro y Noto ignoras?
¿Qué mudanzas no sabes de las horas?
Vives, y no sé bien si despreciado
Del agua, ó perdonado.
¿Cuántas veces los monstruos, que el mar cierra,
Y tuviste en la tierra
Por sustento, en la nave mal segura
Los llegaste á temer por sepultura?
¿Qué tierra tan extraña
No te forzó á besar del mar la saña?
¿Cuál alarbe, cuál scita, turco ó moro,
Cuando al agua y al viento obedecias,
Por señor no tenias?
Mucho te debe el oro,
Si despues que saliste
Pobre reliquia de naufragio triste,
En vez de descansar del mar seguro,
A tu codicia hidrópica obediente
Con villano azadon en cerro duro
Sangras las venas al metal luciente.
¿Porqué permites que trabajo infame
Sudor tuyo derrame?
Deja oficio bestial, que inclina al suelo
Ojos nacidos para ver el cielo.

¿Qué fatigas la tierra?
Deja en paz los secretos de esta sierra:
¿Qué te han hecho, mortal, de estas montañas
Las escondidas y ásperas entrañas,
A quien defiende apenas negra hondura?
Mira que á un tiempo mismo estás abriendo
Al metal puerta, á ti la sepultura,
Piensas, y es un engaño vergonzoso,
Que le hurtas riqueza al duro suelo;
Oro le llamas, y es dulce desvelo;
Es peligro precioso,
Rubia tierra, pobreza acreditada,
Y ponzoña dorada.
¡Ay! no lleves contigo
Metal de la quietud siempre enemigo;
Pues la naturaleza, viendo que era
Tan contrario á la santa paz primera,
Por dañoso y contrario á quien le estima,
Y por mas escondernos sus lugares,
Los montes le echó encima,
Y sus sendas borró con altos mares.
Doy que á tu patria vuelvas al instante,
Que el occidente dejes saqueado;
Y que el mar sosegado
Con amigo semblante
Debajo del precioso peso gima,
Cuando sus fuerzas líquidas oprima
La soberbia y el peso del dinero:
Doy que te sirva el viento lisonjero;
Si su furor recelas,
Doy que respeta el cáñamo á tus velas,
Y si temes del mar el desconcierto,
Bien que imposible sea,
Doy que te sale á recibir el puerto.
Si pobre casa tienes, que te vea
Rico; ¿díme si acaso
En tus montones de oro
Tropezará la muerte, ó tendrá el paso,
O añadirá á tu vida tu tesoro
Un año, un mes, un dia, una hora, ó un punto?
No lo podrás hacer, ni el mundo junto;
Esto, pues, si no puede, ¿á qué esperanza
Truecas segura paz en tal tardanza?
Deja, no caves mas el metal fiero,
Ve que sacas consuelo á tu heredero,

Y que juntas tesoro, si se advierte,
Para comprar deseos de tu muerte.
Sacas ¡ay! un tirano de tu sueño,
Y un polvo que después será tu dueño:
Déjale, ¡ó Loiba! si es que te aconsejas
Con la santa verdad sincera y pura;
Pues él te ha de dejar, si no le dejas,
O te le ha de quitar la muerte dura.

SILVA II.

ROMA ANTIGUA Y MODERNA.

Esta que miras grande Roma ahora,
Huésped, fué yerba un tiempo, fué collado;
Primero apacentó pobre ganado,
Ya del mundo la ves reina y señora.
Fueron en estos atrios Lamia y Flora
De unos admiracion, de otros cuidado;
Y la que pobre Dios tuvo en el prado,
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronó sobre desnuda peña
Donde se ven subir los chapiteles
A sacarle los rayos de la mano;
Lo que primero fué, rica desdeña;
Senado rudo, que vistieron pieles,
Da ley al mundo y peso al Océano.
Cuando nació la dieron
Muro un arado, reyes una loba.
Y no desconocieron
La leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses que trujo hurtados
Del Dánao fuego la piedad Troyana,
Fueron aquí hospedados
Con fácil pompa, en devocion villana;
Fué templo el bosque, los peñascos aras,
Víctima el corazon, los dioses varas;
Y pobre y comun fuego en estos llanos
Los grandes reinos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tibre santo
Sirvió: después los cónsules, los reyes
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los reinos que un tiempo aprisionaron:

Fué triunfo suyo, y viólos en cadena
El Danubio y el Rheno,
Los dos Ebros, y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma y rojo con la arena;
Y el Nilo, á quien han dado,
Teniendo hechos de mar, nombre de rio,
No sin envidia, viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo y señorío,
Defendiendo ignorada
La libertad que no pudiera armada:
El que, por siete bocas derramado,
Y de plata y cristal hidra espumante,
Con siete cuellos hiere el mar sonante,
Sirviendo en el invierno y el estío
A Egipto ya de nube ya de rio.
Anudaron al Tibre cuello y frente
Puentes en lazos de alabastros puros
Sobre peñascos duros,
Llorando tantos ojos su corriente,
Que aun parecen en campos de esmeralda
Los puentes Argos y pavon la espalda.
Donde muestran las fábricas que lloras
La fuerza que en los piés llevan las horas:
Pues vencidos del tiempo y mal seguros,
Peligros son los que antes fueron muros,
Que en siete montes circulo formaron,
Donde á la libertad de las naciones
Cárcel dura cerraron.
Trofeos y blasones
Que en arcos diste á leer á las estrellas,
Y no sé si á envidiar á las mas de ellas,
¡O Roma generosa!
Sepultados se ven, donde se vieron
Los orgullosos arcos,
Como en espejo, en la corriente undosa:
Tan envidiosos hados te siguieron,
Que el Tibre, que fué espejo á su hermosura,
Les da en sus ondas llanto y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Hoy ruinas desiguales,
Que, ó sobraron al tiempo, ó perdonaron.
Las guerras ya caducan, y mortales
Amenazan donde antes admiraron
Los dos rostros de Jano

Burlaste, y en su templo y ara apenas
Hay yerba que dé sombra á las arenas,
Que primero adoró tanto Sicano.
Donde antes hubo oráculos, hay fieras;
Y descansadas de los altos templos,
Vuelven á ser riberas las riberas:
Los que fueron palacios son ejemplos:
Las peñas que vivieron
Dura vida con almas imitadas,
Que parece que fueron
Por Deucalion tiradas,
No de ingenios á mano adelgazadas,
Son troncos lastimosos,
Robados sin piedad de los curiosos.
Solo en el Capitolio perdonaste
Las estatuas y bultos que hallaste:
Y fué en tu condicion gran cortesía,
Bien que á tal majestad se le debia.
Allí del arte ví el atrevimiento,
Pues Marco Aurelio en un caballo armado,
El laurel en las sienes anudado,
Osa pisar el viento,
Y en delgado camino y sendas puras
Halla donde afirmar sus herraduras.
De Mario ví y lloré desconocida
La estatua, á su fortuna merecida:
Ví en las piedras guardados
Los reyes y los cónsules pasados:
Ví los emperadores
Dueños del poco espacio que ocupaban,
Donde solo por señas recordaban
Que donde sirven hoy fueron señores.
¡O coronas, ó cetros imperiales,
Que fuisteis en monarcas diferentes
Breve lisonja de soberbias frentes,
Y rica adulacion en los metales!
¿Dónde dejasteis ir los que os creyeron?
¿Cómo en tan breves urnas se escondieron?
De sus cuerpos sabrá decir la fama,
Dónde se fué lo que sobró á la llama.
El fuego examinó sus monarquías,
Y yacen poco peso en urnas frias,
Y visten, ved la edad cuánto ha podido,
Sus huesos polvo, y su memoria olvido.
Tú, no de aquella suerte,

Te dejas poseer, Roma gloriosa,
De la envidiosa mano de la muerte:
Escalóte feroz gente animosa,
Cuando del ánsar de oro las parleras
Alas y los proféticos graznidos,
Siendo mas admirados que creidos,
Advirtieron de Francia las banderas:
Y en la guerra civil, en donde fuiste
De ti misma teatro lastimoso,
Siendo de sangre ardiente, que perdiste,
Pródiga tú y el Tibre caudaloso.
Entonces, disfamando tus hazañas,
A tus propias entrañas
Volviste el hierro, que vengar pudiera
La grande alma de Craso, que indignada
Fué en tu desprecio triunfo á gente fiera,
Y ni está satisfecha, ni llorada.
Despues, cuando envidiando tu sosiego,
Duro Neron dió música á tu fuego,
Y tu dolor fué tanto,
Que pudo junto ser remedio el llanto,
Abrasadas del fuego sobre el rio,
Torres llovió en ceniza viento frio;
Pero de las cenizas que derramas
Fénix renaces, parto de las llamas,
Haciendo tu fortuna
Tu muerte vida, tu sepulcro cuna.
Mientras con negras manos atrevidas
Osó desanudar de sacras frentes
Desdeñoso laurel, palmas torcidas,
Que fueron miedo sobre tantas gentes,
Hurtó el imperio, que nació contigo,
Y dióle al enemigo:
Pero tú, ó fuese estrella enamorada,
O deidad celestial apasionada,
O en tu principio fuerza de la hora,
Naciste para ser reina y señora
De todas las ciudades.
En tu niñez te vieron las edades
Con rústico senado;
Luego, con justos y piadosos reyes,
Dueños del mundo, dar á todos leyes.
Y cuando pareció que habia acabado
Tan grande monarquía,
Con los sumos pontífices, gobierno

De la Iglesia, te viste en solo un dia
Reina del mundo y cielo y del infierno.
Las águilas trocaste por la llave,
Y el nombre de ciudad por el de nave,
Los que fueron Nerones insolentes,
Son Pios y Clementes.
Tú dispensas la gloria, tú la pena,
Y á esotra parte de la muerte alcanza
Lo que el gran sucesor de Pedro ordena.
Tú das aliento y premio á la esperanza,
Siendo en tan dura guerra
Gloriosa corte de la fe en la tierra.

AL DUQUE DE OSUNA.

SONETO.

Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no á su defensa sus hazañas;
Diéronle muerte y cárcel las Españas
De quien él hizo esclava la fortuna.
Lloraron sus envidias una á una
Con las propias naciones las extrañas:
Su tumba son de Flandes las campañas,
Y su epitafio la sangrienta luna.
En sus exequias encendió el Vesubio
Parténope, y Trinacria al Mongivelo,
El llanto militar creció en diluvio.
Dióle el mejor lugar Marte en su cielo,
La Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio
Murmuran con dolor su desconsuelo.

LETRILLAS SATÍRICAS.

I.

Santo silencio profeso:
No quiero, amigos, hablar;
Pues vemos que por callar
A nadie se hizo proceso:
Ya es tiempo de tener seso,
Bailen los otros al son,
Chiton.
Que piquen con buen concierto
Al caballo mas altivo
Picadores, si está vivo,
Pasteleros, si está muerto:

Que con ojaldre cubierto
Nos den un pastel frison,
Chiton.
Que por buscar pareceres
Revuelvan muy desvelados
Los Bártulos los letrados,
Los abades sus mujeres;
Si en los estrados las vieres
Que ganan mas que el varon,
Chiton.
Que trague el otro jumento
Por doncella una sirena,
Mas catada que colmena,
Mas probada que argumento;
Que llame estrecho aposento
Donde se entró de rondon,
Chiton.
Que pretenda el maridillo
De puro valiente y bravo
Ser en una escuadra cabo
Siendo cabo de un cuchillo;
Que le vendan el membrillo
Que tiralle era razon,
Chiton.
Que duelos nunca le falten
Al sastre que chupan brujas;
Que le falten las agujas
Y á su mujer se las salten;
Que sus dedales esmalten
Un doblon y otro doblon,
Chiton.
Que tonos á sus galanes
Cante Juanilla estafando,
Porque ya piden cantando
Las niñas como alemanes;
Que en tono, haciendo ademanes,
Pidan sin ton y sin son,
Chiton.
Mujer hay en el lugar
Que á mil coches por gozallos
Echará cuatro caballos,
Que los sabe bien echar:
Yo sé quien manda salar
Su coche como jamon,
Chiton.

II.

Pues amarga la verdad
Quiero echarla de la boca,
Y si al alma su hiel toca,
Esconderla es necedad;
Sépase, pues libertad
Ha engendrado en mi pereza
La pobreza.
¿Quién hace al tuerto galan,
Y prudente al sin consejo;
Quién al avariento viejo
Le sirve de rio Jordan?
¿Quién hace de piedras pan
Sin ser el Dios verdadero?
El dinero.
¿Quién con su fiereza espanta
El cetro y corona al rey?
¿Quién careciendo de ley
Merece el nombre de santa?
¿Quién con la humildad levanta
A los cielos la cabeza?
La pobreza.
¿Quién los jueces con pasion,
Sin ser ungüento, hace humanos,
Pues untándoles las manos
Los ablanda el corazon?
¿Quién gasta su opilacion
Con oro, y no con acero?
El dinero.
¿Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana?
¿Quién siendo toda cristiana
Tiene la cara de hereje?,
¿Quién hace que al hombre aqueje
El desprecio y la tristeza?
La pobreza.
¿Quién la montaña derriba
Al valle, la hermosa al feo?
¿Quién podrá cuanto el deseo,
Aunque imposibles conciba;
Y quién lo de abajo arriba
Vuelve en el mundo ligero
El dinero.

III.

Poderoso caballero
Es don dinero.
Madre, yo al oro me humillo
Él es mi amante y mi amado;
Pues de puro enamorado
De continuo anda amarillo:
Que pues doblon ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero;
Poderoso caballero
Es don dinero.
Nace en las Indias honrado
Donde el mundo le acompaña:
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado:
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso aunque sea fiero;
Poderoso caballero
Es don dinero.
Es galan y es como un oro,
Tiene quebrado el color
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro:
Pues que da y quita el decoro
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Son sus padres principales,
Y es de noble descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Mas ¿á quién no maravilla
Ver en su gloria sin tasa
Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al bajo silla,
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es don dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales
No hay escudos de armas dobles:
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Por importar en los tratos
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos:
Y pues él rompe recatos
Y ablanda al jüez severo,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Y es tanta su majestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho cuartos
No pierde su autoridad:
Pero, pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Nunca ví damas ingratas
A su gusto y aficion,
Que á las caras de un doblon
Hacen sus caras baratas;
Y pues las hace bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es don dinero.
Mas valen en cualquier tierra,
Mirad si es harto sagaz,
Sus escudos en la paz,
Que rodelas en la guerra:
Y pues al pobre le entierra
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es don dinero.



FRANCISCO DE RIOJA.

Nació en Sevilla por los años de 1595. En los primeros años de su juventud cursó la jurisprudencia, tomando el grado de licenciado en dicha facultad. Fué abogado consultor de Felipe IV, bibliotecario del Rey y su cronista. Obtuvo después la plaza de inquisidor de Sevilla, y mas tarde la de la suprema y general Inquisicion. El dia 10 de noviembre de 1636 tomó posesion de la silla de racionero en la catedral de Sevilla, sin que conste el año en que recibió las órdenes sacerdotales. Murió en Madrid el viernes 28 de agosto de 1659, siendo enterrado en la parroquia de San Luis.

SILVA.

I.

A LA ROSA.

Pura, encendida rosa,
Émula de la llama,
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡O fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:

Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

II.

AL CLAVEL.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora
Miró al nacer mas blandamente Flora:
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves
Con mas caliente rayo,
Tiendes igual las hojas abrasadas;
Mas ¿quién sabe, si á Flora el color debes,
Cuando debas las horas mas templadas?
Amor, amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente,
Y te dió el puro aliento soberano
Que eres, flor encendida,
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo
Que corona nevada y tersa frente;
Sola merced de amor, no de suprema
Otra deidad alguna.
¡O flor de alta fortuna!
Cuantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y suspiro,
Por quien suspiro y lloro,
En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo,
Las dulces hebras amoroso velo,
Quedas, clavel, en cárcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas que provoca

A suave deleite al mas helado,
Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves ¡ay! ¡ó dolor! mas abrasado.
¿Dióte naturaleza sentimiento?
¡O yo dichoso á habérseme negado!
Hable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel á quien envidias de favores
No alterán el sosiego.

III.

AL JASMIN.

¡O en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmin, gloria y honor del seco estío!
¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes
Que blandas rompe y tiende el Ponte en Chio:
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus tambien de su rocío
Y si no es rumor vano,
La misma blanca diosa de Citera,
Cuando del mar salió la vez primera.
Por do en la espuma el blando pié estampaba
De la playa arenosa
Albos jazmines daba;
Y de la tersa nieve y de la rosa
Que el tierno pié ocupaba
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en tu cerco alado:
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento,
Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
Y la luz mas flamante
Que Apolo esparce altivo y arrogante.

Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina
Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruina,
Nunca tan licenciosa se adelanta
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
É igual al mayor hielo resplandece.
¡O jazmin glorioso!
Tú solo eres cuidado deleitoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú tambien su imágen peregrina.
Tú cándida pureza
Es mas de mí estimada,
Por nueva emulacion de la belleza
De la altiva luz mia,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione:
A tu excelsa blancura
Admiracion se debe,
Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles rojos,
Por emular los cercos de sus ojos
Cuando renace el dia
Fogoso en Orïente,
Y los montes mas altos y robustos.
Mas, apenas tonante
De los cóncavos senos de la mina
El aire se arrebata
Y en círculos de humo se dilata;
Cuando no se ve mas que la ruina,
Rotas columnas, y deshechas basas,
Ceniza y polvo oscuro
De la alta mole y del trabajo muro
¡Impia hazaña y fiera,
Por conseguir el natural intento,
Resolver la firmeza al grave asiento
De inmudable montaña!
¡Impia y atroz hazaña,
Y cruda condicion, dar al deseo
Imperio de tirano,
Y al vano afeto poderosa mano!
No así vagante llama
Tiende el cabello sobre antigua selva,

Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa,
Y esforzada del viento
Discurre por el bosque á paso lento.
Esplende y arde en el silencio oscuro,
Émula de los astros:
Arde y esplende al rutilante y puro
Cándido aparecer de la mañana,
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas:
Y en el sólido tronco y mas secreto
Del laurel y el abeto
Estalla y gime y luce,
Nunca del Euro ó Noto escurecida,
Ni de la inmensa pluvia destruida.
Tal en mi pecho inapagable incendio
Eterno se sustenta,
Y tal como violenta,
Y vana y leve exhalacion huyeron
Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

CANCION.

A LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aqui de Cipion la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los dioses cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro
¡O fábula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano;
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡O patria de los dioses y los reyes!

Y á ti, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.
¿Mas para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio, ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Itálica, y el claro nombre oido
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.
Esta corta piedad que agradecido
Huésped á tus sagrados manes debo,
Te doy y consagro, ó Itálica famosa:
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme piadosa
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio tu mártir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo:
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

EPÍSTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al mas astuto nacen canas;

Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
  El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido:
  Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
  Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
  Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.
  Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
  Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.
  Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Austria fué, cuanto regia
Con su temida espada y fuerte lanza.
  El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud, ó en qué confia?
  Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno;
  A donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea, al derramarla encima;
  Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pavon nos niegue Juno.
  Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la oscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro.
  Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: lo que desprecio he conseguido;
Que la opinion vulgar es devaneo.
  Mas precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insine, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!
Cese el ansia, y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡O error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
Del senado y romana monarquía
Murieron y pasaron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué es mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡ó ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
Antes que aquesta miés inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue.
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóbiles vivimos.

Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni á la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella que solo al hombre es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente;
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.
¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No porque así te escribo hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil á Epiteto.
Basta al que empieza aborrecer el vicio
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Después le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia que mensura
La duracion de todo á su talento:
Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.
¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal trasparente y luminoso.
Sin la templanza ¿viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡O muerte! ven callada
Como sueles venir en la saeta;

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuánto confio;
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.
¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.



DON ESTÉBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Nació en Nájera (la Rioja), por los años de 1595. Cursó leyes en Salamanca. Murió el 3 de setiembre de 1669.

AL CÉFIRO.

SÁFICOS.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Venus,
Céfiro blando;
Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa díle,
Díle que muero.

Fílis un tiempo mi dolor sabia,
Fílis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.
Así los dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo, que feliz volares,
Nieve á la tierra.
Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

CANTILENA.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:
Víle tan congojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetia,
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia:
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía:
Y que le respondia
El rústico: no quiero.



ROMANCERO.

No es esta la ocasion de combatir los extravíos en que han caido, al hablar del romance castellano, no pocos ni despreciables preceptistas del pasado y del presente siglo. Conviene sin embargo advertir que, al designar con los títulos de *poetas canijos* y *copleros* á los que han cultivado este género de poesía, sobre no haberse comprendido absolutamente las grandes bellezas de que el romance es susceptible, se ha perdido de vista su índole y carácter genuino, ignorándose al par su representacion en nuestra literatura.

Los romances castellanos son la mas fragante, la mas lozana y brillante flor de la poesía española. Nacidos al grito de libertad y de guerra lanzado en el suelo de Asturias, ya celebran las portentosas hazañas de los héroes del cristianismo, que son al propio tiempo los campeones de la patria, ya cantan los milagros y apariciones de los santos invocados en mitad de los combates contra el poder de la morisma; ya solemnizan los triunfos alcanzados sobre los sarracenos por el pueblo; ya lloran sus calamidades y desgracias, revelando siempre los sentimientos, las creencias y las costumbres de aquel mismo pueblo cuyo entusiasmo exaltan y subliman. Cuando ensanchadas ya las fronteras de la patria y aseguradas la religion y la monarquía, y con ellas la libertad y la independencia, se derrama por toda Europa y penetra en España el espíritu caballeresco del Norte; cuando vencido el último baluarte de la morisma, recibe Granada dentro de sus muros los victoriosos pendones de Isabel y de Fernando, los romances castellanos, esas canciones populares que se oyen en el hogar doméstico, en medio de las campiñas, en las explanadas de los castillos y en mitad de los reales; esa poesía tan espontánea como característica del genio y de la lengua de nuestros mayores, reflejan tambien aquel caballerismo y entonan el canto de victoria sobre la vencida civilizacion musulmana.

Así, los romances pasan por todas las fases, por todas las vicisitudes, por todos los triunfos del pueblo castellano. Desde la cuna de la nacionalidad española arrullan á aquel pueblo de severas costumbres y de profundas creencias y le excitan al combate: entonces son esencialmente *caballerescos*. Mas adelante reflejan la civilizacion musulmana: entonces son *moriscos*. Finalmente se afilian bajo las banderas del arte erudito que henchia la Europa de cantos bucólicos: entonces son *pastoriles*. Al cabo de todas estas trasformaciones cae el romance en manos del populacho que ha perdido ya su antigua fiereza, y con ella la noble aspiracion que en medio de los combates le alentaba: entonces son *jocosos*.

Hé aquí sumariamente la historia de la poesía popular de España. Véase cómo los cargos y acusaciones de los que no han comprendido la índole y carácter del romance castellano, sobre ser de todo punto infundados, solo sirven para acusar su indolencia, ya que no su ignorancia. El romance castellano se presta, pues, á todos los tonos, á todos los sentimientos y á todas las situaciones de la vida: ya se levanta á la verdadera entonacion épica, ya parece calzar el coturno trágico; ora exhala los tristes y desgarradores acentos de un alma

transida de dolor, ora revela el apacible y tierno gozo de un amante feliz; ya formula las sencillas quejas de una inocente pastora; y ya finalmente se duele de las flaquezas humanas, tronando con Juvenal sobre los vicios, ó burlándose con Marcial de los viciosos.

Siguiendo la clasificacion que acabamos de hacer, hemos juzgado conveniente presentar á nuestros lectores modelos de cada una de las especies de romance mencionadas.

ROMANCE CABALLERESCO.

VIII. — DESAFÍO DEL CID.

Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
Non son buenas fechorías
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidáras que era mi padre
Del Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
¿Mas cómo vos atrevisteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla;
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude
Mancha que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor.
La vuestra, conde tirano
Lo será, pues su furor
Os movió á desaguisado
Privándovos de razon.

Mano en mi padre pusisteis
Delante el-rey con furor,
Cuidá que lo denodasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo,
Si me causarás pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien çendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
Y en vuesa mala intencion.
No vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador;
Pues para me combatir
Traigo mi espada y troton.
Aquesto al conde Lozano
Dijo el buen Cid campeador,
Que después por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

ROMANCE MORISCO.

Si tienes el corazon,
Zaide, como la arrogancia
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;
Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla:
Si como el galan ornato,
Usas la lucida malla,

Y oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzaina:
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal á ver si te defiendes,
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Alguno de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros
No en palacio ni entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan;
Pero aquí que hablan las manos
Ven, y verás como habla
El que delante del rey
Por su respeto callaba.
Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma,
El delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
Le dijo: véte al Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta.
Y diráslo que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.

ROMANCE PASTORIL.

Peñas del Tajo deshechas
Del curso eterno del agua,
¿Cómo el de los ojos mios
Un pecho tierno no ablanda?
Bien parece que se rie
Entre vosotras la ingrata,
Que me ha desterrado el cuerpo,
Y me ha perseguido el alma.

Gozosa Fílis se goza
De quien me destruye y mata,
Como si el vencer un muerto
Diese victoria tan alta.
Humilde sufriendó estoy
El cuchillo á la garganta,
Y con ser sentencia injusta
No le replico palabra.
Mis agravios me dan voces,
Para que tome venganza;
Yo acállolos con decirles
Que poca vida me falta.
Aconséjoles que sufran,
Y respóndenme que osáran,
Si como ella tiene el pecho,
Tuviera yo las entrañas.
¿A quién se humilla el leon?
¿Quién con ser fiera le agravia?
Y á mí me mata de zelos
Una mujer enojada.

ROMANCE JOCOSO.

Topáronse en una venta
La muerte y amor un dia,
Ya despues de puesto el sol
Al tiempo que anochecia.
A Madríd iba la muerte
Y el ciego amor á Sevilla,
A pié llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
Acaso de la justicia;
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudiendo: tejo fin
Y la rial poner la risa,
Señora, no sé qué os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto,
Puso en el arco una vira,

Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retiran.
Con un lanzon el ventero
De por medio se metia,
Y haciendo las amistades
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama
Ni el ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
A los huéspedes servia.
Aun no ha bien amanecido,
Cuando amor se despedia:
Sus armas al huésped pide
Pagando lo que debia,
El huésped le da por ellas
Las que la muerte traia;
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó después la muerte
Triste, flaca, desabrida;
Tomó las armas de amor
Y tambien hizo su guia.
Y desde entonces acá
Mata el amor con su vira
Mozos, que ninguno pasa
De los veinte y cinco arriba:
A los ancianos á quien
Matar la muerte solia,
Ahora los emamora
Con las saetas que tira.
Mirad cuál está ya el mundo
Vuelto lo de abajo arriba,
Amor por dar vida, mata,
Muerte por matar, da vida.



SIGLO XVIII.

DON IGNACIO DE LUZAN.

Nació en Zaragoza á 28 de marzo de 1702, de una familia muy distinguida en aquel reino. La muerte de sus padres acaecida en su primera edad, y los disturbios que habia en España en aquel tiempo con motivo de la guerra de sucesion, le llevaron á Italia, donde, bajo el amparo y al cuidado de un tio suyo hizo sus primeros estudios, y tomó una instruccion muy amplia en humanidades, filosofía y derecho civil. Pero la literatura y la poesía fueron sus ocupaciones favoritas; y en su primera juventud se ejercitaba en componer versos en italiano y en latin, idiomas que poseia como si fueran propios suyos. Tambien llegó á poseer con mucha perfeccion el francés, el aleman y el griego, á que se dedicó después con grande ahinco.

Vuelto á España publicó su *Poética* en Zaragoza en 1737, y habiendo venido á la corte supo no solo con sus talentos y su literatura, sino con el conocimiento y tino que hablaba de los negocios públicos, y con su agradable y urbano trato, granjearse tal concepto de capacidad y despejo, que fué sucesivamente nombrado en 1747 secretario de la embajada de París; encargado de negocios en aquella corte al año siguiente, y vuelto á España en el de 50, consejero de hacienda; superintendente de la real Casa de Moneda de Madrid; y poco después tesorero de la Biblioteca real. Al tiempo que el gobierno le destinaba á empleos superiores por la confianza que en él tenia, falleció en Madrid de una enfermedad aguda en 19 de marzo de 1754.

Además de su *Poética* compuso diferentes poesías, algunas de ellas publicadas en el Parnaso español: tradujo del francés la comedia intitulada *La razon contra la moda* que corre impresa, y del italiano algunas óperas de Metastasio. Publicó tambien en prosa las *Memorias literarias de París*, y algun otro opúsculo sobre materias de crítica historia y literatura; y dejó otros diferentes escritos de que se hace mencion en la juiciosa vida que se lee al frente de la última edicion de su Poética. Fué de la academia Española, de la de la Historia, y de la de San Fernando: los mas señalados hombres de letras que habia en España en su tiempo fueron sus amigos, y en gran parte sus discípulos: y atendidos su carácter y prendas virtuosas, sus talentos y sus estudios, el noble uso que hizo de ellos, y sus servicios al Estado, es sin duda uno de los hombres que mas bien hicieron en aquella época á su patria y á las letras, y nadie mienta su nombre sino con aprecio y veneracion.

CANCION I.

A LA CONQUISTA DE ORAN.

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el hemisfero;
Las vencedoras sienes coronemos
Del sagrado laurel, al que es espanto
Del infiel mauritano, al Marte ibero.
Ya ¿para cuándo quiero
Los himnos de alegría y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para cuándo estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe
Con las ondas suavísimas mezclado
De la Castalia fuente el labio solo
De quien tuvo al nacer propicio á Apolo?
Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angosta á tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento:
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla
Pálido el africano y sin aliento:
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó airado la frente
De ovas coronada y de corales:
¿Quién me agobia con tanta pesadumbre
La espalda? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? O ¿por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?
Así decia el dios: las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma:
Humildes retirábanse las olas,
Céfiro por el cielo ya sereno
Batia en torno su ligera pluma.
¿A dónde irá la suma
De tanto alado pino? ¿Hay otro mundo

Que el español intrépido someta?
Hay otros que acometa
Riesgos por el océano profundo?
Si es que al soberbio inglés moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿A dónde ha de ir, sino es donde le llama
La santa fe, la verdadera fama?
Estremecióse el africano suelo,
Y temblaron de Oran torres y almenas,
Del formidable vencedor á vista:
En vano á la mezquita erróneo celo
Trae madres y esposas de horror llenas
A rogar que Mahoma las asista.
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del leon de España,
Que vino, vió y venció; y el agareno
Probó de susto lleno
A un tiempo amago y golpe de su saña:
Cual suele ver, no sin mortal desmayo,
Rasgarse en ronco trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina á un mismo punto.
Reconocen los bárbaros adarves
El ya noto pendon que se enarbola
Con armas de Castilla y celtíberas:
Gimen de pena y rabia los alarbes
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las banderas.
De escuadras lisonjeras
De alados paraninfos cortejada
Entra la Fe triunfante por las puertas,
Ahora de nuevo abiertas
Por el celo de España y por su espada.
Huye del Alcoran el falso rito,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames; y bendito
El lugar profanado y templo inculto,
Vuélvese á consagrar en mejor culto.
Estas, ó noble España, son tus artes,
Al cielo dirigir guerras y paces,
Pelear y vencer solo por Cristo:
Del orbe entero ya las cuatro partes
Siempre invencibles discurrir tus haces
Por la sagrada religion han visto.

Por ti desde Calisto
Hasta el opuesto polo en trecho inmenso
Al verdadero Dios el indio adora,
Y el que en la tierra mora
Donde al cruel Pluton se daba incienso.
Por ti del Evangelio arrebolada
Con mejor luz la aurora
Del Ganges sale, y por ti da la entrada
A nuestra fe la mas remota playa
Del Japon, de la China y de Cambaya.
Por ti de hoy mas el bárbaro numida,
El de Getulia, y el feroz Masilo
Dejarán la impía secta y ritos vanos:
Renacerán á mas felice vida
Cuantos habitan entre Lixo y Nilo
Abrazando la ley de los cristianos.
Con tratos mas humanos
El togado español pondrá sus leyes
Entonces al morisco vasallaje;
Y parias y homenaje
Recibirá de los vencidos reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
Virtud y el nuevo traje
Aprenderá la Libia prisionera;
Y sabiendo imitar, sin otra cosa,
Su misma esclavitud la hará dichosa.
Sulcará el industrioso comerciante
El libre mar Tirreno y el Egéo,
Sin temor de mazmorra ó de grillete:
¿Si diré lo que mandas que ahora cante,
O Febo, ó dejaré que lo que veo
Claro en la edad futura otro interpréte?
El andaluz jinete
Beberá del Cedron, el santo muro
Libertado será; y el fiel devoto
Podrá cumplir su voto,
De tiranos insultos ya seguro.
Tendrá la España, mas que un tiempo Roma,
De su imperio en el coto,
El marfil indio y el sabéo aroma
Para las aras y el sagrado fuego;
Ven, ó dichosa edad, pero ven luego.
De tu antiguo valor así no olvides
Los ilustres ejemplos, patriamia,
Lejos del ocio y de extranjera pompa:

Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía
Guste solo del parche y de la trompa.
Ambos ijares rompa
Con la espuela el bridon: con pecho fuerte
Entre polvo, humo y fuego á verse aprenda,
Y por la brecha ascienda
A buscar y vencer la misma muerte:
O aprenda á domeñar del mar la furia,
O á moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dejando en guerra y paz clara memoria:
Así se sube al templo de la gloria.
Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Cancion ligera y pronta,
Ve de Oran á la playa,
Y allá tambien contigo al campo vaya
Este aplauso primero:
Y dí en mi nombre al vencedor ibero,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto,
Sin que el tiempo ó la envidia al fin lo estorbe,
Será eterna su fama en todo el orbe.

CANCION II.

A LA DEFENSA DE ORAN.

Dame segunda vez, Euterpe amiga,
Bien templada la lira y nuevo aliento,
Que alcance á referir nuevas hazañas:
Ya de Oran y de Ceuta las campañas
Ofrecen otra vez alto argumento
Que á renovar aplausos nos obliga.
El África enemiga
Ya produce otras palmas y laureles
Para adornar del español la frente.
Tú, divina Piéride, consiente
Que del furor sagrado con que sueles
Grandes héroes cantar, y sus renombres
A pesar del olvido, entre los hombres
Inmortales hacer, pida hoy no poco:
Es justa la razon por que te invoco.
Como la generosa águila altiva
Sobre las vagas aves hecha reina,

Y que sirve al Tonante el pronto rayo,
Si de su arrojo en el primer ensayo
Culebra arrebató que escamas peina,
Y erguida la cerviz su furia aviva:
En vano ya cautiva
De la garra feroz silba y forceja,
Que el ave, uñas y pico ensagrentada
No suelta mas la presa, y remontada
Por la region suprema el vuelo aleja,
Hasta que al monstruo el fiero orgullo abate;
Y destrozado en desigual combate,
Palpitando algun miembro en tierra yace;
Lo demás en el aire su hambre pace:
Así la osada juventud de España
Contra el moro obstinado ahora defiende
Las conquistas debidas á su brio.
En vano el ya perdido señorío
La descendencia de Ismael pretende
Recobrar con la fuerza ó con la maña.
Veráse la campaña
De Marruecos, de Argel y Terudante
De púrpura teñida y rios rojos:
Revolcará los bárbaros despojos
Al mar del mediodía y al de Atlante,
Destinados juguete al Euro y Noto:
Cuando después sulcare algun piloto
Las playas hasta donde fué Cartago,
Conocerá en los huesos el estrago.
Es difícil empresa al enemigo
La firmeza vencer de tales pechos,
Que honra solo, valor y fe respiran:
Ya vulgares ejemplos no se admiran;
Ya del brazo español no salen hechos
Sin conducir la heroicidad consigo.
Del infeliz Rodrigo
No dura mas el ocio y muelle trato:
Entre noble vergüenza y rabia lucha
Cualquiera de nosotros cuando escucha
El nombre pronunciar de Mauregato.
Ya en defender circunvalado muro,
Con varia muerte es del ibero duro
Propio, innato el teson, del cual arguyo
Que seria obstinado, á no ser suyo.
¡O Cantabria feroz! ¡O de Sagunto
Inflexible valor! ¡O gran Numancia

Cuyas pérdidas hoy son nuestra gloria!
Siempre que se renueva la victoria
De nuestra heróica, indómita constancia,
Falta voz á la fama en tal asunto.
Cuando el extremo punto
Llegó del hado, el fiero numantino
Al fuego se arrojó de rogos varios,
Dejando admiracion á los contrarios;
Trofeos no; que el vencedor latino,
Cuyo valor no en vano se eterniza,
Solo pudo triunfar de la ceniza:
No haga otra gente de constancia alarde;
Que á esto no llegó nunca, ó llegó tarde.
Nace del fuerte el fuerte, y de la interna
Virtud del padre toma el becerrillo
Que en las dehesas de Jarama pace.
¿Acaso alguno vió jamás que nace
Del águila feroz triste cuclillo,
Nocturno buho ó palomita tierna?
Como en cadena eterna
Se eslabona el valor, y la prudencia
Se infunde al español de sus pasados:
De aquellos ascendientes celebrados
Esta nació valiente descendencia,
De quien ahora tiembla el mauritano:
Despues vendrán, y no lo espero en vano,
Emulándose en glorias y en efetos
Los hijos de los hijos y los nietos.
Cancion, si yo pudiese, bien querria,
Hacer de modo que tu voz oyese
La zona ardiente, la templada y fria;
Y que en tus alas fuese
La fama de mi patria y sus trofeos
A los pueblos del Indo, á los Sabeos,
A los de Arauco, Taura, Ida, Erimanto:
Pero no son tus alas para tanto.



DON NICOLÁS FERNANDEZ DE MORATIN.

Nació en Madrid el año 1737. Siguió la carrera de las letras, y estudió filosofía en el colegio de los jesuitas de Calatayud, y el derecho civil en Valladolid. Fué ayuda de guardajoyas de la reina doña Isabel Farnesio, á la que acompañó en su retiro de San Ildefonso, y después

vino con ella á Madrid cuando la muerte de Fernando VI. Aquí se distinguió al instante por sus conexiones con los primeros literatos de aquel tiempo, por su talento para la poesía, por su gusto y conocimientos en humanidades, y por su celo ardiente en combatir todos los errores y abusos que afeaban entonces esta amena parte del saber humano. Su primera obra fué la comedia de la *Petimetra:* después en diferentes tiempos dió las tragedias de *Lucrecia*, de *Hormesinda* y de *Guzman el Bueno*, el poema didáctico de *la Caza*, el periódico intitulado *el Poeta*, y otros diferentes opúsculos en verso y prosa. Su último escrito fué el canto épico *las naves de Cortés*, que presentó á la Academia Española para el primer concurso poético que se celebró en ella; y aunque no obtuvo el premio, ha quedado, sin embargo, en la opinion general como un escrito superior, y la mejor obra de Moratin. Falleció en Madrid á 11 de mayo de 1780 á los cuarenta y dos años de su edad, dejando un hijo que ha dado con sus talentos y con sus escritos un lustre todavía mas grande á su nombre. Fué de la sociedad económica de Madrid, y de los Arcades de Roma con el nombre de *Flumisbo Thermodonciaco*.

QUINTILLAS.

FIESTA ANTIGUA DE TOROS EN MADRID.

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar
Por si la puede ablandar
El corazon de diamante.
Pasó vencida á sus ruegos
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.
Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas
Mostraron los amadores
Y en pendones y en preseas
La dicha de sus amores.
Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,

Y do lejos muchas de ellas,
Las mas apuestas doncellas
Que España entonces tenia.
El ancho circo se llena
De multitud clamorosa
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.
La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.
Añafiles y atabales
Con militar armonía
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros mas principales.
No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros
Junto al puente que se llama
Por sus peces de Viveros,
Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel dia;
Y en la fiesta que gozó
La popular alegría
Muchas heridas costó.
Salió un toro del toril
Y á Tarfe tiró por tierra
Y luego á Benalguacil;
Despues con Hamete cierra
El temeron de Conil.
Traia un ancho liston
Con uno y otro matiz,
Hecho un lazo por airon
Sobre la enhiesta cerviz
Clavado con un arpon.
Todo galan pretendia
Ofrecerle vencedor
A la dama que servia:
Por eso perdió Almanzor
El potro que mas queria.
El alcaide, muy zambrero,
De Guadalajara, huyó

Mal herido al golpe fiero:
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.
Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto
No se quiere aventurar,
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.
Mas, viendo se culparia,
Va á ponérsele delante:
La fiera le acometia;
Y sin que el rejon le plante
Le mató una yegua pía.
Otra monta acelerado:
La embiste el toro de un vuelo
Cogiéndole entablezado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.
Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pié que encontrára,
El circo desocupando,
Y emplazándose se para
Con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir,
La plebe grita indignada:
Las damas se quieren ir
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo,
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega
Hincó la rodilla y dijo:
Sobre un caballo alazano
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear un toro
Un caballero cristiano.
Mucho le pesa á Aliatar,
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar,
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.
Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,

Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero.
Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube:
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.
Gorguera de anchos follajes,
De una cristiana primores,
Por los visos y celajes
En el yelmo los plumajes
Verjel de diversas flores.
En la cuja gruesa lanza
Con recamado pendon
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperacion,
O á lo menos de venganza.
En el arzon de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla,
Nunca mi espada venciera.
Era el caballo galan
El bruto mas generoso,
De mas gallardo ademan,
Cabos negros y brioso,
Muy tostado y alazan:
Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.
Nunca en el ancho rodeo
Que da Bétis con tal fruto,
Pudo fingir el deseo
Mas bella estampa de bruto
Ni mas hermoso paseo.
Dió la vuelta al rededor:
Los ojos que le veian

Lleva prendados de amor;
Alá te salve, decian,
Déte el Profeta favor.
Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni se precia, ni se estima.
Las doncellas al pasar
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.
Mas cuando en medio se para
Y de mas cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara
Y así la dice y suspira:
Señora, sueños no son:
Así los cielos vencidos
De mi ruego y afliccion,
Acerquen á mis oidos
Las campanas de Leon,
Como ese doncel que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar
El soberbio castellano.
Sin descubrirle quién es
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés;
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena.
Y supo que fugitivo
De la corte de Fernando
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.
Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo en torno la cerca:
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca.
Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones

El caballo ha detenido
Delante de sus balcones
Y la saluda rendido.
La mora se puso en pié
Y sus doncellas detrás:
El alcaide que lo ve,
Enfurecido además,
Muestra cuán zeloso esté.
Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.
Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro
Marcha al combate cruël,
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.
El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado,
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar.
Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió:
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.
Brama la fiera burlada:
Segunda vez acomete
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez la mete
Sutil la punta acerada.
Pero ya Rodrigo espera
Con heróico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.
La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
Con ardiente resoplido.
La cola inquieto menea,
La oreja diestra mosquea,

Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor y el ímpetu mas.
  El que en esta ocasion viera
De Zaida el rostro alterado
Claramente conociera
Cuánto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.
  ¡Mas ay, que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucasô cavernoso
Se desgaja estrago haciendo;
  Ni llama así fulminante
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,
  Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.
  La confusa vocería
Que en tal instante se oyó,
Fué tanta, que parecia
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundia.
  A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En la lanza le clavó
Y á los balcones llegaba.
  Y alzándose en los estribos
Le alarga á Zaida diciendo:
Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo,
  Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.
  Ella, el rostro placentero,
Dijo y turbada: Señor
Yo le admito y le venero,

Por conservar el favor
De tan gentil caballero.
Y besando el rico don
Para agradar al doncel,
Le prende con aficion
Al lado del corazon
Por brinquiño y por joyel.
Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve,
Y trémulo y amarillo
Sobre un tremecen rosillo
Lozaneando se fué.
Y en ronca voz, castellano,
Le dice, con mas decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.
Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.
Así, dijo el de Vivar,
Respondo; y la lanza al ristre
Pone y espera á Aliatar:
Mas sin que nadie administre
Órden, tocaron á armar.
Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prision pedia,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.
Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó
Se acerca, oyó el alboroto
Y al muro se abalanzó.
Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor,
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir,
Tal era ya su furor.
El alcaide recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando;

Y por el parque florido
Salió con él razonando.
  Y es fama que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.



DON JOSÉ CADALSO.

Nació en Cádiz á 8 de ootubre de 1741. Sus padres le enviaron desde muy jóven á recorrer los países extranjeros, y á los veinte años ya habia visitado la Francia, la Inglaterra y la Alemania. Volvió á España, y sus primeros ensayos en la literatura no fueron muy felices, á juzgar por *la Óptica del cortejo* que se le atribuye. Después reformó sus estudios, y empezó á aprovecharse de lo que habia aprendido fuera de España, y de las obsérvaciones que hacia en la literatura nacional. La primera obra que dió al público como fruto de estas tareas fué el *Sancho García*, tragedia en el gusto clásico, que se représentó en los teatros de la corte, y logró poca aceptacion como todas las de este género entonces. Salió á luz la primera vez con el nombre de Juan del Valle en 1771, y después en 1781 con el del autor. En seguida de la tragedia publicó los *Eruditos á la violeta*, que lograron un aplauso extraordinario, impresos en 1772. En el año siguiente dió á luz los *Ocios* de su juventud, ó sus Poesías líricas que acrecentaron su reputacion; una y otra obra salierón con el nombre de don Josef Vazquez. Escribió tambien á imitacion de las Cartas persianas las *Cartas marruecas*, publicadas después de su muerte, y algun otro opúsculo que tambien se ha dado á luz, aunque imperfecto.

Siguió la profesion de las armas, y fué comandante de escuadron en el regimiento de caballería de Santiago, y después graduado de coronel. Hallándose con su cuerpo en Salamanca, conoció y trató mucho á Melendez, Iglesias, Gonzalez y otros humanistas cuyos estudios dirigió, principalmente los de Melendez. Murió herido de una granada en el sitio de Gibraltar en 27 de febrero de 1782.

ANACRÉONTICA.

  ¿Quién es aquel que baja
Por aquella colina,
La botella en la mano,
En el rostro la risa;

De pámpanos y hiedra
La cabeza ceñida;
Cercado de zagales,
Rodeado de ninfas,
Que al son de los panderos
Dan voces de alegría,
Celebran sus hazañas,
Aplauden su venida?
Sin duda será Baco
El padre de las viñas.
Pues no, que es el poeta,
Autor de esta letrilla.

LETRILLA.

De amores me muero,
Mi madre, acudid;
Si no llegais pronto
Veréisme morir.
Catorce años tengo,
Ayer los cumplí,
Que fué el primer dia
Del florido abril,
Y chicos y chicas
Me suelen decir:
¿Porqué no te casan,
Mariquilla? dí.
De amores me muero, etc.
Y á fe, madre mia,
Que allá en el jardin
Estando á mis solas
Despacio me ví
En el espejito
Que me dió en Madrid
Las ferias pasadas
Mi primito Luis.
De amores me muero, etc.
Miréme y miréme
Cien veces y mil,
Y dije llorando,
¡Ay pobre de mí!
¿Porqué se malogra
Mi dulce reir
Y tierno mirar?

¡Ay niña infeliz!
De amores me muero, etc.
Y luego en mi pecho
Una voz oí
Cual cosa de encanto
Que empezó á decir:
¿La niña soltera
De qué ha de servir?
La vieja casada
Aun es mas feliz.
De amores me muero, etc.
Si por ese mundo
No quisiéreis ir
Buscándome un novio,
Dejádmelo á mí:
Que yo hallaré tantos
Que pueda elegir,
Y de nuestra calle
Yo no he de salir:
De amores me muero, etc.
Al lado vive uno
Como un serafin,
Que la misma misa
Que yo suelo oir:
Si voy sola, llega
Muy cerca de mí,
Y se pone léjos
Si tambien venís:
De amores me muero, etc.
Me mira, le miro,
Si me vió le vi;
Se pone mas rojo
Que el mismo carmin.
Y si esto le pasa
Al pobre, decid,
¿Qué quereis, mi madre,
Que me pase á mí?
De amores me muero, etc.
Enfrente vive otro
Taimado y sutil,
Que suele de paso
Mirarme y reir;
Y disimulado
Se viene tras mí,
Y á ver dónde voy.

Me suelo seguir :
De amores me muero, etc.
Otro hay que pasea
Con aire gentil
La calle cien veces,
Y aunque diga mil;
Y á nuestra criada
Lo suele decir:
Bonita es tu ama:
¿Te habla de mí?
De amores me muero, etc.



DON GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS.

Nació en Gijon (Asturias), el dia 5 de enero de 1744. Recibió la primera educacion en su patria, estudiando luego la filosofía en Oviedo, y mas tarde el derecho canónico y civil en la universidad de Ávila.

Al principio fué destinado á la Iglesia y ordenado de menores, mas luego renunció á la carrera eclesiástica, habiendo obtenido una plaza de alcalde de la cuadra en la Audiencia de Sevilla. Por entonces fué cuando escribió el *Delincuente honrado* y el *Pelayo*, tradujo el libro primero del *Paraíso perdido* de Milton, y compuso las diferentes poesías que él llamaba sus *Ocios juveniles*. Fué promovido á oidor del mismo tribunal en 1774; cuatro años después pasó á Madrid de alcalde de casa y corte, y en 1780 fué nombrado consejero de órdenes. En los diez años comprendidos desde 1780 hasta su destierro á Asturias en 1790, originado de la prision y desgracia de su amigo el conde de Cabarrús, escribió su *Discurso sobre la necesidad del estudio de la Historia para el de la jurisprudencia*, *la Memoria sobre las divisiones públicas*, el *Elogio histórico de las nobles Artes españolas*, los dos *Elogios de Don Ventura Rodriguez*, *y Carlos III*, y su célebre *Informe sobre la Ley agraria*. En 1797 fué llamado á la corte para desempeñar el ministerio de gracia y justicia, del que salió muy en breve, desterrado á su país; — luego fué preso como reo de Estado y conducido primero á la Cartuja de Mallorca, y después al castillo de Bellver.

Los sucesos de Aranjuez en 1808 le abrieron las puertas de su prision, desde la cual pasó á hacer parte de la junta central, donde tanto se distinguió Jovellanos por sus grandes virtudes públicas y privadas.

Disuelta la junta en la Isla de Leon en el año de 1810, volvió Jovellanos á su patria, á donde no pudo llegar hasta 5 de agosto de 1811, habiendo tenido que detenerse en Galicia hasta entonces, por estar ocupada por los Franceses la provincia de Asturias. Entonces se dedicó á restablecer el Instituto científico que habia fundado durante la época de su primer destierro, hasta que invadida de nuevo la provincia por los enemigos, tuvo que salvarse por mar, y después de haber sufrido dos bor-

rascas peligrosas, falleció de una aguda pulmonía en el puerto de Vega, el 27 de noviembre de 1811.

Jovellanos es uno de los españoles que han dejado una reputacion mas pura y un nombre mas respetable en estos últimos tiempos.

AL SOL.

IDILIO.

Padre del universo,
Autor del claro dia,
Brillante sol, á cuyos
Influjos la infinita
Turba de los vivientes
El ser debe y la vida:
Tú, que rompiendo el seno
De la alba cristalina,
Sales sobre el oriente
A derramar el dia
Por los profundos valles
Y por las altas cimas;
De cuyo reluciente
Curso las diamantinas
Y voladoras ruedas
Con rapidez no vista
Hienden el aire vago
De la region vacía,
En hora buena vengas,
De luces matutinas
De rayos coronado
Y llamas nunca extintas,
A henchir las almas nuestras
De paz y de alegría.
La tenebrosa noche,
De fraudes, de perfidias
Y dolos medianera,
Se ausenta de tu vista,
Y busca en los profundos
Abismos su guarida.
El sueño perezoso,
Las sombras, las mentidas
Fantasmas, y los sustos,

Su horrenda comitiva,
Se alejan de nosotros,
Y en pos del claro dia
El júbilo, el sosiego
Y el gozo nos visitan.
Las horas transparentes
De clara luz vestidas
Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.
O bien brillante salgas
Por las eóas cimas
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas;
O ya el luciente carro
Con nuevo ardor dirijas
Al reino austral, de donde
Mas luz y fuego vibras;
O, en fin, precipitado
Sobre las cristalinas
Occiduas aguas caigas
Con luz mas blanda y tibia;
Tu rostro refulgente,
Tu ardor, tu luz divina
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría.

SÁTIRA.

¡ Quis tam patiens ut teneat se!

JUVENAL.

Déjame, Arnesto, déjame que lloro
Los fieros males de mi patria, deja
Que su ruina y perdicion lamente;
Y si no quieres que en el centro oscuro
De esta prision la pena me consuma,
Déjame al menos que levante el grito
Contra el desórden: deja que á la tinta
Mezclando hiel y acíbar, siga indócil
Mi pluma al vuelo del bufon de Aquino.
¡O cuánto rostro veo á mi censura
De palidez y de rubor cubierto!
¡Animo! amigos; nadie tema, nadie
Su punzante aguijon, que yo persigo

En mi sátira al vició, no al vicioso.
¿Y qué querrá decir, que en algun verso
Encrespada la bílis, tire un rasgo,
Que el vulgo crea que señala á Alcinda?
La que, olvidando su orgullosa estirpe,
Baja vestida al Prado, cual pudiera
Una maja con trueno y rascamoño:
Alta la ropa, erguida la caramba,
Cubierta de un cendal mas trasparentė
Que su intencion, á ojeadas y meneos
La turba de los tontos concitando.
¿Podrá sentir que un dedo malicioso,
Apuntando este verso, la señale?
Ya la notoriedad es el mas noble
Atributo del vicio, y nuestras Julias
Mas que ser malas quieren parecerlo.
Hubo un tiempo en que andaba la modestia
Dorando los delitos: hubo un tiempo
En que el recato tímido cubria
La fealdad del vicio, pero huyóse
El pudor á vivir en las cabañas.
Con él huyeron los dichosos dias
Que ya no volverán: huyó aquel siglo
En que aun las necias burlas de un marido
Las bascuñanas crédulas tragaban.
Mas hoy Alcinda desayuna al suyo
Con ruedas de molino: triunfa, gasta,
Pasa saltando las eternas noches
Del crudo enero, y cuando el sol tardío
Rompe el oriente, admírala golpeando,
Cual si fuese una extraña, al propio quicio
Entra barriendo con la undosa falda
La alfombra, aquí y allí cintas y plumas
Del enorme tocado siembra; y sigue
Con débil paso soñolienta y mustia,
Yendo aun Fabio de su mano asido,
Hasta la alcoba, donde á pierna suelta
Ronca el cornudo, y sueña que es dichoso.
Ni el sudor frio, ni el hedor, ni el rancio
Eructo le perturban. A su hora
Despierta el necio: silencioso deja
La profanada holanda, y guarda atento
A su asesina el sueño mal seguro.
¡Cuántas, ó Alcinda, á la coyunda uncidas
Tu suerte envidian! ¡Cuántas de Himeneo

Buscan el yugo por lograr tu suerte!
Y sin que invoquen la razon, ni pese
Su corazon los méritos del novio,
El *sí* pronuncian, y la mano alargan
Al primero que llega! ¡Qué de males
Esta maldita ceguedad no aborta!
Veo apagadas las nupciales teas
Por la discordia con infame soplo
Al pié del mismo altar; y en el tumulto
Bríndis y vivas de la tornaboda
Una indiscreta lágrima predice
Guerras y oprobios á los mal unidos.
Veo por mano temeraria roto
El velo conyugal, y que corriendo
Con la imprudente frente levantada,
Va el adulterio de una casa en otra:
Zumba, festeja, rie, y descarado
Canta sus triunfos, que tal vez celebra
Un necio esposo, y tal del hombre honrado
Hieren con dardo penetrante el pecho,
Su vida abrevian, y en la negra tumba
Su error, su afrenta y su despecho esconden.
¡O viles almas! ¡O virtud! ¡O leyes!
¡O pundonor mortífero! ¿Qué causa
Te hizo fiar á guardas tan infieles
Tan preciado tesoro? ¿Quién ¡ó Témis.
Tu brazo sobornó? Le mueves cruda
Contra las tristes víctimas que arrastra
La desnudez ó el desamparo al vicio:
Contra la débil huérfana, del hambre
Y del oro acosada, ó al halago,
La seduccion y el tierno amor rendida;
La expilas, la deshonras, la condenas
A incierta y dura reclusion; ¿y en tanto
Ves indolente en los dorados techos
Cobijado el desórden, ó le sufres
Salir en triunfo por las anchas plazas,
La virtud y el honor escarneciendo?
¡O infamia! ¡O siglo! ¡O corrupcion! Matronas
Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
Pundonor eclipsar? ¿Quién de Lucrecias
En Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
Océano, ni lleno de peligros
El Lilibeo, ni las arduas cumbres
De Pirene pudieron guareceros

Del contagio fatal? Zarpa preñada
De oro la nao gaditana, aporta
A las orillas gálicas, y vuelve
Llena de objetos fútiles y vanos;
Y entre los signos de extranjera pompa
Ponzoña esconde y corrupcion, compradas
Con el sudor de las iberas frentes;
Y tú, mísera España, tú la esperas
Sobre la playa, y con afan recoges
La pestilente carga, y la repartes
Alegre entre tus hijos. Viles plumas,
Gasas y cintas, flores y penachos
Te trae en cambio de la sangre tuya:
De tu sangre, ¡ó baldon! y acaso, acaso
De tu virtud y honestidad. Repara
Cuál la liviana juventud los busca.
Mira cuál va con ellos engreida
La impudente doncella: su cabeza
Cual nave real en triunfo empavesada
Vana presenta del favonio al soplo
La miés de plumas y de airones, y anda
Loca buscando en la lisonja el premio
De su indiscreto afan. ¡Ay triste! Guarte,
Guarte, que está cercano el precipicio.
El astuto amador ya en asechanza
Te atisba y sigue con lascivos ojos.
La adulacion y la caricia el lazo
Te van á armar do caerás incauta,
En él tu oprobio y perdicion hallando.
¡Ay cuánto, cuánto de amargura y lloro
Te costarán tus galas! ¡Cuán tardío
Será y estéril tu arrepentimiento!
Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
Del nunca exhausto Potosí nos bastan
A saciar el hidrópico deseo:
La ansiosa sed de vanidad y pompa.
Todo lo agotan: cuesta un sombrerillo
Lo que antes un Estado, y se consume
En un festin la dote de una infanta.
Todo lo tragan: la riqueza unida
Va á la indigencia. Pide y pordiosea
El noble, engaña, empeña, malbarata,
Quiebra y perece; y el logrero goza
Los pingües patrimonios, premio un dia
Del generoso afan de altos abuelos.

¡O ultraje! ¡O mengua! Todo se trafica:
Parentesco, amistad, favor, influjo;
Y hasta el honor, depósito sagrado,
O se vende, ó se compra. Y tú, belleza,
Don el mas grato que dió al hombre el cielo,
No eres ya premio del valor, ni paga
Del peregrino ingenio. La florida
Juventud, la ternura, el rendimiento
Del constante amador ya no te alcanzan.
Ya ni te das al corazon, ni sabes
Dél recibir adoracion y ofrendas.
Ríndeste al oro: la vejez hedionda,
La sucia palidez, la faz adusta,
Fiera y terrible, con igual derecho
Vienen sin susto á negociar contigo.
Daste al barato, y tu rosada frente,
Tus suaves besos y tus dulces brazos,
Corona un tiempo del amor mas puro,
Son ya una vil y torpe mercancía.



DON FÉLIX MARÍA SAMANIEGO.

Nació en la Guardia (la Rioja), el 12 de octubre de 1754. Fueron sus padres don Félix Sanchez Samaniego y doña Juana María Zabala, natural de Tolosa de Guipúzcoa. Como hijo mayor heredó los mayorazgos de su casa, y fué señor de las cinco villas del valle de Arraya. Recibió de sus padres la primera educacion: estudió dos años de leyes en Valladolid: viajó por Francia con mucha utilidad, y pasó después á Vergara, donde adquirió importantes conocimientos con el frecuente trato del conde de Peñaflorida y del marqués de Narros sus parientes y fundadores de la sociedad Vascongada, la primera que se estableció en España, de la cual fué Samaniego uno de los primeros socios de número desde el año de 1765 en que residia en la Guardia. Vivió después muchos años en Bilbao por haber contraido allí su matrimonio con doña Manuela Salcedo, de quien no tuvo sucesion. Como socio de número concurria á las juntas generales que todos los años celebraba la sociedad alternativamente en Vitoria, Vergara y Bilbao, amenizando con su agradable y chistosa conversacion aquellas concurrencias. Residió tambien algunas temporadas en el seminario de Vergara, como presidente de turno entre los socios de número; y entonces fué cuando comenzó á escribir sus *Fábulas* acomodándolas á la capacidad de los niños. En 1782 le comisionó su provincia de Álava para evacuar en Madrid asuntos de la mayor importancia, que desempeñó completamente, sin embargo de estar prevenido contra él y su provincia el ministerio; habiendo llegado

á captarse de tal modo la íntima confianza del conde de Floridablanca, que tuvo empeño en darle algun destino importante, que rehusó constantemente. La provincia le regaló á su regreso una vajilla de plata tasada en 400,000 reales, por no haber admitido dietas ni honorarios, y haber hecho crecidos gastos; pero su desinterés le hizo rehusar este regalo, tomando solo una pieza en señal de agradecimiento.

A instancia de su tio el conde de Peñaflorida coordinó sus fábulas para instruccion de los seminaristas; y aprovechándose de un viaje que hizo á Valencia acompañando á la marquesa de San Miguel su cuñada, las imprimió allí en 1781. Al año siguiente presentó en las juntas de la sociedad el tomo segundo, que se imprimió en Madrid por Ibarra en 1784. Entre tanto publicó Iriarte sus *Fábulas literarias:* habíanse indispuesto los dos, y Samaniego imprimió un anónimo con el título de *Observaciones sobre las fábulas literarias,* y otros folletos contra Iriarte, la parodia de su *Guzman,* las *Memorias de Cosme Damian* contra el prólogo del Teatro de Huerta, etc. Poco cuidadoso de su fama literaria miraba con indiferencia y poco aprecio sus producciones, que hizo quemar en su última enfermedad. Extremamente aficionado á la música tocaba con mucho gusto el violin y la vihuela. Era graciosísimo en su conversacion: improvisaba con chiste y oportunidad; y falleció en la Guardia á 11 de agosto de 1801.

FÁBULA I.

EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO.

¡Que me matan! ¡favor! Así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de una águila sangrienta.
A las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compasivo escarabajo;
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
¡O reina de las aves escogida!
¿Porqué quitas la vida
A este pobre animal manso y cobarde?
¿No seria mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras;
O ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas y tu corvo pico
En el frio cadáver de un borrico?
Cuando el escarabajo así decia
La águila con desprecio se reia;

Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla, y vaso.
El pequeño animal así burlado,
Quiere verse vengado.
En la ocasion primera
Vuela al nido del águila altanera:
Halla solos los huevos, y arrastrando
Uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponia en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo
Remontando su vuelo,
A Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El águila sus huevos, y se fuese,
Que á la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el escarabajo el caso todo:
Astuto é ingenioso hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe aunque se calla;
Y que, segun yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter, que se vió con tal basura,
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo al arrojar la almondiguilla
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el águila y llorosa
Aprendió esta leccion á mucho precio:
A nadie se le trate con desprecio
Como al escarabajo;
Porque al mas miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

II.

EL RATON DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO.

Un raton cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un raton campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda;
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento;
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan primero*.
Sus sentidos allí se recreaban:
Las paredes y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, perniles y cecinas.
Saltaban de placer, ¡ó qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situacion tan lisonjera
Llega la despensera;
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
¡Esto tenemos! dijo el campesino,
Reniego yo del queso, del tocino,
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.
Volvióse á su campaña en el instante,
Y estimó mucho mas de allí adelante,
Sin zozobra, temor ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.

III.

LA LECHERA.

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,

Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
 Porque no apetecia
Mas compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecia
Inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera,
Y decia entre sí de esta manera:
 Esta leche vendida
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero
Para sacar cien pollos que al estío
Me rodeen cantando el *pio, pio.*
 Del importe logrado
De tanto pollo mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino,
Tanto que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la barriga.
 Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta vaca, y un ternero
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano á la cabaña.
 Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasion! A Dios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechon, vaca y ternero.
 ¡O loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.
 No seas ambiciosa
De mejor ó mas próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa,
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

IV.

LOS ANIMALES CON PESTE.

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí donde su corte el Leon tenia
Mirando cada dia
Las cacerías, luchas, y carreras
De mansos brutos, y de bestias fieras,
Se veian los campos ya cubiertos
De enfermos miserables, y de muertos.
Mis amados hermanos,
Exclamó el triste rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga;
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel mas delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado.
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros;
Y he sido á fuerza de delito tanto
De la selva terror, del bosque espanto.
Señor, dijo la Zorra, en todo eso
No se halla mas exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna
De los viles cornudos animales,
Los sacros dientes, y las uñas reales.
Trató la corte al rey de escrupuloso:
Allí del Tigre, de la onza y oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones;
Mas entre la grandeza, sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El asno sin embargo muy confuso
Prorumpió: yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano
Yo hambriento, y él lozano,
Sin guarda ni testigo,

Cai en la tentacion; comi del trigo.
¡Del trigo! ¡y un jumento!
Gritó la zorra, ¡horrible atrevimiento!
Los cortesanos claman: este, este
Irrita al cielo que nos da la peste.
Pronuncia el rey de muerte la sentencia;
Y ejecutóla el lobo á su presencia.
Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre, miserable.
Esto hallará en la corte quien la vea;
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

V.

CONGRESO DE LOS RATONES.

Desde el gran *Zapiron el blanco y rubio,*
Que después de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido Miauragato
Quien mas sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparian de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno.
¿Quién lo ha de ejécutar? eso ninguno.
Yo soy corto de vista: Yo muy viejo:
Yo gotoso, decian. El consejo
Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban. Hacen otro: ¡qué portento!
¿Pero la ejecucion? ahí está el cuento.

VI.

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.

Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente;
Mas, inválido al fin y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo paso le afligia;
Pero como cazar aun no podia,
Con las yerbas hacia penitencia.
Una oveja pasaba, y él la dice:
Amiga, ven acá, llega al momento:
Enfermo estoy, muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.
¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
Le responde la oveja recelosa.
Dime pues una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el gargüero,
Abrir el apetito,
Y tragarme despues como á un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.
Así dijo y se fué, si no la mata.
¡Cuánto importa saber con quién se trata!

VII.

EL ASNO Y LAS RANAS.

Muy cargado de leña un burro viejo,
Triste armazon de huesos y pellejo,
Pensativo, segun lo cabizbajo,
Caminaba, llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo, la carrera larga,
Todo al fin contra el mísero se empeña,
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado.
Viéndose de aquel modo,
Cubierto de agua y lodo,
Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dijo neciamente
Expresiones ajenas de sus canas.
Mas las vecinas ranas
Al oir sus lamentos y quejidos,
Las unas se tapaban los oidos,

Las otras, que prudentes lo escuchaban,
Reprendíanle así, y aconsejaban:
Aprenda el mal jumento
A tener sufrimiento,
Que entre las que habitamos la laguna
Ha de encontrar leccion muy oportuna.
Por Júpiter estamos condenadas
A vivir sin remedio encenagadas
En agua detenida, lodo espeso;
Y á mas de todo eso,
Aquí perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra,
Cruzar el anchuroso mar profundo,
Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
Mas llevamos á bien nuestro destino;
Y así nos premia Júpiter divino,
Repartiendo entre todas cada dia
La salud, el sustento y alegría.
Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal mas amargo que la muerte.

VIII.

EL ASNO Y EL PERRO.

Un perro y un borrico caminaban
Sirviendo á un mismo dueño.
Rendido este del sueño,
Se tendió sobre el prado que pasaban.
El borrico entretanto, aprovechado
Descansa y pace; mas el perro hambriento
Bájate, le decia, buen jumento,
Pillaré de la alforja algun bocado.
El asno se le aparta como en chanza:
El perro sigue al lado del borrico
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuando danza.
No seas bobo, el asno le decia:
Espera á que nuestro amo se despierte,
Y será de esa suerte
El hambre mas, mejor la compañía.
Desde el bosque entre tanto sale un lobo:
Pide el asno favor al compañero;

En lugar de ladrar el marrullero
Con fisga respondió : no seas bobo :
Espera á que nuestro amo se despierte,
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia,
Al ver al lobo que te da la muerte.
El pollino murió : no hay que dudarlo;
Mas si resucitára,
Corriendo el mundo á todos predicára :
Prestad auxilio, si quereis hallarlo.

IX.

EL LEON Y EL ASNO CAZANDO.

Su majestad leonesa en compañía
De un borrico se sale á montería.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo leon una enramada,
Mandó al asno que en ella se ocultase,
Y que de tiempo en tiempo rebuznase
Cual trompeta de caza en el ojeo
Logró el rey su deseo;
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetian,
A su selvoso albergue se volvian
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente;
Y en su cobarde huida
En las garras del leon pierden la vida.
Cuando el asno se halló con los despojos
De devoradas fieras á sus ojos,
Dijo: par diez si llego mas temprano,
A ningun muerto dejo hueso sano.
A tal fanfarronada
Soltó el rey una grande carcajada:
Y es que jamás convino
Hacer del andaluz al vizcaino.

X.

EL VIEJO Y LA MUERTE.

Entre montes por áspero camino,
Tropezando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña
Maldiciendo su mísero destino.

Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podia,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces á la muerte.
Armada de guadaña en esqueleto
La parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el viejo temiendo ser difunto,
Lleno mas de terror que de respeto,
Trémulo la decia y balbuciente:
Yo... señora... os llamé desesperado;
Pero... Acaba: ¿qué quieres, desdichado?
Que me cargues la leña solamente.
Tenga paciencia quien se cree infelice,
Que aun en la situacion mas lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice.

XI.

LOS DOS MACHOS

Dos machos caminaban: el primero
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido
Al son de los redondos cascabeles.
El segundo, desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente,
Seguia de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la riendn al arrogante:
Él se defiende, y ellos le maltratan:
Y después que el dinero le arrebatan,
Huyen, y dice entonces el segundo:
Si á estos riesgos exponen en el mundo
Las requezas, no quiero, á fe de macho,
Dinero, cascabeles, ni penacho.

XII.

EL GALLO Y EL ZORRO.

Un gallo muy maduro,
De edad provecta, duros espolones,
Pacífico y seguro,

Sobre un árbol oia las razones
De un zorro muy cortés y muy atento,
Mas elocuente cuanto mas hambriento.
Hermano, le decia,
Ya cesó entre nosotros una guerra
Que cruel repartia
Sangre y plumas al viento y á la tierra:
Baja, daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos á tu cuello.
Amigo de mi alma,
Responde el gallo, ¡qué placer inmenso
En deliciosa calma
Deja está vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy tierno y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo:
Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya están adelante,
Dos correos que llegan al momento
De esta noticia portadores fieles,
Y son segun la traza dos lebreles.
A Dios, á Dios, amigo,
Dijo el zorro, que estoy muy ocupado,
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado.
El gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:
Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño
A un pícaro otro mayor.

XIII.

LOS NAVEGANTES.

Lloraban unos tristes pasajeros
Viendo su pobre nave combatida
De recias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.
Mas el piloto estuvo muy sereno,

Tanto en la tempestad como en bonanza,
Que sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto á súbita mudanza.

XIV.

EL ASNO Y EL LOBO.

Un burro cojo vió que le seguia
Un lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decia:
Amigo lobo, yo me estoy muriendo:
Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pié de que cojeo:
Si yo no me valiese de herradores,
No me veria así como me veo;
Y pues fallezco, sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo,
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeme después de cabo á rabo.
¡Oh! dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano,
No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano.
El caso es para mí una patarata:
La operacion no mas que de un momento:
Alargue bien la plata,
Y no se me acobarde, buen jumento.
Con su estuche molar desenvainado
El nuevo profesor llega al doliente,
Mas este le dispara de contado
Una coz que lo deja sin un diente.
Escapa el cojo: pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
¡Ay infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.
Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de lobo carnicero:
Pues si puedo vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora á curandero?
Hablemos en razon: no tiene juicio
Quien deja el propio por ajeno oficio.

XV.

EL ASNO Y EL CABALLO.

ban, mas no sé adónde ciertamente,
Un caballo y un asno juntamente:
Este cargado, pero aquel sin carga.
El grave peso, la carrera larga,
Causaron al borrico tal fatiga,
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra. Amigo compañero,
No puedo mas, decia, yo me muero,
Repartamos la carga, y será poca;
Si no, se me va el alma por la boca.
Dice el otro: revienta en hora buena:
¿Por eso he de sufrir la carga ajena?
Gran bestia seré yo, si tal hiciere.
¿Miren, y qué borrico se me muere?
Tan justamente se quejó el jumento,
Que espiró el infeliz en el momento.
El caballo conoce su pecado,
Pues tuvo que llevar mal de su grado
Los fardos y aparejos todo junto;
Item mas, el pellejo del difunto.
Juan, alivia en sus penas al vecino,
Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda,
Si no lo haceis así, temed sin duda
Que seréis el caballo y el pollino.

XVI.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA.

Un labrador cansado
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veia calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.

¿Porqué la Providencia,
Decia entre sí mismo,
Puso á la ruin bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuánto mejor seria,
Que, trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos?
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota
Le pegó en las narices de improviso.
Par diez, prorumpió entonces
El labrador sencillo,
Si lo que fué bellota
Algun gordo melon hubiera sido,
Desde luego pudiera
Tomar á buen partido,
En caso semejante,
Quedar desnarigado, pero vivo.
Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo á cada cosa
Señalar sabiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo está repartido,
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.

XVII.

UN COJO Y UN PICARON.

A un buen cojo un descortés
Insultó atrevidamente:
Oyólo pacientemente
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: una, dos, tres,
Cojo es.
Oyólo el cojo: aquí fué
Donde el buen hombre perdió
Los estribos; pues le dió
Tanta cólera, y tal ira,
Que la muleta le tira,

Quedándose, ya se ve,
Sobre un pié.
Solo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el cojo, es lo que siento,
Que este mal no me atormenta:
Porque al hombre solo afrenta
Lo que supo merecer,
Padecer.

XVIII.

LA ZORRA Y EL CHIVO.

Una zorra cazaba;
Y al seguir á un gazapo,
Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.
Cuando mas la afligia su tristeza
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió asomarse al brocal por su fortuna
Del chivo padre la gentil cabeza.
¿Qué tal? dijo el barbon, ¿la agua es salada?
Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
Respondió la raposa,
Que en el tal pozo estoy como encantada.
Al agua el chivo se arrojó sediento:
Monta sobre él la zorra, de manera
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal, y sale en el momento.
Quedó el pobre atollado: cosa dura.
¿Mas quién podrá á la zorra dar castigo,
Cuando el hombre, aun á costa de su amigo,
Del peligro mayor salir procura?

XIX.

EL LOBO Y EL PERRO.

En busca de alimento
Iba un lobo muy flaco y muy hambriento;
Encontró con un perro tan relleno,
Tan lucio, sano y bueno,
Que le dijo: yo extraño
Que estés de tan bueno año
Como se deja ver por tu semblante;

Cuando á mi mas pujante,
Mas osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.
El perro respondió: sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado;
Retírate á poblado,
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afan, ni mas ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho mas estoy curtido,
Así me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores.
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el lobo por algun recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo
Mirando al perro dijo: he reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Díme: ¿qué es eso? — Nada. —
Dímelo por tu vida, camarada. —
No es mas que la señal de la cadena:
Pero no me da pena;
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores:
Recíbenme á sus piés de mil amores:
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada:
Este lo mal asado;
Aquel un hueso poco descarnado;
Y aun un gloton que todo se lo traga,
A lo menos me halaga
Pasándome la mano por el lomo:
Yo meneo la cola, callo y como. —
Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
Pero por fin y postre tú estas preso:

Jamás sales de casa,
No puedes ver lo que en el pueblo pasa. —
Es así. — Pues amigo,
La amada libertad que yo consigo
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado:
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos; porque al cabo
No hay bocado en sazon para un esclavo.



DON TOMÁS DE IRIARTE.

Nació en el puerto de Santa Cruz de la villa de Orotava en la isla de Tenerife, á 18 de setiembre de 1750. Sus padres fueron don Bernardo de Iriarte y doña Bárbara de las Nieves Hernandez de Oropesa.

A los diez años pasó á la villa de Orotava á estudiar la lengua latina bajo la enseñanza de su hermano Fr. Juan Tomás de Iriarte, de la órden de Predicadores, con quien adelantó tanto, que viniendo á España (á Madrid) á insinuacion de su tio don Juan de Iriarte, bibliotecario de S. M. partió de Santa Cruz á principios de 1764 y se despidió de su patria con unos dísticos latinos, que no se creyó al pronto pudiesen ser de un jóven de tan corta edad.

Continuó en Madrid su educacion su tio don Juan de Iriarte, especialmente en la latinidad y humanidades; aunque tambien estudió las matemáticas, geografía, historia, física, y las lenguas cultas, especialmente la inglesa, francesa é italiana. Así permaneció siete años en la enseñanza con su tio: y después de la muerte de este cuidó de la correccion é impresion de la Gramática latina en 1774, y de las obras sueltas que se publicaron en 1776.

Tuvo siempre mucha aficion á la música, y ya en Canarias tocaba varios instrumentos; pero en Madrid se perfeccionó con las lecciones de su amigo y maestro don Antonio Rodriguez de Hita.

Su aficion á la poesía le dictó á los diez y ocho años de edad la comedia *Hacer que hacemos*, que imprimió en 1770 con el anagrama de don Tirso Imareta. Entonces tradujo del francés para el teatro de los Sitios Reales la comedia *el Filósofo Casado; la Escocesa*, la tragedia *el Huérfano de la China*, y compuso además algunos dramas originales hasta 1775.

Por fallecimiento de su tio don Juan de Iriarte le sucedió en 1771 en el empleo de oficial traductor de la primera secretaría de Estado, que habia suplido en las enfermedades del tio: y asistió con el marqués de los Llanos en las secretarías del Perú y de la Cámara de Aragon. Por

este tiempo tuvo la comision de componer el *Mercurio político*, que mejoró mucho. Tradujo de órden superior varios apéndices para una obra en defensa de Palafox. Escribió los versos latinos y castellanos al nacimiento del infante, é institucion de la órden de Carlos III en 1771. Entonces escribió *los Literatos en cuaresma*, y varias poesías sueltas y epístolas á su amigo don Josef Cadalso.

En 1776 se le nombró archivero del supremo consejo de la guerra; y al año siguiente publicó la traduccion del Arte poética de Horacio: pero habiéndola criticado Sedano, el colector del Parnaso español, contestó Iriarte con el diálogo *Donde las dan las toman* en 1778. A principios de 1780 dió á luz el poema de *La música*. En 1782 publicó las *Fábulas literarias*, que fueron criticadas en el *Asno erudito* de Forner, al que contestó con un papel: *Para casos tales suelen tener los maestros oficiales*. Amante de Virgilio quiso ensayarse en un poema épico, y eligió la conquista de Méjico por Cortés: pero conociendo la dificultad sustituyó la *traduccion de la Eneida*, de que publicó los cuatro primeros libros. Por órden del conde de Floridablanca escribió las *Lecciones instructivas sobre la moral, la historia y la geografía*, para instruccion de los niños de las escuelas. En 1787 publicó la coleccion de sus obras en seis tomos, que después de su muerte se ha reimpreso en ocho, añadiendo en los dos últimos muchas obras inéditas: publicó allí *la Señorita mal criada; el Señorito mimado, el Don de gentes*, comedias que compuso en diversos tiempos La vida sedentaria le agravó su mal de gota, y murió de sus resultas el 17 de setiembre de 1791, y al dia siguiente se le enterró en la parroquia de San Juan.

Estando en Andalucía en 1790 á restablecerse de sus males, escribió el monólogo *Guzman el Bueno:* y en el corresponsal del Censor se publicó su sátira en latin macarrónico contra el mal gusto de nuestras escuelas.

FABULAS LITERARIAS.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un oso, con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos piés.
Queriendo hacer de persona
Dijo á una mona: ¿qué tal?
Era perita la mona,
Y respondióle, muy mal.
Yo creo, replicó el oso
Que me haces poco favor.
¿Pues qué? ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?
Estaba el cerdo presente,

Y dijo: ¡bravo! ¡bien va!
Bailarin mas excelente
No se ha visto ni verá.
Echó el oso, al oir esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademan modesto
Hubo de exclamar así:
Cuando me desaprobaba
La mona, llegué á dudar;
Mas ya que el cerdo me alaba
Muy mal debo de bailar.
Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, malo,
Si el necio aplaude, peor.

II.

EL BURRO FLAUTISTA.

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.
Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar
Pasaba un borrico
Por casualidad.
Una flauta en ellos
Halló que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.
Acercóse á olerla
El dicho animal;
Y dió un resoplido
Por casualidad.
En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.
¡Oh! dijo el borrico;
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
La música asnal?

Sin reglas del arte
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

III.

EL PATO Y LA SERPIENTE.

A orillas de un estanque
Diciendo estaba un pato:
¿A qué animal dió el cielo
Los dones que me ha dado?
Soy de agua, tierra y aire:
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelo:
Si se me antoja, nado.
Una serpiente astuta
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo
Y le dijo: seo guapo,
No hay que echar tantas plantas,
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo.
Y así tenga sabido,
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo.

IV.

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA.

Trabajando un gusano su capullo,
La araña, que tejia á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa
Muy propia de su orgullo:
¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
Y ya estará acabada á mediodia,
Mire qué sutil es, mire qué bella...
El gusano con sorna respondia:
Usted tiene razon: así sale ella.

V.

LOS HUEVOS.

Mas allá de las islas Filipinas
Hay una que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cria, que ya el plato
Mas comun y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos).
Luego de aquella tierra un habitante
Introdujo comerlos estrellados.
¡O qué elogios se oyeron á porfía
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalfados..
¡Pensamiento feliz!... otro rellenos...
¡Ahora sí que están los huevos buenos!
Uno después inventa la tortilla,
Y todos claman ya ¡qué maravilla!
No bien se pasó un año
Cuando otro dijo: sois unos petates,
Yo los haré revueltos con tomates:
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero á la *hugonota.*
Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ¡qué condimentos delicados
No añadieron despues los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.
Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un dia: presumís en vano
De estas composiciones peregrinas.
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!

¿Tantos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Mas allá de las islas Filipinas?

VI.

EL JILGUERO Y EL CISNE.

Calla tú, pajarillo vocinglero,
(Dijo el cisne al jilguero)
¿A cantar me provocas, cuando sabes
Que de mi voz la dulce melodía
Nunca ha tenido igual entre las aves?
El jilguero sus trinos repetia;
Y el cisne continuaba ¡qué insolencia!
Miren cómo me insulta el musiquillo;
Si con soltar mi canto no le humillo
Dé muchas gracias á mi gran prudencia.
¡Ojalá que cantáras!
(Le respondió por fin el pajarillo).
¡Cuánto no admirarias
Con las cadencias raras
Que ninguno asegura haberte oido,
Aunque logran mas fama que las mias!
Quiso el cisne cantar, y dió un graznido.
¡Gran cosa! ganar crédito sin ciencia,
Y perderle en llegando á la experiencia.

VII.

LA ABEJA Y EL CUCLILLO.

Saliendo del colmenar
Dijo al cuclillo la abeja:
Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.
No hay ave tan fastidiosa
En el cantar como tú:
Cucú, cucú, y mas cucú,
Y siempre una misma cosa.
¿Te cansa mi canto igual?
(El cuclillo respondió):
Pues á fe que no hallo yo
Variedad en tu panal:
Y pues que del propio modo

Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento
En ti viejísimo es todo.
A esto la abeja replica:
En obra de utilidad
La falta de variedad
No es lo que mas perjudica;
Pero en obra destinada
Solo al gusto y diversion,
Si no es varia la invencion
Todo lo demás es nada.

VIII.

EL RATON Y EL GATO.

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
¡Qué invencion tan sencilla! ¡qué sentencias!
He de poner, pues que la tengo á mano,
Una fábula suya en castellano.
Cierto (dijo un raton en su agujero)
No hay prenda mas amable y estupenda
Que la fidelidad; por eso quiero
Tan de veras al perro perdiguero.
Un gato replicó: pues esa prenda
Yo la tengo tambien... Aquí se asusta
Mi buen raton, se esconde,
Y torciendo el hocico, le responde:
¿Cómo? ¿la tienes tú?... ya no me gusta.
La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece
Si ven que su contrario la merece.
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade y que le instruya. —
Es una maravilla:
Dijo Esopo una cosa como suya. —
Pues mire usted, Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza. — ¿Con que es tuya? —
Sí, señor erudito:
Ya que antes tan feliz le parecia,
Critíquemela ahora porque es mia.

IX.

EL LOBO Y EL PASTOR.

Cierto lobo hablando con cierto pastor,
Amigo (le dijo), yo no sé porqué
Me has mirado siempre con odio y horror.
¿Téenesme por malo? no lo soy á fe.
¡Mi piel en invierno qué abrigo no da!
Achaques humanos cura mas de mil.
Y otra cosa tiene, que seguro está
Que la piquen pulgas ni otro insecto vil.
Mis uñas no trueco por las del Tejon,
Que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes ya sabes cuán útiles son
Y á cuántos con mi unto he dado salud.
El pastor responde: perverso animal,
¡Maldígate el cielo, maldígate amen!
Despues que estás harto de hacer tanto mal,
¿Qué importa que puedas hacer algun bien?
Al diablo los doy,
Tantos libros lobos como corren hoy.

X.

EL ASNO Y SU AMO.

Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio.
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.
Deste modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes.
Y un taimado poeta que lo oia,
Le respondió en los términos siguientes:
Al humilde jumento
Su dueño daba paja, y le decia:
Toma, pues que con eso estás contento.
Díjolo tantas veces, que ya un dia
Se enfadó el asno, y replicó: yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto.
¿Piensas que solo de la paja gusto?
Dame grano y verás si me le como.
Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano,
Pues si en dándole paja, come paja,
Siempre que le dan grano, come grano.

XI.

LA ORUGA A LA ZORRA.

Si se acuerda el lector de la tertulia
En que á presencia de animales varios
La zorra adivinó porqué se daban
Elogios Avestruz y Dromedario;
Sepa que en la mismísima tertulia
Un dia se trataba del gusano,
Artífice ingenioso de la seda,
Y todos ponderaban su trabajo.
Para muestra presentan un capullo,
Examínanle, crecen los aplausos,
Y aun el topo, con todo que es un ciego,
Confesó que el capullo era un milagro.
Desde un rincon la oruga murmuraba
En ofensivos términos, llamando
La labor admirable, friolera,
Y á sus elogiadores, mentecatos.
Preguntábanse pues unos á otros:
¿Porqué este miserable gusarapo
El único ha de ser que vitupere
Lo que todos acordes alabamos?
Saltó la zorra y dijo; pese á mi alma,
El motivo no puede estar mas claro,
¿No sabeis, compañeros, que la oruga
Tambien labra capullos, aunque malos?
Laboriosos ingenios perseguidos,
¿Quereis un buen consejo? Pues cuidado:
Cuando os provoquen ciertos envidiosos,
No hagais mas que contarles este caso.

XII.

EL RETRATO DE GOLILLA.

De frase extranjera el mal pegadizo
Hoy á nuestro idioma gravemente aqueja;
Pero habrá quien piense que no habla castizo
Si por lo anticuado lo usado no deja.
Voy á entretenelle con una conseja;
Y porque le trai mas contentamiento,
En su mesmo estilo referilla intento,
Mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de ogaño
Viá como agora gran loa y valía
Alcanzan algunos retratos de antaño,
Y el no remedallos á mengua tenia;
Por ende, queriendo retratar un dia
A cierto Rico-home, señor de gran cuenta,
Juzgó que lo antiguo de la vestimenta
Estima de rancio al cuadro daria.
Segundo Velazquez creyó ser con esto,
Y así que del rostro toda la semblanza
Hubo trasladado, golilla le ha puesto,
Y otros atavíos á la antigua usanza.
La tabla á su dueño lleva sin tardanza:
El cual espantado fincó desde que vido
Con añejas galas su cuerpo vestido
Magüer que le plugo la faz á bastanza.
Empero una traza le vino á las mientes
Con que al retratante dar su galardon.
Guardaba heredadas de sus ascendientes
Antiguas monedas en un viejo arcon,
Del Quinto Fernando muchas dellas son
Allende de algunas de Carlos Primero,
De entrambos Filipos Segundo y Tercero;
Y henchido de todas le endonó un bolson.
Con estas monedas, ó si quier medallas
(El pintor le dice) si voy al mercado,
Cuando me cumpliere mercar vituallas
Tornaré á mi casa con muy buen recado.
Pardiez (dijo el otro) ¿no me habeis pintado
En traje que un tiempo fué muy señoril,
Y agora le viste solo un alguacil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado.
Llevaos la tabla, y el mi corbatin,
Pintadme al proviso en vez de golilla,
Cambiadme esa espada en el mi espadin,
Y en la mi casaca trocad la ropilla,
Ca no habrá naide en toda la villa
Que, al verme en tal guisa, conozca mi gesto.
Vuestra paga entonce contaros he presto
En buena moneda corriente en Castilla.
Ora pues, si á risa provoca la idea
Que tuvo aquel sandio moderno pintor,
¿No hemos de reirnos siempre que chochea
Con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor,

Habla puro á costa de la claridad;
Y no halla voz baja para nuestra edad,
Si fué noble en tiempo del Cid Campeador.

XIII.

EL TÉ Y LA SALVIA.

El té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la salvia en el camino.
Ella le dijo: ¿á dónde vas, compadre?
A Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
Yo (respondió la salvia) voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.
Anda con Dios, no perderás el viaje;
Pues no hay nacion alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.
La salvia me perdone
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario
Yo no defendèria lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio.
Y español que tal vez recitaria
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

XIV.

EL CAZADOR Y EL HURON.

Cargado de conejos,
Y muerto de calor,
Una tarde de lejos
A su casa volvia un cazador.
Encontró en el camino
Muy cerca del lugar
A un amigo y vecino,
Y su fortuna le empezó á contar.

Me afané todo el dia
(Le dijo) ¿pero qué?
Si mejor cacería
No la he logrado, ni la lograré.
Desde por la mañana
Es cierto que sufrí
Una buena solana,
Mas mira qué gazapos traigo aquí.
Te digo y te repito,
Fuera de vanidad,
Que en todo ese distrito
No hay cazador de mas habilidad.
Con el oido atento
Escuchaba un huron
Este razonamiento,
Desde el corcho en que tiene su mansion;
Y el puntiagudo hocico
Sacando por la red
Dijo á su amo: suplico,
Dos palabritas con perdon de usted.
Vaya, ¿cuál de nosotros
Fué el que mas trabajó?
Esos gazapos y otros
¿Quién se los ha cazado sino yo?
Patron, ¿tan poco valgo
Que me tratan así?
Me parece que en algo
Bien se pudiera hacer mencion de mí.
Cualquiera pensaria,
Que este aviso moral
Seguramente haria
Al cazador gran fuerza; pues no hay tal.
Se quedó tan sereno,
Como ingrato escritor,
Que del auxilio ajeno
Se aprovecha y no cita al bienhechor.

XV.

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO.

Habia en un corral un gallinero:
En este gallinero un gallo habia,
Y detrás del corral en un chiquero
Un marrano gordísimo yacia.

Item mas, se criaba allí un cordero,
Todos ellos en buena compañía:
¿Y quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales?
Pues (con perdon de ustedes) el cochino
Dijo un dia al cordero: ¡qué agradable,
Qué feliz, qué pacífico destino
Es el poder dormir! ¡qué saludable!
Yo te aseguro, como soy gorrino,
Que no hay en esta vida miserable
Gusto como tenderse á la bartola,
Roncar bien, y dejar correr la bola.
El gallo por su parte al tal cordero
Dijo en una ocasion: mira, inocente,
Para estar sano, para andar ligero
Es menester dormir muy parcamente.
El madrugar en julio ó en febrero
Con estrellas, es método prudente;
Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.
Confuso, ambos dictámenes coteja
El simple corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es mas que aquello mismo á que se inclina.
Acá entre los autores es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla, á la cual nos sujetamos,
Lo que en nuestros escritos practicamos.

XVI.

EL PEDERNAL Y EL ESLABON.

Al eslabon de cruël
Trató el pedernal un dia,
Porque á menudo le heria
Para sacar chispas dél.
Riñendo este con aquel,
Al separarse los dos
Quedaos, dijo, con Dios,
¿Valeis vos algo sin mí?
Y el otro responde: Sí,
Lo que sin mí valeis vos.
Este ejemplo material
Todo escritor considere

Que largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbre el pedernal
Sin auxilio de eslabon,
Ni hay buena disposicion
Que luzca faltando el arte,
Si obra cada cual á parte
Ambos inútiles son.

XVII.

EL VOLATIN Y SU MAESTRO.

Mientras de un volatin bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: vea usted, señor maestro,
Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo ó contrapeso:
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
¿A qué fin quiere usted que me sujete
Si no me faltan fuerzas ni soltura?
Por ejemplo: ¿este paso, esta postura,
No la haré yo mejor sin el zoquete?
Tenga usted cuenta... No es difícil... nada...
Así decia, y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde... A Dios! ¿qué es eso?
¿Qué ha de ser? Una buena costalada.
¡Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto jóven! (el maestro dijo):
¿Huyes del arte y método? Pues hijo,
No ha de ser este el último porrazo.

XVIII.

LA ARDILLA Y EL CABALLO.

Mirando estaba una ardilla
A un generoso alazan,
Que dócil á espuela y rienda
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compás,
De aquesta suerte le dice

Con muy poca cortedad:
Señor mio,
De ese brio,
Ligereza
Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso mas.
Yo soy viva,
Soy activa:
Me meneo,
Me paseo;
Yo trabajo,
Subo y bajo;
No me estoy quieta jamás.
El paso detiene entonces
El buen potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la ardilla da:
Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga)
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano,
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.
Con que algunos escritores
Ardillas tambien serán,
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.



DON JOSÉ DE IGLESIAS.

Nació en Salamanca por los años de 1753, y falleció en dicha ciudad en 1791. Fué cura párroco en aquella diócesis. Un año antes de morir publicó un poema didáctico sobre la teología, recomendable por la poesía de estilo y por la pureza de lenguaje.

IDILIOS.

EL CLAVEL.

I.

La madre universal de lo criado,
Que con diversas y pintadas flores
De la alma primavera en mil colores
Adorna el verde manto, que ha bañado
Céfiro en mil olores;
Ya alzando al cielo frescas azucenas
Nacidas al albor de la mañana,
Ya vistiendo á los troncos pompa ufana
De frescas hojas, y de frutas llenas
De rosicler y grana;
En mi huerto produjo el mas hermoso
Pundonor del jardin, el presumido
Galan de toda flor, astro florido,
En quien se excede el año presuntuoso,
El clavel encendido.
Sus edades se pasan de hora en hora;
Corto vivir le destinó la suerte,
Y solo un sol solemnizarle advierte
En risa el alba, en lágrimas la aurora
Su nacimiento y muerte.
Señuelo sea de tu amante lado,
O bello airon de tu galan sombrero,
Por primicia del año placentero,
Y de un alma, que á ti te ha consagrado
Su efecto lisonjero.
Lógrese en tu beldad esclarecida:
Y pues del año fué pimpollo tierno,
Ni le dañe el calor, ni helado invierno,
Y á tu lado consiga eterna vida
En un abril eterno.

II.

LA AUSENCIA.

Mírote en noche del helado invierno,
Botos tus cuernos, luna amortiguada;
Y entre negros celajes ofuscada,
Muestras falto de luz el rostro tierno,
De Febo desdeñada.
Tal yo, mezquina, entre una niebla oscura
Quedo al desden que el ánimo me hiela
Sin luz ni gala : mi cariño vuela,
Mísero, solo, y pobre de ventura,
Y sin tu centinela.
Solo á tí he descubierto mis amores,
Solo á tí he dado cuenta de mi vida,
Como á la secretaria mas querida
Que el cielo pudo darme en sus favores,
De que ando despedida.
Que si acaso el cruël cuya memoria
Siempre en mi alma vivirá guardada,
Llegáre aquí á sazon que declarada
Esté ya por la muerte la victoria
De mi vida cansada;
Cuéntale con dolor mi amarga nueva:
Y por corona de mi triste suerte
Dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte
Muy mas su ausencia el ánima me lleva,
Que el brazo de la muerte.

III.

LOS ZELOS.

Tu, ruiseñor dulcísimo, cantando
Entre las ramas de esmeraldas bellas,
Ensordeces la selva con querellas,
Tu gravísimo daño lamentando
Al cielo y las estrellas.
Pesados vientos lleven tu gemido
En las cuevas de amor bien aceptado,
Y con pecho en tus penas lastimado
Bien es responda al canto dolorido
De tu picuelo arpado.

¿Quién te persigue? ¿Quién te aflige tanto?
Si acaso es del amor la tiranía,
Consuélate con la desdicha mia,
Que, advirtiendo tu mísero quebranto,
Busco tu compañía.
No me desprecies cuando te acompaño
Pensando que en dolor me aventajáras;
Pues si mis desventuras vieras claras,
Y al fin te persuadieras de mi daño,
Quizá el tuyo aliviáras.
¡Triste de mí! que en páramo apartado
Siendo alimento á pena tan esquiva,
Hallé muerte de zelos, que derriba
El edificio amante que hube alzado
Sobre agua fugitiva.

IV.

DURACION DE SU AMOR.

Plátanos frescos de esta verde falda,
Sombríos sauces, cedros de olor llenos,
Que os holgais con los céfiros serenos,
Y enguirnaldais con cercos de esmeralda
Los prados siempre amenos;
Vos, en quien floreció la primavera,
Y alzais al cielo vuestra frente grata,
Dando ornamento á la luciente plata
De los raudales de esta fiel ribera,
Y veis como os retrata;
Ya que es fuerza mi amor crezca en el suelo,
Crezca, pues lo grabé en vuestra corteza,
Crezca mi amor, mi nombre y mi firmeza,
Mientras os diere su favor el cielo,
Ornándoos de belleza.
Siete años hace ya que en mi alma exenta
Con imperio unos ojos han reinado;
Y otros siete en mis venas he guardado
El fuego, el dulce fuego que alimenta
Mi pecho enamorado.
Miro mil veces su beldad sin tasa:
No porque aumente, no, mi pasion pura;
Que una vez y otra vista su hermosura,
Eternamente el corazon abrasa,
Y el fuego mortal dura.

Llama que eterna duracion alcanza,
Y al vivir del espíritu se extiende,
Ni el horror del sepulcro la comprende,
Ni del tiempo la rígida mudanza
La marchita ni ofende.

V.

DELIRIOS DE LA DESCONFIANZA.

Osé y temí; y en este desvarío
Por la alta frente de un escollo pardo
Del precipicio, donde no me guardo,
Sigo la senda, preso el albedrío,
Con pié dudoso y tardo.
Nuevo ardor me arrebata el pensamiento;
Discurro por el yermo con pié errante,
La actividad de un fuego penetrante,
Ni la inquietud que en mi interior yo siento
Huyen de mí un instante.
Por el hondo distrito y dilatado
Del corazon en fuego enardecido
Se esplayó el gran raudal de mi gemido,
Y la dulce memoria de mi amado
Hundió en eterno olvido.
Soy ruinas toda, y toda soy destrozos,
Escándalo funesto y escarmiento
A los tristes amantes, que sin tiento
Levantaron de lágrimas sus gozos,
Gozos de inútil viento.
Los que en la primavera de sus dias
Temieren el desden de sus amores,
Envidien el teson de mis dolores,
Y fuego aprendan de las ansias mias
Los finos amadores.

VI.

LA AGITACION.

¡Ay! cómo ya la alegre primavera,
A su felice estado reducida,
Torna á las plantas nuevo aliento y vida,
Esmaltando de flores su ribera,
Que antes se vió aterida.

Suelta el raudal su risa armonïosa;
Y canta el ruiseñor con trino doble:
De púrpura se viste el clavel noble;
Y enlaza al olmo con la vid hermosa
Y con la hiedra al roble.
¡Qué de veces me vió rosada aurora,
Mustia y débil la flor de mi hermosura,
Reclinada del monte en la espesura,
Y en vela inquieta me encontró á deshora
Llorando mi ventura!
Cae del cielo la noche tenebrosa;
Cubren sus alas negras todo el suelo:
Mi dolor se acrecienta y desconsuelo,
Y paz el blando sueño da engañosa
A mi triste recelo:
Que despierto asustada; y mi cuidado
Me lleva á yerma orilla de ancho rio:
Vuelvo en vano á dormir, y desconfio
De poder encontrar puente ni vado
Al triste curso mio.
¡Triste de mí, que sigo temerosa
La luz escasa de funesto fuego,
Que el poder de mis ojos deja ciego;
Y émula de la incauta mariposa
A su volcan me entrego!

CANTINELA.

Muchacho inadvertido
Toqué un dulce instrumento
Cuyo agradable acento
Me cautivó el oido:
Y apenas le hube herido,
Me atrajo su armonía
La gran beldad que adoro,
Por quien suspiro y lloro
Cuando con melodía
Dando á las cuerdas de oro
Mis voces compañía,
De la que anuncia el dia,
Canté las frescas rosas
Que esparce de su falda,
Las ráfagas hermosas
Que arroja su guirnalda,

De rojo, azul y gualda,
Los riscos esmaltando,
Y á cada flor prestando
Los vivos de su tinta.
Tras esto mi voz pinta
Del sol el señorío
Y majestad augusta,
Que no hay fanal que iguale
Y como huyendo sale
Ante él la sombra adusta
Medrosa de su brio:
Sobre el cristal sombrío
Su luz temblar parece,
Y á su fogoso aliento,
Cuando mas lo desea,
El bajo suelo humea,
Y arder se mira el viento.
Mas toda esta hermosura
Y rasgos de grandeza,
Con no sé qué dulzura
Mi voz aduladora
A acomodarla empieza
A mi amante Eliodora,
Cuando ella así me dijo:
Muchachuelo prolijo,
Tu gracia lisonjera
Un poco mejor fuera
Que en tí la acomodáras,
Y no me avergonzáras.
No soy alba, ó lucero,
Mas te adoro y te quiero;
No soy autor del oro,
Mas te quiero y te adoro.
Y este querer sincero
Tan solo es bien que cantes;
Pues quizá en mil amantes
No lo hay tan verdadero.

DON JUAN MELENDEZ VALDÉS.

Nació en la villa de Ribera del Fresno, provincia de Extremadura, á 11 de marzo de 1754; estudió en Salamanca, y se dedicó á la carrera de jurisprudencia, en cuya facultad se graduó de doctor cuando acabó

sus estudios. Allí fué conocido de Cadalso, que fijó y dirigió la aficion y el talento que tenia para la poesía. La Academia Española premió en 1780 su égloga de *Batilo* en elogio de la vida campestre, y la villa de Madrid su comedia pastoral de *las Bodas de Camacho* en 1794. Al año siguiente dió á luz el tomo primero de sus *Poesías líricas*, recibido con un aplauso extraordinario, y con el cual se puso al frente de los poetas que entonces habia en España. Era á la sazon catedrático de humanidades en Salamanca: el gobierno le promovió en 1789 á una plaza en la audiencia de Zaragoza, de donde después fué trasladado á la chancillería de Valladolid. Allí publicó en 1797 la segunda edicion de sus poesías en tres tomos en octavo que dedicó al príncipe de la Paz. Al aprecio que merecia entonces del privado debió ser traido á Madrid á la fiscalía de la sala de alcaldes de corte, que desempeñó hasta el año siguiente, en que le alcanzó la desgracia de su amigo Jovellanos, y fué mandado salir de Madrid y enviado á Medina del Campo con una comision insignificante. Priváronle después de su empleo y le confinaron á Zamora: allí vivió algun tiempo, hasta que, mitigada algun tanto la animosidad que habia contra él, le fueron devueltos sus honores y sus sueldos, y se le permitió residir en Salamanca. Los acontecimientos políticos y militares de la invasion francesa en 1808 le sacaron de aquel retiro para tomar en ellos una parte que, después de hacerle correr el peligro inminente de morir á manos del populacho de Oviedo, le obligó en último resultado á salir de su patria y pasar en Francia los años que le restaban de vida. Su muerte fué en Montpeller en 24 de mayo de 1817; dejando preparadas sus poesías para la tercera edicion que se ha hecho de todas ellas en cuatro tomos en octavo en la imprenta real, año de 1820.

ÉGLOGA.

BATILO, ARCADIO, POETA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo dia con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las dulces avecillas á la aurora.
La cabra trepadora,
Ya suelta se encarama
Por el monte enramado:
Vosotras de este prado
Paced felices la menuda grama;

Paced, ovejas mias,
Pues de abril tornan los alegres dias.
Mejórase la tierra
De verdor coronada,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Desciende de la sierra
La nieve desatada,
Y ejercen sus contiendas los pastores.
Todo el prado es amores;
Retoñan los tomillos;
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos,
Y con susurro blando
Por la vega el arroyo huye saltando.
Así cual es sabroso,
Despues de noche fria,
El rocio del alba al mustio prado,
O cual tras enojoso
Invierno el alegría
Plácido sol de abril vuelve al ganado;
Así, cual al cansado
Pastor que tras hambriento
Lobo corrió, es la fuente;
Tras el marzo inclemente
Tal es á mí del céfiro el aliento,
Y cual á abeja rosa,
Del campo así la vida deliciosa.
Apenas ha nacido
El dia en los oteros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre ejido
Saco ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van brincando.
Mientra el sol se va alzando,
Mil celosas porfías
A la sombra en reposo
Separo, si celoso
Mi manso está por las corderas mias,
Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.
Mas por aquella loma
Tras sus vacas manchadas,
El pastoril acento al viento dando
El dulce Arcadio asoma:

Sus voces regaladas
Mas y mas cada vez se van notando.
Tambien viene cantando
Cual yo de la florida
Estacion : salir quiero
A encontrarle primero;
Algo acaso dirá de mi querida,
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quién viendo el alegría
De este florído prado,
Y el brillo y resplandores del rocío,
O la hambrienta porfía
Con que pace el ganado,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
Y el noble señorío
Con que el claro sol nace,
O las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento,
Y los hilos de luz que el aire hace;
No sentirá movido
El corazon y el ánimo embebido?
Do quiera es primavera,
Y por do quiera el prado
Da nueva flor y espíritu oloroso;
Las vacas por do quiera
Hallan pasto sobrado
Y tierna yerba de pacer sabroso;
El pastor en reposo
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas;
Y pueden las pastoras
Bailar alegres las ociosas horas.
No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento;
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer el raudo viento;

Mas si cantar contento
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y pacer mi ganado,
Y al Tormes deslizarse sosegado.
Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu rabel y canto
Guarde del lobo odioso,
Y sigue en tan sabroso
Tono que de los valles es encanto,
Y el ganado alboroza,
Y el choto juguetón por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas antes al viento
Suelta esa voz suäve
Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste,
Cuando te dió el cayado
Por el manso peinado,
Que con lazos y esquila le ofreciste;
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.
Premio será á tu canto
Este rabel, que un dia
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.

Del Tormes cristalino
Formó en él la corriente,
Que parece ir riendo;
A lo largo paciendo
Los manchados rebaños mansamente;
Y la ciudad de lejos
Del sol como dorada á los reflejos.
A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta,
Mientras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo lo que está viendo
Lejos un ciudadano,
El semblante afligido
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rie entre los pastores y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve,
Que jamás fué tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de *Otea*;
Cual por abril el llano
Con rosas mil galano;
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.
De flores coronadas,
Mas lindas que las flores
Y el cabello en la espalda al viento dado
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores,
Las zagalejas en el verde prado.
Un anciano está á un lado
Que la flauta les toca,

Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja
Y la teta al hambriento corderuelo;
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el florido suelo;
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado,
Y á pastor peregrino
Descanso en su camino;
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.
Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo;
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Mi ganado ir paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil cuadrillas;
Y gocen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.
Las inocentes horas,
De júbilo y paz llenas,
¿Dónde mejor se gozan que en el prado?
¿Quién mejor las auroras
Ve alborear serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado?
¡Venturoso cuidado!
¡Mil veces descansada,
Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaría

Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues solo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.
¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que engendra la ciudad y sus temores?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados,
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio;
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para bailar un roble entero.
Aquí en la verde grama
Oiga yo reclinado
El lento susurrar de este arroyuelo;
Aquí evite la llama
Con mi pastora al lado
Del sol subido á la mitad del cielo;
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,
O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo,
Y arrúllenme las blandas tortolillas,
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado:
Mis colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos,
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enajena.

Mas bienes no deseo,
Ni quiero mas fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna
Que huya de mis cariños desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dió ayer Galatea;
Filis este cayado,
Y este zurron leonado
La niña Silvia que mi amor desea;
Mas yo á Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos,
¡Con su ingenio divino
Qué cosas no decia
Después de los falaces ciudadanos!
Aun á los mas ancianos
Si te acuerdas pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.
Yo, zagalejo entonces, le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.
El semblante sereno
Y el corazon dañado,
Cual es el fruto de silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno,
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera,
Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres:
Esto contaba Elpino
De la ciudad, después que al campo vino.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fué á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia,
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra
Al mar soberbio que pavor ponia.
Me acuerdo que decia,
Que del viento irritado
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros rios.
Que entonce el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cuita;
Cual si débil balido
De herida oveja oistes,
O choto que su madre solicita.
¡Oh ceguedad maldita,
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras los corderos mios,
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navíos.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver mas que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro rio.
Aquí no lobo fiero
Nos trae alborotados,
Ni nos daña el calor, ó biela el frio.
No ajeno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en union perfeta,
Y el sol y helado cierzo
Nos dan salud y varonil esfuerzo.
Todo es amor sabroso,
Alegria y hartura,

Y descanso seguro y regalado.
Ni el pastor envidioso
Murmura la ventura
Del otro á quien da el cielo mas ganado;
Ni el mayoral honrado
Burla al zagal sencillo,
Ni con doblez le trata;
Ni su seno recata
La amada de su tierno pastorcillo;
Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.
Como las ciudadanas
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras,
Ni en su beldad livianas,
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador á todas horas.
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oido,
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡Oh soledad gloriosa!
¡Oh valle! ¡Oh bosque umbrío!
¡Oh selva entrelazada! ¡Oh limpia fuente!
¡Oh vida venturosa!
¡Sereno y claro rio,
Que por los sauces corres mansamente!
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura,
Y feliz armonía
Del uno al otro dia.
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos y zagales.
El cielo despejado
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,

Y plácido sonido
Que del céfiro forma el blando aliento;
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspension á el alma deja;
Y á sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.
No aquí esperanza ó miedo,
Las tramas y falsías
Que saben los soberbios ciudadanos.
El pastorcillo ledo
En paz goza sus dias
Sin entregarse á pensamientos vanos:
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,
Y él con sencillo celo
Da bendicion al cielo,
Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves á la aurora.
Sin recelo ni susto
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le vieron;
Y ora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve do los jilgueros nido hicieron;
Si al lagarto sintieron
Sus tiernos corderillos,
Rie cuál se espantaron,
Corrieron ó balaron:
Ora al yugo acostumbra los novillos;
Ora fruta ó flor nueva
En don alegre á su zagala lleva.
Con las serranas viene
A triscar por el prado,
Y enguirnalda la sien de frescas flores:
Ni entonces libre tiene
Su pecho otro cuidado,
Que cantarles ufano mil amores.
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y ruïdos,
Pues no en tales gemidos

Dos tortolillas querellarse vistes,
Cual canta en voz sonora
De amor un zagalejo á su pastora.
La fruta sazonada
¡Con cuál dulce fatiga
De la rama se corta! ¡Cuán gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdecillo ó colorin vistoso!
¡Cuán grato el armonioso
Susurrar, y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con presto vuelo!
¡O mirar la paloma
Bañarse alegre, cuando el alba asoma!
Así Tirsi decia,
Que la primera gente,
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivia
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio;
Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.
Y cierto, ¿cuántas veces
Los mas altos señores
Vienen á nuestras pobres caserías,
Sin pompa ni altiveces,
A gozar los favores
Del campo y sus sencillas alegrías?
Las rústicas porfías
Que los zagales tienen,
Miran embelesados,
Y en seguir los ganados
Por los tendidos valles se entretienen,
O de bailar se gozan,
Y al son de nuestras flautas se alborozan.
Aquí Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dijo de las Magas el encanto

Con su verso divino
Junto al Bétis undoso;
Y aquí Albano entonó su dulce canto.
¡Oh grata vida! ¡Oh cuánto
Me gozo en tí seguro!
De flores coronado
Y al cielo el rostro alzado,
Este vaso de leche alegre apuro.
Bebe Arcadio, y gocemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichon que la enamora,
Cual hiedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora;
Tal tu cancion sonora
Es, zagal, á mi oido:
Ni así es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual me encanta tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado
Con zarza montuosa
Ser debe, ó con el cardo la azucena;
Ni así aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un dia;
Yo sus burlas reia,
Y ellas de mis desprecios se enojaron.
Volvíme á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fuí compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta habia:
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Así Elisa entre todas relucia.
¡Cuán bella parecia,
Zagal! Sus lindos ojos
Mil pechos abrasaron,
Envidias mil causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermosean,
Y del olmo la vid es ornamento;
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento;
Al bosque el manso viento;
Tú á todo nuestro prado
Le das, Filena mia,
La risa y alegría.
Al sentirte venir bala el ganado,
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la cela agrada
A enamorado cándido novillo,
O á la liebre el tomillo,
Cual á Elisa es sabrosa
Pradera y selva umbría.
Con menos agonía
Huye del gavilan la garza airosa,
Que Elisa desalada
Corre de la ciudad á su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto,
Para llevarlo en don á sus amores;
Yo para tí lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ambos ruiseñores.
¡Ay, si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre á tu lado
O en colorin mudado,
Continuo mis amores te cantara,
O hecho flor me cortases,
Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfía
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne extremado
En dulce melodía
Puede ser abubilla comparada,
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡Oh fuente! ¡Oh valle! ¡Oh prado!
¡Oh apacible ganado!
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tórtola lloroso
El ciervo en selva umbría
Con su par se alboroza,
Y con el agua el ánade pomposo:
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora,
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas,

Cuando de nueva luz el sol las dora:
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Asi loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus ganadillos:
Y yo que logré oillos
Detrás de una haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldije de mi estado.
De entonces la ciudad me fué enojosa,
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.



DON LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

Nació en Madrid el 10 de marzo de 1760. Fueron sus padres don Nicolás Fernandez de Moratin, el insigne poeta de quien ya se ha tratado arriba, y doña Isidora Cabo Conde. Formóse por sí mismo, y como á escondidas, en el gusto de la poesía, y en sus primeros estudios; y su padre que le destinaba primero á la profesion de la pintura, y después al ejercicio de la joyería, fué bien agradablamente sorprendido al ver á su hijo ganar en la Academia Española el segundo premio de poesía en 1779, cuando apenas contaba 19 años de edad. Este lauro le hizo redoblar en aplicacion y en esfuerzos, y tres años después ganó igualmente el premio segundo de poesía con la *Leccion poética*, donde ya se veia al poeta manifestar el gusto clásico y puro, y la facilidad y belleza de ejecucion con que se distinguen sus obras. Por los años de 1787 hizo un viaje á París en compañía del conde de Cabarrus, donde conoció y trató al célebre Goldoni, y donde acabaria de formar su gusto en el arte de la comedia, á que le inclinaba poderosamente su genio y en que tanto se habia de aventajar después. Vuelto á España, la oda que escribió en el siguiente á la proclamacion del señor rey don Carlos IV le hizo mas conocido del gobierno, que le agració entonces con un pequeño beneficio. En el año de 1790 dió *El viejo y la niña*, comedia que se representó con muchísimo aplauso, y que puso al autor en el lugar eminente de donde no se le ha visto descender después: amenazado de ser envuelto en la desgracia que por

el mismo tiempo cayó sobre su protector el conde de Cabarrus, fué libertado del peligro por el favor de don Luis y don Manuel Godoy, entonces ya en la cumbre del favor, y que le consiguieron un beneficio considerable en Andalucía y una pension sobre la mitra de Oviedo, con cuyas gracias pudo considerarse en aquel estado de desahogo y facultades, propio para cultivar las musas á su gusto y con independencia. *El Café* fué dado en 1792 con igual aplauso que *El viejo y la niña.* El autor después salió de España á viajar de nuevo; y recorrió la Francia, la Inglaterra, la Holanda y la Italia, donde permaneció hasta el año de 96 en que regresó á España, ya hecho secretario de la interpretacion de lenguas por su favorecedor el príncipe de la Paz. *El Baron, La Mogigata, El Sí de las Niñas*, fueron sucesivamente el fruto del estudio y agradable situacion de que el poeta gozaba desde aquella época, representadas todas con igual aceptacion que sus primeras comedias. Las turbulencias que amenazaron en 1808 con la invasion de Bonaparte, acabaron con su fortuna y con su sosiego, como con los de tantos otros hombres de letras. Él siguió la opinion de aquellos que no creyeron posible la resistencia á las armas francesas: de aquí todas las vicisitudes de su fortuna, y de su residencia desde entonces ya en España, ya en Francia, ya en Italia. Vuelto á Francia, al fin se fijó en Burdeos, y últimamente pasó á París, donde murió en 21 de junio de 1828; y está enterrado no lejos de Moliere, cuyo imitador feliz habia sido.

Fué amigo de Jovellanos, de Forner, de Estala, de Goya, y de casi todos los hombres mas señalados de su tiempo: entre los Arcades de Roma se llamó *Inacco Celenio.*

LECCION POÉTICA,

Ó SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS DE LA POESÍA CASTELLANA.

Apenas, Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu carta cada dia
Mas me confunde cuanto mas la leo.
¿Piensas que esto que llaman poesia,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería;
O que puede adquirirse el númen santo
Del dios de Delo, á modo de escalada,
O por combinacion, ó por encanto?
Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada;
¿Porqué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo,

Para quien eres tú, fuera bástante.
   De cólera te pones amarillo:
Las verdades te amargan: ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.
   Pues hablemos en paz: que es desacierto
Desengañar al que el error desea,
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.
   Dígote, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las musas,
Y trepar á la fuente pegasea.
   Pues si el aceite y la labor no excusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En tí sus glorias lloverán infusas.
   Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.
   ¡Qué romances harás y qué canciones!
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones!
   ¡Qué gracioso ha de estar y qué discreto
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto!
   Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Filis ó Marfisa.
   Díla que es nieve, cuando mas te irrite:
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.
   Y si tal vez en el afecto escasa
Pronuncia con desden sonoro hielo [1],
Breve disgusto, que incomoda y pasa;
   Dirás, que el encendido Mongibelo
De tu pecho, entre llamas y cenizas,
Corusca crepitante y llega al cielo.
   Si tu pasion amante solemnizas,
No olvides redes, lazos y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.
   Pues si el cabello á celebrar te pones
Mas que los rayos de Titan hermoso,
¡Qué mérito hallarás, qué perfecciones!
   Díla, que el alma ajena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,

1 Quevedo.

En crespa tempestad del oro undoso [1].
Llama á su frente espléndida llanura,
Corvo luto sus cejas, ó suaves
Arcos, que flecha te claváran dura.
Cuando las luces de su olimpo alabes,
Apura, por tu vida, en el asunto
Las travesuras métricas que sabes.
Dí, que su cielo, del cenit trasunto,
Dos soles ostentó, por darte enojos,
Que si se ponen quedarás difunto;
Y al aumentar tu vida sus despojos
Se lava el corazon, y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos [2].
Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre inusitados
Males muriendo, y líquida congoja.
Dí, que es pensil su bulto de mezclador
Clavel y azahar, y abeja revolante
Tú, que libas sus cálices pintados.
La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesíes [3]
Alto asunto al poeta que la cante,
Hará que en su alabanza las varíes
Llamándola de amor ponzoña breve,
O madreperla hermosa de rubíes.
Al pecho, inquieta desazon de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dejó el aleve.
Y dí que venga un literato al uso,
Con su Luzan y el viejo Estagirita,
Llamándote ridículo y confuso;
Que yo sabré con férula erudita
Hacerle que enmudezca arrepentido,
Por sectario de escuela tan maldita.
Así tambien hubiéramos vencido
El venusto rigor de esa tirana,
Tigre, de rosa y alhelí vestido.
Mas, quiero suponer que la inhumana
Rasgó tus ovillejos y canciones,
Y todas las tiró por la ventana;
No importa, así va bien. Luego compones

[1] Quevedo.
[2] Gerardo Lobo.
[3] Quevedo.

Diez ó doce llorosas elegías,
Llenándola de oprobios y baldones.
No te puedo prestar ningunas mias:
Pero tres me dará cierto poeta,
Largas, eternas, y sin arte, y frias.
Dirás que tanto la pasion te aprieta,
Que mueres infeliz y desdeñado.
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!
El cuerpo dejarás al verde prado,
El alma al cielo de tu dama hermosa,
Y serás en su olvido sepultado.
Y en lugar de escribir: « Aquí reposa
» Fabio, que se murió de mal de amores;
» Culpa de una muchacha melindrosa; »
Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razon prolija lean
De todas tus angustias y dolores.
Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sujeto su labor emplean.
Olvida, amigo, esa pasion doliente:
Hartas quejas oyó que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.
No siempre el alma ha de gemir esclava:
Déjate ya de zelos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.
Que ya te ofrecen mil aparadores,
Transformadas las salas en bodegas
Espíritus, aceites y licores.
Suena algazara: cada cual despega
Un frasco y otro, la embriagada gente
Empieza á improvisar... Y ¿quién se niega?
¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio, en retirada estáncia,
Si delirar no sabes de repente?
Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los brindis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia.
Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo;
Como anima el festin, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida;
La quintilla acabó: los vasos llena

Fiel asistente de licor precioso.
Vuelve á beber, y á desatar la vena.
Bomba, bomba, repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pié forzado el bacanal furioso.
¿Y qué, ¿tú callarás? ¿nada te excita
A mostrar de tu númen la afluencia,
Cuando la turba improvisante grita?
¿Temes? Vano temor. La competencia
No te desmaye, y las profundas tazas
Desocupa y escurre con frecuencia.
Ya te miro suspenso, ya adelgazas
El ingenio, y buscando consonante,
En hallarle adecuado te embarazas.
¿A qué fin? Con medir en un instante,
Aunque no digan nada, cuatro versos
Mezclados entre sí, será bastante.
¿Juzgas acaso que saldrán diversos
De los que dieron á Camilo fama,
O mas duros tal vez, ó mas perversos?
No porque alguno Pindaro le llama,
Oyendo su incesante taravilla,
Pienses que númen superior le inflama.
Los muchachos le siguen en cuadrilla,
Pues su musa pedestre y juguetona
Es entretenimiento de la villa.
Si arrebatarle quieres la corona
Y hacer que calle, escucha mis ideas,
Y estimarás al doble tu persona.
Chocarrero y bufon quiero que seas,
Cantor de cascabel y de botarga:
Verás qué aplauso en Avapiés granjeas.
Con tal autoridad, luego descarga
Retruécanos, equívocos, bajezas,
Y en ellas mezclarás sátira amarga.
Refranes usarás y sutilezas
En tus versillos, bufonadas frias,
Y mil profanaciones y torpezas.
Y esta compilacion de boberias
Al público darás de tomo en tomo,
Que ansioso comprará lo que le envias.
Porque el ingenio mas agreste y romo
Con obras de esta especie se recrea,
Como tú con las gracias de Geromo.
Mas si tu orgullo oscurecer desea

Al lírico famoso venusino
Con quien tu preceptista me marea,
   Aparta de sus huellas el camino,
Huye su estilo atado de pedante,
Que inimitable llaman y divino.
   Canta en idioma enfático-crispante
De las deidades chismes celebrados,
Sin perdonar la barba del tonante.
   Pinta en Fenicia los alegres prados,
La niña de Agenor y sus doncellas,
Los nítidos cabellos destrenzados,
   Que, dando flores al abril sus huellas,
La orilla que de líquido circunda
Argento Dóris, van pisando bellas.
   Al motor de la máquina rotunda,
Que enamorado pace entre el armento
La yerba, de que opaca selva abunda.
   La ninfa al verle, ajena de espavento,
Orna los cuernos y la espalda preme,
Sin recelar lascivo tradimento.
   Ya los recibe el mar: la virgen treme,
Y al juvenco los álgidos undosos
Piélagos, hace duro amor que reme.
   Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes[1]
Prorumpe en ululatos dolorosos;
   Cuyas quejas en torno redundantes,
De flébiles ancilas repetidas[2],
Los antros duplicaron circunstantes.
   Mas Creta ofrece playas extendidas;
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.
   Huye gozoso amor, y agradecido
Jove, fecunda sóbole promete
Que imperio ha de regir muy extendido.
   Apolo, antojadizo mozalbete,
Asunto digno de tu canto sea
Cuando tras Dafne intrépido arremete,
   La locura tambien faetontea
Celebrarás, y el piélago combusto,
Que en flagrantes incendios centellea.
   Y muera de livor el Zoilo adusto,

[1] Silveira
[2] Villamediana.

Al notar de estas obras los primores,
La diccion bella, el delicado gusto:
  Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores;
  Vegetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso rio
Sierpe sonora de cristal luciente.
  Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,
  Habla erizada jerigonza oscura,
Y en gálica sintaxis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,
  Copiando de las obras que conoces,
Aquella molestísima reata
De frases y metáforas feroces.
  Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el mas cerril maltrata.
  Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante,
  Que él solo entiende; y ensartando diestro
Sílabas, ya es autor y gran poeta,
Y de alumnos estúpidos maestro.
  Mas ya te llama el son de la trompeta,
De nuestros Cides los heróicos hechos,
Tanta nacion á su valor sujeta.
  Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
Las duras reglas atropella osado,
Vencidos sus estorbos y deshechos.
  Y el númen lleno de furor sagrado;
« Canto, dirás, el héroe furibundo,
» A dominar imperios enseñado;
  » Que dando ley al báratro profundo
» Su fuerte brazo sujetó invencible
» La dilatada redondez del mundo. »
  Principio tan altísono y horrible,
Proposicion tan hueca y espantosa,
Que deje de agradar es imposible.
  No como aquel que dijo: *canta, diosa,*
La cólera de Aquiles de Peleo,
A infinitos argivos dolorosa;
  Porque el estilo inflado y giganteo,

Dejando á los lectores atronados,
Causa mudo estupor, llena el deseo.
  Dos caminos te ofrezco, practicados
Ya por algunos admirablemente:
Escoge, que los dos son extremados;
  Sigue la historia religiosamente,
Y conociendo á la verdad por guia,
Cosa no has de decir que ella no cuente.
  No finjas, no, que es grande picardía:
Refiere sin doblez lo que ha pasado,
Con nimiedad escrupulosa y pia;
  Y en todo cuanto escribas ten cuidado
De no olvidar las fechas y las datas,
Que así lo debe hacer un hombre honrado.
  Si el canto frigidísimo rematas,
Despediráste del lector prudente
Que te sufrió, con expresiones gratas:
  Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto el mísero paciente.
  Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados;
Crítica sufrirán, zurra y proceso.
  Dirán que los asuntos, adornados
Con episodios y ficcion divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.
  Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interés, sin fábula, sin arte;
Que el menos entendido la abomina.
  Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos:
Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.
  Después que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos;
  Exagera el volcan que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente[1],
É invoca á una deidad tu protectora.
  Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente.
  Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología,

[1] Candamo.

Sacra, profana, universal historia;
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.
Batallas pintarás á cada paso,
Entre despechadisimos guerreros
Que jamás de la vida hicieron caso.
Mandobles ha de haber y golpes fieros,
Tripas colgando, sesos palpitantes,
Y muchos derrengados caballeros.
Desafôradas mazas de gigantes,
Deshechas puentes, armas encantadas,
Amazonas bellisimas errantes.
A espuertas verterás, á carretadas,
Descripciones de todo lo criado,
Inútiles, continuas y pesadas.
¡Oh! cómo espero que mi alumno amado
Ha de lucir el singular talento,
Febo, que á tu pesar ha cultivado!
¡Cuánta aventura, y cuánto encantamento!
¡Cuántos enamorados campeones!
¡Cuánto jardin y alcázar opulento!
Pondrás los episodios á millones;
Y el héroe miserable no parece,
Que no le encontrarán ni con hurones.
Pero ¿cómo ha de ser? si le acontece
Que un mago en una nube le arrebata,
Y con él por los aires desparece,
En un valle oscurisimo remata
El viejo endemoniado su carrera,
Y al huésped á cumplidos le maltrata.
Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado [a],
Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.
¡Cuánta vasija y unto preparado
Tiene! ¡cuánto ingrediente venenoso!
Que al triste que lo ve deja admirado.
Allí le enseña en un artificioso
Cristal la descendencia dilatada,
Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso,
Y mira una ficcion muy adecuada;
Pues aunque algun censor la culparia
De impertinente, absurda y dislocada,
Siempre logras con esta fechoría

[a] Quevedo.

El linaje ensalzar de tu Mecenas:
Que no te faltará por vida mia.
Y si tales patrañas son ajenas
De su alcurnia, ¿qué importa? Si conviene,
Con Héctor el troyano la encadenas:
Porque un poeta facultades tiene
Sin límite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.
Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados
Los dos amigos que la van corriendo,
¡Válame Dios! y que regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados,
De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.
De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio Tragasmon registra y nota.
Vuelve después donde la ardiente llama
Del sol se oculta al espirar el dia,
Dándole Tétis hospedaje y cama.
Y en su precipitada correría,
Al huésped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvía.
Muda el auriga hácia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la aurora
Los lleva el carro de piropo ardiente....
Pero de un criticon me acuerdo ahora
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.
¡Cómo salta de cólera al instante
Con estas invenciones! ¡cuál blasfema!
Si se llega á irritar no hay quien le aguante.
No quiere que haya encantos ¡linda tema!
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
Y el libro en que lo halló desgarra y quema.
Si al héroe por acaso le enamoras
De una beldad que yace encastillada,
Guardándola un dragon á todas horas;
Y el caballero de una cuchillada
Al escamoso culebron degüella,
Mi crítico infernal luego se enfada.
Ni hay que decirlo, que la tal doncella

Es hermana del sabio Malambruno,
El cual su doncellez así atropella,
Que á dura cárcel, soledad y ayuno
Por un chisme no mas la ha reducido,
Sin que sepa sus lástimas ninguno.
No señor, nada basta, enfurecido
Contra el mísero autor se despepita,
Y en nada el inocente le ha ofendido.
¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!
Dice en horrenda voz, que impetüosa
Como turbio raudal se precipita.
El gusto y la razon, en verso, en prosa,
La invencion rectifiquen; que sin esto,
Jamás se acertará ninguna cosa.
Mi patria llora el ejemplar funesto:
Su teatro en horrores sepultado,
A la verdad y á la belleza opuesto,
Muestra lo que produce el estragado
Talento, que sin luz se descamina,
De la docta eleccion abandonado.
Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
La hispana musa, y desdeñó arrogante
La humilde sencillez griega y latina.
Dió á la comedia estilo retumbante,
Figurado, sutil ó tenebroso;
De la debida propiedad distante.
Halló en la escena el vulgo clamoroso
Pintadas y aplaudidas las acciones
A que le inclina su vivir vicioso.
Y en vez de dar un freno á sus pasiones
En la enseñanza de verdades puras,
Mezcladas entre honestas invenciones,
Oye solo mentiras y locuras,
Celebra y paga enormes desaciertos,
Y de juicio y moral se queda á oscuras.
¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,
Hecha la escena campo de batalla,
A un paladin enderezando tuertos!
¡Qué es ver cubierta de loriga y malla
Blandir el asta á una mujer guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla!
A cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera;
Desfloradas princesas, aturdidos

Enamorados, ronda, galanteo,
Jardin, escala, y zelos repetidos.
Esclava fiel, astuta en el empleo
De enredar una trama delincuente,
Y conducir amantes el careo.
Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algun bufon pesado é insolente.
Y aunque son á su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.
Allí se ven nuestros abuelos godos:
Sus costumbres, su heróica bizarría,
Desfiguradas de diversos modos.
Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
Como mi patria los miró algun dia.
No es mas que un mentecato pendenciero
El gran Cortés, y el hijo de Jimena
Un baladron de charpas y jifero.
Cinco siglos y mas, y una docena
De acciones junta el númen ignorante,
Que á tanto delirar se desenfrena.
Ya veis los muros de Florencia ó Gante:
Ya el son del pito los trasforma al punto
En los desiertos que corona Atlante.
Luego aparece amontonado y junto
(Así lo quiere mágico embolismo)
Dublin y Atenas, Menfis y Sagunto.
Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
Se ven patentes las eternas penas,
Y el ignorado centro del abismo?
Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
Repitiéndose mísero lamento
Por las estancias de dolores llenas.
¡Oh, qué abominacion! dice el sangriento
Censor injusto; y dando manotadas,
Se levanta furioso del asiento.
Estas críticas, Fabio, son dictadas
Por envidia y no mas, si bien lo miras,
Y no deben de ti ser escuchadas.
Las que repasas sin cesar y admiras
Insignes obras, á pesar de ingratos,
Te llevarán al término á que aspiras.
Mas te prometo. Los alegres ratos

Que te visite el apolíneo coro,
No los has de vender nada baratos.
Pues aunque el tema popular no ignoro
De que Cintio corona los poetas
De verde lauro, y no de perlas y oro:
Las mas descabelladas é indiscretas
Farsas te llenarán de patacones
Los desollados cofres y gavetas.
Sí, Fabio, las obrillas que dispones
Las hemos de vender todas al peso,
Y algo me tocará por mis lecciones.
Tu vena, redundante hasta el exceso,
Que no conoce reglas ni camino,
Es lo que se requiere para eso.
Suelta toda la presa del molino:
Haz comedias sin número, te ruego,
Y vaya en cada frase un desatino.
Escribe dos, y luego siete, y luego
Imprime quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.
Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia y casos prodigiosos;
Que así el humano corazon se mueve.
Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte, salga Citerea
Mayando en estribillos enfadosos.
Diversa accion cada jornada sea,
Con su galan, su dama, y un criado
Que en dislates insípidos se emplea.
Echa vanos escrúpulos á un lado:
Llena de anacronismos y mentiras
El suceso que nadie habrá ignorado.
Y si á agradar al auditorio aspiras,
Y que sonando alegres risotadas,
Él te celebre, cuando tú deliras.
Del muro arrojen á las estacadas
Moros de paja, si el asalto ordenas,
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.
Si del todo la pluma desenfrenas,
Date á la magia, forja encantamientos
Y salgan los diablillos á docenas.
Aquí un palacio vuele por los vientos,
Allí un vejete se transforme en rana:
Todo asombro ha de ser, todo portentos.
De la historia oriental griega y romana

Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.
Héctor, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Aníbal, con su jefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.
Verás qué diversion, verás qué gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcaman robusto:
Que ciegos de amoroso desvarío,
La llaman en octavas y tercetos:
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.
Tus galanes serán todos discretos;
Y la dama, no menos bachillera,
Metáforas derrame y epitetos.
¡Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque*! Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.
Ni busques la moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudes;
Que allí todo se pasa y se consiente.
Todo se desfigura, no lo dudes:
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.
Y lo que Poncio alguna vez decia,
De que el pudor se ofende y el recato...
Pero ¡qué! si es aquella su manía.
Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.
La dama ha de esconder en su retrete
A dos ó tres galanes rondadores:
Preciado cada cual de matasiete.
Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino;
Y encuentra allí peligros no menores.
El padre oyendo cuchilladas vino,
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.
Pero un primo frenético y zeloso
Lo vuelve á trabucar, de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.
Salen todos los yernos allí fuera:
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondon con un cualquiera.
¡Oh, vena sin igual, rara y fecunda,

La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda!
Esto debes hacer, esto se estila;
Y váyase Terencio á los Orates,
Con Báquis, Menedemo y Antifila:
Que por él, y otros pocos botarates
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.
Tú, dichoso mortal, prepara en tanto
Para ser celebérrimo poeta,
El númen y las sílabas al canto.
La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,
Te alzarán á la cumbre de Helicona,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.
Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quién debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mí, que te he instruido.



DON NICASIO ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

Nació en Madrid el 14 de diciembre de 1764. Fueron sus padres don Nicolás Alvarez de Cienfuegos, y doña Manuela Antonia de Acero: estudió en Salamanca; y al lado de Melendez, de quien fué grande amigo, se aplicó á la poesía y formó su gusto en ella. Vivió después en Madrid retirado y viviendo solo con sus li bros y con sus amigos. Algu nas composiciones suyas que empezaron á correr de mano en mano, y las tragedias de *Zoraida* y *Condesa de Castilla*, que se presentaron particularmente, le empezaron á dar un nombre literario en el público, que se acrecentó con la impresion que hizo en 1798 de todas sus obras poéticas. A poco tiempo le confió el gobierno la redaccion de la Gaceta y del Mercurio; y pocos años después fué hecho oficial de la primera secretaría de Estado. Así se hallaba cuando estalló la guerra de la Independencia. Cienfuegos, después de haber corrido un peligro inminente de ser arcabuceado por los Franceses después del dos de mayo, fué en el año siguiente de 1809 llevado á Francia en calidad de rehenes, y falleció al llegar á Ortez, en principios de julio, de la enfermedad grave que ya gran tiempo le aquejaba. Su tragedia de *Pítaco* le abrió las puertas de la Academia Española, sin embargo de que presentada al concurso de poesía no obtuviese premio por razones particulares. Además de las poesías que se conocen suyas, dejó diferentes trabajos sobre etimologías y sinónimos castellanos, género de investigaciones para que tenia tanta aficion como talento.

A LA PAZ

ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA EN 1795.

¿Qué fogoso volcan amenazando
Hierve en mi corazon, que en paz dormia
Bien como en el abismo hondi-tronante
Del Etna cuando brama, y humeando
Va á romper? Tente, tente, fantasía:
¿Dó me arrastras? Perdona; mi sonante
Cítara suspendí; mi labio mudo
Para siempre olvidó la voz del canto.
Y ¿cómo he de cantar entre el espanto
Con que Marte sañudo
En rencorosa guerra
Muda en sepulcro la anchurosa tierra?
¡O Pirineo! ¡ó campos de Gerona!
¡Espectáculo atroz! ¡oh! ¿Quién me aleja
De esta escena cruël de sangre y lloro
Do el fratricidio la discordia abona;
Donde es muerte el honor? ¡Ay! cuál refleja
El acero infeliz los rayos de oro
Del sol vivificante! ¡Cuál rechina
El carro horrible do el cañon sentado
Va de viudez y de orfandad preñado!
¡Cuánto llanto y ruïna
Y sepulcro está abriendo
Del trémulo tambor el ronco estruendo!
Tened, cruëles. ¿Contra quién esgrime
El duro hierro la insensata mano?
¿Dó esta la humanidad, el don divino
Que en nuestras almas al nacer imprime
La natura? ¡Perezca el inhumano
Que el feroz ministerio de asesino
El primero ejerció! Que el hondo averno
Trague hasta el nombre del que alzó malvado
Altares al valor ensangrentado,
Y de laurel eterno
Ciñendo su cabeza,
Dijo: sea virtud la impia dureza.
Hirió su voz de Jerjes el oido,
Que el escudo batiendo con la lanza,
La guerra ordena al hijo del oriente.
En la ilusion de su altivez dormido,

Sueña que el universo á su pujanza
Ya inclina con temor la esclava frente.
Marcha, triunfa; de Esparta en los leones
Da, cia, los rodea, caen rugiendo:
Y su rugir Temístocles oyendo,
Mueve al mar sus pendones,
Y allí, la diestra alzada,
Tumba de toda el Asia fué su espada.
¿Huyes, ó Jerjes? ¿Tan opimo fruto
Te valió tu venganza lisonjera?
¿Huyes? ¿A dónde huirás? Ya se adelanta
A recibirte en doloroso luto
Asia; *y ¿qué fué mi juventud guerrera?*
Te pregunta. *Mis campos, do levanta*
El abrojo su frente ignominiosa,
Piden los brazos donde en paz amiga
Su sien posaba la materna espiga.
La amante lagrimosa
Busca á su amor, no le halla,
Que, polvo yerto, para siempre calla.
¡Hijo adorado, en mi vejez odiosa
Unico puerto de mi ingrata suerte!
Desamor, soledad, ¿esta es la herencia
Que me vuelven de ti? Noche afrentosa
De mi himeneo, en que el amor fué muerte,
Jamás seas!... exclama en la vehemencia
De su hondo pesar la anciana madre:
Mientras la viuda en lágrimas deshecha,
Los huerfanitos en su seno estrecha;
Y, la mente en su padre,
Mil futuros temores
Flechan su corazon con mil dolores.
Tú me arrancaste con tu infanda guerra
Mi laboriosa paz y mis amores
Entregándome al hambre y las maldades.
Y ¡ó cuánta sangre en mi domada tierra
Por tí veo correr! Por tus furores
Vuela entre victoriosas mortandades
Contra mí el macedon, y me saquea,
Y á su muerte, ¡qué horror! ¡ay! vuelve, impío,
Vuelve mis hijos al regazo mio;
Mis hijos de Platea:
Cruel, torna al momento,
Tórname mi virtud y mi contento.
El Asia dijo; y aun su voz ahora

Desde el horror de sus desiertos clama
Por su sangre inocente. Oid, hispanos:
La madre España á sus lamentos llora,
Y con su ejemplo á la concordia os llama.
¿Será que vuestros pechos inhumanos
Resistan á su voz, que religiosa
Repite sin cesar que no hay ventura
Sin virtud, ni virtud sin la ternura
Y la union amistosa,
Adonde en ara santa
Feliz beneficencia se levanta?
¡Falte la tierra al que á su mismo hermano
Persiga en su enemigo! Uncid los bueyes,
¡O vírgenes del campo lagrimosas!
Que vuelve su señor. Con diestra mano,
Pues amor dictará sus dulces leyes,
Tejed guirnaldas de azucena y rosas.
Madres sensibles, vuestro amargo llanto
Truéquese ya en placer y regocijos,
Que ya á sus lares vuestros tiernos hijos
Tornan: sí, que el espanto
Va á cesar de la guerra,
Y en mieses de oro se ornará la tierra.
¡Júbilo, salvacion! ¡ó cuál se inunda
Mi espíritu en placer! ¿Oís que clama
Paz, paz el Pirineo ensangrentado?
Dad oliva á mi sien. ¿Quién la circunda
Con sus hojas? La trompa de la fama
Toda es paz, y á su son llora abrazado
Del galo el español, y maldiciendo
De la guerra y sus bárbaros horrores,
En amistad convierten sus rencores.
Los oye, y brama huyendo
La discordia sangrienta,
Y en la oscura Albion su trono asienta.
¿Dó estais, pastores, que el silencio amado
De los montes dejasteis al ardiente
Estruendo del cañon? Volved tranquilos
A sus antiguos reinos el ganado;
Señoread las selvas do inocente
A las plácidas sombras de los tilos
El amor sus misterios os confia.
Desechad el temor: del alto cielo
Yo lo vi, yo lo vi, que en raudo vuelo
Alma paz descendia

De espigas coronada
De genios y de musas rodeada.
Saludadla, cantad, hijos de Apolo.
¡Salve, decidla, madre bienhechora
Del linaje mortal, cándida hermana
De la santa virtud! ¡De polo á polo
Rija un dia tu mano vencedora!
¡Salve mil veces, y á la gente humana
No abandones jamás! ¡Pueda contigo
Comenzar el imperio afortunado
De la fraternidad, en que el malvado
Es el solo enemigo,
Y la tierra piadosa
Una sola familia virtuosa!



DON JUAN BAUTISTA ARRIAZA.

Nació en Madrid el año 1770. Recibió la primera educacion en el *Seminario de Nobles*, pasando mas tarde á Segovia, en cuyo colegio militar estuvo algun tiempo, hasta que posteriormente dejó la carrera militar para seguir la de la marina. Abandonó luego esta última por la diplomacia.

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

ODA.

Cantar victorias mi ambicion seria;
Pero sabed que el dios de la armonía,
Dispensador de gloria,
El favor de fortuna en poco estima,
Y solo el valor ínclito sublima
Con inmortal memoria.
Ved aun brillando aquellos en su templo,
Que vieron las Termópilas, ejemplo
De varonil constancia;
Y los que sucumbieron, no domados,
Bajo los tristes muros abrasados
De la infeliz Numancia.

Hay á quien de la cuna alza el destino
Para llevarle siempre por camino
De dóciles laureles:
Las dichas van volando ante sus pasos,
Y en manos de ellas pierden los acasos
Sus espinas crueles.
Héroes, si ya no dioses, el inmenso
Vulgo los clama; mas en tanto incienso
Yo mi razon no ofusco;
Y de Belona en el dudoso empeño,
Donde muestra Fortuna airado el ceño,
Allí los héroes busco.
¡O constancia! ¡O del alma ardiente brio!
Tiende la inmensa vista, excelsa Clio,
Por esos mares vastos;
Tiéndela, que á pesar de hados malignos,
Nunca là habrán parado hechos mas dignos
De tus gloriosos fastos.
Mira en baldon de Gades opulenta
Levantarse la furia mas sangrienta
De los cerros oscuros;
Y de su ávida mano al mar lanzadas
Las calidonias selvas, transformadas
En fluctuantes muros.
Su envidia es la ciudad de Hércules bella,
Que en las puertas atlánticas descuella,
Teniendo al mar á raya,
En ondas que postrándose á su frente,
Llegan cargadas de oro de Occidente
A enriquecer su playa.
¡Qué de ministros vendes á su encono,
Anglia infecunda, de las nieblas trono,
Campos que el sol no mira,
Que, en sonrisa falaz, Flora reviste
De estéril verde en que la flor es triste,
Y amor sin gloria espira!
Hidrópicos de aurívoro veneno,
Al monstruo de codicia abren el seno
Contra la gloria hispana,
Cuando en horrendas máquinas de muerte
Hasta el precioso fruto se convierte
De la comarca indiana.
De su armada que en vano el mar rechaza
Al cielo, ó con abismos amenaza,
Hacen soberbia muestra:

No lo sufrís, alumnos esforzados
De los Bazanes, y de ardor llevados
Lanzais al mar la vuestra.
Y cual de opuestos vientos acosados
Cruzándose ennegrecen los nublados
Las eternas campañas,
Y conturbando al mundo en su bramido,
Dispútanse el eléctrico fluido,
Ferviente en sus entrañas;
Tal de ambas partes la batalla llega,
Y las alas flamígeras desplega,
Y nave á nave cierra,
Y libra, ¡ó dia de infeliz renombre!
Cuatro elementos juntos contra el hombre,
En brazos de la guerra.
¡Quién, entre torbellinos de humo denso,
Que á las aras de Marte, en digno incienso,
Mandan cóncavos bronces,
De férreos rayos el silbar sin cuento,
Y el ruido que desquicia el firmamento
De sus eternos gonces;
Quién, de llama y sangre en tanto lago,
Mástiles estallantes y alto estrago
De derrocadas moles;
Quién, al triste fulgor que el cuadro alumbra,
Vuestros sangrientos rostros no columbra,
O jefes españoles!
Impávidos de rojo humor teñidos,
O de sulfúreo polvo ennegrecidos,
Terribles, como en ciego
Combate de sacrílegos gigantes
De los dioses los fúlgidos semblantes,
Entre nubes de fuego.
Con ronca voz vuestro coraje entona
El metálico grito de Belona,
Que al combatiente inflama:
No se teme mortal, cuando á sus ojos,
De hirviente sangre ve raudales rojos
Que él mismo al mar derrama.
Cuájase en hierro el aire, y se convierte
Cada átomo en un dardo de la muerte,
Cuyo enorme esqueleto,
Gozoso, en medio al golfo se levanta,
Viendo ejercerse allí, con furia tanta,
Su asolador decreto.

¡Oh cuál de juventud las flores siega,
O á perpetuo dolor la vida entrega!
A un brazo mutilado
Sucede el otro á la venganza presto,
O dura aun á pié firme el cuerpo inhiesto,
De su cerviz privado.
Mas ¡ay! que allí clara columna sube
De fuego al viento, y entre humosa nube
Desplómanse al abismo
Cuerpos, cabezas, armas y maderos,
Y brazos que aun no sueltan los aceros
Que empuñó el patríotismo
Gime al estruendo el Trafalgar convulso,
Tiembla el Olimpo, cual si á duro impulso
De bárbaros Titanes
Nadando ardiendo fueran por las aguas
De Etna y Vesubio las hirvientes fraguas,
Y á un tiempo mil volcanes.
De espanto estremecidos, los voraces
Monstruos del mar agólpanse fugaces
Hácia el hercúleo estrecho;
De horror el cielo en nubes se encapota,
Y de escándalo al mar bramando azota
El aquilon deshecho.
Y de su misma cólera espumosa
Nace la tempestad, de desastrosa
Noche fatal presagio;
Marte á su aspecto enfrena el alarido;
Scila y Caribdis alzan el ladrido,
Númenes de naufragio.
A devorar los desperdicios tristes
De hierro y fuego, rápidos vinistes,
Cual rayo, olas y vientos;
¡O noche, quién podrá expresar tu espanto!
¡Quién tu afliccion conmemorar sin llanto!
¡Quién contar tus lamentos!
Ceden, en fin, al elemento amargo
Naves, que domeñaron tiempo largo
Sus furores altivos:
Los hombres se hunden, y por siempre ansioso
Se cierra el cauce del sepulcro undoso
Donde descienden vivos.
Minerva, ¡oh! salva al que, en mejor fortuna,
Hasta el lecho del sol desde la cuna
Surcó el terrácueo giro!

¡Urania, aquel tu confidente auxilia!
Amor, ¡ay! vuelve á una infeliz familia
De ese el postrer suspiro!
¡Tristes! Nadando hácia la patria amada,
Y ella esquivarse en sus sirtes erizada,
Que las olas esconden,
Y la muerte descubre! Y á las voces
De los míseros náufragos, feroces
Ellas solas responden.
Jamás el tiempo eslabonar podria
Noche mas dura á mas horrible dia;
Pero en tanto conflicto,
Quien tales hados superó constante,
¿Dónde hallará peligro que quebrante
Su corazon invicto?
¿Dónde? ¡O Clio!... Mas tú de horrores tales,
Con buril de oro, en tablas inmortales
Libras de olvido el daño;
Escribes, y la fama los publica,
Nombres que el eco olímpico replica:
Gravina, Alava, Escaño.
¡Y cuántos mas que de mi voz suprime
El mismo amor que en mi memoria gime!
¡O Came!... ¡O dura suerte!
Dadle eterno laurel, hijas de Apolo,
Que á un amigo infeliz le cabe solo
Darle llanto en su muerte!
Crisol de adversidad claro y seguro
Vuestro valor probó sublime y puro,
¡O marinos hispanos!
Broquel fué de la patria vuestra vida,
Que, al fin, vengada y siempre defendida
Será por vuestras manos.
Rinda al Leon y al Aguila Neptuno
El brazo tutelar, con que importuno
Y esclavo al Anglia cierra;
Y ella os verá desde las altas popas,
Lanzar torrentes de invencibles tropas
Sobre su infausta tierra.
Básteos en tanto el lúgubre tributo
De su muerto adalid, doblando el luto
Del Támesis umbrío;
Que si, llenos de honrosas cicatrices,
Se os ve para ocasiones mas felices
Reservar vuestro brio,

Sois cual leon, que en líbico desierto,
Con garra atroz, del cazador esperto
Rompió asechanza astuta,
Que no ingiorioso, aunque sangriento y laso,
Temido sí, se vuelve paso á paso
A su arenosa gruta.



DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Nació en Madrid el 11 de abril de 1772. Después de haber hecho sus primeros estudios en la corte, aprendió la latinidad en Córdoba, la retórica y filosofía en el seminario conciliar de Salamanca, y el derecho civil y canónico en la universidad de la misma.

Dedicóse con preferencia desde su primera juventud á la poesía, á la elocuencia y á la historia, en que tuvo por maestros á Melendez, Estala y Cienfuegos. Empezó á darse á conocer por los años de 1795 con algunas composiciones líricas; en 1801 dió al teatro la tragedia *El Duque de Viseo*, imitacion de un drama inglés. En 1802 publicó un tomo de poesías, reimpresas después diferentes veces, y por el mismo tiempo escribió como principal redactor en el periódico titulado *Variedades de ciencias, literatura y artes*. Después dió á luz el *Pelayo*, tragedia representada en los *Caños del Peral* en enero de 1805. Esta obra, eminentemente popular en España, es, juntamente con sus poesías líricas patrióticas, lo que mas ha contribuido á cimentar la justa celebridad de que goza Quintana.

En 1807 publicó el tomo primero de las *Vidas de Españoles célebres*, y en 1808 la coleccion en tres tomos de poesías selectas castellanas, desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias. En el mismo año dió á luz sus *Odas á España libre*, y mas tarde publicó otra coleccion de *Poesías selectas castellanas*, aumentada con diferentes ilustraciones críticas y con dos tomos de poesía épica antigua: el tomo segundo de las *Vidas de Españoles célebres* en 1830 y el tomo tercero en 1833.

Falleció este eminente literato en Madrid el dia 11 de marzo de 1857.

ODA.

A LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

¿Con qué fin el destino
La trompa de la fama, hijos de Apolo,
A vuestro aliento armónico y divino
Quiso entregar? El don de la alabanza,

La hermosa luz de la brillante gloria
¿Serán tal vez del hombre á quien daria
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡Oh! despertad : el humillado acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes penetrando el viento;
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro verso enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.
No los aromas del loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad : las sacras aras
De la invencion sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con su fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivífica miés descubre el suelo;
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿Dios no fuiste tambien tú, que allá un dia
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras detuviste
La palabra veloz que antes huia?
Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste : el pensamiento
Miró ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, y arribó á la altura,
De do escuchar la edad que antes era,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡Oh gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza y los honores
Que á tu invencion magnífica se deben;
Contémplala brillar, y cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.
Pero al fin sacudiéndose, otra prueba
La plugo hacer de sí, y el Rhin helado
Nacer vió á Guttemberg. « ¿Con que es en vano

Que el hombre el pensamiento
Alcanzase escribiéndole á dar vida,
Si desnudo de curso y movimiento
En letárgosa oscuridad se olvida?
No basta un vaso á contener las olas
Del férvido Océano,
Ni en solo un libro dilatarse pueden
Los grandes dones del ingenio humano.
¿Qué les falta? ¿volar? Pues si á natura
Un tipo basta á producir sin cuento
Seres iguales, mi invencion la siga;
Que en ecos mil y mil sienta doblarse
Una misma verdad, y que consiga
Las alas de la luz al desplegarse. »
Dijo, y la imprenta fué; y en un momento
Vieras la Europa atónita agitarse
En aquel espantoso movimiento,
Con que estruendoso el viento
Estremece la tierra
Al agitar en sus profundos senos
El fuego asolador que allí se encierra.
¿Qué es del alcázar espantoso y fiero
Donde el genio del mal entronizado,
Al universo entero
Con su cetro durísimo oprimia?
De siglos mil en el fatal olvido
El error, la ignorancia le fundaron;
Y la ignorancia y el error temblaron.
Cuando rompió el volcan, á su estallido
Los soberbios cimientos vacilaron.
Dura, sí; mas su inmenso poderío
Desplomándose va; pero su ruina
Mostrará largamente sus estragos.
Así torre fortísima domina
La altiva cima de fragosa sierra:
Su albergue en ella y su defensa hicieron
Los hijos de la guerra,
Y en ella su pujanza arrebatada
Rugiendo los ejércitos rompieron.
Después abandonada,
Y del silencio y soledad sitiada,
Conserva aunque ruinosa, todavia,
La aterradora faz que antes tenia.
Mas llega el tiempo, y la estremece y cae:
Al campo en torno oprime

Su rota mole, en tanto
Que es escarnio y baldon de la comarca
La que antes fué su escándalo y espanto.
¿Qué entonces ambiciosa
La inteligencia humana
Creyó negado á su feliz anhelo?
Levántase Copérnico hasta el cielo,
Que un velo impenetrable antes cubria,
Y allí contempla el eternal reposo
Del astro luminoso
Que da á torrentes su esplendor al dia.
Siente bajo su planta Galileo
Nuestro globo rodar: la Italia ciega
Le da por premio un calabozo impío;
Y el globo en tanto sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.
Y navegan con él impetuosos
A modo de relámpagos huyendo
Los astros rutilantes: mas lanzado
Veloz el genio de Newton tras ellos,
Los sigue, los alcanza,
Y á regular se atreve
El grande impulso que sus orbes mueve.
¡Ah! ¿qué te sirve conquistar los cielos,
Hallar la ley en que sin fin se agitan
La atmósfera y el mar, partir los rayos
De la impalpable luz, y hasta en la tierra
Cavar, y hundirte y sorprender la cuna
Del oro y el cristal? Mente ambiciosa,
Vuélvete en fin á mejorar al hombre;
Entra en esa magnífica carrera;
Y atrévete á pisarla toda entera,
Sin que la fuerza ni el poder te asombre.
¿Serán ellos bastantes
A arredrarte? ¡Oh, jamás! Nunca las ondas
Tornan del Tajo á su primera fuente,
Si una vez hácia el mar se arrebataron:
Las sierras, los peñascos su camino
Se cruzan á atajar; pero es en vano
Que el vencedor destino
Las impele bramando al Océano.....
Triunfa así Europa, y de esplendor ceñida
En trono incontrastado
Los ámbitos del orbe señorea.
No será ya que el Septentrion helado,

Que los senos del Asia hirviendo en gente,
Vomitando su inculta muchedumbre
Sobre el triste Occidente,
La luz eclipsen, la razon profanen,
Ejerciendo su bárbara costumbre:
Como cuando feroces, sacudidos,
Un pueblo de otro pueblo, en fiero estruendo,
Los tigres de la Scitia se arrojaron,
Y en sed de guerra y de furor ardiendo,
De Rómulo el imperio devoraron.
¿Y qué? ¿se mezclarán en mis loores
El crudo Marte y la feroz Belona?
¡Oh Guttemberg! perdona,
Perdona; otra victoria, otros mayores
Dones viniste á derramar contigo.
¡Ah! ¡qué alcanzarlos yo dado me sea!
¡Paz, bien universal, dulce armonía,
Mi espíritu os saluda, y se recrea
De tan bella esperanza en la alegría!
Mientras el alto númen que me enciende
De vuestra dulce inspiracion henchido
A la region olímpica se eleva,
Y en sus alas flamígeras me lleva;
Abre el destino las ferradas puertas
De su inviolable templo; el velo espeso
Que á los mortales débiles encubre
Lo porvenir, se rompe,
Y á mis ojos atónitos descubre
Cuanto será... ¡Oh placer! No es ya la tierra
Ese planeta mísero en que ardieron
La insaciable ambicion, la horrible guerra.
Ambas rugiendo para siempre huyeron:
Y amor y paz el universo llenan;
Amor y paz por donde quier respiran,
Amor y paz sus ámbitos resuenan;
Y el Dios del bien sobre su trono de oro
El cetro eterno por los aires tiende,
Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envia.
¿No la veis? ¿no la veis? ¿la gran columna,
El hermoso y eterno monumento
Que á mi admirada vista centellea?
No son, no, las pirámides que al viento
Levanta la miseria en la fortuna

Del que renombre entre opresion granjea.
Antes por él siempre humea
El perdurable incienso
Que grato el orbe á Guttemberg tributa;
¡Breve homenaje á su favor inmenso!
¿Pues qué honor, qué loores
Bastar podrán al inventor divino
Del arte celestial, que ante los hombres
A la áurea perfeccion abrió el camino?
¡Gloria á aquel que la estúpida violencia
De la fuerza aterró sobre ella alzando
A la alma inteligencia!
¡Gloria al que en triunfo la verdad llevando,
Su influjo eternizó libre y fecundo!
¡Himnos sin fin al bienhechor del mundo!



DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

Nació en Sevilla el año 1774. Estudió las ciencias eclesiásticas en la universidad de Sevilla. En 1801 obtuvo el curato de la parroquia de Santa Cruz, de Sevilla, que sirvió con singular celo hasta 1811. A principios del año 1827 fué nombrado primer redactor de la *Gaceta del Gobierno*. En 1834 le nombró S. M. individuo de la Inspeccion general de imprentas y librerías del reino, de que fué decano por mas de dos años, hasta su supresion en 1838.— Fué nombrado por el señor don Fernando VII dean de la iglesia metropolitana de Valencia, y presentado á Su Santidad para juez auditor del tribunal de la Rota en 1833.

En 1816 publicó el *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria, imputados á los Españoles bajo la dominacion francesa*; obra muy conocida y apreciada, que se reimprimió poco después. — Ha dado á luz otros opúsculos sobre materias de legislacion y literatura, y varias poesías diseminadas, de que se desea una coleccion completa.

A LICIO.

Goza, mi Licio, de las blandas flores;
Goza el aliento que del áureo Toro,
Vida inspirando y amorosos fuegos,
Febo derrama.
Goza las pomas, y el sabroso néctar,

Que en rubios granos, de la fiel Balanza,
Luego sazona, coronando á Otoño,
Prez de Lieo.
Y el lauro eterno que á tu sien Apolo,
Y alas ardientes que ciñera Urania,
Orne de rosas y de hiedra cerque
Ciprida y Baco.
Tú, do lazado el Adur y el Nive,
Mezclan sus ondas y en geniales coros
Náyades bellas de los dos raudales
Danzan unidas.
Libre y gozoso por la amena márgen,
Pulsas la lira que te diera Betis,
Y á la union grata que fecunda el prado
Cantas amores.
Yo solitario la sedienta orilla,
Que Manzanares humedece apenas,
Y el campo yermo que avidece á Mantua
Piso y detesto.
¡Ay! no su risa para mí la Aurora,
Ni sus guirnaldas primavera envia;
Rayos la esfera y el airado suelo
Brota zarzales.
Dura cadena la dolida planta
Traba y oprime: ponderoso yugo,
Que un poder necio sobre mí desploma,
Dobla mi cuello.
¿Que á mí placeres? Al cordero y tigre
Antes aduna, que al dolor y dicha;
No de Procusto sobre el fiero lecho
Venus reposa.
¡Cuánto en el gozo desconoce el hombre
Del hado adverso la indomable fuerza!
Bebe, ¡cuitado! del placer la copa,
Dice al doliente.
Dí al Lapon rudo que del Tanna helado
Coja las rosas: de la ardiente Libia
Dí al fiero Ascanta, que respire el fresco
Dulce Favonio.
Sufre tu suerte; la imperiosa ley
Tal es del triste. La paciencia sola
Fué al infortunio por consuelo dada;
No los placeres.

SIGLO XIX.

DON ALBERTO LISTA.

Creemos inútil escribir una biografía de este ilustre literato. Cuanto pudiéramos comunicar á nuestros lectores, lo encontrarán en la página 391 del presente volúmen.

LA MUERTE DE JESUS.

ODA.

¿Y eres tú el que velando
La excelsa majestad en nube ardiente
Fulminaste en Sina? y el impío bando
Que eleva contra tí la osada frente
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgotha y al cielo
Alzas gimiendo el rostro lastimado,
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y, su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena,
Amor mas poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes, y Leon fuerte
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon del cándido cordero.
¡O víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y hostia del amor tierno

Moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay! ¡quién podrá mirarte
O paz, ó gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empèdernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?
¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿cuál trazo impío
A tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?
Cesad, cesad, crueles:
Al santo perdonad, muera el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guia
Y en la sangre os cebais, verted la mia.
Mas ¡ay! que eres tú solo
La víctima de paz que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera
Ante Dios irritado
No expiacion, fuera pena, del pecado.
Que no cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia
Y á la maldad que dominaba el suelo
Y á las malvadas gentes envolvia,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.
Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora,
El sol amortecida la alba lumbre
Que el firmamento rápido colora
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurria.
Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno;
Mas ya, Dios de venganzas, tu hijo amado
Domador de la muerte y del averno
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.
¿Oyes, oyes cuál clama:
« Padre de amor, porqué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste;
De la acerba venganza
Que sufre el justo, nazca la esperanza. »
¿No veis cómo se apaga
El rayo entre las manos del potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente,
Y su triste gemido
Oye el Dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte,
Esgrime, esgrime la fulmínea espada
Y el último suspiro del Dios fuerte
Que la humana maldad deja expiada
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en padre tierno al indignado.
Rasga tu seno, ó tierra:
Rompe, ó templo, tu velo. Moribundo
Yace el Criador; màs la maldad aterra
Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere..... gemid humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

LA PROVIDENCIA.

ODA.

De la miseria en el profundo seno
El infeliz decía:
« No hay Dios: en vano su esplendor sereno
El padre de la luz al orbe envia.
» En vano sometida á ley constante
Gira la inmensa esfera,
Y en curso igual el Orion radiante
Sobre el mar del ocaso reverbera.
» ¿Qué es el lazo eternal, con que natura
Los seres encadena,
Si un Dios injusto su mejor hechura
A delinquir y á padecer condena?
» Yo ví, yo ví á las nubes sublimado
Y triunfante al impío:
Y de placer y gloria circundado
Por la tierra extender su señorío.
» Y mientras goza, el inocente gime

En prision oscura;
Y al son de la cadena que le oprime
Llora infeliz su indigna desventura.
» El pan de la afliccion es su alimento
Y el lloro su bebida,
Y ansiando por el último momento
Arrastra el peso de su amarga vida.
» No hay Dios donde hay maldad: la espada impía
Es el Dios del humano:
Su trono, la sañuda tiranía
Y la triste virtud un nombre vano. »
Dijo: y del cielo al muro diamantino
Lanza gemido ardiente;
Y el poder blasfemando del destino,
Cubre entre el polvo vil la faz doliente.
Mas la verdad sus rayos brilladores
Desde el empíreo envia;
Y el velo disipó de los errores,
Que la ofuscada mente oscurecia.
Vió entonces derrocarse en el averno
El solio del malvado:
Y eterna maldicion y llanto eterno
Exhalar de su pecho atormentado.
Y al justo en las mansiones de la vida
Unido al Dios, que implora,
Bendecir la inocencia perseguida
De las pruebas del hado triunfadora.
Mortal, necio mortal, que un solo instante
Para morir animas,
¿Presumes tú dar leyes al tonante
Que hace temblar las celestiales cimas?
Deja que á la virtud hermosa y pura
La adversidad persiga,
Y que al malvado la fortuna impura
De rosa y de laurel corone amiga.
Deja al desórden que domine el mundo
Y que grite el cielo « la venganza es mia »
El alma es inmortal: puede una hora
Labrar tu eterna suerte:
Ejerce la virtud.... á Dios adora....
Y lo demás te enseñará la muerte.

DON JUAN NICASIO GALLEGO.

Nació en Zamora el 14 de diciembre de 1777, y en la misma ciudad hizo sus primeros estudios. A la edad de trece años fué á Salamanca á estudiar filosofía y derecho civil y canónico, que concluyó en 1800. En mayo de 1805 hizo oposicion á una capellanía de honor de S. M., y mas tarde fué diputado á Cortes y senador del reino. Falleció el dia 9 de enero de 1853, siendo secretario perpetuo é individuo de número de la Real Academia española, la cual ha publicado posteriormente, en un elegante volúmen, las *Obras completas* del inspirado autor de las elegías al *Dos de mayo* y *A la muerte de la Duquesa de Frias*, que insertamos á continuacion.

A LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRIAS.

ELEGÍA.

Al sonante bramido
Del piélago feroz que el viento ensaña
Lanzando atrás del Turia la corriente;
En medio al denegrido
Cerco de nubes que de Sirio empaña
Cual velo funeral la roja frente;
Cuando el cárabo oscuro
Ayes despide entre la breña inculta,
Y á tardo paso soñoliento Arturo
En el mar de Occidente se sepulta;
A los mustios reflejos
Con que en las ondas alteradas tiembla
De moribunda luna el rayo frio,
Daré del mundo y de los hombres lejos
Libre rienda al dolor del pecho mio.
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño
A infortunios sin término condena,
Sobre su cuello mísero cargando
De uno en otro eslabon larga cadena,
No en jardin halagüeño,
Ni al puro ambiente de apacible aurora
Soltar conviene el lastimero canto
Con que al cielo importuna.
Solitario arenal, sangrienta luna

Y embravecidas olas acompañen
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira
Que escenas solo de afliccion recuérdas;
Lira que ven mis ojos con espanto,
Y á recorrer tus cuerdas
Mi ya trémula mano se resiste!
Ven, lira del dolor: ¡Piedad no existe!
¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella
Gentil, discreta, incomparable amiga,
Cuya presencia sola
El tropel de mis penas disípaba!
¿Cuándo en tal hermosura alma tan bella
De la corte española
Mas digno fué y espléndido ornamento?
¡Y aquel mágico acento
Enmudeció por siempre, que llenaba
De inefable dulzura el alma mia!
Y ¡qué! fortuna impía,
¿Ni su postrer adios oir me dejas?
¿Ni de su esposo amado
Templar el llanto y las amargas quejas?
¿Ni el estéril consuelo
De acompañar hasta el sepulcro helado
Sus pálidos despojos?
¡Ay! Derramen sin duelo
Sangre mi corazon, llanto mis ojos.
¿Porqué, porqué á la tumba,
Insaciable de víctimas, tu amigo
Antes que tú no descendió, Señora?
¿Porqué, al menos contigo
La memoria fatal no te llevaste
Que es un tormento irresistible ahora?
¿Qué mármol hay que pueda
En tan acerba angustia los aciagos
Recuerdos resistir del bien perdido?
Aun resuena en mi oido
El espantoso obús lanzando estragos,
Cuando mis ojos ávidos te vieron
Por la primera vez. Cien bombas fueron
A tu arribo marcial salva triunfante.
Con inmóbil semblante
Escucho amedrentado el son horrendo
De los globos mortíferos, en torno
Del leño frágil á tus piés cayendo,
Y el agua que á su empuje se encumbraba

Y hasta las altas grímpolas saltaba.
El dulce soplo de Favonio en tanto
Las velas hinche del bajel ligero,
Sin que salude con festivo canto
La suspirada costa el marinero.
Ardiendo de la patria en fuego santo,
Insensible al horror del bronce fiero,
Fijar te miro impávida y serena
La planta breve en la menuda arena.
¡Salve, ó Deidad! do gozo enajenada
La ruidosa marina
Que á tí se agolpa y el batel rodea;
Y al cielo sube el aclamar sonoro
Como el aplauso del celeste coro
Salió del mar la hermosa Citerea.
Absortas contemplaron
El fuego de tus ojos
Las bellas ninfas de la bella Gades;
Absortas te envidiaron
El pié donoso y la mejillá pura,
El vivo esmalte de tus labios rojos,
El albo seno y la gentil cintura.
Yo te miraba atónito: no empero
Sentí en el alma el pasador agudo
De bastarda pasion, que à dicha pudo
Del honor y el deber la ley severa
Ser á mi pecho impenetrable escudo.
Mas ¿quién el homenaje
De afecto noble, de amistad sincera
Cual yo te tributó, cuando el tesoro
De tu divino ingenio descubria,
Que en cuerpo tan gallardo relucia
Como rico brillante en joya de oro?
¡Cuántas, ¡ay! qué apacibles
Horas en dulces pláticas pasadas
Betis me viera de tu voz pendiente!
¡Cuántas en las calladas
Florestas de Aranjuez el eco blando
Detuvo el paso á la tranquila fuente;
Ya el primor ensalzando
Que el fragante clavel las hojas riza
Y la ancha cola del pavón matiza;
Ya la varia fortuna
Del cetro godo y del laurel romano;
O el poder sobrehumano

Que de un soplo derroca
Del alto solio al triunfador de Jena,
Y con duras amarras le encadena,
Como al antiguo Encélado, á una roca!
Pero otro don magnífico, sublime,
Mas alto que el ingenio y la hermosura,
Debistes al Criador, vivaz destello
De su lumbre inmortal, alma ternura.
¿Cuándo, cuándo al gemido
Negó del infeliz oro tu mano,
Ayes tu corazon? El escondido
Volcan que decoroso
Tu noble aspecto revelaba apenas,
Un infortunio, un rasgo generoso
Un sacrificio heróico hervir hacia.
Entonces agitado
Tu rostro angelical resplandecia
De mas purpúreo rosicler cubierto:
Del seno relevado
La extraña conmocion, el entreabierto
Labio, las refulgentes
Ráfagas de tus ojos
Que entre los anchos párpados brillaban,
Las lágrimas ardientes
Que á tus negras pestañas asomaban,
El gesto, el ademan, los mal seguros
Acentos, la expresion.... ¡Ah¡ Nunca, nunca
Tan insigne modelo
De estro feliz, de inspiracion divina
Mostró Casandra en los dardanios muros
Ni en las lides olímpicas Corina.
Y solo al santo fuego
De un pecho tan magnánimo pudiera
Deber tu amigo el aire que respira.
Solo á tu blando ruego
La Amistad se vistiera
Máscara y formas del Amor su hermano.
¿Quién sino tú, Señora,
Dejando inquieta la mullida pluma
Antes que el frio tálamo la Aurora,
Entrar osara en la mansion del crimen?
¿Quién sino tú del duro carcelero,
Menos al son del oro empedernido
Que al eco de los míseros que gimen
Quisiera el ceño soportar? Perdona,

Cara Piedad, que mi indiscreta musa
Publique al mundo tan heróico ejemplo
Y que mi gratitud cuelgue en el templo
De la santa Amistad digna corona.
En el mezquino lecho
De cárcel solitaria
Fiebre lenta y voraz me consumia;
Cuando sordo á mis quejas
Rayaba apenas en las altas rejas
El perezoso albor del nuevo dia,
De planta cautelosa
Insólito rumor hiere mi oido:
Los vacilantes ojos
Clavó en la ruda puerta estremecido
Del súbito crujir de sus cerrojos,
Y el repugnante gesto
Del fiero alcaide mi atencion excita,
Que hácia mí sin cesar su mano agita
Con labio mudo y sonreir funesto.
Salto del lecho, y sígole azorado,
Cruzando los revueltos corredores
Do aquella triste y lóbrega caverna
Hasta un breve recinto iluminado
De moribunda y fúnebre linterna.
Y á par que por oculto
Tránsito desparece
Como vision fantástica el Cerbero,
De nuevo extraño bulto
Sombra confusa, que se acerca y crece,
La angustia dobla de mi horror primero.
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa
A la pálida luz mi vista errante
Los bellos rasgos de Piedad divisa
Entre los pliegues del cendal flotante!
¿Por qué, por qué benigna,
Clamé bañado en llanto de alborozo,
Osas pisar, Señora,
Esta morada indigna
Que tu respeto y tu virtud desdora?
¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,
Del placer celestial que el alma oprime
Hoy á tus plantas espirar consigo,
Mi fiebre, mi prision, mi fin bendigo.
A este oscuro aposento
No á que de pena ó de placer espires

La voz de la amistad mis pasos guia,
Sino á esforzar tu desmayado aliento
Contra los golpes de la suerte impía.
Su cuello al susto y la congoja doble
El que del crímen en su pecho sienta
El punzante aguijon; que al alma noble
Do la inocencia plácida se anida,
Ni el peso de los grillos la atormenta,
Ni el son de los cerrojos la intimada.
Recobra, amigo caro,
La esperanza marchita
Y el digno esfuerzo del varon constante.
Pronto será que el astro rutilante,
Que jamás estas bóvedas visita,
De la calumnia vil triunfar te vea:
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.
Serálo, sí: lo juro;
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda
Vaticinio tan próspero desmiente,
No me hará de fortuna el torvo ceño
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;
Que el dichoso mortal á quien risueño
Mira el destino... No acabé. A deshora
La aciaga voz del carcelero escucho,
Diciendo: es tarde; baste ya, Señora.
¡Adios! ¡adios! Del vulgo malicioso
Que al despuntar del sol sacude el sueño
Temo el labio mordaz. ¡Adios te queda!
Aguarda... ¡Adios!... Y en soledad sumido
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido
Barrer las gradas la crujiente seda.
Oh digno, oh generoso
Dechado de amistad! ¡Oh alegre dia!
¿Y en dónde estás, en dónde,
Ángel consolador, Duquesa amada,
Que no te mueve ya la angustia mia?
¡Gran Dios, y ni responde
De su esposo infeliz al caro acento,
Aunque en la tumba helada
Lágrimas de dolor vierte á raudales!
¡Ni de su triste huérfana el lamento,
Con ambos brazos al sepulcro asida,
Ablanda sus entrañas maternales!
¡Oh dulces prendas de su amor! al mármol
En balde importunais. Hará el rocio

Del venidero abril que al campo vuelva
La verde pompa que abrasó el estío;
Mas no espereis que el túmulo sombrío
La devorada víctima devuelva,
Ni á sus profundos huecos
Otra respuesta oir que sordos ecos.
En el de bronce y oro,
Ínclito vate [1], entallarán cinceles
Vuestro heróico blason, entretejiendo
Con sus antiguas palmas tus laureles....
¡Inútil afanar! La sien ceñida
De adelfa y mirto, pulsará tu mano
La dolorosa cítara, moviendo
Con sus blandas querellas
El orbe todo á compasion... ¡En vano!
Resonarán con ellas
Mis gemidos simpáticos, y el coro
De cuantos cisnes tu infortunio inspira
Alzar podrá á su gloria
Noble trofeo en canto peregrino [2].
Mas ¡ay! ¿podrá su lira
Forzar las puertas del Eden divino,
Y el diente ensangrentado
Del áspid arrancar en tí clavado?
A mas alto poder, mísero amigo,
Los ojos torna y el clamor dirige
Que entre sollozos lúgubres exhalas.
Al Ser inmenso que los orbes rige,
En las rápidas alas
De ferviente oracion remonta el vuelo.
Yo elevaré contigo
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella,
Que en mis brazos creció, cándida niña
Trasunto vivo de tu esposa bella,
Dará benigno el cielo
Paz á su madre, á tu afliccion consuelo.
Sí; que hasta el solio del Eterno llega
El ardiente suspiro
De quien con puro corazon le ruega,
Como en su templo santo el humo sube
Del balsámico incienso en vaga nube.

[1] El duque de Frias.
[2] Alude á la corona fúnebre escrita en loor de la difunta Duquesa por varios poetas contemporáneos, y de la cual formó parte esta elegía.

DON JUAN MARÍA MAURY.

Nació en Málaga; fueron sus padres don Juan Bautista Maury, del comercio marítimo de aquella ciudad, que adquirió celebridad en su carrera, y doña María Benitez de Castañeda, señora granadina. Estudió en Francia y completó su educacion en Inglaterra.

No ha publicado este poeta, salvo alguna rara excepcion, los versos de su juventud.

Imprimió en Madrid, el año 1806, un canto épico intitulado la *Agresion Británica;* en que señaló la crítica de aquella época, mucha gala de ingenio, acaso excesiva, y brillante versificacion.

En los años de 1826 y 1827, dió á luz en París su obra francesa, la *Espagne Poétique:* coleccion de poesías escogidas castellanas, traducidas en verso francés; acompañadas con disertaciones analíticas, y artículos biográficos, históricos y literarios. Fué acreditada esta produccion de un extranjero por la aceptacion general de la prensa periódica parisiense; alabándose en ella, ya la disposicion, ya el desempeño, en sus diferentes partes. Acogióla tambien con aplauso, y aun agradecimiento, nuestro público ilustrado.

Se publicó mas tarde, tambien en París, con el título de *Esvero* y *Almedora*, el poema español en doce cantos que anunciaba la dedicatoria de la *Espagne Poétique.*

No deja de parecer particularidad notable, ser calificado el mismo sugeto como escritor francés en verso y prosa; y lucirse en la poesía castellana, con la maestría que denotan las muestras que vamos á insertar.

LA TIMIDEZ.

ROMANCE.

A las márgenes alegres
Que el Guadalquivir fecunda,
Y á donde ostenta pomposo
El orgullo de su cuna,
Vino Rosalva, sirena
De los mares que tributan
A España, entre perlas y oro,
Peregrinas hermosuras.
Mas festiva que las auras,
Mas ligera que la espuma,
Hermosa como los cielos,
Gallarda como ninguna,
Con el hechicero adorno
De tantas bellezas juntas,
No hay corazon que no robe,

Ni quietud que no destruya.
  Así Rosalva se goza;
Mas la que tanto procura
Avasallar libertades,
Al cabo empeña la suya.
  Lisardo, jóven amable,
Sobresale entre la turba
De esclavos, que por Rosalva
Sufren de amor la coyunda.
  Tal vez sus floridos años
No bien de la edad adulta
Acaban de ver cumplida
La primavera segunda.
  Aventajado en ingenio,
Rico en bienes de fortuna,
Dichoso, en fin, si supiera
Que audacias Amor indulta.
  Idólatra mas que amante,
Con adoracion profunda,
A Rosalva reverencia,
Y deidad se la figura.
  Un dia alcanza otro dia
Sin que su amor lo descubra:
El respeto le encadena,
Y ella su respeto culpa.
  Bien á Lisardo sus ojos
Dijeran que mas presuma,
Pero él, comedido amante,
O los huye, ó no los busca.
  Pérdido y desconsolado,
Una noche en que Natura
A meditacion convida,
Con su pompa taciturna;
  Mientras el disco mudable,
En que ceñirse acostumbra,
Entre celajes de nácar
Esconde tímida Luna;
  Al márgen del sacro rio,
La inocente suerte acusa;
Y así fatiga los aires
Con endechas importunas:
    « Baja tu vuelo,
    » Amor altivo
    » Mira que al cielo
    » Osado va;

» Buscas en vano
» Correspondencia,
» Amor insano,
» Déjame ya.
» Déjame el alma
» Que otra vez libre
» Plácida calma
» Vuelva á tener:
» ¡Qué digo! ¡necio!
» El cielo sabe
» Si mas aprecio
» Mi padecer.
» Gima y padezca,
» Una esperanza
» Sin que merezca
» A mi deidad;
» Sin que la pida
» Jamás el premio
» De mi perdida
» Felicidad.
» Tímida boca,
» Nunca le digas
» La pasion loca
» Del corazon,
» Adonde oculto
» Está su templo
» Y ofrenda y culto
» Lágrimas son. »
Mas dijera, pero el llanto
En que sus ojos abundan
Le interrumpe, y las palabras
En la garganta se anudan.
Cuando junto á la ribera,
En un valle adonde muchas
Del árbol grato á Minerva
Opimas ramas se cruzan;
Suave cuanto sonoro
Lisardo otra vez escucha,
Que enamorando los ecos
Tales acentos modula:
« Prepara el ensayo
» De mas atractivos
» La rosa en los vivos
» Albores de mayo:
» Si al férvido rayo

» Su cáliz expone,
» Que el sol la corone
» En premio ha logrado,
» Y es reina del prado,
» Y amor de Dione.
» ¡O fuente! en eterno
» Olvido quedáras
» Si no te lanzáras
» Del seno materno:
» Tal vez el invierno
» Tu curso demora,
» Mas tú vencedora
» Burlando las nieves,
» A tu ímpetu debes
» Los besos de Flora.
» Y tú que en dolores
» Consumes los años,
» Autor de tus daños,
» Por vanos temores;
» En pago de amores
» No temas enojos,
» Enjuga los ojos,
» Que el Dios que te hiere
» Mas cúlto no quiere
» Que audacias y arrojos. »
Rayos son estas palabras,
Que al ciego jóven alumbran,
Quien su engaño reconoce,
Y la voz que las pronuncia.
Y al valle se arroja, adonde
Testigos de su ventura
Fueron las amigas sombras
De la noche y selva muda;
Mas muda la selva en vano,
Y en vano la selva oscura,
No sufre orgullosa Venus
Que sus victorias se encubran.
Lo que celaron los ramos
Las cortezas lo divulgan,
Que en ellas dulces memorias
Con emblemas perpetúan.
Las Náyades en los troncos
La fe y amor que se juran
Leyeron, y ruborosas
Se volvieron á sus urnas.

ESVERO Y ALMEDORA.

(EXTRACTO DEL CANTO DUODÉCIMO.)

Del año apenas en la quinta casa
Entrando el sol ¿cómo es que tal sublima
Fogoso el paso, y penetrante abrasa
Del frio Sena el nebuloso clima?
Su luz, que darnos suele tan escasa,
Y á la imaginacion la desanima,
Ya inspiradora en rayos me rodea,
Iluminando mi anhelante idea.
Y agrandándose el cuadro que dilata
La amenidad en torno peregrina,
Debajo de la bóveda de plata,
Por donde el astro fúlgido camina,
Desde un punto á mi vista se retrata
De este globo que fácil examina
Toda la creacion: y allí suspenso
Me gozo en ella y en su autor inmenso.
Y, á dicha, ostenta el Todopoderoso,
Y en mi embeleso admiracion merece,
Cuanto el vasto caudal del mar undoso,
La gota de agua que en la flor se mece;
Cual del Asia el terrífero coloso,
Preso en un vidrio purpurino pece;
La nube hollando desdeñosa garza,
O el insectillo de la humilde zarza.
« Artífice de tanta maravilla
Que delante de mí se manifiesta,
A Tí me postro, hincada la rodilla,
Por Tí, para doblarse á Ti dispuesta:
Alábete la voz, si bien sencilla,
A quien el habla tu bondad le presta;
Enteramente á Tí que me la diste
Adore el alma, que inmortal existe. »
Dije, y el genio ansioso aun mas procura:
Aquel árbitro mismo, aquella viva,
Sagrada fuente que jamás se apura
Me arrojo á investigar... ¿A dónde iba?
¿Cómo esperar que, entre materia oscura
Átomo envuelto, á la deidad conciba?
¿Quién, si al nacer un sótano le encierra,
Entenderá los cielos ni la tierra?

Mas, ¡ó felice inspiracion! sentido,
Alcanzarás á dar conocimiento
Tú del mismo Hacedor : ya firme pido
Por tí su explicacion al firmamento.
Púsola en ese sol, centro encendido,
Si portento menor, tambien portento :
Dios material, de un móvil inefable
Vivaz ejemplo que á los ojos hable.

Que sin fin, sin cesar, sin decadencia,
Sin noche ni diciembre; sin medida,
Vierte, sacados de su sola esencia,
En perenne raudal mares de vida :
En él, á no mirarlo, humana ciencia,
No creyeras; y dudas atrevida,
Porque no ves! Pues ví : nuestra la palma,
O genio y religion, soles del alma!



DON JOSÉ JOAQUIN DE MORA.

Nació en Cádiz el año 1783. Estudió en el colegio de San Miguel de Granada, donde regentó la cátedra de lógica. Tomó la beca en el colegio mayor de Santa Cruz de la Fe y Santa Catalina Mártir, de la misma. Sobrevino la guerra de los Franceses; se alistó como voluntario en el regimiento de dragones de Pavía, y fué ascendido á oficial. Cayó prisionero en marzo de 1809, y pasó á Francia, donde permaneció seis años, dedicado á sus estudios. Con la paz volvió á España; se recibió de abogado en Madrid, donde publicó al mismo tiempo por espacio de dos años la *Crónica científica y literaria*. En 1823 emigró á Inglaterra, donde publicó los cuatro primeros tomos del *No me olvides*, el *Correo de Londres*, el *Museo científico y literario*, *Cuadros de la Historia de los Árabes*, *Cartas sobre la Educacion del bello sexo* por una señora americana, *Meditaciones Poéticas*, las traducciones del *Ivanhoe* y el *Talisman*, y otras producciones menos importantes.

Residió mas tarde en Buenos Aires, en Chile, en Lima y en Bolivia. Últimamente ha desempeñado el cargo de *Cónsul general de España* en Londres, donde reside actualmente, ocupado en sus tareas literarias.

Don José Joaquin de Mora es individuo de número de la real academia española, y uno de nuestros mas distinguidos literatos y poetas.

A LA FLOR LLAMADA EN INGLÉS *FORGET ME NOT*

(NO ME OLVIDES).

Flor modesta y delicada,
Que ocultas tus hojas leves
    Y sencillas,
Cual huyendo las miradas
De peligrosas y aleves
    Avecillas;
Flor consuelo del ausente,
Que nunca adornas la frente
    De los Cides,
Sino el seno de las damas;
Díme, flor, ¿cómo te llamas?
    No me olvides.
Flor, que al cariñoso seno
Recuerdas el dulce amigo
    Desgraciado,
Mientras gime en suelo ajeno
Viéndose del patrio abrigo
    Desterrado;
Flor, que tímida consumes
Los delicados perfumes
    Que despides,
Entre las selvosas ramas,
Díme, flor, ¿cómo te llamas?
    No me olvides.
Flor, recuerdo misterioso
De esperanza lisonjera
    Malograda;
Con cuyo aspecto gracioso
Torna la dicha que fuera
    Ya pasada;
Y tornan llorados bienes,
Risas, amores, desdenes,
    Blandas lides,
Cenizas de antiguas llamas,
Díme, flor, ¿cómo te llamas?
    No me olvides.

UN GRAN HOMBRE.

Para que el mundo se asombre
Hoy de presentarle trato
El retrato
De un gran hombre.
Mas que espantosos vestiglos
Será el tal, que ahora no nombro,
El asombro
De los siglos.
No adquirió su ánimo regio
De la ilustracion las bases
En las clases
De un colegio.
Y así la gente confusa
Dice, al ver tanta excelencia,
Que es su ciencia
Ciencia infusa.
Es su vital elemento
De una oficina la silla,
En que brilla
Su talento.
Y en la política masa
Se mete, firme cual cedro,
Como Pedro
Por su casa.
Son trabajos muy ligeros,
Y no dignos de sus ocios,
Los negocios
Extranjeros.
Sus miras trascendentales
No abrazan puntos mezquinos,
Ni caminos,
Ni canales.
Si la gente mira absorta
De la antes feliz Iberia
La miseria,
¿Qué le importa?
Si eleva su voz doliente
Cansado el pueblo infelice,
Solo dice
Que lo siente.
No hay cosa que mas entienda,
Ni en que mas dé su consejo,

Que el manejo
De la hacienda.
Solo piensa en plata y oro,
Y en las altas y en las bajas
De las cajas
Del tesoro.
Da gusto oirlo á sus anchas
Proyectar negociaciones
De cupones
Y de planchas.
Siempre están sus manos listas
Para planes lisonjeros
De extranjeros
Contratistas.
Darán las combinaciones
De sus miras singulares
Centenares
De millones.
Y así de oficio en oficio
Cumple, usando mil amaños,
Muchos años
De servicio.
Pero si su estrella pasa,
Y el que en el mando reside
Lo despide
De la casa,
Se queda con un usía,
La bolsa de plata llena
Y una buena
Cesantía.



EL DUQUE DE FRIAS.

El Excmo. Sr. D. Bernardino Fernandez de Velasco, duque de Frias y de Uceda, marqués de Villena, nació en Madrid el 20 de julio de 1783. Fueron sus padres don Diego Pacheco y doña María Francisca de Benavides, hija de los duques de Santistéban. — Se dedicó á la carrera militar desde su mas temprana edad, tomando los cordones de cadete de Guardias Walonas el dia 1°. de diciembre de 1796.

No siendo nuestro propósito escribir una extensa biografía del señor duque de Frias, diremos únicamente que después de haber desempeñado los destinos mas importantes, tomando una parte muy activa en nues-

tras contiendas políticas, falleció este distinguido poeta el dia 28 de mayo de 1851, siendo individuo de número de la Real Academia española, la cual ha publicado posteriormente una elegantísima edicion de las *Obras poéticas del señor duque de Frias*, precedidas de un bien escrito prólogo, debido á la pluma del señor duque de Rivas, y de una interesante *noticia sobre la vida y obras poéticas del autor*, escrita por el señor marqués de Molins.

AL PRIMER BUQUE DE VAPOR QUE HIZO EL VIAJE DE CÁDIZ Á BARCELONA, EN NOVIEMBRE DE 1824.

ROMANCE.

Llega en buen hora, arrogante,
Volcanizado bajel,
Desde la ciudad de Alcides
Al trono de Berenguer.
Abandonaste las costas
Que te miraron nacer,
Y los cantos de los bardos
Y los hijos de Morven.
Los vientos de Caledonia
De Fingal en el broquel
Sonaron enfurecidos
Al verte desparecer.
Saludaste de Pelayo
El enriscado dosel,
Del Santo Patron la tumba,
Y el dominio portugués.
Viste la ciudad hermosa,
Donde el que supo vencer
Los leones de Numidia,
Las sierpes, en su niñez,
Puso límites, que hollaron
Colon, Pizarro y Cortés,
Pero que términos fueron
Para el imperio francés.
La antigua ciudad miraste,
De Flora grato verjel,
Y de Ceres y Pomona
El afortunado Eden;
La que en sus templos ostenta

El hispalense pincel,
Los sarracenso pendones
Las águilas de Bailen,
Dónde el esforzado aliento
Del ínclito leonés,
Terror de la gente alarbe,
De la cristiana sosten,
Reverenciando la sangre
Que un padre osara verter,
En nombre de Recaredo
Alzó el pendon de la fe.
Hoy de la gran Barcelona
Los muros llegas á ver,
Gloria de Aragon un dia
Y de un venturoso rey.
Mas ya de Jaime la sombra
Viene, orlada de laurel,
Y en letras de oro Valencia
Y Mallorca en su pavés,
« Tú, dice, surcando mares,
A Sevilla has de volver,
Y de la torre del Oro
Lanzarás el ancla al pié.
» Recuerda al tercer Fernando
Que horror nuestro brazo fué
De la gente descreida
Que tiene el Coran por ley;
» Que si cumplió de Pelayo
El pensamiento fiel,
Yo tambien del noble Arista
El heredado deber;
» Que si en Úbeda y Baeza
Rindió á la morisma infiel,
Y si coronó en Sevilla
La victoria de Jaen,
» Yo, congregando las huestes
En los campos de Teruel,
Del Cid la ciudad perdida
Al enemigo arranqué.
» Trasmitimos nuestras glorias
A Fernando é Isabel;
Guardó el leon sus castillos
Y mis barras á la vez.
» Dí que conmigo sus votos
Eleve al Eterno Ser,

Porque gocen nuestros pueblos
De nuestras glorias la prez;
» Porque el Rey que en ambos tronos
Señor de España se ve,
De inmarcesible corona
Se adorne la excelsa sien;
» Donde á la frondosa rama,
Que emblema de triunfos es,
Se enlace la santa oliva
De la concordia y el bien.
» Acátenla nuestros hijos,
Y desde el Betis al Ter
Haya tan solo españoles
Así como solo un rey. »
Esto dijo el rey Don Jaime;
Y al levar ancla el bajel,
Volvióse la augusta sombra
Al santuario de Pobiet.

A CARLOS TERCERO,

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

SONETO.

No ya sobre dos mundos tu corona
Afirma su poder y resplandece,
Ni respetada nuestra armada ofrece
Al libre viento su volante lona,
Ni la fama marcial nos galardona,
Ni el bélico laurel nos engrandece,
Cuando el bronce español solo estremece
La tumba comital de Barcelona [1].
Y ¿esta es, oh Dios! aquella monarquía
Que su estandarte tremoló en Otumba,
En San Quintin, Parténope y Pavía!
Vélate, oh sombra! en tu gloriosa tumba,
Hoy que al rudo huracan de la anarquía
El trono de cien reyes se derrumba.

[1] Este soneto fué compuesto el 13 de diciembre de 1842 cuando las tropas del gobierno bombardeaban á Barcelona insurreccionada.

DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Nació en Granada el año 1789. Después de haberse dedicado al estudio de las humanidades y de algunas lenguas vivas, cursó en la universidad de su país natal las aulas de filosofía, matemáticas, derecho civil y canónico. En la misma universidad fué catedrático de filosofía y profesor en el colegio de San Miguel.

En esta situacion se hallaba cuando estalló la revolucion de 1808; emigró de su patria antes de la entrada de los Franceses, refugiándose primero en Cádiz, y pasando de allí á Inglaterra. Vuelto á España en 1811, publicó algunos opúsculos históricos y varias obras dramáticas, entre las cuales merecen particular mencion la comedia titulada *Lo que puede un empleo!* y las tragedias *Morauna* y la *Viuda de Padilla*. A fines de 1813 fué nombrado por su provincia diputado á Cortes. Envuelto en las persecuciones de aquella época, juntamente con otros diputados, empleó los seis años de su deportacion al Peñon en el cultivo de las letras, y algunas de sus obras aparecen compuestas desde 1814 hasta 1820.

Restablecido entonces el régimen constitucional, volvió á ser elegido diputado á Cortes en la legislatura de 1820 á 1821, y posteriormente primer secretario de Estado. Ausentóse de su patria de resultas de la invasion francesa en 1823, y desde aquella época hasta que de vuelta á España fué nombrado, en 1834, primer secretario de Estado y presidente del Consejo de ministros; retraido enteramente de los asuntos políticos, dedicó todo el tiempo que duraron sus viajes por Europa y su larga permanencia en París, al cultivo de la literatura, habiendo publicado en esta capital cinco tomos de obras literarias, y dado al teatro de la *Porte Saint-Martin* un drama histórico titulado *Aben-Humeya*, cuyo éxito fué muy brillante. Después de su regreso á España dió al teatro el *Edipo*, *La Conjuracion de Venecia* y *Los zelos infundados*.

Por entonces publicó tambien la vida de *Hernan Perez del Pulgar*, el de las hazañas, y poco después los tres primeros tomos del *Espíritu del Siglo*. El señor Martinez de la Rosa es además uno de nuestros mas distinguidos oradores parlamentarios. Es actualmente presidente de la Real Academia española y del Congreso de los Diputados.

LA VUELTA A LA PATRIA.

¡Amada patria mia,
Al fin te vuelvo á ver!... Tu hermoso suelo,
Tus campos de abundancia y de alegría,
Tu claro sol y tu apacible cielo!...
Sí... ya miro magnífica extenderse
De una y otra colina á la llanura
La famosa ciudad, descollar torres,

Entre jardines de eternal verdura
Besar sus muros cristalinos rios,
Su vega circundar erguidos montes,
Y la Nevada Sierra
Coronar los lejanos horizontes.
No en vano tu memoria
Do quiera me seguia,
Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria,
El corazon y el alma me oprimia.
Del Támesis y el Sena
En la aterida márgen recordaba
Del Dauro y del Genil la orilla amena,
Y triste suspiraba;
Y al ensayar tal vez alegre canto,
Doblábase mi pena,
Mi voz ahogaba el reprimido llanto.
El Arno delicioso
Me ofreció en balde su feraz recinto,
Esmaltado de flores,
Asilo de la paz y los amores:
« Mas florida es la vega
Que el manso Genil riega,
Mas grata la morada
De la hermosa Granada..... »
Y tan sentidas voces
Murmuraba con triste desconsuelo;
Y el hogar de mis padres recordando,
Los mustios ojos levantaba al cielo.
Tal vez en mi dolor mas me aplacia
De agreste sitio el solitario aspecto;
De las ciudades azorado huia,
Y ansioso, palpitante,
Las escabrosas Alpes recorria;
Mas su nevada cumbre
No tan viva y tan pura reflejaba
Del sol la clara lumbre,
Cual la Nevada Sierra,
Cuando el astro del dia
Un torrente de luz vierte en la tierra.
De Pompeya las ruinas pavorosas
Sus calles silenciosas,
Sus pórticos desiertos,
De yerba ya cubiertos,
Mi profundo pesar lisonjeaban,
Y graves reflexiones

En mi agitadamente despertaban:
¿Qué vale el poder vano
Del miserable humano?
En abatir su orgullo y su renombre
La suerte se complace;
Y las obras que eternas juzga el hombre
Con un soplo deshace....
Por el rastro de escombros junto al Tíber
Hoy busca el caminante
Del sumo Jove la ciudad triunfante:
Rompe el arado la fecunda tierra,
Que cual lóbrega tumba
Los sacros restos de Herculano encierra,
Y si Pompeya en pié mira sus muros,
Los siglos carcomieron su cimiento;
Y al respirar el viento,
Tiemblan sobre su planta mal seguros.
Así en mi juventud yo ví las torres
De la soberbia Alhambra quebrantadas
Amenazar del Dauro la corriente
Con su ruina inminente;
Cada rápido instante de mi vida
El plazo apresuró de su caida.
Y del antiguo alcázar soberano
En que el moro poder vinculó ufano
Su gloria á las edades,
Tal vez un dia ni hallarán mis ojos
Los míseros despojos.....
A tan funesta imágen, en el pecho
Mi corazon se ahogaba;
Y en lágrimas deshecho,
Al pié de los sepulcros me postraba.....
¿Cuál es tu magia, tu inefable encanto,
¡Oh patria, oh dulce nombre!
Tan grato siempre al hombre?
El tostado africano,
Lejos tal vez de su nativa arena,
Con pesar y desden los prados mira,
Y por ella suspira;
Hasta el rudo lapon, si en hora infausta
Se vió arrancado del materno suelo,
Envidia y ansia las eternas noches,
Los yertos campos y el perpetuo hielo;
¿Y yo, á quién diera la benigna suerte
Nacer, Granada, en tu feliz regazo

Y crecer en tu seno,
De tantos bienes lleno,
Yo triste, ausente de la patria mia,
De ti me olvidaria?
En las ásperas costas africanas,
Al náufrago inhumanas,
Yo tu sagrado nombre repetia;
Y las inquietas olas
Llevábanlo á las costas españolas:
En el polo apartado
Oyólo de mi labio el mar furioso,
Por el teson del bátavo enfrenado;
Oyólo el Rin, el Ródano espumoso,
El alto Pirineo, el Apenino;
Y del Vesubio ardiente
En el cóncavo hueco
Por vez primera repitiólo el eco.

LAS GUERRAS DE AMOR.

Alumnos de Marte,
Dejad su furor;
Con guerras mas dulces
Os brinda el Amor.
El ocio desdeña,
La paz aborrece,
Tan solo apetece
La lucha y la lid:
Barreras y muros
Encienden su enojo;
Ya ostenta su arrojo,
Ya luce su ardid.
Alumnos de Marte,
Dejad su furor; etc.
Los fáciles triunfos
Empañan su gloria;
Difícil victoria
Redobla su ardor:
Su yugo suave
No humilla al rendido,
Al pié del vencido
Se ve el vencedor.
Alumnos de Marte, etc.
Anhela en su fuga
La astuta enemiga

Que osado la siga
Su tierno amador:
Si finge rigores,
Son iras fugaces,
Suspira por paces,
Se finge rencor.
Alumnos de Marte, etc.
Tormenta de Mayo
Parecen sus celos,
Que anuncia en los cielos
El iris de paz;
Si triste y llorosa
De amor se querella,
Mas dulce y mas bella
Se os brinda su faz.
Alumnos de Marte, etc.
Con treguas violadas,
Con pactos fingidos,
Lograd fementidos
La palma y laurel:
La misma enemiga,
Que finge despecho
Celebra en su pecho
Vuestro ánimo infiel.
Alumnos de Marte, etc.
La diosa de Chipre,
Si oyó el juramento,
Lo escribe en el viento,
Lo graba en el mar:
Que allí están los nombres
De tiernas amantes,
Que á un dueño constantes
Supieron amar.
Alumnos de Marte, etc.
Mas ¡ay! que el Dios fiero
Ya blande su lanza,
Y excita á venganza
Con hórrida voz:
Estragos y ruinas
El campo presenta;
La tierra ensangrienta
La lucha feroz.
Alumnos de Marte, etc.
En tanto, luchando
Con blando desvío,

El ídolo mio
Me muestra esquivez
Y en dulce desmayo
Suspensa su alma,
Del triunfo la palma
Me ofrece otra vez....
Alumnos de Marte,
Seguid su furor;
Con guerras mas dulces
Me brinda el Amor.

EL CEMENTERIO DE MOMO.

EPITAFIOS.

I.

Yace aquí un mal matrimonio,
Dos cuñadas, suegra y yerno....
No falta sino el demonio
Para estar junto el infierno.

II.

¿Ya hay pleito sobre el sepulcro,
Y aun no está el hombre enterrado?
Este sí que era letrado.

III.

Yace aquí Blas.... y se alegra
Por no vivir con su suegra.

IV.

Agua destila la piedra,
Agua está brotando el suelo....
¿Yace aquí algun aguador? —
No, señor, un tabernero.

V.

Un delator aquí yace....
¡Chito! que él muerto se hace.

VI.

¡Cuñados en paz y juntos!....
No hay duda que están difuntos.

VII.

Aquí yace una beata
Que no habló mal de ninguna....
Perdió la lengua en la cuna.

VIII.

Aquí un médico reposa,
Y al lado han puesto la muerte....
Iban siempre de esta suerte.

IX.

Aquí yace una soltera,
Rica, hermosa, forastera,
Que sordomuda nació....
¡Si la hubiera hallado yo!

X.

Eche una limosna, hermano,
Y que no suene el dinero;
No reviva este usurero.

XI.

Aquí enterraron de balde,
Por no hallarle una peseta....
No sigas, era poeta.

XII.

Aquí yace un cortesano,
Que se quebró la cintura
Un dia de besamano.

XIII.

Aqui yace un contador
Que jamás erró una cuenta. ..
A no ser á su favor.

XIV.

Aquí yace un alquimista
Que en oro trocaba el cobre....
Y murió de puro pobre.

XV.

Aqui yacen dos maestrantes
Ocupados como antes.

EL DUQUE DE RIVAS.

Don Ángel de Saavedra, duque de Rivas, nació en Córdoba el año 1791. Hizo sus primeros estudios en el *Seminario de Nobles* de Madrid, de donde salió, siendo aun muy jóven, para entrar á servir en el cuerpo de guardias del rey. En este distinguido cuerpo hizo su primera campaña en la guerra de la Independencia, habiendo recibido en la accion de Antígola once heridas y quedado moribundo sobre el campo de batalla, atravesado el cuerpo de una lanzada: luego sirvió en el estado mayor, donde redactó el periódico militar de este nombre. Concluida la guerra se retiró con el grado de coronel á Sevilla, donde se dedicó al cultivo de la literatura, recreando tambien su ánimo con el delicioso estudio de la pintura.

Las vicisitudes políticas por que ha pasado nuestro país, han sido la causa de que el señor duque de Rivas haya hecho frecuentes viajes á Francia, Inglaterra, Portugal é Italia. Su nombre ha sonado en la política palpitante, habiendo desempeñado en varias ocasiones puestos importantísimos, tales como los de ministro de la gobernacion y de marina, y embajador en Nápoles y en París. El señor duque de Rivas es actualmente senador del reino, presidente de la real academia de San Fernando é individuo de número de la real academia española.

En el año 1854 ha publicado una edicion completa de sus *Obras literarias*, entre las cuales merecen particular mencion sus poemas el *Moro Expósito*, *La azucena milagrosa* y *Maldonado*, y su bellísimo drama *Don Alvaro, ó la fuerza del sino.* — El señor duque de Rivas es indudablemente uno de nuestros mas distinguidos poetas.

ROMANCE CORTO.

Luz de esta ribera,
Graciosa zagala,
Mas linda que el dia,
Mas bella que el alba:
Tu rostro divino,
Tu risa, tu gala,
Mil pechos cautivan,
Mil cuellos enlazan.
Si asoma en Oriente
Las sienes orladas
De cándidas rosas,
La fresca mañana;
De tu rostro copia

Las tintas de grana
Con que el cielo pinta,
Con que el prado esmalta.
Si el carro de Febo
Las cimas nevadas
Con su lumbre dora,
Con sus rayos baña;
De tu faz hermosa
Las luces no iguala.
Si Flora risueña
La veste gallarda
Desprende olorosa,
Descoge lozana;
Imita tu talle,
Remeda tu gracia
Favonío amoroso,
Que bate las alas,
Robando á las flores
Y dando á las auras
Balsámico aroma,
Tu risa retrata.
Mas ¡ah! tus ojuelos,
Tormento del alma,
¿Quién puede copiarlos,
Quién puede, zagala?

CANTILENA.

Febo se retiraba,
Casi espiraba el dia,
Y la noche llegaba,
Su fresca lozanía
Marchitaba á la rosa,
Mustio quedaba el prado,
Y el ave sonorosa
Dormida y silenciosa
En el olmo acopado;
Cuando mi ninfa hermosa
Salió á la fresca vega.
Y de sus ojos bellos
A la lumbre radiante,
Y al esplendor brillante
De sus lindos cabellos,
De nuevo se desplega
La rosa ya adormida

Cobrando olor y vida:
Torna el florido prado,
Que ya estaba enlutado,
A matizar sus flores,
Y á esparcir mil olores:
Y las ya unidas aves
Dulces trinos suaves
Cantando dulcemente,
Y vuelve de repente
A comenzarse el dia:
Que al ver á mi señora
Juzgaron que venia
Nuevamente la Aurora.

SONETO.

Mísero leño, destrozado y roto,
Que en la arenosa playa escarmentado
Yaces, del marinero abandonado,
Despojo vil del ábrego y del noto.
¡Cuánto mejor estabas en el soto,
De aves y ramas y verdor poblado,
Antes que envanecido y deslumbrado,
Fueras del mundo al término remoto!
Perdiste la pomposa lozanía,
La dulce paz de la floresta umbrosa,
Donde burlabas los sonoros vientos:
¿Qué tu orgulloso afan se prometia?
¿Tambien burlarlos en la mar furiosa?
Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

ROMANCE CORTO.

Hermosa zagala
De Venus envidia,
Que abrasas las almas,
Los pechos cautivas,
Y allá en Manzanares,
Graciosa y esquiva,
Encantas y alumbras
Sus frescas orillas:
Escucha mi acento,
Permite á mi lira
Que cante tus gracias,
Que el alma me hechizan.

Ya Febo esplendente
Anuncia tu dia,
Y al orbe marchito
Su lumbre ilumina.
Y Flora gallarda,
Del mundo alegría,
Risueña en tu obsequio
Los prados matiza.
Y el céfiro blando
Las flores agita,
Y aromas esparce
Y aromas respira.
¡Oh! Goza felice,
Bellísima ninfa,
Beldad y placeres,
Amor y alegrías.
Y mil y mil veces
Al mundo tu dia
Renueven los cielos,
Con mil y mil dichas.
En tanto que insana
La suerte enemiga
Sañuda conmigo
Su furia ejercita.
Conmigo infelice,
Que ausencia prolija
De tí me separa,
Mi bien, mi delicia.
De tí por quien arde
Con llamas activas
Mi pecho, que adora
Tu imágen divina.

ROMANCE.

Hermosísima zagala,
Cuyos ojuelos divinos
Abrasan con dulce fuego
El alma y el pecho mio:
Tus gracias son el encanto
De un corazon que te rindo;
Por tí vivo solamente,
Para tí sola respiro.
Lejos de tí no reposo,
Que es ¡ay! mi mayar martirio,

No escuchar tu blando acento,
No ver tu talle pulido.
La luz del claro planeta,
Cuyo refulgente brillo
Da màtices á las flores,
Verdor al bosque sombrío,
Vida al delicioso prado,
Esplendor al cristalino
Arroyuelo, gozo al mundo,
Y á las aves regocijo;
Para mi es tiniebla oscura,
Si esos tus ojuelos lindos
No me iluminan graciosos,
Con su mirar expresivo.
Las sombras en que la noche
Envuelve al orbe marchito,
Son para mi claro dia,
Si ante tus plantas me miro.
Y si, ó zagala, no fuere
Verdadero mi cariño,
Maldiga Pan mis ovejas,
Maldiga mis corderillos,
Maldiga los verdes prados,
Maldiga los altos riscos,
Maldiga los frescos sotos,
Do pasta el ganado mio.

SONETO.

Gallardo alzaba la pomposa frente
Yedras y antiguas parras tremolando.
El álamo de Alcides, despreciando
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;
Cuando de la alta sierra de repente
Desprendido huracan bajó silbando,
Que el ancho trónco por el pié tronchando,
Lo arrebató en su rápida corriente.
Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga seguro en su altiveza:
Cuando esté mas soberbio y mas ufano
Vendrá un contrario soplo de fortuna,
Y adios oro, poder, favor, grandeza.

SONETO.

Ojos divinos, luz del alma mia,
Por la primera vez os ví enojados;
¡Y antes viera los cielos desplomados,
O abierta ante mis piés la tierra fria!
Tened ¡ay! compasion de la agonía
En que están mis sentidos sepultados
Al veros centellantes é indignados
Mirarme, ardiendo con fiereza impía.
¡Ay! perdonad si os agravié, perderos
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto
Mas que obligaros conseguí ofenderos:
Tened, tened piedad de mi quebranto,
Que si tornais á fulminarme fieros
Me hundiréis en los reinos del espanto.



DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Nació en la villa de Quel, provincia de Logroño, el dia 19 de diciembre de 1796. Hizo sus primeros estudios en Madrid, bajo la direccion de los PP. Escolapios de San Antonio Abad, y sirvió después en el ejército en calidad de voluntario distinguido desde 1814 hasta 1822. Retirado al seno de su familia desde la restauracion del gobierno absoluto, vivió el señor Breton consagrado al culto de la literatura dramática. En 1824 se estrenó su primera comedia, titulada *A la vejez, viruelas.* Desde aquella época no ha cesado de dar á la escena dramas, comedias, zarzuelas, piezas en un acto, y el público tampoco ha cesado de aplaudir una y otra noche casi todas sus producciones. Las que mas crédito gozan son las tituladas: *A Madrid me vuelvo, Marcela, ó ¿á cuál de los tres? Un tercero en discordia, ¡Muérete, y verás! Una de tantas, Ella es él, Mi secretario y yo, La Escuela del Matrimonio* y *¿Quién es ella?*

El señor Breton de los Herreros ha publicado posteriormente una edicion de todas sus obras que forman cinco volúmenes, de los cuales, cuatro comprenden sus obras dramáticas, y el último sus poesías y demás composiciones en prosa. La última obra que recordamos haya publicado es su *poema joco-serio*, titulado *La Desvergüenza*, del cual copiamos algunas octavas, que recomendamos á nuestros lectores.

El señor Breton de los Herreros ha desempeñado últimamente los importantes destinos de *Administrador de la Imprenta nacional y Director de la Gaceta*, y *Director de la Biblioteca Nacional*. Es actualmente secretario perpetuo de la Real Academia española.

EL COMERCIO.

I.

Aun fuera el hombre indómita alimaña
Y el orbe entero enmarañada selva;
Aun no sabria el morador de España
Si hay en Europa un Támesis y un Elba;
¿Qué digo? aun al gallego fuera extraña
La playa de Alicante y la de Huelva,
Sin el arte benéfico (no es broma)
Que estriba en dos vocablos; *daca* y *toma*.

II.

Gloria al diestro varon que allá en lo antiguo
Tronco rudo ahuecó con mano industre,
Y en batel convertido informe, exiguo,
Primero lo ensayó sobre palustre
Dormida linfa, y luego (me santiguo
Al recordar hazaña tan ilustre)
Desafiando al Euro, aunque zozobre,
Surcar con él osó la mar salobre.

III.

¿Quién el primero navegante fué,
Excluyendo al decrépito Caron?
Por vida de quien soy, que no lo sé;
Pero yo, que recuso á Deucalion
Y creo á pié juntillas en Noé,
Antes que este santísimo varon
Labrase aquel arcon descomunal
Presumo que hubo tráfago naval.

IV.

A dos robustos móviles cediendo;
A la curiosidad y á la codicia,
Lanzóse el hombre al piélago tremendo
Con fortuna ora adversa, ora propicia,
Y remando ó con vela (así lo entiendo,
Aunque ningun autor me lo noticia),
No bien creció la raza en varias tribus
Buscó en tan ardua via su *cum quibus*.

V.

Y aunque otra cosa diga á las incautas
Gentes aquella peregrina historia
De Jason y sus bravos argonautas,
No su famosa nave sed de gloria
Movió, ni asunto á mármoles y flautas
Hubieran pretextado en la victoria
Que á Colcos despojó de su tesoro,
A ser de lana el vellocino de oro.

VI.

Y desde entonces símbolo ó desde antes
Fué el predicho vellon á la sidonia
Tropa de marineros mercadantes
Que de Gades fundaron la colonia,
Y en medio de los númidas errantes
Alzaron la enemiga de la ausonia
Region, aquella célebre Cartago,
Polvo ya que dispersa el aire vago.

VII.

Y ya en aquella era, aunque el piloto
Temblaba de engolfarse en el Tirreno,
De la perdida Atlántida al ignoto
Clima osó navegar Hannon el peno;
Y Marco Polo, vencedor del Noto,
A playas cien y cien bogó sereno,
Dejando con su nombre asaz oscuro
El de aquel decantado Palinuro.

VIII.

Pero de todos eclipsó la fama
Aquel héroe que á España dió Liguria;
El gran Colon, que á valerosa dama
Debió amparo y aliento en su penuria;
A la augusta Isabel, que arder la llama
Vió de su genio y despreció la injuria
Con que osó apellidarle mentecato
La arrogante sandez del Peripato.

IX.

A despecho de Albion y de Lisboa,
Que con desden oyeron sus demandas,

Un mundo descubrió con frágil proa
Desmintiendo á ignorantes hopalandas;
Y por él de Cortés y de Balboa
Clio recuerda empresas memorandas;
Y de oro y plata nos ahitó su nao,
Y de azúcar (qué gusto!) y de cacao.

X.

Mas su siglo, que no era el de Confucio,
Fué con él tan ingrato y tan hebreo,
Que calabozo entenebrido y sucio
Fué indigno galardon de su trofeo,
Y á oscuro aventurero, á un tal Vespucio,
Que al lado de Colon era un pigmeo,
El timbre cupo (oh mundo chabacano!)
De dar nombre al imperio americano.

XI.

Si prez de Iberia fué la grande hazaña
Que aun es de un mundo y otro maravilla,
Pronto el íncola osado de Bretaña
Al nuevo rumbo enderezó la quilla,
Y ansiosos de mermar en tierra extraña
El oro, no los lauros, de Castilla,
Allá volaron en tropel confuso
El bátavo, el ligur, el franco, el luso.

XII.

Así al auge mayor llegó el comercio,
Señor do quiera de las ondas bravas;
Así, aunque pese al númen de Propercio,
Cantas tu triunfo y su derrota alabas,
Dios del alado pié, que ni un sextercio
Dieras, y harias bien, por mis octavas;
Mas yo, bien que de Apolo hijo no espurio,
Acato el caduceo de Mercurio.

XIII.

No porque el arte suya á mí me ataña;
Que soy en la aritmética muy porro,
Y el creso mas feliz quiebra ó me engaña
Si le confío el óbolo que ahorro,
Y para mí no se hizo la cucaña.

Con que aquí cada dia tanto zorro
Sin caudal y sin mérito y sin cuna
Se encarama á los cuernos de la luna.

XIV.

Pero ¿qué lengua habrá que no bendiga,
Si no es de algun idiota animalazo,
La del comercio institucion amiga,
Que al hombre con el hombre en dulce lazo
Junta desde los páramos de Riga
Hasta la falda austral del Chimborazo,
Y los instintos bárbaros ahuyenta,
Y las artes inspira y alimenta?

XV.

Diráme algun misántropo cejudo:
« De ese invento que próvido reputas
Lloro la gloria y la ventaja dudo.
¿Qué bien de la quincalla que permutas
Por sus perlas, reporta el indio rudo?
¿Y acaso sin Ceilanes ni Calcutas
Careció *in illo tempore* la Europa
De blando lecho y suculenta sopa?

XVI.

» ¿Tanta falta, glotón intemperante,
Hacian á tu especie las especias?
¿No tenias ya el ajo estimulante
Y el rábano y el sérpol que desprecias?
El café de Occidente ó de Levante
¿Mereció tan horribles peripecias?
Y el té de China ¡oh nietos de Pelayo!
¿Vale mas que la salvia de Moncayo?

XVII.

» Ya de las flores que ávida consume,
Cabe los montes donde nace Júcar,
Miel nos daba la abeja de perfume
Grato, y dulce no menos que el azúcar,
Sin que raudo bajel, pájaro implume,
La barra atravesando de Sanlúcar,
El jugo nos trajese de la caña
Que Libia estruja y saborea España.

XVIII.

» ¿Mereció por ventura los afanes
De Colon, de Cortés, y de Pizarro
Y de tantos valientes capitanes,
El sucio chupeteo del cigarro,
Desconocido á Jerjes y Tigránes,
Y su humo denso que de hediondo sarro
Cubre, moviendo náuseas á las gentes,
De una y otra mandíbula los dientes?

XIX.

» La guayaba, el añil, la chirimoya
Ni el cazabe, ni el plátano, ni el coco
¿Merecian la bélica tramoya
Con que de sangre humana ¡ay hombre loco!
Teñiste, como al Janto un dia en Troya,
Al Niágara, al Rimac y al Orinoco?
Gran cosa fué ganar tan vasto imperio;
Pero ¿qué hiciste de él? Un cementerio.

XX.

» Y cualque fruta exótica ó semilla,
Vano y costoso apéndice á la gula,
Ni el loro que á mil necios de esta villa
Imita en no saber lo que articula,
Ni el oro inmenso que exploló Castilla
En Potosí, en los Andes ó en Cholula,
Hicieron á sus tristes moradores
Mas venturosos que antes y mejores.

XXI.

» ¡Ay! no, que el oro corruptor nos trujo
De los vicios la innúmera secuela,
Y el nuevo Creso á la molicie, al lujo
Se dió; y el pobre á aborrecer la escuela,
Y preferir el flujo y el reflujo
Del ponto airado al pico y á la azuela;
Ceres yació en narcótico marasmo
Y la industria fué inútil pleonasmo.

XXII.

» Ni de Acapulco la famosa nao
Portaba á todos ¡ay! oro por lastre;

¡Y cuántos en Barcino y en Bilbao,
Con ínfulas de duque de Alencastre,
Ya á Veracruz bogaban, ya al Callao,
Y proceloso el Ábrego (oh desastre!)
Mísera tumba en las horrendas bocas
Les dió de tiburones y de focas!

XXIII.

» ¡Y de cuántos la sórdida codicia
Ahogó en el seno enherbolada punta,
Y en torno suyo bárbara milicia
De inmundos antropófagos se junta,
Que á devorar se aprestan con delicia
La carne aun palpitante y mal difunta....
¡Horror! Otro, no yo, pintar emprenda
Tan execrable, tan atroz merienda.

XXIV.

» ¡Y la atmósfera á cuántos de aquel sendo
Paraíso anhelado fué funesta!
¡A cuántos hizo de la Parca feudo
Miasma desolador que el aire infesta!
¡Cuántos al padre, á la consorte, al deudo
Nunca tornaron, y en alegre fiesta
Ya se aprestaban sobre la alta popa
A saludar las playas de la Europa!

XXV.

» Feraz Naturaleza, pero ambigua,
Si allá del colibrí donoso y gayo
Procrea en el verjel la raza exigua
Y el lascivo tití y el guacamayo,
Cria tambien el cínife y la nigua,
Y el hórrido chacal, que como rayo
Se abalanza al incauto pasajero,
Y el ingente reptil de ancho garguero.

XXVI.

» ¿Y qué salud de roble ó de piruétano,
Si al tifus hicteródes no sucumbe,
Con el vómito negro no echa el tuétano
O agarra un escorbuto que le tumbe?
¿A quién no amaga el alevoso tétano?

¿Y á quién ataca que por él no zumbe,
Sin valerle cordial ni ipecacuana,
En son de *requiem* lúgubre campana?

XXVII.

» Qué mas? De allí algun genio impío y torvo,
A los deliquios del amor intruso,
Nos trajo ¡ay cielos! el horrible morbo
Que á diez generaciones cunde infuso.
Por él hoy gime enclenque, lacio y corvo
El que iba ayer derecho como un huso.
Él diezma la mitad de nuestra raza,
Y el resto lo encanija y ataraza. »

(La Desvergüenza. *Canto sexto.*)



DON JOSÉ GARCÍA DE VILLALTA.

Sevillano, y uno de los mas felices ingenios de la primera mitad de nuestro siglo. Siendo todavía muy jóven emigró á Portugal, de resultas de los sucesos de 1823, y de allí pasó á Londres, donde escribió en inglés la novela titulada *The Dons of the last century*, que después publicó en Madrid bajo el título de *El golpe en vago* (1835). La amnistía dada en 1833 por la reina gobernadora le restituyó á su patria, en la que por entonces, y hasta su muerte, figuró mucho en la política y en la literatura. En 1837 dirigió *El Español:* luego fundó y redactó él solo el acreditado periódico político *El Labriego*. Dió al teatro una traduccion en verso del *Macbeth* y publicó una multitud de composiciones literarias en prosa y verso, de mucho mérito, que desgraciadamente no se conservan reunidas en coleccion. El Soneto que publicamos aquí está tomado del manuscrito original que posee el señor don Eugenio de Ochoa. Nombrado en 1840 ministro de S. M. en Grecia, falleció en Atenas pocos meses después.

A DON EUGENIO DE OCHOA,

POR SU COMEDIA DON CARLOS MURIÓ EN LA HABANA (1834).

SONETO.

Desplomados apenas los potentes
Templos de Libertad que hubo en Castilla,

Se alzó la insana funeral cuchilla
Contra ingenios ó libres ó eminentes.
No mas en nobles hechos afluentes
Se elevaron los mineros de Ercilla;
Ni el canto sonoroso y maravilla
De Garcilaso, entre espumosas fuentes.
¿De dó aprendiste, Vate soberano,
A verter en tus versos la ternura
Y el hechizo y el pasmo sobrehumano,
Y tantas gracias, tantas y hermosura?
¿Dónde en el reino adusto del tirano
Pudiste iluminar tu antorcha pura?



DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Nació en Madrid el dia 6 de setiembre de 1806. Estudió en San Isidro el Real de esta corte el latin y los dos primeros años de filosofía. En 1835 entró en la redaccion de la Gaceta como taquígrafo temporero. Mas tarde fué nombrado bibliotecario de la Nacional, plaza que actualmente desempeña. El señor Hartzenbusch es individuo de número de la Real Academia española, y uno de los literatos mas ilustres de nuestros dias.

Sus principales obras dramáticas son: *Los Amantes de Teruel*, *Doña Mencía*, *La Jura en Santa Gadea*, *La Madre de Pelayo*, *Don Alfonso el Casto*, *La Redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina*, *La Ley de Raza*, *Un sí* y *un no*, *La Archiduquesita* y *Vida por honra*.

El señor Hartzenbusch es, además de uno de nuestros mas distinguidos ingenios dramáticos, un eminente crítico y un inspiradísimo poeta lírico.

A CALDERON.

SONETO.

Tú que en acento de desden profundo
Dijiste al ver la pequeñez humana:
« Sombra es *la vida* como el sueño v ,
Fantástica existencia la del mund ; »
Cuando brillabas luminar fecu: do,
Sol refulgente de la escena hispa: a,
¿Pudo tener tu mente soberana
Por ilusion tu ingenio sin segundo?

Desde el Tíber al patrio Manzanares
Desde el Rin á los Andes mereciste
Universal admiracion y altares:
Y eterna de tu nombre la memoria,
Ella te enseña que decir debiste :
« Súeño todo será, menos mi gloria. »

LA VENTANA Y LA ALACENA.

FÁBULA.

Caminando un relator
Del consejo de ultramar,
Hizo noche en un lugar
En casa de un labrador.
En servicio del viajero
Iba un paje maragato,
Mozo de excelente olfato,
Y excelente majadero.
Cenaron en paz de Dios,
Trataron de madrugar,
Y hubiéronse de acostar
En una alcoba los dos.
Veíanse en los costados
De la estancia, frente á frente,
Iguales perfectamente,
Cuatro postigos cerrados.
El un par era un balcon,
El otro correspondia
A una alacena en que habia
Seis quesos de Villalon.
Cogió el sueño tarde y mal
El relator, y durmiendo
Creyó sentir el estruendo
De un turbion descomunal.
Despertó, y al camarada
Le dijo : « ved si el oriente
Clarea, y si da el ambiente
Olor de tierra mojada. »
Saltó el paje de su lecho,
Y á tientas de mano y pié,
Por ir al balcon, se fué
A la alacena derecho.
Abrió, zampó la cabeza;
Y aunque miró y remiró,

Tan negro el boquete halló
Como el resto de la pieza.
Pero un olor en seguida
Percibió en aquel recinto,
Que le pareció distinto
Del de tierra humedecida.
Y levantando ex profeso
La voz el muy avestruz,
Dijo : « Ni lluvia ni luz,
Está oscuro y huele á queso.
Así ciega y tontamente
Críticas hacen famosas
Los que no miran las cosas
Desde el punto conveniente.
Halla oscura tal escena
Don Gil Blas, no Santillana;
Y es que huye de la ventana,
Y se asoma á la alacena.

LA DISTANCIA.

FÁBULA.

Cerca de Toledo el Tajo
Cruza un valle que guarnecen
Dos montañas :
Desde ellas, mirando abajo,
Los transitantes parecen
Musarañas.
Cabalgaba monte arriba
Don Domingo Coronado,
Gran señor :
Con diez escopetas iba,
Por diez hombres escoltado
De valor.
Algunos desde la altura
Vieron ó creyeron ver
Dos peones
Que atravesaban la hondura,
Seguidos, al parecer,
De ladrones.
« Defendamos á los dos, »
Dijeron con ira y brio
Los armados;

« Pues sin auxilio de Dios,
En cuanto lleguen al rio,
Son robados. »
« Señor, nuestra escolta frustre
Su intento á la iniquidad,
Que anda lista. »
Era el caminante ilustre
No corto de voluntad,
Si de vista.
Miró al valle Don Domingo,
Teniendo á todos perplejos
Un instante;
Y dijo al fin: « No distingo
Lo que sucede tan lejos.
Adelante! »
No hace el bien, ni pone al mal
Un rey á veces reparo:
Y por qué?
La causa es muy natural:
Porque de lejos, es claro,
No se ve.



DON VENTURA DE LA VEGA.

Nació en Buenos Aires el 14 de julio de 1807. Fueron sus padres don Diego de la Vega y doña Dolores Cárdenas. Hizo sus primeros estudios en San Isidro de Madrid, pasando luego al colegio de San Mateo, dirigido por tan sabios maestros como don Alberto Lista y don José Gomez de Hermosilla.

Don Ventura de la Vega es uno de nuestros mas distinguidos poetas líricos, y aplaudidos ingenios dramáticos. Su comedia *El Hombre de Mundo* es indudablemente la primera produccion en su género que se ha escrito en España en el presente siglo.

El señor Vega es individuo de la Real Academia española.

ORILLAS DEL PUSA.

¡Qué calor!... sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,

A este valle que en sosiego
Tu corriente, ¡ó Pusa! baña
Susurrando.
Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.
Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde que sentado
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.
No importa que el Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;
Corre ledo;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.
Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida;
Y allí del mundo lejano
Tu breve carrera imite
Y escondida.
Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente poderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.
Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba,
Ya desciende
Ruin batel que se empavesa,
Y en sus cristales la corva
Quilla hiende.
Su destino es envidiar
O de tu curso süave
La paz suma,
O el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que le abruma.

¡Pobre Pusa!... si insolente
Por esos tendidos llanos
Te lanzaras,
En tu cristal inocente
¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!
De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
A Rodrigo.
Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó,
Y el poder de aquel coloso
Que los hombres no vencieron
Allí se hundió.
Pusa humilde, manso rio,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estío
Al peregrino sediento
Agua pura.
Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte desciende,
Y al rebaño
Que á tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende,
Fresco baño.
Y hoy á mi cuerpo cansado
Contra el sol que ardiente pica
Blando solaz.
¡Pusa! ¡A Dios!... corre ignorado,
Y las quintas de Malpica
Fecunda en paz.

LA PAZ.

AL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL DE FRANCIA.

ODA.

Iris de paz, iluminando el cielo,
La tempestad serena;

El águila imperial recoge el vuelo
Y torna al patrio Sena.
No en vapores de sangre se embriaga,
Ni llama á la pelea;
Ya en su garra potente el rayo apaga
Que fulminó en Crimea.
Sus alas tiende, cual dosel brillante,
Sobre la régia cuna,
Donde reposa del francés triunfante
La gloria y la fortuna.
Y allí tambien desciende apresurado
De la eternal montaña,
Y á custodiar el vástago anhelado
Llega el leon de España.
Que sangre de GUZMAN tambien le alienta;
Y España el timbre puro
De su materna raza escrito ostenta
De Tarifa en el muro.
Siempre un NAPOLEON Dios nos envia
Con misterio profundo,
Cuando place á su gran sabiduría
Recomponer el mundo.
Ya en vez del plomo, que en estruendo rudo
A batallar incita,
De allá le envia su cortés saludo
El bronce moscovita.
Del Cáucaso á la cumbre pirinea,
Y por los anchos mares,
Unida al lienzo tricolor, ondea
El aspa de los Czares.
Y cubriendo de rosas sus espadas,
De oliva sus pendones,
Al festin de la Paz alborozadas
Acuden las naciones.
Paz ese NIÑO, y dicha y abundancia
En sus brazos encierra.
Pueblos, velad por él: — ¡La Paz de Francia
Es la Paz de la tierra!



DON JOSÉ DE ESPRONCEDA.

Nació en Almendralejo, provincia de Estremadura, en la primavera del año 1810. Hizo sus estudios en Madrid, en el colegio de San Mateo. Emigró en 1824 á Portugal y luego á Inglaterra y Francia, donde residió hasta 1833, consagrado exclusivamente al estudio de las bellas letras.

Después de haber tomado Espronceda alguna parte en los movimientos políticos de los años 1835 y 1836, fué nombrado en 1841 secretario de la legacion española en el Haya. Poco después fué elegido diputado á Cortes por la provincia de Almería. Atacado de una inflamacion en la garganta espiró á los cuatro dias de enfermedad, el 23 de mayo de 1842.

Ha dejado escrito Espronceda un tomo de *Poesías*, siete cantos de su poema *El Diablo mundo*, y fragmentos de otro titulado *Pelayo*.

EL DIABLO MUNDO.

(EXTRACTOS DEL CANTO PRIMERO.)

Sobre una mesa de pintado pino
Melancólica luz lanza un quinqué,
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino
A su reflejo pálido se vé:
Suenan las doce en el reló vecino
Y el libro cierra que anhelante lee
Un hombre ya caduco, y cuenta atento
Del cansado reloj el golpe lento.
Carga después sobre la diestra mano
La ya rugosa y abrumada frente,
Y un pensamiento fúnebre, tirano,
Fija y domina, al parecer, su mente:
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;
Vuelve á leer, y en tanto que obediente
Se somete su vista á su porfía,
Lánzase á otra region su fantasía.
« Todo es mentira y vanidad, locura! »
Con sonrisa sarcástica exclamó.
Y en la silla tomando otra postura,
De golpe el libro y con desden cerró:
Lóbrega tempestad su frente oscura
En remolinos densos anubló,
Y los áridos ojos quemó luego
Una sangrienta lágrima de fuego.

« ¡Ay! para siempre, dijo, la ufanía
Pasó ya de la hermosa juventud,
La música del alma y melodía,
Los sueños de entusiasmo y de virtud!...
Pasaron ¡ay! las horas de alegría,
Y abre su seno hambriento el ataud.
Y único porvenir, sola esperanza,
La muerte á pasos de gigante avanza. »
« ¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?
Un misterio tambien!... Corren los años
Su rápida carrera, y escondida
La vejez llega envuelta en sus engaños:
Vano es llorar la juventud perdida,
Vano buscar remedio á nuestros daños;
Un sueño es lo presente de un momento,
Muerte es el porvenir, lo que fué, un cuento.... »
« Los siglos á los siglos se atropellan,
Los hombres á los hombres se suceden,
En la vejez sus cálculos se estrellan,
Su pompa y glorias á la muerte ceden:
La luz que sus espíritus destellan
Muere en la niebla que vencer no pueden,
Y es la historia del hombre y su locura
Una estrecha y hedionda sepultura! »
« ¡Oh! si el hombre tal vez lograr pudiera
Ser para siempre jóven é inmortal,
Y de la vida el sol le sonriera
Eterno de la vida el manantial!
¡Oh! cómo entonces venturoso fuera,
Roto un cristal alzarse otro cristal
De ilusiones sin fin; contemplaría
Claro y eterno sol de un bello dia!.... »
« Necio, dirán, tu espíritu altanero
¿Dónde te arrastra, que insensato quiere
En un mundo infeliz, perecedero,
Vivir eterno mientras todo muere?
¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?
¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?
¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?
Loco es tu afan, inútil tu lamento!.... »
Todos mas de una vez hemos pensado
Como el honrado viejo en este punto;
Y mucho nuestros frailes han hablado,
Y Séneca y Platon sobre el asunto:
Yo, por no ser prolijo ni cansado,

(Que ya impaciente á mi lector barrunto)
Diré que al cabo, de pensar rendido,
Tendióse el viejo y se quedó dormido.
Tal vez será debilidad humana
Irse á dormir á lo mejor del cuento,
Y cortado dejar para mañana
El hilo que anudaba el pensamiento ·
Dicen que el sueño del olvido mana
Blando licor que calma el sentimiento;
Mas ¡ay! que á veces fijo en una idea,
Bárbaro en nuestro llanto se recrea!
Quedóse en su profundo sueño, y luego
Una vision... — Vision!... Frunciendo el labio,
Oigo que clama, de despecho ciego,
Un crítico feroz: — Perdona, ¡oh sabio!
Sabio sublime, espérate, te ruego,
Y yo te juro por mi honor, oh Fabio!...
Si no es Fabio tu nombre, en este instante
A dártelo me obliga el consonante;
Juro que escribo para darte gusto
A tí solo, y al mundo entero enojo;
Un libro en que á Aristóteles me ajusto,
Como se ajusta la pupila al ojo:
Mis reflexiones sobre el hombre justo
Que sirve á su razon, nunca á su antojo,
Publicaré después, para que el mundo
Mejor se vuelva, ¡oh crítico profundo!
Que yo bien sé que el mundo no adelanta
Un paso mas en su inmortal carrera,
Cuando algun escritor, como yo, canta
Lo primero que salta en su mollera;
Pero no es eso lo que mas me espanta,
Ni lo que acaso espantará á cualquiera:
Terco escribo en mi loco desvarío
Sin ton ni son, y para gusto mio.
La zozobra del alma enamorada,
La dulce vaguedad del sentimiento,
La esperanza de nubes rodeada,
De la memoria el dolorido acento,
Los sueños de la mente arrebatada,
La fábrica del mundo y su portento,
Sin regla ni compás canta mi lira:
Solo mi ardiente corazon me inspira!
Y á la extraña vision volviendo ahora
Que al triste viejo apareció en su sueño

(Que algunas veces cuando el alma llora
La muerte en consolarnos pone empeño,
Y bienes y delirios atesora
Que hacen mas duro, al despertar, el ceño
De la suerte fatal, que en esta vida
Nos persigue con alma empedernida),
Es fama que soñó... y hé aquí una prueba
De que nunca el espíritu reposa,
Y esto otra vez á digresar me lleva
De la historia del viejo milagrosa;
Y á nadie asombre que á afirmar me atreva
Que siendo al alma la materia odiosa,
Aquí para vivir en santa calma,
O sobra la materia, ó sobra el alma.
Quiere aquella el descanso, y en el lodo
Nos hunde perezosa y encenaga;
Esta presume adivinarlo todo,
Y en la region del infinito vaga:
Flojo, torpe, á traspiés, como un beodo
Que con sueños su mente el vino estraga,
La materia al espíritu obedece,
Hasta que yerta al fin cede y fallece.
Llaman pensar así, filosofía,
Y al que piensa, filósofo; y ya siento
Haberme dedicado á la poesía
Con tan raro y profundo entendimiento.
Yo con erudicion, ¡cuánto sabria....!
Mas vuelta á la vision y vuelta al cuento,
Aunque ahora que es un sastre es *esprit-fort*,
No hay ya vision que nos inspire horror.
Mas me valiera el campo lisonjero
Correr de la política, y revista
Pasar con tanto sabio y financiero,
Bibliógrafo, letrado y alquimista,
Diplomático, filósofo, guerrero,
Orador, erudito y periodista
Que honran el siglo: espléndidos varones,
Dicha no, pero honor de las naciones!
Y mucho mas sin duda me valiera,
Que no andar por el mundo componiendo,
De niño, haber seguido una carrera
De mas provecho y de menor estruendo;
Que si no sabio, periodista fuera,
Que es punto menos: mas, dolor tremendo!
Mis estudios dejé á los quince años,

Y me entregué del mundo á los engaños!
¡Oh padres! Oh tutores! Oh maestros,
Los que educais la juventud sencilla!
Sigan senda mejor los hijos vuestros
Donde la antorcha de las ciencias brilla:
Tenderos ricos, abogados diestros,
Del foro y de la bolsa maravilla
Pueden ser, y si no, sean diputados
Graves, serios, rabiosos, moderados.
Y si llega á ministro el tierno infante,
Llanto de gozo ¡oh padres! derramad,
Al contemplarle demandar triunfante
A las Cortes un bill de indemnidad. —
Perdon, lector, mi pensamiento errante
Flota en medio á la turbia tempestad
De locas reprensibles digresiones. —
Siempre juguete fuí de mis pasiones!!!
Por la inerte materia vaga incierta
El alma en nuestra fábrica escondida,
A otra vida durmiendo nos despierta,
Vida inmortal, á un punto reducida.
De la esperanza la sabrosa puerta
El espíritu abre, y la perdida
Memoria renovando, allí en un punto
Cuanto fué, es y será, presenta junto.
Será que el alma su inmortal esencia
Entre sueños revela, y desatada
Del tiempo y la medida su existencia,
La eternidad formula á la espantada
Mente oscura del hombre? ¡Oh ciencia! Oh ciencia,
Tan grave, tan profunda y estirada!
Vergüenza ten y permanece muda:
¿Puedes tú acaso resolver mi duda?
Duerme entretanto el venerable anciano,
Mientras que yo discurro sin provecho:
Figuras mil en su delirio insano
Fingiendo en torno á su encantado lecho.
El sueño su invisible y grave mano
Posando silencioso sobre el pecho,
Formas de luz y de color sombrío
Arroja al huracan del desvarío.
Y como el polvo en nubes que levanta
En remolinos rápidos el viento,
Formas sin forma, en confusion que espanta,
Alza el sueño en su vértigo violento:

Del vano reino el límite quebranta,
Vago escuadron de límites sin cuento,
Y otros mundos al viejo aparecian,
Y esto los ojos de su mente vian.
En lóbrego abismo que sombras eternas
Envuelven en densa tiniebla y horror,
Do reina un silencio que nunca se altera,
Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor.
Con lástima y pena, mirando al anciano,
Vaporosa sombra de un lejano bien,
De vagos contornos confusa figura,
Cual bello cadáver, se alzó una mujer:
Y oyóse en seguida lánguida armonía.
Música suave, y luego una voz
Cantó, que el oido no la percibia,
Sino que tan solo la oyó el corazon.

Débil mortal, no te asuste
Mi oscuridad ni mi nombre;
En mi seno encuentra el hombre
Un término á su pesar.
Yo compasiva le ofrezco
Lejos del mundo un asilo,
Donde á mi sombra tranquilo
Para siempre duerma en paz.
Isla yo soy de reposo
En medio el mar de la vida,
Y el marinero allí olvida
La tormenta que pasó:
Allí convidan al sueño
Aguas puras sin murmullo;
Allí se duerme al arrullo
De una brisa sin rumor.
Soy melancólico sauce
Que su ramaje doliente
Inclina sobre la frente
Que arrugára el padecer,
Y aduerme al hombre, y sus sienes
Con fresco jugo rocía,
Mientras al ala sombría
Bate el olvido sobre él.
Soy la vírgen misteriosa
De los últimos amores,

Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni color;
Y amante doy mi cariño
Sin vanidad ni falsía;
No doy placer ni alegría,
Mas es eterno mi amor.
   En mí la ciencia enmudece,
En mí concluye la duda,
Y árida, clara, desnuda
Enseño yo la verdad;
Y de la vida y la muerte
Al sabio muestro el arcano,
Cuando al fin abre mi mano
La puerta á la eternidad.
   Ven, y tu ardiente cabeza
Entre mis manos reposa;
Tu sueño, madre amorosa,
Eterno regalaré:
Ven, y yace para siempre
En blanda cama mullida,
Donde el silencio convida
Al reposo y al no ser.
   Deja que inquieten al hombre,
Que loco al mundo se lanza,
Mentiras de la esperanza,
Recuerdos del bien que huyó:
Mentira son sus amores,
Mentira son sus victorias,
Y son mentira sus glorias,
Y mentira su ilusion.
   Cierre mi mano piadosa
Tus ojos al blando sueño,
Y empape suave beleño
Tus lágrimas de dolor:
Yo calmaré tu quebranto
Y tus dolientes gemidos,
Apagando los latidos
De tu herido corazon.



EL MARQUÉS DE LA PEZUELA.

El Excmo. Sr. don Juan de la Pezuela y Ceballos, marqués de la Pezuela, nació en Lima, el dia 16 de mayo de 1810. Fué su padre el

marqués de Viluma, virey del Perú. Se educó en Madrid, en el colegio de San Mateo, teniendo por maestros de humanidades á Don Alberto Lista y á Don José Gomez Hermosilla. Era capitan de caballería desde que nació, y aunque tuvo deseos de seguir la carrera diplomática, al fin siguió la militar, habiéndose distinguido sobremanera, siendo actualmente teniente general de los ejércitos nacionales, y caballero gran cruz de diferentes órdenes. Entre los diferentes mandos que ha obtenido, el mas importante fué el de *Gobernador y Capitan General de la isla de Cuba*, siendo el primero á quien se le confirió las facultades de los antiguos vireyes.

El señor marqués de la Pezuela ha publicado hace poco una excelente traduccion en verso de la *Gerusalemme* del Tasso, trabajo que por sí solo bastaria para hacer la reputacion de un poeta. Debemos además á la pluma del señor marqués una infinidad de composiciones líricas, de singular mérito.

Es actualmente senador del reino é individuo de la Real Academia española.

DON JUAN DE AUSTRIA EN CADIAR

Gallardo de España el árabe amigo
Un tiempo en la fiesta brillaba y la lid,
Y fué Vivarrambla mil veces testigo
Del brio y destreza de mucho adalid.
Mas ¡ay! desde el dia, que aun África llora,
Tan triste á los hijos del fuerte Ismael,
Que el alta Alazaba vió á nueva Señora,
Y Alhambra en sus torres la cruz de Isabel,
De entonces dejando sus usos, su lengua,
Vendida á Felipe la vida y salud...
De entonces, ansiando vengar tanta mengua,
Vivió de recuerdos el moro andaluz.
Y alzó Aben Humeya la luna abatida,
Gritó independencia, y el moro le oyó!...
Las zambras, los juegos, ya es nueva su vida,
Su sueño es Granada, Granada su Dios!!
Por eso encubierto en moruno arreo
Señor y escudero á Cediar trotean,
Que allí gran torneo dará Aben Abó;
Y porque del muro cristianos no vean,
La tropa que lleva García ocultó.

Hermosa mas que la brisa
De la andaluza ribera,
Cuando blandamente pisa
Las rosas de la pradera,
Es Adira.
Y de Galera preciada
En la ciudad rica y bella
Es fembra tan afamada,
Que dicen muere por ella
Quien la mira.
Un doncel y un sarraceno
Pretendieron tal tesoro,
García, audaz nazareno,
Tunací, gallardo moro:
Mas Adira
Del descreido impaciente
Oye las palabras vanas,
Y es tanto su amor, que siento
El sol que en sus africanas
Venas gira.
Nació Tunací en Turquía,
Mas del Ochalí argelino
En las banderas servia,
Y á España en la tropa vino
Que envió Bustan de Almería.
Mahometana noble cuna,
Que dice su manto verde,
No le dió riqueza alguna:
Que quien de amores se pierde
No se gana de fortuna.
Jefe un tiempo de la tropa
De los piratas de Argel,
No era en África ni Europa
Quien paseäse la popa
De mas ligero bajel.
Mas para siempre dejó
Después la piratería
Desde que una vez entró
La tierra de Andalucía
Y á su Adira conoció.
De ella ha sido amor primero
El Garcia; mas al fin
Desdeñado el escudero,
Trocóse, de caballero
En traicionero y malsin.

Y así una misma ocasion
Llevó un hombre á la salud,
Y otro hombre á la perdicion,
Porque tal es la virtud
De una amorosa pasion.
Si vino el moro al torneo
Tambien, no fué de la fama
Ni de la joya el deseo
Quien le trujo — su recreo
Son los ojos de su dama.
El circo atónito estaba
De sus fuerzas en la lid,
Y al Tunací victoreaba,
Mientras mucho le pesaba
Su victoria á otro adalid,
Que trémulo al balcon mira
Donde en placeres rebosa
Por las hazañas que inspira,
Donde esconde ruborosa
Su divino rostro Adira.
Al premio los anafiles
Llamaban, cuando á la plaza,
Jóven de pocos abriles
Cubierto de galas y oro,
En un cordobés de raza
Sale un moro.
Con su escudero allí estaba
Ya desde el último lance,
Y con desden aguardaba
Hasta ver el que venia,
Por probar de solo un trance
Su valía.
Al Tunací, pues, fogoso
Se dirige y le acomete,
Y aunque el otro presuroso
Salió á recibirle al trote,
Al suelo el turco jinete
Va de un bote.
Porque pasma tanto brio,
Álzase gran vocerío
En el circo y confusion!
Gime el Tunací, y Adira
Vergonzosa se retira
Del balcon.
Y García que lo observa

Veloz detrás se desliza
Mientras rinde una caterva
De moriscos adalides
Su señor, y está en la liza
Nuevo Alcides.

De muchos pretende la vana arrogancia,
Rendir la pujanza del fuerte campeon:
Que prueban su lanza, que aumentan su gloria,
Y él junta á victoria, victoria mayor.
Y alzó *el reyecillo* la blanca bandera:
La fiesta acabada, sonó la señal...
Cuando óyense voces que el pueblo se altera;
Que en tumulto corren allá en la ciudad.
Y fué que un cristiano matar pretendia
Al sol de Galera que á Cediar bajó:
Mas junta á los gritos la plebe, García
Recuerda el peligro y á Adira dejó.
Tambien arde el circo: el noble guerrero
No ve su escudero, recélase el mal,...
Salvarle y salvarse decide al momento
Y atrás deja al viento su ardiente alazan.

Entretanto la escondida
Gente armada oyó el rumor,
Y al portal de la Zaida
Se encamina decidida
A salvar á su señor.
Contra la morisca saña
Aquel sus fuerzas emplea
Y García le acompaña...
Fuerza sostienen y maña
Tan inaudita pelea.
Mas tierra pierde el guerrero
Y Aben Abó mas le estrecha,
Ansiando tal prisionero;
Que quién sea el caballero
Ya de un principio sospecha.
Vende, en esto, mas segura
Mano el secreto, rompiendo

La morisca vestidura,
Por debajo descubriendo
La mas luciente armadura,
  Do en campo rojo y blason
Le dice al moro sañudo
Quién sea el alto campeon,
El águila, que un escudo
Tiene en vez de corazon.
  Y grita el rey anhelante:
¿Dónde mis fuertes están?...
Ese que mirais delante,
Es del Austria el sol brillante
Es el famoso don Juan.
  Aquí el Príncipe cercado
De todas partes se mira,
Y en vano es que ardiendo en ira,
Sobre su arnés tachonado
La espada indómita gira.
  Ya el acero en sangre tinto
Roto arroja al Africano
El hijo de Carlos Quinto...
Fué en esto, cuando el cristiano
Tercio llegaba al recinto:
  Que si llegado no hubiera
El refuerzo en riesgo tanto,
Quizá la hispana bandera
Nunca venciera en Lepanto
Ni tremolara en Galera.

AL DUQUE DE RIVAS,

QUE ME HABIA MANDADO UN EJEMPLAR DE SUS OBRAS Á SEGOVIA, DONDE SE HALLABA DESTERRADO.

ROMANCE.

  Ya el amable don poseo,
Noble duque, de tus obras
Que á darme consuelo vienen
De angustia en mis largas horas.
  Proezas de antiguos tiempos
Yo repasando en sus hojas,
Me olvido de las miserias
Que los nuestros amontonan.

Y mejor doy al olvido
De república las cosas,
Y á la vaina para siempre
La espada triunfante en Horta.
Pues tan penosos y tantos
Los desengaños me agobian,
Que la esperanza he perdido
Y la quietud busco sola,
Entre mis libros, mis versos,
Mis dulces hijos, mi esposa,
Y el campo y bosque sombrío
Y mi conciencia sin sombras.
Aquí la encuentro y me entrego,
Lejos de la Corte odiosa,
A los placeres que ofrece
Simples tan solo Segovia.
Donde verdad es que faltan
Deleites que en Madrid sobran,
Y do las damas se atedian
Que en ella fugaces moran;
Pero donde puede el hombre
Reflexivo hallar memorias
Entre las ruinas del tiempo
Que veloz la desmorona:
Donde yo, cuando al Oriente
Va derramando la aurora
La luz que esmalta los campos
Y las nubes arrebola,
Ya sigo del lento Heresma
El curso entre peñas broncas,
Ya miro el alto Castillo
Que es del Alcázar garzota,
Donde el sopor sacudiendo,
La torpe cabeza asoma
Del murallon en las quiebras
La abutarda perezosa.
Ya en su santuario á la Virgen
De Fuencisla milagrosa
Voy á llevar pensativo
Mi arrepentida congoja.
Y observo la que parada
A su voz ingente roca,
Hoy todavía conturba,
Y avisa á la ciudad toda.
Y subo á la agreste cima

Donde en pié dura la choza
Que de Teresa divina
Respirando está el aroma.
Un jazmin vive á su puerta
Que eterna semilla brota,
Y allí suspiros de fuego
Aun vagan entre sus hojas.
Del inseparable amigo
Cerca la estancia devota,
Parece que mansamente
Cancion inspirada entona.
Tambien un árbol el huerto
De Juan de la Cruz adorna;
Pero es laurel, que eso al sacro
Virgilio español le toca.
Sin duda quedó en la tierra
Para servir de corona
Al que inmortal en el cielo
De estrellas puras la goza.
Así mi vida entre alivios
Pasando voy silenciosa,
Y en pintártela me gozo
Aunque temo que te enoja.
Porque tal vez en tu pecho
De patria el amor rebosa,
Aquel que un dia en sus campos
Antígola vido absorta:
Pero entonces aun hablaba
La azulada sangre goda:
Pero entonces patria habia,
Y pechos, y brazos, y honra.
Y entonces aun era el mote
De la lealtad española:
Haz, corazon, lo que debes,
Y lo que ocurra no importa.
Mientras hoy plebeyo alzado,
De ajenas manos peonza
Los castillos y leones
Ante las estrellas postra;
Y á dama y reina en el lodo
Arrodillando, convoca
A discutir los derechos
Del trono de Covadonga;
Y de los presidios trae
Culpados pechos que adorna

Con la insignia que por lema
Virtuti et merito porta;
   O ya al enfermo y al pobre
De cama y techo despoja,
Y al judío empeña y vende,
Y el altar lleva á la bolsa:
   Sí, Saavedra, hoy no le queda
Al que de bueno blasona,
Ni consejo que remedie,
Ni resistencia que oponga;
   Que cuando hizo del Estado
Presa el inicuo, la honra
Del privado hogar tan solo
Entre las paredes mora.



EL MARQUÉS DE MOLINS.

El Excmo. señor Don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, nació en Alicante el año de 1812. Estudió humanidades en el colegio de San Mateo. Ha figurado mucho en la política, habiendo sido varias veces ministro de Marina y de Comercio, Instruccion y Obras Públicas. Es actualmente senador del reino é individuo de la Real Academia española.

El señor marqués de Molins ha publicado recientemente sus *Obras poéticas*, que comprenden una infinidad de *Poesías líricas*, de indisputable mérito, y sus dos dramas *Doña María de Molina* y *La Espada de un Caballero.*

MADRIGAL.

EL 31 DE DICIEMBRE. A MI AMIGO D. HIRIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

   Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
A la mañana formada,
Y á la tarde derretida.
   Hoy la que en el monte cuaja
Sirve á dos años rivales;
Al que viene, de pañales,
Al que se va, de mortaja.

Los dos con la misma priesa
Van tras la propia fortuna;
El viejo hácia nuestra cuna,
Y el niño hácia nuestra huesa.
¡Ay, alma, y os dan á vos
Como presente importuno,
Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!
Decidme qué os satisface,
Si no hay presente, y se infiere
Que es nada el año que muere,
Y nada el año que nace!

A LAURA.

LETRILLA.

No apagues arrepentida
El fuego, apenas naciente,
Que prendieron en tu mente
Las pimpleas y el amor;
Que será, Laura querida,
Como tu semblante bello
El prodigioso destello
De tu genio creador.
Así cuando nacarada
Nace la risueña aurora
Y las montañas colora
De topacio y rosicler,
No le niega avergonzada
Un rayo de luz al mundo,
Ni se torna al mar profundo
En pos del amanecer.
Vendrá el dia venturoso
En que tu lira templada,
Que ora pulsas sonrojada,
Los vates celebrarán:
Los escucharé gozoso,
Y por dulce simpatía,
En las cuerdas de la mia
Sus cantares sonarán.
¡Ay! desgraciado el amante
Que no cede á blanda lira,
Ni enajenado suspira
Al eco de una cancion;

Qué no gozará un instante
De balsámica tristeza,
Ni amansará la fiereza
De su indómita pasion.
Y cuando en aleve olvido
El amor de hora trocares,
Solo mis crudos pesares
Tus versos endulzarán.
En ellos veré esculpido
Tu olvidado juramento,
Y tiernas aquel momento
Mis lágrimas correrán.



DON EUGENIO DE OCHOA.

Nació en el pueblecito de Lezo (Guipuzcoa), el 19 de abril de 1815, siendo sus padres Don Cristóbal de Ochoa y Doña Agustina Montes. Hizo sus primeros estudios en Madrid, bajo la direccion del sabio Don Alberto Lista, y los continuó en París desde el 1829 al 1833 en la *Escuela central de artes y oficios*, pensionado con otros jóvenes por el gobierno español. En 1834 regresó á España por haber sido nombrado oficial de la redaccion de la *Gaceta de Madrid*, y luego uno de sus redactores, cargo que desempeñó hasta agosto de 1836, en que lo renunció para dedicarse con mas holgura é independencia á sus tareas literarias. En octubre de 1837 se trasladó á París, donde residió hasta principios del 1844 con su familia.

Del 34 al 37 dió al teatro sus dos dramas originales *Incertidumbre y Amor* y *Un Dia del año 1823*, una traduccion en verso del *Hernani* de Victor Hugo y las de varias piezas en prosa: dirigió los periódicos la *Abeja* y el *Artista*, el cual fundó en union con Don Federico de Madrazo y el conde de Campo Alauge; publicó la novela original en 3 tomos *El Auto de Fe* y un gran número de traducciones del francés, y escribió en varios periódicos.

En París dió á luz una coleccion de sus poesías bajo el título *Ecos del Alma*; el *Catálogo razonado de los manuscritos españoles existentes en aquellas bibliotecas públicas*, que le fué encargado por el gobierno francés; las *Rimas inéditas del marqués de Santillana y de Fernan Perez de Guzman*; la voluminosa *Coleccion de autores españoles* de que fué editor Mr. Baudry; el periódico *El Católico* y un gran número de traducciones, sin contar varios escritos en francés que se publicaron en la *Revista de París* y en el *Monitor*.

Apenas restituido á Madrid en 1844 fué nombrado bibliotecario de la nacional y un año después jefe político de Huesca. En 1847 pasó á la Direccion de la *Gaceta de Madrid*, y cuatro meses después á una plaza de oficial del ministerio de la Gobernacion, de la cual fué trasladado

poco después al de Comercio, Instruccion y Obras públicas. En 1852 fué nombrado jefe de seccion del de Gracia y Justicia, cargo que desempeñó hasta la revolucion del 1854; habiendo además durante este tiempo redactado el folletin dramático en el periódico *La España* y publicado un gran número de escritos originales y traducidos, cuya enumeracion seria enojosa. Solamente citaremos, por su mayor importancia literaria, el célebre *Cancionero de Baena* que dió á luz en union con los señores marqués de Pidal y Don Pascual de Gayangos.

En agosto de 1854, los sucesos políticos le obligaron á pasar á Portugal y á Inglaterra durante algunos meses. Por igual motivo hubo de trasladarse en mayo de 1855 á París, de donde regresó en diciembre del siguiente año para hacerse cargo de la Direccion general de Instruccion pública, que ha desempeñado hasta julio último.

El señor Ochoa ha sido dos veces diputado á Cortes; es individuo de la Real Academia española, gentil-hombre de S. M., comendador de número de la órden de Carlos III, y oficial de la Legion de honor.

EN LA ORILLA DEL MAR.

Magno misceri murmure pontum.
VIRGILIO.

I.

En los paseos que á solas
Doy del mar por la ribera,
Entre el rumor de las olas
Oigo una voz lastimera.
¿Qué dice ese sordo acento
Que de la mar se levanta?
¿Es un himno ó un lamento?
¿Es voz que llora ó que canta?
Acaso la mar se alegra
Cuando al llegar á la orilla,
Cada ola verdinegra
Se lleva alguna arenilla,
Y la arenilla arrastrada
Que de la costa se aleja,
Al canto de la oleada,
Mezcla su doliente queja,
Cual forma triste concierto
Del tigre con los rugidos,
Apresada en el desierto
La gacela con gemidos.

Acaso tambien la mar
Con rabia impotente grita
Cuando algun rayo solar
Alguna gota le quita,
Cual montesino zagal
Que una res de su manada
Ve del águila caudal
En las garras remontada,
O cual caudillo indignado
Que de su hueste las alas
Ve de enemigo emboscado
Ir cayendo entre las balas.
¡Ah! ¡quién pudiera entender
De las cosas el lenguaje
Con que al Infinito Ser
Tributan pleito-homenaje!...
¡Oh mar! oh mar! cuando gimes
So el peso de algun dolor,
¡Qué lamentos tàn sublimes
Le alzará tu gran clamor!...
¡En cuán delicioso idioma
Deben decirte tus penas,
Señor, la blanca paloma
Y las blancas azucenas!
Mas brillante á tu presencia
Que su luz, llega sin duda
Del sol la inmensa elocuencia
¡Ay! para nosotros muda.
¿Quién sabe cuánta enseñanza
De ciencia y de poësia,
Cuánta fe, cuánta esperanza
Y dulce filosofía,
Los humanos encontraran
Si las lenguas misteriosas
A descifrar alcanzaran
De todas, todas las cosas?
Lo que acarreando el grano
Van diciendo las hormigas
Lo que el aura en el verano
Dice á las rubias espigas,
Del trueno el hórrido estruendo,
La voz de los vendabales,
La de la lluvia cayendo
En las losas sepulcrales,
De la tórtola el arrullo,

De la serpiente el silbido,
Del arroyuelo el murmullo
Y de la mar el bramido,
Triste, alegre, ronco ó suave,
Del cielo, el agua ó la tierra
Cualquiera rumor ¿quién sabe
Cuántos misterios encierra?

II.

Tú acaso sabes, ¡oh mar!
Ese misterio profundo,
Tú que á Dios viste formar
Las maravillas del mundo.
Ya la luz recien creada
Solo existíais los dos:
Aun iba sobre la nada
El espíritu de Dios.
¡Oh mar! del orbe en la infancia
Sin duda que en todo habia
Como una dulce fragancia
Y una inefable armonía,
Que de la divinidad
En cada espléndido acto,
Cual flor de virginidad
Dejó el reciente contacto.
Tu infancia, ¡oh mar! alcanzó
Aquella edad inocente
En que Dios se complació
En las obras de su mente.
Los campos, las flores bellas,
¡Oh mar! tú viste nacer,
Y la Luna y las estrellas
Y al hombre y á la mujer.
Acaso un recuerdo aun tienes
De aquellos tiempos felices
Y su hermosura y sus bienes
En tu murmullo nos dices!
Ese recuerdo que aun dura
En tu hondo pensamiento
Es el que da esa dulzura
Tan misteriosa á tu acento,
Y por eso algunas veces
Con tu lánguida armonía,
Nuestras penas adormeces
Y exaltas la fantasía.

¿Dónde hay placer como estar,
En una noche serena,
A tus orillas, ¡oh mar!
Tendido sobre la arena,
Tu inmensidad contemplando
O con religioso anhelo
Las pláticas escuchando
Del aire, el agua y el cielo?
Todo á tu lado es delicia
Para quien tu encanto siente;
Como materna caricia
Pasa el aura por su frente.
Los destellos de la Luna
Que en tu espejo se retrata
Van tus olas una á una
Trocando en líquida plata.
Del éter vago, insondable,
Las esplendorosas luces
En tu superficie instable
Sin término reproduces.
Dulce, involuntario llanto
Humedece la mejilla,
Y exclama el ánima en tanto
Maravilla! Maravilla!.....
Yo á lo menos que he sabido
Siempre tu encanto sentir;
Yo que en tu márgen nacido
Quisiera en ella morir,
Cuando en la noche contemplo
La inmensa escena marina,
Santo y magnífico templo
De la majestad divina,
Extático alzarme creo
De los climas terrenales,
Y de luz radiantes veo
De otro mundo los umbrales......
Hasta que de la resaca
El rumor junto al del viento,
Quebrantado al fin me saca
De mi dulce arrobamiento,
Y entonce á una senda nueva
Otra ilusion mas sombría
Esclavizada se lleva
Mi movible fantasía.

III

Tal vez el ronco fragor
Que de tus olas sonoras,
¡Oh mar! con frio terror
Oigo en las nocturnas horas,
Es el quejido que apagan
Los clamores con que atruenas,
De los náufragos que vagan
En tus profundas arenas.
Lívidos, desencajados,
En mi ilusion me imagino
Verlos huir acosados
Por algun monstruo marino,
Y oigo sus largos lamentos,
Y los contemplo otras veces
Siendo sus miembros sangrientos
Parto de voraces peces.
¡Míseros! ¿porqué clamaís
La voz dirigiendo á mí:
Los que en los muertos pensais
Volved los ojos aquí!!?...
¡Míseros! mas ah! ¿qué digo?
Insensato devaneo!....
Con tristes ojos les sigo
Y socorrerlos deseo......
Así cerrando el oido
A la severa razon,
Va mi espíritu perdido
De ilusion en ilusion.

IV.

¡Oh crëacion soberana,
Mar, de la mente suprema!
De la condicion humana
Grande y misterioso emblema!
Esa eterna agitacion
A que vives condenado
Es de nuestro corazon
Tambien el continuo estado.
Tambien los hombres tenemos
Bonanzas y tempestades
Y mal grado obedecemos
Superiores voluntades.

Tambien queremos romper
Alguna vez la barrera
Que puso el Supremo Ser
Á nuestra mente altanera.
Como tú quieres, ¡oh mar!
Cuando tu cárcel te irrita,
El arena traspasar
Que tus términos limita;
Igual es nuestra locura.
Igual nuestro atrevimiento:
La pena en ambos segura
Nunca engendra el escarmiento.
¡Delirio y vana osadía!
Tú al firmamento te lanzas,
Y á ti el hombre te confia
Su vida y sus esperanzas.
Sus veleras naves hienden,
¡Oh mar! tus brillantes olas
Y al aura vaga se tienden
Sus gallardas banderolas.
Ufanas y alegres van
Soñando prosperidades.....
Mas ¡ay! que ya el huracan
Amenaza tempestades!
Ya á bordo de los navíos
Se oyen plegarias dolientes,
Se ven los rostros sombríos,
Se oyen rechinar los dientes.....
Ya ¡oh mar! por tus aguas flota
¡Cuánto tesoro arrojado!
Luego ¡cuánta nave rota!
Cuánto marinero ahogado!!...
¡Horror! ¿quién podrá contar
La infinita multitud
De los que han ido á encontrar
En tí un inmenso ataud?....
No fuera mas vano anhelo
El que contaros quisiera,
Fúlgidos astros del cielo,
Flores de la primavera!....
¡Oh mar! con ese vaiven
Que hace un tan triste concierto,
¡Cuántas ciudades tambien
So tus aguas has cubierto!
¿Qué se ha hecho, dó se esconde

Tiro la soberbia? Ya
¿Qué es la gran Cartago? En dónde
La antigua Atlántide está?
Tú lo sabes, mar profundo,
En cuyo centro se encierra
Un desconocido mundo
Que fué algun dia *la tierra!...*
¡Ah! cuál un tiempo halagabas
A esas ciudades que fueron!...
Cuán falaz les ocultabas
El destino que tuvieron!...
Arrullaban sus grandezas
Tus puras ondas canoras;
Las colmabas de riquezas,
Las llamaste tus señoras.
Y luego con furia impía
Te las tragastes!... ¿Y quién,
Quién sabe ¡oh mar! si algun dia
Te nos tragarás tambien?....

V.

Como el tiempo irresistible,
Y como Dios insondable,
A veces tan bonancible,
A veces tan implacable
¡Oh mar, que unidas presentas
Belleza é inmensidad,
Y tu poderío ostentas
Como una divinidad!....
Yo inclino ante tí la frente
Y acaso te adoraria,
Si ya al Ser Omnipotente
No adorase el alma mia.
Solo él, mas que tú, se lleva
Tras sí mi imaginacion:
Solo la suya me eleva
Mas que tu contemplacion.
Mas ¡oh Señor! nunca admiro
Tanto tu inmenso poder
Como cuando absorto miro
El mar á que diste ser.....
El mar aquí, y en los cielos
El sol, porque entrambos son,
Cual dos gigantes gemelos
Los reyes de la creacion!

EN LOS BAÑOS DE PANTICOSA.

Con pavoroso estruendo
Descienden por las breñas,
Rompiéndose entre peñas
Y el valle ensordeciendo,
Cien hermosas cascadas
De las aéreas cumbres desatadas.
No es mas blanca la nieve
Que esos largos raudales:
Por estrechas canales,
Ya anchurosa, ya breve,
Cada corriente baja
Y con su empuje los peñascos raja.
¿Adónde corre, adónde
En su furia insensata
La corriente de plata?
— A descansar, responde
Su voz, cual la del trueno,
A descansar en el ibon[1] sereno!
A esta solemne voz de las montañas
Que percibir mi mente se figura,
Mi pensamiento lleno de amargura
Conmueve mis entrañas!
Y al ver cuán impacientes y afanosas
Por llegar pronto al anchuroso lago,
Lánzanse las cascadas espumosas
Entre fragor y estrago
Por las ásperas faldas de la sierra,
Exclamo: Así en la tierra
Nos trabaja el destino á los mortales!
Y ¡ah! ninguno tal vez de esos raudales,
Ni aun el que de mas alto se derrumba,
Al ibon deseado
Llega tan quebrantado
Cual nosotros los hombres á la tumba!

[1] Llámanse así en el Alto Aragon los grandes lagos que se forman al pié de las sierras con el caudal de las nieves derretidas y de los innumerables manantiales que nacen en sus vertientes.



DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

Nació en Cartagena el 16 de julio de 1816. Estudió filosofía en Murcia, y luego la jurisprudencia en Sevilla, donde recibió la investidura de doctor. Dedicado á la carrera diplomática, el señor Cueto ha ocupado siempre un lugar distinguido en ella, siendo últimamente ministro plenipotenciario.

Ha publicado varias composiciones, en prosa y verso, en diferentes periódicos; algunas críticas literarias muy notables; una extensa *Vida del conde de Toreno;* y dió al teatro un drama titulado *Doña María Coronel*, que obtuvo un brillante éxito.

El señor Cueto es individuo de la Real Academia española.

LA ESPERANZA.

BALADA.

Es nuestra vida borrascosa lucha
De bien y mal, de gozo y de dolor:
El mas feliz en su interior escucha
El eco de un afan devorador.
Sueña el hombre poder, fama, opulencia,
Sueña galas y triunfos la mujer:
Todos llenan y amargan su existencia
Con quimeras de orgullo ó de placer.
Piensan que el falso bien por que hoy suspiran,
Mañana arrancarán del porvenir;
Mas vuela el tiempo y pasa, y nunca miran
De ese ansiado mañana el sol lucir.
Y si tal vez la copa de ventura
Prueban, que el blanco fué de su ambicion,
Remordimiento ó saciedad impura
Halla solo en el fondo el corazon.
La realidad nuestro delirio calma;
Sucede luego al júbilo el pesar:
La ilusion que se sueña encanta el alma,
La ilusion que se toca hace llorar......
Y si en la humana esfera nadie alcanza
Las dichas mil tras que perdido va,
¿Cómo no comprender que es la esperanza
El reflejo de un bien que aquí no está?
¡Ay! esa luz que nos alienta y guia
La senda de la vida al recorrer,

De un venturoso, eterno y claro dia
No es mas que el indeciso amanecer.
¿Y en dónde existe, me diréis ahora,
De la ventura el insondable mar?
¿En dónde hallar la antorcha de esa aurora?
¿Nuestra insaciable sed dónde apagar?....
¿No os sucedió jamás en la mañana
Mirar de un lago en el cristal azul
Pasar risueña nube de oro y grana
Vaga y flotante como leve tul,
Y al ver sus formas y sus perfiles rojos
Retratarse del lago en el cristal,
Involuntariamente alzar los ojos
Para admirar el bello original?
Pues bien, haced lo mismo en vuestra mente
Que en ese lago que os recuerdo aquí:
¿Quereis do la esperanza hallar la fuente?
Mirad al cielo y la vereis allí.

LA MUJER.

BALADA.

¿Porqué en su pecho, como en móvil liza
De las obras de Dios vibra el acento?
¿Porqué feliz su corazon suspira,
Al ver el campo, el mar, el firmamento?
¿Porqué el ¡ay! del dolor, la voz de un niño,
De la indigencia el anhelante ruego,
La voz del infortunio ó del cariño
Hacen latir su corazon de fuego.
. . . .
Porque sabe sentir en su alta esfera
De lo tierno y lo grande el noble encanto:
Porque es de la mujer la vida entera
Admiracion y amor, martirio y llanto.....
Vive cual flor que amaga el torbellino;
Ser hermosa y ser pura: esa es su gloria;
Ser tierna y consolar es su destino;
Amar, sufrir, llorar: esa es su historia.



DON PEDRO DE MADRAZO.

Nació en Roma, el 11 de octubre de 1816, de Don José de Madrazo y Doña Isabel Kuntz. Se educó en el *Seminario de Nobles* de Madrid. Siguió la carrera de la jurisprudencia civil y canónica en las universidades de Toledo y Valladolid, y después de una ausencia de tres años, durante los cuales se dedicó en París al estudio del derecho penal y de las ciencias filosóficas, y viajó por algunos países de Europa para completar prácticamente las ideas adquiridas sobre los establecimientos penales, se recibió de abogado en 1840.

En 1843 fué nombrado oficial del ministerio de la Gobernacion del Reino, con destino al negociado de presidios, y desde entonces continuó en la carrera administrativa con pequeñas interrupciones, desempeñando en la actualidad el cargo de primer abogado fiscal del consejo de Estado.

Sus obras principales como escritor, no contando numerosas traducciones del francés, del inglés y del italiano, anotadas ó comentadas, ni sus trabajos inéditos sobre historia, derecho penal, arquitectura legal, etc., próximos á ver la luz pública, son: multitud de poesías sueltas insertas en diferentes épocas, desde 1834 acá, en los periódicos el *Artista*, el *No me olvides*, el *Iris*, el *Pasatiempo*, el *Heraldo*, la *Cruz*, el *Laberinto*, y otros; el tomo de Córdoba, de la obra *Recuerdos y Bellezas de España;* y un tratado de *Moral cristiana*, que forma parte de la *Enciclopedia hispano-americana*, impresa en París en casa de Rosa y Bouret.

Ha escrito numerosos artículos de crítica artística y de estética, y bajo el título de *Joyas de la pintura en España*, bosqueja en la actualidad la historia del arte comprobada con las obras de los principales maestros antiguos.

En sus investigaciones como arqueólogo ha tenido la suerte de descubrir las preciosas ruinas de los palacios árabes de Medina Azzahra, que muchos historiadores tenian por fabulosos, enriqueciendo de este modo con una nueva y preciosa página la historia de la arquitectura musulmana en Andalucía.

El señor Madrazo es académico y bibliotecario de la Real de San Fernando, y uno de los individuos de la comision creada por el Gobierno para publicar los monumentos arquitectónicos de España.

MEDITACION.

Desde el tope de los montes encumbrados,
Desde lo alto de la cúpula eminente,
Cuando observo llanos, bosques y collados,
Con girar una mirada solamente;

Desde el trono donde el águila, señora
De las nubes y las ráfagas se mece,
Desde el pico elevadísimo que aun dora
Sol poniente cuando el llano se oscurece;
Colocado en grande altura, torre ó monte,
Ya del hombre ó del Eterno triunfe hechura,
Viendo el círculo total del horizonte,
¡Cuán hermosa es á mis ojos la Natura!
¡Ah! que entonces doble anhelo el alma siento,
Y á los astros llegar quiero con mi mano;
Doble audacia cobra el ánimo valiente,
Y no temo al huracan estar cercano.
Con su peso los dolores no me oprimen,
Y domina la razon sobre el sentido;
Y si llega á mí la voz de los que gimen,
Con mas fe y amor su alivio al cielo pido.
Altos montes, hondos valles, ancho suelo,
Clara luna, melancólica explanada,
Gran misterio de natura, limpio cielo,
¿Cómo puedes tú ser parto de la nada?
No; que hechura de una sabia Providencia
Te proclama el universo por instinto,
Y tan solo la *ignorancia de la ciencia*
Pudo orígen á tus leyes dar distinto!
Sube al monte, oh habitante de la villa,
Tú que el cálculo en tortura siempre tienes,
Y ni un punto á contemplar la maravilla
Desta fábrica esplendente el pié detienes;
Tú que pasas con afan penoso el dia
En formarte de ambiciones un infierno,
Y consumes de la mente la energía
En la ciencia de ignorar al Ser Eterno!
Sube á ver en breve mancha de los llanos
De esmeralda la gran corte convertida,
Y bullir, como en la fosa los gusanos,
A los hombres del orgullo en la guarida!.....
La incesante agitacion de tu jornada
Solo amargo desconsuelo te produce:
Ven, verás aligerarse la pesada
Cargazon que á vil esclavo te reduce.
Ves la pena y la amargura al bien unidas,
Y en el mundo no hay fortuna que te cuadre:
¡No te bastan los placeres de la vida!
¿Qué mas quieres que la herencia de tú padre?
Ves el suelo hacerse polvo, y finy daño

Padecer lo que atesoras: ¿y qué mucho
Si la nada vas buscando? ¡oh desengaño!
¡Habla tú, Verbo divino, yo te escucho!
Como el náufrago que puso su esperanza
En la llama engañadora del santelmo,
Voy al monte yo; cual, rota espada y lanza,
Va el soldado á deponer el grave yelmo.
Allí cesan mis dolores, y respiro
Con entera libertad, y si mi canto
Cesa allí con tanto horror, cada suspiro
De mi pecho un himno es que á Dios levanto.
Para verle desde allí no hay hombre ciego,
Y mas puro entre la gasa de la nube
Con el íntimo anhelar humilde el ruego
Desde el firme corazon creyente sube.
Los espacios atraviesan rutilantes
Mis altivos pensamientos en cadena,
Como suelen ir las águilas volantes
En hilera remontándose serena;
Y á la inmensa eternidad los lanzo osado
Por regiones del hondo horror, al hombre extrañas,
Cual se arroja un acueducto prolongado
Para unir cruzando abismos dos montañas.

LAS TRES HERMANAS DEL CIELO.

« Qui manet in charitate, in Deo manet, et Deus in eo. »

Tres hermosas doncellas á mi vista
Tranquilas parecieron:
De rubí, de esmeralda, de amatista
Coronadas vinieron.
De excelso orígen somos, me decian,
Vivimos como hermanas:
Muy nobles vestiduras las cubrian,
Púdicas y galanas.
Era en la una del rubí encendido
Hermoso complemento
Un largo y rojo manto, enriquecido
De tornasoles ciento.
La de rica corona de esmeralda,
Del campo en primavera

Llevaba los colores en la falda;
Verde, alegre, ligera.
De la amatista al resplandor divino,
En la tercer doncella,
Igualaba en lo etéreo y zafirino
Una túnica bella.
A la celeste esfera, yo la dije,
Tu aspecto me sublima:
Tu clara luz al centro me dirige
Do la creacion se anima.
¿Serás tú por ventura de otro mundo
Que á mi vista se esconde?
¿Será tu imperio el aire, el mar profundo?
Soy la Fe, me responde.
Ven conmigo, me dice, con acento
Que el alma me conmueve
Y suena en mi como susurro lento
Cuando en el bosque llueve.
Al ir en pos de su fulgor celeste
La vista en otra clavo:
La esmeralda, la verde y rica veste
Me fascinan al cabo.
¿Quién eres, virgen bella? la pregunto:
De dicha y de bonanza,
Tu semblante risueño es el trasunto.
Soy, dice, la Esperanza.
Sigue mis pasos, añadió, yo fácil
Hago del bien la via;
Y amé su airoso andar, su talle grácil,
De su voz la armonía.
Y de ella en pos corrí la áspera senda
Del yermo y pobre suelo,
Mientras á mi pasion sirvió de venda
De la Esperanza el velo.
Mas de esperar sin Fe cansada presto
Sentí mi pobre alma!
Y en mi senda se alzó el ciprés funesto,
No la triunfante palma.
Sin Fe, sin Esperanza, yo mezquino
Caminaba á la muerte;
Cuando á un acento mágico, divino,
Vibró mi ánima inerte.
De aquellas tres hermanas celestiales
La mas amante y tierna,
La que asocia á los míseros mortales

Con Dios en gloria eterna;
La Caridad hermosa, á su regazo
Me llamaba risueña:
¡Ay! el placer de su divino abrazo
El mundo.., ni lo sueña!
Pero con tanto bien yo estaba triste;
¡Ingrato me creia!
¡Ah! ¿qué os hicisteis? exclamé: ¿dó fuiste
Fe y Esperanza mia?
¡Ah, mísero de mí, que en vano elijo
El bien que mi alma llena
Si me faltais vosotras! y me dijo
La Caridad serena:
¿Porqué ese olvido en rescatar te afanas?
No somos envidiosas:
Si conmigo te vienes, mis hermanas
Te seguirán gozosas.

CONFIANZA EN DIOS.

(ORACION MATINAL DEL POBRE.)

Omnipotente Dios, causa infinita
De la naturaleza,
De nuevo para mí luce hoy escrita
Con soles tu grandeza!
Bondad, Verdad, Principio no creado,
Bien á que el alma aspira,
Mírame ante tu Ser anonadado,
Mis pobres ansias mira.
Como en castillo armado, en mis sentidos
Gritos oigo violentos;
Duermo cual caminante entre bandidos
Yo con mis pensamientos!
Como tenue vapor que de un abismo
Ignorado se eleva,
Sale mi alma del hondo parasismo
Del sueño á vida nueva.
Un nuevo sol preparas al durmiente
Que al despertar le alumbre,
Y al que en ti muere, un sol eterno, fuente
De toda dulcedumbre.

El mundo que sacaste de la nada,
A la nada no vuelve;
La muerte, ya feliz, ya desgraciada,
En vida se resuelve.
Soy polvo, mas tus ojos soberanos
Nada ven despreciable:
Lo mismo que lo eterno, está en tus manos
Lo breve y deleznable.
Tú la pequeña gota de rocío
Haces del mundo espejo,
Y haces del hombre el alma, Criador mio,
De tus dotes reflejo.
Das al ave el peñon, allí la anidas,
Y al reptil el pantano;
Lo mismo que del águila, tú cuidas
Del rastrero gusano.
¿Cómo no acallarás de nuestras almas
Las ansias y las cuitas,
Tú, cuando el hambre de la hormiga calmas,
Y al campo la sed quitas?
Aliento dáme, oh Dios; ya el terpe sueño
Huyó de mis sentidos:
Seguir quiero tu senda, Padre y Dueño,
Con gozo ó con gemidos.
Pues sé, Señor, que es justo tus divinas
Órdenes bendigamos,
Ya siembres ó de rosas ó de espinas
La tierra que pisamos.
Buscad mi reino, has dicho, y la justicia,
Y no perdais la calma
Por los bienes del mundo. — No codicia
Las riquezas mi alma.
Con las potencias y los ojos fijos
En Cristo, tras él voy;
Y aunque no tengo pan para mis hijos,
Aunque desnudo estoy;
Despreciando el vigor de la fortuna,
Y en el amor fiado
Que al pobre demostró desde la cuna
Tu Unigénito amado;
De ganar con sudores el sustento
El áspera tarea
Con gozo emprendo, y clamaré contento:
Que Dios bendito sea!
Y si á despecho de mi afan penoso

Es vana mi vigilia,
Y si á pesar de mi sudor copioso
Tiene hambre mi familia,
La Caridad, de mano siempre abierta,
Que santo amor abrasa,
La hermosa Caridad vendrá á mi puerta,
Y alegrará mi casa!



DON JOSÉ ZORRILLA.

Nació en Valladolid el 21 de febrero de 1817. Fueron sus padres Don José Zorrilla y Doña Nicomedes Moral. Recibió su primera educacion en el *Seminario de Nobles*, y siguió luego sus estudios para la carrera de leyes en las universidades de Toledo y de Valladolid

Ha publicado una infinidad de *Poesías*, un poema titulado *Granada*, y dado al teatro varias producciones, entre las cuales merecen particular mencion *El Zapatero y el Rey*, *Sancho García*, *Don Juan Tenorio*, *El Puñal del Godo* y *el Eco del Torrente.*

CANCION.

A GALIANA.

Limpia es la noche y callada,
La luna en el cenit brilla
Como lámpara colgada
En recóndita capilla.
La brisa errante y serena
Mansa suena
Meciendo árbol, yerba y flor,
Y el mundo en descuido inerme
Goza ó duerme
Sus pesares ó su amor.
Yo constante en mi porfía,
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
Galiana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,

No me las abras, Galiana,
Noche ni dia.
Porque me es tan delicioso
Saber cuando al fin te roba
Al necio mundo curioso
La oscuridad de tu alcoba....
Tan grato espiar atento
El momento
En que tu luz espiró,
Por poder decir ufano:
¿Ora qué vano
Favorito es como yo?
Me es tan dulce en mi agonía
Saber que en la noche umbría
Suspiro yo á tu ventana,
¡Galiana mia!...
Mas si han de espirar mis quejas,
En tus rejas,
¡Oh! no las abras, Galiana,
Noche ni dia.
Yo bien pudiera mentirte
Palacios, buques, caballos,
En luengas tierras decirte
Que me respetan vasallos,
Porque de tierras ignotas
Y remotas
Fuera muy fácil mentir;
Mas decirte no quisiera
Ni supiera,
Si me lo hubieras de oir,
Sino que en tenaz porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Galiana mia!...
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Galiana,
Noche ni dia.
Yo no soy mas que un poeta
Sin otro bien que mi lira,
Un alma al amor sujeta,
Y un corazon que suspira;
Y aunque es verdad que hay algunos
Importunos
Que me aplauden mi cancion,

Yo nunca he de hacerles caso,
Porque acaso
Hablillas del vulgo son.
Yo paso cantando el dia,
Pero la noche sombría
Paso al pié de tu ventana,
¡Galiana mia!...
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Galiana,
Noche ni dia.
Cuando en tus cándidos sueños
Oir tal vez te parece
De compases halagüeños
El son que se desvanece,
No son los tenues lamentos
De los vientos
Que murmuran al pasar,
No es el ruido de la fuente
Trasparente,
Sino el son de mi cantar.
Porque siempre en mi porfía,
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Galiana mia!...
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Galiana,
Noche ni dia.
¿Oyes la lluvia que cae,
Y el aura en sus hilos rota,
Que una voz triste la trae
Mientras tus vidrios azota?
No es la voz de la tormenta
Turbulenta
Que muge con el turbion,
Es el harpa que yo toco
Cuando evoco
Tu sueño con mi cancion.
Porque siempre en mi porfía
Yo velo en la noche umbría
Suspirando á tu ventana,
¡Galiana mia!...
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,

No me las abras, Galiana,
Noche ni dia.
Y si al fin de duelo tanto,
De tan amorosas cuitas
Te cansa el son de mi canto,
Y te cansan mis visitas;
Si tu sueño ó tus placeres
Ya no quieres
Que turbe importuno mas,
Manda que rompan la lira
Que suspira
Tan amoroso compás;
Mas si has de salir, impía,
A maldecir mi porfía,
Cuando lloro á tu ventana,
Galiana mia,
Deja que estrelle mis quejas
En tus rejas,
Y no las abras, Galiana,
Noche ni dia.

A LA ESTATUA DE CERVANTES.

Esa es una sombra... el alma avergonzada
Para mas no volver, huyóse al cielo,
Solitaria, sombría, abandonada;
Ese fantasma se incrustó en el suelo.
Si es pedestal ó túmulo se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora
Segun se ve de hierros circundado.
No bajará, que es noble y caballero
Y lidié por su patria el buen poeta;
Acaso no encontrará un compañero
Al pié del pedestal que lo sujeta.
Tal vez no hallará un digno castellano
Libre y valiente á quien llamar amigo,
A quien tender la cercenada mano,
A quien llevar en pos al enemigo.
Por eso eleva la tostada frente
Al firmamento azul noble y tranquila,
Y no mira por eso transparente
Apagada a la luz la ancha pupila.
Cervantes le llamaron otros dias,
Yerta figura con ajeno nombre,

Como el original arrastra impías
Horas de duelo en la mansion del hombre.
Ayer cruzaba libre é ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta
Dentro de su armadura de soldado
O envuelto en sus harapos de poeta;
Y hoy en la innoble colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza,
Y está sombrío en pié sobre la altura
Como sacan un reo á la vergüenza.
El pueblo ve á sus piés negro milano
Que á la boca asomó de un hormiguero,
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un mundo entero.
Y siente la carroza del magnate
Rodar, y se estremece á su carrera,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.
Y abajo entre los árboles perdidos
Como sueños pasar contempla inquietas
Las sombras de políticos caidos,
Las parodias de sabios y poetas.
Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al Occidente
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir, alegre ó indolente.
Hubo un poeta cuando aquel vivia,
Cuando en vez de esos hierros era un hombre;
Llamáronle poeta, y poseia
Una espada y un libro con su nombre.
Su espíritu brotó con la tormenta,
Y le escondió en su seno el torbellino,
El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.
¿Porqué no le dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormia?
¿A qué traerle con tenaz empeño
A sufrir otra vez la luz del dia?
¿A qué su sombra de la tumba alzaron
Estúpidos los hombres ó altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

Hombre de hierro que velas
El sueño del mundo impío,
Que ves con gesto sombrío
Crímenes que no revelas,
Cuya negra frente calva
Sufre en paz el sol que arde
La roja luz de la tarde,
La amarilla luz del alba,
¿Qué piensas del mundo, dí,
Tú que le dejastes ya?
Cuya voz no se alzará
Cuya sombra quedó aquí.
¿Qué piensas de ese magnate
Que ha perdido el sol de un dia
Embriagado en una orgía,
Mientras su nacion combate?
¿Qué piensas tú de esos reyes
Que arrastra un frenado bruto
Entre vírgenes de luto,
Huérfanas hoy por sus leyes?
¿Qué piensas, genio inmortal,
De ese pueblo soberano
Que abre paso á su tirano
Sin levantar un puñal?
Díme, coloso de hierro,
A quien condena la suerte
A sufrir desde la muerte
En tu patria tu destierro,
¿No es cierto que allá en su afan
Espera tu desconsuelo
Que te arrastre por el suelo
Un revoltoso huracan?

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
En extranjero idioma por fortuna;
Tal vez será tu nombre un *sanbenito*
Que vierta infamia en tu española cuna. —
Hora te trajo á luz, desventurada;
¿Español eres?.... lo tendrán á mengua
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua. —
¿Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma,

Recuerdo que los tiempos han roido,
Que algun rico libró de la carcoma?
Maldita es tú mision sobre la tierra,
Los que mueren sus males acabaron,
Todos sus restos su sepulcro encierra...
Los tuyos del sepulcro los robaron. —

Hélo allí que se levanta
Como fantasma furioso
Que magulla con su planta
Los que á su morada santa
Van á turbar su reposo. —
Porque su nombre y su gloria
Solo al tiempo las vendió
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, no. —
Que por eso en su amargura
Abortó un libro coloso
Que á su renombre asegura
En las edades reposo.
Cuando los siglos le lean
Hará que los siglos vean
En una cubierta roida
En caractéres gigantes
Dos genios con una vida:
Un Quijote y un Cervantes.
Y si entre la espesa bruma
De esta edad que bulle inquieta,
De hediondo mar alba espuma,
El genio de otro poeta
Despliega su blanca pluma;
Si algun bardo colosal
Levanta entre la tormenta
Su cántico celestial,
De una centuria sangrienta
Entonando el funeral;
Cuando el tiempo hombre sombrío
El orbe rompa á pedazos,
Que sostenido en tus brazos
Huya su cuchillo impío:
Y en el dia de furor
Cuando al eco atronador,

De la funeral trompeta
Se junte el mundo en un valle,
Mándale al mundo que calle,
Y díle que eres poeta. —

LA TEMPESTAD.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la region azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del cenit suspendiendo su tenebroso tul?
¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras, que sin lumbrera están?
¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusion!
Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rugiente mar;
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.
La Luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas,
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.
En vano nuestros ojos se afanan por hallarlo
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarlo,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.
¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por do quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las ve en montones sin límites crecer.
Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles monstruos alígero escuadron.
Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.
¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guia?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz

Cuando retumba el trueno y cuando va bravía,
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va,
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos
Estudia, y sus cimientos por sí caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda,
Agolpará sus nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinaí,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios.
Acaso será alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul serena
Me dice desde lejos: « Tu Dios se esconde allí. »
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante: « Tu Dios se acerca á tí. »

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que bogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crujiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia
Mas que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el dia: tu soplo es la existencia:
Tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,

Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.
Si su hálito llegara al harpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazon henchido del fuego del profeta
Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.
Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorjeos del ruiseñor gentil.
Mas grave y majestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.
¡Mas ay! que solo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.
Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparicion no ve;
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fe.



DON RAMON DE CAMPOAMOR.

Nació el dia 24 de setiembre de 1817. Ha publicado un tomo de *Poesías*, otro de *Doloras*, un poema titulado *Colon*, y un libro muy curioso *El Personalismo: apuntes para una filosofía*.

El señor Campoamor ha sido varias veces diputado á Cortes, y á su bien merecida reputacion como poeta, reune la de orador parlamentario.

DOLORA PRIMERA.

LA OPINION.

A MI QUERIDA PRIMA JACINTA WHITE DE LLANO, EN LA MUERTE DE SU HIJA.

¡Pobre Carolina mia!
¡Nunca la podré olvidar! —
Ved lo que el mundo decia
Viendo el féretro pasar:
Un clérigo: — « empiece el canto. »

El doctor : — « ¡cesó el sufrir! »
El padre : — « ¡me ahoga el llanto! »
La madre : — « ¡quiero morir! »
Un muchacho : — « ¡qué adornada! »
Un jóven : — « ¡era muy bella! »
Una moza : — « ¡desgraciada! »
Una vieja : — « ¡feliz ella! »
— « ¡Duerme en paz! » — dicen los buenos.
— « ¡Adios! » — dicen los demás
Un filósofo : — « ¡Uno menos! »
Un poeta : — « ¡Un ángel mas! »

DOLORA II.

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

— Escribidme una carta, señor cura.
— Ya sé para quién es.
— ¿Sabeis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos? — Pues.
— Perdonad, mas... — No extraño ese tropiezo,
La noche... la ocasion...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo :
Mi querido Ramon :
— ¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habeis puesto...
— Si no quereis... — Sí, sí!
— *¡ Qué triste estoy !* ¿No es eso? — Por supuesto.
— *¡ Qué triste estoy sin ti !*
Una congoja al empezar me viene...
— ¿Cómo sabeis mi mal?..
— Para un viejo una niña siempre tiene
El pecho de cristal.
¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un Eden.
— Haced la letra clara, señor cura,
Que lo entienda eso bien..
— *El beso aquel que de marchar á punto*
Te di... — ¿Cómo sabeis?...
— Cuando se va y se viene y se está junto
Siempre... no os afrenteis.
Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir...
— ¿Sufrir y nada mas? No, señor cura,
Que me voy á morir!
— ¿Morir? ¿Sabeis que es ofender al cielo?...

— ¡Pues, sí señor, morir!
— Yo no pongo morir. — ¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!
¡Señor rector, señor rector! en vano
Me quereis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el sér de mi sér.
Escribidle, por Dios, que el alma mia
Ya en mí no quiere estar;
Que la pena no me ahoga cada dia...
Porque puedo llorar.
Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir;
Que olvidan de la risa el movimiento
A fuerza de sentir.
Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afan,
Como no tienen quien se mire en ellos
Cerrados siempre están.
Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
La ausencia el mas atroz.
Que es un perpetuo sueño de mi oido
El eco de su voz...
Que siendo por su causa, el alma mia
¡Goza tanto en sufrir!...
Dios mio, ¡cuántas cosas le diria
Si supiera escribir!...
— Pues señor, bravo amor. Copio y concluyo:
A don Ramon.... En fin,
Que es inútil saber para esto arguyo
Ni el griego ni el latin.

DOLORA III.

AMAR AL VUELO.

A LA NIÑA ASUNCION DE ZARAGOZA Y DEL PINO.

I.

Así, niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando jóven,

Como jóven cuando vieja.
Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asuncion querida,
Que ames mientras tengas vida
Como amas á los seis años:
Justamente, de ese modo,
Amando desamorada;
Así, no queriendo nada,
Esto es, queriéndolo todo;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa,
Así, de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

II.

Sé amorosa y nunca amante:
Lleva á la vejez tu infancia:
Sé constante en la inconstancia
O en la inconstancia constante:
Que en amor creen los mas duchos
Contra los que son mas locos,
Que en vez de los pocos muchos
Valen mas los muchos pocos:
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insápido,
Inerte, estentóreo y rápido.....
Pues, así; lo mismo que ese.
Nunca beses como loca;
Besa como una loquilla;
Jamás... jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla:
Ten presente que la abeja
Queriendo entrañar la herida,
La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III.

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser mientras vivas quisieres,
Dichosa entre las dichosas,

Tal ha de ser tu divisa:
Amar muy poco y de prisa
Como hacen las mariposas;
Aunque no importa realmente
Que ames infinitamente
Si amas infinitas cosas.

IV.

Son tan cuerdos mis consejos,
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos, que aunque viejos,
Aun, Asuncion, al mirarte
Aspiran á ser espejos,
Que, aplicando estos consejos
A mi vejez, todavia
Pienso curar, hija mia,
De mi corazon las llagas;
Llagas ¡ay! que no tendria
Si yo hubiera hecho algun dia
Lo que te aconsejo que hagas.

V.

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
« Que lo fijo es pasajero,
» Que solo es real lo que *vuela,* »
Tiende el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo mas rico ó mas bueno,
Lo que vuela ó lo que nada,
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI.

Sigue el plan á que te exhorto
Amando *al vuelo*: hazte cargo

Que el viaje es largo, muy largo!...
Y el tiempo corto, muy corto!...
Sé ligera, no traidora;
Sopla el fuego que no abrasa;
Quiere, como el que no quiere;
Sea siempre como ahora
Tu llanto, nube que pasa;
Tu risa luz que no muere
Ama mucho, mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ries, olvida el duelo;
Si lloras, pasa á la risa
Así.... de prisa, de prisa;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo.*

DOLORA IV.

EL BESO.

I.

Me han contado que, al morir
Un hombre de corazon
Sintió, ó presumió sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Canton.
¿Qué es imposible, Asuncion?...
Veinte años hace que di
El primer beso ¡ay de mí!
De mi primera pasion....
Y todavía, Asuncion,
Aquel frio que sentí....
Hace arder mi corazon!

II.

Desde la ciega atraccion,
Beso que da el pedernal,
Subiendo hasta la oracion,
Último beso mental,
Es el beso la expansion
De esa chispa celestial
Que inflamó la creacion,
Y que en su curso inmortal,

Va de crisol en crisol
Su intensa llama á verter
En la atmósfera del sér
Que de un beso encendió el sol.

III.

De la cuna al ataud
Va siendo el beso á su vez,
Amor en la juventud,
Esperanza en la niñez,
En el adulto *virtud*,
Y *recuerdo* en la vejez.

IV.

¿Vas comprendiendo, Asuncion,
Que es el beso la expresion
De un idioma universal,
Que, en inextinto raudal,
De una en otra encarnacion,
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad*,
En los ojos *ilusion*,
En la frente *majestad*,
Y entre los labios *pasion*?

V.

¿Nunca se despierta en ti
Un recuerdo como en mí
De un amante que se fué?....
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asuncion,
Que en alas de no sé qué
Trae la imaginacion.

VI.

¡Gloria á esa oscura señal!
Del hado en incubacion,
Que es el gérmen inmortal
Del alma en fermentacion;
Y á veces trasunto fiel
De todo un mundo moral;
Y si no dígalo aquel
De entre el cual y bajo el cual
Nació el alma de Platon!

VII.

¡Gloria á esa condensacion
De toda la eternidad;
Con cuya tierna efusion
A toda la humanidad
Da la paz la religion;
Con la cual la caridad
Siembra en el mundo el perdon:
Himno á la perpetuidad;
Cuyo misterioso son,
Sin que lo oiga el corazon,
Suena en la posteridad!

VIII.

¿Vas comprendiendo, Asuncion?
Mas por si acaso no crees
Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador
Con que este mundo que ves
Lo ha animado el Criador.....
Prueba á besarme, y despues
Un beso verás como es
Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festin
De una en otra boca, al fin
Llega, de afan en afan,
A tu boca de carmin
Desde los labios de Adan.

IX.

Prueba en mi, por compasion,
Esa clara iniciacion
De un oscuro porvenir;
Y entonces, bella Asuncion,
Comprenderás si, al morir
Un hombre de corazon,
Habrá podido sentir
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Canton.

DON ANTONIO DE TRUEBA.

Hijo de Don Manuel y Doña Marta de la Quintana, nació el 24 de diciembre de 1821 en Montellano, concejo de Galdames, en las Encartaciones del Señorío de Vizcaya. Aprendió las primeras letras en el de Sopuesta, á donde se trasladó con sus padres al año de edad y dondo inmediato concejo residió hasta los quince, en que pasó á Madrid para dedicarse al comercio. Durante diez años ejerció esta ocupacion, y, como él dice en el apéndice de su *Libro de los cantares*, no ha frecuentado mas universidades que la de su aldea, donde solo se aprende á leer y escribir y la doctrina cristiana. Sus obras en verso son : *El Libro de los cantares*, las *Fábulas de la educacion*, dos cantos épicos que llevan el título de *Covadonga* y *Tanfa*, los *Cantos infantiles* de que solo ha dado á luz cuatro ó seis y los *Tornillares*, coleccioncita de composiciones cortas que compuso hace poco tiempo en los Tornillares de la Alcama, y conserva en su mayor parte inéditas. Las dos composiciones que van á continuacion están tomadas del *Libro de los cantares*, del que en cinco años se han hecho hasta siete ediciones.

LA NIÑA DE OJOS AZULES.

I.

Ved á la dulce niña
De ojos azules
Risueña como el cielo
Cuando no hay nubes;
Vedla qué hermosa,
Vedla coloradita
Como las rosas!
Fué ayer á San Antonio
De la Florida,
Que da el Santo bendito
Novio á las niñas,
Y un bello novio
Le salió al dar la vuelta
De San Antonio.
Por eso está contenta,
Por eso canta
Como los pajaritos
Por la mañana,
Que era muy triste

Sin tener un mal novio
Cumplir los quince.
El novio que á la niña
Salió ayer tarde
Jura que la idolatra
Porque es un ángel,
Y ella es tan niña
Que cree sus juramentos
A pié juntillas. —
Niña, palabras dulces
No te seduzcan
Pues en el Diccionario
Las hay de azúcar;
Préndate de hechos,
Pues en el Diccionario
No se hallan esos.
Si un galan te abandona,
No te dé pena:
Pronto encontrarás otro
Que mas te quiera,
Pues, niña hermosa,
Tienes ojos azules,
Ojos de gloria.

II.

Niña de ojos azules,
Ojos de gloria,
Si estabas colorada
Como las rosas,
Hoy estás, niña,
Como las azucenas
Descolorida.
Un besito apostemos
A que adivino
Porqué tienes el rostro
Descolorido....
Por mas que calles,
En este mundo, niña,
Todo se sabe.
Sales todas las noches
A tu ventana
Y los hondos suspiros
Que en ella exhalas
Van á la mia

Y me lo cuentan todo,
Todito, niña.
Tienes enferma el alma
De mal de amores;
Quieres y no te quieren....
¡Pícaros hombres!
Así son todos:
A la que quiere mucho
La quieren poco.
No me admira el mal pago
De tus amores,
Que amores de este mundo
Buscan los hombres,
Y en mi concepto
Los tuyos se parecen
A los del cielo.
¡Quién espera de amores
Hallar la dicha
Cuando llora por ellos
La pobre niña,
La niña hermosa,
La de ojitos azules,
Ojos de gloria!

III.

Te he visto en la Almudena
Muchas mañanas
A los piés de la Vírgen
Arrodillada.
¿Porqué escondias
La cara con el velo
De tu mantilla?
Niña, se me figura....
¡Dios me perdone!
Que mezclabas con llanto
Tus oraciones.
¿Qué le pedias
A la santa patrona
De Madrid, niña?
¿Le pedias venganza
De aquel ingrato
Que su amor te rehusa,
Que un dia acaso
Ante la santa

Patrona de la villa
Fe te juraba?
Pero tus dulces ojos
Bien claro dicen
Que es amor, no venganza,
Lo que tú pides.
Quien tu amor siente,
En lugar de vengarse
Perdona y muere.
¡Ay Dios, quién fuera dueño
De tu amor, niña,
Como aquel que te puso
Descolorida,
Que te desdeña,
Que ha trocado las rosas
En azucenas!
Porque tienes el alma
Que yo ambiciono
Y el amor de los cielos
Miro en tus ojos,
Pues, niña hermosa,
Tienes ojos azules,
Ojos de gloria.

IV.

Silencio!..... Las campanas
Tocan á muerto!
¿Si habrá muerto la niña
De ojos de cielo?
Sin duda es ella,
Que no la he visto há dias
En la Almudena,
Que no se oyen suspiros
En su ventana,
Que están mustias las flores
Que ella regaba,
Que su cabello
Adornaba con tristes
Rosas de muerto!....
Yo la hubiera querido
Con alma pura,
Como quieren las almas
Como la suya;
Poro esa niña

Me dijo: « — Un amor basta
Para una vida. »
Vengan sus desamores
Otras mujeres;
Pero... ¡bendita aquella
Que amando muere,
Por mas que el mundo
Siembre ironía y burlas
En su sepulcro!
Mas allá del martirio
Se encuentra un cielo
Donde los nobles mártires
Tienen asiento,
Donde halla siempre
Amor de los amores
Quien de amor muere.
Y en él está la niña
Desventurada
Que lloró en la Almudena
Muchas mañanas,
La niña hermosa,
La de ojitos azules,
Ojos de gloria.

LA MANCHA DE LA MORA.

I.

— Señora Rita, ¿qué tiene
Su chico de usted? ¡Ay, hija,
Parece que le han chupado
Las brujas!
— Señora Isidra,
No sé qué demontres tiene
Ese chico! Hace ocho dias
Que apenas prueba el puchero
Por mas que una le predica.
— Pues, señora, el que no come
Tiene pena de la vida,
Como dijo el otro. Con que
No andarse con tonterias.
— Hija, yo no sé qué hacerle;
Jesús! estoy aburrida!
Y luego dicen que hijos
Crea usted que mas valdria

Que el Señor se los llevara
De chiquititos. ¡Ay, hija,
Si la dan á una mas guerra
Que Napoleon, si la quitan
La vida!....
— Y los de usted, vamos,
Son unas malvas benditas....
— Calle usted por Dios, señora!
Se conoce que no lidia
Usted con ellos! Perico,
Sobre todo, es de la misma
Piel del diablo. ¡Qué tragon
Y qué guerrero! La niña....
— Para guerreros, los mios.
Mire usted, señora Rita,
Esta mañana el Antonio
Disparó una carretilla
Cuando íbamos á almorzar,
Y espantada la Minina,
Saltó por cima la mesa
Y me echó el almuerzo encima,
De manera que me puso,
Ya ve usted, toda perdida
De lamparones la falda...
— Eso sale en la lejía...
— ¡Ay, qué criaturas! Si estudian
Con el enemigo, hija!
Y la ropa que destrozan!
Mire usted, hace ocho dias
Saqué de la tienda al Pepe
Pantalon y chaquetilla;
Pues anda, ya va enseñando
Los codos y las rodillas.
Ya se ve, ¿no han de romper,
Si no paran, si se tiran
Por los suelos, si parece
Que tienen azogue? Frita
La tienen á una la sangre,
No hay un Dios que los resista.
Y luego aquel, como tiene
Tan malas pulgas, se irrita
Y dale que ha de pegarles....
— Ave María purísima!
Pegarles! Pobres criaturas!
— Pues es claro, esa es la mia.

Todos hemos sido niños
Y hemos hecho niñerías;
Pero volviendo á mi Paco,
Lo que me da peor espina
Es que está tan tristejon....
— Mire usted, ¡quién lo diria
Cuando antes alborotaban
El barrio sus seguidillas,
Cuando se estaba cantando
Todo el santísimo dia!
— El pobre pasa la noche
Delira que te delira.
Anoche, sin ir mas lejos,
Fuí á su cuarto de puntillas
Para que no despertára;
Toqué su frente y tenia
Un calenturon lo mismo
Que un toro.
— Dios nos asista!
¿Y está usted con esa calma?
— ¿Qué he de hacer?
— Jesús María!
Llamar al instante un médico,
Que no hay juegos con la vida.
— Si no quiere oir hablar
De médicos ni botica,
— Oiga usted!... Si estará malo
De... Dios me perdone, hija,
Pero son el enemigo
Estos muchachos del dia:
Y luego esas mujeronas
Los llaman y los incitan
Y los engatusan y...
— Calle usted, señora Rita.
No diga usted disparates!
Mi chico en toda la vida
Ha pensado en mas mujeres
Que su novia. Si delira
Por ella! Bien es verdad
Que eso y aun mas todavía
Se merece la muchacha,
Que es de lo que no se estila,
Mejorando lo presente.
— ¿Y quién es?
— Toma, la chica

Del tio Lila.
— Señora,
La chica del tio Lila
Habla con el barberillo.
Lo menos hace ocho dias
Que los veo yo á la reja
Muy metidos en harina,
— Hija, ¡qué me dice usted!
— Lo que usted oye.
— Pues hija,
Ya no hay que darle mas vueltas:
Lo que á mi chico aniquila
Es pasion de ánimo.
— Toma,
Como usté es cristiana.
— Mira
La holganza, la mocosa,
La puerca, la presumida
Que pasa emperejilándose
La mayor parte del dia,
Y no sabe dónde tiene
La mano derecha!... Iba
Con ella aviado mi chico
Como hay Dios!
— Señora Rita,
¿Quiere usted que yo la dé
Una buena medicina
Para su chico?
— Señora,
¡No he de querer!
— Que se ria
De esa trasto, que busque otra
Y verá como la olvida,
Pues la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

II.

— Hijos, vamos á comer.
— Esa cuchara es la mia.
— No, que es la mia.
— Embustera!
Dámela...
— Pues que lo diga
Madre.

— ¿Qué es eso? Ya andamos
De pelea?
— Es que me quita
Periquito mi cuchara.
— Es que es mia y muy remía.
— Vamos, dejarse de historias:
En la mesa como en misa.
— Pues que me dé mi cuchara
La Pepa.
— Dásela, hija,
Que este es lo mas testarudo....
Estate quedo en la silla,
Condenado, que parece
Que tiene azogue!
— A Pepita
Le ha echado usted mas garbanzos
Que á mí.
— Pues toma! La envidia
No te deja á tí engordar!
Así estás como la espina
De santa Lucía. Toma,
Que parece que en la vida
Te desayunas...! Paquito,
Come, hijo mio. Principia,
Pues el comer y el rascar
Eso es lo que necesitan.
— Madre, si no tengo ganas,
Si aborrezco la comida....
— Anda, aunque no sea mas
Que un par de cucharaditas.
Si está tan rico el puchero....
Como que tiene morcilla.
— No tengo ganas.
— ¿Qué tienes?
— Nada.
— ¡Qué suerte la mia!
Válgame Dios, estos hijos
La quitan á una la vida!
Mira, Paco, vamos claros,
No andemos con tonterías:
Tú estás así porque habla
Con otro la Mariquita.
— Madre, diga usted que sí.
Anoche cuando venia
De jugar de la plazuela,

Vi al barberillo de ahí riba
Hablando por la ventana
Con la hija del tio Lila,
Y porque le digo: « Hablando
Con otro la Mariquita!
Yo se lo diré á mi hermano! »
Va el barberillo y me arrima
Una puntera....
— Los niños
Deben callar la boquita
Cuando hablan los grandes. Eh!
A jugar á la bohardilla.
— Déjeme usted rebañar
El puchero! Yo quería
Lo pegado.
— Tómalo!
No sé dónde tienes tripa.....
¡ Qué condenacion de chico!
Largo de aquí con la niña.
Con que, Paquito, ¿acerté
Por qué es tu melancolía?
— Sí señora, por eso es.
— Pues la mejor medicina
Para tu mal, es que olvides
A esa velota.
— En la vida
La podré olvidar! ¡ Ay, madre,
Estoy que me tiraria
Al canal si no mirara
Que ustedes lo pasarian
Muy mal faltándoles yo.
— El señor no lo permita!
¡ Ay, hijo de mis entrañas!
Faltándoles tú, ¿qué harian
Tu madre y tus hermanitos
Que no tienen, desde el dia
Que Dios se llevó á tu padre,
Otro ámparo en esta vida?
Por Dios, olvida á esa falsa,
Que te quitas y nos quitas
La vida pensando en ella!
— Tiene usted razon. ¿Qué haria
Yo para olvidarla?
— ¿Qué?
Querer á otra mas digna

De tu cariño, hijo mio;
Que un muchacho de tu estima
Las encontrará á millares
Mas honradas y mas lindas.
— Pues bien, madre, haré la prueba,
Y Dios quiera que consiga
Vencer esta pasion de ánimo
Que me consume hace dias.
Vencerás, que con el tiempo
Todo, hijo mio, se olvida,
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.

III.

« Vivo en el cuarto bajo
Tú en el tercero;
Que junte nuestros cuartos
Dile al casero,
Que estando juntos
Ya no tendremos miedo
De los difuntos. »
« Todos los que padezcan
De mal de amores
Busquen buenas muchachas
Y no doctores,
Que al fin y al cabo
Todo clavo se saca
Con otro clavo. »
« Muchos hay que defienden
La homeopatía
Y yo soy uno de ellos,
Morena mia,
Que estando malo
Me curaste con ella.....
¡Ay qué regalo! »
« Cada vez que me acuerdo
De tu hermosura,
Vuelve, morena, á darme
La calentura.
Tómame el pulso,
Tómamelo, morena,
Que estoy convulso. »
— Señora Rita, ¿quién es
El que echa esas seguidillas?

¡Qué! si hace hablar la guitarra!
Si parece un organista!
Lo que es yo, toda la noche
Oyéndole me estaria.
— ¿No le ha conocido usted?
Pues sí es mi Paquito.
— ¡Ay, hija,
Ese chico es el demontre!
¡Qué seguidillas endilga!
— Donde le ve usted, las saca
De su cabeza toditas.
— Pues mire usted, no entendiendo
De componer, eso admira.
Hay muchos que sacan libros
Y no tienen tanta chispa.
Anda, ya vuelve á cantar.
¿No le han de querer las chicas
Teniendo esa habilidad
Y ese aquel que dan envidia?
— Ahi verá usted si era lástima
Que se empleara en la hija
Del tio Lila un muchacho
De tanta sabiduria!
— Ya se ve que hubiera sido
Un dolor, señora Rita.
¿No se acordará ya de ella?
— ¡Qué se ha de acordar! Ni pizca.
A Dios gracias. Ya ve usted
Si estarán él y la chica
Del cuarto tercero ciegos
Cuando se están todo el dia
Echando coplas y flores,
Él de abajo, ella de arriba.
Como que piensan casarse
Para la Pascua florida.
— Ella parece muy buena.
— Muy honrada, muy relimpia...
Y sobre todo unas manos...
Tiene unas manos divinas
Para todo: esta mañana
Nos mandó unas chucherías
De dulce hechas por su mano,
Y vaya, eran lo que habia
Que comer! Solo que apenas
Me descuidé en la cocina,

Me las birló casi todas
Perico... ¡ Ay, señora Isidra',
No sabe usted lo que pasa
Con ese chico ! Su tripa
No se encuentra harta jamás
Y revienta el mejor dia.
Pero volviendo á mi Paco,
Fué excelente medicina
La que usted le recetó,
Porque sino, se las lia
El hijo de mis entrañas.
No, pues lo que es él no olvida
La receta : está cantando
Todo el santísimo dia
Que la mancha de la mora
Con otra verde se quita.



DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

Nació en Salamanca, en cuya universidad estudió y concluyó la carrera de medicina, facultad que apenas ha ejercido por dedicarse completamente á las tareas literarias. Ha sido diez años periodista, escribiendo, entre otros diarios, y en diferentes secciones, en *El Nuevo Espectador*, *La Prensa*, *La Nacion*, *El Sueco*, *La Europa* (1ª época), y *La Iberia*. — Posteriormente desempeñó en el Ministerio de la Gobernacion una de las plazas de auxiliares mayores.

Sus obras son : *Ecos nacionales; Sátiras; Bernardo de Saldraña* (drama, en colaboracion de Zea); *Camino de Portugal*, *La limosna* y *el perdon* y *Flor marchita* (dramas en un acto); *Europa marchita* (obra política, en colaboracion de don Agustin Mendía); y *el Conspirador de á folio.*

CUADRO DE FAMILIA.

Hasta mi puerta llega
Del loco mundo la ambicion impía;
Mas no vence, ni ciega
Con su luz engañosa el alma mia,
Y pasa como nube de verano
Que se deshace en viento y ruido vano.

¡Atrás, soberbia ruda!
¡Atrás, envidia! y en tu flaco seno
Ceba tu garra aguda
Que en hiel teñida ensangrentó el ajeno:
¡Huye, duda cobarde! ¡rencor... pasa!
No quiere tales huéspedes mi casa.
Soy pobre como el ave
Que en estéril peñon cuelga su nido;
Mas nunca al peso grave
Del hado adverso gemiré abatido,
Pues sabio el cielo, al par de mi pobreza
Dióme, para sufrirla, fortaleza.
¡Ay triste! Ay sin ventura
Del que intenta domar la suerte esquiva!
Que ni la sombra oscura,
Ni la llama del sol fecunda y viva,
Le traerán el contento regalado
Que al hombre ni envidioso, ni envidiado.
Del ocio el torpe sueño
El extenuado sibarita duerma,
O frunza el torvo ceño
Y maldiga el trabajo su alma enferma;
Ignora que no hay pan mas excelente
Que el que riega el sudor de nuestra frente.
¡Gloria al trabajo! *¡hosana!*
Él es la cruz que al término distante
Lleva la raza humana;
De culpa antigua expiacion gigante;
Óleo que, en sucesivas redenciones,
La cabeza ungirá de las naciones.
Si alguna vez desmayo,
Recobro nuevo aliento á tu sonrisa,
De tus ojos al rayo,
A tu vagido leve, ¡oh dulce Elisa!
Como la mustia flor, con el rocío,
En las noches serenas del estío.
O viéndote colgada
Del casto pecho de la madre hermosa
Como en nieve no hollada
Clavel ardiente ó encendida rosa;
Balbuceando palabras de consuelo
Que á los niños no mas enseña el cielo.
A veces con voz lenta
El abuelo tambien, que tanto amamos,
Viejas historias cuenta

Que todos, como niños, escuchamos;
Y el bien, en ellas, la familia aprende,
Y sus tareas cada cual suspende.
Patriarca venerable,
La limpia mesa con amor bendice,
Cuando del saludable
Frugal sustento la excelencia dice;
Y á Dios, con él que en la oracion nos guia,
Le pedimos el pan de cada dia.
Así nuestro camino
Hacemos por el valle de dolores
Al sepulcro vecino,
Donde duermen en paz nuestros mayores:
¡Gran Dios, misericordia en tus enojos!
¡Señor..... no apartes de mi hogar tus ojos!

LA LIMOSNA.

Á MI QUERIDO AMIGO DON JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Ayer cuando la nieve
En copos muda y lenta descendia
Flotante al aire leve,
Dejando la guitarra que tañia
Un pobre me tendió la seca mano.....
Y era el pobre tambien ciego y anciano.
Y un débil niño yerto
Ví en su regazo; lívido capullo
Que nunca en el desierto
De un aura dulce se meció al arrullo;
Con lloro acerbo sin cesar regado,
Y mustio al beso de la muerte helado.
— « Señor — con sordas quejas
Clamé, la airada vista en las alturas: —
¿Será verdad que dejas
Sin tu amor á estas flacas criaturas,
Tú, que su duelo y su miseria sabes,
Que sustentas las flores y las aves? »
Y el anciano tañendo
Segunda vez, las desacordes notas
Sobre mi corazon iban cayendo
Como trémulas gotas;
Y mas que vagos sones eran ellas
Suspiros, y sollozos, y querellas.
No sé qué misterioso

Espíritu sublime arrancar pudo,
Qué genio milagroso
Tierno lenguaje al instrumento rudo,
Que allá en su fondo un alma desterrada
Parecia gemir desamparada.
A su triste armonía,
A ese rocío de dolor, sediento
Mi corazon se abria,
Despertándose, al par, el sentimiento:
Así el agua de mayo el campo inunda
Y los dormidos gérmenes fecunda.
¡Oh sabia Providencia!
Si á un mísero mortal penas le diste,
Con pródiga clemencia
A santa compasion otros moviste;
Porque el hombre dichoso ame al que llora,
Y se cumpla tu ley consoladora.
¡Señor, yo te bendigo!
En caridad, por tí, mi alma se abrasa;
Dejando yo al mendigo
De mi menguado bien limosna escasa,
De sus ojos inmóbiles, sin vida,
La engrandeció una lágrima caida.
Y con gozoso pecho
Proseguí mi camino triunfante,
Altivo, satisfecho;
Y hubiérame envidiado en ese instante
La no sabida paz que en mí se encierra
El monarca mas grande de la tierra.



DON FRANCISCO ZEA.

El dia 8 de agosto de 1857 falleció en Madrid este jóven y distinguido poeta. Sus amigos han publicado recientemente sus *Obras completas*, entre las cuales debemos citar las dos bellísimas composiciones que insertamos á continuacion, y su drama *Maese Juan el Espadero*.

INSPIRACION.

Dijo el incendio á la tormenta un dia:
« Sígueme por do quiera;
Yo iré soltando en la extension vacía
Mi roja cabellera.

Tiemble ese mundo; en mis robustos hombros
Se asentará el infierno;
Tiemble el Olimpo; ascenderé entre asombros
Al trono del Eterno!
Será mi manto su brillante alfombra;
Su asiento mi ancha llama,
Y su dosel mi pabellon de sombra
Que el viento desparrama.
Abarcaré el empíreo, omnipotente,
Con mis tremendos brazos;
Escalaré el alcázar resplendente;
Su cumbre haré pedazos.
Llamaré al aquilon, sobre sus alas
Paseando el firmamento,
Del áureo campo las inmensas salas
Inundaré violento.
Y á la sangrienta luz de cien volcanes
Me agitaré bramando!...
El rayo irá ante mí; los huracanes
Retumbarán soplando.
¿Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube
Que al septentrion ondea,
Vea al infierno que esplendente sube
Y sus falanges vea?
¿Qué hará ese Dios cuando con planta osada,
Ante el férreo palacio,
Huelle yo el orbe y la mansion sagrada
Bullendo en el espacio?
¿Qué hará ese Dios cuando de alta esfera
Se lance el sol hirviendo,
Y ardan con él en su valiente hoguera
Cielo y mundo cayendo?
¿Qué otra creacion á mi avidez ferviente
Le ocultará escondido?
¿No podré alzarme y quebrantar su frente
Con hórrido estampido?
Hijo del negro báratro, mi encono
Lúgubre al mundo aterra.
Voy á triunfar! — En mi llameante trono
Vendré sobre la tierra.
Voy á surcar relampagueando el viento;
Voy á incendiar los mares;
Voy á sorber al grande firmamento
Sus *pobres* luminares!
¿Dó tiende el mundo la cobarde planta

En su mortal desmayo,
A la chispeante luz con que abrillanta
Mi torva frente el rayo?
¿Va á buscar á su Dios? — El torbellino
Su vuelta espalda azota.
¡Ay, que la hambrienta nube del destino
Ante sus ojos flota! »
Oyólo Dios, y sosegando el vuelo
Sobre el radiante coro
En voz solemne apostrofando al cielo,
Sonó la trompa de oro.
Juntó el celeste bando en las alturas,
Tronó el sagrado acento
Y, entre las ondas de Occidente impuras,
Rodando alzóse el viento.
« ¿Quién eres tú que en colosal zumbido
Rugiendo te levantas
Y, cual torrente inmenso embravecido,
Te estrellas á mis plantas?
¿A dónde vas con tu murmullo eterno,
Con tu gigante espanto?
Tras tu sombra tenaz, cruzó el infierno
Y se arropó en tu manto.
¿Qué ignoto abismo te abortó en sus iras
Hoy que tremendo estallas?
¿Quién eres tú que traspasando giras
Obstáculos y vallas?
Mares de luz circundan tu cabeza
Con fuego destellante,
Para apagar su indómita braveza
Un soplo me es bastante.
¿Qué importa que en ardiente llamarada
La inmensidad ahondando,
Hasta el dintel de la inmortal morada
Te extiendas rebramando?
¿Qué importa que, trepando al firmamento,
Blandas la roja tea?
¿No soy yo tu Señor? — Tu amarillento
Rayo mi sien clarea.
Sube, incendio voraz! — Yo te contemplo.
Llega á mí en tu victoria!
Un paso mas! — Te colgaré en mi templo
Y alumbrarás mi gloria.
Amarrado á mi trono, eternamente
Serás de ella testigo;

Yo te unciré á mi carro prepotente,
Te arrastraré conmigo.
¡Oh soberbio vasallo! ¿quién te irrita?
¿Quién mueve así tu planta?
¿Qué asolador espíritu te agita
Y hasta mí te levanta?
¿Vás á abrasar un mundo en tu carrera?
Yo guardo al hombre inerme!
Un sol de paz inmenso reverbera
Y la tormenta duerme.
Tambien el hombre es rey! — Yo le he sentado
Sobre un trono de flores.
Para él brilla esa luz! — Yo he coronado
Su sien con sus albores.
Tú bajarás sobre su frente un dia
De Dios con la venganza;
Irás hollando su cabeza impía
Del viento á la pujanza.
Te daré mi caballo de pelea,
Mi lanza y mis enojos!
¡Oh, y cómo va á temblar cuando en tí vea
La lumbre de mis ojos!
Yo arrastraré á tu espalda resonando
Mi fúlgida carroza,
Entre la ardiente nube resbalando
Que alba mi rostro emboza.
Ambos asentaremos sobre escombros
La planta turbulenta!
Iremos por do quier sembrando asombros
Al son de la tormenta.
Mas yo llamaré al hombre en mi justicia
Desde mi asiento eterno;
Lanzaré al orco la mortal malicia,
Sujetaré al infierno.
Bajo mi rico pabellon glorioso
El justo habrá morada;
Arrullará su cándido reposo
La brisa perfumada.
Lleno de etérea pompa y hermosura
Brotará inmenso un dia,
Y poblarán los vientos de dulzura
Torrentes de armonía.»

ULTIMA INSPIRACION.

Luminosas falanges de querubes,
Que vagais entre sombras y arreboles;
Fantasmas, que pisais tronos de nubes
Rizando nieblas y eclipsando soles:
Tened un punto el remontado vuelo;
Oid el canto, que del alma brota,
Y derramad en mi dulce consuelo
Y mi llanto enjugad, gota tras gota.
Por esta senda universal, ansioso
De excelsa gloria y de esperanzas bellas,
Arrastro una existencia sin reposo
Lamentando el rigor de las estrellas.
¿Negaréis á mi afan la dulce calma
Que há tiempo huyó del corazon herido?...
¿No verteréis en mi llagada alma
El delicioso bálsamo querido?...
¿Veréis sin lauro mi abatida frente,
Y no la ceñiréis de eternas flores?...
¿Os burlais de mi ambicion ardiente?
¿Límite no hallarán ¡ay! mis dolores?
¡Oh!... que ya al himno que el poeta entona
Vuestro acento responde, delicado...
¿Qué quiero, me decis?... Una corona!
¿Quién soy, me demandais?... Un desgraciado!



DON JOSÉ SELGAS.

Este jóven poeta nació en Murcia. Ha publicado dos tomos de *poesías*, bajo el título de *La Primavera* y *El Estio.*

LA MODESTIA.

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
Llevaba y con noble brio
El regio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.
Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador,
Y habia en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.
Su voluntad poderosa,
Porque tambien era uso,
Quiso una flor por esposa;
Y regiamente dispuso
Elegir la mas hermosa.
Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.
Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.
Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se veian
Con harta envidia, dispuestas
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debian.
Lujosa la corte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una mansa florecilla
Entre la yerba menuda.
Y por si el regio esplendor
De su corona la inquieta,
Pregúntale con amor:
— « ¿Cómo te llamas? » — « Violeta,
Dijo temblando la flor.
— « ¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa? »

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo : — « Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor. »
El rey suspenso la mira,
Y se inclina dulcemente ;
Tanta modestia le admira ;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente :
— « Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta ;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta. »
Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por él rey.
Hubo magníficas fiestas ;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas ;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

LA ALONDRA.

Cuentan, y es positivo,
Que allá en tiempos mejores
Y en su idioma nativo
Solian hablar las aves con las flores :
De la misma manera,
Con acentos suaves
Y con voz hechicera,
Hablarian las flores con las aves.
Ello es que una mañana,
Mañana deliciosa
Vestida de oro, de jazmin y grana,
Al pié de cierta fuente cariñosa,
Dando al sol sus colores
Y á los vientos su esencia,
Trataban varias flores

Un asunto muy grave;
Pues aunque les sobraba inteligencia,
Ninguna atina ni explicarlo sabe.
Confusas las traia
Ver á la alondra en afanoso vuelo,
Al empezar la luz de cada dia,
Remontarse hasta el cielo,
Cantar con misteriosa melodía
Y pronta y breve descender al suelo.
Y mas las admiraba,
Que haciendo altiva de su pluma alarde,
De nuevo se elevaba
Al espirar la luz de cada tarde.
Despues de muy diversos pareceres,
Estas flores hermosas,
Que hermanas deben ser de las mujeres
Y como las mujeres ser curiosas;
En asunto tan serio,
Conformes decretaron
El modo de saber aquel misterio;
Y así determinaron
Que la ocasion primera y oportuna
Al fin se aprovechara;
Y señalaron una
Que á la inocente alondra preguntara.
Leves mecian sus capullos rojos,
Medio dormidos en sus hojas bellas,
Cuando vieron venir por los rastrojos
La dulce alondra encaminada á ellas.
Y en el momento una
Fresca y brillante rosa,
Blanca como los rayos de la luna,
Le dijo cariñosa:
— « Es inmensa fortuna
Tener en plumas las vistosas galas,
Y levantarse al cielo
Al manso impulso de las sueltas alas.
Tú en envidiable vuelo,
Del espacio señora,
Te levantas y subes
Al espirar la tarde, y con la aurora,
A las altas regiones de las nubes.
Dinos, alondra leve,
¿Qué misterioso encanto
Tus mansas alas mueve?

¿Qué nos revela allí tu dulce canto?
   Sonrióse la alondra (y ya se sabe
Cómo se puede sonreir un ave);
Y saltando ligera,
Con ademan inquieto,
Corriendo la extension de la pradera,
Depositó en las flores su secreto.
Y las flores temblaron,
Y frescas y lozanas
Jamás este secreto revelaron,
No igualándose en esto á sus hermanas.
   Mas desde entonces al nacer el dia,
Y de la tarde al esparcirse el velo,
Las flores con dulcísima alegría
Las frentes alzan contemplando el cielo.



DON ANTONIO ARNAO.

Nació en Murcia el 2 de febrero de 1828. Fueron sus padres don Antonio Arnao y doña Concepcion Espinosa de los Monteros. Hizo sus primeros estudios en el Seminario de San Fulgencio de Murcia, y luego cursó la carrera de leyes en Madrid, donde tomó el grado de Licenciado.

Es actualmente oficial de negociado en el ministerio de la Gobernacion.

Ha publicado las obras siguientes: *Himnos y quejas*, coleccion de poesías (1851); *La Primavera de la vida*, novela (1854); *Melancolías*, rimas y cántigas (1857); *Ecos del Táder*, cantos poéticos (1857); y *Rodrigo*, drama lírico en 3 actos y cinco cuadros, en verso, original, y premiado por la Real Academia española en su último concurso.

EL CANTO DE LA SULTANA.

(ALEGORÍA DE MURCIA.)

Montañesa que pasas la vida
   En agreste montaña que erguida
Se ciñe de nieve su manto glacial,
   Sin ver nunca los ricos primores

Que derraman en valle de flores
El aura de mayo y el fuego estival;
Peregrino que el vasto desierto
Vas cruzando, de arena cubierto,
Cual piélago ardiente que abrasa tu pié,
Sin hallar en tan triste camino
Susurrante raudal cristalino
Que moje tus labios y alivio te dé;
Trovador que entre sueños deliras
Y en la lóbrega cárcel espiras
Que ofrece á tu pecho la negra ciudad,
Cuando ves que el afan te consume,
Sin gozar ni rumor ni perfume
Que robe á tu angustia su insana crueldad;
Marinero que lejos del mundo
Vas bogando en el mar iracundo
Que mas de una ruda tormenta azotó,
Viendo acaso perdido ya el puerto,
Hondo abismo á tus plantas abierto,
Do hundirte implacable tu sino intentó;
¿No escuchais mi cantar misterioso
Que en sus alas un viento amoroso
Conduce al desierto, y al monte, y al mar?
¡Oh! ¡Venid á mi imperio ignorado!
Yo sabré vuestro pecho abrasado
Henchir de ternura, de gozo embriagar!
Soy sultana que vive entre rosas
Y entre brisas de amor deleitosas,
Ceñida la frente de nardo y clavel;
Respirando el purísimo ambiente
Del amor, á mi ley obediente,
Que rinde á mi planta su rico dosel.
Soy la reina que vive entre amores,
En alcázar de luz y de flores,
Que besa el Segura con limpio raudal;
Donde suenan de noche y de dia
Los conciertos que en vaga armonía
Me ofrecen los genios de un reino oriental.
Sobre alfombra de rojos claveles,
Sombreado de altivos laureles
Con ricos festones de rosa y jazmin,
Se levanta mi excelso palacio,
Que ilumina en el fúlgido espacio
Un sol que á mis ojos jamás tiene fin.
En mis huertos, que espiran aromas,

Con su arrullo las tiernas palomas
Al alba saludan en mágico son;
Y la luz que en el cielo camina
Salpicados en plata ilumina
Florido el naranjo, pomposo el límon.
El granado despliega sus hojas
Y sus flores de púrpura rojas;
Sus áureos racimos suspende la vid,
Los morales extienden su manto;
Y cual hadas de amor y de encanto
Cien palmas elevan su frente al cenit.
Como surcos de líquida plata
Que las tintas del cielo retrata,
Sonoros raudales murmuran do quier;
Y en su márgen que esmaltan las flores,
Sueltas aves de gayos colores
Prorumpen en trinos de inmenso placer.
Con la lluvia nocturna en las alas
La oropéndola ostenta sus galas,
Su manto el jilguero de vario color;
Y ocultando su humilde plumaje
Cantan dentro del verde follaje
Alondra sentida, galan ruiseñor.
Aquí vienen, sin locos pesares,
A entonar sus moriscos cantares
Garrida doncella, forpido zagal,
Y á bailar en la tarde que vuela,
Al compás de sonora vihuela
Con dulce abandono, con gozo inmortal.
Aquí llega la hermosa murciana,
La de boca de perlas y grana,
De seno turgente, de talle gentil,
A inflamar con sus ojos de fuegó
Al amante gallardo que ciego
Cual sol la contempla que raya en abril.
¡Oh! ¡Venid, corazones amantes!
Con ensueños de amor delirantes
Os brindo en mis brazos sublime pasion.
Reposad en mi seno la frente:
Respirad mi balsámico ambiente:
Eden mis jardines al ánimo son.
Olvidad el estéril camino
Que en el mundo señala el destino:
Yo soy la sultana que os ama sin par.
¿No llegais? En mi reino encantado

Gozaréis el aroma preciado
De lirios, y rosas, clavel y azahar.
Sí, venid á beber mi ambrosía,
A escuchar de mi voz la armonía
Yo sola en el alma derramo placer.
Venid, pues; que si quiere la suerte
Que os sorprenda en mi seno la muerte,
A un cielo de dichas iréis á nacer.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS AUTORES DE DONDE SE HAN EXTRACTADO LOS TROZOS ESCOGIDOS QUE CONTIENE LA PRESENTE COLECCION.

PRIMERA PARTE.

PROSA.

SEGUNDA PARTE.

VERSO.

FIN DEL ÍNDICE.

Besanzon. — Imprenta de Roblot.

